

LUIS FERNANDO GUACHALLA

JAYUCUBÁS
COMENTARIO Y CRÓNICAS
DE LA GUERRA DEL CHACO

LA PAZ – BOLIVIA
1978

LUIS FERNANDO GUACHALLA

JAYUCUBÁS

COMENTARIO Y CRÓNICAS
DE LA GUERRA DEL CHACO

1978

*
*

© Rolando Díez de Medina, 2006
La Paz - Bolivia

INDICE

Jayucubás
Una nota previa

Primera parte — Los Comentarios

El libro de las responsabilidades
Laguna Chuquisaca
Las represalias
Ese Chaco tan lejano
La defensa del Mayor Moscoso
Boquerón
La Doctrina del 3 de agosto de 1932
Nanawa
La Comisión de Ginebra
Fortín Ballivián
Villa Montes y el 27 de noviembre
La misión Nieto del Río
El armisticio de Buenos Aires
Una paz inconclusa

Segunda parte — Las Crónicas

Introducción
La Paz, 1932
Jayucubás y Platanillos 1933
Proceso de Laguna Chuquisaca I
Proceso de Laguna Chuquisaca II
La Paz, 1933
Fortín Ballivián y Samayhuate, 1934
Panorama de una batalla, 1934
En un sector de la batalla, Campo Rocha
La Paz, 1934
La entrevista de Tarija, 1934
Villa Montes, 1935
Cuevo, 1935
La Paz, 1935. 1936

A mi hermano Carlos

JAYUCUBAS, dulce nombre chulupi del fortín de mi primer destino en el Sudeste. En recuerdo de esos días vividos en el corazón. del Chaco en llamas, dí esa voz por título a mis comentarios y crónicas de la guerra de los tres años, y más porque en ese puesto avanzado, de chozas y carpas y hospitales de sangre, ví florecer la solidaridad, fraternal y varonil, entre hombres empuñados, sin medir sacrificios en la defensa de una causa común.

JAYUCUBAS será siempre eso para mí aunque después, pasada la tormenta, quedara rota la solidaridad entre los guerreros, civiles y militares, y chocaran éstos en el pequeño mundo de sus encontradas ambiciones.

L. F. G.

UNA NOTA PREVIA

Cada uno lleva consigo su pequeña verdad, hecha de conocimientos y experiencias que se Van acumulando a lo largo de una vida. La sabiduría consiste en no pretender que esa pequeña verdad sea la Verdad, pues sólo por los caminos de la conciencia y la duda, a veces se la encuentra.

Este libro es una suma, por cierto incompleta, de mis impresiones de la guerra del Chaco, escrito con sincera dedicación, exenta de prejuicios, y con el afán de ser verídico hasta donde permite toda apreciación de índole personal.

"Jayucubás" no es, pues, otra cosa, que el comentario o la narración de un testigo. Es, si se quiere, un memorial acerca de algunos pocos episodios de la lucha armada, lo que no veda, por esta circunstancia, el juicio aislado que, con honestidad, me atrevo a decir lo he esbozado sobre esos acontecimientos.

Los tres años de contienda bélica han alterado el ritmo de la vida boliviana, dando paso a conflictos de generaciones, a veces violentos y, por tanto, a enfrentamientos de ideologías con ventaja para los innovadores. Esos años de tragedia, por otra parte, despertaron en los mandos castrenses impaciencias por el advenimiento de los cambios de que se hablaba abiertamente; y en los centros políticos dominantes dieron paso a una sorprendente apatía que movió a don Daniel Salamanca, desde su retiro de Cochabamba, a instar en vano a sus correligionarios a defender empeñosamente a sus abanderados Tamayo y Ugarte.

A nadie ha de escapársele que el capítulo más apasionante y más discutido de la guerra infausta ha de versar sobre las responsabilidades, primeramente, de la iniciación de las hostilidades, después, de la conducción de las operaciones militares y, por último, de la concertación del armisticio y la firma del tratado de paz. Tal capítulo, ya extenso, dará lugar a controversias sin fin porque cada protagonista pugnará por defender su posición y, luego, no querrá rendir su pequeña verdad ante la de sus contradictores.

Por tanto, injusto ha de ser echar la culpa, de modo tajante, a uno u otro de los líderes, civil o militar, de esos años de grandes penurias, ya que los materiales de trabajo para semejante calificación son aún insuficientes. El tiempo dará recién a los historiadores de mañana oportunidad para pronunciarse, con mayores posibilidades de acierto, sobre este vasto y delicado problema. Entre tanto, sólo cabe emitir opiniones que no tienen ni pueden tener valor de sentencias.

Dos incógnitas han de preocupar en décadas por venir a los que escriban sobre la aventura sangrienta del Chaco: si fue prematuro el armisticio y si la paz resultó inconclusa.

En la primera hipótesis se trata de un acontecimiento que mira al pasado y sobre el cual proliferarán especulaciones para solaz de los críticos militares. No debe olvidarse a este propósito que el Comando Superior no tuvo reparos fundamentales ni decisivos que aportar cuando el Presidente Tejada Sorzano, en Villa Montes, informaba a aquél de los alcances que asumiría la

proyectada Conferencia de Buenos Aires. Debió ese Comando, es legítimo suponerlo, alimentar serias dudas respecto a la acometividad de las armas bolivianas. De otro lado, los dos personeros de aquel Comando, en el seno de la Delegación nacional enviada a la capital del Plata, declararon enfáticamente que se debía ir a la cesación de fuegos sin pérdida de tiempo. Poco podía hacer el poder civil ante estas inequívocas manifestaciones del poder militar, máxime si ellas reforzaban los sentimientos pacifistas de aquél.

En el segundo caso que se proyecta hacia el futuro de las relaciones boliviano-paraguayas, esa paz, consecuencia de los protocolos del armisticio, entre los cuales uno de ellos declaraba solemnemente terminada la guerra, no ha representado la verdadera dimensión que merece y exige la convivencia futura entre los dos pueblos mediterráneos, cuya integración demandará un nuevo estatuto territorial en el norte del Alto Paraguay. La obra de Buenos Aires ha sido, pues, inconclusa. Ha de ser cuestión de tiempo lograr una aproximación internacional, pacífica y constructiva, fecunda en mutuos beneficios entre las dos naciones que, apesar de todo, jamás cultivaron el odio.

Los que han estado de servicio en el Sudeste jamás olvidarán los días vividos intensamente en esa tierra desconocida por la gran mayoría de los bolivianos. Y recordarán por encima de todo el lado humano de esta gran experiencia, porque ella puso al desnudo las virtudes y las flaquezas de los hombres movilizados.

El camino de la recuperación ha de ser largo e inseguro y será menester tomar como guía, en lo interno, la práctica de una democracia justiciera y progresista y, en lo externo, la política de las equidistancias sin renunciamentos.

STGO. 1957

Primera parte

Los Comentarios

EL LIBRO DE LAS RESPONSABILIDADES

Los pueblos miden la talla de sus gobernantes por el signo del éxito o del fracaso. Este juicio simplista pasa por alto circunstancias e imponderables que, a menudo, tuercen la voluntad del que manda o desbaratan el ordenamiento de su mente. Para el pueblo, el que asume el poder supremo es el artífice del bien o del mal que alcanza a todos. La gloria de estar en la cima apareja la responsabilidad máxima en la conducción de los negocios públicos. En este sentido, ciertamente limitado, la responsabilidad de la tragedia del sudeste ha de recaer, para muchos, sobre el Presidente Salamanca porque advino durante su mandato.

La fatalidad quiso que la aventura bélica terminara para Bolivia con la pérdida del Chaco y a esa pérdida, por tanto, ha de asociarse el nombre de Daniel Salamanca. Y como en todos los dramas de ciertas proporciones, aparecerán los que ataquen despiadadamente al mandatario caído y los que, denodadamente, le defiendan. Y porque está en la naturaleza de las cosas, pugnarán unos y otros en echar la culpa de la "mala guerra" en hombros ajenos.

Existe, sin embargo, en todo esto un ángulo donde radica buena parte de la verdad y al cual se presta menguada atención acaso por que somos afectos a personalizar todo debate. Es el país el que ha fracasado a través de sus gobernantes y de sus hombres representativos, hombres de letras, hombres de empresa y hombres de armas, absorbidos por sus luchas de predominio y con discutida capacidad creadora debido a las estrecheces económicas de siempre. Parecía que la indiferencia, cuando del Chaco se trataba, era la postura adoptada por todos.

Si uno quiere buscar un episodio que, a manera de alarma, debió darnos la imagen de lo que sería la guerra, ahí está Laguna Chuquisaca. Ahí tomaron relieve las ilusiones nuestras de una fuerza que no poseíamos y la peligrosa subestimación del adversario. Ahí se vió la desaprensión con que los comandos militares emitían órdenes escuetas y dubitativas y el avance esforzado de tropas mal pertrechadas, sin apoyo posible, heroicas porque el sacrificio sería estéril. Días

después, sin espera ni estudio, se fue al triple fracaso de las represalias. Fuimos lentos en corregir nuestras deficiencias porque ignorábamos lo que era ese Chaco de leyenda y desconocíamos el grado de nuestra propia debilidad.

No podemos negar que los descalabros sufridos en el Chaco no han sido todavía suficientemente esclarecidos y esta dilucidación abarca el origen de la guerra y las responsabilidades de la misma. La palabra responsabilidad ha dominado muchas mentes e inspirado muchas actitudes; palabra de peso que perturbó a gobernantes y militares de esa época cual obsesión que explica la flaqueza humana. El historiador de mañana deberá leer entre líneas y comparar lo dicho y lo escrito con la realidad y sacar sus conclusiones.

Ninguno escapa, entre los grandes actores del conflicto armado, a este afán de no aceptar —de buena fe sin duda— el fardo de las responsabilidades. Así las anotaciones del Presidente Salamanca que una recopilación de sus papeles nos ha hecho conocer; las refutaciones del General Osorio; la defensa del Mayor Moscoso; el Manifiesto de Carlos Quintanilla o el libro del Coronel Toro; las alegaciones del General Kundt que llegó a culpar al soldado boliviano de los errores de su mando, y tantos otros, políticos y militares, prueban el caso. Cada uno se aferra a su pequeña verdad y no cede el paso al contradictor, pues tal es la condición del hombre.

Y esa verdad, en este campo, es relativa. A tal propósito vale el recuerdo de lo que el gran Sarmiento escribiera sobre sus conversaciones con San Martín en Francia acerca de la entrevista de Guayaquil, entre éste y el Libertador, y en las cuales el Protector puso en tela de juicio la conducta de Bolívar. Dice el párrafo pertinente:

"Estoy muy distante y lo estaba entonces (cuando compuse una memoria para el Instituto Histórico de Francia sobre la entrevista de Guayaquil) de poner entera fé en las declaraciones naturalmente interesadas de uno de los grandes caudillos de la independencia americana. Cada uno de los hombres públicos que han figurado entonces tiene que rehacer una página de su historia y el trabajo más ingrato de la generación que les sucede, es el de restablecer los hechos y la verdad, en despecho de las aseveraciones interesadas de los personajes".

Vicente Lecuna (La Entrevista de Guayaquil, 1948), de quien copiamos esta cita donde brilla la probidad intelectual del célebre autor de Facundo, la subraya con este comentario: "Estas observaciones, muy justas, expresan el valor relativo y circunstancial de las declaraciones unilaterales, escritas después de pasados los acontecimientos, sin someterlas a la prueba de los hechos".

Entre nosotros, este escapar de las responsabilidades de la guerra de los tres años, nace de una realidad dolorosa: el país hubo de hacer frente a una derrota de magnitud que jamás soñó cuando sus dirigentes aceptaron el reto. Es preciso no olvidar que los fracasos militares, el antagonismo entre Gobierno y Comando, los repliegues sucesivos, el abortamiento de algunas maniobras aun la brillante de Cañada Strongest por falta de empuje y decisión, fueron minando la moral del combatiente. Reinaba, en el frente, un sentimiento de frustración, tanto más grave cuanto enorme había sido el sacrificio. Tal vez esto explica por qué, rehecha Bolivia militarmente en 1935, perdió el Chaco.

La consecuencia inescapable de tal situación fue que los hombres de ese Chaco que pocos amaban, dirigían la mirada en busca de los culpables del desastre y creían encontrarlos en el Gobierno, en los políticos y en los Comandos. y de ese sentimiento de frustración brotó la resolución militar de llegar al poder, pues no debían ser ellos —los Jefes— responsables de lo acontecido. Esta resolución anticipaba acciones extremas para aventar toda culpa en la conducción de la guerra, acciones que serían secundadas por buena parte de la juventud movilizada, fiel entonces a sus conductores militares. De ahí que pueda decirse que el golpe contra Salamanca estaba decidido antes de noviembre de 1934; también lo estaba, anteladamente, el que derribó a Tejada Sorzano.

El capítulo de las responsabilidades es, pues, el que procuran eludir los grandes actores del drama chaqueño. Y como las acusaciones y recusaciones forman ya volúmenes y seguirán esgrimiéndose, tenaces e irreductibles, es difícil incursionar en este terreno, sobre todo si la documentación pertinente es incompleta y, a veces, contradictoria. La perspectiva del tiempo es todavía corta para dar respuestas categóricas sobre los episodios infaustos de esa lucha singular.

Del Presidente Salamanca se ha dicho que fue el culpable del conflicto bélico, acusación paraguaya en la que coincidiría más de un boliviano. Otros hacen recaer la culpa sobre los gobernantes asuncenos. Serenamente examinadas las cosas, la verdad parece ser otra. La guerra tuvo caracteres de fatalidad histórica y no es aventurado sostener que ni Salamanca ni Guggiari la desencadenaron premeditadamente. Tal vez su falta estuvo en no haberla atajado a tiempo. Supusieron que las hostilidades serían de corta duración y no osaron arrostrar la impopularidad con actitudes pacifistas. Los paraguayos tenían una inspiración que seguir, la de Eligio Ayala, que no era la guerra misma y sí una sólida preparación para ejecutar fuertes contra-ataques a nuestros avances con el fin de disuadirnos de ir más allá y consolidar sus posesiones en el Chaco. La reacción paraguaya en Laguna Chuquisaca fue una prueba de ello y constituyó una lección de logística, con base sobre el Alto Paraguay, que los nuestros menospreciaron.

La retoma de Boquerón por los paraguayos y los desastres bolivianos subsiguientes dieron a las represalias y contra-represalias hasta entonces ejecutadas, y que eran susceptibles de ser desviadas por caminos diplomáticos, un cariz distinto, pues de un lado ponían en tela de juicio la dignidad del pueblo boliviano que se sentía ofendido, y del otro, como acertadamente lo dijo el Presidente Salamanca, en su Mensaje de 6 de agosto de 1934, por obra de las derrotas bolivianas, "instantáneamente para el Paraguay la cuestión del Chaco dejó de ser jurídica y se transformó en una cuestión política. Quiero decir, en el fondo —agregó— en una cuestión de conquista que debía ser resuelta por la fuerza de las armas". En una palabra: Bolivia había mostrado su debilidad en Boquerón, y si bien el momento del nuevo equilibrio vino con la acción heroica de Kilómetro Siete, esa debilidad apareció ya inocultable con los fracasos frente a Nanawa en enero y julio de 1933.

De mis conversaciones con el General Filiberto Osorio en Jayucubás se desprende esta conclusión: políticamente cabía ordenar las primeras represalias, militarmente eran prematuras. Acaso aquí la sombra del ex-Presidente Siles —vencedor en el conflicto de Vanguardia— haya perturbado la mente de los hombres de gobierno de 1932 y moviéndoles a no ser menos en defensa del honor nacional. Si es preciso llegar a esta conclusión, ella es desoladora porque demuestra, ya en las primeras horas del conflicto, una disociación del pensamiento director entre el Ejecutivo y el alto mando militar.

En esas conversaciones se hizo mención a mis notas de Asunción que el caballeroso Osorio conoció cuando desempeñaba la cartera de Relaciones Exteriores de la Junta del año 30, notas en las que aconsejaba buscar la transacción que puede resumirse así: puertos para Bolivia, territorios para el Paraguay. Estos puertos debían, por lógica, estar situados en la zona norte y no en el sur, donde Bolivia llevó, sin embargo, el peso de su acción armada, disminuyendo así la posibilidad de dar territorios al contendor.

Frente a este planteamiento se alza la tesis integrista, respetable por cierto. Es el derecho inmanente que presupone necesariamente la derrota total del adversario y la ocupación, también total, del Chaco. Esta tesis es, en resumen, derivación del siguiente enunciado: el título contra la ocupación, lo que implica que contra el hecho de la ocupación no cabe oponer la majestad del título, sino otro hecho: la fuerza!

Del lado paraguayo veían con alarma los avances de Bolivia, guiados ahora por el vuelo de sus máquinas militares. Juzgaban que era menester mostrarse firmes y no retroceder, no sufrir otro Boquerón ni otro Toledo, como aconsejara Eligio Ayala, y para esto se preparaban. Apuntalados por la Argentina, ya que no por Chile como en los días de Vanguardia, los paraguayos harían frente a cualquier ataque y tomarían iniciativas resueltas para contenerlos. Nuestra postura sería esencialmente la misma. Este enfrentamiento se agravaba porque los avances de una y otra parte llegaban ya al punto de rebalsar la propia defensa. La fatalidad histórica estuvo ahí y estuvo también en la debilidad de los organismos internacionales de conciliación, incapaces de hacer viables soluciones de paz.

Y valga recordar aquí que en la visita protocolar de año nuevo (1936) al Presidente Tejada Sorzano, el Jefe del Estado Mayor General, en su discurso de salutación, levantó duros cargos contra el depuesto Presidente Salamanca, ya fallecido, afirmando que "su ciega y suicida intervención en la conducción de la guerra" causó los contratiempos que sufrió el Ejército, agregando que la actitud del doctor Salamanca traducía "un absurdo criterio hegemónico del Gobierno pasado, increíblemente dispuesto a alzarse frente al Ejército".

Rafael de Ugarte, Demetrio Canelas, Joaquín Espada, José Antonio Quiroga, Enrique Hertzog y Ovidio Urioste, en febrero de ese año, contestando las acusaciones del Coronel David Toro, dijeron que en los casos de Boquerón, Arce, Nanawa, Toledo, Campo Grande, Alihuatá, El Carmen, habría que verificar!, ante todo, si los desastres se debieron a órdenes del Presidente o del Comando, probadas todas las circunstancias. Y preguntaron qué debía decirse de Picuiba. Los jefes genuinos afirmaban que aquellos desastres no se habrían producido si Quintanilla, Kundt y Peñaranda hubiesen tomado en cuenta los consejos del Primer Mandatario.

Este manifiesto deja establecido que la guerra se desarrolló entre dos alzamientos: el del 8 de octubre de 1932 con el pronunciamiento del General Carlos Quintanilla desde Muñoz, y el del 27 de noviembre de 1934, en Villa Montes, con el derrocamiento del Presidente Salamanca. y recuerda, al final, que el Presidente decía que si los militares ganaban la guerra, habrían de gobernar. En un vuelo de regreso del Chaco, don Daniel Salamanca me dijo lo mismo con estas palabras: "Si salen victoriosos, yo les entregaría el poder".

El documento que comentamos sostiene, en otra parte, que el conflicto bélico, desde su origen, fue un proceso constante de desobediencia militar y que en todo su curso hubo un ininterrumpido estado de resistencia e insubordinación en los Comandos. El papel acusador, por último, declara que no faltaron héroes y sacrificios, pero que los altos jefes, a quienes les reconoce capacidad, pecaron por "favoritismo, codicia, indisciplina, atonía moral".

El General Enrique Peñaranda dió respuesta, en esos días, al Manifiesto de Ugarte y sus correligionarios. Habló, un poco a la ligera, de que el Capitán General para dar órdenes e intervenir en las operaciones militares debe previamente dejar la Presidencia, según lo establece la Constitución. Recordó el incidente surgido por la designación de Inspector General del Ejército recaída en la persona de don Joaquín Espada, paso inconsulto que derivó en el alejamiento del Tcnl. Oscar Moscoso, dinámico Jefe de Estado Mayor del Comando Superior. Criticó las omnímodas facultades concedidas al General Hans Kundt y negadas a los Comandos nacionales; la retención de contingentes en marcha hacia el Chaco, en 1932, Y el manejo privativo de las Ordenes Generales así como el parsimonioso de los gastos. Concluyó el General Peñaranda recordando que los Generales Osorio y Quintanilla pidieron que las represalias, después de Laguna Chuquisaca, fuesen aplazadas para dar tiempo a las Fuerzas Armadas de prepararse debidamente, si bien el plazo indicado por Filiberto Osorio, de dos meses, era insuficiente.

De todo esto, quizá tenga peso lo que se dijo sobre el ahorro de dinero en las adquisiciones de pertrechos bélicos y sobre la lenta movilización. Es que don Daniel Salamanca, hombre cauto, cuidó la Hacienda Pública de lo que pareciale derroche y, seguramente, en ocasiones, sus órdenes fueron llevadas más allá de lo que él deseaba, con daño evidente de las operaciones militares. De otro lado, la lenta movilización, indudablemente un grave error, pudo deberse a la general convicción predominante en esos días de que la guerra, recién en su primera fase, sería atajada por intervención de potencias amigas.

Debemos reconocer, sin embargo, que la impreparación boliviana para una acción de armas en el Chaco resultó fuera de todo cálculo en los conductores, militares y civiles, en esas semanas de los primeros fuegos y aun después. Aparecen aquí responsabilidades que se tardará mucho en dilucidar, como ese entredicho ocurrido entre el Ejecutivo y el Estado Mayor General sobre planes de guerra y la consiguiente estrategia para vencer al adversario.

Y en medio de estos debates y los que vendrán se alza el caso de las represalias ejecutadas en julio de 1932. Es forzoso confesar sobre este punto que se hace difícil encontrar una explicación lógica en el terreno militar, que debió ser el prevaleciente, de por qué se ordenó, imperiosamente y sin espera, la toma de fortines paraguayos en desquite por el descalabro sufrido en Mariscal Santa Cruz, contra la opinión —tal vez débilmente manifestada— del Jefe del Estado Mayor General y del hombre que se enviaba al Sudeste para enmendar la situación. Se dijo, que estaba de por medio el decoro y dignidad nacionales, pero la represalia malamente se justifica si el atacante, en Pituantuta, fue Bolivia y no el Paraguay.

En el fárrago de recriminaciones que contienen casi todos los escritos sobre la contienda del Chaco es preciso, una vez más, hacer referencia a la "Protesta" del General Quintanilla de 8 de octubre de 1932, sobre la que volveremos más adelante, y esto por la razón de ser la primera

manifestación pública de insubordinación que tuvo ingratas repercusiones y efectos desmoralizadores entre las filas de los movilizados. En su "Manifiesto a la Nación", posterior a su "Protesta", Quintanilla dice que el Presidente dióle la orden "de infligir un severo castigo al enemigo detentador de nuestro territorio". Aquí ya no hay la idea de represalia o devolución del daño causado sino otra, muy distinta, que nace del concepto integrista aplicado a la recuperación del patrimonio usurpado. Con ello romos una prueba del desconocimiento que teníamos sobre las condiciones de vida en el Chaco.

Es honesto confesar que en Bolivia se suponía que las primeras escaramuzas en el sudeste —junio y julio de 1932— pues se las daba por tales, no irían más allá de un cruce de fuegos como tantas veces ocurriera, y que los gobernantes y los militares, de uno y otro país, sabrían dar e esos incidentes una salida decorosa aunque no fuera más que paliativa, puesto que el pleito territorial seguía en pie y ninguna de las partes parecía apurar su solución, ocupadas como se encontraban en consolidar sus posiciones en la tierra disputada. Aún después de los primeros días de Boquerón la impresión era la misma. Con la rendición de este fortín, cuyo cerco no pudimos levantar en treinta días de heroicos esfuerzos, fue que la opinión directiva de la nación comprendió que se estaba al frente de una aventura bélica de proporciones, y aun así este despertar a la realidad, con reacción retardada, no movió a fondo los resortes defensivos del país, decidida y audazmente. Y todavía quedaba, en ciertos círculos, la idea de que la acción internacional impediría la prosecución de los hostilidades, interrumpiendo las comunicaciones al exterior de los dos pueblos mediterráneos.

Esta idea tuvo fuerza en la mente de muchos y hubo de pasar un largo lapso para que la ilusión de una guerra apagada por consunción se desvaneciera. Para Bolivia fue un grave contratiempo despertar de ese espejismo y encontrarse con la verdad que se hacía más patente por la actitud que asumía la Argentina, ya que habíamos dado un ritmo lento a nuestra movilización. Los bolivianos no teníamos una noción exacta y acaso ni aproximada de lo que iba a significar una guerra en los arenales del Chaco Boreal, tan alejados de los centros poblados de la República. De ahí que la urgencia de un llamado general a las armas no estaba en la preocupación de la retaguardia y, huelga decir, tampoco en la de los Comandos. En esos meses iniciales de incertidumbre y de vacilaciones, para muchos, —es preciso repetirlo por lo hondo de su repercusión— el conflicto bélico sería corto y pasaría como un mal sueño. Salvo excepciones, era la prédica que se escuchaba, por doquier.

El fracaso en Boquerón agravó el entredicho de los cargos recíprocos entre los principales actores de este episodio aunque se les diera poca importancia entonces frente al heroísmo de Marzana y sus valientes. Se abrió ahí, más grueso, el libro de las responsabilidades cuyas conclusiones suscitarán, sin duda, nuevas controversias porque el orgullo hace al hombre tardo en admitir razones.

LAGUNA CHUQUISACA

Si se desea considerar la toma del puesto paraguayo sobre Laguna Chuquisaca o Pituantuta como el origen de la guerra, puede decirse, simbólicamente, que la caza de un pato, en esa Laguna, inició la contienda bélica, después de la apertura de fuegos de mediados de junio. En su libro "Recuerdos de la Guerra del Chaco" (1939) Oscar Moscoso cuenta:

"Más o menos a hrs. 10 (15 de julio de 1932) me propuse cazar un pato que se asentó cerca del observatorio (alto de un árbol) y el disparo que hice fue respondido con dos morteros dirigidos desde el sud y desde gran distancia".

Acerca de los incidentes armados de 1932, se han levantado inculpaciones de los unos contra los otros, sin que sea fácil, si se busca guardar imparcialidad, tomar decididamente un partido. Hubieron ligereza, omisiones, excesiva confianza y defecciones, sobre todo esto último, que determinaron la penosa retirada del llamado Fortín Mariscal Santa Cruz. Para formar un cuadro elemental de este incidente armado cabe recurrir a tres fuentes: los apuntes del Presidente Salamanca; la defensa del Coronel Osorio y la del Mayor Moscoso. Empezando por el primero, antes que desmenuzar lo que escribe, es preferible transcribir lo dicho por él y, después, lo publicado por los otros dos actores principales. El procedimiento es, sin duda, cómodo pero deja al lector, con mayor independencia, formar sus propias conclusiones.

Entre los apuntes del doctor Salamanca, (recopilación de Eduardo Arze Quiroga) después de una breve descripción sobre los avances logrados en el Chaco central en 1931 y 1932, con admirable esfuerzo, se lee: (volumen I)

"Un vuelo en aeroplano por el piloto Schrot y por el Mayor Moscoso, había señalado al Sud de Madrejón, dos o tres galpones en el bosque a orillas de un lago. Se trataba de llegar allí. La noticia del descubrimiento de los galpones me fue dada por el Jefe de Estado Mayor, General Osario, y de ella hablamos después dos o tres veces. En todas ellas expresó (o) el temor de que fuera un fortín paraguayo. A su vez me replicaba que también podía ser un tolderío de salvajes y que era necesario averiguar. Convine en ello en el supuesto, cien veces convenido, de que en ningún caso se provocaría un conflicto, ni siquiera un rozamiento con t fuerzas paraguayas".

"En la Comandancia de Ingavi estaba ya el General Lanza que había pedido ir allí, por dificultades y disgustos que hallaba en La Paz, siendo reemplazado en la Cartera de Guerra por el Dr. Julio Gutiérrez. Se le encargó al General Lanza avanzar por la vía de Madrejón a la Laguna que acabó por llamarse Chuquisaca. Este avance iba con grande lentitud, así por la condición del bosque, como por la falta de agua.

"La Cuarta División cuyo Comandante era entonces el Coronel Peña, no había hecho aun más que la guardia en el Chaco, pues, sólo en esa región los fortines de ambos países estaban frente a frente, y aun entrecruzados, en ciertas regiones. Estimulado por los avances del Centro y del Norte, cobró también actividad tomando rumbo de Sud a Norte y luego a Noreste. Avanzó de Camacho y fuera de algunos puestos, fundó uno en Cañada Cristina. Por esa vía partió una pequeña expedición encabezada por el Mayor Moscoso para explorar la Laguna y despejar el enigma de los galpones, señalados en el vuelo ya recordado.. Esa fué la expedición que había de resultar fatal.

"Refiere el Mayor Moscoso que con un destacamento de 18 hombres, llegó a las cercanías de la Laguna en la tarde del 14 de junio de 1932, distinguiendo a la otra ribera un fortín paraguayo. A fin de cerciorarse de sus condiciones, dejó su resolución para el siguiente día. Llegado el día 15 avanzó sobre el fortín con una descarga de fusilaría. La pequeña guarnición paraguaya huyó por los bosques, y el Mayor Moscoso ocupó el fortín. Tal fue el origen de la guerra.

"Según la versión paraguaya un soldado quedó herido y otro desapareció, presumiéndose su muerte.

"Asegura, también, el Mayor Moscoso en defensa suya, que nunca recibió la instrucción de abstenerse de todo rozamiento con el enemigo. Que no se le repitieron expresamente, al destacarlo al reconocimiento de la Laguna, es posible. Pero difícil es admitir que él ignorase la base fundamental de nuestros trabajos en el Chaco que era la de evitar cuidadosamente todo motivo de conflicto. Harto difícil es justificarle, aun suponiendo que no conociese esa instrucción, pues, tampoco llevaba la de tomar un fortín paraguayo. Siendo uno de los militares más inteligentes y más instruidos del Ejército, no podía ignorar las consecuencias de un ataque a mano armada.

"Digo que el golpe fué fatal, pues., la guerra había de desencadenarse como un torrente. La imposibilidad de encontrar un arreglo de equidad satisfactorio, dejaría campo inevitable a un incendio que duraría hasta agotar su materia combustible.

"La noticia me llegó como un rayo inesperado, tres o cuatro días después del hecho, traída por el General Osorio, en presencia del Coronel Ferrufino y el doctor Espada que se hallaban conmigo. Después de la primera impresión ordené que se diese en el acto la orden de desocupación del fortín paraguayo. El General Osorio, aunque muy impresionado, insistió en averiguar si el fortín ocupado estaba en la ribera oriental, a fin de autorizar la ocupación de la ribera occidental. Acabé por autorizar tal averiguación, sin perjuicio de dar sin tardanza la orden de evacuación del fortín expresado.

(o) En el texto se dice "expresó" seguramente por error de imprenta, pues todo indica que es el doctor Salamanca quien expresaba el temor de que se trataba de un puesto paraguayo.

"Reflexionando en los diversos incidentes y peripecias de esos días, he formado la convicción de que no habría podido yo desde La Paz, en ningún caso, poner un remedio a esa rotura. Se calculaban tres días completos de tardanza de la Laguna Chuquisaca hasta La Paz, suponiendo bien coordinados y listos los medios de comunicación.

"Prácticamente serian cuatro y cinco días. Por otra parte, veía en los militares el ánimo de no soltar el fortín, y el mismo General Osorio, a pesar de su impresión, mantenía ese espíritu. El Coronel Peña, Comandante de la 4ta. División, se hallaba hospitalizado en La Paz, reemplazándolo en el Sud Este el Coronel Peñaranda que objetó la orden de desocupación. Luego, conociendo a Peñaranda a través de muchas pruebas, hallé el mismo temperamento. Resistencias, dilaciones y astucias para no cumplir una orden o para demorarla. Este temperamento del antiguo militar de los pronunciamientos y los motines, dió su nota más aguda en el motín del 27 de Noviembre de 1934 en Villa Montes.

"Repito que mi impresión es que no se habría podido conseguir la evacuación del fortín paraguayo, cualesquiera que fuesen las órdenes del Gobierno. Recibió el Gobierno desde Ingavi un telegrama de felicitación del General Lanza y del Ministro de Guerra Dr. Julio Gutiérrez, por la ocupación del fortín enemigo. El General Osorio, no obstante su primera impresión, sostenía firmemente la opinión de conservar ese fortín.

"Sin alzar la orden de evacuación que yo había dado al General Osorio, en la noche misma en que se recibió la noticia, resolví considerar el asunto a fondo y convoqué en días siguientes al expresado Jefe de Estado Mayor, General Osorio, al Ministro de Relaciones Exteriores doctor Juan María Zalles y al Ministro de Guerra, doctor Enrique Hertzog, que suplía al titular doctor Gutiérrez. Los tres señores nombrados sostuvieron la conveniencia de conservar el fortín a toda costa, contra mi opinión individual que era la de evacuarlo inmediatamente. Esta reunión se repitió dos veces más, faltando el doctor Zalles a ellas. El resultado fué siempre el mismo, aun notándose que el doctor Hertzog acabó por guardar silencio. Pero, al cabo yo era el Presidente y resolví la evacuación dando al General Osorio la instrucción de reiterar inmediatamente al Sud Este la orden de desalojo del fortín. Supe andando el tiempo que esta orden fué comentada burlescamente en el Estado Mayor.

"Debo, también aquí, anotar una debilidad o un error de mi parte. Reiterada la orden de desocupación, compareció más tarde el General Osorio a expresarme que al cabo había recibido respuesta a la averiguación relativa al fortín paraguayo. Según la respuesta, dicho fortín se hallaba al lado oriental de la laguna. Autoricé entonces (habría valido más para mí el negarlo) la instalación de un fortín nuestro al costado occidental".

Existe otro documento del doctor Salamanca que complementa el anterior y debe ocupar necesariamente su lugar aquí. (volumen I).

"El Jefe de Estado Mayor General, según su informe, había enviado a Laguna Chuquisaca refuerzos que debían elevar su guarnición a 150 hombres, con los cuales se creía seguro el rechazar cualquier intento paraguayo. Esta presunción de nuestra superioridad militar fué la que nos precipitó y nos perdió.

"Paraguay se retiró de estampida de la Conferencia de Washington, y acudió al ataque de la Laguna con fuerzas muy superiores y seguramente mejor armadas y municionadas que las nuestras. El informe posterior del Mayor Moscoso expresa que su fuerza estaba en su mayor parte compuesta de reclutas y que sus víveres eran sumamente escasos.

"El 29 de junio, una pequeña avanzada nuestra de 8 hombres fué sorprendida, rodeada y masacrada por el enemigo. El cadáver del Sub teniente Arévalo, que mandaba nuestra avanzada, fué salvajemente mutilado. La guarnición nuestra no se apercibió de este choque a causa del viento contrario., sino cuando un soldado llegó, huyendo al campamento. El Mayor Moscoso se apercibió a la defensa.

"El ataque paraguayo a la guarnición comenzó el 15 de julio con intentos de asalto que fueron fácilmente rechazados. Manifiestamente era una operación militar de novicios, que hubiera podido sin esfuerzo ser desbaratada. Los paraguayos, escarmentados de asaltar, abrieron

nutrido fuego de artillería que duró dos días completos (o aún menos), sin causar más que dos heridos. Los nuestros con solo permanecer en sus puestos habrían dominado la situación y todo el curso de los acontecimientos habría sido distinto y favorable para nosotros. Pero el Mayor Moscoso nos dice que en esta situación y por su cuenta, los Capitanes Urcullo y Rodríguez se habían retirado con sus fuerzas en desorden, abandonando el campo, el 16 de julio. Cuando el Mayor Moscoso fué a revisar sus posiciones, las halló desiertas, quedando él con una pequeña fracción de soldados. Desamparado por los suyos, también tuvo que retirarse. El enemigo no se apercibió de su fácil victoria y siguió bombardeando las posiciones desiertas hasta el día siguiente.

Pone aquí don Daniel Salamanca esta pregunta al destino de pragmática filosofía que rinde culto al éxito: "Si entonces hubiera sido rechazado el enemigo...".

"Debo agregar, de paso, que posteriormente enterado de este hecho, ordené el inmediato enjuiciamiento y castigo de los culpables. Yo imaginaba entonces que la disciplina militar era cosa muy grave y que luego vendría el castigo. Era una candorosa ilusión que entonces empezó a desvanecerse. Contestáronme que sí que se abriría el juicio y me parece que aún se tomaron declaraciones sobre lo ocurrido en la Laguna Chuquisaca. Pero nunca vino el momento de la sanción, y a alguna reclamación mía me contestaron que los apuros de la guerra impedían proseguir el juicio.

"Una observación más antes de pasar adelante, porque ella señala una de las causas más poderosas de nuestros desastres, a saber: no recuerdo haber conseguido, ni una sola vez, el esclarecimiento de las más patentes faltas militares, ni la sanción de los altos jefes culpables. Ante todo y sobre todo, el compañerismo, aun por encima de la defensa nacional. Por una cadena de actos de esta naturaleza, hemos visto a este espíritu militar, dar su flor más preciada en el motín del 27 de Noviembre de 1934. en Villa Montes.

"Llegadas a La Paz las primeras noticias de la vergüenza de Laguna Chuquisaca, obligué al Coronel Peña, egresado ya del Hospital, a trasladarse sin demora al Sud Este, con encargo de tomar los fortines Corrales y Toledo, en vía de represalia. La noticia del desastre se difundió en La Paz causando grande conmoción. Se empezaba a culpar al Gobierno, sin desconfiar aún de nuestra victoria. Esta era la ilusión común que engañaba a todos.

"Quiero recordar el Consejo de Gabinete celebrado la noche del 18 de julio, con asistencia del General Osorio, Jefe del Estado Mayor. Fué unánime el acuerdo en la necesidad de una represalia inmediata. Haciendo el balance de nuestras escasas fuerzas del Sud Este, yo indiqué al General Osorio, la urgencia de hacer avanzar a esa región al Batallón Colorados, que se hallaba más o menos entre Ingavi y Picuiba, trabajando en el ensanche del camino. El General Osorio se opuso tenazmente a esa medida y yo insistí en ella acabando por convertir mi indicación en una orden terminante. El General me expresó que prefería dejar su cargo antes que cumplir esa orden. Me contuve aún y le pregunté:

— "Qué haría Ud. mi General, dejando su cargo?"

— "Me iré a la línea de fuego— me contestó.

Acepté su renuncia.

"Era manifiesto, a mi juicio, y así lo demostraron los acontecimientos posteriores, que las acciones militares inmediatas habrían de producirse en el Sud Este. Es así que aún hoy mismo no me explico la obstinada resistencia del General Osorio en oponerse al avance del Colorados a la región crítica. Ciertamente que este cuerpo no tenía más que prestigio de su glorioso nombre, pero, como tantos otros, y como todos, se encontraba en el período de su instrucción militar y ocupado en trabajar caminos. Pero, grande o mediano, su presencia en el teatro de las operaciones de guerra, debía ser útil, o acaso decisiva.

"Para reemplazar al General Osario llamé luego al General Quintanilla que se hallaba en Oruro a la cabeza de la Primera División. Tenía buenas referencias de la capacidad administrativa de este militar, pues, se me decía que como Delegado en el Chaco, se desempeñó muy bien. Esperaba yo que como Jefe de Estado Mayor, organizaría la movilización satisfactoriamente.

"Seguramente a su llegada a La Paz, el General Quintanilla habló antes que conmigo, con el General Osario, el cual me parece que estaba arrepentido de su renuncia. Juntos los dos

Generales me buscaron para proponerme un arreglo. El General Osario quedaría como Jefe de Estado Mayor y el General Quintanilla iría al Chaco como Comandante de las fuerzas del Sud Este. Tuve la debilidad de aceptarlo. Ignoraba yo las condiciones de Quintanilla para el mando en la guerra y no dejaba de abrigar alguna desconfianza en este orden. Pero, se había tenido el cuidado de darle como Jefe de Estado Mayor al Teniente Coronel David Toro, que gozaba de notorio prestigio como militar inteligente e instruido. He entendido que las operaciones militares de esta primera época de la guerra fueron dirigidas por Toro.

"Entretanto, iba yo apretando al Coronel Peña con la orden de las represalias acordadas. Para el estado de impaciencia en que me encontraba, me parecía infinita la tardanza. Me parecía también que el General Osario, que con tanta seguridad concurre a precipitar la guerra, no estaba tan decidido como antes, pues, advertí que suavizaba las órdenes relativas a la represalia. Conviene advertir que en este tiempo la Presidencia no se comunicaba con los Comandos del Chaco, sino por intermedio del Estado Mayor General.

"Esta disconformidad se reveló claramente en la audiencia que me pidieron los Generales Montes, Osario y Quintanilla, audiencia que se efectuó el 20 de Julio y a la cual asistió también el Ministro de la Guerra, doctor Julio Gutiérrez que a la sazón se hallaba ya en La Paz de regreso del Chaco.

"Me sorprendió el comprobar que el General Montes y el General Osario, que por antecedentes políticos podían estar distanciados, parecían a! contrario, ligados íntimamente por buena amistad. Para mi fué indudable que el General Osario había provocado esa reunión consiguiendo previamente la voluntad de los dos Generales, para pedir que se suspendan las represalias ordenadas. Ignoro hasta qué oportunidad. El General Osario, que se mostraba muy abatido, insinuó que para arreglar el desperfecto de Laguna Chuquisaca, se acudiera a los recursos diplomáticos. Esta conducta suya me exasperó. El había concurrido, decisivamente, a precipitar el conflicto y llegado el momento de reparar la honra de Bolivia, pedía el socorro de la diplomacia. En aquella ocasión traté al General Osario con rudeza, recordándole su responsabilidad en los acontecimientos, y haciendo presente la necesidad de reparar sin demora la vergüenza sufrida por Bolivia. Tomadas las represalias se podría ocurrir a un compás de espera. Por otra parte, las relaciones diplomáticas estaban rotas con el retiro de la delegación paraguaya de Washington, y sólo por intermedio de los neutrales, se intentaba una conciliación que tampoco pudo conseguirse.

"Los Generales Montes y Quintanilla acabaron por mostrarse conformes con la necesidad de una represalia inmediata. El General Quintanilla convino en partir al Chaco sin demora. Por otra parte, las anteriores órdenes de represalia produjeron su efecto, pues nuestras tropas tomaron el fortín Corrales el 26 de Julio de 1932, antes de la llegada del General Quintanilla a su destino.

"Las cordiales relaciones de los tres Generales no tenían a mi modo de ver otra explicación que la conexión masónica, pues, se decía que el General Osario era algo así como el Gran Maestro de la Masonería Boliviana. En tiempos anteriores a la Guerra, este General hizo al Chaco un viaje que yo miré con gusto. Posteriormente se me dijo que el objeto principal de ese viaje fué el de coger a los jóvenes oficiales en la red masónica. Siempre había considerado yo este enigma con indiferencia, hasta que esos y otros indicios me hicieron comprender su importancia. Muchos sucesos que aparecen vestidos de ropaje ordinario, se deben probablemente al trabajo subterráneo de la Masonería".

Tales son la defensa y las acusaciones del Presidente Salamanca. La gravedad de los cargos obliga a escuchar a la parte ofendida, esto es al General Filiberto Osorio, Jefe del Estado Mayor General en esos días aciagos. La defensa de Osorio se encuentra en su libro "La Campaña del Chaco — Cómo se inició y fué conducida" (Sucre, 1944). Más que un comentario ajeno vale para el lector la reproducción de los puntos pertinentes que constituyen una respuesta a las acusaciones del Primer Mandatario. El General Osorio empieza por decir:

—"La ocupación violenta (e irreflexiva y no autorizada en esa forma por el Estado Mayor Boliviano) de Pituantuta, que se había fundado recientemente en un territorio indiscutiblemente boliviano, constituía a pesar de todo una infracción al pacto de no agresión, es cierto, pero esa infracción no era el fruto de la voluntad de nuestro Gobierno. La tropa que lo ocupó tenía instrucciones terminantes de evitar choques con las tropas paraguayas; lo que se buscaba no era

la guerra, sino tener la conexión pacífica de las divisiones tercera y cuarta mediante la fundación de un nuevo fortín a la orilla de Laguna Grande. En ningún momento se ordenó el ataque armado, sino la ocupación sin lucha ni agresión.

"Era, pues, si no fácil, muy posible demostrar, por una parte, la irresponsabilidad del Gobierno y, por otra, la inculpabilidad del Estado Mayor, demostraciones ambas que debían servir de base para las explicaciones que el Paraguay exigiría de Bolivia y que no tenía nada de humillante dárseles haciendo que se devolviese el fortín a su fundador.

"Esta conducta habría conjurado el conflicto. No quiere decir con eso que lo habría resuelto. Pero, por el momento, no habría estallado la guerra.

"La guerra estaba preparándose desde tiempo atrás como se prepara una tormenta. Estaba germinando como germina una semilla para producir una planta. Tenía que estallar tarde o temprano. De esto no cabe la menor duda. Pero tampoco cabe la duda de que la chispa que determinó el incendio —me refiero a la ocupación de Laguna Grande— pudo haberse extinguido sin llegar a provocarlo.

"La acción diplomática, bien conducida, nos habría servido ciertamente para demorar la guerra hasta los límites de lo posible, y para organizar, mientras tanto, nuestros medios de defensa y seguridad nacional. Pero en lugar de cumplir esta tarea, el Gobierno, haciéndose eco irreflexivo del populacho, gritaba también: represalia!, sabiendo que no cabe la represalia sino cuando se debe contestar a una agresión prima, con la que se ha dañado al pueblo que entonces recurre a la venganza.

"El Presidente seguramente —hay que hacer honor a su palabra— no quiso ni pensó en desencadenar la guerra; pero no pudo menos que provocarla con su actitud violenta. Acaso también el Presidente creyó ingenuamente que con las llamadas represalias que ordenó iba a amedrentar al pueblo paraguayo y que éste no reaccionaría.

"En cualquier caso, lo cierto es que su altivez patriótica, exacerbada por el ataque del 15 de julio de 1932, lo hizo lanzar imprecaciones injustificadas e injustificables contra el Jefe del Estado Mayor, quien, a pesar de ser militar de profesión, con más cordura que el hombre de estado, aconsejaba no proceder aún a la toma de fortines paraguayos como acción de represalia, sino seguir el camino tranquilo de los recursos diplomáticos hasta que éstos se agotasen. Esto pasaba el 25 de julio de 1932".

La importancia de esta revelación radica en el planteamiento que Osorio hace al Presidente: la no represalia porque éticamente no corresponde y porque juzga que el ejército no está preparado, en ese momento, para una acción de fuerza de consecuencias imprevisibles. Luego, para Osorio, la guerra tiene su origen, no en la ocupación de Laguna Chuquisaca y sí en las represalias, cuyo fiasco no pudo Bolivia evitar después.

Ello quiere decir, según el pensamiento del Jefe del Estado Mayor, que sin las represalias, el Paraguay, con la devolución de su fortín (Pituantuta) hubiera dado por terminado el incidente y las conversaciones de Washington, sobre un pacto de garantías, reanudadas, habrían llegado a un resultado positivo, a cuyo amparo Bolivia debía prepararse para la guerra que se juzgaba inevitable. La tesis es interesante y no carece de alguna lógica.

En otro lugar de su defensa, Filiberto Osorio expresa que el Estado Mayor General remitió tres planes de operaciones, de enero a mayo de 1932, al Jefe del Estado, pero que no se tuvo noticia de lo que, sobre el particular, pensaba el Presidente Salamanca. "Su criterio —agrega— no era expresado en forma alguna; se mantenía oculto en lo más recóndito de su mente". Más tarde se supo cuál era el plan presidencial y Osorio lo sintetiza así:

"El plan del Presidente, desconocido por el Estado Mayor, contemplaba la reivindicación de todo el territorio del Gran Chaco, hasta la confluencia de los ríos Paraguay y Pilcomayo hasta Asunción. Era un plan al aire; no tenía en cuenta los procedimientos que pudiesen hacerlo factible ni preveía nada".

El doctor Salamanca ha señalado, en los siguientes términos, en qué consistía su plan de campaña:

"A mi juicio, una guerra con el Paraguay debe librarse en el sudeste, concentrando allí las fuerzas posibles para descargar golpes decisivos que nos permitan imponer un tratado de paz en Asunción. Repetidas veces expresé esta opinión que es la que quiere refutar el Memorándum (del Estado Mayor), oponiéndole un plan de operaciones cuyo objetivo sería Fuerte Olimpo. Debo agregar que la mayoría de las opiniones que he tenido ocasión de conocer coinciden con el Estado Mayor en considerar a Fuerte Olimpo como el objetivo preferible de la guerra, quedando mi parecer en una posición casi singular y todavía pretendo tener la razón en este punto".

El General explica, con estas palabras el plan del Estado Mayor:

"El plan del Estado Mayor respondía a la realidad. Buscaba la salida por Fuerte Olimpo y zonas adyacentes sobre el río Paraguay, previas las condiciones estratégicas ya mencionadas al atraer al grueso del ejército paraguayo hasta Ballivián. Esta salida podía ser sostenida y mantenida sin los enormes e imposibles desgastes de potencial humano que se requerían para seguir las aspiraciones presidenciales, que no pasaban de ser aspiraciones abstractas".

El 7 de julio de 1932, el Estado Mayor General puntualiza al Presidente su criterio operativo en este párrafo de su nota:

"Prácticamente y por muchas victorias que pudiéramos obtener en la zona del sudeste, nuestra salida sería dudosa por Puerto Casado, aventurada por Concepción y, en ambos casos, problemático sostenerse en ellas, salvo el caso de tener permanentemente el ejército en pie de guerra. En cambio, el objetivo político y militar, indicado por muchas circunstancias como el más natural a nuestros planes, es Fuerte Olimpo. A conseguir este fin obedece toda nuestra penetración y ocupación actuales, mediante la unión del oriente y centro con el sudeste, precisamente en las proximidades de Fuerte Olimpo".

El doctor Salamanca, en respuesta de 11 de julio, refuta los puntos de vista del Estado Mayor y condensa su pensamiento en los términos siguientes:

"Antes de cerrar esta respuesta, deseo anotar brevemente mi parecer sobre el objetivo que, en concepto de usted, debe perseguirse en el asunto del Chaco. Reduce ese objetivo a la adquisición del Fuerte Olimpo, que justamente, según mis recuerdos, es el único punto, a la orilla occidental del río, sobre el cual puede el Paraguay alegar un título de posesión anterior a la independencia. He estimado, por mi parte, que la política boliviana no debería limitarse a la adquisición de un puerto, ni aun a la de una parte reducida sobre el río Paraguay. Esta limitación de nuestro objetivo es el desgraciado resultado de medio siglo de impotencia y dejadez de nuestra política, que absorbida por sus dificultades internas y atenta solamente al Pacífico., dejaba en abandono nuestros intereses y derechos de la hoya del Atlántico. De aquí que se haya hecho substancia en América la convicción de que Bolivia sólo necesita un puerto sobre el río Paraguay, en tanto que el Paraguay necesita territorios. Tantas veces he tropezado con este arraigadísimo concepto, que he comprendido que será harto difícil destruirlo o modificarlo, a fin de plantear la cuestión del Chaco sobre el Chaco mismo, proponiéndose como finalidad de nuestra política internacional la recuperación de todo ese territorio, si fuera posible o, por lo menos de una máxima posesión de su dominio. No se ocultarán, seguramente, a la notable perspicacia de su visión intelectual, las dificultades, los prejuicios y los peligros de esta política, que puede estimarse como sumamente difícil. También es cierto que no podría ella desenvolverse en breve tiempo, sino que exigirá la más grande perseverancia a través de escollos innumerables. Tampoco puedo disimular de mi parte que es harto improbable que los gobiernos de Bolivia sigan esta política hasta la consecución del ideal que persigue el que yo presido. Al contrario, temo mucho que, por imperio de los factores que usted conoce muy bien, propenderán a liquidar el pleito del Chaco, para deshacerse de un cuidado enojoso y costoso. A pesar de ello, estimo que mi deber es el de trabajar y perseverar en la línea de política internacional que he esbozado en esta comunicación, y en la cual he contado con la colaboración de usted, del General Lanza, del Dr. Julio A. Gutiérrez, del señor Miguel Mercado y con el bello empuje del ejército. Guardaré un vivo y agradecido recuerdo de este común trabajo mientras duren mis días".

El documento es significativo porque revela el pensamiento idealista del Presidente Salamanca y su decisión inquebrantable de ser fiel a él. El destino, sin embargo, como ocurre, una y otra vez en la vida de los hombres, frustró los anhelos patrióticos del ilustre tribuno, dando un epílogo trágico a su integrismo territorial por obra de una guerra que no la quiso, sin duda, pero que hubo de proseguirla hasta rendirse ante una realidad hostil equivocadamente evaluada.

Lo que desconcierta en este diálogo inicial entre el Poder Ejecutivo y el Comando Superior es que, principiadas las hostilidades en el Sudeste marcando el camino de la guerra, no haya existido, con antelación, un acuerdo cabal entre la Presidencia y el Estado Mayor General sobre el plan de campaña. Muy al contrario —y ello es increíble— no sólo se discute ese plan, ya iniciado el conflicto, sino que se descubre que la divergencia de opiniones es seria y, como consecuencia, se produce un primer distanciamiento que irá agravándose, bajo el peso de otras discordias, a medida que transcurra el tiempo, debilitando peligrosamente a los dos puntales de la acción bélica: Gobierno y Ejército.

En 1934 aparece un vuelco en el pensamiento estratégico. Ante la ineficiencia de la campana en el sud, rumbo a Concepción, el Presidente Salamanca aboga ahora por la acción del norte. En efecto, nombrado el General José L. Lanza, Jefe del Tercer Cuerpo, existente más en el papel que en el hecho y cuya misión es amagar al enemigo desde Ingavi, pide el Primer Mandatario al General Peñaranda que se preste mayor atención a ese sector. En un cifrado de 16 de junio, con cierta vehemencia, indica lo siguiente al Comando de Samayhuate:

"Su cifrado 60 me lleva a insistir a ese Comando en el proyecto de preparar la campaña en el norte para salir al río Paraguay. Encarezco la necesidad de prestar atención a esta idea y le pido ayudarla con toda voluntad. Nuestra presencia en el río Paraguay sería un golpe mortal para el enemigo y la victoria para nosotros. Juzgo que lo más práctico sería preparar ya una campaña o un golpe de sorpresa sobre Bahía Negra. Como sólo la estación seca es aprovechable conviene no perder tiempo".

Y el 25 reitera el doctor Salamanca su idea:

"Precisamos quebrantar al enemigo a fondo. Mientras nos limitamos a luchar aunque sea victoriosamente en el fondo del Chaco, Paraguay se sentía siempre intangible resguardado por el río. Para quebrantarlo hay que salir al río Paraguay, nuestro objetivo final debe ser el río".

Ironía de las cosas: es ahora el Comando en Campaña, donde se encuentran los autores del plan de guerra en el Norte, el que rechaza la idea del doctor Salamanca, y resiste reforzar a ese escuálido Tercer Cuerpo, cuyo Jefe no es amigo de los hombres de Samayhuate. El Paraguay está empeñado a fondo en el sector sur y acaso más en el central, y parece difícil, a estas alturas de la campaña, efectuar el cambio tan sorprendente que indica el Primer Mandatario. El General Peñaranda expresa al Presidente que habrá tiempo para ocuparse de la maniobra en el norte. Más el tiempo iba a ser con lo que menos se contaría en el campo boliviano.

LAS REPRESALIAS

El Presidente Salamanca dejó escrito, en sus apuntes, que el origen de la guerra fue la ocupación del puesto paraguayo de Laguna Pituantuta o Chuquisaca, el 15 de junio de 1932. Tratase aquí, indudablemente, de un **lapsus calami** toda vez que origen es principio y fundamento, aunque es posible que se quiso limitar el término a un hecho aislado que vino a ser el final de una serie de hechos similares y, por tanto, pudo marcar la reanudación de enfrentamientos que, después, condujeron a la guerra.

En rigor de verdad, los choques anteriores y los ocurridos inmediatamente después del encuentro en aquella Laguna, no fueron el origen de la contienda bélica sino los eslabones de esa cadena de acontecimientos y decisiones y aun omisiones que, por exceso de confianza y por amor propio nacional, en ambos países, amarraron a éstos al estrecho campo de las soluciones de fuerza, con la agravante de que el enfrentamiento físico de soberanías estuvo a cargo de elementos militares, llenos de ardor y voluntariosos, muy alejados de los centros civiles de gobierno.

El agua fue el factor dominante en la decisión de ocupar y quedarse en Laguna Chuquisaca, pero esto importaba la siguiente contradicción: de un lado, evacuar el puesto paraguayo, lo que equivalía a perder esa salvadora napa de agua y, del otro, cumplir la orden de abrir la ruta hacia el Norte, reteniendo Pituantuta, lo que nos permitiría juntar fuerzas con la 3ra. División.

Salamanca, en sus apuntes, subraya este dilema cuando dice acertadamente:

"Todo esto se hacía o se hablaba en La Paz, con una completa inutilidad, que no alcanzaba a modificar los acontecimientos. Tengo para mí que en el Chaco habían resuelto no soltar el Fortín; y aun juzgo que en el Estado Mayor General, habían resuelto lo mismo. Todos eran víctimas de una presunción militar ilusoria que nos hacía creer en una gran superioridad sobre el ene. miga".

Esta última sentencia contiene, acaso, una de las ilusiones de más peso que explica nuestros descalabros iniciales, cuya repercusión en las operaciones posteriores de la campaña llegó a ser determinante. Costó sangre y reveses convencernos de que no existía tal superioridad militar y de que, en los campos del Chaco, el Paraguay podía aventajarnos.

El Presidente Salamanca lamenta no haber negado autorización para instalar el puesto boliviano en la orilla izquierda u occidental de Laguna Chuquisaca, pero olvida —lo que es necesario repetir— que al privarnos de agua, cortábamos el avance hacia Ingavi. Es preciso agregar, por otra parte que de esa vera occidental del Gran Lago, como primeramente llamara a aquella Laguna el Mayor Moscoso, también hubiéramos sido desalojados dada la impreparación militar de que hicimos gala. La diferencia habría estado en señalar agresor al Paraguay.

Y acerca de nuestra superioridad militar, no se puede ocultar que el país, con escasas excepciones, se ufanaba de la eficiencia de su Ejército bajo la instrucción alemana. Pero había más: existía un general estado de ánimo que había encontrado su expresión cabal en la frase: "ni una pulgada más de territorio", como respuesta a los infortunios del pasado. Los que sugerían una transacción estaban, ciertamente, en minoría. Y en el Paraguay ese estado de ánimo era el mismo desde los luctuosos tiempos de Solano López.

Cabe preguntar si el origen de la guerra no estuvo, más bien, en las represalias ordenadas por el doctor Salamanca, siempre que se limite este término a los sucesos de 1932. Esto lo insinúa Osorio, aunque dice que la guerra era inevitable. En 1928, Vanguardia y Boquerón formaron el marco de negociaciones diplomáticas en las que Bolivia salió victoriosa. La razón de ello no fue otra que el haber sido víctima de un alevoso ataque que justificaba la represalia. En 1932, la relación de los incidentes vino a sindicarse a Bolivia como la que innovó en el Chaco; sin embargo, desató unas represalias que tras un episodio heroico, nos condujo al sacrificio de Boquerón. Más tarde, las negociaciones diplomáticas se hicieron difíciles porque Bolivia pugnaba por reparar los descalabros sufridos y Paraguay —como lo reconoce Salamanca— vió que su guerra defensiva podía transformarse en una guerra de conquista.

Sería una omisión censurable no dejar establecido que pesaba fuertemente en la conciencia del Gobierno y del Comando militar, y esto desde algunos años atrás, la responsabilidad de cubrir, con toda la amplitud posible, nuestras defensas en el Chaco, uniendo Camacho con Ingavi, ya que en este tramo existía un vacío que podía hacer peligrar todo nuestro dispositivo porque incitaba a una penetración envolvente. En el cambio de cartas entre el Presidente Salamanca y el General Osorio se ve clara la cautela con que obra el Mandatario y también la prudencia inhibitoria del Jefe del Estado Mayor General. Pero tales actitudes laudables no los llevan, ni al uno ni al otro, a prohibir la operación confiada al Mayor Moscoso para llegar hasta la gran capa de agua descubierta desde el aire, poco antes y, por consecuencia ocupar —militarmente hablando— un puesto que todo hacía suponer paraguayo. La cordura fue vencida por la necesidad de cerrar el paso al adversario y el punto escogido no podía ser otro que aquél donde había agua.

Esto, en síntesis, es Laguna Chuquisaca o el llamado Fortín Mariscal Santa Cruz, nombre sonoro para una ficción. y alrededor de este puesto de avanzada formóse un mundo de acusaciones, apenas hubo instaurado el proceso contra Oscar Moscoso y sus acompañantes.

Desde el comienzo se produjo una descomposición de valores. La carta de Moscoso a Luis Calvo contiene sindicaciones graves y revela, sin atenuantes, la ilusión de los mandos cuando ordenan ir hacia adelante, un poco a lo desconocido, con escasa preparación. De ahí el fracaso de Laguna Pituantuta que importa al fracaso del plan de penetración vertical. y del fracaso de esa ocupación efímera se pasa al fracaso de las represalias. ¿Cabe la crítica desnuda contra el Presidente por apurar esas represalias? El país entero las pedía y el Ejército con él. Se buscaba primeramente el contragolpe para ir después a las conversaciones diplomáticas en mejor pie. Mas los resultados obtenidos, ni de lejos, pudieron justificar lo que se hizo o lo que no se hizo. Pero tal es la naturaleza del hombre que la peor de las causas es motivo de alabanza cuando triunfa, y la mejor objeto de censura cuando aborta.

De los muchos documentos publicados sobre el incidente de la célebre Laguna, es de importancia el cifrado del General Osorio a Peñaranda, accidentalmente en comando de la IV División, enviado con fecha 29 de junio de 1932:

"Caso que Comisión Moscoso hubiese ocupado edificaciones que paraguayos abandonaron y que suponemos serían las reconocidas por nuestros exploradores aéreos, urgente abandonarlas de inmediato y establecerse cautelosamente en margen opuesta dicho lago. Caso edificaciones paraguayas estuvieran ubicadas orilla oriental indispensable alejarse poco más al occidente, debiendo establecerse (sic) si son atacadas. En ningún caso conviene provocar encuentro ni ser agresores, situación puede crear serias dificultades perjudicando negociaciones Washington. Debía haberse procedido con circunspección recomendada. Haga conocer de inmediato y máxima rapidez presente determinación a Comisión Moscoso tomando medidas de seguridad y precaución que circunstancias requieren".

El entonces Coronel Peñaranda representó esta orden porque así se lo pidieron los Jefes de su Comando, y también desde La Paz, según se comentó, sus camaradas del Estado Mayor. Bajo un punto de vista estrictamente castrense sin consideraciones políticas, la Laguna era el nexo insustituible entre las fuerzas del norte y del sur y, además, la confianza en la propia capacidad hizo que la orden no se cumpliera. Se ha dicho ya y es necesario repetirlo que se estaba al frente de un dilema: o se retiraba Moscoso de la Laguna, echando por la borda el plan de unir Camacho con Ingavi o se quedaba en ella con peligro de ser desalojado.

Sería aventurado sostener que en todo esto existía en el doctor Salamanca una decidida intención guerrista. Hay pruebas que contradicen tal juicio. En los días anteriores a esta emergencia en que pudo más la pasión que el cálculo, pronto estuvo el Presidente en aceptar un pacto de garantías —borrando así la precipitada ruptura de 1931— que le propusiera el Canciller Bustamante en febrero de ese año, antes de su toma del mando, y que me tocó recordar, en julio, desde Buenos Aires. Y en el terreno decisivo de los movimientos militares para ligar de sur a norte nuestras avanzadas, están sus órdenes de no atacar, de no provocar conflictos, de desviar la ruta y aun de retroceder con tal de evitar encuentros con el adversario.

Sostienen, sin embargo, hombres que le conocieron y lo atestiguan algunas declaraciones suyas, acaso mal interpretadas por los que las comentaron, que él creía que "la prueba del fuego", como dijera alguna vez refiriéndose a la guerra, abriría un cauce nuevo al pensamiento y a la acción de los bolivianos. Frente al atraco paraguayo sobre Vanguardia, en 1928, si bien aceptó la solución diplomática después de una larga conferencia con el Canciller Elío, estuvo, en un principio, inclinado hacia el empleo de la fuerza para zanjar el incidente y, por ende, el pleito mismo.

El General Osorio, en su defensa ("La Campaña del Chaco, 1944"), hidalgamente reconoce que el Presidente Salamanca era opuesto a la guerra y mas bien le hace cargo por haberse mostrado parco en la acción, una vez iniciadas las hostilidades. Dice así el Jefe del Estado Mayor General:

"La expresión de los sentimientos pacifistas del doctor Salamanca, reiteradas veces conocida, es irrecusable. El doctor Salamanca no quiso desencadenar la guerra. Fueron su pacifismo inerme y su falta de previsión los que animaron al Paraguaya obrar en sentido de apoderarse del Chaco por las armas".

Al referirse Osorio, en una carta al Presidente Salamanca, de 7 de julio de 1932, al plan estratégico del Estado Mayor, que aconsejaba la acción sobre Fuerte Olimpo, agrega esta sentencia que no puede pasar desapercibida:

"Esta consideración fundamental del plan operativo (Fuerte Olimpo) y una imposición de la naturaleza misma nos ha llevado a ocupar el Gran Lago (Laguna Chuquisaca). Por consiguiente, el mantenimiento de dicha posición es de una inapreciable importancia para el mantenimiento del desarrollo del conjunto de las operaciones posteriores".

Y termina la nota, redactada antes de que se nos desalojara del Gran Lago, con estas frases:

"La conservación de este punto significa la posibilidad de nuestra salida al río Paraguay; su abandono, la inutilidad de todos los esfuerzos desplegados en la anhelada unión de nuestras unidades en el único lugar en que existe agua".

En los párrafos transcritos se encuentra más de un secreto de los acontecimientos producidos. Si la importancia del Lago Grande era tanta, se explica por qué la Cuarta División fue lenta y aun renuente en dar instrucciones sobre cambio de sitio al Mayor Moscoso, y es natural suponer que en este Comando nunca pensaron que el Paraguay nos obligaría a retirarnos en desbandada.

El Presidente Salamanca dió respuesta a esta nota con otra, de 11 de julio de aquel año, llena de reflexiones interesantes, entre las cuales cabe reproducir las siguientes:

"En el complejo problema del Chaco, además del aspecto militar, debemos atender al aspecto internacional y a sus posibles consecuencias. Es así que, bajo el aspecto militar, nuestra ocupación de Laguna Grande tiene toda la importancia señalada por usted y debiera dar lugar a las medidas que asimismo indica con perfecta razón dentro de este concepto. Pero si atendemos a las consecuencias internacionales de nuestra ocupación de Laguna Grande, todo el cuadro cambia de sentido y presenta una perspectiva adversa a nuestra causa. Da lugar o pretexto a interrumpir el pacto de no agresión, a esparcir en el continente la inquietud de una guerra y a determinar una presión internacional que nos obligaría a un tratado desventajoso".

Al considerar los prolegómenos de la contienda bélica, no se puede olvidar al Coronel Julio C. Guerrero, distinguido militar peruano, pues en su libro "La Guerra del Chaco" consigna, con alta imparcialidad y genuinas simpatías por Bolivia, observaciones oportunas que deben ser tenidas en cuenta. Al referirse a la iniciación de las hostilidades, escribe:

"La prudencia más elemental pedía a Bolivia no precipitar el curso de los acontecimientos antes de haber salvado las dificultades de movilización y concentración".

Refuerza su pensamiento con este párrafo:

"Es indudable que el Presidente Salamanca pensó que, como en otras ocasiones, todo sería cuestión de pequeños ataques y represalias y que podría satisfacer la vehemencia entusiástica del pueblo indignado, con una demostración enérgica, pero limitada, ...Sin embargo, era la guerra".

Y tiene esta crítica que probó ser correcta:

"Parece claro que con estas medidas (la movilización parcial de julio) se trataba de apaciguar los ánimos y no de concentrar seriamente las fuerzas en el Chaco. Probablemente se juzgó con criterio falso, que bastaba la 4ta. División para llenar el objetivo inmediato en el Chaco. Error de consecuencias graves".

La retención de contingentes en retaguardia, al principio de las hostilidades, obedeció a la suposición equivocada de que las acciones bélicas serían de corta duración por la intervención de los Neutrales, pero esto no impidió al General Estigarribia, ya en Puerto Casado, a desobedecer órdenes de su gobierno que le mandaban no penetrar en el Chaco. El Jefe paraguayo tuvo menos ilusiones que ambos Gobiernos y se instaló en Isla Poí e hizo avanzar a sus hombres.

Se encuentra en la "Historia de la Guerra del Chaco", de un noble amigo de Bolivia, el Coronel Aquiles Vergara Vicuña, más de una relación sobre los sucesos del Chaco, y más de un juicio que tiene el mérito de la franqueza y del acierto, pues procede de una mente esclarecida. Sobre los aspectos iniciales de la campaña, dice Vergara:

"El Estado Mayor Boliviano, al parecer, desestimó esta hipótesis (existencia de un fortín paraguayo en Laguna Chuquisaca) o bien no le concedió mayor importancia, ya que su orden al Mayor Moscoso, es extremadamente escueta y no contiene ninguno de esos acápites con noticias de la situación, intención propia y otras instrucciones que son comunes a las órdenes de operaciones".

Y sostiene Aquiles Vergara, acerca de la orden de "ocupar" la Laguna dada a Moscoso;

"En rigor de doctrina y disciplina no cabía sino cumplir lo dispuesto, sin que cupiese sopesar consecuencias ni sacrificios".

Se debe agregar que el cifrado de 29 de julio, transcrito líneas más arriba, de Osorio a Peñaranda, con instrucciones ya precisas de no agredir, además de algún antecedente sobre la situación internacional, llegó tarde por habersele retenido, pero debió haber sido parte de la primera orden impartida a Oscar Moscoso.

Y comentando sobre el comienzo de los incidentes, el Coronel Vergara da esta opinión:

"Un capítulo apasionante e inseparable de este relato histórico, aunque de pre-guerra todavía, es aquel que se refiere a la responsabilidad principal del desencadenamiento de los sucesos bélicos formales en el Chaco, decisión gravísima, no tanto por lo que significaba en sí misma una guerra, que era punto menos que inevitable, cuanto por la circunstancia inequívoca y fatal de no hallarse Bolivia preparada para afrontar de inmediato la prueba, y muchísimo menos a una distancia aproximada a los dos mil kilómetros de sus bases y centros de recursos".

Finaliza este párrafo con una censura al Gobierno por haberse colocado "del lado de la masa", que pedía la guerra apenas tuvo conocimiento de los choques sangrientos ocurridos en Laguna Chuquisaca, citando a Salamanca, quien el 18 de julio, declaró que "había urgencia de satisfacer el justo anhelo popular".

Y en cuanto a las represalias, ordenadas e iniciadas antes de que Quintanilla llegara a Muñoz, hace esta observación:

"Este solo antecedente prueba de modo irredargüible la precipitada ofuscación del determinismo presidencial, ya que la más elemental cordura aconsejaba aplazar la ofensiva contra los fortines paraguayos, sino dos meses, (que pedía Osorio) por lo menos algunos días, para dar tiempo al Jefe recién designado para asumir la pesada carga conductora en la empresa por iniciarse, de llegar al terreno de contacto, poner en pie la labor de Comando y echar siquiera un vistazo o en su derredor".

En una breve publicación, titulada "Notas de mi Agenda. La Guerra del Chaco" (La Paz, 1936), refiriéndose a los primeros fuegos, escribe el Tcnl. Carlos Soria Galvarro lo siguiente:

"El Capitán General obraba bajo el signo del sentimentalismo patriótico, sin pensar —como primer hombre de Estado— que era preferible concentrar fuerzas con carácter previo para dar los primeros golpes en forma segura y afianzar después estos pequeños éxitos con reservas que se movilizaban en toda la Nación. La impaciencia se impuso sobre el buen criterio y lo que aconteció en Diciembre de 1928, en forma inesperada, quiso repetirse el año 32, como si los acontecimientos históricos estuviesen a la sola voluntad y a los caprichos de los hombres".

Pero dejando de lado a los que pensaron que la guerra era inevitable, entre los que se destaca Mariano Baptista que así lo declara a su vuelta del Paraguay, y sólo tomando en cuenta las innovaciones bolivianas de aquel año de 1932, uno se encuentra ante una disyuntiva: o el origen de la guerra, como afirma Salamanca, estuvo en la ocupación violenta del fortín paraguayo sobre Laguna Pituantuta, o ese origen encontró su punto de partida en las represalias ordenadas

por el Presidente de la República. En el primer caso hay culpa, en el Estado Mayor General y en el Comando de la IV División, más que en el ejecutante Moscoso; en el segundo, la responsabilidad es, sin duda, del Primer Mandatario.

Sin embargo, aun en este segundo caso, sale al encuentro una digresión, si se permite la palabra, que consiste en la toma de Boquerón, hecho de armas no ordenado por el doctor Salamanca sino dispuesta por el Coronel David Toro, Jefe de Estado Mayor del Comando del General Quintanilla. Así lo dice aquél en su defensa, titulada "Mi actuación en la Campaña del Chaco", publicada en 1941, al referirse a un proyectado avance sobre Isla Poí, ya tomados Toledo y Corrales:

"Estudiada la situación esa misma noche (de su llegada a Muñoz) y después de grandes esfuerzos, pude obtener que se paralizara el absurdo avance ordenado de las fuerzas del Coronel Enrique Peñaranda hacia Isla Poy, y cuyas fracciones adelantadas avanzaron al llegar hasta Huajó. Esas fuerzas —agrega— habrían sido irremisiblemente pasadas a cuchillo, como textualmente manifesté en aquella oportunidad. Pero como existía —subraya— la obsesión de tomar un nuevo fortín, sugerí cambiar el objetivo hacia Boquerón, operación más fácil y razonable, sobre todo si se persistía en el firme propósito de continuar después sobre Isla Poy. Así se lograría —termina— una situación mucho más ventajosa para seguir operaciones desde Boquerón y Toledo, y aún desde Huijay, avanzando con tenaza sobre aquel punto".

La ilusión de un poderío militar inexistente y cierto menosprecio de la capacidad del adversario, dieron paso a estos primeros errores, de táctica y penetración psicológica, que dejaron su huella en el curso de las operaciones del sudeste.

Si se habla del origen de la guerra señalando ciertas iniciativas bolivianas, limitadas al año de 1932, no quiere esto decir, en manera alguna, que la guerra misma, dados los antecedentes históricos del litigio casi secular, debe imputarse a Bolivia. Pocos países han hecho gala de un espíritu eminentemente pacifista como el nuestro y, pocos mayor intransigencia que la patria de los López. Puede decirse que el abandono que hicieron los paraguayos de la Conferencia de Washington sobre un pacto de garantías, no dió cabida a reanudar conversaciones que podían solucionar el incidente de Laguna Chuquisaca. Pero de por medio estaba Boquerón. No podemos pasar por alto lo que significaba este Fortín para nuestros adversarios. La humillación de 1929, después de Vanguardia, hacía de Boquerón una prueba suprema para el gobierno de Asunción. Y Boquerón fue, en consecuencia, el precipitante de la contienda bélica.

A Bolivia no le quedó otro camino que el de valerse por sí misma para restablecer el equilibrio de armas en el Chaco. Sólo que la imprevisión y los apremios dieron un golpe de gracia a la embestida boliviana que iba en busca de una reparación y no de una guerra.

ESE CHACO TAN LEJANO

El destino puso a don Daniel Salamanca en el solio presidencial para zanjar el problema territorial del Chaco por las aros, medio no buscado por él, sin duda, aunque era de los que creía inevitable la guerra. Una respetable existencia dedicada al servicio del país y una independencia económica suficiente que le permitía hacer una vida de estudio y de larga actividad política, sin las preocupaciones materiales que oprimen el espíritu y desvían los mejores propósitos, diéronle la ocasión de familiarizarse con los problemas nacionales, particularmente los de soberanía, sobre los cuales tenía él ideas definidas. Por temperamento y como resultado de sus meditaciones, difícilmente variaba el rumbo de sus decisiones aunque es justo reconocer que escuchaba con deferencia todo argumento razonado que se le exponía. Los lapsos de silencio en que caía y cierto hermetismo que le era habitual, hacían decir que el orgullo le llevaba al menosprecio de las gentes. Este juicio no refleja la verdad, pues lo que al doctor Salamanca aquejaba era un general desengaño de hombres y cosas, formado a lo largo de su vida de pensador político. Y el mayor desengaño —huelga decirlo— provenía del círculo de sus colaboradores, después de la escisión partidista de 1920 en la que resultó burlada su legítima ambición. Volvió a la palestra con mayores bríos pero, tal vez, quepa decir que la frustración del año 20 dejó en su espíritu un sedimento de desconfianza que perjudicaría su trato con los hombres.

Interesa consignar aquí lo que pensaba el ilustre tribuna de la cuestión del Chaco. Esparcidas sus opiniones en discursos y declaraciones públicas, se encuentra una síntesis de ellas en unos apuntes, felizmente recopilados por Eduardo Arze Quiroga en "Documentos para una historia de la guerra del Chaco", dejados incompletos. Dice el Presidente en ellos: (Volumen II).

"He observado repetidas veces (cosa harto clara y sin duda observada por todos) que Bolivia, a través del tiempo, ha sufrido las consecuencias de su adversa posición geográfica y de su topografía montañosa. La Nación se formó sobre la base de la riqueza minera y corrió las vicisitudes de esa industria. Quedó prácticamente alejada de los mares y de los grandes ríos que forman el vehículo de las corrientes de la riqueza y se sostuvo difícil y pobremente merced a la valía de sus minerales. El núcleo de la Nación seguía en la región montañosa, quedando sus grandes llanuras del Norte, del Oriente y del Sudeste en completo sueño económico por falta de mercados y de vías francas y baratas de transportes. Liorna los países vecinos, mejor ubicados, crecían más, llegaban a nuestros lejanos territorios antes que nosotros y acababan por adueñarse de ellos.

"No señalo más que la corriente profunda de la Historia, sin examinar por lo pasado las formas militares y diplomáticas con que ella se reveló en los hechos. El resultado de esta corriente fue la desmembración de nuestro territorio y la clausura de Bolivia. Quedamos excluidos del Pacífico y prácticamente del Amazonas y del Plata. Sólo subsistía nuestro derecho y nuestra esperanza sobre nuestro acceso al Plata por el Río Paraguay. Pero, allí encontramos también el factor geográfico adverso al desarrollo y la plenitud de nuestra vida.

"Las primeras relaciones diplomáticas para arreglar con el Paraguay la cuestión del Chaco, coincidieron aproximadamente con la guerra del Pacífico y sus funestas consecuencias. Los gobiernos de Bolivia, absorbidos por nuestros intereses en el Pacífico y por nuestros asuntos internos, no concebían ni aun la posibilidad de hacer acto de presencia en el Chaco, y fiaban la suerte de Bolivia a las gestiones diplomáticas. Pero, a su vez, el Paraguay tenía el Chaco al alcance de la mano y no ignoraba las imposibilidades que detenían a Bolivia en sus montañas. Todos los esfuerzos diplomáticos de Bolivia escollaron en la conducta deliberada del Paraguay, en todo el largo periodo corrido desde 1879 a 1907. Los esfuerzos posteriores, desde 1907 a 1928, tampoco dieron resultados. Entre tanto, el Paraguay iba tomando posesión del Chaco, mediante el sistema de concesiones graciosas que aseguraban su dominio. Estas concesiones eran, en su mayor parte, argentinas o caían en manos de ciudadanos de la Argentina, arrastrando el interés solidario de este país contra Bolivia.

"Mientras el Paraguay cruzaba el Río para apoderarse del Chaco, Bolivia hacía también un débil esfuerzo para vencer la distancia y sus obstáculos y llegar a ese territorio. La acción paraguaya o, mejor dicho, la de sus concesionarios argentinos o de otros países, daba inmediato rendimiento industrial, mientras la acción boliviana significaba un sacrificio sin compensación. Lo que puede causar sorpresa es mas bien la lentitud paraguaya en apoderarse del Chaco. Avanzó seguramente hasta donde el negocio de las concesiones lo permitía, pues, el esfuerzo no fue paraguayo.

"Debemos recordar este período a grandes pasos, marcando lo sustancial y sus resultados permanentes. En el curso de este período acaeció el golpe paraguayo sobre Puerto Pacheco, que fue soportado sin reacción de nuestra parte. Este incidente completa el cuadro pesimista que voy trazando. Bolivia fue tradicionalmente una Nación incorporada al Pacífico y sus sentimientos se formaron en ese ambiente. Las vastas planicies del Norte, del Este y del Sudeste, que naturalmente saldrían al Atlántico, tenían una vida rudimentaria que no podía aún influir en la formación de los sentimientos nacionales. La cuestión del Chaco era materia de previsión de los Gobiernos, más que un interés nacional.

"El esfuerzo industrial extranjero, bajo bandera paraguaya, había fundado en la banda occidental del Río Paraguay, pequeños puestos en los cuales el principal era Puerto Casado, origen de un ferrocarril liviano que se internaba cien kilómetros mas o menos al Occidente. Casado era español y dejó familia argentina. En forma análoga una parte de la ribera occidental fue ocupada por la industria del quebracho, dando margen a una penetración no muy profunda en el Chaco. El Gobierno paraguayo regalaba allí las tierras ajenas generosamente para atraer pobladores y establecer su dominio. Su base de acción era el Río Paraguay, de fácil acceso comercial.

"Bolivia hacía sin energía su esfuerzo desde las montañas en forma de ocupación militar y no industrial, fundando fortines de comunicación difícilísima con nuestros centros poblados. Los fortines fueron avanzando, siguiendo el curso del Pilcomayo, por razón de agua y llegaron a las cercanías de Nanawa. La inercia nuestra descuidó la ocupación de este punto que fue tomado por los paraguayos. Desde aquella región nuestro avance hizo un ángulo y se dirigió al Norte, fundando los fortines Saavedra, Alihuatá y Arce, aparte de otros puestos militares frente a Boquerón.

"En ese estado de cosas en el Chaco, es cuando se organizó el Gobierno de marzo de 1931".

Aunque de modo breve, estas anotaciones dan cuenta cabal del problema chaqueño, particularmente acerca del contraste existente entre el difícil avance boliviano sólo a base de puestos militares y la sólida penetración paraguaya, colonizadora tanto como armada, respaldada por ese gran "camino que anda", el río-límite, que la ponía al alcance rápido de Asunción y los recursos del país. En esta desemejanza de situaciones se encuentra la explicación primera de los contrastes bolivianos.

Pero ya antes, el Canciller Julio Gutiérrez, en nota al Ministro americano en La Paz, de 19 de octubre de 1931, hizo una franca referencia a esa oposición de situaciones o inferioridad boliviana, con estas palabras:

"Se difundió en Norte América la tesis de que Bolivia era un país que trataba de ir a la guerra para atropellar a un pueblo débil e indefenso como el Paraguay, lo que creó un ambiente hostil, cuando la realidad es distinta. Si Bolivia defiende el Chaco es porque lo considera suyo de conformidad a los antecedentes históricos y jurídicos que apoyan su tesis. El Paraguay traspasando el límite arcaico que es el río, pretende penetrar al centro mismo de nuestra nacionalidad, deformando nuestra configuración geográfica y tratando de duplicar su extensión territorial. Tampoco es verdad que se trata de un pueblo débil en comparación con Bolivia, pues si tenemos en cuenta nuestro distanciamiento a esos dilatados confines de la nación, la deficiencia notoria de nuestras vías de comunicación y, de otro lado, la proximidad del Paraguay a los puntos de contacto de los fortines, así como la enorme ventaja que le dá el dominio del río, llegaremos a la conclusión de que en una guerra tendría ese país medios de movilización y de lucha muy superiores".

La conclusión a que arribaba la Cancillería en 1931, aparece olvidada en 1932 cuando se ordena, sin dilaciones, las represalias contra el Paraguay que podían desembocar inesperadamente en un conflicto armado. Aún más: el compás de espera sugerido por el Jefe de Estado Mayor no fue tomado en cuenta y tampoco las exhortaciones del senador Jaime Mendoza, después de ocupados Toledo, Corrales y Boquerón, para ir hacia negociaciones diplomáticas, devolviendo estos fortines al contendor.

Sorprende entonces que conociendo ese contraste de situaciones, esa desventaja boliviana, los dirigentes del país hayan buscado el camino de las armas para zanjar el viejo pleito con el Paraguay, aunque sirve de excusa a aquellos el estado de la opinión nacional que pugnaba por el uso de medidas fuertes. Pero es preciso recordar que antes de llegar a la beligerancia armada hubo un laudable intento boliviano de evitar los incidentes de hecho, mediante un pacto de no agresión que, desgraciadamente, no llegó a concertarse por abandono paraguayo de las negociaciones de Washington, después del ataque a Laguna Pituantuta.

No puede negarse que en el fondo de la acción del Ejecutivo, para responder a la acometida paraguaya en Laguna Chuquisaca, hubo precipitación por más que, desde lejos, como aparece en el apunte de Salamanca y en la nota de Gutiérrez, se hablaba de distancias y dificultades que menguaban el esfuerzo boliviano para defender su heredad. En el terreno, las cosas eran más graves y para vencer, el país, en esos días, no estaba preparado. Pero esto no lo pensaba nadie. Y así la guerra para Bolivia fue un esfuerzo desmesurado que hizo más patente aún el heroísmo y la abnegación de sus hijos.

A esto vinieron a sumarse las actitudes desafiantes del Comando en la zona de operaciones, en los primeros días de las hostilidades, que probaban el menosprecio en que se

tenía a las fuerzas contrarias. En su defensa, publicada en 1939, escribe Oscar Moscoso esto que parece increíble:

—"Hubo un alto Jefe que en repetidas ocasiones expresó que era suficiente la guarnición del Chaco para arrear a latigazos a los paraguayos hasta el río" —Y agrega: "por el alto cargo que ocupaba y su influencia en el Gobierno, las opiniones de este Jefe debieron pesar en el ánimo del doctor Salamanca".

Este mismo Jefe, a su paso por Asunción en 1931, declaró poseer iguales datos que los recogidos por nuestra misión sobre los contingentes militares que, de inmediato, podía alistar el Paraguay en el Chaco mismo y que bordeaban los 10.000 hombres!

Tal vez dos fallas nuestras singularizan, mejor que otras, la ligereza con que fuimos a la guerra: el detenimiento de la movilización ya iniciadas las hostilidades y el Pilcomayo sin puentes para cruzarlo frente a Villa Montes.

Los cargos que sobre el primer punto se hicieron al Gobierno fueron unánimes. El Ministro Gutiérrez se defendió asegurando que las órdenes fueron dadas para el avance de los destacamentos, retenidos un momento, pero el hecho es que éstos no llegaron oportunamente para salvar situaciones gravemente comprometidas. La movilización "a cuenta gotas", frase de Pedro Zilveti que hizo célebre Bautista Saavedra en alguna crónica, llegó a sintetizar gráficamente la indefensión en que se encontraba Bolivia, en sus líneas de combate, por decisión inconsiderada de sus propias autoridades.

El Coronel Guerrero, en su libro ya citado, dedica a este asunto un párrafo sugestivo que, por provenir de un observador agudo, merece ser reproducido:

"La estrategia debe actuar desde el primer instante en forma aplastante, inexorable, so pena de correr un albur con proyecciones pesimistas. La estrategia ordena —lo hemos dicho al comienzo de este capítulo— el empleo de todas las fuerzas... y Bolivia no había decretado la movilización general; esa misma movilización parcial decretada no significaba nada en el teatro de la guerra. La 4a. División... y nada más".

Y subrayando su pensamiento, Guerrero agrega:

"No es posible hacer la guerra a medias, a sorbos, a bocaditos; hay que hacerla fulminante, con todo el peso del poder militar y ciudadano; no puede ser conducida con esfuerzos intermitentes, explosivos, sino con un impulso sin solución de continuidad".

Toca consignar aquí lo que escribió, sobre el particular, el Jefe del Estado Mayor General, Filiberto Osorio, en su libro titulado "La Campaña del Chaco":

"Después de la toma de Corrales, Toledo y Boquerón, que cayeron en poder de las tropas bolivianas el 27, 28 Y 31 de julio de 1932, y después de la ocupación de Rojas Silva el 3 de agosto, se acordó tomar igualmente Nanawa o Presidente Ayala, cuya posesión era indispensable, cuando el Jefe del Estado y Capitán General ordenó bruscamente la suspensión total de las hostilidades".

Y prosigue Osorio:

"No sólo se ordenó suspender las operaciones en el frente de batalla, sino paralizar completamente la movilización de las tropas. Con este motivo, en todo el trayecto quedaron inmobilizados los regimientos y destacamentos que marchaban al Chaco. En Tarija quedaron varias semanas sin hacer nada cerca de cuatro mil hombres".

La explicación de esta grave medida la da el Jefe del Estado Mayor en la siguiente información:

"El telegrama de Su Excelencia decía que "siendo la situación internacional grave, debía detenerse el avance de las tropas. Entretanto el Paraguay, que no necesitaba sino tres días para llegar al frente, activaba sus preparativos. Bolivia, que sostenía una "guerra colonial" a larguísimas distancias, detenía toda operación militar".

Cabe recordar, una vez más, que la euforia guerrera de que estaban llenos los comandos del Chaco, a pesar de sus exiguos contingentes y sus deficientes comunicaciones, como lo había demostrado Laguna Chuquisaca e iba a probarlo Boquerón, empujaba a esos mandos a proyectar la conquista de nuevos fortines, entre ellos el de Isla Poi, Cuartel General de Estigarribia.

Otro ponderado militar extranjero, el Coronel Vergara Vicuña, en uno de sus libros sobre la contienda del Chaco, nos hace una revelación que dice mucho de la impreparación bélica de Bolivia. El Coronel Francisco Peña, Jefe máximo en el teatro de operaciones al principio de las hostilidades, declaró al autor citado lo que sigue:

"...que en verdad una vena de optimismo perturbó la visión y apreciación de los sucesos, por desconocimiento de la capacidad paraguaya, hasta que ésta se manifestó en todas sus proyecciones durante la primera semana del cerco de Boquerón, que dando desde ese instante fijada su nueva posición mental y conductora en presencia de los trazos reales del cuadro estratégico".

Es que en toda esta confusión, el Gobierno equivocadamente dió excesiva importancia a las gestiones amistosas de neutrales en busca de un arreglo del entredicho que ya pasaba a mayores, gestiones donde aparecían veladas amenazas de aislar la guerra mediante interrupción de comunicaciones con el mundo exterior que, para Bolivia, podía ser fatal. Empero, las consecuencias de aquella paralización de la marcha de las tropas las sufrió primeramente el grupo de héroes cercados en Boquerón y, después, con la retoma de este célebre fortín por los paraguayos, nació en éstos la noción de conquista de un territorio que su adversario defendía con notorias deficiencias.

Viniendo de Tarija, las tropas se encontraban, pasado el Angosto, detenidas en San Antonio, frente a Villa Montes, puerta del Chaco y centro general de abastecimientos. El río Pilcomayo, ya caudaloso, cerraba el paso. Para cruzarlo era menester usar las llamadas chalanas y pequeños botes, donde apenas cabían en éstos una docena de hombres. Puente no existía.

Las gentes de retaguardia no se imaginaban lo que representaba, para la movilización del Ejército, el obstáculo del río sin puente, pues en las crónicas que se publicaban sobre lo que acontecía en el sudeste, nadie hacía mención siquiera de esta falla inconcebible.

Cuando a principios de 1933 llegamos a San Antonio, hubimos de esperar dos o tres días para cruzar el río que venía muy cargado. Más que eso: el Destacamento Castillo estuvo casi una semana sin poder avanzar. La chalana funcionaba a medias y los pequeños botes lo llevaban a uno corriente abajo a largas distancias. De regreso a La Paz a mediados de ese año por una corta estada, impresionado por este tremendo descuido que entrababa la prosecución de la guerra, publiqué en "El Diario", de 14 de agosto, algún comentario sobre el particular del que transcribimos estos renglones:

"Estamos en trance de rehacer la nacionalidad con nuestra afirmación de soberanía en el Chaco, y toda obra que reedifique, restablece y renueva, descansa en la permanencia de las bases, en materia y en espíritu, durante aquella gestación vivificadora. El puente sobre el Pilcomayo, en la escala de las proporciones, tiene un significado moral y un aspecto de realidad que le señalan sitio entre aquellas bases, claramente afirmativas de nuestra nacionalidad.

"Y conste que, elementalmente hablando, la primera de esas bases es la cohesión, el amalgama del cuerpo social en un todo armónico, mediante vías permanentes de comunicación, sin solución de continuidad. Hasta hoy nos ha vencido el Pilcomayo; esperamos que pronto tomaremos nuestro desquite, elevándonos a mil codos sobre sus turbias aguas para nunca más cruzar las sobre cuatro tablas enmohecidas".

Meses después, nuevamente en el Chaco, el puente sobre el Pilcomayo seguía siendo la preocupación de ingenieros y constructores, que nunca recibían la orden de iniciar la obra. Me pareció oportuno escribir, desde Fortín Ballivián, con fecha 25 de febrero de 1934, al Ministro de Relaciones Exteriores, don Carlos Calvo, pidiéndole su apoyo para sacar adelante la obra del puente. Entre otras cosas, le decía:

"El entusiasmo tan efímero que nos caracterizaba hizo ruido alrededor del proyecto; mandáronse practicar estudios preliminares y definitivos e inicióse la acumulación de materiales; aún más, fue elegida el lugar del "vado" y todo parecía presagiar la inmediata iniciación de los trabajos. Hasta se dijo que los fondos se encontraban depositados en una institución bancaria. Así me informó, en julio del año pasado y con singular entusiasmo, nuestro inteligente amigo el ingeniero Roberto Arce, jefe de la soñada construcción".

Más lejos, preguntábale:

"¿Y la desmovilización, pretenderán hacerla a nado?".

Terminaba mis incitaciones con estas palabras:

"Sólo parece que se quisiera aislar simbólicamente este Chaco de tragedia del resto del territorio, pues el Pilcomayo por Villa Montes, es un enemigo que no nos atrevemos a vencer. El hace la guarda, perenne y calladamente, y es el primer aliado del enemigo que encontramos en la ruta esforzada de nuestras ansias de victoria".

El puente quedó terminado al final de la guerra; sirvió para el regreso de las tropas. Si se calculara las horas perdidas a lo largo del conflicto, por la ausencia de un paso expedito, se llegaría, no cabe duda, a cifras que causarían asombro y se explicaría más de un contraste militar, más de una retirada, por falta oportuna de refuerzos, de pertrechos y de vituallas. Más que un obstáculo, el Pilcomayo era un adversario y, sin embargo, hicimos una guerra de tres años enfrentándolo día a día, con una porfía muy boliviana. Fue todo esto un desgaste de energías que pudimos haber empleado en conservar el Chaco.

Cabe aquí una frase de Demetrio Canelas que sintetiza una verdad:

"En esta guerra hemos sido vencidos por nosotros mismos" (*)

(*) Demetrio Canelas -"Documentos Políticos" Cochabamba. 1938-
Discurso pronunciado en la Cámara de Diputados. el 3 de julio de 1935.

LA DEFENSA DEL MAYOR MOSCOSO

La ocupación armada del puesto paraguayo sobre Laguna Pituantuta, denominada por los bolivianos Laguna Chuquisaca, fue el origen de la guerra, escribió el doctor Salamanca en uno de sus apuntes, transcrito en páginas anteriores. Para el Mayor Oscar Moscoso, de cuya defensa corresponde ahora tomar nota, esa ocupación es también el origen del conflicto bélico, pero como consecuencia de la necesidad de tomar posesión de un importante manto de agua, sin el cual el avance hacia el Norte quedaba descartado. Y en ese avance cifraban todos la esperanza de salvar la zona central del Chaco.

En sus "Recuerdos de la Guerra del Chaco", Moscoso refiere lo siguiente:

"Comentábamos los oficiales (del Loa) con cuánta facilidad puede trazarse caminos sobre puntos imaginarios que estaban ya bautizados en el plano, y cuántos miles de kilómetros puede construirse en esta forma. Sin embargo, reconocimos la idea fundamental: limitar la penetración paraguaya hacia el oeste abriendo desde ambos extremos la picada que uniera Platanillos con Roboré. En este plan de conjunto revestía particular importancia y urgencia jalonar el camino de Platanillos al norte flanqueando el fortín paraguayo Corrales y alejándose lo suficiente de él para evitar choques con su guarnición. Pero en el Chaco los caminos no pueden hacerse sino de aguada en aguada para establecer en ellas fracciones, y en los reconocimientos que hizo Ustares ubicó una al oeste de Corrales, a pocos kilómetros del fortín paraguayo; más al norte descubrió otra pequeña, pero susceptible de ensancharla por la naturaleza del terreno, y hacer de ella un gran depósito de agua pluvial. Sobre estos dos puntos se fundaron después los fortines Bolívar y Loa".

Este párrafo contiene, en forma sencilla y natural, algunos elementos que han de ayudar a clarificar los posteriores sucesos del Chaco y, en el hecho, la historia de la penetración en ese territorio, pues el agua determina las direcciones y posibilidades del avance militar. Si el gran Ustares no descubre las aguadas que sirvieron para fundar los puestos de Bolívar y Loa, cerrando

el paso a los de Corrales y Fernández, no le hubiera quedado al país sino dejar sin cobertura el avance paraguayo en esa zona central y flanqueante o, como defensa legítima, atacar Corrales y seguir la ruta hacia el Norte. Laguna Chuquisaca vino a ser una repetición de lo ya ocurrido tantas veces, pero aquí el manto de agua era uno solo, en cuya orilla oriental se encontraban fuerzas paraguayas. La duda estaba en cancelar la marcha hacia Ingavi u ocupar la Laguna, desalojando a los contrarios. Esto no estaba precisamente en los planes del Estado Mayor o del Ejecutivo. Toda la controversia acerca de Laguna Chuquisaca versa sobre la palabra "ocupación", esencia de la orden dada al Mayor Moscoso, después de haber descubierto la Laguna en vuelos con Jordán. Moscoso describe de modo expresivo ese histórico vuelo en una página que interesa reproducir:

- "En los primeros días de abril fuí llamado a Muñoz donde recibí la misión de acompañar al Teniente Coronel Jorge Jordán en un vuelo de reconocimiento hasta Ingavi, a fin de estudiar la ruta para el avance de las exploraciones que jalonaban el camino de unión del norte con el sud del Chaco. Se empleó un avión Vickers "Vespa ". Aterrizamos en la cañada de Camacho que un mes antes tenía hasta 50 cmts. de agua, donde se revisó la máquina y se llenaron los tanques de gasolina. Al despegar en este punto sentí la angustia del vuelo sobre lo desconocido y sabía que ese desconocido con una dilatada zona seca, sin recursos de ninguna clase y que en caso de accidente nadie podría socorrernos.

"Después de una hora de vuelo al N. E. (409) con fuerte viento contrario divisé a la derecha de nuestra ruta una mancha de agua. Consulté a Jordán si valdría la pena de desplazarnos al este para observarla, y por toda respuesta efectuó un viraje para tomar rumbo 70°. Diez minutos después volábamos sobre una enorme laguna que en parte tenía vegetación y donde había millares de aves acuáticas. Dimos dos vueltas alrededor de esta mancha de agua cuya superficie era de varios kilómetros. En la orilla del Este observamos huella de ganado que formaba varias sendas en el piso fangoso comprendido entre el bosque y el agua; dentro del monte vimos un terreno despejado artificialmente donde se levantaban algunas construcciones de barro y paja y corrales cercados, dando todo esto el aspecto de un fortín. A través del follaje de los árboles corpulentos tratamos de encontrar algún camino o senda que llegara a las construcciones, pero no vimos ninguna vía de acceso. Volábamos sobre lo que llamamos "Gran Lago", y al ocuparlo por tierra, en el mes de junio se denominaría Laguna Chuquisaca.

"Desde el primer momento comprendimos que las construcciones formaban un fortín paraguayo y no un campamento de salvajes del corazón del Chaco. Supusimos que se trataba del fortín Díaz y así consignamos en el informe y el plano que hicimos del reconocimiento aéreo. De Gran Lago veíamos claramente, al noroeste, las colinas de Ingavi y tomamos esa dirección para volver otra vez al este, reconociendo nuevas aguadas, cañadas desbordantes y campos abiertos. Teníamos la impresión de estar cerca de Fuerte Olimpo y estábamos seguros de que en pocos minutos de internarnos al naciente veríamos el río Paraguay, pero el avión tiene su autonomía limitada y había que ir al objetivo.

"Al dirigirnos al N. O. guiados por las colinas de Ingavi, sobrevolamos una zona inundada; a través de los árboles se veía el agua que brillaba como si miles de lentejuelas hubieran sido expuestas en tierra al reflejo de los rayos solares. Pensamos en los contrastes del Chaco: las unidades que avanzaban del sud paralizaron su marcha por falta de agua y en este otro sector la inundación detendría o retardaría su progresión hacia el Pilcomayo. Poco después percibimos una línea de color ocre oscuro orientada de N. O. a S. E.; al aproximamos vimos que era la picada del "Ingavi" que concluía en una aguada donde se movían y trataban de hacerse ver grupos de soldados que agitaban nuestra bandera. Los oficiales de aquel regimiento continuaban el avance lleno de privaciones y siempre llevaban la enseña nacional para izarla en los nuevos fortines. Descendimos a pocos metros de la copa de los árboles para acercarnos a nuestros amigos y compañeros. Estaban allí Jorge Vidal, Germán Busch y Armando Pinto para quienes arrojamos las provisiones que llevábamos en el avión y un parte con los datos del vuelo indicando la presencia del Gran Lago al sud, dándoles desde ese momento la orientación para su marcha.

"Telefónicamente me comunicó Jordán que prefería volver n Camacho porque el aterrizaje en Ingavi, cuyos cerros veíamos con más claridad, le parecía peligroso por las dimensiones de la pista y el fuerte viento norte que soplaba. Sin embargo de que las anotaciones del vuelo nos permitían conocer aproximadamente la dirección de Camacho, ubicar este punto en el inmenso plano uniforme que se perdía en el horizonte, era muy difícil. Tomamos rumbo sud, con ligera inclinación al oeste. El viento nos empujaba vertiginosamente ocasionando sacudidas y descensos

del avión. Jordán levantó la máquina hasta 2.500 metros en busca de una capa de aire más tranquila, pero todo era igual. Los fenómenos atmosféricos y meteorológicos en el Chaco tienen una violencia que impresiona. Inútilmente buscamos la mancha verde que rodea la cañada de Camacho y las columnas de humo que hacían nuestros compañeros que ansiosos esperaban oír el ruido del motor. El viento, y la bruma constante del bosque dificultan la observación. Cuánta diferencia con la atmósfera del Altiplano. Mientras tanto el avión se deslizaba velozmente impulsado por fuerte viento de cola; sentíamos crujir su estructura. La brújula, único medio de navegación en el "Vespa" de la época de la guerra europea, funcionaba normalmente pero notábamos que el viento nos llevaba con enorme desviación. Abajo veíamos la bruma y arriba el sol brillante. En la angustia de buscar Camacho cortamos el camino Arce-Ballivián a 50 Km. al oeste y a otros tantos de aquel fortín, empleando un tiempo mínimo. Poco después divisábamos como un hilo la ancha playa del Pilcomayo. Aterrizamos en Muñoz después de 7 horas de vuelo en una máquina que tenía autonomía sólo de seis horas".

La orden que recibió Moscoso era de "ocupar el Gran Lago" sin mayores aclaraciones. Verdad es que, de modo general, se tenía prohibido a nuestra gente "ir a ver lo que ocurría en los fortines paraguayos". Preocupado el Mayor Moscoso por lo escueto de la orden, hizo las preguntas del caso al Coronel Peña, Jefe de la IV División, sin recibir respuesta alguna "seguramente —añota aquél— porque tampoco él tenía mayores instrucciones del Estado Mayor". Saliendo de Camacho el 25 de mayo de 1932, con tres Tenientes y veinticinco hombres, el Mayor Moscoso llega a Cañada 16 de Julio, donde recibe por estafeta el siguiente mensaje del Estado Mayor, transmitido por la IV División:

"La Paz, Mayo 21,1932 —Cuarta Div. —Muñoz —Cif. 413— Ultimos acuerdos en negociaciones Washington neutrales presionarían países litigante s designación urgente y precisa sus posiciones más avanzadas Chaco. Dicho objeto impónese urgentísima ocupación "Laguna Grande" quedando libertad Cuarta Div. para adoptar medidas cumplimiento disposiciones pertinentes mis cifrados 585 de 20 de abril y 503 de 3 de mayo presente año. Espero informes frecuentes progreso presente cometido. Acuse recibo P. O. Esmayoral Cnl Salinas".

Moscoso, sobre el particular, sostiene que el mensaje, tal cual llegó a sus manos, daba urgencia a la ocupación "hasta fin de mes". Osorio, de su parte, dice que este mensaje, antes de su despacho, fue conocido por el Presidente de la República. Los cifrados citados en el 413 se referían al avance hacia el Norte en la forma más segura posible. Para el ejecutante de aquel mandato no le quedaba otro camino que el de apresurar su marcha y cumplir la orden, es decir "ocupar" la Laguna. Ya no se trataba solamente de asegurar, con una buena aguada, la unión con Ingavi, sino de reforzar nuestra posición demarcatoria para las negociaciones de Washington sobre un pacto de garantías, buscado por Bolivia. En páginas precedentes aparece el juicio del Coronel Vergara Vicuña acerca del error de impartir órdenes escuetas por parte del Estado Mayor y del Comando de la Cuarta División para un cometido tan delicado como el que se confiaba al Mayor Oscar Moscoso. A este propósito, este Jefe escribe en su defensa:

"Ocupar quiere decir tomar posesión, apoderarse de una cosa, y en términos militares significa también "estar dispuesto a mantener esta posesión". Con los antecedentes de Huijay, los choques en Rojas Silva y Zamaclay, con los graves acontecimientos de 1928, y con la captura de Ustares en Toledo y del soldado Paco en Boquerón, para ocupar efectivamente Gran Lago no cabía sino atacar el fortín y arrojar a sus defensores. Y para una fracción que durante 20 días ha sufrido las privaciones del agua recorriendo una extensa zona llamada significativamente "Campo de la Desolación", la presencia de una masa inagotable de agua estimulaba el patriotismo y el deseo de ser dueño de ella. Creo sinceramente que cualquier oficial que hubiera recibido la misión que me encomendó el Estado Mayor y al mismo tiempo hubiera sido instruido sobre la necesidad de evitar choques, después de hacer el recorrido que llevé con mis soldados y comprender que sólo la posesión del Gran Lago aseguraba la unión con el Norte, creo, repito. que cualquier oficial, estimulado por su patriotismo, habría atacado el fortín".

Salamanca, Osorio y otros, hacen cargos a Moscoso por su ataque al puesto paraguayo, pero la defensa de este oficial con. tiene argumentos que no pueden ser pasados por alto y, antes que esgrimir razonamientos en pro y en contra, es más honesto escucharle, reproduciendo algunos párrafos de la carta que, con fecha 5 de octubre de 1932, desde Tarija, escribió a don Luis Calvo, pidiendo su ayuda ante los ataques de que era víctima:

"Desde principios de enero hasta principios de marzo del presente año, he trabajado intensamente en la zona desconocida del Chaco, al Norte de Platanillos, con el propósito de coronar el anhelo del Ejército, estableciendo el contacto entre la 3a. y 4a. Divisiones. El resultado de mis exploraciones que se han extendido hasta 160 kms. al norte de Platanillos, he presentado al Estado Mayor General juntamente con el plano respectivo. La falta de agua me obligó a suspender mis trabajos y regresé al fortín Alihuatá, asiento de mi regimiento.

.....

"Cumplida mi misión regresé a mi fortín Alihuatá y estando allí, por intermedio del Comandante de mi Regimiento, recibí la siguiente orden telefónica, dada en clave, del Comandante de la División, Cnl. Peña: "Esmayoral ordena que My. Moscoso ocupe Gran Lago. Tomará mando de fracción de caballería que se encuentra en Camacho. Regimiento Loa le proporcionará elementos necesarios. Deberá viajar Platanillos día 7 de mayo (Fdo.) Peña". No tengo en mi poder la copia de esta orden ni de ningún documento, porque sistemáticamente he destruído todo papel y plano que pudiera caer en manos del enemigo y servirle a él.

"Para cumplir esta comisión hice todo el esfuerzo posible, pues, mi salud estaba quebrantada. Viajé de Alihuatá hasta Platanillos con el Cnl. Peña y el Dr. Ibáñez Benavente. Esperaba Instrucciones más amplias, aunque fuesen verbales, pero el Cm. Peña ni se refirió a mi comisión, durante dos días que estuvimos viajando. Testigo es el Dr. Ibáñez, a quien le comuniqué lo raro que encontraba el hecho de que me den una comisión tan delicada sin ninguna instrucción que pudiera prescribirme la conducta que debía seguir.

.....

"El 25 de mayo inicié mi avance, desde Cañada Cristina y el 26 recibí una orden del Estado Mayor General, firmada por el Cnl. Salinas, en la que se decía que: "los Neutrales exigirían la determinación precisa a Bolivia y Paraguay de sus posiciones más adelantadas; que, por consiguiente, era indispensable la pronta ocupación del Gran Lago y pedía informes frecuentes sobre el estado de mis trabajos". Ampliando esta orden, el Cnl. Peña me indicaba la urgencia de ocupar en todo caso, hasta fin de mes, el Gran Lago. La orden original del Estado Mayor General debe estar en los archivos de esta repartición y debe ser de fecha comprendida entre el 20 y el 25 de mayo.

"Queda demostrado que el Comandante de la 4a. Div., por instrucciones del Estado Mayor General, me ordenó simple y llanamente ocupar el Gran Lago, sabiendo que allí existía un fortín paraguayo, pues, yo señalé su presencia tanto en el plano como en el informe que presenté después de mi vuelo de exploración. Tanto el plano como el informe se hallan firmados por el My. Jordán y por mí.

"Después de 20 días de trabajo en el monte, abriendo una pequeña senda, haciendo los caminamientos respectivos, buscando agua, llegué al Gran Lago; lo encontré ocupado y para cumplir las órdenes terminantes y reiteradas que recibí, no quedaba otro remedio que desalojar de allí a los paraguayos. Así lo hice.

.....

"Pocos días después, el Mayor Jordán voló sobre el nuevo fortín boliviano y volvió a visitarme en los días subsiguientes; me arrojó correspondencia, víveres y cigarrillos. Nadie ignoraba., pues, cuál fue el punto que elegí para fundar el fortín Mariscal Santa Cruz, punto que, por otra parte, lo consideré como el único adecuado por la proximidad al agua y ser sitio alto. Nadie desaprobó la elección que hice, ni mucho menos nadie me ordenó trasladarme a otro sitio. Al contrario, ante ciertas órdenes vagas y oscuras, que recibí del Comandante de la División, Cnl. Peñaranda, pedí instrucciones concretas que nunca llegaron.

"La distancia del fortín Camacho al fortín Mariscal Santa Cruz es, en línea recta, de 100 a 110 kms.; la senda que he abierto tiene un desarrollo de 170 kms. Las tropas que fueron a reforzarme sucesivamente tardaron de 7 a 8 días, desde Camacho.

"Durante ocho días permanecí con 18 hombres; poco a poco fueron enviándome refuerzos de tropas tomadas de uno y otro regimiento. Entre ellos llegaron sirvientes de la batería divisionaria. Tuve que devolver algún soldado con enfermedad venérea en forma aguda y algunos

enfermos. El último refuerzo que recibí, dos días antes del ataque del 15 de julio, consistió en 50 hombres del Reg. Campero; no habían hecho jamás un disparo con sus fusiles... En una palabra, tenía una reunión de soldados y ciudadanos, pero que jamás podía llamarse una unidad cohesionada.

.....

"En la tarde del día 16 de julio., antes de recibir el violento ataque paraguayo preví la retirada e hice saber mi intención a dos capitanes para prepararla al anochecer y salir a las diez de la noche. Como Comandante independiente, sin instrucciones concretas, sin ninguna orden que me prescriba resistir hasta el último sacrificio, conociendo la esterilidad de él, puesto que nadie podía aprovecharlo, puesto que antes de la llegada de refuerzos de Camacho habrían pasado unos 10 a 15 días, finalmente, como responsable de la vida de la gente que tenía a mis órdenes, tenía derecho a tomar una resolución, asimismo, si se tenía en cuenta que no disponía ni de víveres ni de drogas y de escasísima munición para una resistencia prolongada. Lo sensible fue que la retirada se produzca sin mi orden, iniciada por esos pobres soldados sin instrucción y sin confianza en sí mismos como eran los del Campero. Mi informe al respecto debe estar en poder del Sr. Presidente de la República, así como el sumario levantado por el Sr. Urioste.

.....

"En Villa Montes hablé con el Gral Osorio a quien le dije que no quedaban sino dos caminos para mí: o me fusilan o me rehabilitan en forma honrosa. El Gral Osorio me dijo que ante el Estado Mayor General no había perdido yo el buen concepto y que a juicio de la superioridad yo he cumplido con mi deber... Mientras trabajaba en el Comando de la 4a. División, ví que el Sr. Presidente pidió insistentemente y con carácter urgente los informes originales del My. Moscoso. En esa ocasión creo sinceramente que alguna persona que me conocía aconsejó al Sr. Presidente pedir dichos documentos y yo estaba seguro de que rectitud del Sr. Presidente sería mi mayor defensa. Desgraciadamente, más han podido informes calumniosos.

"Me dijo también el Gral Osorio que el Sr. Presidente le manifestó que yo no podía ser buen jefe, puesto que mis tropas me habían abandonado. A esto debo decir que no eran mis tropas. eran soldados y reclutas a quienes no conocía ni me conocían a mí. Los que iniciaron la retirada llegaron al fortín dos días antes del ataque paraguayo. La tropa que ha trabajado conmigo, no sólo ahora, sino desde el año 20, me quiere y me sigue. y la tropa que he comandado cerca de Boquerón sabe cómo combato y en qué circunstancias he recibido mis dos heridas el 12 y el 13 de septiembre.

.....

"He sabido también que se quiere hacerme el cargo de haberme negado a evacuar el fortín Mariscal Santa Cruz. Jamás se me ha dado tal orden, ni siquiera me han ordenado trasladarme a otro punto, ya sea en las proximidades de la Laguna o sobre la senda a Camacho. Me dicen que hubo orden terminante del Presidente en ese sentido, pero tal vez sabe Ud. que tal orden no pudo haberse comunicado jamás, pues, un oficial del Estado Mayor General dijo a don Carlos Romero que esta repartición no podía cumplir tal orden dada por el Sr. Presidente. Esto me ha dicho el Cnl. Ferrufino".

La carta es interesante por más de un concepto. Lo que sorprende, desde luego, es la referencia que hace el General Osario a las intrigas que llegan a oídos del Jefe del Estado, motivando quejas de éste acerca de la conducta del Mayor Moscoso. La carta deja al descubierto un punto que ha sido controvertido muchas veces: la orden presidencial de abandonar Laguna Chuquisaca —que parece fue dada por el Ejecutivo— no llegó ama. nos de Oscar Moscoso. La orden que recibió, y lo reconoce en otros documentos, fue la de alejarse de las instalaciones paraguayas y situarse en la orilla occidental del Gran Lago. Todo indicaría que esa orden de retirada del fortín recién fundado, esto es, de renunciar al avance hacia Ingavi y dejar campo abierto al adversario en una zona de influencia decisiva para la defensa del Chaco, debió ser retenida en el Estado Mayor General o en el Comando de la 4a. División, en Muñoz. Hay, sin duda, confusión entre una orden de repliegue y la de situarse en orilla opuesta a los paraguayos. Para una mejor información es preciso ver el Informe del My. Moscoso al Comandante de la 4a. División, de 26 de julio de 1932, y el resumen de las declaraciones tomadas en el sumario a los principales actores de estos sucesos, de fecha 6 de septiembre del mismo año. En mis "Crónicas" se encuentra un extracto de ambos documentos, reproducido de copias auténticas que, por pocas horas, se me proporcionó en Jayucubás —mayo de 1933—. Aquí, sin entrar en los detalles de esos

papeles, sólo creo necesario poner de relieve dos cosas: la defección de oficiales y soldados y la gallarda figura del Cabo Maceda, último en retirarse al lado de su Jefe. En cuanto a culpa que pudiera recaer sobre el Mayor Moscoso por la ocupación violenta del puesto llamado Carlos A. López (Pituantuta), me parece cabal lo que escribe al respecto el Coronel Vergara en su "Historia de la Guerra del Chaco":

"Mas, ciertamente, la culpa principal en caso alguno podría corresponderle a quien ejecutó órdenes sin contornos definidos, sino más bien a los superiores que las produjeron en estas negativas y peligrosas condiciones y sin los antecedente mínimos que deben servir de plataforma a toda resolución".

Y sobre la suposición de que Moscoso hubiese logrado vencer a los paraguayos y, al final, quedarse en lo que vino en denominarse Fortín Mariscal Santa Cruz, hace Vergara Vicuña esta acotación:

"Si por el contrario el rechazo paraguayo hubiese sido concluyente, muchos de los puntos dados a la meditación crítica antes, se diluirían por sí mismos, aunque no es creíble que fuerzas tan ínfimas numéricamente hablando y ya al borde sus posibilidades materiales de resistencia, hayan podido alejar rotundamente el peligro que las circundaba".

La mente se complace, con frecuencia, en imaginar cosas largamente anheladas. Así don Daniel Salamanca pensó en la situación favorable para Bolivia "si entonces hubiera sido rechazado el enemigo", como escribió en uno de sus apuntes. En efecto, para Bolivia las cosas podían haber sido distintas y su posición en Washington más firme y, como consecuencia, el ataque armado contra una posición paraguaya habría resultado una gran hazaña. Moscoso fue blanco de duras críticas en círculos de gobierno porque su cometido terminó en fracaso.

En esta operación frustrada se advierte un hecho: todo lo que advino después del 15 de junio de 1932, día del desalojo de los paraguayos de sus instalaciones sobre el Gran Lago, aparece tardío e inoperante. Las órdenes, recomendaciones y otras disposiciones del Estado Mayor General y del Comando Divisionario, las medidas de seguridad y los refuerzos no cambiarán ya el curso de los acontecimientos. El destino hace vacilar a los hombres y los mensajes carecen de claridad. Tal por ejemplo, la instrucción enviada el 21 de junio por el Estado Mayor General a la Cuarta División para que Moscoso se mantenga en la orilla occidental del Gran Lago y sean preservadas las construcciones paraguayas, debiendo levantarse nuestras edificaciones en dicha orilla occidental, instrucción que el Mayor Moscoso toma como una recomendación, pues en sus "Recuerdos de la Guerra del Chaco" hace esta explicación:

"La nota (del General Peñaranda) daba la impresión clara de que se consideraba un aspecto táctico, relativo a la seguridad de la guarnición y a sus mejores medios de vida. Contesté con un estafeta diciendo que el lugar elegido era el único que aseguraba el abastecimiento de agua ya que el traslado al bosque de la orilla occidental significaba alejarse 3 km. del agua".

Es la fatalidad la que ensombrece el cuadro confuso de los primeros enfrentamientos boliviano-paraguayos. Para nuestro país, esa fatalidad se agrava con la defección de tropas bizoñas de Laguna Chuquisaca, en la tarde del 16 de julio de 1932. El Mayor Moscoso queda con ocho hombres y con estos bravos emprende la obligada retirada, lentamente. En las altas esferas un velo parece cubrir la visión de civiles y militares, en esos días iniciales de la aventura chaqueña.

BOQUERON

Después de la toma de Corrales y Toledo, ordenada por el Presidente Salamanca en represalia por la pérdida de Laguna Chuquisaca, el 31 de julio de 1932 entra en Boquerón el Destacamento Aguirre, en cumplimiento de instrucciones del Primer Cuerpo de Ejército o, más propiamente, a consecuencia de una intervención del Jefe de Estado Mayor de aquel Cuerpo, Cnl. Toro según propia confesión. ("Mi actuación en la Campaña del Chaco"). Esta intervención le costó la vida al Tcnl. Luis Emilio Aguirre, herido de muerte en el momento de izar el pabellón nacional en el fortín recién conquistado.

El drama de Boquerón empieza con el sacrificio de un gran Jefe y termina con la rendición de otro Jefe no menos grande, Manuel Marzana, y dura exactamente un mes y veintinueve días entre ellos veinte de enconada lucha.

Uno no puede menos que preguntarse cuál hubiera sido el curso de los acontecimientos si al Comando del Primer Cuerpo no se le ocurre indicar a Boquerón como objetivo de represalia y punto de partida de la captura hipotética de Isla Poi, sede del Comando paraguayo. Posiblemente Toledo y Corrales habrían sido abandonados, vista la debilidad de nuestras fuerzas, lo que pudiera haber paralizado las operaciones en el Chaco, facilitando la prosecución de las conversaciones de Washington en busca de un pacto de garantías.

En este terreno de la especulación, ahora un tanto ociosa, también uno se pregunta cómo podría haber cambiado la suerte de lo que se avecinaba si Manuel Marzana, que llevaba su Destacamento hacia Boquerón, no recibe orden, en Arce, de traspasar su mando a Luis Aguirre, a quien el destino escogió para darle la gloria de enviar el parte de la toma del fortín enemigo, avisando haber recibido "feliz herida por la patria", que le causó la muerte llegando a Muñoz. Hubiera Marzana omitido la elemental precaución de explorar los contornos del fortín paraguayo para evitar sorpresas, cosa que no hizo Aguirre, pagando con la vida el descuido?

La captura de Boquerón es más que una represalia. El Coronel Guerrero, en su citada obra sobre la guerra, escribe al respecto:

"La toma de Boquerón fue un duelo público en Asunción: la situación militar, pues, de Bolivia se tornó excelente. Sus tropas habían penetrado como una flecha al Este de Boquerón, enderezando su aguda punta hacia el fortín Wheeler. Un empuje más y el éxito táctico se convertía en triunfo estratégico: el objetivo político, el río Paraguay, se hallaba como quien dice, al alcance de la mano. Desde la lejanía, en Lima, seguía yo con la acuciosidad que seguimos los profesionales, interesantes tópicos y afirmaba: ("El Callao"). Lograda la irrupción en el sector de Boquerón y cuya progresión apuntaba a Wheeler y por consiguiente al sector de Puerto Pinasco, Puerto Casado, sobre el río Paraguay, esto es hacia el logro de un objetivo estratégico, los paraguayos tenían que hacer todo lo posible para impedir que la "irrupción" se convirtiese en "ruptura". El mejor medio para esto es el contra-ataque dirigido sobre uno de los flancos para procurar cerrar el boquete".

Y concluye el distinguido militar peruano con esta desoladora constatación:

"Suponíamos todos que Bolivia había sentado pie con fortuna y que, contando con una movilización intensa, completa, disponía de grandes efectivos que llegarían a toda prisa a producir la ruptura. Pero...los triunfos de Bolivia tenían que ser efímeros. Las fuerzas eran débiles para proseguir el avance incontenible y aplastador. No existe aún el "ejército de campaña". La 4a. División que ha desempeñado su cometido bravamente, es impotente para todas las tareas que se le impondrán. No existen ni siquiera reservas".

Boquerón es el drama de la ilusión en su grado máximo. Ilusión de fuerzas que no existen, ilusión sobre la capacidad del adversario, ilusión sobre un Chaco que se desconoce, ilusión sobre la importancia de la intervención extranjera. De esta múltiple ilusión debió nacer la idea de avanzar sobre Wheeler (Isla Poi) y sobre Ayala (Nanawa) en círculos de Gobierno y Comandos militares.

Si el Poder Ejecutivo sostuvo que el ataque boliviano a Laguna Chuquisaca significó la guerra, con mayor razón cabe decir que las represalias habían de precipitarla. No debían, pues, ordenarse sin una preparación previa como lo pedía Osorio. El Cnl. Guerrero dice que "El Estado Mayor no tenía preparado plan alguno de campaña para el inicio de las operaciones". y sobre el particular, el Tcnl. Moscoso expresa: ("Recuerdos de la Guerra del Chaco").

"Bolivia fue lanzada a la guerra sin plan de ninguna clase, ni de conjunto ni operativo, y si se propiciaba un plan o una maniobra en los primeros días del conflicto, faltaban los medios para llevarlos adelante".

El Coronel Aquiles Vergara Vicuña, en su notable "Historia de la Guerra del Chaco", anota a este propósito:

"Es del todo incuestionable que en los días en que Marzana se atrincheraba en Boquerón a objeto de ofrecer una prolongada resistencia, la conducción boliviana experimentaba una verdadera crisis de propósitos amén de medios, pues ni el Gobierno ni el Estado Mayor General se hallaban en disposición de discernir qué clase de objetivo debía ser el norte de la actuación de las fuerzas; es decir no se conocía a punto fijo si se ingresaba a una fase de ofensiva absoluta, con miras al aniquilamiento del enemigo; o a una operación de objetivo limitado, con finalidad de ocupar ciertos puntos del territorio o de inflingirle una derrota parcial conducente a su desánimo; o bien a la lucha defensiva, con propósito de ocasionar desgaste indefinido o de pasar ulteriormente a la reacción ofensiva táctica o estratégica. En cambio, los paraguayos preparaban acuciosamente sus elementos para hacerlos accionar de un modo definido y ensamblado a una modalidad operativa exacta".

La ilusión de quedarse con Toledo, Corrales y Boquerón, sobre todo Boquerón, como medio de presionar a los paraguayos a través de los Neutrales, era una invitación inexcusable al obligado ataque del adversario. El 22 de agosto de 1932, el General Osorio ordena al General Quintanilla, Comandante del Primer Cuerpo en Muñoz, en forma contundente:

"Capitán General ordena y Patria pide: "No abandonar Boquerón de ninguna manera prefiriendo morir en su defensa antes que dar partes retirada. Quebrantar ofensiva paraguaya en este punto será suficiente para desmoralizar enemigo y sobre todo dar desmentido ante América otra propaganda paraguaya hecha en sentido incapacidad nuestras tropas". Haga conocer unidades".

Oscar Moscoso, en sus "Recuerdos de la Guerra del Chaco", hace este comentario revelador que, en el fondo, explica el drama que se aproxima:

"Pero esta orden no iba acompañada de otras complementarias dando al Ejército los elementos necesarios para cumplir aquella misión. Las tropas seguían estacionadas en Tupiza, Tarija y otros puntos. A última hora se las encaminaría lentamente hacia el teatro de operaciones".

Tal estacionamiento incomprensible y fatal de contingentes militares en la retaguardia era otra ilusión, la diplomática, en espera de alguna intervención que paralizaría las hostilidades. Sin embargo, y a pesar de esta insuficiencia de tropas en el frente, el Estado Mayor General le preguntaba a Quintanilla, el 30 de agosto —lo que equivalía a una velada orden— si los contingentes de su mando estarían en situación de tomar los fortines Rojas Silva y Ayala (Nanawa) en caso de ofensiva y obrando como represalia; el Comandante del Primer Cuerpo, dominado también por la peligrosa ilusión de la invencibilidad de los primeros días, responde que su Comando y sus tropas están "listos y ansiosos de operar inmediatamente sobre puntos indicados".

Todo esto es muy bello pero la realidad es muy otra. Boquerón empieza a ser cercado; víveres y municiones escasean; el aprovisionamiento es difícil y se recurre, después, al suministro, siempre deficiente, por el aire. Los paraguayos inician su ataque el 9 de septiembre. Rechazados después de un duro combate., sin duda de tanteo antes que de fondo, tiene el Comandante del Primer Cuerpo, otra ilusión, tan peligrosa como la anterior, cuando transmite al Estado Mayor, con marcado optimismo, el parte de esta primera acción:

"Después de 15 horas reñida y heroica resistencia, nuestras tropas rechazaron energicamente fuerzas paraguayas de todas las armas que se aprecian en más de dos mil hombres y que atacaron Boquerón, en la madrugada de hoy. Bajo nuestra fuerte y enérgica persecución, se retira precipitada y desordenadamente dejando numerosas bajas. Esta derrota paraguaya puede considerarse muy justificadamente como el más rotundo desastre Ejército paraguayo, dada magnitud y calidad tropas atacantes".

La ilusión persiste en Carlos Quintanilla y su Comando, pues el día 11 de septiembre, envía al General Osorio este otro cifrado:

"Estamos convencidos que resultado batalla Boquerón depende suerte Chaco, convencimiento que llevarános máximo sacrificio. Paraguay concurre a ella con casi totalidad ejército. Actualmente toman parte acción Boquerón alrededor de dos mil hombres de Cuarta y Séptima Divisiones contra 5 o 6 mil, habiendo Comando empeñado máximo tropas podían utilizarse en importante cometido. Nuestras fuerzas combaten heroica y denodadamente desde

hace tres días sin ceder un palmo sus posiciones, habiendo inflingido graves pérdidas a adversario. Híceles conocer mensaje Capitán General y Esmayoral conjuntamente con orden mantenerse hasta sacrificar último hombre o quebrantar totalmente enemigo. Confiamos en éxito y tenemos fe en que nuestras tropas sabrán seguir respondiendo confianza país y gloriosa tradición Ejército. Viva Bolivia".

Viril determinación, sin duda, pero al margen de la proporción combativa que él mismo señala: 2.000 hombres contra 6.000 y las ya conocidas dificultades de socorrer al fortín Boquerón. y extraña la advertencia de que la suerte del Chaco se jugaba en el refugio sitiado, pues si bien estratégicamente hablando la frase es un absurdo, psicológicamente resultó un tanto cierta, pues la caída de Boquerón dejó una huella profunda en la moral del combatiente y quebrantó la disciplina en muchas esferas militares.

En el Paraguay, la batalla de Boquerón tuvo en suspenso a su pueblo. Vergara Vicuña reproduce lo que escribió, en este sentido, el General Nicolás Delgado:

"Para el Paraguay, el fracaso en Boquerón, hubiera significado el derrumbe de todo nuestro sistema defensivo en formación, porque hubiera sido imposible sostener la moral del Ejército, cuya base rudimentaria, sin preparación previa, no estaba capacitada para resistir o soportar ningún revés".

La diferencia estuvo en que el Paraguay hizo frente seriamente al duro cometido y Bolivia paralizó su movilización o la retardó. Es el caso recordar que cuando los Neutrales pidieron a las partes detener el movimiento de tropas, el Gobierno nacional accedió a ello pero Estigarribia rehusó obedecer al suyo y no detuvo a sus hombres sobre el río como se le tenía ordenado.

Pero las cosas cambiaron muy pronto. Al parte marcial del día 11 siguió otro, del día 17, en el que Quintanilla, con buen criterio, anuncia su disposición de abandonar Boquerón si no se consigue hacerle llegar víveres y romper el cerco. "Dispondremos —comunica— para noche día 19 salida conjunta tropa Boquerón, utilizando salida Castillo, sector ofrece mayor facilidad para rompimiento desde Boquerón".

Mas esto no se llevó a cabo, acaso por haberse recibido de Osorio la siguiente comunicación:

"Concepto de Gobierno y Esmayoral es de sostenerse en Boquerón logrando amunicionarlo y alimentarlo para alcanzar este objetivo. Evacuar Boquerón, en la actualidad, sería nuestro desastre definitivo, ya que no podríamos sostenernos en otro punto. Esta es opinión aspecto situación internacional apreciará usted posibilidad situación hasta donde se lo permita aspecto militar".

Con el fantasma de la responsabilidad encima, la recomendación de Osorio debió pesar fuertemente sobre Quintanilla y su Comando, por más que se les dejaba la decisión ulterior, según fuera el aspecto militar del sitio. El Tcnl. asear Moscoso ("Recuerdos de la Guerra del Chaco"), conocedor de la región y combatiente en el sector de Boquerón, al mando de una fracción que no pudo romper el cerco, escribe sobre aquel cifrado:

"Es extraño el concepto que tenía el Estado Mayor al pensar que el abandono de Boquerón significaría el desastre definitivo y que no podríamos sostenemos en otro punto. Justamente el menos adecuado para detener al enemigo era Boquerón, donde estábamos obligados no a defendernos solamente sino a atacar en condiciones desventajosas para alimentar a los sitiados".

La extrañeza de Moscoso es explicable, pues en el Estado Mayor General habían Jefes meritorios y capaces, lo que lleva a la lógica suposición de que en aquella orden debió influir un criterio político, más que militar, ya que se invoca cierta situación internacional de la que, sin embargo, no se da una explicación. El día 22 de septiembre, Quintanilla avisa al Estado Mayor que "Boquerón puede sostenerse máximo hasta mañana noche en que habría que desocuparlo para salvar a sus defensores". En consecuencia, para dar efectividad previsora a esta medida, ordena el 23 al Coronel Peña, Comandante de la 4a. División con asiento en Arce, que imparta sus instrucciones a Marzana para la evacuación del fortín, evacuación que debería cumplirse el 25. Pero el 24, una nueva orden del General Quintanilla al mismo Peña, anula la anterior. Por la

importancia de este segundo despacho, de difícil explicación, se hace necesario transcribirlo a continuación:

"Esta mañana nuestra aviación logró lanzar a Boquerón 150 kilos de charqui y un saco que contenía gasa, algodón y desinfectos. Las señales hechas de Boquerón indican tienen víveres para tres días más y posiblemente la munición necesaria. Las casas no han sido destruidas por el fuego de la artillería, como se venía afirmando. Todo muestra aspecto de normalidad. La escuadrilla llevó la indicación de lanzar la orden dada por ese Comando para el abandono de Boquerón, sólo en el caso de que la misión de lanzamiento de víveres no hubiese podido ser ejecutada. Si como es de esperar, tiempo mejora esta tarde la escuadrilla hará un nuevo viaje para efectuar otro lanzamiento de víveres en el curso de la tarde. Para esto es preciso que se alisten de inmediato 12 bolsas largas de 15 kilos c/u. con charqui, pan, cigarrillos y talvez algo de munición, las mismas que serán recogidas de la pista por nuestros aviones. Los víveres para otro lanzamiento que deberá efectuarse en la madrugada del día de mañana, serán alistados en ésta por nosotros. Creemos que con esto Boquerón podrá sostenerse cuatro o cinco días más durante los cuales queda en suspenso la orden dada para su abandono".

Con acento de amargura, el Coronel Peña, ha escrito esto que es un duro reproche contra la indecisión de su superior:

"El día 24 de septiembre remití al Comando del Cuerpo de Ejército, con recado especial, las instrucciones al Destacamento Marzana para la evacuación de Boquerón en la noche, a fin de que se entregara al piloto encargado de lastrarlo al fortín de preferencia y antes que cualquier otro cosa.

"Las instrucciones combinaban un ataque demostrativo exterior para facilitar la salida.

"Puede calcularse la ansiedad de la espera y sus profundas alternativas, porque bien se comprendía la trascendencia del movimiento próximo. y puede así mismo, calcularse la decepción con que al atardecer de ese día era recibido un despacho de Muñoz, comunicando que el aviador que iba a lanzar la orden de evacuación, había dejado caer en su lugar un saco de provisiones, pues aquello sólo debía hacerlo en caso de imposibilidad de arrojar éste. En consecuencia, quedaba retirada la orden de evacuación...

"Una vez más triunfaba el incurable optimismo del Comando, para luego rectificarse cuando no había remedio. No pudimos sino señalar por teléfono la gravedad de la decisión, invocando sin resultado hasta motivos de amistad privada para modificarla".

Peña está en un error al hablar del incurable optimismo del Comando. Se trataba más bien del temor a las responsabilidades, después de las insistentes órdenes del Gobierno y del Estado Mayor de conservar Boquerón. Este temor hizo que se fuera al sacrificio, dando al Paraguay una victoria resonante, en vez de la adopción de medidas de previsión y de mérito militar.

Un imparcial comentarista, el Coronel Vergara Vicuña, escribe sobre este episodio, en su Historia de la Guerra del Chaco:

"Después de meditar esta orden se llega a la conclusión que en la guerra también hay cosas increíbles, pero ciertas. No es ciertamente admisible que en una situación tan estereotipada, casi crónica como la de Boquerón, que un Comando pretendiera prolongar la resistencia unos pocos días, acaso unas horas, solamente para no cejar ante el enemigo, puesto que tal permanencia en el terreno no estaba armonizada con ningún objetivo por alcanzar y menos coordinar a una operación probable e inmediata que reuniera alguna expectativa de éxito. Es verdad que 150 kilos de charqui podían dar algunas horas la ilusión de nutrirse a esos 600 hombres aherrojados por la consigna y por el hambre; pero ni aun 150 toneladas de los más ricos concentrados alimenticios habrían podido ya cambiar la situación militar desesperada del Destacamento Marzana, y ciertamente, la más elemental previsión hacía urgente e imperativa la disposición de amenguar el seguro triunfo de los paraguayos en Boquerón, restando de que cayesen en su poder los veteranos y aguerridos cuadros de esa magnífica tropa. El propio Comando que decide casi con un criterio de azar la prolongación de la lucha, parece dudar si existe o no municiones en el fortín, y hasta afirma que con víveres lanzados, la resistencia podrá prolongarse "cuatro o cinco días más", vale interpretar que durante este tiempo los soldados de

Marzana se morirán de inanición. La única nota de optimismo que asiste a su resolución se finca en que las construcciones están en pie, (unas pocas chozas de barro azotados a rústicos verticales de madera), lo cual da apariencia de normalidad al reducto, se entiende, visto desde algunos centenares de metros de altura. Pero todo esto es extraño y profundamente errado, ya que el interés primo de un Comando era, en esas adversas circunstancias, restar toda la trascendencia posible a la caída de Boquerón, que al fin de cuentas era sólo un punto cualquiera del terreno, y para ello lo que precisaba era poner en salvo los factores humanos y material, cosa que habría desalentado enormemente a los paraguayos y especialmente a la opinión de retaguardia, lo que, ciertamente, habría sido un poderoso obstáculo para que su ejército en operaciones pudiese explotar a continuación tan relativa y hasta nugatoria victoria, ya que los sacrificios hechos no hubiesen sido jamás compensados *con* la satisfacción de ingresar a un descampado sólo poblado de ruinas y piltrafas.

"La verdad histórica obliga una vez más a afirmar, que si la autonomía de mando del Comandante de la Cuarta División no hubiese sido limitada a los extremos que lo fue, el desastre que significó Boquerón habría podido amortiguarse quizá si en un ochenta por ciento, puesto que las más eficientes tropas y nutrido núcleo de oficiales de línea bolivianos no se hubiera malogrado; y los paraguayos, al hacer meditativamente el balance se habrían encontrado con el hecho doloroso y desproporcionado que, después de un mes de pugna esperanzada, la posesión de cuatro ranchos, quemados por añadidura, reducía su haber combativo a tres mil hombres, muchos de cuyos huesos quedaban fecundando el paraje, y los restantes, quizá la menor parte de esa cifra, había ido a ocupar los jergones de los hospitales de retaguardia, desde los cuales sólo un ínfimo porcentaje puede ser dado otra vez de alta para empuñar nuevamente con bríos el fusil".

El Coronel Toro en su defensa ("Mi actuación en la Guerra del Chaco") hace un injusto cargo a Marzana cuando dice que pudo usar de la propia iniciativa:

"Es obvio pensar que el Comandante de esas fuerzas, por propia iniciativa, debió resolver abandonar el fortín, aun en el caso de haberse constatado que para ello se precisaba romper el cerco enemigo, en el momento en que se dio cuenta de que sus existencias de municiones y víveres estaban ya casi completamente agotados".

Este cargo es incomprensible viniendo del Jefe de Estado Mayor del Primer Cuerpo, quien, sin ninguna duda, estuvo de acuerdo con la orden que anuló la de evacuación de Boquerón del día 24, cuando afirma escuetamente que esta orden, "que alcanzó a ser impartida, debió ser inmediatamente suspendida por razones que ahora no es del caso analizar".

Toro sostiene, por otro lado, algo que parece una defensa suya por haber indicado a Boquerón como uno de los objetivos de la represalia, magnificando su significado en este párrafo de su citado libro:

"Sería absurdo sostener la tesis de que la sangrienta batalla de Boquerón no sirvió de nada al "Ejército Boliviano. Fue precisamente lo contrario". Y agrega: "De ahí que Boquerón (que contuvo a fuerzas superiores paraguayas, durante un mes) hubiese cumplido un gran rol, permitiéndonos ganar el tiempo necesario para transportar las tropas de refuerzo que, después, hicieron posible la heroica resistencia que opusimos en Campo Jordán, donde se contuvo la avalancha enemiga, que muy pronto tuvo que agotar sus efectivos en la inutilidad de sus estériles ataques frontales".

Otros autores militares opinan diferentemente. La resistencia en líneas netamente bolivianas, más a retaguardia y abandonando oportunamente Boquerón, habría sido más sólida sin la punta de flecha que representaba este fortín, y se hubiera contado con el aguerrido Destacamento de Manuel Marzana. Toro, además, olvida que la derrota de Boquerón debilitó la acción diplomática de Bolivia y, por el contrario, dió al Paraguay ánimos, desde ese momento, para pensar en la conquista y ya no en la estratégica defensa del río, como lo aconsejara Eligio Ayala. En las Memorias del Mariscal Estigarribia, publicadas por la Universidad de Houston en 1950, se encuentra esta página que interesa conocer: (traducción)

"Pero la importancia de nuestro éxito reposa, por encima de todo, en la repercusión moral que había de tener en uno y otro campo, repercusión que debía dejar una duradera influencia en el curso posterior de la campaña. La caída de Boquerón levantó la fe de nuestros soldados y de todo

el Paraguay en la victoria final, los llenó de confianza en su Comando y su Gobierno, y dió al Ejército una sólida unidad. Después de Boquerón, la guerra no iba a ser vista, en nuestro país, como una lucha desigual con un enemigo poderoso. Anteriormente, Paraguay estaba determinado a disputar, con firmeza indoblegable, al invasor pulgada a pulgada la conquista de nuestro territorio, pero abrigaba poca esperanza de infligir a Bolivia un castigo ejemplar; en otras palabras, estaba sufriendo algo como una condición de heroica resignación. Por nuestra victoria de 29 de septiembre, esa depresiva perspectiva fue desterrada del alma paraguaya. Nuestro pueblo fue repentinamente sacudido por una fuerte ola de optimismo que, después, no iba a abandonarle y que iba a servir para sobrellevar, con tenacidad maravillosa, los más tremendos sacrificios".

No puede negarse que hay coincidencia de apreciaciones entre esta página de Estigarribia, lo que escribió el Coronel Guerrero sobre Boquerón y lo que dijo el General paraguayo Nicolás Delgado. Además, y es interesante anotar, el juicio del Presidente Salamanca, sobre el cambio de la mentalidad paraguaya con relación a una guerra de conquista en vez de la defensiva que se prohibaba, es de gran agudeza y de visión certera, pero lamentablemente no parece que hubiera influido decisivamente en la conducción boliviana de la campaña. Puede uno concluir que la toma de Boquerón por Bolivia y más que eso, el aferrarse a ese fortín, sin razón estratégica valedera, fue uno de los grandes desaciertos de la guerra por parte de Bolivia. Bajo un punto de vista psicológico, cabe subrayar que Bolivia agravó la situación ya que, Boquerón recapturado por el Paraguay iba a significar, para éste, borrar la humillación sufrida después de Vanguardia. Esto solo constituía un resorte moral poderoso para el adversario y, como sostiene el General en Jefe paraguayo, más que darle confianza en sí mismo, trájole la seguridad de que, en el Chaco, vencería a las armas bolivianas.

Pero fallido el plan de conservar Boquerón para ulteriores operaciones sobre Villa Militar o Isla Poi, como pensaba Toro, ante el fracaso éste se explica así:

"También me opuse a que se continuara la heroica y ya entonces estéril resistencia de Boquerón y cuando era oportuno, sugerí la urgencia de su evacuación. Fundamenté las poderosas razones en que apoyaba mi opinión ante el Consejo de Generales que, presidido por el ilustre General Montes, se reunió en Muñoz, para deliberar sobre la situación".

Uno se pregunta: qué vino a interferir en la salvadora medida de abandonar Boquerón, dictada por el General Quintanilla el 23 de septiembre? Posiblemente la anunciada visita de varios Generales, encabezados por don Ismael Montes, y entre ellos Osorio, Sanjinés, Blanco Galindo, los que, después de un vuelo de Montes y Osorio sobre la zona sitiada, tomaron la siguiente decisión el día 27, comunicándola al Gobierno y al Coronel Peña, Jefe de la IV División, a cargo del sector amagado:

"En Consejo de Generales celebrado el día 27, previo reconocimiento actuales posiciones y posibilidad mantenerlas, acordaron por unanimidad: 1) Retener Boquerón durante diez días aprovisionándolo mediante lanzamiento aviación. 2) Concentrar durante ese tiempo en Arce tropas frescas que viajan entre Villa Montes y Muñoz. 3) Vencido plazo atacar violentamente enemigo para salvar guarnición Boquerón. Este plan responde al doble objeto de ganar tiempo para ver si cesación hostilidades se efectúa mientras retenemos Boquerón, y si ello no es posible, salvar su guarnición sacándola con ayuda de tropas del exterior".

La ilusión, una más, del Consejo de Generales es simplemente inexplicable. Oscar Moscoso escribe sobre el particular:

"Cuando se redactaba este parte optimista, en Boquerón estaba concertándose la rendición".

La mayor crítica, de los que se ocuparon de este episodio, ha sido dirigida, de modo general, contra Carlos Quintanilla y su Comando, ya que se dejó a aquél la iniciativa de retirarse de Boquerón, según fuera su libre determinación. De otra parte, si se juzgaba que Marzana debía resolver, él mismo, el repliegue del fortín, con mayor razón, sin duda, el Comandante del Cuerpo era el llamado a ordenar eso mismo, al margen de lo que aconsejaban hombres ajenos a su mando. Boquerón cayó el 29 de septiembre. El Coronel Peña hace este patético comentario:

"Los días siguientes (al 27/9) pesaron como plomo. Hasta que el 29 recibía este parte del destacamento más próximo al fortín: "Esta mañana a horas 5, intenso tiroteo de ametralladoras en Boquerón, durante 50 minutos, escuchándose después inmensa algazara y griterío en las posiciones paraguayas". Era el epílogo de Boquerón. Aquellas ráfagas de ametralladoras se habían llevado el último aliento de los soldados de Bolivia".

Sobre este hecho de armas, anota el Coronel Guerrero: ("La Guerra del Chaco")

"En el sentido militar hay de hecho un error doble: por parte de los bolivianos y por parte de los paraguayos. Los primeros trataron de sostenerse innecesariamente en la plaza; los paraguayos designaron a ésta como un objetivo exclusivo.

"Pero, a qué finalidad correspondía esta resistencia y este ataque inútil? Objetivo militar de esta operación? Ninguno. Boquerón no afectaba a la verdadera línea de defensa de Bolivia. Era un punto saliente y aislado que dislocaba el frente continuo y requería un desplazamiento frontal peligroso.

"La persistencia en el sostenimiento del fortín hasta el último extremo, no respondía más que a un punto de honor. Hubo, pues, un objetivo moral... El objetivo moral no cabe ya en la guerra moderna. Puede explicarse también este sostenimiento a todo trance por la intervención de la política en las operaciones militares. Es decir, por órdenes dictadas desde La Paz para tal sostenimiento, en la creencia, sin duda, que una tal resistencia podía favorecer las negociaciones diplomáticas. Por el contrario, evacuado oportunamente Boquerón, podían presentarse algunas ventajas para los bolivianos. Por lo menos la de organizar la resistencia en la verdadera línea de los puestos bolivianos, situados detrás de Boquerón, es decir sobre un frente estratégico, concatenado. Y esos 600 bravos de la guarnición habrían sido un precioso refuerzo al lado de los 1.200 hombres que combatían en los alrededores".

Aquiles Vergara Vicuña, sobre lo mismo, expone en su "Historia de la Guerra del Chaco" esta verdad:

"La batalla de Boquerón no habría constituido sino un éxito local y hasta desalentador para los paraguayos, al haber sido detenidos más a retaguardia de un modo indubitable".

Agrega: "Desgraciadamente, este sentir no fue compartido por los altos conductores de la guerra, los que influenciados por la voz de la masa y aun por la opinión internacional que seguía con avidez las peripecias de la lucha, se allanaron a reconocerle a Boquerón una categoría estratégica y moral decisiva, elevándolo, así, artificialmente por cierto, al rol de un verdadero símbolo".

Y concluye: "Evacuado el fortín normalmente habría pasado inadvertido como otro episodio de carácter secundario, y nadie —ni los propios paraguayos— habría podido inferir de este hecho las consecuencias tremendas y peyorativas que insinuaba el Jefe del Estado Mayor General".

Dos años después se renovarían parecida controversia entre la razón militar y el amor propio nacional y alguna ilusión en un buen resultado del proceso diplomático, cuando vino a tratarse de la evacuación de fortín Ballivián.

Aunque el Coronel Marzana no parece haber estado dispuesto a abandonar Boquerón por no dejar a sus numerosos heridos, es posible que buscara la manera de hacerlo al ordenar, el 12 de septiembre, al Capitán Ustares practicar un reconocimiento al sudeste del fortín, con su fracción de 6 hombres. Infiltrándose por las líneas enemigas, el legendario soldado encontró la muerte. Vergara Vicuña transcribe el homenaje de un periodista paraguayo, Juvenal Villanueva que, con gratitud, copiamos a continuación:

"Encontrándose cercados todos los caminos que le eran tan familiares, no trepidó en atropellar con sus soldados un puesto paraguayo defendido por un oficial y un reducido número de tropas. Personalmente manejaba un fusil automático y murió combatiendo cara a cara, pecho a pecho, en su ley; herido de muerte en el pecho y en el vientre, caído de boca sobre su ametralladora y besándola como se besa una cruz. Así fue encontrado muchos días después e identificado; respetuosamente se le dió honrosa sepultura; en la cruz de su tumba la hidalguía

paraguaya reconoció su valor con sentida leyenda. Para el Capitán Ustares el Chaco no tenía misterios, significado las distancias, obstáculo el monte, venda para los ojos las tinieblas, agotamiento el cavar, ni suplicios la sed. Desde su grado de Capitán debía orientar decididamente como conoedor las actividades de sus superiores. Año tras año pasó en el Chaco, de fortín en fortín, husmeando los puestos enemigos, explorando caminos, descubriendo sendas. Llegaba en épocas de paz hasta los fortines paraguayos por picadas invisibles, grabando su nombre en los árboles de las proximidades de los mismos. Juguetón en el peligro, enfermo de aventuras e insaciable catador de emociones varoniles".

Oscar Moscoso, en su libro ya citado, hace este emotivo recuerdo de Ustares, llamado el "explorador del Chaco":

"En Fortín Camacho departí largamente con el Teniente Ustares, con quien me ligaba la antigua amistad del Colegio Militar. Con toda sencillez relataba cómo se inició en las exploraciones; daba gran importancia al contacto con los indios chulupis, cuya lengua hablaba suficientemente, y les obsequiaba con víveres, cigarrillos, colchonetas y avalorios. En esta forma fue ganando su confianza y contaba siempre con buenos guías, siendo su principal un muchacho de 15 años a quien bautizó con el nombre de "Camel", la marca de los cigarrillos de su predilección. Cuando le comuniqué que habla concluido mi misión en el sector del regimiento "Loa" y que regresaría a Alihuatá, me pidió que le acompañara en una nueva exploración al norte, en la que trataría de establecer contacto con el regimiento "Ingavi"; me dijo que si esta vez no conseguía su objetivo tendría que abandonar sus reconocimientos hasta la próxima estación de lluvias, y aprovecharía de la licencia que ya tenía concedida para viajar a Buenos Aires a medicarse. Me conmovió profundamente al decirme que su mayor deseo era que yo fuera el continuador de sus exploraciones".

Y el Coronel Vergara reproduce las palabras que pronunciara el Presidente paraguayo en homenaje a lo vencidos; hélas aquí:

"Los oficiales bolivianos que se batieron en Boquerón, y que hoy son nuestros prisioneros, provocan un sentimiento de admiración. Se comportaron con tal bravura y coraje que merecen todo nuestro respeto".

La frase transcrita es digna de esa raza guaraní que, por sobre todas las cosas, admira la bravura en el hombre y desprecia la muerte, raza que fue al sacrificio total con el Mariscal Solano López por una causa perdida y que se mantuvo fiel a su bandera hasta el holocausto de Cerro Corá.

Caído Boquerón, brota otra vez el temor a las responsabilidades en el Comando del Primer Cuerpo, temor que hace perder la serenidad al extremo de llevarle a ese Comando por el camino de la insubordinación. Estos dos altos Jefes resuelven pasar toda la culpa al Presidente de la República, mediante una "Protesta", fechada en Muñoz el 8 de octubre de 1932, inserta después por Quintanilla en un "Manifiesto a la Nación", firmado en Tarija en enero de 1933. Tuve oportunidad de conocer estos documentos, en Platanillos, debido a una gentileza del General Osorio y algo digo sobre el particular en mis "Crónicas". A Quintanilla le quemaba la idea de creérsele responsable de la rendición de Boquerón y su Protesta no es otra cosa que la urgencia de sincerarse ante el país. El Gobierno es el culpable y no él. Sin duda que no todo recae sobre el Comandante del Primer Cuerpo por el grave revés sufrido, dadas las deficiencias de todo orden existentes en esos días, pero lo que sí pesa sobre este distinguido Jefe es su falta de decisión al no insistir en el abandono de Boquerón, todavía a tiempo, ya que él era el único árbitro de la situación y responsable de los hombres bajo su mando. Es posible que la llegada a fortín Muñoz, en esas horas aciagas, de los Generales Montes, Valdivieso, Osorio, Sanjinés y algún otro, paralizara la voluntad del General Quintanilla, ya que el Consejo de Generales se pronunciaba por la resistencia. Mas si esto constituye una explicación, cabe agregar que en este trance faltó al Comandante del I Cuerpo el don de mando, esa fuerza interior que marca la personalidad de los grandes conductores. Es notorio, por otra parte, que el General Carlos Quintanilla fue al sudeste con entusiasmo, resuelto a cumplir honorablemente el delicado cometido que se le confiara —las represalias— y no dudó que saldría victorioso de la prueba. La "Protesta" remitida en cifrado dice así:

"Muñoz — Esmayoral, La Paz — Urgentísimo — A nombre Jefes, Oficiales Cuarta y Séptima Div. y este Comando, exprese Gobierno siguiente: 1) Ejército combatiente sabe que único responsable situación actual es Gobierno, cuya actitud, propaganda guerrista contrasta con lentitud y falta previsión para dotar y organizar ejército con anticipación requería, para responder esa política, habiendo por contrario desatendido más premiosas necesidades ejército reduciéndolo incluso efectivos. 2) Presrepública y Gabinete obligaron a ejército iniciar operaciones precipitadamente y a destiempo, con propósitos exclusivos obtener éxitos efectistas respondían sólo fines política interna. 3) Presrepública asumió de hecho dirección operaciones coartando libertad Comando militar que vióse obligado a supeditar sus exclusivas atribuciones para dar paso a órdenes Gobierno. 4) Ejército hállase convencido que destitución Jefe Esmayoral, en actuales momentos, constituye grave ofensa a su honor y dignidad ante propios y extraños, ya que expresa concretamente que situación actual débese sólo a ineptitud Comandos. 5) Vista razones expuestas, Ejército sigue reconociendo autoridad General Osorio y demás Comandos que no podrán ser cambiados, hállanse dispuestos a desconocer órdenes Gobierno siempre que ellas afecten a puntos se indican. 6) Ejército creése capacitado para seguir defendiendo honor nacional en puesto deber con fe inquebrantable en éxito final. (Fdo.) Quintanilla —(Fdo.) Teniente Coronel Toro".

La fulminante respuesta de La Paz, de 9 de octubre, no se dejó esperar:

"Con referencia a su Cif. 1258 ayer, trascribale respuesta Gobierno. 1) Que está usted profundamente engañado al pensar que el Gobierno le llamaba para abrirle cargos, pues su pensamiento era solamente el de informarse de la verdadera situación de las cosas a causa de la inevitable deficiencia de las informaciones radiotelegráficas. 2) Que aun cuando Ud. juzgase inconveniente, la remoción del Jefe Esmayoral, debe Ud. someterse a ella como militar, conviene advertirle que esa remoción, pedida por toda la opinión pública, ha sido consentida por dicho General. 3) Que los cargos que Ud. abre al Gobierno, son inexactos como se demuestra evidentemente por las comunicaciones enviadas por Ud. al Esmayoral, en las cuales se le ha dejado siempre en completa libertad en la dirección de las operaciones, habiendo más bien tratado de moderar (palabra indescifrable)... demasiado impetuoso que Ud. manifestaba. 4) Que aun siendo ciertos los cargos que Ud. abre, la conducta de Ud. no podría justificarse, pues en su condición de militar, no tiene otro deber que el de obediencia a las órdenes del Estado Mayor General. 5) Que Ud. no ha reflexionado en la gravedad de la actitud que ha tomado, actitud severamente castigada por las leyes militares y que tiene los caracteres de una traición a la Patria frente al enemigo extranjero. 6) Que con esa actitud y a pesar de sus protestas, Ud. compromete los intereses de Bolivia, no sólo por el escándalo que esto producirá en el mundo, sino por la irremediable ruptura habría de producirse entre nuestro pequeño Ejército del Sudeste y todo el interior de la República que va haciendo un enorme sacrificio para enviar refuerzos y recursos sin los cuales no podría sostenerse nuestra situación en el Chaco. 7) Llamamos a Ud. en consecuencia, a reflexionar en la gravedad suma de su actitud, que además de comprometer los intereses de la Patria, echará sobre su nombre una mancha afrentosa indeleble. Esperamos se servirá Ud. cumplir sin demora la orden de trasladarse a esta ciudad, advirtiéndole que se le proporciona a Ud. una ocasión de disimular su falta en homenaje a los grandes intereses de la Patria. Tiene Ud. a su disposición uno de los aviones del Lloyd hasta aquí. Sírvese dar respuesta inmediata. P. O. Presrepública- (Fdo.) Tcnl. Rivera".

Después de algunas vacilaciones, el General Quintanilla dejó su Comando de fortín Muñoz y se presentó en La Paz, donde no se le recibió en esferas de Gobierno. Desengañado por este hermetismo, buscó el apacible retiro de Tarija y allí escribió su "Manifiesto a la Nación" (1933) en el que insertó su "Protesta". Ambos documentos contienen su defensa o lo que cree ser su justificación por la caída de Boquerón. En 1935 estos documentos aparecen en una breve publicación. Carlos Quintanilla vuelve al servicio activo en el Chaco, después de la dimisión del doctor Salamanca, y toma el mando del Sector Central, zona peligrosa por las continuas embestidas paraguayas en busca de un involucramiento que, de tener éxito, colocaría a las fuerzas bolivianas en duros aprietos. Ahí estuve yo, a principios de 1935, bajo el Comando del General Quintanilla, encontrándole animoso como en sus mejores días. A pesar de su reciente operación en el tórax, era infatigable y de una actividad sorprendente y, si bien no proyectaba alguna ofensiva o no la sugería al Comando Superior, en la defensa del sector confiado a sus cuidados, el hombre se desvivía por responder al mandato recibido.

Pero en verdad nadie puede disculpar la actitud asumida por el General Quintanilla y el Coronel Toro al dirigir su "Protesta", desde el campo de batalla, por una cuestión de responsabilidades que sólo la historia dilucidaría más tarde. Esa actitud debió producir algún revuelo entre las nuevas generaciones de combatientes que miraban ya con recelo a los hombres de Gobierno y de los partidos. Era una incitación a la insubordinación y aun a la rebeldía. Un Jefe pundonoroso, el Tcnl. Moscoso ("Recuerdos de la Guerra del Chaco"), condena aquella actitud con estas severas palabras:

"La actitud del Comando del Cuerpo tiene mayor gravedad por el hecho de invocar el nombre de jefes y oficiales de las dos Divisiones que combatían en el Chaco, pues fuera de las planas mayores que constituyen unos tres o cuatro jefes y oficiales, el resto estaba en la línea, combatiendo con todas las desventajas imaginables y es seguro que esta gran mayoría ni conocía lo que pasaba entre Muñoz y La Paz".

Entre los apuntes de don Daniel Salamanca, hay uno que al decir de Eduardo Arze Quiroga, autor de la interesante recopilación de "Documentos para una Historia de la Guerra del Chaco", "es otro fragmento de la Memoria que dejó manuscrita y sin corrección y parece el último de los apuntes hechos antes de su muerte". "En él —prosigue Arze Quiroga— se enfoca las consecuencias de orden político que se originaron de la batalla de Boquerón y la retirada de "Arce" y se puntualiza, sobre todo, la conducta de los comandos militares que no estaban a la altura de las circunstancias históricas". Por su importancia y como epílogo de ese comentario sobre Boquerón, transcribimos más abajo el tenor de aquél apunte: (sin fecha)

"El efecto desmoralizador, o mejor dicho disgregador de las derrotas militares no se dejó esperar. Ya hemos visto (o veremos) que su consecuencia paradójica sobre el comando de nuestro diminuto ejército, fue un hinchamiento de vanidad e insolencia. Sobre nuestra política interna, fue una desviación de criterio que pudo habernos llevado a la anarquía.

"En el mes de agosto de 1932, pertenecían al Gabinete ministerial los ciudadanos liberales D. Juan María Zalles, personaje de primera línea en ese partido y don Alfredo H. Otero, caballero que gozaba de general estima por sus prendas personales. El Sr. Zalles volvía de Chile, del desempeño de una comisión del Gobierno, y a su llegada a la estación de La Paz, aún antes de sacudirse el polvo del viaje, fue notificado con una intimación de la renuncia de su cargo de Ministro de Estado, intimación del Comité de su partido. Igual intimación se hizo al Sr. Otero, en su lecho de enfermo, donde lindaba ya con los últimos días de su vida. Ambos enviaron al Presidente una renuncia colectiva.

"Esta agresión inesperada abría en el Gobierno una brecha que traería una crisis peligrosa que en último término podría llegar a la anarquía. No era fácil justificarla, pues las relaciones del Gobierno con el partido liberal, no eran inamistosas, y una modificación del Gabinete podía gestionarse y lograrse sin necesidad de comenzar la gestión con un puñetazo exabrupto. Era evidente a mi juicio que el comité del partido liberal quería un rompimiento acaso con la esperanza de dominar al Gobierno por ese medio. En vano me pregunto qué otro propósito podía guiarle.

"Empezó entonces entre los comités de partidos políticos y el Gobierno, una lucha peligrosa y absurda, que duró dos meses y que llevó a la nación a los bordes de la anarquía, frente al enemigo extranjero. Todos pedían un Gobierno de concentración nacional que el Gobierno deseaba más que nadie. El Presidente procuró formarlo de inmediato, ofreciendo carteras ministeriales a ciudadanos espectables de los partidos opositores. Las ofreció al señor J. L. Tejada Sorzano, Jefe del Partido Liberal, al señor Casto Rojas, al señor Juan M. Ramírez y al señor Remy Rodas Eguino. Los dos primeros habían de representar al liberalismo y los dos últimos al partido republicano socialista, o mejor dicho al personalismo de D. Bautista Saavedra. Los comités políticos reunidos a ese objeto les prohibieron aceptar los ministerios ofrecidos. ¿Qué se proponían los partidos políticos? Por una parte imponían con furioso gesto el Gabinete de Concentración Nacional. Por otra parte, con la misma furia, impedían su formación. He aquí en resumen su propósito: ellos pretendían que los mismos Comités políticos debían organizar los ministerios. En resumen, trataban de anular al Poder Ejecutivo para apoderarse de él. Especulaban con los desastres de la patria para abrirse camino al Gobierno.

"La prensa paceña, preponderante y casi exclusiva en la República, tomó a su cargo esta empresa, bajo la capa del Gobierno de concentración nacional, para la defensa del país, y logró

paralogizar y arrastrar a la opinión contra el Gobierno. A menudo la fuerza invisible y poderosa de la prensa se emplea en una obra bastarda, bajo el influjo de los intereses y prepara las revoluciones. Esta labor fue total en La Paz que es la ciudad preponderante y la capital de hecho de la República; y además, la ciudad en que se forman y se destruyen los gobiernos. Apenas es necesario agregar que esta labor maligna y anti-patriótica, tenía en el fondo un fermento regionalista, que acabó por desembozarse descaradamente. El interior de la República, juzgando con más sano criterio patriótico, no coadyuvó a esta empresa política-regionalista. La respuesta que el Comité liberal de Potosí dió al Comité paceño fue una lección de patriotismo. El Comité liberal de Cochabamba, fue, según recuerdo, el único que, por sus odios personales, hizo causa común con el Comité de La Paz.

"Esta actitud del interior de la Nación fue para el Gobierno un poderoso apoyo. Pero fue el único; y ciertamente no era bastante. Yo he observado que en La Paz se deshacen los gobiernos. La prensa paceña siguió batiendo al gobierno, sin miramiento alguno, en forma furiosa, incesante e implacable. El gobierno no tenía entonces periódico alguno que le defendiera.

"Séame permitido en este punto, hacer un paréntesis de extrema importancia, para la exacta inteligencia de la guerra, así en su conjunto y resultado, como en todas sus incidencias.

"Me refiero a la actitud, o mejor dicho, al espíritu de la clase militar boliviana. Harto difícil es expresar, en una breve frase, esta actitud singular de los altos jefes y oficiales del Ejército, con relación al Gobierno y a la nación misma. La clase militar había llegado a formar una especie de casta privilegiada, cuidadosamente cerrada a los profanos, de acceso exclusivamente oficial y cuyos componentes progresaban masónicamente en grados y emolumentos por acción del tiempo. Unidos en estrecha solidaridad de intereses, frente al Gobierno y a la nación toda, y penetrados de su gran importancia, acabaron por mostrar, al contacto de la guerra, toda la soberbia de que estaban penetrados. No se les caía de los labios, la disciplina, como una palabra hueca que no había penetrado a su conducta. La disciplina era buena para los soldaditos y para los oficialitos subalternos, sacrificados en los campos del Chaco. Para los Generales y altos Comandantes, la insubordinación, la insolencia y la soberbia. Y ojalá que estas altas virtudes militares de nuestro Comando, hubiesen brillado a la hora de la victoria, que todo les habría sido perdonado y aun aplaudido. Desgraciadamente tanta soberbia militar iba acompañada de la incapacidad y de la derrota, con todos sus funestas consecuencias.

"Es así que todo el curso de la guerra, con muy pocas excepciones, fue una continua fricción entre el Gobierno y los Comandos del Chaco.

"Conviene añadir que los militares de verdadero mérito fueron separados o encarnizadamente combatidos y anulados.

"Es también oportuno para la inteligencia de esta relación, anotar la inmediata consecuencia, de ese anómalo orgullo militar. Los comandos militares consideraban como molesta la intervención del Gobierno. Desde su punto de vista consideraban, a éste, como a un intruso y obraron en esta inteligencia. Levantaron una especie de muralla entre el Gobierno y el Ejército, y pusieron grande esmero en desembarazarse de los pocos militares que consideraban como amigos del Gobierno. Se crearon en el Chaco un campo propio y cerrado en que ellos pudiesen moverse con entera libertad. Eso sí, pedían soldados, camiones, provisiones, armas y municiones en cantidades crecientes sin atender a las posibilidades financieras que limitaban los esfuerzos del Gobierno (a pesar de su buena voluntad). Los cuadros de adquisiciones de material bélico, de mantenimientos de toda clase, de vestuario, de medios de transporte, dirán con más claridad que yo, todo lo que hizo el Gobierno, que es más de lo que habría podido esperarse.

"A la luz de estas verdades, se apreciará en cabal inteligencia, la relación que paso a reanudar".

Arze Quiroga, al pie de esta relación, pone una nota que dice: "Aquí quedaron trucas las Memorias del Dr. Salamanca". Es lástima grande que así fuera, pues la queja inicial de esta crítica requería ser completada con los hechos que, sin duda, iban a explicar el ingrato curso de los acontecimientos. Muy lejos de mí el pretender contradecir al Presidente Salamanca en el grave cargo que hace a liberales y republicanos socialistas por rehusar acompañarle en un Gabinete de concentración nacional; pero sí creo estar en lo cierto al sostener que la repulsa de esos partidos

no se debió a maniobras repudiables sino a no encontrar, de parte del doctor Salamanca y sus consejeros, una definición clara sobre su programa político frente a la emergencia del momento —que todavía no se consideraba aún la guerra misma— después de Laguna Chuquisaca y las represalias. En círculos de esos partidos no se ocultaba que existía disparidad de criterios entre éstos y el Jefe del Estado en el plano externo. Esto no disculpa la actitud prescindente de esos partidos en la hora grave que vivía la nación, cuando todo aconsejaba apretar filas, pero aclara una posición adoptada —tal vez no la mejor— que tenía relación con posibilidades de gestiones conciliatorias antes que con medidas de fuerza.

Volviendo a Boquerón, la confusión es enorme acerca del abandono de este fortín, que defiende con bravura Marzana. Aunque algunos radiogramas han sido ya reproducidos en estas páginas, una rápida relación cronológica dará idea cabal de este episodio dramático de la guerra, visto desde los altos mandos.

El 22 de agosto, el General Osorio, Jefe del Estado Mayor General, envía, como se ha visto, el siguiente radiograma al General Quintanilla, Comandante del I Cuerpo de Ejército, con asiento en Muñoz: "Capitán General ordena y patria exige no abandonar Boquerón de ninguna manera prefiriendo morir en su , defensa antes que dar partes retirada..." La orden es terminante y Quintanilla queda notificado para proceder en consecuencia y dar sus instrucciones en el tono heroico recibido. Esto es claro y no admite discusión.

El 11 de septiembre, Osorio comunica a Quintanilla que "de la resistencia de Boquerón depende el destino de nuestro Chaco", y agrega que "Presrepública y nación entera confían que sus defensores cumplirán su deber..." El Paraguay ha iniciado el ataque el día 9. La advertencia es grave; el abandono de Boquerón ha de significar la pérdida del Chaco Boreal, extremo que, a no dudar, abre un tremendo capítulo de responsabilidad para el Jefe de las fuerzas en el sudeste.

El 15 de septiembre, el Jefe del Estado Mayor transmite al Comando de Muñoz el siguiente radio, firmado por el doctor Salamanca: "Presidencia opina que sería mejor guardar en Boquerón actitud defensiva enérgica, concentrándose a rechazar todo ataque y amagar mas bien Isla Poí con fuerte efectivo tropa. Ese Comando en plena libertad para apreciar esta idea y ejecutarla o rechazarla. Avise decisión". A esta curiosa variante de las órdenes anteriores con un amago sobre Villa Militar, el General Quintanilla responde agradeciendo la "ilimitada confianza" y expresa que "considerada militarmente situación, no es de extrema gravedad..." Aquí queda en evidencia que Gobierno y Comando se encuentran desorientados sobre lo que ocurre en Boquerón, pues el fortín se halla ya cercado, las fuerzas bolivianas no demuestran capacidad suficiente para romper el sitio y menos para amagar Isla Poí y el abastecimiento por el aire viene probando ser casi nulo y desesperante. Pero el atacar la sede del Comando paraguayo y el atrincheramiento de Nanawa lo sugerían Quintanilla y Toro en los primeros días de la campaña porque desconocían lo que tenían al frente en hombres y pertrechos paraguayos.

El 16 de septiembre, el General Osario le expresa al General Quintanilla, en vista de incursiones enemigas sobre Yujra, esto: "Su comunicación Cif. 1107 indica situación grave. Queda usted libertad resistir o retirarse". La retirada de Yujra es, sin réplica, un debilitamiento de la defensa de Boquerón que, sin embargo, debe sostenerse hasta el último sacrificio. Contraintentado que debió confundir el recto juicio del Comandante en el Chaco.

Y el mismo 16 de septiembre, más tarde, el General Osorio hace esta pregunta al General Quintanilla: "Por su Cif. 140 hago deducción que tropa Boquerón encuéntrase completamente sitiada. Quiero saber qué medidas ha tomado para romper sitio enemigo en caso necesario salida Boquerón..." Para Carlos Quintanilla, esta primera referencia a una posible evacuación del fortín cercado debe parecerle militarmente correcta y, sin duda, necesaria, pero no desaparecen con ello las anteriores invocaciones patrióticas que exigen la resistencia y hablan de la pérdida del Chaco si falla la defensa a ultranza de Boquerón. El tormento de la responsabilidad se agudiza para el General Quintanilla.

El 18 de septiembre, el Jefe del Estado Mayor agrava la confusión al comunicarle al Comando de Muñoz que "concepto de Gobierno y Esmayoral es sostenerse en Boquerón logrando amunicionarlos y alimentarlos para alcanzar este objetivo. Evacuar —añade— Boquerón en la actualidad sería nuestro desastre definitivo. Ya no podríamos sostenernos en otros puntos. Recomiendo último esfuerzo mantenerse Boquerón. Esta es opinión situación internacional.

Apreciará usted posibilidad hasta donde lo permita aspecto militar", concluye el mensaje. Este radiograma debió desorientar aún más al Jefe del CICE, pues deja a su apreciación la posibilidad de mantenerse o retirarse del malhadado fortín pero, a la vez, le advierte sobre el desastre definitivo que para nuestras armas significaría el repliegue. Difícilmente se encontrará una contradicción tan extrema en un despacho militar que uno supone todo claridad y concisión.

El 23 de septiembre, el Tcnl. Rivera, Sub Jefe del EMG, pregunta a Quintanilla si se llevó a efecto "misión aviación" y si en "caso evacuar Boquerón tiene preparado terreno para defender y detener avance enemigo sector Castillo-Arce o cuál es intención ese Comando". Aquí se encara de frente la evacuación de Boquerón; no hay dubitaciones en el Jefe del Estado Mayor Auxiliar y Quintanilla debe preparar la defensa en otra línea de retaguardia. Pero, la dubitación existe en el Comando de Muñoz, pues como se lee en páginas anteriores, el Comandante del Primer Cuerpo dispone el abandono del fortín y Peña así lo ordena, más se suspende lo dispuesto al día siguiente, dándose así una lamentable prueba de indecisa apreciación militar.

El 27 de septiembre, el Sub Jefe del Estado Mayor, en La Paz, comunica al General Quintanilla, entre otras cosas, que el Presidente de la República "aconseja emplear trimotor convenientemente escoltado y si posible empleo paracaídas para continuar aprovisionamiento Boquerón que podrá libertarse con próximos refuerzos". Se vuelve a retroceder: Marzana y sus hombres deben seguir en Boquerón, malamente auxiliados. La suerte del glorioso reducto está echada.

Y el remate llega con el acuerdo del Consejo de Generales de ese mismo 27 de septiembre, en el que participa el General Osorio, en Muñoz. Se pide a los defensores de Boquerón diez días más de lucha heroica, imaginando una serie de maniobras totalmente fuera de la realidad. A Marzana no le queda sino la rendición.

Se encuentra en una tesis de licenciatura en derecho, publicada en 1938 por el entonces Capitán Roberto Ramallo Quiroga, sobre política diplomática y militar de la guerra del Chaco, una aserción extraña que no aparece en otros autores consultados. Escribe Ramallo:

"El sitio de Boquerón llegó a su momento definitivo; mientras los ataques se intensificaban, el Comando paraguayo señaló como último plazo para el ataque del día 29, para que, durante la noche las tropas si no hubieran conseguido su objetivo, se retiraran dirección Isla Poi a rehacerse y reorganizar sus debilitadas huestes".

Ramallo reproduce una versión, indudablemente de origen paraguayo, que puede no ser exacta; lo contrario probaría la tenacidad con que el infortunio perseguía a Bolivia.

Al final de todas estas contradicciones y vicisitudes y del sacrificio estéril del soldado y de la tenacidad varonil de Manuel Marzana y sus oficiales y de este escapar de responsabilidades de unos y de otros, me viene al recuerdo el libro con que defiende Clemenceau su obra de guerra de 1918-1919: "Grandezas y Miserias de una Victoria", y pienso que algún día, alguien escribirá, en torno al drama de Boquerón, la narración exacta de todo lo acontecido, y le pondrá este título: "Grandezas y Miserias de una Derrota".

LA DOCTRINA DEL 3 DE AGOSTO DE 1932

"El avance incontenible y aplastador" —la frase es del Coronel Guerrero— de las fuerzas bolivianas, en represalia por el ataque paraguayo a Laguna Chuquisaca, hizo creer que el país se encontraba preparado para la guerra. La toma de Corrales, Toledo y Boquerón, en rápida sucesión y el amago a otros puestos del adversario dieron, sin duda, fundamento a aquella creencia, desechándose como fuera de toda lógica, la idea de que esas acciones de armas eran sólo débiles demostraciones de fuerza, sin soporte y sin plan alguno de envergadura. Sin embargo, esa falsa apreciación sobre la capacidad militar de Bolivia vino a constituir factor determinante de la llamada doctrina de 3 de agosto de 1932 que, con apresuramiento sospechoso, fue refrendada en Washington por diecinueve naciones del Continente. El mensaje dirigido a las Cancillerías de La Paz y Asunción, merece aquí ser transcrito:

"Los representantes de todas las repúblicas americanas, reunidos en Washington, en donde reside la Comisión de Neutrales. habiendo sido debidamente autorizados por sus respectivos Gobiernos, tienen el honor de hacer llegar la siguiente declaración a los Gobiernos de Bolivia y Paraguay:

"El respeto al derecho es una tradición entre las naciones americanas, las cuales se oponen a la fuerza y renuncian a ella tanto para la solución de sus controversias cuanto para utilizarla como un instrumento de política nacional en sus relaciones recíprocas.

"Ellas han sido por mucho tiempo los líderes de la doctrina de que el arreglo de todas las disputas y conflictos de cualquiera naturaleza u origen que se puedan suscitar entre ellas, sólo será procurado por medios pacíficos. La historia de las naciones americanas demuestra que todas sus controversias territoriales y de límites han sido arregladas por tales medios. Por esto las Naciones de América declaran que la disputa del Chaco es susceptible de una solución pacífica y piden encarecidamente a Bolivia y Paraguay que sometan inmediatamente la de esta controversia a un arreglo por arbitraje u otro medio amistoso que fuera aceptable para ambos.

"En cuanto a las responsabilidades que puedan derivarse de los diversos encuentros ocurridos desde el 15 de junio hasta la fecha, consideran que los países en conflicto deberían presentar a la Comisión de Neutrales toda la documentación que conceptúen pertinente, la cual sería examinada por ella. No dudan de que el país que de esa investigación resulte agresor, habrá de querer dar satisfacción al agredido, eliminándose así toda desaveniencia entre ellos. Invitan además a los Gobiernos de Bolivia y Paraguay, a hacer una declaración solemne en el sentido de paralizar movimientos de tropa en el territorio disputado, lo cual serenaría el ambiente y haría fácil el camino a la solución de la concordia que América espera en nombre de los intereses permanentes de todos los países de este hemisferio.

"Las naciones de América declaran también que no reconocerán arreglo territorial alguno de esta controversia que no sea obtenido por medios pacíficos ni la validez de adquisiciones territoriales que sean obtenidas por ocupación o conquista por la fuerza de las armas".

Lo primero que, en esos días de agosto, sorprendió a la opinión pública boliviana fue la rapidez con que diecinueve Gobiernos se concertaron en los términos de la declaración y la firmaron. Boquerón cayó en manos nuestras el 31 de julio y tres días después, Bolivia y Paraguay eran notificados de que la ocupación o conquista territorial por la fuerza de las armas, en la disputa del Chaco, no sería reconocida. Esta diligencia, tan poco usual en la dilucidación de conflictos internacionales, tenía un antecedente —y acaso una explicación— en el ya largo entredicho chino-japonés y en los avances nipones en la Manchuria, que nada parecía detener. El Gobierno de los Estados Unidos, ya desde 1915, ocupase en puntualizar su criterio ante las conquistas del Imperio Naciente, advirtiendo que las desconocería por ser fruto de la fuerza. Si bien estas declaraciones se inspiraban en los postulados generales del **Covenant** de Ginebra, del cual no formaba parte el Gobierno de Washington, tuvieron resonancia mundial ya que provenían de la primera potencia indiscutida de esa época. La doctrina del no reconocimiento de la conquista u ocupación territorial por las armas ya existía, pues, antes del conflicto chaqueño de 1932.

Cuenta Alberto Ostria Gutiérrez, en su tesis de ingreso al Instituto de Abogados del Brasil (1938), que el Secretario de Estado Henry L. Stimson, confió al Embajador argentino Felipe Espil la conveniencia de emplear aquella declaración contra la conquista en el conflicto que acaba de surgir en el Sudeste. Esta sugestión fue acogida sin demora y así nació la llamada doctrina de 3 de agosto. Este antecedente, que mal se conoció al principio hizo creer que la tal doctrina era de origen argentino y que con ella el Gobierno del General Justo trataba de poner atajo a los avances bolivianos.

En éste como en tantos casos controvertidos nace siempre la especulación. Es indudable que el General Stimson encontró, en la disputa del Chaco, una buena oportunidad para dar nueva resonancia a sus anteriores declaraciones contrarias a la conquista, aplicándolas ahora al vasto escenario de América; pero también puede haberle guiado en este empeño aquel famoso planteamiento del experto Emerson B. Christie, al iniciarse las conversaciones de conciliación, después de Vanguardia, sobre la conveniencia de una transacción territorial invocando un supuesto enunciado geo-económico por el cual se concedería al Paraguay una mayor extensión de tierras en el Chaco por ser nación de menor espacio territorial. También es posible que Mr. Stimson

tuviera presente que, en Laguna Chuquisaca o Laguna Pituantuta, Bolivia fue la que innovó materialmente, por más que, según el Cedulaario Real, esa zona le pertenecía, y que el atacante estaba preparado para dominar al débil adversario, como parecía probarlo, en los primeros días, las tomas de Corrales, Toledo y Boquerón. y acaso la ruptura de relaciones de 1931, consumada por Bolivia, tuvo algo que ver en la actitud de Washington. Con relación a la Argentina, basta decir que sus grandes intereses económicos, políticos y militares en el Paraguay y en el Chaco mismo, la movían a defender los de posibles victorias bolivianas, país con el cual sus vinculaciones eran menores y hasta conflictivas —absurdamente entonces— en materia de petróleos.

La declaración de 3 de agosto causó enorme revuelo en Bolivia y las protestas contra las naciones de América, los Neutrales, y particularmente la Argentina, menudearon. El país, en esos días, vivía momentos de euforia y de seguridad en el triunfo de su causa. La palabra más autorizada, en esas horas de tensión patriótica, fue la del Presidente Salamanca quien en su Mensaje al Congreso, del día 6 de agosto, leyó este Post Scriptum:

"Concluído este Mensaje ha recibido anoche nuestra Cancillería, la última nota de los neutrales, que en el fondo es una intimación. La nueva doctrina pacifista de las Naciones Americanas, hace su entrada en el mundo con un paso de violencia, a expensas de un país débil.

"Los neutrales, por consentimiento nuestro, no ejercían más que los buenos oficios admitidos por el Derecho Internacional y podían poner su benévola influencia para allanar dificultades a fin de llevar a los contendientes a un entendimiento. Ahora se alzan con un papel de tutores y de jueces y pretenden tomar el conocimiento de nuestros asuntos, ejerciendo una jurisdicción que no les hemos conferido.

"Nos intiman a suspender hostilidades que ya no existen, nos intiman a desalojar los fortines que hemos ocupado en justa represalia y, en fin, nos intiman a un arreglo definitivo con el Paraguay. Todas estas violencias se cometen a nombre de las naciones de América, invocando un principio de derecho que condena toda violencia. Tal conducta significa la conculcación del principio de la independencia de las naciones y no se funda en otra cosa que en la fuerza.

"Es posible que algunas de las naciones que han concurrido a consumir esta injusticia, tengan en lo futuro motivos de arrepentirse de haber sentado tan injusto antecedente. Es digno de anotarse que la primera víctima de este nuevo derecho americano es el país que más daño ha sufrido de la injusticia, sin que nación alguna se acuerde de los generosos principios en cuyo nombre se trata ahora de imponerle un nuevo daño".

Me cupo publicar en "El Diario", del día 5 de agosto, sobre el tema en cuestión, un artículo titulado "La Fraternidad Burlada ". en el cual, entre otras cosas, decía:

"¿Qué significado puede, entonces, tener para Bolivia una declaración colectiva que enuncia no reconocer, en la controversia chaqueña, "arreglo territorial alguno que no sea obtenido por medios pacíficos ni la validez de adquisiciones territoriales que sean obtenidas por ocupación o conquista por la fuerza de las armas?" Nada que el de una declaración de principio que se debe introducir en el discutido derecho internacional americano; una loable invocación a la concordia continental, lanzada con demora de medio siglo ante sangrientos hechos consumados.

"Por otra parte, esa declaración implica reconocer, a la postre, lo que Bolivia sostuviera sola en tantas oportunidades, clamando por el imperio de la justicia, vanamente, en el desierto del egoísmo interamericano. Implica, así mismo, una condenación moral para aquellos que impusieron la conquista y despedazaron heredades ajenas; en este concepto, hay carencia de pudor en más de una firma estampada al pie del documento, que falta a la verdad histórica".

Corresponde consignar aquí las respuestas de las Cancillerías de Bolivia y Paraguaya la declaración de 3 de agosto para tener el cuadro oficial del pensamiento de los dos contendores. Ambas respuestas son del 5 de agosto:

Julio A. Gutiérrez, Ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia, contestó en estos términos:

"Me es honroso acusar recibo de la atenta nota cablegráfica de fecha 3, realizada con la firma respetable de diecinueve naciones neutrales y amigas. En esa nota declaran los

representantes de las repúblicas americanas, reunidos en Washington, que el respeto al derecho es una tradición de las naciones americanas, que se oponen a que la fuerza solucione las controversias; que todos los litigios territoriales han sido arreglados por medios pacíficos, invitándoles a una declaración solemne en sentido de paralizar los movimientos de tropas en el territorio disputado.

"Al contestar la nota, nos corresponde tomar en cuenta las declaraciones en ella contenidas que interpretan con perfecta exactitud el pensamiento boliviano, que desde hace medio siglo viene protestando contra la guerra de conquista. Ellas se inspiran en las ideas que informan el derecho público americano, que no admite la ocupación usurpadora como título de dominio. Bolivia, país enclaustrado en el corazón de Sud América y reducido al vasallaje internacional por causas conocidas, recibe con entusiasmo la nueva doctrina que se inicia en América: de que la fuerza no da derechos. Esa es su tesis y la mantendrá porque defiende su integridad territorial.

"En la disputa del Chaco es aplicable la misma tesis. Bolivia, soberana de esa heredad por títulos históricos conforme al derecho público hispanoamericano, estima que la fuerza y la usurpación, aprovechando facilidades de proximidad geográfica, hanse adueñado del litoral que le pertenece sobre el río Paraguay. Bienvenida la doctrina de que la fuerza no da derechos.

"La declaración relativa a que las naciones de América no reconocerán las adquisiciones territoriales que sean obtenidas por ocupación o conquista por la fuerza de las armas es doctrina que no nos alcanza, porque Bolivia no conquistó antes territorios, ni pretende ocuparlos hoy; persigue en el Chaco la reivindicación de lo que histórica y jurídicamente le pertenece.

"Se nos pide soluciones pacíficas. Las hemos propuesto varias veces en tratados solemnes que no han sido ratificados por el Paraguay. Deseamos terminar la cuestión del Chaco, estando el país resuelto aun a los sacrificios más cruentos en defensa de su territorio. La nación necesita romper la barrera que le impide su acceso a su litoral por el río Paraguay para comunicarse con el mundo. He ahí una de las bases de solución que debe exigirse al Paraguay para asegurar la paz de América.

"En cuanto a las responsabilidades por los encuentros ocurridos en el Chaco, respondimos ya a los representantes de los cinco países neutrales que actúan en Washington. Se nos pide paralizar los movimientos de tropas en el territorio disputado. Bolivia moviliza sus fuerzas en su propio territorio, en pleno ejercicio de su soberanía. Ante la movilización activa del Paraguay, debe tomar sus precauciones y aprestarse a la defensa. Mayor razón tenemos para mantener nuestras fuerzas en el Chaco, si se considera que para llevar nuestros contingentes recorreremos una distancia cinco veces mayor que la recorrida por los contingentes paraguayos.

"Estimaríamos a los países neutrales que vienen actuando en favor de la paz, si quisieran poner su valioso empeño sobre el Paraguay para obtener que esa paz sea una realidad mediante soluciones que contemplen la finalidad anotada".

El Paraguay, con la firma de su Canciller, Higinio Arbo, respondió cablegráficamente:

"Mi Gobierno confirma su adhesión principios cordiales doctrina y tradiciones América expresados nota vuestra excelencia y demás firmantes representantes países americanos. Ellos constituyen la norma invariable de su política internacional. Está dispuesto someter inmediatamente arbitraje u otro procedimiento pacifico todas y cada una de las cuestiones controvertidas con Bolivia. Reitera aceptación investigación sobre hechos ocurridos Chaco desde 15 de junio hasta la fecha y está dispuesto a dar instrucciones a sus fuerzas armadas abstenerse de toda hostilidad de acuerdo con el telegrama dirigido hoy a la Comisión de Neutrales. Paraguay considera acto trascendencia histórica declaración conjunta de no reconocimiento de ocupación o conquista por la fuerza y se honra en expresar su adhesión absoluta a esa declaración".

En cuanto a comentario sobre las dos respuestas, dice Ostria Gutiérrez en su citada tesis:

Salta a primera vista el contraste de forma en las dos respuestas enviadas por los ministros de relaciones exteriores de Bolivia y del Paraguay: la primera exaltada y redundante; precisa y mesurada, la segunda. Pero es fácil comprender que coinciden en el fondo, porque las dos manifiestan su adhesión a la declaración panamericana que acaban de recibir y que la otra expresa

que es "su tesis" y que "interpreta con perfecta exactitud el pensamiento boliviano, que desde hace medio siglo viene protestando contra la guerra de conquista".

Y agrega el ex-Canciller Ostria:

"Al nacer, la declaración de las diecinueve naciones americanas tiene, pues, cierta intención política y sólo más tarde surge de ella su trascendencia como doctrina, como principio de derecho internacional. Y, naturalmente, ese inicial sentido político es el que despierta la susceptibilidad de Bolivia y el que provoca la airada respuesta de la Cancillería boliviana".

A este acertado comentario cabe añadir que, para terceros, el tono airado de la respuesta boliviana, por justificado que fuese, contrastaba con las expresiones conciliatorias paraguayas, expresiones derivadas de la supuesta potencialidad militar que se creía ver en Bolivia. Tal vez pueda decirse, además, que los buenos oficios renovados por los neutrales, en esta emergencia, constituyeron una oportunidad que el Gobierno de La Paz no aprovechó, engañados como estaban sus conductores, —con raras excepciones— por una ilusoria superioridad castrense, en esos días de agosto de 1932, y que desapareció ya entrada la campaña. Con todo, no sería honesto ocultar que el país entero vibraba con el fácil triunfo de sus armas, en esas primeras acciones, pues las tomaba como prueba de fuerza cuando resultaron ser demostraciones de impreparación y de imprudencia.

Bajo un elemental análisis histórico, uno no puede menos que subrayar lo irónico que resultaba la notificación de la llamada doctrina de 3 de agosto, a Bolivia y Paraguay, porque era dirigida precisamente a las naciones mediterráneas que más cercenamientos de su heredad patria habían sufrido por obra de la conquista. Y desde un punto de vista jurídico, procedía desde luego preguntar si la tan mentada doctrina tenía validez en los casos de reivindicación de territorios. Situando este punto en un plano imparcial, debe reconocerse que ambos contendores, Bolivia y Paraguay, daban a sus acciones y alegaciones el carácter de reivindicaciones de derecho, no siendo propio que terceros pretendiesen prejuzgar sobre la soberanía ajena.

En torno a la citada doctrina, se levantó en Buenos Aires una fuerte crítica contra el Ministro de Relaciones, Carlos Saavedra Lamas, por haber sido portavoz de la declaración de las diecinueve naciones a instigación de Mr. Stimpson. Alberto Ostria, en su referida tesis, acota al respecto las siguientes palabras del senador de la Torre, en la Cámara Alta:

"El voto abstracto que se ordenó proponer al Embajador Espil se limitaba a establecer que en América no deben resolverse por la fuerza las cuestiones territoriales; en cambio, la comunicación del 3 de agosto asume el tono perentorio de la doctrina de la Manchuria. Yo creo que los diecinueve neutrales de América, arrastrados por los cinco neutrales de la capillita de Washington, han desconocido los principios verdaderos de la neutralidad. Es muy grave el prejuzgamiento de las Cancillerías neutrales sobre la materia misma del litigio, cuando usa reiteradas veces la palabra conquista aplicada a dos naciones contendientes, que los dos invocan derechos territoriales fundados en títulos antiguos, que podrán o no estar subsistentes, pero invocan títulos, excluyendo por consiguiente la posición de conquistadores".

Y a esta crítica razonada y de claridad meridiana, Ostria " Gutiérrez transcribe otra declaración sobre el tema, igualmente contundente, del senador Correa:

"En este conflicto hemos hecho un papel de inocentes. Hemos sido el medio de que se ha valido la Cancillería de los Estados Unidos para hacer las declaraciones que aquel país le placen para su política internacional. Hemos cometido la imprudencia, no de mediar ni de interponer buenos oficios, sino de intervenir en un conflicto extraño a nosotros".

En una alocución radial, que publicó "El Diario" el 13 de noviembre de 1932, al trazar un parangón entre la vigorosa personalidad del Canciller Estanislao S. Zeballos y la figura de Carlos Saavedra Lamas, hube yo de ocuparme del origen de la tan mentada doctrina de 3 de agosto:

"Hechos de sangre pusieron de trágica actualidad el pleito chaqueño y supusieron algunos mercaderes afortunados que peligraría el interés argentino, en varias zonas de la usurpada tierra boliviana si la Casa Rosada no decidiese atajar, sagazmente, la acción reivindicatoria de Bolivia contra el Paraguay.

"No ha sido ciertamente el espíritu de Drago el que animara al doctor Saavedra Lamas en sus gestiones de Canciller, sino aquel otro, turbulento y nacido para los embrollos, que caracterizara al doctor Zeballos. Y como grandes fueron los temores y las alarmas paraguayas en esos días, grandes fueron, así mismo, los afanes del doctor Saavedra Lamas.

"Sin embargo, estas actividades diplomáticas han revelado otra cosa que un lírico amor a la conciliación americana. Detrás de bastidores se agita una poderosa rivalidad en el lejano Pacífico: el Japón, sol naciente, surge en el horizonte como una amenaza para las brumas del norte y frente a la Liga de las Naciones, enjambre de intereses europeos, y frente a los Estados Unidos, centro de influencias mundiales, extiende su poderío hacia tierras prohibidas.

"Nada pudieron contra el Gabinete de Tokio las notas y las recomendaciones, las advertencias y las insinuaciones de los poderosos; su acción seguía una ruta trazada de antemano. Alarmase el General Stimson y, decidido a cortar por lo sano, dirige urja carta significativa a su amigo el senador Borah. En ella, después de muchos rodeos, el ilustre Secretario de Estado, en nombre de Hoover, le comunica que la patria de Lincoln jamás reconocerá adquisiciones territoriales por la fuerza de las armas; esto es, la fuerza no da derechos!

"¿Qué resultados tuvo esta velada amenaza sobre el imperialismo nipón? La creación del estado independiente de Manchu-kuo, cuya seguridad externa, contra cualquier evento, está asegurada por las milicias del Mikado.

"Caída en el vacío la declaración de Stimson y ante el temor de rodar hacia el ridículo, la astuta Secretaria de Estado supo aprovechar los afanes del doctor Saavedra Lamas, en torno a la cuestión del Chaco, para honrar a esa declaración con el pomposo título de doctrina de América, valiéndose del grajo de la fábula a objeto de disimular la farsa.

"En la petición de informe al Canciller Saavedra Lamas, expresó el senador de la Torre lo siguiente: "La casualidad quiso que la proposición de la Cancillería argentina (esta proposición decía que en América no deben resolverse por la fuerza las cuestiones territoriales, y es muy otra la que subrepticamente aparece en la doctrina de nuestro comentario), llegara a Washington en el momento preciso en que el Gobierno de los Estados Unidos busca a un país sudamericano que diera los pasos iniciales para introducir en Sud América, sin suspicacia, la doctrina del desconocimiento de las adquisiciones territoriales por medio de la conquista, que el Secretario de la Unión, Mr. Stimson, había establecido en su famosa carta al senador Borah. Debemos enorgullecernos de todos los actos grandes que haya realizado o sea capaz de realizar el pueblo argentino, pero no podemos vestirnos con las plumas del grajo".

Mi comentario de marras terminaba así:

"El doctor Saavedra Lamas le hizo, pues, el juego a Mr. Stimson y le sirvió de magnífico trampolín para saltar desde el fondo del Chaco, insignificante a los ojos estadounidenses, hasta la Manchura fabulosa. Un asunto ocasional y de rivalidades, de amor propio y de hegemonías entre Tokio y Washington vino, pues, a rebotar en Sud América, traído de los cabellos y, con enfáticas declaraciones huecas de sentido histórico y contrarias a la verdad, se quiso erigir una doctrina para aplicarla al país que más ha sufrido de la injusticia internacional".

La intención política de la declaración de 3 de agosto fue paladinamente confesada por el Paraguay. En un mensaje de Asunción a Ginebra, de 12 de enero de 1934, manifestó la Cancillería de ese país que "la declaración continental del 3 de agosto se hizo contra la política del Estado boliviano". (Ostria, obra citada).

La doctrina del no-reconocimiento de las adquisiciones territoriales por la fuerza de las armas, tiene un valor relativo. Es un principio de derecho internacional, cuyo enunciado primario, para no remontarse más atrás, no es otro que el argentino de que la victoria no da derechos, del siglo pasado. Pero esta doctrina, al igual que muchas otras que los pueblos son afectos a prohijar en un constante afán de superación, no puede desasociarse de las duras realidades de la vida de relación, todavía dominada por los egoísmos nacionales, mientras el mundo no ascienda a un plano superior de convivencia. Y el hecho que sin remisión aventa estos nobles principios es la guerra, cuyas con- secuencias, para las partes envueltas en ella, han de señalar, sin escape, las

bases de la reconciliación. Para el vencido es una paz impuesta; para el vencedor es el fruto de sus victorias irrenunciables.

La doctrina de 3 de agosto, viene al caso recordar sin salir del ámbito panamericano, tiene un valioso antecedente en la Resolución de 18 de abril de 1890, suscrita en la Primera Conferencia Internacional Americana, celebrada en Washington, en la cual se encuentra, entre otras, estas manifestaciones:

"Que no existe en América territorios res nullius".

"Que las guerras de conquista entre naciones americanas serían actos injustificados de violencia y despojo".

Y aunque estas declaraciones y la Resolución misma tienen concomitancia con el Tratado de Arbitraje que elaborara la Primera Conferencia Interamericana, dos Resoluciones de ésta son, en doctrina, irrefutables. Dicen:

"El principio de conquista queda eliminado del derecho público americano".

"Las cesiones de territorio serán nulas, si se hubiere verificado bajo la amenaza de guerra, o por la presión de la fuerza armada".

Obvio es agregar que Chile se abstuvo de suscribir la Resolución de 18 de abril de 1890.

En rigor de verdad, la inspiración de este pacifismo, acentuadamente idealista, viene de lejos, desde los orígenes de la independencia americana. El espíritu del Tratado de Unión, Liga y Confederación Perpetua, firmado por algunos Estados en el Congreso de Panamá, convocado por Bolívar en 1826, refleja ciertamente ese elevado movimiento hacia la paz y la armonía internacionales y condena el recurso a la fuerza. Después, en el transcurso de los años, en cuanta asamblea celebran las naciones del Continente, al tratarse de los conflictos y disputas territoriales, aparece, en una u otra forma, esa general repulsa a los métodos violentos y a la conquista. Mas, la acción misma de las Repúblicas americanas al frente de un entredicho de proporciones que amenaza la paz es débil y dispar. Pugnas de hegemonías, intereses creados y encuentros de soberanías mantienen en la sombra al romántico pacifismo de América. El tiempo ha dado más cuerpo a ese pacifismo, pero todavía se está lejos de alcanzar un régimen internacional que asegure firmemente los derechos de los pequeños ante cualquier depredación de los grandes.

En 1938, Bolivia inscribió el tema del no-reconocimiento de las adquisiciones territoriales por las armas para consideración de la VIII Conferencia Interamericana de Lima, motivo por el cual la Unión Panamericana solicitó a la Comisión Permanente de Río de Janeiro para la Codificación del Derecho Internacional, un pronunciamiento al respecto.. La Comisión, después de un breve análisis del tema, terminó su informe con estos comentarios:

"Así, pues, podemos concluir diciendo que las repúblicas americanas, más de una vez han proclamado la doctrina del no-reconocimiento de territorios adquiridos por medio de la fuerza. No siempre, sin embargo, lo hicieron en términos idénticos e inequívocos. Convendría, por lo tanto, que se aprovechara la ocasión para formular de un modo preciso los principios contenidos en dicha doctrina, en el sentido recomendado por el tema 4° del Programa de la Octava Conferencia Internacional Americana.

"Antes de proponer una fórmula con ese fin, deseamos precisar el significado y las consecuencias prácticas de dicha doctrina.

"¿Qué se debe entender en realidad por el no-reconocimiento de territorios adquiridos por la fuerza?"

"Nos parece que se puede responder a esa pregunta diciendo que el no-reconocimiento de que se trata significa la denegación por un Estado a admitir consecuencias jurídicas de tales adquisiciones obtenidas por la violencia. Lo que se tiene en mira es el no-reconocimiento de la validez o legalidad de éstas. Así en virtud de esa doctrina, los Estados deberán negarse a

reconocer a cualquiera de ellos los títulos que por la violencia hayan adquirido sobre un territorio, con los derechos y obligaciones resultantes.

"¿Cuáles serán las consecuencias de orden práctico de semejante actitud?

"El no-reconocimiento así entendido, constituye sin duda una acción, aunque de orden moral, contra la violación de ciertos principios o de ciertos compromisos internacionales. Su principal consecuencia será señalar a la condenación general al infractor.

"Por sí sola, entretanto, tal sanción será insuficiente para evitar el delito condenado. Ella no anulará de cierto la injusticia consumada.

"Podrá, con todo, por fuerza moral detener al Estado mal intencionado, y si va acompañada de otras sanciones determinadas, por ejemplo, por una acción concertada de otros Estados, tal vez se haría más eficaz.

"En todo caso, lo que se contempla principalmente, al enunciarla y proclamarla, es transformar en regla jurídica positiva un principio moralizador de las relaciones internacionales.

"Sentado esto, parece que se podría formular la doctrina en los siguientes términos:

"1° Se considerará ilícita toda agresión armada;

"2° La conquista no es admisible como medio de adquisición de soberanía territorial;

"3° Serán considerados nulos y por lo tanto, no serán reconocidos como legítimos cualesquiera derechos derivados de la adquisición de territorio por medio de las armas, o bajo presión de fuerza armada o de cualquier otro medio efectivo de coacción".

Toca recordar aquí que, formando parte de la delegación boliviana a la citada Conferencia de Lima, con autorización de la Cancillería, hice inscribir el tema arriba referido en el programa de esa asamblea y que, en ella, busqué la forma de que la doctrina de 3 de agosto de 1932, se convirtiese en una regla positiva de nuestro derecho interamericano, mediante una Convención, cual aconsejaban juristas de la Comisión Permanente. No tuve éxito y sólo conseguí la reiteración de la doctrina con una nueva declaración, sin fuerza de ley internacional. Esta declaración quedó redactada y aprobada en esta forma:

"Que reitera, como principio fundamental del Derecho Público de América, que no tendrán validez ni producirán efectos jurídicos la ocupación ni la adquisición de territorios ni ninguna otra modificación o arreglo territorial o de fronteras mediante la conquista por la fuerza, o que no sean obtenidas por medios pacíficos.

"El compromiso del no-reconocimiento, de las situaciones derivadas de los hechos antes mencionados, constituye un deber que no puede ser eludido unilateral ni colectivamente".

En mi informe al Ministerio de Relaciones Exteriores sobre la labor que me cupo desenvolver en la VIII Conferencia anoté lo que sigue, a modo de conclusión, sobre el tema de la conquista:

"A muchos puede parecer extraño e inoportuno que Bolivia, después de sellar la paz del Chaco con duros sacrificios de su parte, introdujera la ponencia sobre el no-reconocimiento de la conquista. Empero, no debe perderse de vista que la posición geográfica de Bolivia, sus enormes riquezas en potencia junto con su debilidad orgánica y bajo índice demográfico, la señalan como tierra de contactos que, al frente de adversidades que es menester prever, pudiera, acaso, transformarse en tierra de antagonismos. Cierta dignidad mal entendida o exagerado sentido de decoro eran, sin duda, malos consejeros ante la urgencia de organizar mejor la paz en el continente y anular, hasta donde es posible, los efectos de las indebidas apropiaciones territoriales de que tanto sufriera la patria boliviana".

También yo pequé de iluso al suponer, en Lima, que las naciones débiles, cuya mejor defensa es el derecho, apoyarían decididamente la ponencia boliviana, que pretendía convertir una doctrina en ley internacional positiva para mayor resguardo de su soberanía territorial.

En las negociaciones del armisticio y de la paz del Chaco, la declaración de 3 de agosto de 1932 quedó relegada al olvido.

NANAWA

Aunque en estos comentarios no pretendo ocuparme, con alardes de crítico militar, de las acciones de armas de la guerra del Chaco, no puedo menos que referirme, en alguna medida, a ciertas operaciones bélicas que tuvieron influencia sobre el desarrollo de la contienda, con repercusiones inevitables en la política interna y exterior de la República. Así Boquerón que vino a demostrar la impreparación boliviana en un grado que nadie hubiera sospechado; así también Nanawa, fracaso de proporciones que puso al descubierto, ante el ojo avisor del enemigo y de extraños, la incapacidad boliviana para imponerse por las armas. Además, Nanawa obligó al II Cuerpo de Osorio, ese "ejército del hambre y del harapo" como lo llamara Aquiles Vergara Vicuña, a lanzar la III División sobre Toledo y la VIII sobre Fernández con efectos penosamente adversos.

Llegué a Jayucubás, puesto de comando del General Osorio, a! mes del primer ataque a Nanawa. Las consecuencias de este contraste militar pesaban duramente sobre el II Cuerpo por dos motivos: el abandono en que lo tenía el Comando de Kundt y los sangrientos rechazos sufridos frente a Toledo y Fernández por obra de aquel abandono. Algunos escritores militares han expresado que el II Cuerpo apenas si constituía un destacamento por lo reducido de sus elementos. Así el probo historiador, Coronel Julio Díaz Arguedas, en su libro "Los Elegidos de la Gloria" escribe:

"Y aquí es preciso remarcar que durante la campaña desarrollada bajo la dirección del genera! Kundt, nadie habló del Segundo Cuerpo de Ejército, apesar de que él hizo palpar mayor número de veces a! patriotismo boliviano con las seguidas y gloriosas capturas de Platanillos, Loa, Bolivar y Corrales, hasta cuando paralizó sus operaciones frente a Fernández y Toledo, en aquella parte central del Chaco, donde no sólo la naturaleza es más hostil y salvaje, sino donde también la acción del Director de la Campaña se mostró esquiva al haberle hecho una sistemática guerra de recursos y al desconocer el papel decisivo a que estaba llamado a jugar si acaso se le hubiera asignado la importancia con la que fue organizado".

Subraya el Coronel Vergara, sobre este punto importante, lo dicho por Díaz Arguedas con estas palabras:

"No deja de tener gravedad lo que queda tan categóricamente expresado por un alto jefe de "élite" del Ejército de Bolivia. Desgraciadamente, los hechos que ocurrirán más tarde no permitirán de modo alguno desautorizar sus afirmaciones y su sentencia".

A mi vuelta del Chaco, en 1933, publiqué un elogio del II Cuerpo y dí a conocer sus quejas con disgusto del General Kundt que, por intermedio del Estado Mayor Auxiliar, criticó mi actitud. Kundt no era querido en este II Cuerpo. Entre los oficiales de Filiberto Osorio se desaprobaba el ataque a Nanawa por considerárselo militarmente un grave error, máxime si destacamentos que estaban sobre Fernández o sobre Toledo fueron llevados al sur, condenando al fracaso al II Cuerpo.

Nanawa significó un cambio de fondo en la marcha de las operaciones, llevando Bolivia la parte negativa. El espíritu de iniciativa desapareció en muchos de los comandos bolivianos, pues Nanawa fue el preludio de Campo Grande y de Campo Vía. Sólo meses después revive ese espíritu combativo con la entrada del Destacamento Barros a Cañada Strongest o Cochabamba, importante triunfo de nuestras armas pero sin empuje, sin audacia. Más tarde hubo otro avance espectacular del Cuerpo de Caballería, al mando del Coronel David Toro, rumbo a Picuiba, que terminó malamente. Bolivia se vió obligada por sus indecisiones a adoptar la defensiva hasta el final de la campaña o, dicho con otras palabras, no pudo emprender operaciones ofensivas de magnitud. Corroboro lo dicho aquí la afirmación del Coronel Oscar Moscoso que se lee en sus "Recuerdos de la Guerra del Chaco":

"El ataque del 4 de julio al fortín Nanawa marca el punto culminante de la ofensiva boliviana el año 1933. A partir de ese día las operaciones comienzan a ser favorables a los paraguayos, por mucho que el Comando Superior ordenó nuevos ataques en otros frentes, principalmente los de Toledo y Fernández, donde nuestra ofensiva tuvo también resultados desastrosos".

Y termina con estas duras frases el Jefe de Estado Mayor de la "Brava Cuarta Div.":

"Comenzará el General Kundt a aplicar la estrategia que podríamos llamar de "tapar agujeros"; se tapaba una brecha, se cubría un hoyo, abriendo otro más profundo y deleznable. Los regimientos se desplazarán de un punto a otro para salvar situaciones críticas o para caer juntamente con las unidades que iban a salvar".

Coincide con este juicio, que resume con realismo la política de guerra a que se ve obligado Kundt, el Coronel Vergara ("Historia de la Guerra del Chaco"), al decir:

"Nanawa había representado un ingente sacrificio para el ejército boliviano, pues sus bajas no habían sido inferiores a mil hombres, entre muertos, heridos y desaparecidos, amén de la lesión invisible pero profunda ocasionada al espíritu de la oficialidad y aun de la tropa, que desde entonces tuvieron el palpito anunciador que su suerte estaba perdida si continuaba en manos de Kundt".

¿A qué se debió el fracaso de Nanawa? No faltaron buena acumulación de pertrechos ni decisión ni coraje. Sin embargo, es general la opinión de que la falla estuvo en el dispositivo de capturar el campo atrincherado paraguayo con ataques frontales. Faltó entonces la maniobra, olvidándose que la guerra es, ante todo, maniobra, como lo es, desde luego, la política. La maniobra del envolvimiento fue descuidada aunque algunos autores expresan que los efectivos destinados a este fin eran insuficientes para cercar Nanawa como lo exigía la táctica más elemental. En una crónica que escribí en Jayucubás el 11 de marzo de 1933, refuté a Radio Mundo de Buenos Aires porque sostenía que en Nanawa se enfrentaban dos estrategias, dos escuelas, dos filosofías militares: la alemana con Kundt y la francesa con Estigarribia, alumno de Saint Cyr. Sobre el particular, manifesté:

"Se ha visto ya, por las principales acciones de armas como las de Boquerón y hoy Nanawa y Toledo, que la guerra aquí es de estrangulación: pequeños sitios o rodeos de posiciones fortificadas, pues en el Chaco, dada su naturaleza, sus distancias, su carencia de agua, no es posible suponer batallas campales de proporciones. Por lo menos esto queda fuera de la realidad con los escasos contingentes que uno y otro adversario lanzan a la lucha. Es guerra de guerrillas y de sorpresas, de cuatrerajes que, en nuestro frente de Toledo tiene a Eulogio Ruíz como maestro".

Esto no era de mi inventiva sino la evidencia misma y lo que oía decir y repetir a Jefes y oficiales, veteranos del Chaco. Pero después de lo acontecido, debía reconocer que estaba yo equivocado en lo que al General Kundt se refería, y Radio Mundo en lo cierto, y no porque Estigarribia aplicaba alguna táctica francesa, sino porque sus maniobras se inspiraban en esa milenaria enseñanza de la guerra de asedio que tuvo, históricamente ha. blando, su más clásica expresión en el Cannas de Aníbal. A este propósito un buen estratega, el Coronel Moscoso, estampa en su citado libro, esta conclusión:

"En la guerra del bosque, una de las situaciones más difíciles para el adversario, tal vez la más grave, es cortar sus comunicaciones y obligarle a atacar desesperadamente para restablecerlas o para salir del cerco. El que toma la iniciativa y llega a interceptarlas seriamente, pasa a la cómoda situación de defensor".

Sobre este mismo tema, el Comando Superior, en febrero de 1934, hace una relación de cómo opera el Paraguay, confesión paladina de nuestras deficiencias. Esta parte del informe del Comando, citada por el Coronel Vergara, dice así:

"La forma sistemática que el enemigo viene empleando en sus ataques consiste en el amarramiento frontal, con grupos de combate y activas exploraciones de fuego para buscar el envolvimiento, con su masa, de una o ambas alas, y la salida de fracciones sucesivas sobre los caminos de retaguardia. Estas maniobras piden serias precauciones para su ejecución; sin

embargo, son llevadas a cabo por el enemigo con una confianza imprudente, apoyado simplemente en el resultado moral de sus éxitos anteriores y ayudado por la deficiencia de nuestras exploraciones terrestres, cuyos partes han sido generalmente falsos o incompletos".

El plan del General en Jefe de atacar Nanawa no contó con la aprobación de los altos Jefes del Ejército, entre ellos dos de los más importantes: el General Guillén, Comandante del I Cuerpo y su Jefe de Estado Mayor, Coronel Toro. El General Arturo Guillén, en respuesta a una pregunta del General Kundt, refiriéndose a la segunda batalla de 4 de julio, escribióle esto:

"4° Por las razones anteriormente expuestas, soy de opinión de que no debe atacarse Nanawa. Creo que todas las fuerzas y elementos disponibles deberían ser empleados para un ataque a fondo sobre Arce, cuya caída tiene moral y materialmente mayor importancia para nosotros".

El Coronel Toro, en su obra tantas veces mencionada, anota sobre el particular lo que sigue: (1° ataque)

"Terminados los preparativos para el ataque a Nanawa, el General Kundt me llamó al teléfono para ordenarme elaborar el plan de ataque y le enviara el proyecto de la orden de operaciones que para el efecto debía ser faccionado. Me expresó que él personalmente haría otro tanto y que, al día siguiente, debíamos mandar a nuestros respectivos ayudantes, hasta la mitad del camino entre Muñoz y Saavedra, para cambiar ambos proyectos, de modo que después pudiéramos acordar otras ideas para la aprobación del plan definitivo.

"Cuando recibí el proyecto del General, faccionado de su puño y letra y que hasta hoy conservo en mi poder, sufrí la más dolorosa desilusión de mi vida. Cayó la venda de mis ojos y por primera vez pude darme cuenta de que el General jamás captaría la realidad, ni podría adaptarse a las modalidades de esa guerra especialísima".

Agrega David Toro, al referirse a su reiterada oposición al segundo ataque a Nanawa:

"Estériles fueron mis esfuerzos. Separado de mi cargo en atención a mi insistencia, fui "invitado" a presenciar la realización de esa memorable batalla, "como simple espectador".

Tiempo después, el defensor de Nanawa, Coronel Luis Irrazábal, en unas declaraciones que reproduce Aquiles Vergara Vicuña, dió a conocer su opinión crítica sobre el fracaso boliviano con estas palabras:

"Choques frontales sin previo reconocimiento de nuestras posiciones. En enero de 1933, faltó organización y coordinación en el ataque y también apresuramiento, por cuyo motivo seguramente no se llegó a emplear en las alas envolventes el efectivo necesario para el éxito de la operación".

El Coronel Moscoso, preocupado en la IV División con Peña-randa por la deficiente conducción de las operaciones, pudo visitar al General Kundt en su cuartel de Muñoz, y exponerle sus puntos de vista. Interesa conocer la página de "Recuerdos de la Guerra del Chaco", en la que el Jefe de Estado Mayor de la IV División, relata su encuentro con el Generalísimo de las fuerzas bolivianas:

"En algunas ocasiones el General Kundt se mostraba comunicativo y dispuesto a escuchar sugerencias de los comandos, aunque después no las tomara en cuenta al preparar sus planes. En una de sus visitas al Cañadón de Gondra, el Coronel Peñaranda y yo nos permitimos expresarle nuestras dudas sobre el éxito del ataque a Nanawa, tanto por la improbabilidad de capturar, mediante asaltos frontales, toda la organización del enemigo, como porque los defensores de aquél fortín, después de causarnos enormes bajas, podrían replegarse muy pocos kilómetros a posiciones de igualo mayor valor que las de Ayala y Nanawa, sin que afectara su situación ni mejorara la nuestra".

En otra parte, puntualiza Moscoso: "Una noche de fines de junio fui llamado al teléfono por el Coronel Toro quien, lleno de alegría, me comunicó que el General Kundt, desistiendo de su ataque a Nanawa, estaba resuelto a preparar otras operaciones. Interpretando el sentir de la

Cuarta División, le sugerí retirarla de Gondra y emplearla como unidad de maniobra en el nuevo ataque, probablemente sobre Arce-Fernández. Al transmitir la información del Coronel Toro al Coronel Peñaranda, en presencia de varios oficiales del comando divisionario, comprendí cuánta resistencia había por el espectacular ataque a Nanawa".

Kundt, sin embargo, cambió de idea y se empeñó en capturar Nanawa. En otra página de su libro, Oscar Moscoso describe con dramatismo su conversación con el General Kundt sobre medidas que deben adoptarse, de urgencia, si se quiere evitar nuevos descalabros. Lo dicho por Moscoso anticipa Campo Vía:

"Viajé a Muñoz donde me recibió el General Kundt con toda deferencia. Después de las naturales informaciones sobre la situación en el sector de Gondra, me preguntó qué era lo que quería hablar con él. Le manifesté que deseaba exponerle la inquietud que sentía por la suerte del Ejército, cuyo esfuerzo había llegado al límite el 4 de julio y que las operaciones posteriores revelaban su debilitada energía. Le expresé que los desplazamientos de tropas para salvar momentáneamente situaciones difíciles significaban un peligro para sectores desguarnecidos y que la situación en Alihuatá sería gravísima en poco tiempo más porque el enemigo tenía allí reunidas las tropas de Toledo y nuevos refuerzos con los cuales podía copar a la Novena División. Contestóme el General Kundt diciendo que habían allí once regimientos; pero le hice notar que esos once regimientos, difíciles de uniformar en el mando por su número, no llegaban a 4.000 hombres. Me preguntó el General Kundt qué es lo que yo proponía; le contesté terminantemente que en primer lugar se imponía un repliegue general hasta la línea Magariños-Platanillos.

"Al sugerirle este movimiento, comprendí que toqué el orgullo, la pasión del General por los puntos geográficos, pues dió un grito y me dijo que cómo era posible pensar en un repliegue que significaba abandonar tantos fortines. Le respondí tranquilamente que sería peor abandonarlos dejando allí prisioneros y material. La seguridad con que expuse mi opinión, la respetuosa firmeza con que transmití mis convicciones desarmaron al General Kundt y me dieron oportunidad para tocar inmediatamente otros puntos.

"-Mi General —le dije— estamos haciendo una guerra pobre. Es preciso poner 80.000 hombres armados e instruidos detrás de la línea de Magariños. Tenemos aún cuadros de jefes y oficiales que permiten recibir aquel contingente. Organizaremos unas cinco divisiones fuertes, muy fuertes, con las que tomaremos la iniciativa y destruiremos al ejército enemigo, recién entonces podremos avanzar y ocupar fortines porque nada habrá que se oponga a nuestro paso. Mientras tanto que vengan armas, camiones, municiones, material sanitario.

"— Pero Moscoso, —me respondió el General— el país no tiene recursos para pensar en una movilización tan grande.

"— Mi General —continué— hasta ahora el país no ha hecho ningún sacrificio y uno solo que haga en debida forma será menor que los que después tendrá que imponerse. Y si la Nación no puede realmente hacer una guerra en grande, es preferible no hacerla mi General —me atreví a decirle— después, toda la responsabilidad será para Ud. que no pide lo que debe pedir. A Ud. lo van a "colgar" mi General".

Kundt fue llamado a La Paz tras el descalabro de Campo Grande donde se perdieron los regimientos "Loa" y "Ballivián", poco después del fracaso del segundo ataque a Nanawa. En el Chaco nació la esperanza de que con este viaje del General en Jefe a la sede del Gobierno las cosas cambiarían y la guerra, del lado boliviano, tomaría un gran impulso. Nada, sin embargo, se innovó y como dice el Coronel Moscoso, el General "regresó al Sudeste para seguir haciendo la misma guerra, ahora en situación más grave; pero aumentó su arrogancia que le cerró los ojos definitivamente". Y el Coronel Toro cierra este comentario con una irónica frase: "Lo notable es que viajó como vencido y regresó como vencedor". El Gobierno se aferró a la idea de que el nuevo llamamiento de conscriptos —entre los cuales recién estaba yo comprendido— remediaría la situación y quiso confiar, una vez más, en Kundt, aunque este General había demostrado, en un año de campaña, su incapacidad para asimilarse a las condiciones de esta guerra en tierras para él extrañas. Con acierto describe el Coronel Guerrero, en su citada obra, lo que es la contienda chaqueña, singular por el medio y sus formas, cabría decir colonial —en un concepto europeo— con relación a lo que el militar prusiano pudo conocer en los años de su formación profesional. Expresa Guerrero:

"Sin embargo, conviene acentuar que esta guerra de aspectos tan característicos, no puede conducirse con la rigidez de las guerras regulares y mucho menos como las de posiciones de la guerra europea. Esta del Chaco supone una gran flexibilidad en el mando, el que tiene que adaptarse a las circunstancias especiales y variables. Sería un error —agrega— tratar de ceñirse rígidamente a determinadas prescripciones tácticas válidas para casos regulares. Los mandos de todas las categorías tienen que agudizar el ingenio para dominar el ambiente y la propia situación".

De su parte, el Coronel Aquiles Vergara Vicuña, en su extensa obra sobre la guerra del Sudeste analiza, como crítico militar, el hecho de armas de Nanawa y llega a estas conclusiones:

"En resumen, todo este complejo de nociones erradas de la realidad, arrastró al General Kundt a menospreciar tácticamente a los paraguayos, a los cuales pensó expulsar de sus posiciones y arrojarlos del Chaco con el mínimo de preparación y de inventiva, pues se consideró que el camino más corto y expedito para obtener ese desiderátum era el de empujar de frente y sin detenerse ante los menguados obstáculos que se creían eran las fuerzas paraguayas y sus desaliñadas organizaciones defensivas".

Y con su habitual agudeza de observador perspicaz, Toro subraya la crítica de Vergara con esta sentencia: "La intransigencia del General, que se proponía hacer guerra académica, se estrellaba inútilmente contra el objetivo chaqueño hurafío y resbaladizo, que se le escapaba dentro de la selva".

Aquí una digresión: relacionando el primer ataque a Nanawa con los vaivenes de la acción diplomática en torno a la guerra, se encuentra en Aquiles Vergara un comentario por demás sugestivo, que tiene su peso por venir de un hombre generalmente bien informado. Esa concomitancia entre la guerra y la diplomacia se presentó también en el caso de Nanawa y Vergara Vicuña la comenta en el párrafo siguiente de su historia de la campaña:

"Las Conferencias de Mendoza fueron la consecuencia diplomática de la ofensiva boliviana que, en caso de haber alcanzado éxito —como generalmente se vaticinaba— habría producido hondas perturbaciones en la política que seguía el Gobierno del General Justo, de neutralidad benévola hacia el Paraguay. A tratar de evitar mayores alcances para estas posibles perturbaciones, el Canciller argentino Carlos Saavedra Lamas, hombre avezado en estas lides y de acción brillante, invitó a su colega chileno Miguel Cruchaga Tocornal, quien descontando su cartel de internacionalista teórico y sus atributos de moderación, era como una antítesis de su colega de la otra banda en cuanto a visión y prestancia personal y política. Como el General Kundt no llegó a amenazar el río Paraguay, las conversaciones de Mendoza perdieron todo interés y no llegaron a cristalizar en nada positivo, pues el Gobierno argentino, inspirador de ellas, optó seguidamente por el silencio".

El silencio a que se refiere Vergara que, en el hecho importó dejar a oscuras a Bolivia y Paraguay sobre las respuestas del uno y del otro a la propuesta de Mendoza, de 2 de febrero de 1933. demostró el poco interés, particularmente del lado argentino, por conseguir el cese de hostilidades y el arbitraje. La gestión de los dos mediadores se limitó a pedir que los beligerantes retirasen sus reservas a la fórmula de arreglo propuesta. Mal y flojamente llevada esta gestión pacificadora, sus gestores se sintieron desairados y todo quedó en nada.

Volviendo sobre nuestro tema, interesa conocer la crítica del lado paraguayo acerca de la actuación del General Kundt. Ella se aproxima a la realidad. Aquiles Vergara sostiene que el General Francisco Andino escribió lo siguiente al discurrir sobre los dos ataques a Nanawa:

"Haber realizado ataques frontales contra los sectores N. y S. pudiendo efectuar envolvimientos de flancos. Al parecer, la idea del Comando Superior boliviano era tomar las fortificaciones de Nanawa y sus defensores por medio de ataques decisivos y fulminantes sin consideración a la pérdida de su efectivo de guerra".

Más importante sobre esta materia es, sin embargo, lo que escribió, con indudable autoridad, el General Félix Estigarribia en sus Memorias ("The Epic of the Chaco War") ya citadas en páginas anteriores. Los comentarios del Comandante de las fuerzas paraguayas no contradicen

lo dicho por autores bolivianos que se ocuparon de Hans Kundt. De ahí la utilidad de consignar aquí el juicio del malogrado Presidente sobre Nanawa: (traducción)

"Antes de ir más allá, hagamos algunos comentarios sobre el empeño del General Kundt para capturar Nanawa. El estaba obsesionado con la idea de tomar esa posición. Para aquellos que no estaban familiarizados con el terreno y basaban sus cálculos en una rápida mirada al mapa, la dirección Nanawa-Concepción, aparecía, desde el lado boliviano, la ruta apropiada para emprender una operación mayor capaz de aislar, de un solo golpe, al ejército paraguayo. El General Kundt cayó en este error. El intento de alcanzar Concepción era impracticable en las condiciones en que se encontraba el ejército boliviano. En primer lugar, el invasor debía cruzar una vasta área, ya totalmente inundada o con absoluta carencia de agua dulce. Además, debía descubrir su flanco a toda una considerable masa de nuestro ejército, la que le cortaría de su base y lo llevaría a perecer en un plazo corto. El General Kundt no poseía suficientes elementos para efectuar la marcha hacia Concepción y al mismo tiempo anular cualquier acción de nuestro ejército sobre el resto del frente del sector Casado. Naturalmente, nuestro deber, desde el punto de vista paraguayo, consistía en impedir al Comandante enemigo el principio de la ejecución de sus planes; consecuencia: nuestra primera resistencia tenaz del mes de enero en Nanawa. El General Kundt rehusó aceptar este revés y llevó a cabo su segundo intento en julio, esta vez con preparativos más cuidadosamente efectuados, pero también con un resultado mucho más desmoralizador para sus tropas y para él. La segunda derrota de Nanawa afectó seriamente el prestigio del General Kundt. Fue en el hecho el comienzo de su decadencia, pues, ante todo, socavó la moral del soldado boliviano. Posiblemente con el fin de paliar el fracaso del General Kundt, circuló desde ese momento la leyenda que echaba la culpa al soldado boliviano, lo que era completamente falso. El soldado boliviano luchó valientemente pero no podía alcanzar lo imposible. Y lo imposible era lo que el General Kundt había exigido en sus ataques frontales contra los fuertes parapetos paraguayos".

Los dos fracasos del General Kundt en Nanawa fueron de su exclusiva responsabilidad, pues no sólo suscitaban esas operaciones el repudio de las jefaturas militares, sino también la adversa opinión reiterada de Salamanca, a quien exageradamente los escritores castrenses acusan en muchos casos de intervención en la dirección de la guerra. En lo del fortín Nanawa es bien sabido que el doctor Salamanca era opuesto a esos ataques y, mas bien, aconsejaba recapturar el puesto de Arce para restablecer un necesario contacto entre los dos Cuerpos de Ejército, coincidiendo en ello con varios Jefes y, particularmente, con el General Arturo Guillén. Cuenta Demetrio Canelas, Ministro de Relaciones Exteriores en 1933, que hubo de visitar al General en Jefe en su Comando de Muñoz para definir con éste, entre otros asuntos que llevaba, el de dejar sin efecto el proyectado segundo ataque a Nanawa, acorde con el pensamiento del Primer Mandatario; que, escuchada esta demanda por el General Kundt, replicó al Ministro que para acatarla requería una orden escrita del Supremo Gobierno. Ante tal exigencia se puso punto final al asunto. ("Salamanca" —Apuntes para una interpretación de su gobierno y de su vida— Cochabamba —1938). Se ha dicho, por más de un autor que al Presidente le faltó decisión para dar una orden que todos hubiesen aplaudido.

No bastaron las dos derrotas del General Kundt en Nanawa para removerle de su alto mando; tampoco bastó Campo Grande. Se tuvo que llegar al desastre de Campo Vía para tomar la única medida aconsejable: la separación del General en Jefe. ¿Qué pudo detener al doctor Salamanca en este cambio de Comandante Supremo, después de aquellos descalabros? No es aventurado suponer que el temor a un Comando nacional pudo influir en la inacción presidencial. Es un hecho que Kundt mantenía unido al ejército y preservaba en él una fuerte disciplina y, como en todas las cosas humanas, quedaba siempre una centella de esperanza de que mejoraría la situación. Debió pesar en el ánimo del Presidente el concepto disminuído que tenía de los militares bolivianos, cuya "semi-ciencia" —como él decía— no garantizaba una conducción eficiente de las operaciones en el sud-este. ¿A quién nombrar en lugar de Kundt? El General Lanza era, sin duda, un candidato preferido, pero suscitaba resistencias en los Comandos del Chaco. De otros, posiblemente se desconfiaba. Hubo de producirse un acto de valentía, en horas amargas de la campaña, para zanjar el problema: Enrique Peñaranda surgió como héroe rompiendo el cerco paraguayo al sur de Campo Vía. Despejada quedó la incógnita por un acto del destino. En la defensa de su actuación en el Chaco, el Coronel Toro, entonces en Muñoz, dice que él se apresuró en conseguir del General Kundt una Orden, la última que dictara, designando al Coronel Peñaranda, al día siguiente General de Brigada, en su reemplazo, adelantándose así a los

Ministros Quiroga y Benavides que acababan de llegar y, al parecer, traían la nominación de Lanza.

Al frente, en el campo enemigo, hubo unidad en su ejército y armonía de relaciones entre Comando y Ejecutivo. Sin entrar en consideraciones mayores sobre esto, es preciso anotar que el Paraguay no sufrió el peso de graves derrotas; al contrario, la guerra, para él, fue una sucesión de éxitos y de avances espectaculares, bastando estos hechos para asegurar férreamente la unidad combatiente, la moral y la relación cordial entre los hombres de armas y el gobernante. y no se olvide, del lado boliviano que, en varias acciones, culminando en la de Campo Vía, se perdió el viejo ejército de tropas veteranas y oficialidad de línea; y que todo debió hacerse de nuevo. El país, sin embargo, mostró un poder de resistencia admirable y una tenacidad en la defensa ejemplar, a pesar de los repliegues y de las amenazas de envolvimiento de sus tropas, en ese Chaco hostil y extraño. No hay ejército que mantenga su moral combativa si todo lo que se le ofrece son retiradas a nuevas líneas de defensa que, a su vez, resultan ser precarias. Pero en este trance, el soldado boliviano probó su temple y cabe añadir que no fue un vencido.

Llama la atención que en su Mensaje al Congreso, el 6 de agosto de 1933, el Presidente Salamanca volviera a plantear, en toda su amplitud, su tesis integrista, conociendo ya los descalabros de Nanawa. En el Mensaje se lee:

"Bolivia quiere reivindicar sus territorios hasta la confluencia del Paraguay y Pilcomayo, en tanto que Paraguay, con notable exceso, pretende abarcar un enorme espacio hacia el occidente de dicho río, en territorio geográfico e históricamente bolivianos".

"En suma —agrega— la presente guerra, que había de venir temprano o tarde, es una dura condición impuesta para la vida, la dignidad y la independencia de Bolivia".

Se diría, de primera impresión, que el doctor Salamanca no midió con cabalidad lo que significaba Nanawa en esta guerra singular del sudeste. Pero la verdad es que el Mandatario no quiso abjurar de su credo integrista frente al infortunio y, por eso, lanzó su desafío con el fin de mantener la fe de los bolivianos en su destino, aunque el planteamiento territorial no respondía ya a la realidad que conformaba la lucha entre los dos pueblos mediterráneos. Con todo, Daniela Salamanca daba así una lección de entereza y de consecuencia que, en su hora, muchos no supieron comprender. En Moscoso, como aparece en páginas anteriores, hay claridad y visión sobre lo que fue Nanawa, aunque la apreciación sagaz de este Jefe nos es transmitida a posteriori, en sus recuerdos de la guerra.

Recién en su Mensaje de 6 de agosto de 1934, el Primer Mandatario, sin menoscabo de su pensamiento integrista, reconoce un hecho histórico de importancia que cambió el curso de la guerra y cuyas consecuencias habían pesado ya sobre el año de 1933, después de Nanawa. La parte que interesa de este Mensaje dice:

"La conclusión pacífica del conflicto se ha presentado siempre imposible a pesar de la buena voluntad del Gobierno boliviano. No es difícil anotar las causas de esa imposibilidad. En primer lugar, por su influencia inmediata debemos anotar los éxitos militares que ensorbecieron al Paraguay en grado máximo y juzgó que el Chaco le parecía ya poco como botín de la victoria. Instantáneamente para el Paraguay la cuestión del Chaco dejó de ser jurídica y se transformó en una cuestión política. Quiere decir, en el fondo, en una cuestión de conquista que debía ser resuelta por la fuerza de las armas. Esta es una lección que Bolivia debe considerar atentamente para sacar de ella el provecho que le permitan las circunstancias".

Esta franqueza del Primer Mandatario le honra, pues reconoce que el Paraguay, a consecuencia de nuestros reveses, hace ya una guerra de conquista. Esta guerra de conquista no es precisamente la que predicaba Eligio Ayala a su pueblo, pues éste consideraba una guerra defensiva, en profundidad, que salvara el histórico río de toda intromisión boliviana. Pero ya la idea de conquista, idea nueva y embriagadora, vuelve duro al Paraguay en las subsiguientes negociaciones de paz. Está lanzado a fondo y el propio Presidente Eusebio Ayala encuentra dificultades al recomendar y pedir prudencia a las tropas de Estigarribia, camino de los contrafuertes de la Cordillera.

¿Conoció el Chaco el General Hans Kundt antes de la guerra? Tal vez superficialmente. Dadas las rigideces de su carácter, difícilmente podía su preparación profesional adaptarse a la singular naturaleza del sudeste, que Aquiles Vergara Vicuña describe como un escenario militar desconcertante, con estas palabras:

"...pero el Chaco ofrece tantas sorpresas dentro de sus insondables entrañas, que las orientaciones que se tienen por seguras, los enlaces más sólidos, los itinerarios mejor regulados y los horarios y movimientos más sólidamente concertados, suelen fallar estrepitosamente, no tanto, en ocasiones, por la acción del adversario como por las reacciones y espejismos de su naturaleza extraña, misteriosa y revulsiva".

La venida del General Kundt fue un grave error, error colectivo que muchos han querido atribuir al doctor Salamanca equivocadamente. El retorno del viejo guerrero se debió a pronunciamientos de opinión que recogieron las Cámaras; las negociaciones para ese regreso no fueron fáciles y hubieran fracasado si el país no insiste en la presencia del ex-Jefe del Estado Mayor General. Después de un año de vicisitudes y de esperanzas fallidas, cayó el Comandante que tuvo la plenitud de poderes como ningún otro para hacer la guerra. Desgraciadamente la perdió. Porfirio Díaz Machicao, con la fuerza que suele poner en sus sentencias, en su "Guerra del Chaco", escribe esto que viene aquí a manera de epílogo:

"Así acabó la intervención de este hombre en la campaña del Chaco, dueño y señor de una esperanza colectiva, pero víctima de una soberbia que acabó en el fracaso".

LA COMISION DE GINEBRA

Frustrada mi incorporación a Radio Illimani, objeto de mi regreso del Chaco en agosto de 1933, volví a la Secretaría de la Compañía Recaudadora hasta que, en octubre, don Demetrio Canelas, Ministro de Relaciones Exteriores, me pidió que me hiciera cargo de labores de propaganda. Presenté un plan que, entre otras cosas, contemplaba el viaje a países vecinos de Gabriel Gosálvez, Javier Paz Campero, Enrique Baldivieso y Carlos Salinas. Se lo desestimó por oneroso. Poco después, recibí el 23 de noviembre nota del Presidente invitándome a ocupar la cartera de Fomento y Comunicaciones. Juzgué que debía excusarme, expresando al doctor Salamanca en mi respuesta —lo que estaba en la conciencia de todos— que, en la incidencia, era menester organizar "un Gabinete que represente a las más altas capacidades del país por su probada experiencia, sus virtudes públicas y su prestigio", agregando que "mi persona no reúne, ni puede pretender reunir aquellas condiciones de capacidad, experiencia y prestigio, exigidas por la opinión boliviana, en esta emergencia de guerra".

Proseguí mis trabajos en la Cancillería, ocupado ahora en el recibimiento que se daría a una Comisión de la Liga de las Naciones, destacada por Ginebra con aquiescencia de los dos beligerantes. La comisión debía visitar primeramente Asunción y la zona del Chaco ocupada por el Paraguay. Para atenderla, el Ministro Canelas nos designó Asesores a don Julio A. Gutiérrez y a mí y Secretario a don Miguel Mercado Moreira. Lo mío me pareció improcedente y cedí paso al mérito, quedando Mercado de Asesor y yo de Secretario. No permaneció Demetrio Canelas en la Cancillería por abrigar cierta desconfianza sobre los poderes no aclarados que traía la Comisión y así parecía probarlo un cable del Ministro a la Legación en Montevideo —cuartel de los comisionados— en el cual indicaba "que interesa conocer el mandato de que viene investida la Comisión". Canelas fue reemplazado por don Carlos Calvo.

Una delegación se trasladó a Villazón a dar la bienvenida a los personeros de la Liga, presidida por el General Carlos Blanco Galindo. Monótono y fatigoso el viaje en tren, a pesar de las comodidades proporcionadas por el señor Pickwood. Veía el cansancio en todos los rostros. Acercándome al General Freydenberg, pregunté cómo se hallaba; me respondió, con gracia francesa, que se sentía como el abuelo de sí mismo!

Estos comisionados eran: Julio Álvarez del Vayo, que presidía, conocido escritor de la izquierda española; Conde Luis de Aldrobandi, embajador italiano; General J. Robertson, del Estado Mayor inglés; General Henri Freydenberg, del Estado Mayor francés y Comandante Gilberto Rivera Flandes, del Cuerpo de Ingenieros de México. Actuaba de Secretario Juan Antonio Buero, ex-Canciller del Uruguay. Sobre este último, me viene a la memoria que hablando con Ostria Gutiérrez de cosas de América, tiempo atrás, díjole Buero: "En la cuestión del Pacífico

simpatizamos con Bolivia; en la cuestión del Chaco estamos con el Paraguay". (Nota de Ostria a la Cancillería, de 15 de noviembre de 1933) Quizá este criterio salomónico proviene de esa imagen distorsionada de la simple comparación geográfica y demográfica entre los dos países en conflicto: el pequeño Paraguay, ya batido y cercenado su patrimonio territorial por la Triple Alianza en 1870, y Bolivia, enorme en el mapa aunque también perdiera territorios en 1879. Por otro lado, debe añadirse que los Generales Freydenberg y Robertson, soldados con prolongados servicios coloniales, Asia y África, estaban en condiciones de aquilatar la obra de penetración paraguaya con establecimientos e industrias, esto es, colonizadora, y compararla con los avances bolivianos, exclusivamente militares. Para estos hombres tal observación tenía especial importancia.

Ante la Comisión fueron presentados varios trabajos: aspectos salientes de nuestros derechos sobre el Chaco; historia diplomática de medio siglo de estériles negociaciones; pruebas de la intransigencia paraguaya que se apoyaba en la ocupación y demostración de nuestra buena fe y voluntad de llegar a entendimientos pacíficos. Eduardo Diez de Medina, Julio A. Gutiérrez, Julio Paz y Miguel Mercado Moreira desarrollaron estos temas con altura y habilidad. Tocóme escribir sobre la determinación del agresor, cosa todavía imprecisa en el derecho internacional, lo que no impedía que la investigación se remontara al incidente de Puerto Pacheco y tomara en cuenta el de Vanguardia, que había terminado con un veredicto adverso al Paraguay. Seguramente no pasó desapercibido para los comisionados el hecho de que las alegaciones bolivianas dejaban de lado el tema de las relaciones geo-económicas entre los dos adversarios, casi inexistentes en esa época si bien cabía proyectarlas, con fuerza, en el futuro. Mas los comisionados de Ginebra, con ese oportunismo propio de los que en este mundo pretenden zanjar viejas querellas con el material apresuradamente recogido en uno y otro bando, no estaban para adentrarse en el campo, todavía discutible en esos años, de la convivencia activa que, sin duda, imperaría en esas lejanas regiones en un porvenir que, no hay razón de ocultarlo, no les interesaba. La Comisión no traía cometido alguno para adelantar, durante su gira, proposiciones de arreglo; venía a informarse de visu y en contacto con las altas autoridades de ambas naciones de las condiciones de la lucha y de las posibles soluciones que permitirían salir del estado de guerra en que se encontraban Bolivia y Paraguay por la declaración lanzada desde Asunción meses atrás.

El 28 de diciembre de 1933, la Cancillería de Bolivia dió a conocer los puntos que, a su juicio, debían informar toda gestión de paz. La parte constructiva de su declaración estaba redactada de este modo:

"La política internacional de Bolivia con relación a sus territorios del sudeste, invariable en todo el curso de la guerra y jurídicamente la misma desde muchos años atrás, descansa en las siguientes bases que, leal y sinceramente, traducen las únicas que pueden llevar a las partes a un entendimiento de sólidas raíces:

"1° Arbitraje de derecho previa delimitación de zona laudable por las partes;

"2° Aplicación del *uti possidetis juris* de 1810 en el juicio arbitral;

"3° Consagración de la doctrina de 3 de agosto de 1932, en sentido de que la ocupación y la conquista no dan derechos; o sea: contra el justo título de dominio no prevalece la posesión;

"4° Suspensión de hostilidades u armisticio sobre la base de las posiciones del momento;

"5° Armisticio pactado conjuntamente y como consecuencia del acuerdo sobre arbitraje o sobre líneas de transacción a fin de no producir un *statu quo* contrario al interés de las partes y sólo propicio a mantener latente el conflicto y el afianzamiento de clandestinas y violentas ocupaciones paraguayas;

"6° Investigación acerca del país agresor, si se la cree conveniente a una mejor pacificación, partiendo desde los sucesos de 5 de diciembre de 1928 o, por lo menos, desde las conferencias del pacto de no agresión, propuesto por Bolivia en 1931;

"7° Impracticidad de contemplar ningún repliegue de fuerzas o disminución de efectivos y menos un desarme unilateral (no pactándolo América entera), debiendo hacer honor a la palabra de los pueblos en conflicto si suscriben solamente una suspensión de fuegos en el Chaco";

En ese mes de diciembre, el Gobierno decretó la movilización de mi clase militar, motivo por el cual debí alejarme de mis labores ante la Comisión de la Liga. Regresé al Chaco en enero de 1934, acompañando a la Batería Ríos aunque no incorporado a ella, pues mi destino de momento era Fortín Ballivián, sede del Comando Superior. Sin conocimiento de los resultados de la misión de la Liga de las Naciones, tuve la sorpresa de recibir carta de Bailón Mercado, Director de los servicios de propaganda, de fecha 28 de febrero de 1934, en la que me proporcionaba informaciones sobre la fórmula de arreglo que se sugería desde Ginebra. La carta, en lo principal, exponía:

"No sé si habrá llegado, en forma confidencial, al Comando el pliego de proposiciones de paz presentado últimamente por la Comisión de la Liga. Estas proposiciones, si bien no nos son del todo favorables, yo las encuentro equitativas, dada la situación de los ejércitos beligerantes. A fin de tenerlo enterado de las gestiones diplomáticas del momento, voy a hacerle un resumen del texto de la proposición:

"Las hostilidades cesarán 24 horas después de entrar en vigencia el presente tratado.

"El ejército boliviano se retirará a Villa Montes-Roboré y el paraguayo sobre el río.

"Desmovilización de las reservas.

"Mientras no haya decisión definitiva del Tribunal Internacional de Justicia de La Haya, ninguno de los dos ejércitos podrá tener efectivos superiores a cinco mil hombres y los dos gobiernos se obligan a no adquirir armas ni otro material de guerra.

"Hasta la ejecución del fallo definitivo ambos países podrán mantener las fuerzas de policía necesarias para asegurar el orden conforme a las disposiciones siguientes: Bolivia ejercerá la policía a lo largo del curso superior del Pilcomayo, en las regiones situadas al este de la Cordillera y del río Parapeti así como en aquellas situadas al sur de las sierras de Chochín y el río Otuquis.

"En las operaciones de policía que tuvieran que llevarse a cabo en dichas regiones, Bolivia, a fin de evitar toda posibilidad de dificultades con la policía paraguaya, se compromete a no traspasar al este del meridiano 62 y medio de Greenwich y al sur del paralelo 19 y medio.

"Paraguay ejercerá la policía a lo largo del curso inferior del Pilcomayo así como sobre las regiones situadas al oeste del río Paraguay y del río Negro u Otuquis. En las operaciones de policía que tuviera que llevarse a cabo en dichas regiones, Paraguay, a fin de evitar toda posibilidad de dificultades con la policía boliviana, se compromete a no pasar al oeste del meridiano 61 y medio de Greenwich y al norte del paralelo 20. La policía del Paraguay podrá, no obstante, ejercerse al norte del paralelo 20 a lo largo de la ribera oeste del río Negro hasta fortín Galpón, perteneciendo la policía sobre la orilla este de dicho río a Bolivia.

"Una vez en vigencia el presente tratado, el Tribunal de Justicia Internacional de La Haya, tendrá y ejercerá plena jurisdicción para resolver la controversia. Bolivia sosteniendo que el límite entre las Repúblicas de Bolivia y Paraguay se halla constituido por el río de este nombre, llegando sus derechos sobre el Chaco Boreal hasta la confluencia de los ríos Pilcomayo y Paraguay; el Paraguay sosteniendo a su vez que sus derechos al oeste del río Paraguay se extienden al norte hasta los límites de la antigua Provincia del Paraguay y la antigua Gobernación de Chiquitos y al oeste hasta los límites entre la misma provincia y las entidades o provincias del Alto Perú y que el Tribunal debe establecer cuáles eran esos límites.

"El Paraguay, a su vez, renuncia a las reservas por él formuladas sobre la fijación de los límites entre Bolivia y Brasil por el tratado de Petrópolis.

"He querido que conozca usted estas proposiciones para que, con su fino tacto, inquiera la opinión que allí habría sobre el particular. Aquí, en la reunión de la Junta Consultiva de la Cancillería, hubo parecer casi unánime en sentido de aceptar las bases presentadas, a excepción de Canelas, Tamayo y Gabino Villa-nueva, los tres amigos del gobierno. Parece que el señor Salamanca es partidario del rechazo, en cuyo caso, don Carlos tendrá que renunciar, por ser partidario de la aceptación".

Cruzándose con la carta del jefe de la propaganda nacional y también con otra del Ministro Calvo, fue una mía a éste último, de fecha 4 de marzo, en la que adelantaba algunas apreciaciones sobre nuestra situación militar, transmitidas con la idea de que pudieran ser de alguna utilidad para el director de nuestra política exterior. Seguía cumpliendo así el compromiso que había contraído con el doctor Calvo. Seguidamente reproduzco los párrafos de mi carta que interesan aquí:

"Los informes, repetidos hasta la saciedad, del Ministro doctor Bailón Mercado (1927-1928) y los del que esto escribe (1930-1931), contienen datos numéricos, amén del comentario político, sobre aquella capacidad bélica. En sus notas el doctor Mercado asegura que, sin tomar en cuenta al Ejército de línea paraguayo" existe ya en el Chaco ocupado una fuerza enemiga de 30.000 hombres, obreros de los quebrachales en estado de llevar armas y de inmediata movilización. De las observaciones recogidas por el suscrito, ese número de obreros o soldados de primer orden es reducido a 10.000, pero añadiéndole la cifra de 8.000 de tropa de línea, conjunto que el Paraguay puede llevar al frente en el primer momento.

"Recuerda usted tal vez, mi apreciado amigo, que la prensa boliviana batió palmas, en los trágicos días de Boquerón cercado, cuando un corresponsal anónimo comunicó que en la hueste paraguaya veíase mucho individuo sin uniforme, con trazas de francotiradores! El Paraguay lanza en masa a su población civil y la sacrifica, se dijo. La verdad era que el enemigo iniciaba la guerra con sus obreros del quebracho, sus 10.000 trabajadores adultos, hombres del Chaco, superiores a sus soldados de línea y de allende el río.

"Aquellos datos fehacientes, remitidos en su oportunidad al Ministerio de Relaciones Exteriores y al Estado Mayor General, fueron aceptados por varios Jefes a su paso por Asunción. Uno de ellos, conductor de la guerra en su iniciación, fue mi huésped en la Villa de Irala; conoció mis impresiones y mis inquietudes y las acogió como suyas. Ese Jefe debe acordarse, con algún pesar por lo tarde, de nuestro largo diálogo, en la noche cálida del 31 de marzo de 1931, por los senderos perfumados de ese jardín que, por ficción de la ley internacional, fuera pedazo de nuestra patria.

"La dolorosa realidad, que nunca hubiésemos deseado vivir, ha dado desgraciadamente razón a los informes de marras. Se ha ignorado al Paraguay por pereza funcionaria o tal vez porque se ha juzgado, en el Gobierno y en el Ejército, que las advertencias de aquellos honestos plenipotenciarios eran fantasías de su espíritu pusilánime.

"Lo cierto, lo evidente hoy es que el "pequeño" Paraguay nos ha enseñado el modo de hacer la guerra en este Chaco, pero a un costo tan subido que la lección ya no podrá aprovecharnos en toda su sabiduría. La hora actual es de prudente defensiva, de incesante vigilancia sobre los flancos, en razón de que esta guerra de encerronas, de estrangulación, ni permite ni da margen a batallas campales.

"Aunque el más sano optimismo anime mi espíritu, no creo que nuestro Ejército obtenga ya ventajas contundentes sobre el enemigo. Es decir, no podrá destruirlo, pues que viéndose en peligro retrocederá a sus líneas fortificadas de donde no nos será posible sacar lo. Ese momento puede ser propicio para celebrar la paz. Empero, juzgo que, entre tanto sucedan aquellos acontecimientos, hay un medio de apurarlos sin desgaste de nuestra tropa combatiente. Me refiero, como usted comprenderá, a la acción de las alas bolivianas sobre la retaguardia enemiga.

Pasaba ahora a explayar mi pensamiento sobre lo que significaba o debía significar el uso del arma aérea en esta guerra de emboscadas:

"Jamás he dado con el motivo íntimo que impidió a nuestros aviadores volar sobre el río Paraguay y realizar, sin descanso, bombardeos sobre los centros de movilización, abastecimientos, vías férreas, transportes fluviales del adversario. Nuestros pilotos, en repetidas ocasiones, solicitaron se les diera aquel permiso de vuelo; el Comando Supremo de entonces lo negó. ¿Por qué adoptó actitud tan contraria al interés boliviano? Temor de intervención diplomática no pudo existir una vez que el objetivo señalado era netamente militar y se atacaba al enemigo en sus centros vitales de concentración y de avituallamiento.

"La razón de aquella negativa, agravada en los últimos meses de actuación del Comando Kundt, con la prohibición de no pasar de Arce, necesita explicarse lo antes posible aunque sólo

fuera con el fin de recoger experiencia sobre las extrañas sorpresas de esta guerra de singulares contornos.

"El Comando Superior de hoy propicia los vuelos a larga distancia, pues los considera decisivos para el mejor éxito de la campaña, pero... la distancia es la que ahora los prohíbe! Se ha perdido, pues, un año largo de bellas oportunidades.

"Con todo, queda el recurso de adquirir potentes máquinas de bombardeo y aviones de caza protectores de aquellas, ambos con autonomía de vuelo calculada para salvar el recorrido desde nuestra retaguardia al río Paraguay. Este es, a mi modo de ver, una condición **sine qua non** de la victoria que tanto anhelamos.

Y terminaba mi carta con una crítica a las ilusiones de la retaguardia sobre los efectos de la guerra aérea tal cual la platicábamos:

"Tal vez en el país se cree y se quiere creer, por virtud patriótica, que nuestra aviación es arma mortífera para el enemigo. No es así. El bombardeo sobre fortines y sobre posiciones atrincheradas se hace al azar, pues desde lo alto nada se ve y el "camouflage" es en extremo fácil y perfecto en el verde tupido y uniforme del monte. Los caminos y picadas se advierten a simple vista, pero rara vez encuéntrase en ellos convoyes de camiones o columnas de tropa, pues se esconden, en un instante, al borde del bosque en cuanto oyen zumbar el motor de nuestras aeronaves. En la observación sí presta útiles servicios, siempre que el enemigo abra picadas para rodados en vez de pique indio o senda al que es tan afecto y que la maraña verdosa esconde a los ojos vigilantes de nuestros pilotos.

"Nuestras alas dominan el cielo chaqueño sin contrapeso, pero su labor efectiva no corresponde a la bravura y pericia demostradas. Su principal misión no está sobre el monte impenetrable; es más allá, en las riberas del río histórico donde debe cumplirla, y es hacia allá que dirigen la mirada nuestros pilotos, hoy con las alas rotas por la enorme distancia que los separa de su meta.

"Al iniciarse el conflicto escribí —como tantas veces en el vacío— más de un artículo de prensa abogando por la creación de nuestra potencia aérea con vista a la destrucción de la retaguardia enemiga. Hoy le escribo a usted, mi recordado amigo, sobre el mismo tema y con igual fervor que entonces, pero con la experiencia por todos recogida en los 20 meses de esta ruda campaña. Las alas bolivianas deben renovarse en potencia y en número para dominar el río Paraguay. Esta imperiosa exigencia es ley de nuestra victoria; de lo contrario corremos el riesgo de eternizar la acción militar ante trágicos "no man's land" que ni nosotros podríamos vencer ni el enemigo osaría franquear".

Acababa de recibir la carta de Bailón Mercado cuando llegó a mis manos la del Ministro Calvo, de 2 de marzo, en respuesta a una mía sobre el puente del Pilcomayo. (25/2/34) La carta del Canciller no entra en los detalles de la fórmula de Ginebra pero, en esencia aporta claridad sobre el pensamiento que abriga y refleja su estado de ánimo en esos días de incertidumbre después del gran repliegue hasta el frente de Ballivián. A continuación se reproduce esta carta **in extenso** por lo que vale:

"Ha tenido usted la amabilidad de escribirme su segunda carta tan importante como la primera y en la que muestra usted la necesidad urgente de construir el puente sobre el río Pilcomayo reemplazando a la famosa chalana que yo tuve la ocasión de conocer el año 30.

"Es realmente incomprensible cómo habiéndose gastado tanto dinero para facilitar los transportes hacia el Chaco, se hubiera querido economizar la relativamente pequeña suma correspondiente al puente con el que habríamos tenido desde hace largo tiempo una comunicación no interrumpida y de inmensa eficiencia.

"He conversado con el ingeniero don Roberto Arce y voy a llevar al señor Presidente de la República las opiniones de usted y las de Roberto y con ellas pedirle se emprenda lo más pronto posible esta urgentísima obra.

"Estamos estudiando y discutiendo la proposición de paz y definición del pleito territorial presentada por la Comisión de la Sociedad de las Naciones.

"La base de esa proposición está constituida en el arbitraje "juris" que fue aquí acordado con la Comisión de la Liga y para la exclusión de la zona del laudo Hayes, atribuida desde ahora al Paraguay. Siguen disposiciones relativas a las llamadas seguridades militares que en el caso de estar absolutamente asegurada la realización del arbitraje, perdería mucho de su importancia.

"La proposición adolece del defecto de no establecer términos improrrogables para la sustanciación y resolución del arbitraje y para la ejecución del fallo. Es evidente que esto podría quedar bien salvado. La exclusión de la zona del Laudo Hayes es el punto negro y odioso de la proposición. Nuestra tesis nítida y fuerte ha consistido en poner en manos del más alto Tribunal de Justicia Internacional del mundo, la totalidad del pleito territorial y ese concepto de totalidad queda roto y abandonado en beneficio del Paraguay con la exclusión de la zona mencionada y sin una atendible compensación al Norte para Bolivia".

Don Carlos Calvo condensa ahora su punto de vista con un realismo que le muestra distante de ilusiones y de apariencias engañosas sobre nuestra capacidad de seguir haciendo frente al conflicto con seguridades de éxito indiscutible:

"Mucho he venido meditando sobre esta proposición; he tratado también de captar la opinión general del país, he considerado, hasta donde yo puedo hacer lo, el estado de nuestras operaciones militares, el espíritu de nuestras tropas y las condiciones del Comando.

"La conclusión es la siguiente: Debemos aceptar la proposición ya rechazada por el Paraguay y dar así en el exterior la impresión de que Bolivia no es un país guerrero **a outrance** que no se resiste a escuchar las sensatas reflexiones pacifistas, y dar sobre todo en el interior la sensación de que el Gobierno, después de pulsar la opinión general quiere la paz, aun cuando sea a base de fuertes sacrificios si ella ha de celebrarse mediante el arbitraje de derecho.

"La paz no vendrá; pero el país comprenderá que la guerra debe continuar a pesar de toda nuestra buena voluntad y que en esas condiciones no cabe discrepancia ni diferencia de opiniones, imponiéndose más bien la unión sagrada de hacer que soldados y no soldados, militares y civiles, pacifistas y guerristas se resignen a luchar hasta el último para defender al país de las estúpidas exigencias paraguayas.

"Mucho hemos discutido este asunto en los consejos de Gabinete y si no consigo que mi opinión sea aceptada por el señor Presidente de la República dimitiré el cargo de Ministro, como lo tengo ya mas o menos anunciado.

"La continuación de la guerra es un hecho inevitable; es también una verdad indiscutible que las condiciones militares paraguayas son superiores a las nuestras, entonces no queda otro camino que redoblar los esfuerzos y organizar un ejército, que desde el Comando hasta el último soldado ya no vean hacia atrás sino hacia adelante y que se resuelvan, como los franceses en el Marne, a no ceder al enemigo ni un solo centímetro de terreno.

"En el Gobierno o fuera de él seguiré trabajando por la unión nacional, por el renunciamiento a las miserables rivalidades profesionales y políticas a fin de que unidos bajo los pliegues de nuestra bandera sepamos triunfar o morir.

"Usted desempeña un honroso papel en el Frente y sus amigos están seguros de la eficacia de su acción, pudiendo yo decir- le desde aquí que estoy envidiándolo.

"En este momento me informan que por fin se dan los pasos finales para la construcción del puente sobre el río Pilcomayo y quiera Dios que ese trabajo pueda ser útil a nuestra defensa".

Aunque con la carta de Bailón Mercado había iniciado mis indagaciones confidenciales en el Comando y fuera de él, valiéndome de varios Jefes y amigos, en particular del Coronel Oscar Moscoso, recibida la vibrante misiva de don Carlos Calvo puse mayor empeño aún en recabar una opinión que, en lo posible, pudiera representar la del Ejército. Tardé algunos días en conseguir la opinión buscada. Empecé dirigiéndome al Ministro Calvo con fecha 13 de marzo y, después, a

Mercado el 18 del mismo mes. Con las cartas recibidas y las mías, que forman un conjunto de juicios alrededor de un plan de paz sugerido por el organismo más calificado del mundo, cabe cerrar este capítulo que, como tantos otros en el enjambre de negociaciones sobre el Chaco, fue negativo, dejándonos librados a la suerte de las armas en medio de ilusiones que fueron desvaneciéndose a medida que pasaba el tiempo y se sumaban los descalabros.

A continuación transcribo mi respuesta a don Carlos Calvo: "He tenido el agrado de recibir su amable carta en la que me habla de sus inquietudes patrióticas de la hora presente.

"En respuesta, me complace dar a usted la impresión personal que tengo recogida en el Ejército sobre la situación del conflicto, agravada hoy por la intemperancia paraguaya, evidenciada en su contestación a la Comisión de la Sociedad de las Naciones.

"No escapará a la penetración de usted que el pensamiento central de nuestro Ejército es no cejar en el empeño, entretanto nuestra diplomacia no consiga imponer bases de paz que salvaguarden el honor nacional y lo fundamental de nuestros derechos históricos al Chaco. Y no puede ser de otro modo.

"Por otra parte, compréndese acá que el triunfo de aquella diplomacia sólo es posible después de haber quebrantado, por las armas, la arremetida paraguaya, haciéndola peligrar con maniobras de algún alcance que esté en nuestras manos realizar.

"El Ejército juzga, pues, que en estos momentos decisivos tócale emprender la más ardua tarea por lo que contiene de responsabilidad y de proyecciones sobre el futuro del país. Y en esta convicción encuentro en el Comando Superior la más bella afirmación del patriotismo boliviano, forjado en la resolución de seguir y ver intensificada la lucha, ya que de ella depende, ineludiblemente y ahora más que nunca, la consecución de bases justas y honrosas de paz.

"Está en la conciencia del Ejército que el país acaba de efectuar un nuevo y gravoso esfuerzo económico para renovar sus armamentos y, por otro lado, sabe que la totalidad de las reservas en hombres aún no ha sido empleada. Luego, deduce que la suerte de las armas debe sernos favorable, y ante esta certidumbre agigantada por nuestro herido patriotismo desde los sucesos de diciembre, supone que no caben vacilaciones ni dudas en la acción diplomática del Gobierno.

"Y, como corolario, concibe esa acción firme y fuerte, sin que jamás trasunte una impresión de derrota y de achicamiento ante las desmedidas imposiciones enemigas.

"No olvide usted, mi recordado amigo, que este criterio severamente militar es la confesión de virtudes cívicas que no es lícito desconocer y que nace en hombres a quienes, desde la escuela, se ha enseñado, como no se enseña al civil, que la fuerza es, en mucho, la suprema reguladora del derecho y la mejor salvaguarda del honor.

"Un hecho evidente es el cansancio general de oficiales y tropa comba tienes por la prolongación de una campaña que nunca supusimos tan larga y en la cual jamás se procedió a relevos periódicos de unidades. Pero este cansancio, originado en desgaste fisiológico por deficiencia de nutrición, no tiene los caracteres del "caffard" o depresión moral de graves consecuencias. Por el contrario, el pundonor militar no puede hacerse a la idea de una repentina solución diplomática —en estos momentos— una vez que ello situaría al Ejército de Bolivia, a juicio de propios y extraños, en la posición de un Ejército derrotado, aplastado por las armas paraguayas.

"Este pensamiento, que merece ser tomado en cuenta por sus repercusiones de post-guerra, martiriza, y es la expresión cabal, el corazón de muchos Jefes con quienes he tenido el agrado de conversar. Yo lo respeto profundamente; lo comparto en lo que refleja de bello y de noble y lo apoyo por lo que importa la conservación del acervo moral de nuestra colectividad. En este sentido, todo nuestro afán debe tender a que en Bolivia no sobre, viva más la moral del vencido como después de 1879. Si un postrer sacrificio puede libramos de esta condición deprimente, hagámoslo sin titubear".

Después de este oxordio en el que traducía el sentimiento de todos los militares y aun civiles movilizados con quienes pude hablar y que, por natural contagio, también reflejaba lo que yo

sentía en esos días febriles en que, con optimismo, se preparaba calladamente una operación ofensiva sobre la retaguardia de ciertas unidades paraguayas —Cañada Strongest o Cochabamba—, pasé a ocuparme de la proposición de los comisionados de Ginebra en los siguientes párrafos:

"Tocante a la última proposición de la Comisión ginebrina rechazada por Paraguay en términos que se conceptúa insolentes, al juzgarse aquí fracasada la gestión conciliatoria, se tuvo por seguro que nuestro Gobierno no aceptaría aquella sugestión en dos de sus puntos atentatorios a nuestros derechos: exclusión de la zona Hayes (aspecto moral) y policía paraguaya, vale decir ocupación indefinida, prácticamente en la totalidad del Chaco. (aspecto material).

"Es muy cierto que una aceptación lisa y llana por parte de Bolivia, conocido el rechazo paraguayo, no variaría en lo más mínimo la situación actual de guerra, como usted lo apunta acertadamente. Pero acá se pensó que el Gobierno no se avendría, tal vez, a darla por lo que ella implicaría confesar la derrota, humillar al Ejército y sentar el más peligroso de los precedentes antes del postrer y magnífico esfuerzo que ansían desplegar nuestros heroicos soldados.

"Semejante actitud diplomática hubiera traído, en el parecer de Jefes y Oficiales, un principio de desmoralización en las filas y la idea desesperante de que la retaguardia se derrumbaba cuando más ardiente era la fe patriótica de los hombres de la vanguardia. Desde luego, no se tuvo en miras acá el efecto externo de aquella aceptación lisa y llana, como usted sagazmente lo concibe, ni se pensó que ella fuese el mejor medio de levantar a la nación en armas. Estos dos efectos, para el Ejército, pesan menos que la impresión de derrota dada al país y de desmoralización consiguiente en el interior, entre los combatientes y fuera de nuestras fronteras.

"Yo creo sinceramente que este modo de ver las cosas tiene su lógica, pues nuestro carácter nacional y nuestra educación ciudadana aún no han llegado a un estado de madurez suficiente como para acomodarse a determinados planos de estrategia política. Somos simplistas en nuestras apreciaciones y, como tales, interpretamos la realidad nacional. Nos falta el sentido de la oportunidad tanto como el de discernimiento exacto de las cosas y hechos humanos; de ahí que las reacciones que oponemos a la adversidad y a las sorpresas del convivir internacional sean súbitas pero sin orientación y, lo que es más, sin ductilidad".

Transmitida la opinión informal de los elementos principales del Comando sobre la fórmula de la Liga, volví a entrar en consideraciones de índole general en tomo al conflicto armado, apoyado en la generosa confianza que me dispensaba don Carlos Calvo. Era a modo de confidencia que me permitía yo exteriorizar mi pensamiento acerca de algunas cuestiones que la guerra suscitaba y sabía que el doctor Calvo, movido por su gran inquietud patriótica, me escucharía con benevolencia. En los siguientes párrafos resumí mis comentarios finales:

"La historia diplomática de esta guerra pone al desnudo nuestra idiosincrasia, agravada por la innata desconfianza que, desgraciadamente, alimentamos para todos y por todo. Y en este capítulo, juega su rol la desconfianza ya arraigada en parte del Ejército por la acción gubernativa del señor Presidente de la República, cuyo prestigio, es penoso confesarlo, hállase bastante amenguado en el Ejército.

"Creo advertir acá una ingrata impresión causada por la crisis ministerial y sobre todo por la renuncia de usted, mi tan apreciado amigo. Se lamenta el suceso por lo que implica la quiebra de alguna unidad política lograda con tanta dificultad; aún más: no se comprende bien la disidencia frente a la respuesta boliviana tan medida y conciliadora. No tenemos, indudablemente, suficiente material de información de lo que allá sucede en política para formular apreciaciones concretas. Luego, sólo me permito señalarle, en rasgos generales, lo que aquí se piensa.

"Como usted lo señala y lo prevé, es menester que el Gobierno haga intensa propaganda, dentro y fuera del país, sobre los caracteres absurdos de la intransigencia paraguaya, demostrando que nuestra actitud es en extremo conciliadora, como lo es en efecto. De este modo y usted ya lo dice, se hará comprender a la nación y al continente que la guerra la **ultima ratio** recayendo toda la culpabilidad de sus futuros horrores sobre el ensorbecido enemigo.

"Hay un punto de doctrina que Bolivia está en la obligación de difundir. Me refiero a la guerra como instrumento de realización política en América.

"La declaración de 3 de agosto de 1932, rubricada por diecinueve países de nuestro hemisferio y acatada por Bolivia y Paraguay, condena la ocupación y conquista territoriales por la fuerza de las armas; es decir, afirma solemnemente que la victoria no da derechos.

"Esta renovada ley de convivencia internacional constituye, si se le da noble aplicación, el golpe de gracia a la guerra como instrumento de engrandecimiento territorial, ya que niega y desconoce los objetivos que pretende o logra alcanzar y retrotrae situaciones a puntos jurídicos, siempre susceptibles de estudio y de dilucidación por los procedimientos usuales del Derecho de Gentes.

Si bien aquella doctrina parece haberse lanzado contra una supuesta ocupación boliviana por las armas en gran parte del Chaco y reivindicó los honores de la iniciativa el Canciller Saavedra Lamas, no es menos cierto que ella sobrevive y ampara nuestra causa ante adversidades militares de momento.

"Usted se habrá informado de que algunos diarios extranjeros vienen criticando duramente las labores de los comisionados de la Liga por haberse inclinado, de preferencia, hacia términos más jurídicos que positivos en sentido de no dar, según aquellos rotativos, la necesaria cabida al hecho real y decisivo de la guerra como reguladora de todo diferendo. Esto significa que esa prensa, no ha mucho entusiasta propagandista de la doctrina de Agosto, tiene la memoria frágil y defiende hoy los viejos postulados que hicieron de la empresa bélica la ley suprema de los pueblos.

"El empeño principista de 1932 resultaría, pues, vano; la guerra sería en América, hoy y mañana, el mejor instrumento de política nacional y habríase desaprovechado la única oportunidad de abolirla por que tal no conviene al interés mercantil que actúa sobre Asunción. Y el continente entraría luego en la carrera armamentista y Bolivia, como nunca, viviría con el arma al brazo en sus cinco fronteras.

"Una intensa propaganda nuestra se impone por nuestra propia causa y por el bien de América. Y el tema se presta admirablemente a desenvolvimientos que han de golpear el sentimiento de los pueblos hasta trocarlo en opinión pública, actuando sobre las directivas políticas.

"Al expresarle el profundo pesar con que veo a usted alejarse de la gerencia de nuestros negocios externos, cuyo delicado manejo requería, más que nunca, de su probado patriotismo y de su privilegiada inteligencia, le reitero, mi distinguido amigo, las seguridades de mi devoción de siempre y de mi respetuoso afecto".

Mi carta al amigo Mercado, de 18 de marzo, no es sino la reproducción escueta de la que escribí a don Carlos Calvo. Le debí respuesta y se la dí en esta forma:

"Mucho agradezco su interesante carta referente a la última gestión de los comisionados ginebrinos. Sobre el particular, escribo en este correo al doctor Calvo y reproduzco para usted, todos los puntos que consigno en esa carta.

"Desde luego, aquí no hubo franco ambiente para la aceptación, lisa y llana, de la fórmula de Álvarez del Vaya, contraria a nuestros derechos en dos puntos esenciales: exclusión de la zona Hayes y policía paraguaya u ocupación enemiga, prácticamente en todo el Chaco, por tiempo indefinido.

"Conocido el rechazo paraguayo, es decir, el fracaso de la mediación, tampoco se pensó que el Gobierno aceptaría aquella fórmula con la intención de ganar la moral del continente que limitaba nuestras aspiraciones legítimas antes de intentar el supremo esfuerzo armado, de todos modos inevitable.

"La respuesta boliviana, condicional y conciliadora, ha sido, pues, bien recibida por el Ejército. Una aceptación lisa y llana, en cambio, habría importado acá la confesión de la derrota y

del derrumbe moral de la retaguardia. No existe en este ambiente militar, indudablemente, la costumbre de analizar y de distinguir los matices que perfilan todo suceso o toda intención humana; aquí se juzga a grandes rasgos, pero con un patriotismo intenso como intensa es la vida de campaña.

"Apesar del cansancio general y un principio de desgaste, la moral del combatiente manteniéndose admirable; debemos "sacarnos el sombrero" para este Ejército que resurge vigoroso después de los reveses sufridos. Pues bien: este Ejército forjado en el heroísmo, no concibe que se pueda hablar de paz mientras no inflija una derrota al enemigo y rehabilite su posición moral ante el país y ante América. Y esto no es amor propio; es mucho más.

"Una inquietud acosa a los Jefes acá: el posible aplanamiento de la retaguardia por la indefinida prolongación del conflicto o por algún movimiento de repliegue que aún sea útil efectuar. Le hablo con toda reserva y con entera confianza para que se haga usted un mantenedor de la moral boliviana, allá en esa lejana retaguardia, ahora y mañana, frente a cualquier contingencia, una vez que nuestros derechos no tienen otro escudo que la fuerza de nuestras armas.

"Mucho lamento el alejamiento del doctor Calvo de la Cancillería; su renuncia ha causado sorpresa acá, pues la respuesta boliviana, tan conciliadora, no parece dar motivo a disidencias que beneficien al enemigo. Claro está que no tenemos mayor información para juzgar y sólo le transmito una impresión general".

"En espera de sus siempre gratas misivas etc. etc.".

Es interesante anotar cómo la fórmula de la Liga, de febrero de 1934, llegó a superarse con otra fórmula, también de Ginebra, en noviembre de ese mismo año. Debióse esto a una labor tesonera e inteligente de David Alvéstegui y Adolfo Costa Du Rels a que hago referencia en otro capítulo. El rechazo paraguayo de la proposición de la Liga hizo un tanto incierto el ocuparse de ella, pues la mediación parecía fracasada y en el Chaco seguiría el ruido de armas. Con razón Carlos Calvo decía " ...la paz no vendrá". En el Ejército no comprendían por qué se retiraba el Ministro Calvo, a quien se apreciaba altamente.

Para mí, la renuncia del doctor Calvo significaba que terminaba la misión que él me confiara cerca al Comando Superior. Este cometido, de índole personal, debía yo olvidarlo hasta tanto no recibiera algún recado del nuevo Ministro de Relaciones, pues sólo competía al superior jerárquico restablecer el contacto directo que ahora se interrumpía. En agosto viajé a La Paz en comisión del Comando y hube de permanecer allí hasta fin de año cual lo relato más adelante. Preparándome a regresar a la zona de operaciones, escribí a don Carlos Calvo, entonces Ministro en Río de Janeiro (17 de diciembre, 1934), sobre algunos aspectos de nuestras calamidades políticas, volviendo, en parte, sobre su carta de 2 de marzo. Y me permití dar algún alcance a mis reflexiones sobre la campaña política, muy discutible, sin duda, pero que traducía el pensar de una gran mayoría de los movilizados, y que ya pugnaba por imponerse con sus propios líderes.

"No creo del caso hablarle con algún detalle de nuestra situación militar, pues ella es bastante crítica, sin que la juzgue desesperada. Pero, con todo, no podría eludir algunas recordaciones. Reconozco cuánta razón tenía usted al expresarme, hace un año, que Bolivia debía aceptar, sin ninguna observación, la fórmula de paz propuesta por Álvarez del Vayo. Es indudable que con algunos meses de actuación diplomática, hubiésemos logrado concertar un arreglo en mejores condiciones que las actuales. Sin embargo, era duro no tentar un postrer esfuerzo en el curso del año que fenece, pues para ello el país había dado todos sus recursos en hombres, en pertrechos bélicos y en dinero.

"El pensamiento del Comando, como tuve oportunidad de expresarle, daba por seguro que el Ejército, desde mayo último, estaba en condiciones de quebrantar seriamente la ofensiva enemiga y, posteriormente, actuar con eficacia sobre puntos vitales del adversario. Todo hacía presumir que estos propósitos llegarían a traducirse en bellas realidades, pues desde Cañada Strongest nuestro Ejército disponía de numerosos contingentes instruidos, de suficientes reservas, de gran dotación de armas y municiones, víveres y transportes, y de una envidiable moral combativa; empero faltó espíritu de iniciativa, empuje y aun diría audacia.

"Y era que en nuestros Comandos militares predominaba cierta timidez nacida en los campos trágicos de Alihuatá. He podido comprobar concretamente esta falla de iniciativa después del fracaso de la desesperada ofensiva paraguaya de julio ppdo., sobre Ballivián. La arremetida del enemigo, violenta como pocas veces, terminó en la madrugada del 14 de julio, manteniéndose invictas nuestras fuerzas en sus sólidas posiciones. El adversario estaba exhausto y materialmente deshecho, vacíos sus parques de municiones. Infelizmente nuestro Comando no creyó llegado el momento de iniciar una operación ofensiva envolvente por nuestra ala izquierda, dirección Camacho, como estaba en su pensamiento, y una extraña y fatal inercia amarró a nuestras tropas frente a la línea enemiga. En este inexplicable compás de espera estuvimos un mes cabal hasta que los paraguayos irrumpieron por Picuiba, zona por la que precisamente pensaba operar nuestro Ejército. ..pero del pensamiento no pasó a la acción. Algún día, tal vez, pueda contarle mis discusiones con el Cnl. Angel Rodríguez sobre este particular, en aquellos fatales momentos de quietismo del mes de julio".

Y terminaba mi carta con un comentario político que me parecía acertado:

"Tiene usted razón cuando afirma que "nuestro Ejército tiene aún mucho que aprender y progresar para estar a la altura de la guerra". Los contrastes sufridos desde "Cañada El Carmen" nos revelan, como en el caso de Picuiba, que hubo falta de previsión y exceso de confianza en la conducción de las operaciones. Con el fracaso del 15 de noviembre todo parecía indicar un pronto cambio de Comando y en ello pensó el doctor Salamanca; sin embargo, el cambio se produjo en el Gobierno por imposición del Comando militar.

"Mucho me temo que esta imposición de nuestros Jefes, origen del actual Gobierno, sea un principio de acción militarista en Bolivia, pues pudiera acontecer que aquellos propósitos de fuerza pretendan sobreponerse a las prerrogativas y facultades del gobierno civil. En este sentido, el doctor Tejada Sorzano tiene sobre sus hombros una enorme responsabilidad, ya que está constreñido a transmitir, incólume, el prestigio de la autoridad civil, vale decir de la ciudadanía activa, en manos del futuro Gobierno".(*)

FORTIN BALLIVIÁN

Los repliegues del ejército boliviano, en la campaña del sudeste, fueron ejecutados bajo presión de contrastes militares antes que por previsión estratégica o táctica, luego sin la ventaja de las cosas hechas a tiempo. Junto a esta característica boliviana de las retiradas a última hora, hubo otra: la lentitud de los paraguayos en la persecución, posibilitando a Bolivia rehacerse con sorprendente vigor. Un caso típico de esta particularidad boliviana vino a ser Fortín Ballivián, el punto del Chaco más discutido después de Boquerón. Descartado en su oportunidad, el retroceso de líneas sugerido por el Coronel Moscoso al General Kundt, con escándalo de éste, prodújose, poco después de Campo Vía, una retirada de proporciones, de Muñoz a Ballivián, dirigida y cumplida con inteligencia y valor. El Comando Superior instalóse, por pocos meses, en este resguardo antes de ubicarse en Samayhuate, en mayo de 1934. El 13 de enero de ese año, a mi arribo a Ballivián, puse esta nota en mis "Crónicas" del Chaco:

"Primera impresión: un tanto desalentadora. Esto no es Jayucubás, bosque hermoso y tranquilidad de caserío perdido en la inmensidad del Chaco. Aquí, fiebre de movimiento, jerarquías y vanidades que lastiman la convivencia, esa convivencia igualitaria del II Cuerpo de Ejército; putrefacción de matadero cerca al fortín que, a ciertas horas, hace pesada la respiración; hospitales, oficinas, etapas, correos, intendencia, comandos, comedores, barracones y casuchas; un mundo en actividad, calor sofocante cerca al río barroso. Arenales y charcos, ninguna vegetación digna de ese nombre".

(*) En la época de mis preocupaciones por las deficiencias de nuestra arma aérea, ignoraba que el Gobierno había contratado con la Curtiss-Wright Export Corporation, dos bombarderos de largo alcance. Estos estuvieron listos pocos meses después de decretar el Gobierno de Estados Unidos el embargo de armas a Bolivia y Paraguay. Para sacar los aviones de Estados Unidos se organizó una supuesta empresa comercial de aviación, con lo que volaron las naves pero no pasaron de Lima. La línea peruana Fawcett se apropió los dos bombarderos bolivianos definitivamente.

Fortín Ballivián, sin embargo, era mucho más. El dormido puesto de etapas servía a los destacamentos militares de la zona que se apoyaban en el Pilcomayo; con la guerra, volvió a ser el segundo eslabón, después de Villa Montes, entre esos destacamentos y los del sector Central, inexistente antes. La importancia de Ballivián radicó en esa función de proveeduría y reparó de Comandos y fuerzas del I y II Cuerpos, adentrados en el Chaco. Desaparecidas esas grandes unidades de sus puestos de avanzada. Por obra de los retrocesos sucesivos, Ballivián disminuyó en importancia y se volvió, a su vez, fortín de avanzada. Quedó, es cierto, el valor sentimental del nombre del Héroe, pues no se trataba de un lugar llamado Tinfunqué, Cuatro Vientos, Tezén o el Cruce que nada decían a la imaginación popular.

Apenas llegado el Comando Superior a Ballivián, se pensaba en otro repliegue, esta vez anticipado a toda acción enemiga. En mis "Crónicas", fecha 18 de marzo, inserto una confidencia del Coronel Moscoso, Jefe de Estado Mayor del Comando Peñaranda, sobre una posible retirada —no todavía a Villa Montes— para contrarrestar movimientos paraguayos que pretendían introducir una cuña entre el II Cuerpo y la División que cubría el flanco izquierdo del I Cuerpo. El repliegue que se estudiaba sería "ordenado y táctico" porque la disyuntiva era arriesgarlo todo de inmediato en pésimas condiciones o retroceder y ganar tiempo. "Estamos aún malamente armados y luchando con pistolitas" decía Moscoso. Este Jefe, recordando el planteamiento que le hiciera al General Kundt, en Muñoz, acerca de una retirada hasta Cururenda como medida de seguridad, sostenía que el país, en esos momentos, hubiera soportado un retroceso de proporciones, pero que los repliegues parciales y continuos habían suscitado desconfianza en el pueblo.

El peligro que advertía el Comando Superior en marzo le llevó a emprender, después, la maniobra victoriosa de Cañada Strongest. La marcha acelerada del Coronel Rolón, con intención de cortar las líneas bolivianas, revelaba que el General Estigarribia no cometería sobre Ballivián, verdadero campo atrincherado, el error de los ataques frontales a la manera de Kundt, y que, por el contrario, preparaba un movimiento envolvente o de penetración por esos claros inevitables entre los regimientos bolivianos. El contraste de El Carmen, en noviembre del 34, fue uno de esos casos, tanto más grave cuanto permitía al que tenía la iniciativa escoger el punto débil del adversario. Bolivia perdió la iniciativa después de Cañada Strongest y no la recuperó más de modo decisivo.

A los pocos días de mi llegada a fortín Ballivián, impresionado por lo que oía sobre esos claros peligrosos, escribí el 20 de enero de 1934, lo que sigue a don Carlos Calvo, Ministro de Relaciones Exteriores, acerca de la menguada presencia de Bolivia en la zona de guerra:

"La prolongación de la campaña nos pone, a mi entender, en situación de apelar a la nación entera y exigirle un sacrificio digno de ella. Creo advertir en este ambiente militar no pocas su- posiciones, algo fundadas, sobre la lentitud con que el Supremo Gobierno responde a los requerimientos de la guerra y alguna indecisión en su acción, esencialmente diplomática antes que guerrera.

"La crítica es sana y sobre todo bien intencionada. Frente al Paraguay, lanzando a fondo en la aventura de conquista, Bolivia no ha dado ciertamente de sí lo que puede. Esta verdad se infiltra, cada día más, en los espíritus, es causa de algún amargor y podrá tener ingratas repercusiones en cuanto ella se difunda hasta la evidencia".

Valga aquí recordar que al efectuar al gran repliegue de Muñoz a Ballivián, el Comando Peñaranda, temeroso del peligro que constituían aquellos espacios desguarnecidos por falta de elementos, dispuso un retroceso aún mayor, pues la orden impartida al Coronel Toro, Comandante del I Cuerpo sobre el Pilcomayo, indicaba fortín Guachalla como punto de repliegue, "debiendo —cuenta Toro— hacer escala frente a Ballivián sólo por el tiempo indispensable para permitir la evacuación y el traslado del personal y efectos del Comando Superior, que había decidido establecerse en Samayhuate". Más el Coronel Toro quedó en Ballivián y desde ese instante, por obra y bulla de los propios bolivianos, el discutido fortín empezó a tener valor de símbolo para el pueblo, y también para el adversario.

En la controversia suscitada alrededor de la permanencia o abandono de Ballivián, dos voluntades toman la supremacía: la del Jefe del Estado y la del Comandante del I Cuerpo de Ejército. El Comandante en Jefe asume un rol pasivo. Entre los despachos intercambiados, tomamos como punto de partida del pensamiento del Presidente Salamanca, éste que dirige al

General Peñaranda el 16 de abril de 1934, en el cual brilla una bella afirmación de fe patriótica, un ánimo entero que requiere insuflar valor a los que combaten, aunque la realidad militar parece aconsejar otra cosa:

"Toda la nación cifra el éxito de la guerra en la defensa de Ballivián y su abandono traería graves y funestas consecuencias. Reitero a usted la consigna de sostenerse en Ballivián a todo trance".

Y más lejos agrega el Primer Mandatario:

"Le pido la defensa de Ballivián hasta rendir la vida antes que el fortín. Su abandono traería no sólo el hundimiento de ese comando sino del gobierno y acaso de la nación".

Después de esta nota patética que busca, indudablemente, sacudir al Comando en el Chaco, el 19 de mayo, el Jefe del Estado envía otro mensaje, ya sereno el ánimo. Sin que pueda dársele el sentido de una apertura hacia la proposición militar de la evacuación del fortín, pero sí de una aceptación en principio de la posibilidad de hacerlo, el doctor Salamanca propone esto al General Peñaranda, con lo cual le quita a Ballivián el carácter de cabeza de un frente extenso para dejarlo de bastión, con objetivo limitadamente defensivo:

"Podría aconsejarse abandono Ballivián pero el país ha cifrado su porvenir en ese fortín. En esta situación el considerable Ejército que tenemos en los dos Cuerpos queda amarrado.

"Después de pensarlo bien, yo sugiero siguiente medio para desatar ese nudo y liberar nuestras fuerzas para la ofensiva: atrincherarse en contorno a Ballivián con provisiones de boca y de guerra para sufrir asedio de dos o tres meses, de suerte que con dos o tres mil hombres sea posible rechazar todo esfuerzo del enemigo".

Esta sugestión hace decir al Coronel Vergara Vicuña:

"La concepción estratégica-táctica que preconiza el presidente Salamanca parecía fundarse en el propósito de sostener un segundo Boquerón. En verdad que se subordinaba la nueva ideación a una preparación adecuada para retomar a poco andar la iniciativa y que para las fuerzas que quedarán cercadas en Ballivián restaba el recurso salvador de pasar a territorio argentino".

Interesa conocer ahora el criterio del Comandante del I Cuerpo. De sus muchas manifestaciones cabe reproducir las emitidas con ocasión de un plan presentado al Comando Superior por el del II Cuerpo, llamado a presionar el flanco derecho de las fuerzas paraguayas, a base naturalmente del retiro de contingentes del sector Ballivián y aun evacuación del fortín. El historiador militar, Coronel Díaz Arguedas, citado por Porfirio Díaz Machicao en su "Historia de la Guerra del Chaco", consigna las reacciones de Toro en estos términos:

"Que el abandono de la línea actual ocupada por el Cuerpo tendría como consecuencia la completa desmoralización de la tropa por cuanto ésta la había trabajado en el convencimiento absoluto de que ella constituiría la última fortaleza donde tendría que estrellarse el ejército enemigo; que este sentimiento que desde el principio se había hecho carne en el soldado y las victorias parciales obtenidas en esta línea, habían contribuido notablemente a rehacer la moral de un ejército vencido, llevándolo hasta la cumbre de un convencimiento absoluto de quebrantar cualquier ofensiva enemiga; que esta moral así amasada era necesario aprovecharla y no destruirla con repliegues que no obedecen por el momento a causas concretas y justificadas".

Y añade Toro:

"Que el abandono de Ballivián dado el sentimiento del pueblo en lo que respecta a él y la gran propaganda hecha por el enemigo en sentido de que su ocupación significaría el fin de la guerra, provocaría la protesta contra el Ejército y luego el decaimiento y la desmoralización de ese pueblo que acaso en el futuro nos abandonaría a nuestra propia suerte".

Lo del Fortín Ballivián daba lugar a una polémica sin fin, desde meses atrás. En mis "Crónicas", resumí el 21 de julio, lo que en esos momentos se decía sobre el caso:

"La cuestión de quedarse en Ballivián tiene, aquí, dos fuertes partidarios: el coronel Toro por su prestigio de Jefe del I Cuerpo, encargado de la defensa, y en estos pasados días gloriosa, y el General Peñaranda por amor propio de Comandante en Jefe. El gran partidario —y arrastra seguidores— de abandonar Ballivián es el Coronel Ángel Rodríguez quien, a ratos afirma que, de un golpe, hay que ir hasta Villa Montes para "reventar" a los paraguayos el momento oportuno. Me hubiera gustado conocer la opinión de Oscar Moscoso.

"En cuanto a los civiles, movilizados en este Fortín de Samayhuate, también hay criterios encontrados. La tesis del desgaste enemigo en continua ofensiva cuenta con fuertes adeptos, siempre que nuestras líneas resistan; y es ahí donde saltan los que abogan por la gran retirada, pues mapa en mano, arguyen que nuestro largo frente presenta varios puntos débiles. Y siempre se concluye, por unos y otros, en eso de la falta de hombres y de pertrechos para planear operaciones de fondo y pasar a la ofensiva.

"La delicada cuestión, por el momento, ha sido dejada al estudio del Presidente de la República y su ulterior decisión".

Aunque el General Peñaranda, en su fuero interno, deseaba que nuestras tropas no dejaran Ballivián y no lo ocultaba, su responsabilidad de Jefe del Ejército en Campaña hubo de llevarle a disponer el abandono del discutido fortín, señalando ubicación al I Cuerpo en Galpón sobre líneas ya preparadas, y así lo ordenó en su despacho a Toro de 15 de julio, con estas frases que descubren sus dubitaciones:

"Estoy de acuerdo que se abandone Ballivián por razones estratégicas, pero yo creo que con ello hemos perdido la guerra moralmente ante la opinión extranjera. Si bien Ballivián no vale nada y abandonar diez o veinte kilómetros más de territorio no influirá en el conjunto de la situación general, en cambio tanto en Bolivia como en el Paraguay, se ha hecho de este fortín una cuestión de honor, un símbolo. Debíamos abandonarlo hace tiempo, pero el Gobierno se opuso tenazmente. Ahora nada hay que hacer. Los hechos y la situación estratégica en que estamos colocados nos obligan a proceder como lo hacemos, a pesar de que mi mano se niega a estampar la firma ordenando el repliegue, si pienso que hemos sabido resistir y mantenemos con inferioridad numérica todo el tiempo que quisimos en la anterior etapa".

El Comandante del I Cuerpo representó esta orden y expuso sus razones, con un flechazo destinado al Coronel Rodríguez, Jefe de Operaciones del Comando Superior:

"Pido respetuosamente a ese Comando reflexionar y reconsiderar orden abandono Ballivián, la que ha sido dada posiblemente con ligereza sin fijarse en las consecuencias morales y desventajas que ocasionaría abandono dicho fortín".

El General Peñaranda, ya vacilante, respondió a esta representación rindiéndose ante la voluntad del Coronel Toro.

"Este Comando ha reflexionado serenamente ventajas y desventajas que ofrece abandono Ballivián punto sin importancia dentro del conjunto de las operaciones, y ha visto conveniente su evacuación antes que caiga parte ejército que defiende esa plaza en poder del enemigo. Pero como este Comando tiene por norma escuchar opinión su inmediatos colaboradores, deja a su criterio defensa Ballivián mientras enemigo no trate su envolvimiento por sector "T", caso en que procederá usted abandono Ballivián, pero entonces tendrá que perder siquiera una unidad".

Rodríguez devolvía la mano a Toro poniendo sobre los hombros de éste la responsabilidad de lo que aconteciera y la pérdida seguro de algunos de sus contingentes. En medio de estas discusiones castrenses, llega a la sede del Comando Superior el Ministro de Guerra, José Antonio Quiroga. Citado nuevamente por Aquiles Vergara, narra este momento histórico el Coronel Julio Díaz Arguedas:

"También en esos días llegó a Samaihuate el Ministro de Guerra, y en la noche del 17 de julio se reunían en conferencia reservada el Ministro, el General en Jefe, el Coronel Rivera y el Coronel Rodríguez, Jefe de Operaciones del Comando, para considerar la situación del momento.

"El último de los nombrados manifestó que, en su concepto, el enemigo tenía amarrado al ejército boliviano a pesar de contar con inferioridad numérica en ese momento, ya que se sabía que sólo tenía 26 mil hombres contra 35 mil que disponía el Mando boliviano, nada más que por el sentimentalismo de defender Ballivián; que si no se emprendía de inmediato una maniobra ofensiva contra el enemigo, la historia abriría mañana el cargo más abrumador contra el Comando y el Ejército". Propuso el plan de desocupar Ballivián, ya que ese era el momento de hacerlo puesto que el enemigo había sido contenido y rechazado cuando rompió la línea en Ballivián y en el sector de la 9a. División.

"Además, expresó que si el Comando había dispuesto el abandono de dicha plaza, fue porque la defensa de este punto estaba debilitando el conjunto y restando tropas para iniciar una maniobra que se proyectaba, y no era sino un amor propio mal entendido aferrarse en Ballivián; que más convenía salvar el ejército antes que fuera destruido por alguna maniobra enemiga y replegarse integro hasta Galpón. Por otra parte, manifestó que el Presidente Salamanca tampoco aceptaba la desocupación de Ballivián, posiblemente ante el temor de que se produjeran perturbaciones políticas en la retaguardia, de tal suerte que el Comando se veía en la imposibilidad de llevar a cabo el plan que se había meditado. Hizo ver, además, que desocupando esa plaza se contaría con diez regimientos para emprender una maniobra ofensiva, mientras que ahora estaban inmovilizados, desgastándose estérilmente a tal punto que la misma tropa se sentía ya cansada con esta vida inactiva de las trincheras. "Es necesario, señor Ministro —concluyó diciendo— tener en cuenta que ya es tiempo de buscar la conclusión de la guerra con una acción decisiva".

A esta exposición impresionante del Jefe de Operaciones del Comando Superior, hízole el siguiente alcance Aquiles Vergara Vicuña:

"Sin duda alguna, este fue un momento crucial de la campaña, y su intérprete más autorizado y hasta profético el Coronel Ángel Rodríguez, que a su incuestionable talento de conductor de tropas unía la excelencia de una disciplina doctrinaria bebida en grandes fuentes del saber militar europeo".

Volviendo a Díaz Arguedas, concluye la cita:

"El Ministro respondió (a las alegaciones de Rodríguez) que personalmente estaba de acuerdo con las ideas expuestas bajo el punto de vista militar, pero que le asaltaba el temor de que podían sobrevenir complicaciones. Que evidentemente se debía perseguir la destrucción del adversario y no concretarse a defender Ballivián. Por último, propuso ir a La Paz en compañía de un Jefe para que éste explicara al Presidente en Consejo de Ministros, las razones por las que convenía evacuar Ballivián".

Pesando la responsabilidad que recaía sobre él, el General Peñaranda, el 24 de julio, ordenó una vez más el abandono de fortín Ballivián, mediante este cifrado:

"Urge repliegue Ballivián conforme lo acordado o por lo menos buscar otra línea de defensa más corta para economizar unidades que las precisamos otras actividades. Sírvase indicar qué unidades pondría Ud. a ordenes este Comando".

El Coronel Toro dió una respuesta que muestra el desquiciamiento disciplinario en que habían caído los Comandos en el Chaco:

"No es por poesía que defiendo Ballivián sino que su evacuación quebrantaría moral pueblo. Única unidad que puedo poner disposición ese Comando es regimiento Manchego. Si ese Comando no está de acuerdo este temperamento siento renunciar cargo dejándole su libertad de acción".

Resultado de las conferencias del Ministro Quiroga con el Comando Superior, fue el mensaje cifrado del Presidente Sala. manca al General en Jefe, de 25 de julio, aviniéndose a la evacuación del fortín, pero con cierta reserva que, en el hecho, parecía dificultar la retirada:

"Autorizo a usted a proceder con criterio puramente militar para estudiar y preparar maniobra a fondo aun cuando fuese necesario desocupar Ballivián para llevarla a buen término.

Y finalizaba el radiograma con esta condición:

"Para conservar Ballivián y liberar al mismo tiempo nuestro ejército no existiría otro recurso que el de atrincherarse en contorno a Ballivián y resistir tiempo suficiente durante el cual nuestro ejército podría maniobrar".

Nada sucedió en Ballivián, Toro quedó allí como lo deseaba y de su renuncia ni se habló, temeroso Peñaranda, sin duda, de que mayores complicaciones habrían de producirse si se quería darle curso, ya que David Toro era el líder político del Ejército.

A fines de agosto, el doctor Salamanca visitó Samayhuate y ahí pudo comprobar, en persona, la existencia de las dos corrientes sobre Ballivián: la de permanecer en el fortín que Toro defendía y la de su evacuación inmediata que predicaba Rodríguez. con el retiro a la línea Villa Montes-Carandaití. El Coronel Díaz Arguedas refiere la reacción del Primer Mandatario ante las declaraciones optimistas del Coronel Toro, llamado a Samayhuate, declaraciones que "le alentaban", porque coincidían con su íntimo pensamiento de no desprenderse del controvertido fortín, resultando de esta coincidencia de pareceres la designación de David Toro para operar desde Carandaití sobre el enemigo, sin deshacerse de Ballivián, pero quitándole algunas unidades. Más adelante, Díaz Arguedas escribe lo siguiente: ("Salamanca").

"Empero el Presidente no disimulaba su nerviosidad con respecto al giro que había tomado la campaña, e inculpaba al Comando de lenidad y de no haber sabido aprovechar el triunfo obtenido en mayo en la acción de Cañada Cochabamba. "Nos hemos contentado —decía— con muy poca cosa. Hemos perdido tres meses en los que se podía haber maniobrado tomando la ofensiva aprovechando de la superioridad numérica que tuvimos. Pero nos hemos concretado a la defensiva pasiva, mientras el enemigo procedía activamente tratando siempre de envolvernos hasta que nos salió sobre Carandaití, aprovechando una censurable lenidad de la aviación que se concretó a volar sobre Villa Montes, Ballivián y Strongest, descuidando el sector Picuiba".

Pocas veces se dijo una verdad más cabal. Tocaba ella a la característica de los mandos bolivianos que, cada día, se hacía más pronunciada desde 1934: los repliegues y las actitudes puramente defensivas, dejando la iniciativa al adversario que, como era lógico suponer, golpeaba en los puntos débiles y se infiltraba por los claros inevitables de las zonas de combate.

La gran maniobra del Destacamento Toro sobre Picuiba terminó en un doloroso fracaso del cual se hablará por mucho tiempo en debates largos y contradictorios, como todos donde surgen las mutuas recriminaciones ante sucesos desgraciados. La retoma de los pozos de Irindague por los paraguayos precipitó el drama de la sed entre las tropas bolivianas que se retiraban. Al margen de estrategias y tácticas de guerra, ese solo hecho, en toda su desnudez, representa uno de los episodios más infortunados de la campaña del Chaco cualesquiera que sean las explicaciones que se pretenda dar a posteriori.

El Presidente Salamanca estaba convencido de que no cabía, por más tiempo, mantenerse en la línea Ballivián-Cañada Strongest, y me autorizó a declarar, desempeñando yo la cartera de guerra en esos días, que el Gobierno no se oponía a su evacuación. Aproveché una petición de informe reservada en Diputados, a principios de octubre, para manifestar, entre otras cosas, lo que sigue sobre una cuestión que ya se había transformado en una montaña:

"Fracasada la ofensiva paraguaya del 7 al 15 de junio, el Comando Superior creyó llegado el momento de abandonar Ballivián con el fin de acortar nuestras líneas y disponer de una fuerte masa de maniobra. Con esta masa se pensaba actuar, en movimiento envolvente, por el ala derecha del enemigo.

"Sin embargo, el defensor de Ballivián, Coronel Toro, hizo sus reparos a este punto de vista del Comando Superior, invocando especialmente razones de orden moral y de repercusión internacional. El Comando dejó entonces que el señor Presidente resolviera el caso. El señor Presidente, en ese mes, autorizó al Comando abandonar Ballivián conforme lo viera por conveniente, en cualquier momento, sea por inminente peligro de sufrir allí un contraste o por motivo de operaciones ventajosas que de pudiesen ejecutar. El Comando Superior, hasta hoy, no ha dispuesto este nuevo repliegue.

"El Comando del I Cuerpo y sus dependencias se encuentran en fortín Guachalla. Frente a Ballivián están nuestras trincheras. He conversado, en mi último viaje, con el Comandante de esa Sector y con el Jefe de uno de los Regimientos de ese frente, y ambos me aseguran que sus heroicas unidades no abandonarán Ballivián. Al efecto, tienen varias líneas defensivas, escalonadas a distancias precisas, lo que les permitirá, llegado el caso y según expresan sus Jefes, hacer una resistencia prolongada y sangrienta para el enemigo.

"Con todo, el Comando Superior puede, en cualquier momento, ordenar la evacuación de Ballivián, y si no lo ha hecho hasta hoy es, en parte, por la férrea voluntad de sus defensores de no abandonar esa plaza y, desde luego, porque el grueso de las fuerzas paraguayas se ha trasladado al norte de Camacho hacia Picuiba y hasta nuestro II Cuerpo de Ejército.

"A nuestra vez, las reservas de la línea Ballivián con el propio Coronel Toro, actúan en esa zona central, donde parece prepararse una batalla que, acaso, tenga resultados de importancia sobre el curso de la guerra. La defensa de Ballivián no es fuerte, como no es fuerte el ataque de los paraguayos. Tal es la situación de Ballivián en estos momentos".

Mas, con relación al fortín nada se resolvió. Desde Carandaiti, el Coronel Toro seguía insistiendo en que no se abandona..a ese Sector del I Cuerpo, aunque éste había quedado algo desguarnecido con el fin de formar la masa de maniobra que este Jefe dirigía con intención de sorprender a las Divisiones del Coronel Franco. Aún el 14 de noviembre, David Toro, desde su Comando del Sector central, apelaba a Rodríguez:

"Creo que repliegue de Ballivián sería muy grave y anularía ante concepto pueblo y Liga Naciones todas ventajas hasta hoy obtenidas. Ballivián debe ser defendido aunque para ello tenga que hacerse línea paralela río. Repliegue en sector Cañada Strongest y Cañada Chile no tiene importancia".

Tres días después, el 17, los paraguayos entraban en Ballivián, obligando a un repliegue de línea hasta Villa Montes por el contraste al que no daba importancia el Coronel Toro. Y ese dispositivo de un frente de contención paralelo al río, hacía recordar la defensa en redondo aconsejada por el doctor Salamanca, contrarios ambos a una sana táctica militar porque podían ser fácilmente batidos por un enemigo que llegase a cortar sus fuentes de sustentación.

Como se sindicara a Toro responsable de la permanencia innecesaria de fuertes contingentes en Ballivián, restando elementos veteranos para operaciones de envergadura, en esa zona central donde convergían los dos adversarios, corresponde leer lo que expone este Jefe en su defensa. El 14 de agosto de 1934 remitió al General Peñaranda un extenso memorial con destino al Presidente y al Congreso, insinuando la necesidad de buscar un fin honorable a la guerra en la que, según él, ya "no podemos librar una batalla decisiva". Al decir de Toro, estaban ambos enemigos en condiciones de igualdad militar. Aunque el camino empleado por Toro para hacer conocer sus opiniones era inaceptable, vale reproducir el párrafo respecto a Ballivián (*)

"Habiendo determinado el Comando Superior su resolución de abandonar Ballivián, replegando el ala derecha del Ejército (4a. y 7a. Divisiones) a una nueva línea, con objeto de acortar el frente y obtener una reserva operativa, me opuse a la realización de dicho proyecto, basado en razones que expuse en diversas comunicaciones cifradas, y en las conferencias que sostuve con el Cnl. Ángel Rodríguez en Guachalla y Ballivián, con el Gral. Peñaranda y el Cnl. Felipe Rivera en Samayhuate, y que las resumo aquí:

"1. En la situación actual de completa tranquilidad, el enemigo no nos presiona para efectuar el repliegue. Es cierto que estamos amarrados, pero también el enemigo lo está. Si ejecutamos el repliegue para sacar fuerzas, también el adversario, acortando su frente, dispondrá de tropas para maniobrar; en tal virtud, nuestra situación no varía respecto del enemigo y más bien sí, empeora, pues debido sólo al hecho de que nuestras actuales posiciones están perfectamente bien trabajadas, nos es posible ocupar frentes de siete y nueve kilómetros con regimientos cuyo

(*) El Comando Superior no dió curso a este memorial y sólo después de la guerra fue conocido por la inserción de su texto en la defensa que publicó el Comandante del I Cuerpo de Ejército. ("Mi actuación en la Guerra del Chaco" -1941).

efectivo no es superior a 800 y 1.200 hombres, respectivamente, cosa que no ocurriría al ocupar una nueva línea, con una obligada y gran densidad, que permita la seguridad frontal para el trabajo de otras posiciones.

"2. La maniobra que proyecta el Comando Superior, por la forma como está delineada, no tiene ni un 30 por ciento de probabilidades de éxito, ya que se trata de un envolvimiento a partir del ala interior y a base de la ruptura frontal con sólo cuatro o cinco regimientos, lo que, en el mejor de los casos, resulta siempre inconveniente, pues el enemigo puede perfectamente replegarse en dirección N., con lo que no sólo escaparía a la maniobra, sino que amenazaría y amarraría mayormente nuestra ala izquierda. Es sabido que el único envolvimiento eficaz, es el del ala exterior que busca el verdadero y completo copamiento. Todo esto, poniéndonos en el caso de que la maniobra resulte muy bien ejecutada, pero juzgando las cosas dentro del terreno de la realidad y a base de las experiencias adquiridas en la Campaña, se puede asegurar, sin temor a duda, dada la calidad de nuestros soldados y su aptitud para la maniobra en el bosque, que resulta demasiado fácil para el enemigo contener con pequeñas fuerzas el avance de cualquier columna, mucho más si aquél no se realiza por sorpresa y más bien tiene su iniciación en una ruptura frontal. Hemos comprobado también que muchas veces una sola ametralladora bien emplazada, basta para detener el asalto de un Regimiento. La prueba de que no es fácil realizar rupturas de línea, la hemos tenido en la maniobra de doble envolvimiento en la senda "Basgensen", en la que el Regimiento "Castrillo" no pudo cumplir dicha misión, a pesar de la cantidad y calidad de su efectivo y armamento.

"3. Remarco, una vez más, la importancia moral que tiene Ballivián como objetivo político, enormemente agigantado por el mismo servicio de informaciones del Comando Superior.

"4. La evacuación de Ballivián, crearía una atmósfera de desconfianza para el Ejército, que ya ha consolidado su prestigio a base de un período de victorias iniciadas en Conchitas y que se ha epilogado con el completo rechazo de la gran ofensiva enemiga sobre Ballivián. Una derrota como la que representaría el abandono de este fortín, podría determinar una decepción definitiva en el pueblo y en las mismas tropas, respecto a nuestras posibilidades combativas para el resto de la Campaña, ya que, indudablemente, habríamos llegado al vértice del esfuerzo de sangre y económico. Por lo tanto, era de esperar que en lo sucesivo vayamos en descenso paulatino restando cada vez más nuestro exponente potencial. Además, la pérdida de Ballivián influiría desfavorablemente en el interior del país.

"5. Los comunicados oficiales, los informativos de prensa, el ambiente general que se puede observar en el Paraguay, muestran un ambiente propicio para llegar a la paz que, en mi concepto, debemos ya buscar, puesto que estamos convencidos de que nuestra tropa no rinde más en la ofensiva y difícilmente soporta la situación defensiva en el bosque. La caída de Ballivián en manos del adversario, daría un nuevo margen a las pretensiones paraguayas, produciendo una mayor prolongación de la guerra.

"6. El Comando Superior no debe temer que se produzca un movimiento envolvente sobre el I Cuerpo de Ejército, aun cuando el II Cuerpo fuera arrollado, pues todas las órdenes preparatorias de repliegue están dadas y la operación podría efectuarse fácilmente en cualquier momento y situación, sin dar tiempo al enemigo para alcanzar su finalidad, pues debería efectuar movimientos sobre distancias mayores de ochenta kilómetros.

"7. Apreciando la situación de conjunto, si la encontrara difícil, yo sería el primero en pedir al Comando Superior el abandono de Ballivián, pero la actual situación no impone la adopción de tal medida que sólo debe ponerse en práctica en caso extremo.

"8. Desde hace algún tiempo el enemigo, con la sola apertura de picadas de maniobra a nuestra retaguardia, obtiene considerables repliegues nuestros que no le significan ningún esfuerzo y que para nosotros representa irreparables pérdidas de terreno que bien pueden evitarse en el caso presente.

"9. Las posiciones ocupadas actualmente por el I Cuerpo, trabajosamente preparadas, hasta el punto de que técnicamente puede considerárselas inexpugnables, contribuyen en gran manera al sostenimiento de la moral de la tropa que se vería defraudada en caso de abandonarlas voluntariamente.

"10. No debe perderse de vista la utilidad que representa para nosotros el quebranto que sufre el enemigo al ser rechazadas sus ofensivas desde las posiciones que ahora ocupamos. Justifican esta apreciación, las pérdidas sufridas por el Paraguay en la última acción de El Condado en que tuvo dos mil bajas, poco más o menos".

Vale este comentario: si las posiciones de Ballivián eran inexpugnables, el Paraguay, sin duda alguna, no buscaría ya atacarlas de frente y, más bien, trataría de envolverlas. Los hechos posteriores darían la razón al Coronel Rodríguez, sólo que el repliegue obligado del frente de Ballivián por el contraste de Cañada El Carmen (movimiento envolvente), no degeneró en mayores pérdidas debido a la característica paraguaya de flojedad en la persecución. Es extraño que el Comandante del I Cuerpo sostenga la conveniencia de quedarse en Ballivián porque este frente estaba en calma. La apreciación queda corta, pues sólo se refiere a ese sector, en esos momentos el menos importante, ya que las tropas paraguayas amagaban el sector de Carandaiti donde, poco después, el propio Toro hubo de trasladarse. También es extraño el juicio sobre el soldado boliviano, de capacidad menguada en la ofensiva y en la defensiva en el bosque, cuanto se trata de criticar la maniobra envolvente que proyectaba el Comando Superior, pero que no parece, ese soldado boliviano, ser el mismo cuando la planeada ofensiva es puesta bajo el mando del Comandante del I Cuerpo. El Memorial tiene un poco de todo y corresponde dar traslado, a quien quiere interiorizarse de él, al texto mismo que se encuentra reproducido en la defensa del Coronel Toro sobre su actuación en la guerra.

En sus Memorias (edición de la Universidad de Houston, 1950), el Mariscal Estigarribia refiere que había dado por descontado que su maniobra envolvente en el sector central, produciría el abandono de Ballivián y se sorprendió de que tal cosa no ocurriese en el momento que él juzgó inevitable. En esta polémica sobre el fortín Ballivián, es decir sobre la línea que guarnecían dos divisiones, más de uno se habrá preguntado si su evacuación oportuna y la formación de otras líneas de Cururenda al norte, liberando una fuerte masa de maniobra, habrían significado un acierto al extremo del cambiar el curso de las operaciones y, desde luego, evitar el grave contraste ocurrido en El Carmen, y dado, acaso, un curso favorable a los avances del Destacamento Toro sobre Picuiba, obligando a los paraguayos a retroceder hacia Camacho. Esto pensaba el Coronel Rodríguez. La suposición no deja de tener lógica y la imaginación esboza, con amargura, el cuadro de una victoria que pudo ser en vez de la pérdida de esas tierras "de sangre y lejanía".

Al final de cuentas, no cabe levantar críticas contra el Coronel responsable del sector Ballivián por sus opiniones militares en torno a ese frente que él quiso defender contra todos.

Buena parte de la crítica debe necesariamente recaer sobre el General en Jefe por haber declinado ejercer su autoridad para hacer cumplir sus órdenes. La postura de David Toro era humana, pero viendo las cosas desde un punto de vista estrictamente castrense, la crítica condena a éste por su alzamiento contra determinaciones de su superior jerárquico, dando con ello muestras de indisciplina que, viniendo del Jefe de una gran unidad, gravitarían sobre los comandos menores.

VILLA MONTES Y EL 27 DE NOVIEMBRE

Es poco creíble que el Presidente Salamanca ignorara que su quinto viaje al Chaco, a fines de noviembre de 1934, podía causar la caída de su gobierno. Las relaciones entre el Primer Mandatario y el alto mando militar habían llegado ya a un punto tal de antagonismo que la supremacía del uno sobre el otro se encontraba en entredicho y todo parecía indicar que la decisión favorecería al que tuviera la fuerza para imponerla. A todas luces, esa fuerza estaba en el Ejército, vale decir en la ciudadanía joven movilizada en la zona de operaciones, y no con los cuadros políticos que rodeaban al doctor Salamanca, pues los años de guerra infortunada los habían gastado y se hallaban disminuidos en las postrimerías de 1934. Aun los viejos cuadros de la oposición, a pesar de su acometividad, no se mostraban en mejores condiciones. No es, pues, aventurado decir que don Daniel Salamanca fue al Sudeste sospechando de que difícilmente regresaría al Palacio Quemado.

Es penoso recordar que desde los primeros incidentes armados, ocurridos en 1932, preludios de la guerra pero no su origen, surgió la desinteligencia entre el Presidente Salamanca y el General Filiberto Osorio, Jefe del Estado Mayor y entonces cabeza del Ejército. Salamanca era,

en esa época, el poder y el gobierno, y Osorio hubo de ceder e irse a la línea de fuego. Sobre este enfrentamiento es ilustrativo reproducir dos declaraciones, la una del Jefe del Estado y la otra del Jefe de las Fuerzas Armadas, que revelaban, en pocas palabras, la tirantez a la que se había llegado. Recuerda el doctor Salamanca, en carta dirigida a Osorio el 21 de septiembre de 1932, la amonestación que le hiciera durante la reunión en la que fueron ordenadas las represalias por el contraste sufrido en Laguna Chuquisaca, que la resume así: "Repito que prefiero olvidar ciertos detalles de esa reunión. Confieso —agrega— que en ella, contra mi costumbre, traté a Ud. sin consideración y que le obligué casi brutalmente a seguir el camino que imponía el honor boliviano". Osorio, opuesto a las represalias, en esos días, por impreparación militar, en su defensa ("La Campaña del Chaco"), contestó al reproche en estos términos: "...yo, particularmente, como Jefe de Estado Mayor, por espíritu de disciplina, seguí acatando y cumpliendo las órdenes del Capitán General, sin la menor objeción. Mi subordinación —añade— llegó hasta soportar las intemperancias de su carácter y lo lógico e irreflexivo de sus disposiciones". Tal era el antagonismo inicial entre el Ejecutivo y el Ejército apenas apagados los fuegos en Mariscal Santa Cruz.

Poco después, con el General Quintanilla, Comandante del Primer Cuerpo, pomposamente así llamado a un conjunto desarticulado de 2000 hombres, presentase ya una clara manifestación de insubordinación con la protesta de este Jefe, enviada al Presidente de la República para culparle del desastre de Boquerón y pretender así salvar la propia responsabilidad. Solamente con Lanza, Comandante efímero en el Sudeste, hay entendimiento porque Lanza es un soldado en la acepción cabal de la palabra y porque entre el Mandatario y el General hay mutua confianza y mutuo respeto. Se impone, después, Kundt con plenitud de poderes, y poco tócale al Presidente Salamanca aconsejar. El descalabro inconcebible de Campo Vía da el motivo al Gobierno para quitarle el mando al Jefe desacertado. y se llega a Enrique Peñaranda, glorificado en horas aciagas de la campaña por su hazaña, pero a cuyas espaldas aparece ya, en la superficie y de modo cada vez más visible, el grupo de Jefes que buscan hacerle prisionero de sus propósitos, más políticos que militares, lo que vuelve difícil todo acercamiento entre aquellos dos poderes.

Se produce entonces en el Chaco y lo advierte el observador imparcial de los años de guerra, este fenómeno: emerge, al lado del Comando militar del Ejército el Comando político del mismo con centros bien señalados en dos altos Jefes: el General Enrique Peñaranda y el Coronel David Toro, respectivamente. Desde ese momento, las proyecciones políticas de ese segundo Comando enervan, como no puede ser de otra manera, la directiva superior de la guerra que corresponde al Jefe del Estado y al Comandante Supremo en Campaña. Así sucede, por ejemplo, con la estada prolongada, más allá de toda prudencia estratégica, en Fortín Ballivián, y así también ocurre con la formación de un poderoso Cuerpo de Caballería o Destacamento Toro, destinado a desplegar una maniobra espectacular en el Sector Central, y sobre el cual se cifran grandes esperanzas. Esta dualidad de mandos irá acentuándose a medida que sumasen las derrotas. El temor a las responsabilidades obrará, pues, a modo de aguijón para dar, a la postre, superioridad incontestable al Comando político.

El 24 de abril de 1934 emprende el doctor Salamanca su primer viaje al Chaco. Su llegada produjo entusiasmo en los círculos de Ballivián y en los sectores que alcanzó a recorrer. Moralmente la visita hizo un bien enorme pero, desgraciadamente, el incidente Espada borró el éxito del primer día. El Presidente, antes de partir, quiso dejar en la sede del Comando, con título de Inspector General del Ejército, de acuerdo a un Decreto que se emitiera antes, a don Joaquín Espada, destacado personaje salamanquista. En realidad, lo que se deseaba era contar con un valioso elemento de la confianza del Jefe del Estado para que actuara de enlace entre éste y el General en Jefe, cuya misión principal sería la de unir los esfuerzos del Gobierno y del Comando Superior para la mejor prosecución de la campaña. Este lamentable incidente, que muestra una buena intención tal vez mal planeada, dió lugar al alejamiento de Oscar Moscoso, Jefe de Estado Mayor de Peñaranda, y su reemplazo por Felipe Rivera, a quien más tarde el propio Salamanca encontraría no estar a la altura de su cargo. Si el Presidente hubiese designado a Espada como su personero civil ante el General en Jefe, sin las atribuciones de un Inspector General del Ejército que presupone mando y autoridad supremos, sin duda que la medida habrá sido acatada, dada la alta calidad del personero y la razón de unir voluntades. Este malhadado incidente levantó reacciones contrarias al Gobierno y privó al Comando de un Jefe inteligente y activo.

En su tercer viaje a la zona de operaciones, el 28 de agosto de 1934, el Presidente Salamanca dispuso, de acuerdo con el General Peñaranda, el retiro del Coronel Rivera y su reemplazo por el Coronel Bernardino Bilbao. Más lo que parecía un cambio normal de Jefes de

Estado Mayor, resultó a poco problema insoluble. La impresión en Samayhuate y entre los combatientes, injusta por cierto, era de resentimiento, pues se juzgaba que el Primer Mandatario buscaba imponerse al Ejército ordenando cambios inconsiderados de altos Jefes, cada vez que visitaba la zona de guerra. A nadie podía ocultársele que la juventud movilizada estaba más cerca de sus conductores militares, con los cuales compartía sacrificios, que de los líderes políticos del país.

Estaba en formación en el Sudeste lo que vino en llamarse "el hombre del Chaco", frase con la cual se quería significar, ya entonces, que al soldado que regresaría del sudeste habría de pertenecer la Bolivia de post-guerra porque él y no otro sería el elemento de las futuras transformaciones. La contienda bélica dió madurez a este hombre aunque no experiencia que sólo se amasa con el lento pasar de los años, y esa madurez del sacrificio, si así cabe decir del esfuerzo estéril de una lucha que no traía la victoria, dió consistencia a los propósitos de renovación que perseguía. Los conductores políticos de esa hora no vieron que la esperanza de una patria nueva por obra del propio esfuerzo, era el resorte que sostenía "al hombre del Chaco".

Entre los papeles de este libro se encontrará más de un párrafo de cartas de don Carlos Calvo sobre el tema de la revolución que espíritus previsores —los menos— aconsejaban no descuidar. El ex-Canciller hacía vehementes llamados a la cordura en aras de la patria. En el plano del ideal le sobraba razón; en el hecho quedaban cortas sus exhortaciones. Ya no era ni siquiera secreto a voces que los cambios de fondo vendrían apenas terminadas las hostilidades. Y esto no podían ignorarlo los que gobernaban. En la zona de operaciones, los líderes políticos del país empezaban a ser extraños al mundo que soñaba el combatiente.

La oposición entre el Ejecutivo y el Comando Superior se revelaba hasta en asuntos de un orden secundario. Así la contratación de una misión militar checoslovaca, efectuada sin conocimiento previo de Samayhuate, provocó una crisis absurda que, sin embargo, no se buscaba salvar con útiles contactos sino con la porfía recíproca que nada concedía. Se estaba, una vez más, ante una tradición muy bolivianas de rehuir la consulta y, de lejos, tratar de imponer, cada uno, sus puntos de vista. Al llegar al Ministerio, en agosto de 1934, encontré esa situación de tirantez por la llegada de los oficiales checos que el Comando no quería recibir.

Recordé una conversación mía con el Coronel Rodríguez, en julio, sobre esta ingrata cuestión y me propuse obrar en consecuencia; esto es, negociar y no imponer la utilización de la misión extranjera. Desde luego, en Diputados declaré —de acuerdo con el Presidente— que éste encontraba "muy respetables" los puntos del Comando sobre la inmediata presencia de la citada misión en el Chaco. Sobre esta base, no me fue difícil conseguir del Comando Superior su aquiescencia para el viaje de esta misión a Samayhuate, después de convencer al General Peñaranda mediante mis cartas de 16 de agosto y de 13 de septiembre, que ese era el único camino decoroso y conveniente que debíamos adoptar. En mi carta de agosto decíale al Comandante en Jefe:

"La vida, mi General, está hecha de transacciones, de mutuas compensaciones entre el ideal y el deseo de uno y las realidades triviales. En el caso que nos ocupa, yo me limito a tomar como base, simplemente y de buena fe, la proposición que usted mismo elevó ante el señor Presidente. Es decir, la misión Checa iría al Chaco, acompañada por el suscrito... "Y agregaba: "Creo, pues, que estamos en un terreno de plena conciliación y que, sin mengua de la dignidad del Ejército por la cual yo saldría siempre en defensa, esta visita es aceptable, es útil y es necesaria por lo que ella significa de armonía entre el Gobierno y el Ejército, frente al enemigo".

Días después recibí la invitación del Comando a la Misión checoslovaca para trasladarse a la zona de operaciones, lo que me llevó a contestar al General Peñaranda que este resultado demostraba que, "en todos los asuntos, siempre caben los acuerdos cuando se obra de buena fe y las cosas se explican". Este era el temperamento que, a mi juicio, debía haber imperado en todos los problemas cuestionables entre La Paz y Samayhuate.

Sin embargo, subió de punto el antagonismo entre Gobierno y Comando en la reunión de Tarija, de fines de septiembre. Ella vino a marcar una ruptura en la guerra epistolar desatada entre ellos. Dado el hermetismo habitual del doctor Salamanca no era fácil saber en qué grado dicha entrevista le hizo ver el peligro que se avecinaba. No cabe sostener que este peligro no le fuera señalado, pues allí mismo, en Tarija, ese día 23 de septiembre, se le habló de trajines

revolucionarios y de un golpe inminente. El rumor nos movió a todos a indagar lo que había de cierto. De mi parte nada encontré que diera veracidad a las denuncias y por ello no me pareció prudente alarmar al Presidente indebidamente. Que había animosidad contra el Mandatario sí, pero nada más.

No es, pues, exagerado decir que el encuentro de Tarija evitó que Salamanca corriera el albur de su caída en la sede del Comando Superior. Aclaradas las cosas, gracias al diálogo, siguió viaje sin temor de nuevas complicaciones. A esto vino Peñaranda a Tarija, guiado por un deber de lealtad hacia la persona del Primer Mandatario, temeroso de que se produjeran acciones bochornosas en la sede del Comando. Y tal temor no lo ocultó al Presidente. En mis apuntes de aquella entrevista, hablo de esa lealtad de Peñaranda cuando me confió, antes de dejar Samayhuate, que si Salamanca llegara al puesto de su mando, él se pondría de su lado para defenderle. Enrique Peñaranda realza su estatura de soldado con este gesto. La comprensión humana queda corta al pensar que si tal era la situación, el Primer Mandatario no pareció dar valor alguno a la adhesión del General en Jefe y lo trató con dureza que no merecía, en vez de escucharle con paciencia. Cuando poco después las cosas fueron explicadas, volvió a reinar la cordialidad, lo que prueba que si estas explicaciones hubieran sido atendidas al principio, como era la finalidad de la presencia del General en Tarija, se hubiese evitado el distanciamiento, ya sin vuelta, entre el Presidente y el Comandante del Ejército.

En mis anotaciones sobre esa jornada me limité a relatar ciertos aspectos salientes de ella y no los detalles de lo conversado sobre cuestiones militares y problemas del servicio, pues allí estaban el Mayor Tardío y el Subteniente Ramón Salinas, que tomaban apuntes para sus respectivos superiores. Si se quiere sintetizar, en pocas palabras, la nota principal de la entrevista de Tarija, podría decirse que, de un lado, estuvo la porfía del Presidente de la República en asentar su autoridad y jerarquía usando para ello expresiones fuertes que lastimaron profundamente al General Peñaranda. La palabra "insolente" fue lanzada al rostro del Comandante en Jefe, junto con la acusación reiterada de insubordinado. ¿Qué movió al doctor Salamanca en este empeño de humillar a un hombre que él mismo sabía bueno y débil? La "mala guerra" sacudía los nervios de todos y a ello no escapaba el Jefe del Estado. De otro lado, Enrique Peñaranda buscaba sinceramente y con candor hablaba de sus padecimientos y del nerviosismo existente en los Comandos. No puede negarse que el estado de sobreexcitación en que se encontraban los dos grandes actores de la escena tarijeña, consecuencia de las desventuras de una guerra ya perdida, les hizo abandonar toda mesura y dar campo a las recriminaciones donde debió haber reinado la cordura.

Existió en el Presidente el temor de que se produjera un alzamiento en Tarija, pues al acercarse a la puerta del despacho prefectural dió la orden de que nadie saliera del edificio. Y fue junto a esta puerta que llegó a su punto álgido la célebre entrevista, enfrentándose el Jefe del Ejecutivo y el General en Jefe del Ejército, cada uno, al amparo de su título y prerrogativas absurdamente. La intervención del hijo del Presidente, revólver en mano, tuvo la virtud de volver a la razón a estos protagonistas. ¿Y qué se precisaba para que las cosas se discutieran con provecho? Calma y más calma, y es lo que yo pedía. Prueba esto que una vez aclaradas las cosas, el Presidente puso de lado el caso Rivera, pero quiso antes escuchar a este último. Mas como suele suceder en los actos de la comedia humana, Rivera en la tarde del 23, traspasó las acusaciones que se le hacían al Coronel Ángel Rodríguez, suscitándose así un nuevo problema que, a mi juicio, sería de más difícil solución que el anterior. Y así fue.

La mañana del 24, temprano, se ultimaron los detalles para la salida de Rodríguez del Comando Superior, volviendo, como tantas veces, a la discusión de las Ordenes Generales. Poco después, ya en perfecta armonía, por lo menos de momento, salimos para Samayhuate. Quedaba sí en el doctor Salamanca una sombra de duda renovada sobre la eficiencia de nuestros mandos militares.

En suma, Tarija significó un sano intento con miras a alojar el peligro de un alzamiento militar en el Chaco contra la autoridad constituída. Muchos no lo comprendieron así y menospreciaron la actitud de Peñaranda. Con una visión fuera de la realidad se pensaba, en círculos palaciegos, que no se debía ceder y que la voluntad del Jefe del Estado era la ley. Error psicológico. Recuerdo a este propósito lo que me escribiera el General Peñaranda, en carta de fecha 22 de octubre de 1934, acerca de los incidentes producidos por el retiro de Rivera y de Rodríguez. A su modo, decía el General esta sencilla máxima: "Pienso que le los éxitos de los

grandes estadistas se deben a la comprensión de sus espíritus y a la verdad de saber amoldarse a las realidades de la vida. No basta decir, he ordenado, he dispuesto, lo impongo. Más sabio, más moral, más patriótico, más enaltecedor es atender a quien ofrece razones de interés colectivo". Después de todo, lo que probó Tarija es que el Presidente Salamanca ya no tenía el poder que había pasado al Ejército del Chaco, decisivamente.

Empero, yo no me creía autorizado para dejar de insistir en el cumplimiento de las órdenes del Jefe del Estado. En una de mis crónicas reproduzco la carta que, con fecha 25 de octubre de 1934, dirigí al General Peñaranda sobre el cambio de destino de los Coroneles Felipe Rivera y Ángel Rodríguez.

Ese poder de que ahora hacían gala los altos Jefes del Ejército, no aminoró la voluntad del Primer Mandatario para imponer sus determinaciones, acaso con mayor fuerza aún por la resistencia encontrada. Se estaba frente a un proceso de reacciones contrarias de una y otra parte y, no cabe negarlo, a una lucha de supremacías entre el poder civil y el poder militar —como ya lo dije— que, lógicamente, distraía la atención preferente, y que debió ser única, sobre los asuntos de la guerra.

Dos años y medio de descalabros y continuos retrocesos de líneas de combate, habían producido, como era natural preverlo, irritación y desconfianza en los Comandos y en las esferas de gobierno. Aun podía decirse que cierta animosidad o malquerencia se insinuaba, desgraciadamente, en las relaciones recíprocas de aquellos poderes, dando paso a la nota personal, con acento de resentimiento, en el cultivo de esas relaciones. Según algunos observadores de los sucesos de Villa Montes, esa nota personal dió lugar a la violencia empleada por los que tenían la fuerza contra un mandatario desarmado y sus pocos acompañantes.

Como he anotado, en más de un pasaje de este libro, no puede juzgarse el derrocamiento del Presidente Salamanca sin tener en cuenta el capítulo de las responsabilidades de la guerra. La pérdida del Chaco caía, a manera de lápida, sobre los hombres de los mandos militares y sobre los dirigentes políticos. Y estos mandos creyeron necesario deshacerse del ciudadano que más los había acusado. No es ésta, desde luego, una explicación cabal de lo ocurrido el 27 de noviembre, pero es, sin duda, un elemento que no debe ser ignorado.

Para terminar con el entredicho surgido con motivo de los cambios de destino de los Coroneles Rivera y Rodríguez, reproduzco aquí un párrafo de mi carta, arriba citada, al General Peñaranda, párrafo en el que creí procedente hacer un llamado al deber, con el fin de que el Comandante en Jefe se empeñase en resolver, con el peso de su autoridad, el grave conflicto latente entre su Comando y el Ejecutivo:

"Usted es un hombre de limpia tradición y sé que me comprende. Mucho celebraríá que en los actuales momentos, se revistiera usted de fuerza y de autoridad suma para imponer su persona sobre el Ejército y sobre algunos Jefes que pretenden gobernarle. Esto no es aceptable y mucho lamentaría que su bondad y su espíritu de conciliación no cedieran el paso a la dureza con que, en ciertos minutos de la vida, es preciso revestir nuestros actos".

El conflicto siguió su curso. Hacía ya algún tiempo que el doctor Salamanca había llegado a la conclusión de que Peñaranda, a quien estimaba personalmente, no respondía ya a sus altas funciones. El General en Jefe, en dos ocasiones, había presentado su renuncia. Es posible que el Presidente las dejara sin respuesta pesando las dificultades que una aceptación podría acarrear. El grave contraste de El Carmen (14 de noviembre), que obligaba a un repliegue a la línea de Villa Montes, debió parecerle razón suficiente para ejecutar lo que tenía pensado. Es así que, después de reorganizar su Gabinete, Salamanca decidió ir nuevamente al Chaco y alejar de sus cargos al General Peñaranda y al Jefe del Estado Mayor Felipe Rivera. ¿Cómo explicar esta decisión del señor Salamanca, cuando se encontraba más débil su autoridad? Se podría decir, a modo de exageración, que el Presidente buscó el derrocamiento para salir de la tremenda amargura en la que vivía. Pero no, Salamanca era de una contextura moral superior. Salamanca era el deber personificado, rígido e insoslayable.

Esta resolución del Primer Mandatario, de ir a Villa Montes en esas circunstancias, no es criticable si uno se aferra al cumplimiento del deber tal cual lo dicta la conciencia. No puede haber duda de que el doctor Salamanca, cuya inflexibilidad era proverbial, debió pensar que para salvar a

Bolivia de un mayor desastre en esas horas trágicas de la guerra, no existía otro camino que imponer el cambio de las dos más altas autoridades del Ejército, cualesquiera que fueran las consecuencias. Esa admirable fuerza interior sostenía, en ese hombre enfermo, su determinación de enfrentarse al Comando en Villa Montes. Empero, cosa muy distinta fue la preparación de este propósito. La decisión estaba tomada, pero faltó la manera de asegurar su cumplimiento acorde con la realidad. Se quiso dar un golpe de sorpresa en vez de usar la maniobra, olvidando que en la guerra como en la política, la maniobra es a veces el todo. Recuerdo que en esos días tuve una entrevista con mi respetado amigo Demetrio Canelas; Ministro de Guerra en mi reemplazo. Al entregarle el Despacho, me pidió un consejo para proceder a la remoción del General Peñaranda. Le dije que si tal era la resolución adoptada y por lo que me exponía parecía ella irrevocable, convendría que él hablara primero con el Coronel Toro. El Ministro de Guerra, en Villa Montes, efectivamente fue a ver a Toro en su Comando de Carandaití pero después de la sustitución de Peñaranda por Lanza y no antes como lo refiero en una "crónica".

No era un secreto que en ciertos círculos militares del Chaco, la remoción del General Peñaranda se consideraba deseable. El problema radicaba en encontrar al Jefe que tomara su puesto y tuviese la aceptación de todos o, mejor dicho, de los comandos adictos al Coronel Toro. Tampoco querían estos círculos y menos otros, lastimar al héroe de Campo Vía, a quien todos respetaban porque a nadie hacía sombra. De ahí que mi indicación al doctor Canelas no era aventurada, pero el factor oportunidad era decisivo y aquí el Ministro de Guerra erró la forma o, materialmente, no se le dió tiempo por la precipitación con que, en Villa Montes, se procedió al cambio de Peñaranda y de Rivera.

Debe tenerse presente, al analizar el golpe de Villa Montes, que los militares que rodeaban al Coronel Toro y los movilizados que le seguían, veían llegar el fin de la guerra con la derrota encima lo que les movía a buscar posiciones de resguardo y cambiar las cosas en el país. La toma del poder estaba en la mente de muchos. Peñaranda, en este proceso, se hallaba marginado. Los últimos meses de 1934 fueron para él una pesadilla y así se lo dijo a Salamanca en Tarija. En una carta de 30 de junio de 1936, volvía a confiarme su desazón: "Bien sabe Ud. cuántos desvelos y cuántas amarguras me cuesta esta campaña". El hubiera preferido seguir con su querida Cuarta División, esa "Brava Div.", suya y de Moscoso, batiéndose valientemente en los trasfondos del Chaco, donde pasara él la mayor parte de su vida de soldado. El caso era que sus camaradas no le dejaban ir, pues era ajeno a las ambiciones de poder o de figuración que se agitaban en torno suyo. La confesión nos viene del propio Peñaranda. En el prólogo a la tesis de licenciatura del Capitán Roberto Ramallo Quiroga, citada en páginas anteriores, escribe el Comandante en Jefe del Ejército en Campaña: "... no tuve empeño en permanecer en el cargo de General en Jefe; habría renunciado a no ser la insistencia de los Jefes y Oficiales para que me quedara". Y a renglón seguido agrega: "El Presidente pudo relevarme del cargo desde La Paz; yo hubiera acatado en el acto esta orden, pidiendo sólo que se me retuviese el mando del regimiento "Loa". Y refuerza esta declaración con esta otra: "Gran honor me fue discernido al nombrármese General en Jefe; yo era un modesto soldado que jamás soñé con subir a ese Calvario para quien es consciente de su responsabilidad". Con estas frases Peñaranda se retrata a sí mismo y pone en evidencia que no fue él quien urdió el golpe de Villa Montes.

Duele, sin embargo, constatar que en la capital del Chaco, el Comandante en Jefe y ese otro hombre disciplinado y medido, Felipe Rivera, se dejaron arrastrar por otros y bajaron del plano respetable que les correspondía. Al hacer el juego a ajenas ambiciones, estos dos altos Jefes del Ejército pasaron a la acción violenta. En Villa Montes, en enero de 1935, camino de mi nuevo destino militar, escuché relatos del incomparable amigo Eduardo Anze y de otros camaradas del Comando sobre los pormenores del derrocamiento del Presidente Salamanca, y encontré que la mayoría de mis informantes no estaban con el mandatario caído. Era gente ya tomada por el Comando político del Chaco. Anze Matienzo resultaba una excepción, pues si bien criticaba al doctor Salamanca por su empeño —según él decía— en remover a Jefes del Comando en cada viaje y por su porfía de dictar él las Ordenes Generales del Ejército, repudiaba la acción de fuerza del 27 de noviembre. Pero todos estaban acordes que de permanecer en el mando don Daniel Salamanca hasta la terminación de su período, el Ejército, es decir gran parte de los militares y de la juventud movilizada, rechazaría a Tamayo de Presidente. Al "hombre del Chaco", había de corresponderle el gobierno en la persona de uno de sus líderes.

Los hombres crecen de estatura cuando caen de su grandeza envueltos con el manto de la dignidad. La serenidad y altivez de Daniel Salamanca, en aquel duro trance de Villa Montes,

empequeñecen a sus enemigos, y éstos que se creyeron vencedores no vieron que su acción iba a disminuirlos ante el juicio severo de la Historia. El 23 de septiembre, en Tarija, el General Peñaranda dió una alta prueba de lealtad hacia la persona del Primer Mandatario; dos meses después era otro hombre al que le faltó el buen consejo.

Ese conocimiento anticipado de que la caída está detrás de la puerta, lo tuvo también don José Luis Tejada Sorzano, pero el cumplimiento del deber dió ánimos al probo ciudadano para asumir el mando efímero en horas de graves responsabilidades, que no provenían precisamente de actuaciones suyas. El temor a las complicaciones internacionales que pudieran originarse en un no reconocimiento expedito de las naciones vecinas, en cuyas manos estaban las negociaciones de paz, llevó a los subvertores de Villa Montes a respetar la constitucionalidad del mandato presidencial en la persona del Vice Presidente después de haberla negado en la del Jefe del Estado. Empero, estaba ya decretado que un gobierno castrense desplazaría al de don José Luis Tejada Sorzano, en cuanto lo permitieran las circunstancias, vale decir el curso de aquellas negociaciones. Contra el señor Tejada no existía, sin embargo, imputación alguna ni resentimientos; por el contrario, se aceptaba unánimemente que el nuevo Presidente daba especial importancia a la preservación de las buenas relaciones entre Gobierno y Comando, pero el ilustre panceño significaba el último obstáculo para que tomaran el poder los Jefes del Ejército y los combatientes del Chaco, adictos a aquellos y agitados por una efervescencia pasional que los arrastraría lejos y con ansias de verse libres del predominio partidista de las agrupaciones de retaguardia. Mas, junto a este despertar juvenil que no carecía de impulso alentador, andaba oculto —es permitido repetirlo— el móvil de las responsabilidades de la guerra, obsesión de los conductores militares y civiles.

No se trataba, si uno quiere ser objetivo, de impedir que uno de esos conductores militares arrebatase el mando de la república. Ya el doctor Salamanca había expresado, en más de una ocasión, que les entregaría el poder si saliesen victoriosos del Paraguay e, históricamente, había el caso de Narciso Campero, jefe de un ejército vencido. Lo censurable entonces era el alzamiento contra el precepto constitucional que, para un espíritu previsor y después de los descalabros de la campaña, había de llevar consigo el germen de una enervante vida de sobresalto al campo de la política boliviana. En el país, una y otra vez, líderes de partido o facción pecaron de precipitados y tomaron la delantera, saltando sobre la ley sin mayores escrúpulos cuando no se sintieron seguros del triunfo plebiscitario que, de otro lado, poco parecía importarles. Esta flaqueza que exhibían nuestros políticos provenía de no reconocer la sabiduría de la alternabilidad en el poder, el cambio de equipos cuya consecuencia va más hondo porque alienta nuevas esperanzas en quienes siempre quedan al margen del tumulto, el pueblo, aunque se invoca su nombre como inspiradora de movimientos que sirven para satisfacer la ambición del caudillo.

Tal vez ayuda a explicar la dimisión del doctor Salamanca, si la versión es correcta, la amenaza que un Coronel le hiciera, en Villa Montes, de comunicarse el Comando Superior directamente con el General Estigarribia, en demanda de un armisticio para concertar la paz. Y de ahí acaso la frase de su renuncia, redactada por él mismo —según se asegura— invocando motivos que le obligaban a alejarse del poder. Último gesto del mandatario por salvar el Chaco. Esta idea de entendimiento directo entre los Comandantes boliviano y paraguayo, no es nueva. En alguna página de mis apuntes o crónicas hago mención a ella al narrar las ocurrencias del Coronel Ángel Rodríguez sobre tan singular salida.

Omisión sería no hablar aquí de un elemento de peso que no faltó a la cita de Villa Montes ese 27 de noviembre: la impunidad. A lo largo de nuestra historia ella emerge triunfante de las acciones de fuerza que terminan por quebrantar el estado de derecho. Su persistencia le ha dado el carácter de tradición nacional en nuestra incipiente vida democrática. Así en el Chaco, vasto escenario de virtudes y de deslices, ciertos conductores se desentendieron del mal que la impunidad causaría a la Bolivia de post-guerra. Mas, en el fondo de todos nuestros infortunios se encuentra el drama de la frustración. Frustración infinita que llevan a costas miles de combatientes que hallan vacío el horizonte después de tantos sacrificios; desesperanza que suena a engaño. La queja de estos hombres se alza contra los de retaguardia antes que contra los militares porque con éstos convivieron tres años de duras experiencias. La desilusión, granda como el dolor de sentirse vencido, hizo inconoclasta a esa juventud que quiso borrar el pasado con un gesto de rebeldía, sin advertir que el pasado vuelve hacia nosotros con el correr de los años hecho prudencia y mesura. Pero en esos días la prudencia y mesura estaban demás e incomodaban a los caudillos. Y en tal estado de acción resuelta, renovadora y confiada, ¿qué

podía importarle al "Hombre del Chaco", que regresaba con la amargura de la derrota y más aún a los que volvían lacerados de los campos paraguayos de prisioneros?, ¿qué podía importarles el gobierno de Salamanca o el de Tejada Sorzano si para ellos éstos simbolizaban el pasado? Había que organizar una Bolivia nueva, grande y justa. Ese era el ideal de muchos y para darle vida hacía necesario poner de lado a los poderes constituídos. Pero este impulso, que alentaba propósitos de superación cívica, encontró en su camino el espectro de las responsabilidades de la guerra y tropezó con la máscara de las bastardas ambiciones.

Muy lejos de mí justificar el 27 de noviembre de 1934. Me limito a poner de relieve que ese 27 de noviembre vino a demostrar, una vez más, la poca consistencia que tiene en Bolivia la norma de derecho y la regla moral. Acaso sea ésta la explicación del por qué, en esta tierra boliviana, de frustraciones se alimenta la fuerza que mueve a los caudillos. También Daniel Salamanca, en ese año de la "gloriosa" de 1920, al verse apartado en la lucha presidencial por Bautista Saavedra, hombre de acción frente al pensador político, sacó bríos del fracaso para encabezar a la oposición hasta vencer, mas la frustración inicial debió acrecentar su natural escepticismo por las cosas de este mundo. Retrata mejor, sin duda, la oculta inflexibilidad de Salamanca lo que se cuenta de su entrevista con Ismael Montes, cuando éste, a su vuelta de la zona de operaciones, intercedió por Carlos Quintanilla, el de la protesta de 1932, sin lograr vencer la resistencia del mandatario que se negaba a recibir al arrepentido Comandante de las fuerzas en campaña. Montes se despidió "para siempre" del doctor Salamanca. El Jefe del Ejecutivo dió aquí la impresión de un introverso que, más allá de su estrecho círculo, pierde la noción del mundo exterior y la práctica saludable de la relación humana. Detrás de Quintanilla que, después de todo, sólo era una pieza en el tablero del Chaco, Daniel Salamanca no vió o no quiso ver al viejo caudillo paceño.

La vorágine de la guerra impidió a los gobernantes advertir que tres años de dura lucha, en las candentes llanuras del sur, debían producir cambios profundos en la mentalidad de miles de movilizados. No se pensó que saldrían del "infierno verde" con "la violencia metida en la sangre" y que el derecho de hablar fuerte sería de ellos y no de otros. Dice uno de los más grandes periodistas de Bolivia, Demetrio Canelas, sobre el retorno del soldado, esta sentencia que da razón a lo que advino después: ("Documentos Políticos" -1938).

"El tribunal que habrá de juzgarnos vendrá de las líneas de combate, e irá plasmando su veredicto en la conciencia popular".

Uno se pregunta si una guerra corta, a pesar de los descalabros iniciales, ¿habría evitado el golpe militar y preservado el orden institucional, elevando la estatura moral de Bolivia? Quizá. Las ansias de renovación, justificadas por el sacrificio, habrían tomado entonces el cauce de las grandes polémicas nacionales, y las voces que venían del sudeste hubieran encontrado eco amplio y abierto para imponerse en una democracia fortalecida por esta prueba de honda cordura. Pero, tal vez, esto era pedir demasiado a la naturaleza rebelde e impaciente de los bolivianos.

LA MISION NIETO DEL RIO

Una negociación fallida precipitó la concurrencia de Bolivia a la reunión de Buenos Aires y, como consecuencia, la firma del convenio de armisticio de 12 de junio de 1935, llamado Protocolo de Paz, porque sus estipulaciones marcarían lo que habría de ser, sin vuelta, el Tratado de 1938.

La Cancillería había obtenido un brillante triunfo en Ginebra. En noviembre de 1934, la Liga de las Naciones adoptaba un Pliego de Recomendaciones, con el voto afirmativo de las naciones americanas, entre ellas Argentina y Chile, voto en el cual se señalaba el camino que debían seguir las Partes para dar fin a la guerra y solucionar el viejo litigio del Chaco. Dos hombres, tesoneros y capaces, David Alvéstegui en La Paz y Adolfo Costa du Rels en Ginebra, lograron aquel triunfo tras meses de empeñosa labor.

Anticipándose a este éxito diplomático, Carlos Calvo, predecesor de Alvéstegui en Relaciones Exteriores, quiso encauzar la liquidación del conflicto por la vía del arbitraje juris, acorde con las proposiciones de la comisión de la Liga, destacada ante los beligerantes, a fines de 1933. Estas proposiciones vinieron, pues, a constituir el antecedente de las Recomendaciones de

Ginebra, aprobadas en noviembre de 1934. Calvo, en carta que me escribiera el 2 de marzo de 1934 al Chaco, condensaba así su pensamiento:

"La conclusión es la siguiente: Debemos aceptar la proposición ya rechazada por el Paraguay y dar así en el exterior la impresión de que Bolivia no es un país guerrero **a outrance**, que se resiste a escuchar las sensatas reflexiones pacifistas, y dar sobre todo en el interior la sensación de que el Gobierno, después de pulsar la opinión general quiere la paz, aun cuando sea a base de fuertes sacrificios si ella ha de celebrarse mediante el arbitraje de derecho".

Pero lo íntimo del pensamiento de Carlos Calvo estaba en esta frase de su carta: "La paz no vendrá..." Hombre conocedor del mundo exterior y de claro talento, no podía dejarse sugestionar por fórmulas de paz reñidas con las realidades de la guerra. Juzgaba, sin embargo, que el país debía dar pruebas de pacifismo, aminorando así el significado de pasadas actitudes negativas, como la ruptura de relaciones de 1931, y creía que la aceptación de aquellas proposiciones de la Comisión, presidida por Álvarez del Vayo, era el camino más apropiado. El Presidente Salamanca, sin embargo, desconfiaba de la Sociedad ginebrina y quería que los países americanos retomasen las negociaciones de paz. Estos criterios encontrados produjeron la dimisión del doctor Calvo, quien en su carta, distinguiéndome con su confianza, me anticipaba su retiro con estas palabras: "Mucho hemos discutido este asunto en los consejos de Gabinete y si no consigo que mi opinión sea aceptada por el señor Presidente de la República dimitiré el cargo de Ministro, como lo tengo ya más o menos anunciado". Sucedióle en la cartera don David Alvéstegui que hubo de proseguir la lucha para convencer al Jefe del Estado de que la intervención de la Liga nos traería una enorme ventaja moral sobre el adversario, capaz de doblegarle. Esa ventaja moral fue, en verdad, un triunfo diplomático espectacular, pero también, en el terreno de los hechos, otra gran ilusión.

Básicamente, el pliego de Ginebra se ocupaba de tres aspectos principales: cesación de hostilidades; medidas de seguridad: negociaciones de paz. Y declaraba que las Recomendaciones formaban "un todo indivisible", por lo que debían ser aceptadas "tal como se hallan redactadas". A estos tres aspectos, inherentes a toda gestión que epiloga una guerra, se agregaba la reducción de efectivos militares sólo dos meses después de suscrito el armisticio; el establecimiento de una tierra de nadie de cien kilómetros entre las fuerzas combatientes y el señalamiento expreso del Tribunal Internacional de Justicia de La Haya para el eventual arbitraje de derecho si fracasaban las negociaciones directas entre La Paz y Asunción, lo que, demás está decirlo, todos daban por descontado; por último, invocaba el citado documento la doctrina de 3 de agosto sobre adquisiciones de territorios por las armas y el **uti possidetis** de 1810. De acuerdo con el **Covenant**, debía aplicarse un embargo de armas a la Parte que rechazara las Recomendaciones y, cabían otras sanciones, económicas y hasta militares, punto desde luego teórico.

En buen romance, estas Recomendaciones, aceptadas por Bolivia y rechazadas por Paraguay, que más tarde quiso escudar su repulsa con un pedido de aclaraciones, puso a éste fuera de la ley internacional y le llevó, después, a notificar su retiro de la Liga. La diplomacia boliviana había obtenido, en principio, lo que no pudieron alcanzar sus armas en tres años de cruenta lucha, esto es: retrotraer el pleito a su punto de partida **ante bellum** y someterlo a un arbitraje de derecho sin excepciones de zonas o litorales. El resultado de las armas quedaba en entredicho y el dominio del Chaco sería la consecuencia de una decisión judicial y no de la ocupación. Además, la indivisibilidad de las Recomendaciones imponía que la cesación de fuegos fuese simultánea a la suscripción del compromiso arbitral. Esta era la mejor garantía para Bolivia de que el Paraguay no volvería a escurrirse de sus obligaciones.

Encontrándome en Cuevo, en el Cuerpo de Ejército del Sector Central, al mando del General Quintanilla, se recibió, en febrero de 1935, orden del General Peñaranda disponiendo mi traslado a La Paz, a pedido del Ministro de Relaciones Exteriores. Hube, pues, de dejar con sentimiento a mis camaradas de ese Comando y constituirme en la sede del gobierno. Recibido con su habitual cordialidad por el doctor Alvéstegui, asumí la jefatura del Departamento Político de la Cancillería. En esos días, en círculos de opinión no se hablaba sino del Pliego de Ginebra y del curso que tomaría la terminación de la guerra. Las Recomendaciones daban esperanzas de llegar a una honorable transacción en el Chaco, aunque no faltaban los escépticos. Fue en esos días que apareció en La Paz Félix Nieto del Río, Director del Departamento Político de la Cancillería chilena. Venía en misión especial.

El cometido de Nieto del Río consistía en introducir modificaciones a las Recomendaciones de Ginebra con la finalidad, según su decir, de hacerlas viables. El doctor Alvástegui me encargó un estudio de los cambios introducidos por el enviado chileno, lo que me llevó a redactar cuatro memorándums comparativos, agregando algunas reflexiones que juzgué oportunas.

En mis papeles hacía resaltar, desde luego, las siguientes diferencias entre el Pliego de la Liga y el de Chile: Nieto, en parte alguna, expresaba que debía conservarse la indivisibilidad de las Recomendaciones; tampoco citaba específicamente al Tribunal de La Haya y no puntualizaba que el arbitraje sería de derecho, sin exclusiones; además, no agregaba que el compromiso de tal arbitraje debía ser concertado anteladamente; de otra parte, omitía la declaración de 3 de agosto y el precepto del **uti possidetis** de 1810; y, por último, sugería que la desmovilización o reducción de efectivos se llevara a cabo en cuanto se firmara el armisticio y no dos meses después como indicaba el pliego ginebrino. Había, sin embargo, una mejora sobre las Recomendaciones: las fuerzas combatientes quedarían donde estuviesen al cese de fuegos con desplazamientos menores que fijaría una Comisión Militar.

Con excepción de lo que acaba de anotarse, era evidente la desventaja que para Bolivia significaban las modificaciones pro hijadas por Nieto; de ahí que apareciera extraño que Chile, que venía prestándonos su apoyo acorde con sus intereses, de súbito nos enviara una misión que resultaba aminorando nuestro triunfo de Ginebra. La razón para este vuelco de frente no pasó desapercibida ha poco de iniciar Nieto del Río su cometido. El propio comisionado chileno, en su primera visita al Presidente Tejada, dió ciertas explicaciones, según la versión remitida por la Presidencia al Ministerio de Relaciones, de 20 de febrero de 1935, así redactada:

—"El Excmo. señor Nieto del Río, hace alusión a las serias dificultades que en los últimos tiempos se han presentado entre las Cancillerías de Chile y la Argentina, las cuales, dice, han estado muchas veces a punto de producir un rompimiento. Ellas han culminado con motivo del tratado de comercio suscrito entre Chile y el Perú, que la Argentina quiso desbaratar. "Chile ha salido con la suya", me dice, y el tratado ha sido firmado. Luego hemos entrado en un entendimiento con la Cancillería argentina y ahora tenemos su fuerza con nosotros y podemos utilizarla en beneficio de la terminación de la guerra del Chaco.

"Indico que dados los antecedentes de esas malas relaciones recientes entre Chile y la Argentina y el del amor propio que el señor Canciller de la República Argentina tiene en la cuestión del Chaco, lo deplorable sería comprobar que la casi fractura entre Chile y la República Argentina, haya sido saldada, poniendo las influencias y la situación de Chile a merced de los planes argentinos de pacificación del Chaco.

"Eso no", responde el señor Nieto del Río, "el Canciller Saavedra Lamas está ahora totalmente cambiado y nosotros creemos haberle ganado la partida".

La realidad, como lo comprobaron los servicios exteriores de Bolivia no era, precisamente, lo que predicaba Nieto del Río, pues Saavedra Lamas seguía dirigiendo las cosas del Chaco, y todo parecía indicar que Chile, deseoso de borrar el pasajero distanciamiento con Buenos Aires, buscaba servir los intereses porteños en estas negociaciones al margen de la Liga de las Naciones. La sagaz observación del Presidente Tejada, dicha con franqueza al Embajador Nieto, reflejaba la verdad.

El retiro del Paraguay de Ginebra o su derrota ante la Liga, significaba un serio problema para la Argentina. Era menester enmendar el rumbo y, en el hecho, sacar la controversia de los estrados ginebrinos. De ahí nació la misión Podestá Costa a la Asunción, anterior a la de Nieto a La Paz. Aquella misión regresó con un pliego de proposiciones que, en esencia, fue incorporado por Nieto del Río en su proyecto de modificaciones al documento de la Sociedad de las Naciones. El pliego de Podestá no se apartaba mucho de algunos conocidos puntos de vista paraguayos.

En el fondo, lo inaceptable de la gestión Nieto era la concertación del armisticio sin el compromiso arbitral. Desaparecía para Bolivia esta garantía específica y lograba así el Paraguay la suspensión de fuegos, quedando el negocio territorial para imprecisas gestiones futuras.

En mis memorándums, como era elemental, anotaba estas disparidades entre el pliego de Ginebra y el de Nieto, sosteniendo la indivisibilidad entre armisticio y compromiso arbitral. Había,

sin embargo, un punto de las Recomendaciones que me preocupaba: el establecimiento de un vacío de 100 kilómetros entre los ejércitos enemigos. Esto pudo ser aceptable cuando Bolivia se aferraba a fortín Ballivián y no había ocurrido el contraste de El Carmen, pues las gestiones de Ginebra databan de mayo de 1934; pero ahora, en febrero de 1935, las cosas eran distintas y para las fuerzas bolivianas un retroceso de 50 kilómetros ven. dría a significar una imposibilidad, esto es, el abandono de los primeros contrafuertes de la Cordillera.

Este punto requería un mayor comentario y así lo hice en el memorándum de 25 de marzo. No se me escapaba que algunas de mis reflexiones podían aparecer un tanto pesimistas. Es que regresaba yo del Chaco, impresionado por cierta falta de confianza que se advertía en los propios Comandos sobre una maniobra de envergadura o una reacción de fondo que hiciese retroceder a los paraguayos un buen trecho. En suma, daba importancia capital al punto señalado en los párrafos siguientes de mi cuarto memorándum:

"La ubicación de nuestras fuerzas a principios de diciembre último, pudo justificar la aceptación, sin reservas, del Pliego de Recomendaciones de Ginebra.

"En efecto, la línea boliviana, en esos días, partiendo de D'Orbigny, tocaba Ibibobo, Capirenda y remataba en Santa Fe. Cabía, pues, soportar un retroceso de 50 kilómetros, más o menos, sin afectar centros vitales (Sanandita, Villa Montes, Cuevo, Camiri, Charagua) y el camino troncal Yacuiba-Villa Montes-Camiri-Charagua y Santa Cruz.

"Empero, la situación militar ha cambiado en el sentido anotado y hoy la cláusula de las Recomendaciones que establece un retroceso de líneas de 50 kilómetros por lado, entraña para Bolivia la posibilidad de dolorosas complicaciones si el proceso de pacificación llegase a paralizarse antes de su definición y ocurriesen hechos de armas subrepticios.

"La fórmula de Ginebra, en el capítulo de las seguridades, dice lo siguiente: "a) En el plazo de diez días a partir de la cesación de hostilidades, los dos Ejércitos en presencia deberán replugar sus líneas de vanguardia sobre el grueso de sus fuerzas a 50 kilómetros por lo menos, del frente alcanzado el día de la cesación, formando así una zona de seguridad de 100 kilómetros, por lo menos, de anchura, cuyos límites serán fijados por la Comisión Internacional.

"El pliego de enmiendas de la Misión Nieto no toca este punto.

"La gravedad de la disposición, para Bolivia, toma relieve si se apunta que la línea de seguridad, a 50 kilómetros de la de fuego, actualmente pasaría muy cerca de Caiza, tomaría Sanandita, Chimeo, Palos Blancos, Villa Montes, San Antonio, Ibo, Cueva, tal vez Ingre, Camiri, San Francisco, Charagua, además 10 leguas al occidente del río Parapetí. En el sector norte, nuestras líneas de Ravelo regresarían hasta cerca de Robaré y en el Oriente, desocupado Vitrones y otras plazas nos encontraríamos en las cercanías de Puerto Suárez.

"Este retroceso pone a las fuerzas bolivianas, en los sectores más importantes, detrás de serranías ya muy altas, desde donde es difícil llegar con tiempo a los lugares arriba indicados.

"El peligro está en que todos los más importantes objetivos que Paraguay tuvo en vista en la guerra quedan a merced de un golpe de mano, libres e indefensos, totalmente al descubierto. La tentación ha de ser tan grande que Paraguay podría verse llevado a cometer una agresión sobre uno u otro de aquellos lugares, particularmente Camiri y Sanandita, bases actuales de la zona petrolífera boliviana.

"En nuestro criterio, el Pacto de Seguridad que Bolivia ha accedido suscribir, si bien contempla la violación de la cláusula de armisticio y de las medidas militares consignadas en el tratado de paz, no tendría, quien sabe, suficiente fuerza para anular los hechos consumados, máxime si éstos guardasen estrecha relación con intereses cuantiosos de la gran industria.

"En cambio, ese mismo pacto de seguridad, suscrito por los dos beligerantes, los países limítrofes y Estados Unidos de América, parece constituir garantía suficiente contra todo choque de fuerzas, no viéndose, en consecuencia, qué beneficio reportaría el retroceso de líneas a 50 kilómetros por lado, ya que esta medida tiene por solo objeto evitar los encuentros armados.

"En esta virtud, creemos que es urgente tramitar con la Misión Nieto del Río la inclusión de una nueva enmienda en el sentido de que los Ejércitos de Bolivia y Paraguay, acordada la suspensión de hostilidades, replegarán sus líneas avanzadas en una distancia de 5 kilómetros, formando así una zona de seguridad de 10 kilómetros que podría recorrer una representación de los garantes del pacto de seguridad.

"La distancia de 10 kilómetros, en la guerra del Chaco, puede considerarse como máxima de tiro de artillería.

"El no conseguir esta modificación, justificable y lógica, una vez que esté suscrito el citado pacto de seguridad, pone a Bolivia en excepcionales circunstancias de zozobra, ya que todo el camino troncal y único de Yacuiba, por Villa Montes, Macharetí, Cueva, Camiri, Charagua hasta Santa Cruz, quedaría abandonado. Este camino, de importancia vital para la seguridad de nuestros territorios del Este, debe quedar bajo el contralor de nuestras fuerzas, tal como se encuentra ahora, con excepción de dos pequeñas interrupciones en Macharetí y en Boyuibe, salvadas por desvíos oportunos.

"Hay tres aspectos más que pesan en este asunto: no es posible conciliar la explotación de una riqueza privada, de grandes proporciones, como la del petróleo, como tampoco es aceptable dejar en el abandono a todos los núcleos de población ya citados, puestos a merced de inesperadas sorpresas entre dos Ejércitos que se guardan mutua desconfianza. Por otra parte, no puede admitirse que Bolivia realice una rápida desmovilización (30 días) si todo el nervio para llevarla a cabo (el petróleo) se explotaría fuera de su vigilancia. Nuestros servicios de transportes son militarizados y como tales deberán seguir operando en la zona de seguridad que se desea hacer neutral.

"El buen éxito estaría en introducir la enmienda sobre este punto como enmienda del plan Nieto y para ello tal vez sea útil acceder a la mayoría de las propuestas por dicho plan y quizá, observar, exclusivamente, la que se refiere al arbitraje, con tal de lograr anular la disposición de Ginebra sobre retroceso de fuerzas".

Esta exigencia de una zona de seguridad de 100 kilómetros de ancho, contenida en las Recomendaciones, no pudo ser tratada formalmente porque la Cancillería se encontraba abocada, primeramente, a salvar las Recomendaciones mismas, cuya esencia era la indivisibilidad entre armisticio y compromiso arbitral. Bajo la impresión que tenía yo de que la influencia de la Liga de las Naciones empezaba a ser discutida o cuestionada por tratarse de un conflicto americano, recordaba lo que me dijera Pinto Escalier, en 1930, al dirigirme a la Asunción, de que el pleito del sureste sería liquidado en Buenos Aires, tarde o temprano. Para mi noble amigo esto era un artículo de fe. Y como Ginebra aceptaba que en la capital argentina se diera aplicación a sus Recomendaciones, parecióme necesario y de urgencia que las sugerencias de Nieto fuesen estudiadas seriamente con el fin de adaptarlas a las Recomendaciones. Y así lo expresé en mi Tercer Memorándum, de 23 de marzo;

"Con el fin de establecer la posibilidad de introducir el pliego de enmiendas de la Misión Nieto del Río en el plan de Recomendaciones de la Liga, se hace necesario adelantar consideraciones de orden general:

"1) Existe una realidad incontrovertible: Paraguay ha rechazado el plan de Recomendaciones de Ginebra y no será posible hacerle volver sobre su decisión, pública y oficial, agravada por su notificación de retiro de la Sociedad, a menos que sufra una derrota de gran significación en el terreno militar.

"Esta afirmación se apoya, además, en otra realidad: el fracaso de la política de las sanciones (Artículo 16 del Pacto) una vez que los Estados vecinos, especialmente Argentina y Uruguay, se oponen y se opondrán a aplicarla.

"La interrogante de carácter militar, enunciada más arriba, sólo podría ser absuelta por el Comando Superior del Ejército en Campaña y, aún así, su juicio jamás debiera considerarse como definitivo, inalterable y certero, ya que las incertidumbres y los azares de la guerra, impiden avanzar afirmaciones precisas sobre lo por venir. Cerca de tres años de contienda nos demuestran

que siempre hemos recibido sorpresas en los momentos en que creíamos mejor proseguir las operaciones bélicas.

"2) Sentado aquel hecho (oposición paraguaya al plan de Ginebra) y supuesto el anhelo de concertar, lo antes posible, una paz justa y honrosa, sólo queda el recurso de considerar las enmiendas al pliego de la Liga que, sin desvirtuarlo, sirvan para hacer más viable su aplicación, armonizando, a la vez, los puntos extremos sostenidos por las Partes.

"Este es el objeto visible de la Misión Nieto y cualquiera que sea mañana la gestión mediadora, tendrá forzosamente que iniciarse en idéntica forma: concordancia de puntos extremos de los dos beligerantes, encuadrada en el plan de Recomendaciones de la Liga...a menos que Bolivia acceda, en un momento dado, a dejar de lado a la Sociedad de las Naciones.

"3) Bolivia ostenta una firme posición jurídica adquirida en Ginebra tras un laborioso proceso iniciado el 31 de mayo de 1934. (Pedido de aplicación del artículo 15 del Pacto).

"Esta posición es mundialmente conocida y es inatacable, tanto porque descansa en los postulados del Pacto, como por representar un precedente para América en el camino de las soluciones de derecho de todo conflicto armado.

"Con todo, la intangibilidad de esa posición jurídica no podría llevarnos a la terminación de la guerra. Y, si sacrificios se hicieron y se hacen a diario en el campo de batalla y en la economía nacional para defender el suelo patrio, concesiones hay que otorgar en el terreno diplomático para llegar a la suscripción de una paz inmediata, pero honrosa y asentada en derecho.

"4) Los personeros de Argentina y Chile en el seno del Comité Consultivo han declarado, el 15 de marzo, que tienen iniciada una gestión pacificadora "dentro del marco de la Liga y de sus Recomendaciones y aun su aceptación por parte de Paraguay y que no signifique contrariar el espíritu del documento ginebrino.

"Seguimos, pues, dentro del procedimiento de la Liga por propia obra de Argentina y Chile. Sabemos, por otra parte, que Brasil y Estados Unidos nada harán en contra de la Liga y que apoyarán a Buenos Aires y Santiago, si así lo solicitan los beligerantes. El Perú nos ofrece su leal concurso.

"Todo parece indicar la conveniencia de dar campo, en principio, a la Misión Nieto, pues ella no nos aparta de la Liga y nos da la posibilidad (si es bien llevada por su gestor) de conducir a Paraguay a Ginebra donde tantas resistencias levanta".

En estos memorándums finalizaba apuntando que al Pliego Nieto debían introducirse cuatro salvedades, entre éstas, la más importante: la indivisibilidad del plan o sea la cesación de hostilidades simultáneamente con la firma del compromiso arbitral, y la obligatoriedad del arbitraje, en La Haya o en un tribunal de derecho, incluyendo la declaración de 3 de agosto y la norma del **uti possidetis** de 1810.

Como era de esperar, vinieron días de controversia y de pugna entre Alvéstegui y Nieto del Río. Para el esforzado Canciller de Bolivia no le era fácil descender del plano en que había colocado la liquidación de una infausta guerra, y por ello, se aferraba a las Recomendaciones, que eran la coronación de una ardua labor. Ministro de Relaciones Exteriores de Salamanca, por insistencia del Presidente Tejada Sorzano hubo de seguir a la cabeza de estos negocios con asentimiento general. Para Alvéstegui, la meta consistía en alcanzar la final consagración de aquellas Recomendaciones, vencido el plazo reglamentario. Al llegar el representante chileno, nuevamente insistió el Primer Mandatario en que continuara en la Cancillería, pero en el hecho era un dimitente. El ilustre Canciller empezaba a sentir el vacío en torno suyo.

Aunque pudiera yo diferir del criterio del doctor Alvéstegui sobre la capacidad de la Liga para imponer sus determinaciones, juzgaba indispensable su presencia en el Ministerio de Relaciones, precisamente porque el éxito de sus empeños iba a ser contestado por la Misión Nieto y el mejor hombre para sacar el mayor provecho de esta misión no era otro que David Alvéstegui, creí de mi deber escribir al Comandante en Jefe del Ejército y exponerle, en carta de 28 de febrero de 1935, entre otras cosas, lo siguiente:

"Y es precisamente en el momento de alcanzar la coronación de sus patrióticos esfuerzos que el doctor Alvéstegui, por razones de escrúpulo político que mucho le honran véase obligado a alejarse de sus importantes tareas.

"El caso, como lo declara en editorial "La Razón" de hoy, no puede ser más absurdo, más impropio. Se desea por toda la opinión y por el Ejército, que los Ministros de Estado sean representantes de partidos políticos; es decir, de grupos de opinión en el país. Pero, cabe preguntarse: ¿No es acaso el doctor Alvéstegui, merced a su loable empeño desde hace un año, un personero de la opinión boliviana, sin distinción de colores políticos? ¿No ha sabido, acaso, interpretar el anhelo nacional de situar nuestra justa causa en el terreno del honor y del derecho?

"La observación que algún partido político le hace cae de su propio peso, pues el doctor Alvéstegui reúne tras sí a la opinión de todo el país y, en este sentido, —fiel expresión de la verdad— es más que un personero político, que un mandatario de grupo, pues éste sólo representaría a un sector dado de la opinión.

"Desde que estoy en la Cancillería y aun antes, he seguido de cerca, con honda curiosidad patriótica, la labor del doctor Alvéstegui. De ahí que, con toda honestidad y sin que ello me signifique beneficio personal alguno, me atrevo a dirigirme a usted, mi querido General, a objeto de que tome en cuenta estas mis sinceras reflexiones por si ellas pudiesen llevar a su ánimo la decisión de dar a conocer al Supremo Gobierno, de inmediato, cuán grande sería la conveniencia para la nación, en el desenvolvimiento de sus relaciones exteriores, que el doctor Alvéstegui gerentara por un tiempo los negocios exteriores del país.

Haciéndose cargo de mis puntos de vista, que jamás dí a conocer al doctor Alvéstegui porque mi gestión ante el General Peñaranda le habría herido, contestóme éste, el 11 de marzo, en parte pertinente, lo que sigue:

"Estoy de acuerdo con usted, al pensar que la labor del Dr. Alvéstegui en el Ministerio de Relaciones Exteriores, ha colocado al país en una situación espectable en la política internacional, y su continuación en la Cancillería, será siempre muy bien recibida por la opinión nacional.

"Como había manifestado en otra oportunidad al Sr. Presidente, el Comando dejará al criterio sereno y ecuánime del actual mandatario, la elección de sus Ministros, teniendo siempre en cuenta los anhelos de concordia nacional. En esta virtud estoy seguro que el Sr. Presidente no aceptará la renuncia del Dr. Alvéstegui y le reiterará su pedido de continuar en la dirección de nuestras relaciones internacionales".

Discretamente, dí a conocer esta respuesta a quienes correspondía, pero encontré que, felizmente, en círculos de Gobierno se coincidía con mi pensamiento y que se ratificaba al Ministro Alvéstegui en su Despacho.

Mas, a medida que pasaban los días, Alvéstegui advertía que sería vencido al sostener la pureza de la tesis ganada en Ginebra frente a la aplicación práctica que se quería darle. No rehusaba conversar sobre las modificaciones traídas por Nieto del Río, pero era cerradamente intransigente en cuanto se pretendía borrar la indivisibilidad del conjunto de las Recomendaciones que constituía la mejor garantía para recuperar el Chaco, buena parte del Chaco, perdido por las armas.

Había, empero, un ángulo del problema que, paradójicamente, reducía las posibilidades de una aplicación amplia de las Recomendaciones: estábamos al frente de una intervención amistosa de la Sociedad de las Naciones, entidad más europea que americana, a la que se oponían calladamente Argentina y Chile, y estábamos al frente de una intervención, cuyo resultado debía medirse según fuere la posibilidad de aplicar las sanciones previstas en el **Covenant**. Y la Argentina, Chile y el Uruguay acababan de expresar que eran opuestos a tales sanciones contra el país que rechazaba las Recomendaciones. Toda nuestra dialéctica tropezaría contra esa repulsa. Y sobre la intervención de la Liga había un antecedente contrario a ella: para zanjar el incidente de Vanguardia (1928), la Cancillería del doctor Elio prefirió dirigirse a una entidad interamericana —la Conferencia sobre arbitraje que a la sazón deliberaba en Washington— antes que a los estrados

de Ginebra, después de reunir en su Despacho a los representantes americanos acreditados en Bolivia y hacerles una supuesta consulta sobre este punto.

De otra parte, había una circunstancia de peso: el Comando Superior del Ejército, en ningún momento, hizo una oposición firme y resuelta a la idea de ir a Buenos Aires para discutir los preliminares de la paz. El alto Comando parecía pacifista en sentido de no empeñarse en proseguir operaciones con perspectivas dudosas de victoria. Si Peñaranda y Toro se hubiesen opuesto rotundamente a estas primeras tratativas de paz, el Gobierno no habría estado en condiciones de imponerse y decidir lo contrario. ¿De dónde provenía esta actitud negativa de los Jefes conductores de la guerra? Indudablemente de una falta de confianza en sí mismos y en sus hombres. Nadie que hubiese estado en el Chaco había dejado de observar que a lo largo de la campaña y en diversas oportunidades, los comandos bolivianos pecaron por carencia de decisión. Notorio fue que, al día siguiente de la victoria de Cañada Strongest, desbaratadas la Segunda y Séptima Divisiones paraguayas, la inacción del Ejército boliviano amenguó el triunfo alcanzado. No le faltaba a este Ejército audacia, audacia de grupo o individual, pero sí carecía de audacia de maniobra y audacia de ejecución en sus operaciones tácticas; de ahí que los resultados estratégicos de la campaña fuesen siempre reducidos.

Por último, había otro hecho contundente: el Paraguay era victorioso; no había destruido a su adversario en el sentido clásico de la guerra, pero había logrado ocupar el territorio objeto de esa guerra. Para el Paraguay la guerra estaba terminada y alcanzados sus objetivos.

Pero logrado en Ginebra un arbitraje de derecho, sin reserva de zonas o litorales, lo que ponía en tela de juicio el territorio ocupado por el Paraguay y el conquistado por sus armas, se había obtenido una inusitada victoria diplomática, pocas veces vista en la historia de las guerras y, sin embargo, fuera de realidad y de la posibilidad de obligar al adversario, vencedor, a reconocerla. En este caso singular, cabe preguntar si Bolivia ¿habría aceptado ese arbitraje sin reservas después de que sus fuerzas, tras cruentos sacrificios, hubieran llegado anchamente a orillas del río Paraguay? Las Recomendaciones de la Liga daban al Gobierno de La Paz la oportunidad de afirmar su posición en las conferencias de Buenos Aires, capital en la que tarde o temprano se reunirían las delegaciones. Por esto luchaba Alvéstequi.

En vista de que los plazos corrían, el Presidente Tejada Sorzano citó a Palacio, el 3 de abril, a un grupo de notables y a sus Ministros con el fin de tomar una decisión sobre la respuesta que correspondía dar al Embajador Nieto del Río. El Presidente Alessandri pedía una definición y hablaba un tanto fuera de tono, declarando que urgía acabar con la guerra y que la paz estaba en manos de Argentina y Chile, los que no debían entretenerse "en festines" mientras esa paz no se concertara. Con estas expresiones quedó cancelada la proyectada entrevista de los Presidentes Justo y Alessandri. La respuesta a Nieto se hacía, pues, inmediata. En esta reunión palaciega tres fueron las voces directrices: de Bautista Saavedra, de Tomás Manuel Elio, Ministro de Gobierno y de Luis Calvo. El primero, en parte principal de su intervención, manifestó lo siguiente: (Versión taquigráfica de la Presidencia enviada con copia al Ministerio de Relaciones).

"Por mucho que el Delegado chileno haya dicho que está dentro de las instrucciones de la Liga, no afectando al mismo fondo de la cuestión, yo creo que es una modificación radical al pliego de recomendaciones de la Liga. Desde luego hay dos puntos fundamentales que son la base de nuestra seguridad: la declaración de 3 de agosto y el "uti possidetis" que sería el que se aplicaría en este caso. De acuerdo con la Argentina y Chile, se iría a una conferencia a Buenos Aires, que quiere llegar a una solución práctica respecto a las posiciones del Chaco, y en esta solución práctica seguramente nos cerrarán el acceso al río".

El ex-Presidente Saavedra vela claro en el juego argentino que fecundaba Chile. Se sumaba aquí a la política del Dr. Alvéstequi, defendiendo las Recomendaciones. La otra voz, la del Dr. Elio, uno de los líderes del liberalismo, reflejaba, sin duda un pensamiento que compartía el Jefe del Estado y que mostraba, con bastante claridad, cuál iba a ser el camino que seguirían las negociaciones con el enviado chileno y, de ahí, con los mediadores en Buenos Aires. Según la versión taquigráfica de Palacio, el Dr. Elio manifestó lo que sigue:

"No hay que olvidar que la guerra será de fatales consecuencias para Bolivia. Las recomendaciones son buenas para Bolivia, como dice el señor Canciller. Ha sido un punto culminante de nuestra Cancillería el haber llegado a obtenerlas. Pero qué sucederá si la comisión

fracasa y el asunto vuelve a la Liga? Ya conocemos cual es el procedimiento en la Liga. Entraríamos en un círculo vicioso. Las naciones vecinas quieren hacer una intervención que debe ser vista benévola por Bolivia o correr el riesgo de volver al círculo vicioso. Y mientras tanto, si la guerra sigue su curso, será de fatales consecuencias para Bolivia, y nos veremos en situación más crítica todavía. Siempre que Bolivia ha puesto objeciones hemos sufrido nuevos desastres militares. Así después de la mediación del acta de Mendoza y la mediación del Canciller Mello Franco hemos tenido que abandonar terreno, y como en diciembre de 1933, hasta entregar prisioneros. En agosto del año pasado, la Cancillería argentina propuso una mediación. Estábamos en Ballivián y frente a Camacho. Nuestras objeciones, muy en acuerdo con nuestra altivez y tradición diplomática, nos indujeron a no aceptar dicha mediación. Yo aprecio que esa mediación era mucho más sencilla que todo este farrago que trae la mediación chilena. Total, después de no querer esa mediación, hemos desocupado Ballivián y los paraguayos han avanzado hasta el Parapetí, y han ocupado, como sabemos por las últimas noticias, las dos márgenes en algunos lugares. En consecuencia, si nosotros hacemos objeciones, muy fundadas seguramente según nuestro punto de vista y si esta mediación fracasa por eso, cuál es el objetivo de Bolivia? El curso de la guerra nos lleva al convencimiento de que el tiempo es nuestro peor enemigo; ya no sólo muertos y heridos, sino prisioneros. Si la guerra sigue, y seguimos perdiendo, sobre todo al Norte del frente que ocupa ahora el Paraguay, no será raro que avanzando por el río Parapetí, los paraguayos lleguen hasta la capital cruceña, y que entonces tengamos que aceptar la paz. Bajo este punto de vista, sugiero tratar las proposiciones actuales en forma benévola. Prefiero omitir toda crítica de detalles sobre el trabajo de la Cancillería que es meditado, somero y cuidadoso. Estoy seguro que el Consejo de Ministros ha prestado colaboración y que todos los Secretarios de Estado están de acuerdo con el Ministro de Relaciones Exteriores. Pero esto no es decisivo; son puntos de vista pobres para llegar a una solución definitiva y mientras tanto el proceso debe seguir su curso. Estados Unidos, Brasil y Perú recién los conocen. Antes los conocían pero no oficialmente, y el Uruguay no los tomaba en concepto definitivo. Como no tenemos Parlamento, yo aplaudo el proceder del Presidente y Canciller al respecto. Haciendo una crítica a la mediación chilena, la veo con simpatía, pues pienso que sería la puerta abierta para empezar las negociaciones. Ojalá que la guerra termine antes de los tres años. Tengo el temor patriótico que si no aceptamos, nos pondremos en una situación desesperada".

Luis Calvo, representante del republicanismo genuino aunque distanciado del doctor Salamanca, con su franqueza habitual expuso estar por la mediación de Buenos Aires y de los neutrales, lo que vino a proporcionar un fuerte apoyo a la línea trazada por el Gobierno, dada la alta calidad moral del jefe genuino. Según la versión de Palacio, Calvo dijo:

"Sería conveniente suprimir la divisibilidad del arbitraje sosteniendo la indivisibilidad como base. La medida habría que aplicarla con intención de transigir en partes, teniendo en cuenta que se trataría de establecer preferentemente en tales circunstancias la forma, para que todas las modificaciones no fracasasen... Estoy de acuerdo con el señor Canciller en lo que se refiere al proceso diplomático seguido paralelamente con el de los sucesos militares. Un triunfo positivo que hemos obtenido, son las recomendaciones de la Liga, que representan un antecedente moral para Bolivia. Nada sería mejor para nosotros que conseguir que dichas negociaciones se afiancen, en lo que ellas tienen de positivas, para presionar al Paraguay sin desmedro de las negociaciones de las naciones vecinas. El artículo 16 no podrá (sanciones) ser llevado a la práctica porque ya conocemos el pensamiento de las naciones vecinas. Nos vemos ante el dilema que muchas veces hemos tenido: defender las posiciones jurídicas en Bolivia o transigir en vista de la situación. En este sentido, han habido ocasiones buenas para llegar a un acuerdo, pero siempre el concepto de la integridad pudo más que este proceder positivista. En este orden sería largo hacer un resumen de todas las decepciones que hemos sufrido. Habrá que llegar a la conclusión que la ventaja por conceptos guerreros pudo más. Una proposición vino de Washington el 29 de noviembre del 32, proponiendo la cesación de hostilidades, para si en un tiempo prudencial de dos o tres meses no daba resultado, pasara al Tribunal de La Haya para la fijación de la zona de arbitraje y las líneas máximas que comprendería ésta. En ese momento se discutió en la Cancillería no sólo la conveniencia, sino con vehemencia, para la aceptación de esa proposición. Hemos seguido un constante retroceso en el desarrollo material de la guerra; yo temo como el Dr. Elío, que a pesar de todos los esfuerzos que se vienen haciendo, están en peligro vitales centros del país. Uno de ellos será la zona petrolífera; yo no temo por el quebranto de la zona de Villa Montes, pero mucho temo por la situación del Norte; tenemos una línea demasiado larga, para poder defenderla, y nos faltan efectivos militares, y vamos en camino de empeorar. La guerra del Pacífico debe hacernos recordar que cuando Estados Unidos quiso hacer retirar a Chile del territorio boliviano' ocupado

militarmente, Chile se agarró con uñas y dientes. Esta es la experiencia histórica. Se tienen esperanzas en la Liga de las Naciones; es una sociedad respetable y digna de consideración, pero por experiencia también, sabemos que en la práctica su acción ha resultado ineficaz para hacer respetar la efectividad de las sanciones; mientras tanto, nos encontramos frente a una guerra dolorosa. Yo iría a esta proposición. No se necesita ser pesimista para ver el cansancio del pueblo. El Paraguay ha avanzado mucho, llegando a la margen del Parapetí y el Río Grande, y sabiendo que su objetivo es la zona petrolífera, sabemos también que no es posible hacerle retroceder a sus posiciones. Yo creo que hay un punto grave: el de entregar la materia específica del pleito, pero habría medio de evitarlo? ¿Será posible obligar al Paraguaya a aceptar, que varias veces rechazó, las recomendaciones de la Liga y las de 3 de agosto de 1932, la jurisdicción de la Comisión de Arbitraje? Temo que en la realidad no sea posible hacerlo aceptar, teniendo en cuenta la falta de sinceridad. Sabemos que la Argentina ha venido prestando apoyo diplomático al Paraguay; pero sabemos también que Brasil, Perú y Chile contemporizan, pero que éstos países, pese a todo, quieren envolver a la Argentina en el compromiso invocando su lealtad. Entonces, me digo: ¿podrá la Argentina arrastrar a los demás países? La Argentina será poderosa, pero Chile, Brasil, Perú y Estados Unidos, no pueden hacer el papel de títeres en la Conferencia de Buenos Aires. Salvo un arbitraje, más ventajoso que la guerra, la zona que pudiera ser restablecida en el arbitraje no será la que deseamos. Mucho me temo que la zona litoral del río Paraguay quedará excluida del arbitraje, dada la altura a que ha llegado la posesión, de los miles de kilómetros cuadrados, como consecuencia de los avances paraguayos. El patriotismo nos ha hecho negar hasta ahora cualquier arreglo; pero el patriotismo debe hacernos ver ahora la conveniencia de aceptar una mediación que puede dar resultado. Aconsejaría que se tome en cuenta esta medida en todo el buen fondo de la mediación".

Después del debate, en el que tomaron parte varios personajes, el Presidente Tejada concretó, con estas palabras, el resultado que, a su juicio, debía desprenderse de cuanto se había dicho:

"Puedo resumir todas las ideas emitidas en la sesión de esta noche en pocas palabras. Creo que estamos de acuerdo en un punto: dar paso a la mediación pacificadora, y de presentar a Chile los puntos de vista de la Cancillería para hacer ver que damos paso a la mediación".

Esto significaba el fin de la misión del doctor Alvéstegui en la Cancillería de la República. La integridad de las Recomendaciones de Ginebra había probado ser difícil de defender y debía irse a las proyectadas conversaciones de Buenos Aires, desligándose el país de la Sociedad de las Naciones. Sostienen algunos que el error de Alvéstegui estuvo en haber confiado la paz del Chaco a una organización extra-continental. Don Bautista Saavedra, en su libro: "El Chaco y la Conferencia de paz de Buenos Aires" -Stgo. 1939, expresa, con no poca razón:

"Verdad era que en aquellos momentos el prestigio de SDN se hallaba carcomido. Bien decía un político francés de primera línea, André Tardieu, en su libro: "La Hora de la Decisión", que: "La esperanza de crear, para la organización de la paz, una fuerte garantía colectiva ha sido ilusoria. La sociedad de las Naciones —agregaba— incapaz de dar vida a las prescripciones de su propia carta, no ha realizado lo que se esperaba de ella ni en el orden económico ni en el orden político". Y, fue la guerra del Chaco, no obstante su relativa importancia mundial, la que acabó de poner en manifiesto relieve la carencia de autoridad moral en que había caído la Liga, cuando después de inútiles esfuerzos suyos para detenerla o apagarla, algunos países sudamericanos, miembros persuadidos de ella, y que en ocasiones mil dieron pruebas de su sumida adhesión, movidos o inspirados esta vez por la Cancillería argentina, se rebelaron contra sus decisiones".

El 4 de abril el Canciller Alvéstegui dejaba el Ministerio de Relaciones Exteriores al que le diera brillo, y tras un interinato breve, tomaba la Cartera el doctor Tomás Manuel Elío, preparándose entonces la concurrencia de Bolivia a la capital porteña, donde prevalecería la personalidad dominante de Carlos Saavedra Lamas.

EL ARMISTICIO DE BUENOS AIRES

La participación directa de los liberales en la liquidación de la guerra del Chaco, influenciada por realidades antes que por rígidos conceptos, se proyectó sobre las negociaciones posteriores que culminaron en el tratado de paz. Demostró la línea trazada por el liberalismo poseer consecuencia, ya que el convenio de armisticio mereció aprobación, virtualmente unánime,

de los partidos políticos en el Congreso, sin que el Ejército hubiese manifestado, en el momento oportuno, alguna oposición decidida. Esta actitud de los seguidores de Camacho suscita una pregunta que sólo un mayor estudio podría aclarar, una vez que el partido liberal, en el curso de sus intervenciones en la política exterior del país, probó ser pragmático. La pregunta es ésta: ¿si Los liberales hubiesen sido gobierno en los días de Laguna Chuquisica, habrían dado paso a las represalias? Tal vez la amenaza de guerra y la guerra misma se hubieran esfumado al contacto de ese pragmatismo que pisaba tierra. La resolución liberal de dar fin al conflicto en 1935, ya en condiciones desventajosas para el país, se habría manifestado posiblemente antes, mucho antes, si a los hombres de esa tienda política hubiéranles tocado el manejo de la cosa pública con anterioridad. Mas en ésta, como en tantas apreciaciones especulativas, caben muchas fantasías.

Durante su primera visita a Villa Montes, el Presidente Tejada Sorzano llamó al Coronel David Toro, que se encontraba en su Comando de Carandaiti, y le nombró Jefe de Estado Mayor del Ejército en Campaña. Algunos se preguntaron si el Presidente, al hacer esta designación, buscaba acercarse al conductor político indiscutido del Ejército, con el fin de asegurar la continuidad del orden constitucional? Es posible que así fuera aunque debe reconocerse que en esta medida había una visible intención de lograr un acercamiento entre Gobierno y Comando que borrara malos entendidos. En su libro que, ante todo, es una defensa de su mando en Picuiba, Toro escribe que "había un sentimiento de temor y resistencia para el Ejército". La frase no es feliz. Lo que había era una profunda decepción de los Comandos porque no llevaron al país a la victoria. Se había perdido la fe en los líderes civiles y militares.

En otra obra, polémica como todas las de su pluma, interesante por lo que revela, a su modo, de la Conferencia de Paz de Buenos Aires, Bautista Saavedra dice que "el presidente Salamanca fue un obseso de la guerra y la perseguía a través de todo. Era una línea de conducta. Pero en Tejada Sorzano no había trayectoria alguna". Juicio ligero sobre ambos mandatarios, pero si Salamanca buscaba por la guerra recuperar la integridad del Chaco, vacilaba frente a las negociaciones de paz. Tejada, en cambio, tenía también su obsesión, para usar la palabra de Saavedra: salvar lo que quedaba del Chaco y los petróleos, mediante la diplomacia. En el Presidente Tejada Sorzano esto era, ciertamente, una trayectoria definida. Lo prueba la segunda visita de José Luis Tejada a Villa Montes, con el fin de ponerse en contacto con el Comando Superior e informarle de las gestiones de paz que se movían en Buenos Aires. En la obra de David Toro, tantas veces mencionada, se lee lo que sigue sobre esta visita:

"Agotó el Comando aún sus objeciones con el propósito de concluir previamente la ejecución total de la ofensiva en la que se hallaba empeñado. Se fundaba para ello en nuestra situación militar, nunca más ventajosa, no sólo por haber coronado la primera fase de la ofensiva de acuerdo al plan proyectado, sino también porque ya procedíamos a concretar a espaldas del enemigo las fuerzas necesarias —sin que éste se hubiese apercibido de ello— para iniciar la segunda fase. A todos nuestros argumentos, el Presidente Tejada opuso las siguientes interrogaciones: ¿Cree el Comando que tomando la línea Ibibobo-Capirenda-Carandaiti-Huirapitindi, el Paraguay se avendrá a aceptar condiciones más favorables que las actuales, teniendo en cuenta que con ello aún estaremos muy lejos de haberle impuesto nuestra voluntad? Entretanto, ¿no es evidente que para la consecución de tal objetivo debemos realizar nuevos milagros económicos y sacrificar muchas vidas, casi estérilmente para no lograr mayores ventajas que las que ahora se nos ofrecen? La argumentación del señor Tejada Sorzano no podía tener más fuerza de convicción. No obstante consideraba el Comando que la prosecución de una ofensiva exitosa, si bien no habría de acarrear condiciones de paz más favorables, por lo menos nos colocaría en situación de arribar al arreglo territorial posterior, en posiciones mucho más ventajosas. Se nos objetó que tal ventaja, dadas las condiciones propuestas, no dependía ya de la posesión efectiva de unos cuantos kilómetros más o menos, sino de los resultados de la batalla diplomática a librarse en Buenos Aires. Vióse forzado el Comando a someterse a la aceptación incondicional de la fórmula de paz".

En otra página, el Coronel Toro consigna estas declaraciones del Presidente Tejada:

Añadió que dadas las condiciones en las que se nos ofrecía la paz, "sin vencidos ni vencedores", debiendo solucionarse el problema territorial mediante un arbitraje jurídico que deje completamente a salvo el prestigio y decoro nacionales, y cuando el país sentía el cansancio de la guerra; consideraba patriótico y conveniente dar paso a las sugerencias de paz, cuyo rechazo concluiría por malquistarnos, también, con todas las naciones amigas y neutrales. Expresó,

además, que los términos de la propuesta se acomodaban a las exigencias del Comando que, al ser consultado al respecto, impuso condiciones que serían completamente satisfechas en forma imposible, en su concepto, de ser superadas en ninguna otra oportunidad".

He hablado ya de las ilusiones que, una y otra vez, alentaron los bolivianos, a lo largo del conflicto del sudeste, en pos de condiciones que les hicieran ganar la partida. Acaso pueda decirse que la ilusión de una paz "sin vencidos ni vencedores" ha sido la más grande y también la menos explicable en muchos espíritus superiores. Lo transcrito renglones más arriba da la medida de ese espejismo con el que tantos, de buena fe, buscaron aminorar la dura realidad que debía afrontar Bolivia. Otro ejemplo de esta idea ilusoria se encuentra en Aquiles Vergara Vicuña, ese noble partícipe de nuestras vicisitudes. En su ágil narración, titulada "Del Caldero del Chaco" (1935), anota las razones que, a su juicio, debían mover a Chile para que se llegara a una paz justa. En una larga conversación que sostuvo con el General Carlos Fuentes, miembro chileno de la Comisión del armisticio, Vergara enumera esas razones y, entre ellas, pone las siguientes:

"Chile —escribe— está obligado a defender con energía una interpretación recta y equitativa del Protocolo, de acuerdo con su letra y espíritu: primero, porque una gran nación del continente que tiene miras e intereses en el conflicto, ha manejado con destreza, pero en forma poco conveniente, los asuntos de la guerra y de la pacificación, con indudable parcialidad en favor del Paraguay.

"Tercero: porque Chile, quizá si inducido astutamente por terceros, ha presionado insistentemente a Bolivia para que se oriente confiadamente hacia la paz, de lo que se deriva ahora un deber de consecuencia, ya que esa actuación la ha ejercido en calidad de nación amiga y admitida como tal por Bolivia.

"Octavo: porque a mí me constaba, por habérmelo dicho la propia persona que lo formulara en La Paz, que para instar a Bolivia a tomar el camino de alejamiento de las recomendaciones propuestas por la Sociedad de las Naciones, se le había asegurado en todos los tonos en que confiara en la actitud resuelta de Chile para obtener una solución equitativa y americanista para el entredicho".

A una observación del General Fuentes sobre lo limitado del cometido de la Comisión Militar, Vergara apunta:

"Entonces habrá pocas posibilidades de paz estable —respondo yo— puesto que esa interpretación excluye el respeto al espíritu de la doctrina del 3 de agosto "que la victoria no da derechos" y el ejército paraguayo va a ocupar por un tiempo indefinido lo que no le pertenece, o cuando menos lo que queda sujeto a la jurisdicción arbitral".

Cuando Vergara le expresa al General Fuentes que debe buscarse una transacción "bona fide" entre los dos adversarios, el comisionado chileno le dice que "Estigarribia nos ha declarado que por ningún motivo hará retroceder un metro a ninguno de sus soldados", y ante una protesta de Vergara Vicuña, Fuentes agrega estas palabras: "Pero no me negará entonces Ud. que Bolivia ha aceptado paralizar sus operaciones militares en un momento inoportuno, a sabiendas de lo que hacía".

El General Fuentes, más tarde, ha insistido sobre este particular. El doctor Siles, Embajador ante la Moneda, escribió al Canciller ya dimitente Tomás Manuel Elio, en oficio de 2 de marzo de 1936, que el General chileno, de sobremesa en un almuerzo que le diera, "recalcó entre los convidados, que en la víspera del Protocolo de 12 de junio, el Ejército del Paraguay se encontraba en situación imposible y que por lo tanto, dicha estipulación fue precipitada". "Agregó —continúa el oficio— que a lo menos debió evitarse la desmovilización boliviana, puesto que si nuestras fuerzas se hubieran mantenido en su integridad, las condiciones ulteriores de deliberación diplomática habrían sido distintas". Concluye la nota con este significativo párrafo: "He hecho notar reservadamente al señor Cruchaga dicha circunstancia, y él me ha dicho en respuesta: "Ya le pedí al General que se abstuviera de tales manifestaciones. Si la paz ha sido **prematura** (*) o

(*) Subrayado en el oficio.

inconveniente para Bolivia, qué le vamos a hacer". Extraña declaración del Canciller chileno que, con la misión Nieto, apresuró las tratativas de la paz.

Se ha discutido mucho —y a medida que pase el tiempo la polémica irá creciendo— acerca del inoportuno armisticio, aduciéndose que las fuerzas bolivianas estaban rehechas y mermadas las del contendor. A posteriori siempre es dable controvertir sobre hechos no producidos. En Justo Rodas Eguino ("La Guerra del Chaco", 1938) se encuentra una buena crítica acerca de aquella inoportunidad del cese de fuegos, pero las apreciaciones de este sagaz escritor, si bien se basan en datos de observadores extranjeros que, desde luego, se refieren al estado de los dos ejércitos combatientes, lo que vale decir a su capacidad teórica de acción agresiva, no hacen mención a ciertos aspectos negativos del lado boliviano que se desprenden de los planteamientos operativos limitados del Comando Superior, consecuencia de cierta timidez nacida de las desventuras de la campaña.

Sin pretensión alguna de dar aquí un pronunciamiento definitivo sobre esa incógnita del armisticio a destiempo que habría impedido el avance a fondo de las fuerzas bolivianas, pareceme interesante glosar brevemente lo expuesto, en sus respectivos libros, por el Coronel David Toro, Jefe de Estado Mayor del Comando Superior, y por el Coronel Aquiles Vergara Vicuña, historiador de la guerra del Chaco que tiene el mérito de contar con una buena documentación y refleja un juicio desapasionado. Esta glosa no resolverá, sin duda alguna, el problema de la inoportunidad del armisticio, como sostienen algunos, ni del acierto al haberlo aceptado, como quieren otros, pero ayudará a formarse una idea más clara del conjunto de circunstancias que determinaron las resoluciones tomadas en aquellos días sobre la terminación de la guerra.

El 16 de abril de 1935 se dió comienzo a una gran ofensiva boliviana en el sector Central que, mediante tres fases de maniobras planeadas, tenía por objetivo, a decir del Coronel Toro, el siguiente: "recuperar todo el valle comprendido entre la serranía de Aguaragüe y la de Ibibobo-Capirenda-Carandaití". Se tiene pues, el objetivo máximo de la ofensiva, preparada con superioridad numérica de hombres y armas, objetivo que puede calificarse de modesto o limitado. Surge inmediatamente la pregunta: ¿por qué el Ejército boliviano, mejor dotado que el enemigo, según todos lo afirman, señaló a su Segundo Cuerpo (Sector Central) una meta tan reducida? La respuesta la proporciona el propio Coronel Toro: "...el Comando consideraba, sin embargo, que siendo problemático el intento de buscar la decisión en una sola batalla, no quedaba otro recurso que el de conformarse al sostenimiento de una guerra de desgaste y progresivo aniquilamiento para lo que nos era forzoso mantenernos lo más cerca posible de nuestros centros de abastecimiento". En consecuencia, si tal era la determinación del Comando, sólo restaba "ocupar posiciones defensivas", como dice el Jefe del Estado Mayor, sobre la línea arriba señalada, hasta Huirapitindi. línea "en la que pensábamos permanecer casi en forma definitiva" escribe Toro.

Este plan de campaña, trazado en forma escueta por el Jefe de Estado Mayor del Comando Superior, ¿qué ventajas aportaría a la causa de Bolivia en las postrimerías de la guerra? El Coronel David Toro nuevamente contesta a esta pregunta, como se ha visto en páginas anteriores al referirse a la visita del Presidente Tejada, con estas palabras: "...consideraba el Comando que —la prosecución de una ofensiva exitosa, si bien no habría de acarrear condiciones de paz más favorables, por lo menos nos colocaría en situación de arribar al arreglo territorial posterior, en posiciones más ventajosas". La ofensiva de 16 de abril era entonces sólo una operación de medido alcance que, desde luego, no nos llevaría a una paz más satisfactoria que la que pudiera obtenerse sin esa ofensiva, pero sí nos daría algún beneficio para la definición territorial posterior. No cabe duda que el pensamiento del Comando, en este punto, no era otro que el de liberar nuestras comunicaciones de sur a norte, perjudicadas en esos días, y proteger mejor las petroleras, ambos extremos que se consiguieron por la diplomacia en el tratado de paz de 1938. El Comando Superior, lo declara Toro, accedió a que en Buenos Aires se diera comienzo a las tratativas de paz, pero pidió a Tejada Sorzano que nos las apurara y que le diera un mes de plazo para terminar exitosamente la ofensiva. Algo más de un mes y medio transcurrió hasta el día del armisticio sin que cambiasen significativamente las posiciones de los adversarios.

No hay aquí asomo siquiera de amenguar el valor y el sacrificio del soldados boliviano; antes bien debe uno enaltecer la abnegación patriótica de este hombre, que jamás dejó de luchar denodadamente, después de repliegues sin fin, hasta verse con la espalda contra las primeras serranías de la Cordillera. Los Ejércitos que retroceden una y otra vez y vuelven a retroceder, están perdidos, a menos que sobrevenga el "milagro" de un Marne o el de la tenacidad sobrehumana del

soldado ruso de la gran guerra, ayudado por la inmensidad de la estepa helada o del nuestro en la línea Villa Montes al norte. Pero si uno quiere buscar alguna causa que aminoró el impulso de la ofensiva boliviana, cabe recordar que en la línea se hablaba, por todos, de la próxima cesación de fuegos y de un tratado de paz que se avecinaba. Nadie quería morir el último día de la guerra. Tal estado de ánimo que importaba, desde luego, una quiebra de la moral combativa, debió ser bastante delicado cuando obligó al General en Jefe a dictar una orden dirigida al Segundo Cuerpo, con fecha 23 de mayo de 1935 que, en parte, decía:

"Este Comando tiene conocimiento que existe creencia en Ejército combatiente que negociaciones de paz a realizarse en Baires (Buenos Aires) tendrán seguro resultado y que por tanto la paz hállese próxima". Y agrega: "Único medio llevamos paz honrosa, segura y pronta será decretar completo aniquilamiento tropas enemigas en teatro operaciones. Esta virtud sírvase dictar orden que haga conocer a toda oficialidad y tropa improbabilidad dichas conferencias tengan feliz término e imperiosa necesidad supremo rendimiento, decisión y espíritu de sacrificio, debiendo poner en juego desde el más alto Jefe hasta el último soldado para explotar al máximo situación actual operaciones que nos son completamente favorables".

Este mensaje debió ser recibido con algún escepticismo en el frente, pues a los veinte días de enviado, se firmaba, en la capital del Plata, el acta de Armisticio.

El Coronel Vergara hace referencia a un factor psicológico que pudo haber frenado la voluntad de ataque del Comando, cuando escribe que "el complejo de inferioridad surgido de los desastres de Cañada El Carmen y Picuiba-Irindagüe había echado raíces en la Alta Conducción boliviana", lo que explicaría las directivas prudentes de una ofensiva limitada. Vergara Vicuña hace después esta apreciación: "Dos días habían transcurrido desde el instante en que se había desencadenado la sorpresiva contra-ofensiva boliviana y ya se podía afirmar que había fracasado en sus objetivos fundamentales". Y esto volvía a repetirse al Norte sobre el Parapetí. De ahí que Toro se quejara de la lentitud con que algunas unidades cumplían su cometido, impidiendo dar fuerza al conjunto operativo.

En otra parte del VII volúmen de su "Historia de la Guerra del Chaco", Aquiles Vergara sostiene que "la conducción de las diferentes maniobras en los distintos sectores, no llegó a adquirir el ritmo de celeridad y de empuje que hubiera podido des. concertar a los paraguayos", coincidiendo aquí con el Jefe del Estado Mayor sobre esa lentitud en el ataque. Seguidamente, el Coronel Vergara, Jefe de Artillería del Segundo Cuerpo al final de la contienda, emite este juicio, donde aparece resumido su pensamiento, y que no puede pasar desapercibido:

"La conclusión general que se deriva de la secuela de los hechos y del análisis doctrinario y empírico, es que el Ejército de Bolivia perdió una gran ocasión de obtener un resultado decisivo en este teatro de la campaña. En efecto., descartando lo que se refiere a la masa combatiente, que aunque escasamente veterana e inexperta por su formación e instrucción recientes, cumplió abnegada y denodadamente con su deber venciendo los sacrificios y rigores que imponían las misiones de guerra, tenemos que los Comandos operativo s cometieron reiteradamente errores, que a la postre llegaron a convertirse en un insalvable débito. De un modo general se puede decir que la impulsión metódica en sus concepciones que llamaríamos "torista" (Coronel Toro) de las maniobras envolventes, es decir de los rodeos lineales con reducido radio y con fuerza equivalente para ambas alas de maniobra, lo cual anulaba en la práctica la eficacia de un centro de gravedad operativa verdaderamente tal. El Comando paraguayo conocedor de esta modalidad esteroetipada disponía siempre con acierto y oportunidad lo que procedía hacer para burlar estos ganchos destinados a cerrarse detrás de sus efectivos, vale decir: hacia escurrirse sus tropas por el espacio todavía abierto. o romo pía la línea cercadora necesariamente débil, o accionaba enérgicamente contra una de las alas de rodeo impidiéndolo o retrasando el cumplimiento de su cometido. Es decir, lo que se había visto en Carandaití, Algodonal, Villazón y Picuiba durante la contra-ofensiva del Cuerpo de Caballería Toro, se había repetido con matemática exactitud en esta nueva contra-ofensiva del Parapetí. Lo que demuestra que la experiencia ganada sólo había sido aprovechada por uno solo de los contendientes".

Y termina Vergara Vicuña su análisis con estas palabras:

"Mas, desgraciadamente para las armas bolivianas, el imperio de la rutina operativa y el pródromo de debilidad de Comandos afectados por el recuerdo de otros reveses en las personas

de algunos de sus componentes, hizo estériles las indicaciones de aquel jaez y todo se siguió pautando con sometimiento a un exceso de seguridad reñido con los principios señeros de la economía de fuerzas y de la sorpresa, que los Comandos operativos bolivianos en el hecho demostraron no tener en cuenta sino por excepción".

El Coronel Vergara reconoce, sin embargo, que las fuerzas bolivianas se encontraban mejor dotadas que las paraguayas y eran más numerosas, lo que le lleva a decir que el Ejército paraguayo, "con la hipertrofia de la ocupación territorial y la desorbitada longitud de sus líneas de operaciones, en cuyo sostenimiento debía emplear casi la mitad de sus efectivos movilizados, llevaba todas las de perder —por lo menos una gran porción de lo ganado— si se prolongaba indefinidamente la guerra salvo que mediare una victoria decisiva que a este nivel de los acontecimientos ya no parecía posible si se sopesaba con serenidad el desequilibrio, cada vez más acentuado, de los factores en juego". Aquí coinciden Toro y Vergara en su concepción de una guerra de desgaste que debía favorecer a Bolivia. Entramos con esto en el campo de las suposiciones donde cabe dar vuelo a la imaginación sin que, como es natural, pueda llegarse a puntos definidos que nadie podría probar. Al poder político correspondía poner fin a la guerra y esa fue la decisión del Presidente Tejada Sorzano, acatada por el Ejército. Lo rememorado más arriba en forma escueta no era, sin duda, desconocido por el Gobierno; de ahí su postura pacifista que llevó al país a la mesa de conferencias de Buenos Aires en procura de una paz que se soñó "sin vencidos ni vencedores".

Ya en la capital porteña, la Delegación boliviana, presidida por el Canciller Elio, estudiaba los diversos aspectos de las negociaciones de paz que el grupo mediador, encabezado por la Argentina, venía auspiciando. Con relación al tema que aquí interesa, en sesión de 5 de junio de 1935, el Coronel Felipe Rivera, representante del Comando Superior, con su habitual franqueza, expuso lo siguiente: (Bautista Saavedra, obra citada)

"He de expresar mi opinión en términos breves. El curso de la guerra nos ha proporcionado una serie de experiencias, que nos obligan a tomar resoluciones reales y precisas. Las acciones libradas en el Chaco, favorables unas, desfavorables otras, nos demuestran que no hay seguridad absoluta en los objetivos propuestos, por circunstancias que no es preciso estudiar. Esta falla en las operaciones ejecutadas, no es precisamente una garantía para las que se proyectan. Y, por si esta experiencia no fuera expresiva, tenemos como elemento de juicio la última operación planeada por el comando superior y que tenía por objeto limpiar el sector del Parapetí y recuperar la línea Ibibobo-Carandaití-27 de Noviembre. Los resultados obtenidos han demostrado que, lejos de obtener el objetivo propuesto, se ha provocado mas bien una fuerte reacción en el adversario, cuyas proyecciones no es posible calcular por el momento.

"Para emprender una nueva acción ofensiva, necesitamos vigorizar fuertemente nuestra capacidad bélica, en hombres y materiales. No olvidemos que las últimas reservas disponibles comprenden a hombres de 43 años y niños de 17.

"Sólo en el capítulo de transportes, necesitamos fuertes sumas de dinero que el ministerio de defensa no puede atender por la carencia de divisas de oro. Mi frecuente contacto con los organismos oficiales, me ha permitido confrontar cuán difícil es la situación actual. Existen pendientes fuertes operaciones por concepto de material recibido. A esto deben añadirse las necesidades presentes y futuras.

"Si bien es justo reconocer el estado moral de nuestras tropas y el espíritu de abnegación y capacidad de nuestro Comando, conocidos estos factores económicos, ¿es posible pensar en prolongar la guerra? Creo que no".

Entre los bolivianos que más influyeron para que se llegase al cese de fuegos estuvo el Coronel Ángel Rodríguez, Jefe de Operaciones del Comando Superior y también representante de ese Comando en la conferencia de Buenos Aires. Antes que derrotista, como le juzgaba Salamanca, Rodríguez era un realista que, con crudeza, daba sus opiniones y, a veces, con un dejo de impertinencia. Su conocida actuación en el seno de la Delegación debió ser bastante decisiva porque hablaba desembozadamente, en nombre de Comando y así lo hacía sentir. En uno de sus artículos, publicado en "El Diario" en 1944, refirió, con alguna jactancia, lo de su intervención para poner fin al conflicto. Dijo en la parte pertinente: "Desde mi salida del puesto de

Comando, me había prometido influir con todas mis fuerzas, para que se aceptase la cesación de hostilidades".

"Esta determinación que podría parecer una herejía si la hubiese manifestado a cualquiera, era, sin embargo, en mi concepto, la única manera de salvar al país de nuevas catástrofes. Si el Comando no hubiese recibido el obsequio que le hizo el señor Tejada Sorzano, de un nuevo Jefe de Estado Mayor, otra habría sido mi opinión y tal vez otras las condiciones de paz.

"En las largas conversaciones —prosigue Rodríguez— que se llevaban a efecto en Buenos Aires entre los miembros de la Delegación, yo guardaba un silencio absoluto, pues no me tocaba intervenir. Pero llegó el momento de conocer la opinión de cada uno para decidir si se aceptaba o se rechazaba la cesación de hostilidades. Alguien opinó en esos momentos de responsabilidad que se debía consultar al Comando. No pude más y levantándome del asiento, dije enérgicamente: "El Comando soy yo!" Tenía en mi conciencia que esta afirmación podía hacerla, con mayor derecho que cualesquiera de los dos que habían quedado en Villa Montes, planeando disparates".

Ante el asombro de los concurrentes, Rodríguez declaró que debía aceptarse la cesación de la lucha armada "porque tampoco hay Comando". En la referida reunión de 5 de junio, el Coronel Rodríguez finalizó su intervención con estas palabras:

"El ejército puede realizar una enérgica ofensiva y jugar la última carta con posibilidades de éxito. Pero podrá suministrar el país los elementos que se precisan? Necesitaríamos quince mil hombres, más 500 camiones, un stock grande de municiones y una suma de dinero que asegure el normal aprovisionamiento de la tropa por un tiempo largo. Si no podemos disponer de estos elementos que son indispensables, hay que aceptar la paz, ahora que los dos ejércitos están equilibrados".

A esta altura de los acontecimientos y frente a lo que, sin titubeos, declaraban los dos personeros del Comando Superior, no puede uno menos que pensar en la falta de voluntad de combate de los hombres de armas, que acaso provenía, por fenómeno reflejo, del desastre de Picuiba, la desgracia de El Carmen y el abandono de casi todo el Chaco. En el campo atrincherado de Villa Montes, existía, es verdad, una férrea voluntad de resistencia porque la defensa estaba muy fuertemente organizada. Pero de ese campo no iba a salir ninguna ofensiva de envergadura. El teatro de maniobra estaba en los Sectores Central y Norte, en los cuales las operaciones habían quedado estancadas.

Corresponde ahora consignar, brevemente, lo que expuso el doctor Tomás Manuel Elio, en la mencionada sesión del 5 de junio. Hizo el siguiente planteamiento que reflejaba, es lógico suponerlo, el pensamiento del Gobierno: (Bautista Saavedra, obra citada)

"Dr. Elio: En la última sesión del Comité de Neutrales, a tiempo de recibir el pliego, cuya lectura se ha hecho por secretaría, manifesté a los honorables mediadores que no deseaba adelantar ninguna opinión y que la nueva proposición la transmitiría inmediatamente a conocimiento del gobierno y de esta Delegación. Como se demandara insistentemente mi opinión personal, yo adelanté algunas reservas y entre éstas el artículo 4 que, a mi juicio, declaró, motivaría también serias objeciones del gobierno de La Paz. Bolivia dará todas las garantías que se le pidan, dije, pero a su vez las pedirá también para asegurar el arbitraje y la liquidación total del pleito.

"Cuando en agosto del pasado año, se debatió en el Congreso la proposición argentina de 12 de julio, el Canciller Alvéstegui, al transmitir la opinión del gobierno, tuvo una serie de vacilaciones, que denotaban en los hombres que dirigían el país, la carencia absoluta de un plan fijo y concreto, en la conducción de los asuntos internacionales. En ese entonces, en mi calidad de diputado, yo estuve por la aceptación de la fórmula de 12 de julio. Fundé mi opinión con razonamientos, que en el presente caso se actualizan y adquieren mayor fuerza de expresión.

"Si la mediación pacifista fracasa, por nuestra intransigencia o por un mal entendido patriotismo, pues a veces ambos términos se confunden, será muy grave nuestra responsabilidad.

"El señor Salamanca, cuyo puritanismo ideológico lo llevó a la concepción de la fórmula fría de la guerra, encastilló sus actos en tal línea de intransigencia, que la audacia de sus más terribles

resoluciones y su desdén por los procedimientos de conciliación, eran para él inspiraciones del más alto patriotismo. Pero la realidad es que el señor Salamanca arruinó al país y lo arruinó por muchos años. He aquí una dolorosa realidad que, como ejemplo, es bueno recordar.

"Prácticamente hemos perdido el Chaco. Hoy el problema de la guerra está vinculado a la desintegración de los departamentos de Santa Cruz y Tarija y a la pérdida de nuestras riquezas petrolíferas. Frente a esta situación no podemos cruzarnos de brazos y esperar el drama, cuya prolongación puede causar la ruina definitiva del país. Luchamos completamente solos, frente a un enemigo que, en tres años de campaña, nos ha probado de lo que es capaz. El Paraguay es fuerte por las vinculaciones que tiene. Nosotros, en cambio, no hemos tenido amigos en esta guerra, y no los hemos tenido por nuestra propia culpa, por no haber desarrollado con previsión una política diplomática homogénea, disciplinada e inteligente. Hemos estado unas veces con el Perú, otras en contra, haciendo gala de la misma verstabilidad con Chile, Argentina y Brasil. Hoy no estamos con nadie, o lo que es peor, casi nadie está con nosotros".

Estas patéticas reflexiones del Jefe de la Delegación nacional no fueron refutadas, tal vez porque estaba en la conciencia de todos lo delicado de la situación a la que hacía frente Bolivia, sin poder salir adelante con sus planes de guerra como lo deseaba.

Lo que, de modo general, preocupaba a los delegados, era la obtención de seguridades, en el Protocolo del armisticio, en sentido de zanjar el viejo pleito por arbitraje de derecho, concertándolo anteladamente, invocando el **uti possidetis** de 1810 y la doctrina de 3 de agosto. Ese era el punto básico sobre el cual Bolivia hacía cuestión, asiéndose una vez más a una ilusión por- que este punto lo desbarataba la realidad con el hecho contundente de la pérdida o desocupación de los territorios del Chaco. Las declaraciones del doctor Elio confirman lo dicho antes sobre las vacilaciones del gobierno de Salamanca en las negociaciones de paz y la resolución, no disimulada, de los liberales de darles curso. Sobre estos tratos del armisticio, cabe seguidamente reproducir lo que escribe, en su tantas veces citado libro el ex-presidente Saavedra:

"El día sábado, el Canciller Elio, único negociador ante el "grupo mediador" estaba citado para las 4 de la tarde, a la Casa Rosada, donde funcionaban los neutrales. Al tiempo de salir para su destino le entregué, en una hoja, las modificaciones introducidas al pliego del embajador peruano, la principal de las cuales decía, como queda anotado más arriba: "Si este compromiso (el arbitral), no fuese suscrito en el término expresado de los 180 días, la Corte Permanente de Justicia Internacional de La Haya, asumirá el conocimiento del litigio aun sin concurrencia de alguna de las partes". Porque creíamos que la discusión podía versar sobre el proyecto peruano.

"El día 9, domingo, quedé sorprendido al leer en la mañana, en los grandes diarios "La Nación" y "La Prensa" que esa madrugada, a las 2 de la mañana, había sido acordada la paz del Chaco, conforme a un protocolo formalmente convenido entre los cancilleres beligerantes y el "grupo mediador". Los rotativos no registraban el texto del convenio cerrado. Supuse en mis adentros, no conociendo el contenido de ese **factum**, que nuestro ministro, gestor de las negociaciones, había obtenido, si no un triunfo rotundo, por lo menos una seguridad inquebrantable de que se llevaría a cabo el arbitraje de derecho, como fue en toda ocasión y momento, la opinión de todos los delegados.

"Aquel día 9, domingo, estaba el personal de la Delegación boliviana invitado, con más las señoras, a un almuerzo que el Ministro Rojas, daba en honor de ella. La reunión se iniciaba en un ambiente de frialdad glacial; todos presentían un fracaso; sólo el Canciller Elio mostrábase satisfecho; eso nos desconcertaba. Al tiempo de tomar los aperitivos, se nos entregó bajo sobre, a los delegados, por el secretario general señor Salinas, una copia del protocolo acordado. El almuerzo, aun sin conocerse el tenor de ese documento, fue fúnebre, por mucho que algunos concurrentes se esforzaban en decir que habíamos felizmente puesto término a la guerra del Chaco.

"Volví a mi alojamiento a las 3 y allí me enteré, por la copia que se me había suministrado, de la derrota que los intereses del país sufrían en ese **factum**".

En sus soliloquios el doctor Saavedra parece olvidar que, constitucionalmente, el poder negociador reside en el Presidente de la República, el cual lo ejerce colaborado por el Ministro de Relaciones Exteriores. En Buenos Aires, el selecto grupo de personalidades bolivianas reunido

alrededor del Canciller, constituía un consejo consultivo, cuya opinión, por cierto valiosa, no tenía ni podía tener fuerza alguna compulsiva. De ahí que en circunstancias muy especiales, el negociador estaba capacitado para llegar a acuerdos saliéndose del texto de las recomendaciones de sus colegas, siempre que para ello contara con la autorización del Jefe del ejecutivo. Las presiones ejercidas sobre el doctor Elio por los neutrales, en una u otra forma —de todas conocidas— explican la premura con que fue suscrito el acuerdo del armisticio o Protocolo de Paz, y también explican la sorpresa de don Bautista Saavedra al haberse informado de este histórico suceso por un diario matutino. La prensa, siempre tempranera, se adelantó, pocas horas antes a don Tomás Manuel Elío en dar la noticia del convenio alcanzado el 12 de junio.

En cuanto al acuerdo sobre cesación de las hostilidades, no se limitó a crear la comisión que fijaría, sobre el terreno, la línea de separación de los ejércitos, sino que pedía que la Conferencia de paz ratificara aquel acuerdo; es decir que le diera un respaldo que lo volviera casi intangible, y señalaba el procedimiento para lograr la paz misma entre los beligerantes en dos cláusulas del siguiente tenor:

"Promover la resolución de los diferendos entre Bolivia y Paraguay por acuerdo directo entre las partes, siendo entendido que Bolivia y Paraguay caso de no alcanzar buen éxito en las negociaciones directas, asumen por este Convenio, la obligación de resolver los diferendos del Chaco por medio del arbitraje del derecho designando desde ahora como árbitro a la Corte Permanente de Justicia Internacional de la Haya".

"La Conferencia de Paz pondrá término a las negociaciones directas cuando, en su concepto, haya llegado el momento de declarar que mediante ellas no es posible lograr el arreglo definitivo; llegado este caso, se pasará a la concertación por las partes, del compromiso arbitral, no pudiendo la Conferencia de Paz clausurar sus funciones en tanto que ese compromiso arbitral no quede definitivamente concertado".

Se dió un plazo de 10 días para que los Congresos de las Partes aprobasen o rechazasen este Convenio. La aprobación fue dada, en La paz y Asunción, virtualmente por unanimidad.

La fijación de la línea de separación de los ejércitos que señaló la comisión militar, oficializada por la Conferencia de Paz el 2 de julio de 1935, daba al Ejército de Bolivia las siguientes posiciones, aquí resumidas: partiendo del Hito 4, fronterizo con la Argentina y al oeste de D'Orbigny, tomaban hacia el Norte casi un grado y después hacia el Oeste se encontraban muy cerca a Villa Montes, de ahí nuevamente con inflexión al Oeste pasaban frente a Cuevo, Ibo y Boyuibe; de ahí en casi dos grados se dirigía nuevamente hacia el Norte con ligera inclinación al Este y cerca a 27 de Noviembre, en línea recta llegaban al norte de Galpón, fortín paraguayo. En el hecho las armas bolivianas se vieron desalojadas del Chaco Boreal.

La guerra fue declarada terminada por Resolución de la Conferencia de Paz el 25 de octubre del mismo año. No quedaba más que ir al tratado de paz sobre las bases ya fijadas por el facturo de junio y acuerdos posteriores que cerraban el camino para alcanzar condiciones mejores de convivencia con el Paraguay.

Con referencia al arbitraje de derecho y a la Corte Permanente de Justicia Internacional, las Partes aceptaron después que el arbitraje fuera confiado a los Presidentes de los seis países mediadores, esto es: Argentina, Brasil, Chile, Estados Unidos, Perú y Uruguay, en el carácter de árbitros de equidad que procederían **ex aequo et bono**, (según su leal saber y entender). El no haber logrado Bolivia a pesar de todos sus empeños, que el convenio arbitral fuera firmado conjuntamente con el acuerdo de armisticio, dió lugar a este cambio en la designación del tribunal arbitral. Así la última de las ilusiones bolivianas se desvaneció en la madrugada invernal del 12 de junio de 1935, después de largas horas de porfiadas discusiones, ensombrecidas para el negociador boliviano por la noticia desconcertante del golpe audaz de los paraguayos en Pozo del Tigre, zuna de Ingavi, que repercutió con abultado ruido, cuatro días antes, en el ambiente tenso de la Casa Rosada.

UNA PAZ INCONCLUSA

Fugaz reminiscencia de una tragedia que aún pesa sobre Bolivia son estos comentarios mal hilvanados de una época de tensión bélica. A Bolivia y Paraguay, vecinos y tan distantes, dominados por un concepto integrista nacido de pasados infortunios, faltóles sabiduría para

encauzar su diferendo territorial por la vía pacífica, y a sus gobernantes decisión para enfrentar la impopularidad. Bolivia fue a la guerra cegada por una triple ignorancia, anotada ya anteriormente: ignorancia de lo que eran las tierras candentes del Sudeste, ignorancia de la determinación argentina de defender su zona de influencia al oeste del río e ignorancia de la capacidad militar del Paraguay. A esto hay que agregar "una presunción militar ilusoria que nos hacía creer en una gran superioridad sobre el enemigo", como acertadamente escribiera el doctor Salamanca.

La ecuación era, sin embargo, simple y realista. Una fórmula la resumía: puertos para Bolivia, tierra para el Paraguay, que hice mía en 1930 sin ser escuchado. Era la vieja fórmula de transacción por equivalencias de territorios del siglo pasado, reactualizada por el Protocolo Gutiérrez-Díaz León de 1927. Finalizada la guerra, la meta paraguaya ha sido alcanzada. Queda la parte boliviana de aquella ecuación, los puertos, que será resuelta sin ruido de armas y en armónico concurso de intereses cuando tenga pujanza el desarrollo económico de los aledaños patrios del oriente.

Comparada la línea de demarcación boliviano-paraguaya dada por el fallo arbitral de los mediadores el 10 de octubre de 1938, con los puntos señalados por el acuerdo del armisticio, referidos en el capítulo anterior, aparece significativo el avance del ejército boliviano hacia el Este. Someramente, la línea fronteriza del Laudo fue ésta: Partiendo de la Esmeralda, al Este de D'Orbigny va directamente al Norte, con ligera inclinación hacia el Este, hasta Puesto Villazón, de ahí nuevamente con inclinación hacia el N .E. hasta el Cerro Capitán Ustares y desde este punto casi en línea recta hasta una línea entre Vitrones (boliviano) y Galpón (paraguayo).

Con el armisticio de 1935 terminó el proceso militar del Chaco y se reanudó el proceso diplomático, que jamás se debió abandonar, y para esta labor Bolivia puso a uno de sus mejores hombres, el Canciller Eduardo Díez de Medina. Pacientemente y sin formas estridentes, el negociador boliviano fue avanzando sus demandas dentro del marco dejado por el Convenio y logró el avance de la frontera nacional en todo el frente occidental, salvando así líneas de comunicación de sur a norte y dando segura cobertura a la zona petrolífera boliviana. Una buena franja territorial, que las armas no alcanzaron a recuperar, fue el fruto de los empeños del negociador boliviano. Pesada herencia tocó al hombre de Estado y al haberla aceptado demostró un alto sentido de responsabilidad ciudadana, no ignorando que arrastraría la crítica de sus adversarios que no perdonaría que por el Tratado de Paz se perdiera el Chaco, perdido ya por el azar de las armas.

En carta al Canciller, de 28 de julio de 1938, decíale desde Washington:

"Bolivia llevaba la peor parte en el proceso diplomático, una vez que era menester partir de un hecho de tremendas consecuencias: la ocupación militar paraguaya. La doctrina del 3 de agosto, tantas veces invocada, no podía por sí sola devolvernos territorios que nuestras armas no pudieron defender, pues no existiendo sistema alguno de coacción en el Protocolo de Junio, esa ocupación sólo podía ser contrarrestada con otros hechos y no con doctrinas".

"La firma del tratado de paz significa que Bolivia ha escogido "el camino de la paz" para la realización de sus grandes fines. Primero, ha salvado su portentosa zona petrolífera, haciendo que Paraguay devuelva cierta extensión territorial ganada con sus muertos. Segundo, ha logrado un reconocimiento solemne de tránsito libre sobre el histórico río renunciado a puerto propio en zona navegable —si es que no estoy equivocado- una vez que el tratado establece que la demarcación arbitral no podrá tocar al sur de la desembocadura del Otúquis con el Paraguay".

"Aquí ha de encontrar usted el blanco de los ataques contra su obra. El Coronel Busch, genuino representante de nuestro Ejército y que, de seguro, ha consultado a nuestros Comandos, ha autorizado a usted firmar aquel Tratado; ello implica que la nación no está capacitada para una segunda campaña. Admiro, pues, el valor cívico del Presidente Busch y de sus colaboradores entre quienes la figura de usted adquiere trascendente relieve. Fácil era ganarse simpatías populares con actitudes declamatorias, rígidas, al margen de la realidad. Honroso y de gran belleza moral es obrar conforme a nuestra conciencia, sin temor a responsabilidades.

"Sin embargo, le conozco tanto y es tan leal mi aprecio por su noble patriotismo que, apresuradamente, he querido que llegue a sus manos mi palabra de congratulación, precisamente en estos momentos en que interesadas pasiones querrán dañarle a usted y disminuir su obra. Si

entre esas pasiones las hay sinceras —habrán de ser poquísimas— merecerán todo nuestro respeto y seguro estoy de que la luz de la razón apagará el fuego que pudo encenderlas".

La paz del Chaco fue inconclusa. En carta al Ministro de Relaciones Exteriores, arriba citada, agregábele:

"Yo considero, con todo, que el problema portuario fluvial no ha sido descartado. El volverá a agitar a nuevas generaciones cuando las zonas adyacentes al río tengan capacidad económica y demográfica para romper obstáculos e incompreensiones. Es, pues, un problema de tiempo y, tal vez, pudo parecer suicida, en la hora actual, amarrar el progreso de la colectividad mediante una paz armada, más bien una tregua preñada de peligros, simplemente por mantener, en toda su extensión jurídica, una demanda que tardará años en ser satisfecha. Lo del Pacífico es una enseñanza. Después de 20 años de tregua, hicimos una renuncia en sentido jurídico; pero la expansión económica y mejor comprensión internacional vuelven, hoy, a poner de actualidad nuestra necesidad de puerto en el mar de Balboa".

Es lo que me permití expresar al Secretario de Estado Cordell Hull y al Subsecretario Sumner Welles con estas palabras, reproducidas en mi nota a la Cancillería de 22 de julio, antes del laudo arbitral: "A mi juicio, la paz del Chaco será sólidamente consolidada cuando Bolivia rompa su clausura hacia el río Paraguay, hallándose este delicado asunto en manos de la Comisión arbitral".

Con el fin de dar mayor alcance a mis puntos de vista, en otra comunicación, de 22 de septiembre de 1938, al Ministro Díez de Medina, con quien siempre se podía dialogar con franqueza y amplitud, expreséle:

"Apunté en mi mencionada carta (26 de julio) y lo enuncia usted en su Circular (20 de agosto), que el tratado "deja para el futuro el problema de la salida propia sobre el río Paraguay". Y es que la mediterraneidad de Bolivia es un factor geográfico que seguirá pesando sobre la política exterior de la República hasta tanto no desaparezca mediante entendimientos de mutuo beneficio en el Pacífico y en el Atlántico. El ideal boliviano no puede ser otro. Empero, cabe aquí dar forma de razón al pensamiento: la tesis portuaria debe edificarse sobre premisas económicas y éstas nacen de realidades que el tiempo y el esfuerzo del hombre amasan paulatinamente. La comprensión recién en sus primeros pasos —existente entre Chile y Bolivia—, indica que la razón económica aunque tarda, vale por todos los enunciados jurídicos y los postulados de derecho. Un proceso de igual lentitud habrá de formarse con relación al sudeste y de nada servirá ahora y en los años venideros agitar la cuestión, ya que careciendo de fuerza económica y vitalidad propia, la salida al río seguirá subsistiendo como ideal, cuya concreción precipitada nos depararía nuevos fracasos".

Fue grande mi satisfacción al comprobar que el Canciller, en su mencionada Circular, marcaba la coincidencia de nuestros puntos de vista sobre lo que dí en llamar paz inconclusa a la suscrita en Buenos Aires, con relación a la obtención o recuperación de un puerto sobre el río Paraguay. Y hablando del tratado de paz firmado el 21 de julio, me permití, en ese mismo oficio, esbozar algunos comentarios que explicaban mis afirmaciones en el caso del Chaco, que reproduzco a continuación porque dan alguna unidad a todo lo expuesto:

"Dos factores contrapuestos, a mi juicio, han dominado las negociaciones de paz con referencia a las aspiraciones de Bolivia: obtención de un puerto fluvial en el río Paraguay y alejamiento del adversario de la zona de contactos con los petróleos. Conseguir lo uno implicaba abandonar lo otro, una vez que la ocupación militar paraguaya —hecho consumado que ninguna teoría podía anular— era dueña del litoral y de aquella zona de contactos. Las negociaciones directas, como su naturaleza indica, basábanse en el principio de transacción; esto es, en la vieja sentencia latina **do ut des**, doy para que des. Sin embargo, Bolivia nada daba; pedía del Paraguay dos renunciamientos a mérito de derechos estampados en el Cedulaario Real y de una doctrina reiterada —la del 3 de agosto— que por primera vez habría de recibir aplicación.

"La guerra que perdió Bolivia le quitó, precisamente, un valor de compensación mediante el cual, o con parte de él, era posible exigir la salida propia al río. Nuestros sucesivos repliegues, en tres años de lucha, nos dejaron con la teoría y el derecho frente a hechos consumados y a una materialidad que, sin embargo, y como usted afirma, nuestra diplomacia ha logrado vencer hasta

donde cabía. En diciembre de 1930, ejerciendo aún la plenipotencia en Asunción, presenté un informe a ese Ministerio abogando por una transacción a base de parte de los territorios que poseíamos con el fin de llegar al litoral; de no procederse así, agregaba, eran de temerse "dolorosas sorpresas" en plazo no lejano. El Gobierno de 1931 menospreció mi modesta opinión y me alejó del servicio. Lo que vino después es historia vivida y sus consecuencias ineludibles: el Protocolo de 1935 y el Tratado de 1938.

"No hemos tenido la virilidad de confesar nuestra derrota, como que para hacerlo era menester agudizar la crítica de nuestra institución armada y lastimar el pundonor de sus altos Jefes. Tuvimos sí el valor para cargar toda la culpa sobre los contados civiles que dirigieron los destinos de la nación en esas horas luctuosas; pero aun aquí disimulábamos el descalabro. Esta singular postura, explicable, aunque no justificable, por nuestro patriotismo herido, ha debido producir, sin duda, sorpresas por la obra de usted en Buenos Aires. La prensa nacional, agobiada por la censura, se hizo cómplice del peligroso miraje; parecía que hablaba en nombre de un pueblo victorioso, dispuesto con entusiasmo a otra guerra si el adversario no acataba sus disposiciones. El gesto es bello en lo que tiene de afirmación, de levantamiento moral y, tal vez, de táctica. Dudo, empero, que tuviese fuerza de convencimiento más allá de nuestras fronteras, donde se mide con cifras y estadísticas nuestra capacidad".

Y como corolario de estas reflexiones, sinceramente expuestas, quise hacer llegar al Ministro de Relaciones mi adhesión:

"Refirmo aquí mi admiración por la prueba de civismo ofrendada por usted al suscribir el pacto de 21 de julio. Ha dejado usted para otros el halago de la fácil y tornadiza popularidad y, a trueque de herir pasiones y despertar malquerencias, ha dado a su patria la paz que la realidad diseñaba, disperso ya el humo de las ilusiones. Su actuación, que otros no hubieran adoptado, revela al hombre de conciencia profunda, vale decir al estadista". Un año antes, el 8 de septiembre de 1937, en un informe remitido a la Cancillería a pedido del Ministro Vaca Chávez, expuse sobre los problemas suscitados por la paz del Chaco en gestación, algunas consideraciones en las que pretendía fijar una pauta perenne de conducta a nuestras relaciones externas, inspirada en la posición céntrica de Bolivia en el continente. Por su atingencia con lo que vengo escribiendo, cabe reproducir esta parte de mi informe:

"La guerra del Chaco ha acelerado el juego de rivalidades en torno a Bolivia; basta citar la actividad de comisiones de estudio con cuatro de sus vecinos. Empero, en este plano de incalculables proyecciones y que por vez primera solicita la atención nacional, es preciso partir de una realidad que iluminará el camino: la posición geográfica de Bolivia y el significado político-económico de esa posición.

"Nadie discute la evidencia: Bolivia es nexo de unión entre los dos océanos, estructura central de altiplanicies y llanos vinculados al Pacífico, el Plata y el Amazonas. Pero lo que debe establecerse es la deducción política. Atenta. esa posición central, ¿ha de buscar Bolivia entendimientos con alguno o algunos de sus vecinos para enfrentarse a los otros o, más bien, ha de actuar como fuerza equidistante? Este es el enunciado que, ante todo, debe formularse; el cauce de la política externa encontrará ahí su raíz.

"A mi juicio, Bolivia no debe ir con unos contra los otros; su posición es de equilibrio; su función es de tierra de contactos y no de antagonismos.

"La fijación de un "eje político" que, por ejemplo, partiendo de Río de Janeiro llegase a Lima, pasando por La Paz, daría nacimiento inmediato a la contrapartida con la línea Buenos Aires, Santiago, Asunción. y como todo "eje político" o equilibrio de poderes produce en sí rivalidades excluyentes, el conflicto en perspectiva, al estallar, destruiría el punto débil, precisamente el del equilibrio enajenado, es decir Bolivia.

"Y es que la posición boliviana es grávida de peligros; ella se valoriza mejor si consideramos al país, de un lado, como conjunto de inmensas riquezas en potencia y, de otro, como organismo políticamente débil, desarticulado y aun enervado por la disidencia. Los bajos índices demográficos y económicos de la Bolivia actual y su condición de emporio de ingentes materias primas perfilan su historia y alimentan, acaso, monstruosas fantasías de polonización en mentes extranjerías. Nada aconseja que en América se trasplante el sistema de los equilibrios

Europeos. El sólo ha traído guerras, cuyas víctimas han sido los más débiles; recuérdese Austria, Bulgaria y Hungría. Y él amenaza hoy la existencia de naciones pequeñas cual Checoslovaquia y Polonia.

"De ahí surge una interrogante: ¿convendrá a Bolivia, una vez finiquitado el pleito del Chaco y satisfecha su legítima aspiración en el Pacífico, la consecución de un pacto de garantías suscrito por todos sus vecinos, una especie de estatuto suizo, que vitalice y afiance permanentemente su libre existencia? La posición geográfica de Bolivia, en el futuro, resolverá también esta pregunta al margen de lo que determine la especulación política, siempre efímera cuando no penetra hondo en las realidades geo-económicas.

"La historia de Bolivia la señala, quien sabe, a los ojos de estadistas extraños como tierra de conquista. Esa amarga posibilidad pesa en la conciencia nacional y la guerra misma del Chaco, absurda en diversos aspectos y absurda por su mala conducción en lo político, militar y diplomático, no sea, en último análisis, sino la profunda reacción contra los infortunios del Pacífico y del Acre, sintetizada en la frase que políticos y publicistas repetían a diario: "ni una pulgada más de territorio patrio". Al defender el Chaco o lo fundamental de sus derechos a él, Bolivia lucha aún por su existencia, pero quizá si esta verdad haya sido aquilatada tarde.

"Ante un mundo abocado a la quiebra de la fe internacional e impotente para destruir procedimientos de ruda conquista, Bolivia debe encontrar en sí misma fuerzas para sobrevivir. Los pactos proyectados con sus vecinos perfilan futuras zonas de influencia y acaso del desdoblamiento de estas influencias nazcan conflictos que sólo nuestra prudencia y nuestra unión podrán vencer. Encuéntrase aquí la razón primordial de volver a la normalidad constitucional, sin dilaciones, devolviendo al Ejército su misión exclusiva de ciudadano armado para la preservación del orden público y la defensa de las fronteras".

En esos años, en el orden político, había una vigencia del socialismo. La generación del Chaco buscó salir de la estrechez partidaria, llamada tradicional, y llevada por un espíritu de emulación y de imitación, tan arraigado en el hombre, dirigió sus miradas hacia los dos polos que entonces atraían a los nuevos conductores en el orbe: el fascismo y el socialismo. Los seguidores de este segundo credo lo tenían por panacea de todos los males, sin profundizar lo que valía la doctrina, cuya esencia igualitaria disminuía la estatura del hombre frente a la omnipotencia del Estado. Ese socialismo romántico era el fruto de tres años de hermandad en los campos del sudeste, idea más que acción que no probó consistencia. Sentimiento más que convicción, fue aventado al correr de los años, pero en los que siguieron al armisticio era una fuerza de consideración. Se pensaba que Bolivia, tierra ambicionada, debía educar a sus masas bajo un concepto de dignificación y que nada se avanzaría sin el fundamento económico. Y ello sería posible bajo una política socialista que más profundamente podía transformar a la amorfa ciudadanía boliviana en un cuerpo vívido apto para la defensa por lo mismo que sus instituciones le habrían enseñado el precio de un régimen igualitario y de justicia social. Era un ideal que hizo alguna obra.

Debe verse la post-guerra en perspectiva, pues es el campo donde ha de fructificar la amistad boliviano-paraguaya hasta llegar a la unión de intereses y de metas de dos pueblos que viven en el corazón del continente sur. Un ilustre paraguayo, el Mariscal Estigarribia, coincidía con este enunciado y lo prueba lo dicho en el oficio que, desde Washington, envié el 11 de mayo de 1939, al Ministro de Relaciones Exteriores, resumiendo en los siguientes párrafos, una conversación que tuve con aquél sobre tema tan sugestivo:

"Nuestra entrevista, en extremo cordial, sirvió para que el General Estigarribia me hiciera algunas confidencias sobre sus proyectos de gobernante con relación a Bolivia, accediendo, gustoso, a que fueran transmitidas reservadamente a usted y, por su digno intermedio, al señor Presidente.

"Después de hacer el más cumplido elogio de la personalidad del Tcnl. Busch, a quien conociera en Villa Montes, expresóme el señor Estigarribia que alentaba la decisión más absoluta para acercar, de modo estrecho, a nuestros dos países, no siendo este propósito simple reflejo de una política de general amistad con naciones vecinas, pero sí consecuencia natural de hechos geográficos y económicos que la imponían. A su juicio, Bolivia y Paraguay habían demostrado, con la guerra de tres años, una personalidad vigorosa que tuvo sorprendidos a sus propios vecinos, y la

paz últimamente firmada había evidenciado el ningún rencor subsistente, antes bien, un afán de mutuo aprecio y conocimiento que era preciso fomentar.

"Para el General Estigarribia, Bolivia y Paraguay se encuentran colocados en parecidas situaciones de mediterraneidad o de contralor extranjero; ambos se ven rodeados por países más industrializados y progresistas, cuyo crecimiento, por desgracia, ha sido, en parte, a costa de los dos enclaustrados. Estos hechos de trascendencia histórica, en el pasado y en el futuro, obligan a Bolivia y Paraguay a sumar sus fuerzas, sus aspiraciones y las directivas de su superior política internacional con el fin de vencer las incertidumbres de su posición precaria.

"Agrega el General Estigarribia que las orientaciones de la política sudamericana, por lo menos en su parte austral, cambiarían a beneficio de Bolivia y Paraguay, si estos dos países llegasen a concordar una amistad estrecha, una vinculación de sólida raigambre. Me dijo, textualmente, que futuros acontecimientos en Sud América, más cercanos de lo que parece, no deben tomarnos desprevenidos y aislados. Como pretendiera indagar a qué acontecimientos hacía él alusión, optó por ciertas evasivas hablándome de una conflagración mundial que habría de amenazar a nuestros mercados de materias primas o a nuestras comunicaciones, pasando de ahí a discretas referencias sobre rivalidades argentino-brasileñas, para terminar diciéndome que ellos y nosotros teníamos "reivindicaciones" pendientes a consecuencia de la guerra del 65 al 70 contra el Paraguay y la del 79 contra Bolivia. Específicamente, aludiendo a esta última, manifestéme que Paraguay podía ayudar a Bolivia en su legítima aspiración portuaria sobre el Pacífico.

"Me confesó que él había decidido el viaje del Ministro Justo pastor Benítez a Bolivia, juzgándolo un elemento de prestigio, de talento y de sanas intenciones, y que él había influido en la visita a La Paz de comisionados comerciales. Sus expresiones, al puntualizar la necesidad de nuestro entendimiento, han sido rotundas, sin vacilación, pareciéndome de una convicción profunda.

"Como yo le señalara que ese entendimiento debía basarse, primero, en las más amplias facilidades y aun privilegios de tránsito para Bolivia, irrestrictas en todo tiempo, tuvo a bien declararme que su pensamiento concordaba con el mío y que él, como Presidente, apuraría las soluciones conducentes a este fin. Tuvo también frases para afirmar la urgencia de aquel acercamiento".

La muerte trágica del Mariscal Estigarribia, a poco de asumir la primera magistratura de su patria, parece haber cortado el vuelo de todo un plan de entendimientos con Bolivia, plan sin duda de largo alcance y no sin tropiezos ya que, para darle consistencia, debería culminar en la obtención de puertos, para la nación alto-peruana, sobre el disputado río. En Buenos Aires hubo un atisbo sobre este porvenir mancomunado para que ambos pueblos ingresaran a una era de franco y rápido progreso. Pero estas bellas ofertas quedaron en el papel como suele suceder en el vasto campo de las declaraciones internacionales.

Las ideas de Félix Estigarribia nacen, indudablemente, de una doble inspiración: de un lado, la evidencia de que las dos naciones, enclaustradas en el continente sur, requieren aunar esfuerzos para la defensa de sus intereses básicos y, de otro, la necesidad de resguardar al Paraguay contra posibles movimientos de desquite bolivianos, obsesionados como estaban los hombres de Asunción sobre el peligro de una Bolivia ribereña del río, que tampoco auspiciaba la Argentina que ejercía el control fluvial entero.

La paz del Chaco, vale insistir, fue inconclusa porque sólo representó el resultado material de la victoria paraguaya sin vista al futuro, buscándose dar perennidad al momento que se vivía. El patriótico sacrificio del negociador boliviano tiene un significado mayor porque sabía lo limitado de esa paz y lo decía, sin ambages, en su circular a las misiones en el exterior. También, en este sentido, la partija de Tacna y Arica, al marginar a Bolivia del arreglo de 1929, se inspiró en el instante que presidió a esta negociación y no en perspectiva de porvenir. El tiempo ha de corregir ambas anomalías y la humana comprensión, fundada en la propia conveniencia, hará que los medios para ello sean pacíficos. Mas, pecaríamos de ingenuos si creyéramos que tales rectificaciones geográficas han de lograrse con ayuda principal de vecinos y amigables componedores. El éxito dependerá, en última instancia, de nosotros mismos. Menester será

entonces prepararnos desde ahora y, ante todo, ser nación, asentada en derecho, nación unitaria de sentimientos, proyectada solidariamente hacia el devenir.

Al recordar las confidencias del malogrado Presidente Estigarribia, me viene a la memoria lo que me expresara el doctor Guggiari, en Asunción, al presentarle mis cartas credenciales, y que transmití a la Cancillería nacional, en nota de 22 de mayo de 1930, en esta resumida forma:

"No dejan de ser interesantes algunas apreciaciones del señor Guggiari acerca de nuestro futuro común. Respondiendo a los conceptos de carácter económico que consignamos en nuestro citado discurso, el Presidente nos hizo confidencias que no pudo decir en público por razones que se explican. Nos hablo con cierta convicción del rol que nuestras dos naciones estaban llamadas a jugar en esta parte de América, como potencias de equilibrio en la política austral de nuestro continente, rol que sólo sería posible sobre la base de un cordial entendimiento y de vinculaciones efectivas en el terreno de la economía. Nos apresuramos en asentir a lo que afirmaba y le expresamos que habíamos perdido el tiempo al no ocuparnos de nuestros problemas económicos, tarea que hoy es quizá —concluíamos— la fundamental en toda política de real progreso".

Estos buenos propósitos, que acaso sólo fueron eso, no alcanzaron, sin embargo, a tomar cuerpo porque no existía una conciencia cabal de lo que importaba el problema del Chaco, limitado como estaba a la ocupación militar que impedía anudar intereses que, a la larga, hubieran dado lugar a un acercamiento propicio a los arreglos de fondo. La estrechez de miras de los hombres, llevó a dos pueblos preteridos a enfrentarse en los campos de batalla cuando elementales motivos de alta conveniencia les señalaban el ancho camino de los acuerdos constructivos. Y aunque en uno y otro país se tenía conciencia de la necesidad de acercarse, voces belicosas que subían del Chaco pudieron más que los dictados de la razón.

¿Era inevitable la guerra? Aventurado sería la respuesta en un sentido u otro pasada la contienda. Mariano Baptista, ya lo dije, la creía cierta y esta creencia era general en los dos países. De don Daniel Salamanca se cuenta que miraba una posible guerra como una cruzada que sacudiría a Bolivia de su indolencia y destruiría su localismo estéril, introduciendo un cambio de fondo en la mentalidad de sus gentes. Es posible, pero cabe agregar que la guerra misma no trae necesariamente las innovaciones trascendentales; es la derrota la que imprime en los pueblos su huella negativa y da paso a inversiones de valores antes de tiempo, lo que determina inmadurez en la conducción política. La guerra del Chaco vino a transformar la faz político-social de Bolivia, más por el desastre sufrido que por el choque de armas, y nos hizo dar un salto aparentemente hacia adelante, cuya importancia sólo el tiempo podrá medir.

Tuve siempre la impresión de que don Daniel Sánchez Bustamante no aceptaba la inevitabilidad de un conflicto bélico en el sudeste. Su espíritu, eminentemente pacifista, habíale inspirado la idea de los pactos de no agresión, idea que procuré materializar durante mi estada en la Villa de Irala, lamentablemente sin resultado por carecer de instrucciones y por la hora tardía en que se quiso desviar hacia procedimientos conciliatorios los incidentes sangrientos en las tierras disputadas. A Bustamante le enervaban las discusiones bizantinas, sin rumbo ni objeto, cual sucediera en Buenos Aires en 1927/28, y esto no lo ocultaba. De ahí que juzgaba previo crear un clima propicio. En mi libro "Misión en el Paraguay" resumí de la manera siguiente el pensamiento del ilustre paceño:

"El jefe de la delegación boliviana (Sánchez Bustamante), al dar cuenta a la Conferencia, en sesión de 25 de junio, (1928) de este nuevo fracaso (conversaciones directas Bustamante-Zubizarreta), manifiesta con la probidad que le es característica, que es menester apelar al porvenir y trabajar con tesón y perseverancia con el fin de preparar, en uno y otro pueblo, un estado anímico capaz de hacer viable una fórmula de avenimiento. El doctor Bustamante reconoce, en suma, que nada es posible edificar, en este campo delicado de los entendimientos sobre cuestiones territoriales, sin el consenso de la opinión pública interesada y que esta opinión debe prepararse seriamente. Para el Maestro de la Juventud, un arreglo de paz refleja, pues, una determinada y propicia aquiescencia colectiva; faltando ella, resulta en extremo difícil preservar la tranquilidad externa".

Y para llegar a este estado anímico que él prohijaba, Sánchez Bustamante propuso la suscripción de un pacto de garantías, iniciativa boliviana desbaratada por el retiro de los paraguayos de Washington. Se me permitirá aquí una digresión: en la V Conferencia Internacional

Americana, tenida en Santiago de Chile en 1923, y a la cual no concurrió Bolivia por el regreso de la misión Jaimes Freire a raíz de la respuesta negativa del Canciller Izquierdo a la nota del gobierno de Saavedra sobre revisión del tratado de 1904, se aprobó un pacto para la investigación de situaciones de hecho susceptibles de provocar conflictos, pacto llamado Gondra por el nombre de su autor, el ex-Presidente del Paraguay. La convención dispuso que en Montevideo se organizase una Comisión Permanente ante la cual debían ocurrir las partes previa a toda acción unilateral. Similares instrumentos, en Europa, habían probado su utilidad. En diciembre de 1928, a raíz del ataque a Fortín Vanguardia, la Comisión Permanente de Montevideo, equivocadamente informada por el Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile —depositario del Pacto y de las ratificaciones— emplazó a Bolivia vista la demanda del Paraguay, creyendo que la Convención había merecido la sanción legislativa en ambos países. Bolivia sólo alcanzó a darle su adhesión mediante decreto del Ejecutivo y me cupo cursar la nota de estilo a la Cancillería santiaguina, ejerciendo en esos días, la Encargaduría de Negocios. La bulla producida en la capital uruguaya cesó de inmediato y no se habló más del asunto!

¿De haber existido entre los dos antagonistas un acuerdo de no agresión como lo quería Sánchez Bustamante o haberse ratificado, oportunamente, por el Parlamento de Bolivia la Convención Gondra, habríase evitado la guerra? Quizá. No puede negarse que uno u otro **factum** constituía una valla contra los impulsos belicosos de las primeras horas. Casi puede decirse que estos pactos alejaban del espíritu las soluciones de mano dura porque daban tiempo al tiempo para la reflexión.

La gran historia de la guerra del Chaco todavía no ha sido escrita. Estamos en la era de los memorialistas, de las relaciones episódicas, de la defensa de las propias actuaciones y de ciertos anecdóticos en forma de novelas. Con todo, si se quiere una suma inteligente de la guerra, ahí está la obra de Porfirio Díaz Machicao que, en síntesis apretada, presenta el cuadro apasionante de este período, documentado y severo con la honestidad que es innata en este brillante escritor. Han aparecido, además, algunas publicaciones de índole militar, valiosas sin duda, pero que por su naturaleza no se ocupan de los antecedentes y consecuencias de la contienda y menos del análisis de las fuerzas ocultas que empujaron a la lucha a los dos contendores o de los complejos de que fueron víctimas ni de la trabazón de intereses foráneos que pesaron sobre las decisiones de algún beligerante. Es ya tiempo que los historiadores emprendan el estudio exhaustivo y metódico del drama del sudeste, drama que tiene su primer acto en Puerto Pacheco y el último en Villa Montes. La distancia que medio entre estos dos establecimientos es toda la anchura del Chaco Boreal, vale decir un retroceso de cinco grados en 47 años! Esta impresionante gráfica muestra la pérdida del vasto territorio mejor que toda la literatura polémica de medio siglo.

Si alguna página de los Comentarios o de las Crónicas del Chaco llegara a orientar a las nuevas generaciones y prevenirlas contra el fracaso y las ilusiones de sus mayores, me sentiré ampliamente recompensado porque entonces mi trabajo no habrá sido en vano.

Santiago de Chile, 1957.

Segunda parte

Las Crónicas

INTRODUCCIÓN

Fuí de los que creía que las primeras hostilidades en el Chaco serían de corta duración, pues difícilmente concebía que los organismos de paz internacional fuesen incapaces de lograr un cese de fuegos, tratándose de dos naciones pequeñas y escasas de recursos, ubicadas en el corazón del continente sur y de comunicaciones vulnerables con el mundo exterior. Pensaba además, que la acción de los dos gobiernos buscaría igual finalidad. Por no estar comprendida mi clase en llamamientos militares, al informarme de que se organizarían Pagadurías de Guerra en el teatro de operaciones, ofrecí mis servicios y tuve la suerte de ser aceptado en el cargo de Pagador del II Cuerpo de Ejército que comandaba el General Filiberto Osorio, con asiento en Jayucubás. Cumplía así mis deseos de ir a esas tierras del sudeste y estar en ese Chaco Gualamba que, desde Asunción, presintiera su inmensidad desnuda que los paraguayos nos disputaban.

Eso de II Cuerpo de Ejército, lo diré más de una vez, era una ficción, pues se componía de dos escualidas Divisiones, la una sobre Toledo y la otra sobre Fernández, incapaces de llevar a cabo una ofensiva a fondo y decisiva por falta de medios y de hombres y, sin embargo, pudo ese Cuerpo haber desempeñado el papel principal de la guerra, ya que situado al centro del Chaco estaba en condiciones de dirigir sus golpes hacia el norte o el sur, según conviniera. Estas fuerzas sufrían penurias de toda suerte porque lo mejor y lo abundante iba a I Cuerpo, cuyo Comando de Muñoz se hallaba prácticamente a disposición del General Hans Kundt.

Seis meses conviví con ese desamparado ejército de Osorio, adquiriendo una experiencia valiosa bajo el ángulo de la relación humana hecha amistad, cordial y llana. Hubiese seguido allí si no recibiera una llamada de La Paz para tomar la dirección de Radio Illimani, flamante difusora que tanta falta hacía. Partí de Platanillos en los primeros días de julio por la ruta norte, de Camacho al oeste, donde se palpaba el vacío del Chaco y nuestra débil presencia allí. Al llegar al lugar de mis funciones encontré el puesto ocupado por otro... Hube de marcar el paso y esperar nueva oportunidad para regresar a los arenales chaqueños.

En diciembre de 1933 mi clase militar fue llamada al servicio. Partí con los conscriptos de la Batería Ríos. Habiendo rehusado un cargo en el Ministerio de Relaciones como me pedía el Canciller doctor Carlos Calvo, llevé un pliego de éste para el General Enrique Peñaranda, de lo que resultó mi incorporación al Comando del Generalísimo, entonces en Fortín Ballivián.

Encontrándome en comisión de servicio en La Paz, en agosto de 1934, en busca de una imprenta destinada al ejército en campaña, fui convencido de ingresar a un nuevo Gabinete, asumiendo la cartera de Guerra, separada entonces de la de Defensa. Se alegó que yo era amigo del General Peñaranda y de que el Presidente me honraba con su estimación, lo que permitiría —según se pensaba— un acercamiento entre estos dos poderes, peligrosamente distanciados. Debieron quedar defraudados los que esperaron de mí una acción en un solo sentido, de apoyo al gobierno sin el propio discernimiento, o de apoyo al Ejército en contra de aquél. Me guié por los dictados de mi conciencia, sin que ello aminorara en nada el respeto que me merecía don Daniel Salamanca no la amistad que me ligaba al General en Jefe.

En cuanto a reconciliar a estos dos puntales de la defensa nacional, mi labor fue nugatoria. Creí un momento que la entrevista de Tarija traería un acercamiento, pues esa era la intención de Peñaranda pero, desgraciadamente, la ruptura se hizo más profunda. Es honesto declarar que todos los que, de cerca o de lejos, tuvieron que ver con esta ingrata situación, de con. secuencias funestas, llevaron su parte de culpa, sea por escudar. se en concepto inflexibles del principio de autoridad, sea por obedecer a motivaciones políticas con miras a la post-guerra, o por buscar un resguardo en eso de las responsabilidades del conflicto o aún por la influencia negativa y enervante de la frustración, hija de la derrota, que pesaba sobre los unos y los otros.

A los escasos tres meses de mis labores ministeriales hube de dimitir, junto con mis Colegas, tras el descalabro de El Carmen, oportunidad en que todos solicitamos al Presidente organizara un gabinete con altas personalidades nacionales, sin tomar en cuenta su color político. El que se constituyó fue sola. mente de partidarios. La hora grave en que nos encontrábamos exigía algo más.

Nuevamente en enero de 1935 volví a la zona de operaciones y se me destinó al Sector Central que comandaba el General Carlos Quintanilla, sector amagado constantemente por el enemigo con el propósito de abrir una brecha que le permitiera lanzar un ataque flanqueante con peligro de nuestras defensas en Villa Montes y de las cercanas explotaciones petrolíferas. El peligro fue alejado después de enérgicas acciones pero quedó latente.

Así nacieron mis "Crónicas" en ese ir y venir de retaguardia al Sudeste y, más tarde, en el exilio, los "Comentarios" de la guerra. De las crónicas sólo consigno en este libro lo inédito, dejando de lado ese montón, ya olvidado, de informativos de la Zona de Operaciones (IZO) y los artículos que entregaba, por intermedio del Comando, para su publicación en La Paz, publicación de la que rara vez tuve noticia. Hago excepción aquí de unas observaciones sobre la post-guerra, de la batalla de Cañada Strongest o Cochabamba, de un comentario acerca de ciertos juicios de Lindolfo Collor, otro sobre declaraciones del Teniente paraguayo Juan Plate, prisionero, y de un recuerdo del Mayor Paccieri, auténtico héroe. Algunas de mis crónicas las firmada con el

seudónimo de "El Sargento de Ilabaya", en remembranza de ese rincón florido de Larecaja, cuna de mi padre.

Huelga decir que todo lo escrito por mí refleja, sin alardes, puntos de vista personales sobre los conductores de la guerra y sobre esos combatientes que, en el Chaco, forjaban el futuro de la patria. Con la gran ilusión del triunfo de nuestras armas, que tantos todavía albergaban, pero más, mucho más, llevado por un presentimiento de cosas venideras, publiqué en "El Universal", de 29 de noviembre de 1932, la siguiente interpretación de la situación bélica mirada en perspectiva, interpretación que vino a coincidir con ciertas innovaciones llevadas a cabo algún tiempo después de firmada, en Buenos Aires, la paz boliviano-paraguaya. En esos días, mis reflexiones, rápidamente esbozadas, no suscitaron reacción alguna:

"LA VICTORIA POR DENTRO"

"La juventud de Bolivia está en nuestro Chaco y cumple estoicamente su deber. Ella se encuentra hoy la defensiva, junto a los jefes que la guían con ejemplar abnegación; mañana la veremos en actitud de avance, en afán reivindicatorio incontenible.

"Este laboratorio psíquico que funciona en el legendario sudeste producirá, cuando cesen los fuegos, ideologías de avanzada, credos de vuelo místico, nobles ansias de renovación y también ímpetus vacíos de espiritualidad y acaso alguno bastarda ambición.

"Y es así. La guerra es el sismo en el cuerpo social. Remueve el fondo pasional del hombre; iguala a todos ante el misterio de la muerte y deja residuos de escepticismo en el alma de las generaciones nuevas, violentamente sacudidas y experimentadas por la más dolorosa de las realidades.

"Desde ahora, pues, es deber levantar un cuidadoso y sagaz examen del fenómeno espiritual que se agita en las lejanías chaqueñas, ya que toda acción bélica de ciertas proporciones, trae consigo desequilibrios profundos que suelen tonificar la raza si ésta tiene virtudes positivas".

"Los animadores de aquel ideario de inquietas turbulencias han de ser nuestros juveniles soldados, sujetos hoy a la férrea disciplina y al código militar, y mañana ciudadanos con la fuerza de sus derechos de hombres libres y las justas exigencias de quienes pusieron el peso de su vida en la balanza de los destinos nacionales.

"La política del día, con el limitado círculo de sus preocupaciones y tal cual la vemos desenvolverse, no tendrá, acaso, aptitudes suficientes ni suficiente elasticidad para amoldarse a los movimientos socio-económicos de la post-guerra. Y duro trance será el de los profesionales de la política afrontar aquella tempestad de pasiones y santos anhelos, alimentados por el sacrificio de los héroes.

"Prever es gobernar. Si carecemos de previsión en tan magno capítulo, iremos a la derrota civil como corolario de la victoria militar. Sin pérdida de tiempo es menester, es urgente, preparar los materiales de la paz por dentro. Y el triunfo pide organización así en la guerra como en la paz, a base de unión patriótica, de comprensión y sobre todo, de renuncia a las personales ambiciones.

"Las lámparas de nuestra previsión deberán estar encendidas para combatir la oscuridad y las tinieblas después de los fulgores relampagueantes de nuestras armas victoriosas".

Este fue mi mensaje escrito sin pretensiones.

STGO. 1957.

LA PAZ

1932

DICIEMBRE, 1932

Ahora que está resuelta mi designación de Pagador de Guerra y debo preparar viaje al Sudeste, corresponde dejar anotadas algunas impresiones mías sobre los acontecimientos de estos últimos meses y deberé hacerla en forma muy sintética, en cuanto al Chaco se refiere, porque el conocimiento que de ellos tengo es bastante somero. Por lo que a mí toca me he limitado en estos tiempos a publicar artículos sobre cosas del Paraguay y de los Neutrales, al margen de consideraciones de índole militar por ignorarlas en buena parte.

Estábamos celebrando la efemérides de Julio en el gran recinto de la Avenida Arce, habiéndose elegido entre diversas simpáticas concurrentes a Miss Bolivia, designación que recayó en la persona de la señorita Grandchamp, de Tarija, con general aplauso, cuando Raúl Huici subiéndose a una mesa gritó: "Viva Bolivia abajo el Paraguay". La conmoción fue inmensa y todos de pie preguntábamos qué había pasado, qué sucedía. Huici rodeado de gente informaba que tropas paraguayas habían masacrado a la guarnición de uno de nuestros fortines, sin dar mayores detalles que no los tenía. La fiesta se suspendió. Regresamos a casa con don José María Gutiérrez y señora —éramos vecinos— comentando esta escueta noticia. Abrigábamos la seguridad de que, como tantas veces antes, el incidente sería zanjado sin mayores complicaciones. Sin embargo, ese día marcó un cambio de fondo en la liquidación del viejo pleito chaqueño.

En las horas siguientes, con noticias aún reducidas, la gente empezó a agitarse y a exigir el castigo de la ofensa recibida. A los dos días se organizó una manifestación numerosa reunida frente a Palacio y exigió que el Presidente le dirigiera la palabra. El doctor Salamanca se mostró enérgico y seguro de sí mismo y prometió que sería vengada la afrenta que acababa de inferirse a Bolivia; pidió el sacrificio a todos y recibió el juramento de la multitud. Una duda quedó flotando en el ambiente al declarar el Primer Mandatario que debían esclarecerse ciertas informaciones, llegadas del Chaco, antes de tomar medidas de defensa.

No pasaron ni una quincena cuando a fin de mes se dió la noticia de la toma de fortines paraguayos, en represalia por el acto vandálico del enemigo. Cayeron primero en nuestro poder Toledo y Corrales y después Boquerón, seguidos de Rojas Silva y algún otro puesto menor. En un pizarrón, colocado en la esquina del Congreso cerca al Palacio, aparecían los partes escuetos de esta captura de fortines. Durante varias semanas la gente empezó a considerar estos hechos de armas, tan halagadores a nuestro patriotismo, como una prueba de nuestra superioridad militar. De ahí que la Declaración de 3 de agosto, mediante la cual las naciones de América no reconocerían las adquisiciones territoriales por medio de la conquista, produjo enojo y protesta en todos los círculos.

No hubo, pues, en esas semanas movimiento decidido en la ciudadanía para concurrir a la campaña recientemente abierta. Un llamado a reservistas fue limitado. La intervención del Comité de Neutrales y los mensajes de Ginebra parecían destinados a lograr, de un momento a otro, una paralización de las hostilidades o sea, "localizar" el conflicto, como se decía.

Grande fue la expectativa por conocer lo que diría el Presidente de la República en su Mensaje al Congreso el 6 de agosto. Limitándonos a los párrafos salientes, el doctor Salamanca resumió su pensamiento en las siguientes palabras:

"A mi juicio, las hostilidades han sido causadas por el deseo Paraguayo de establecer, desde luego, en dicho pacto (de garantías) premisas que aseguren de antemano, una solución de fondo favorable a su causa; en tanto que el gobierno de Bolivia deseaba sencillamente un compromiso de buena fe que, afianzando la paz, permitiese discutir el fondo de la cuestión con plena libertad, a fin de llegar a un término satisfactorio".

"Debo agregar que los ultrajes recibidos del Paraguay en Laguna Grande han sido ya reparados por nuestro Ejército. Hemos capturado los fortines Corrales, Toledo y Boquerón. Estas medidas tomadas en vías de represalia legítima, dieron la impresión de una guerra inminente y causaron en América una gran alarma que repercutió en Europa".

"El documento firmado por representantes de diecinueve naciones americanas contiene la advertencia intencionada de que el fruto de la victoria será inútil para el vencedor. El Gobierno de Bolivia comprendió que no debía ponerse en conflicto con la opinión y las advertencias de todo el Continente y se mostró dispuesto a la celebración de un armisticio. Esta gestión se halla en curso, siendo harto difícil prever su resultado".

El Mensaje contiene un agregado de último momento cuyo párrafo principal se encuentra reproducido en mis "Comentarios".

El día 5 publiqué en "El Diario" un artículo que, también se reproduce en parte en dichos "Comentarios".

En estos meses he lamentado el fracaso del pacto de no-agresión, ideado por don Daniel Sánchez Bustamante, primer Canciller del Presidente Salamanca. Este fracaso ha sido decepcionante para quienes pensaban que era el único medio de evitar choques armados en el Sudeste hasta tanto se llegara al arreglo territorial definitivo. Las consecuencias del ataque a Mariscal Santa Cruz se habrían desviado hacia negociaciones dentro de las prescripciones de ese pacto. En la Cancillería se nos informó que se había llegado a una fórmula que consistía en: pacto de tres años, arreglo directo en seis meses o arbitraje a los dos años; todo encuentro de armas pasaría a conocimiento de una comisión internacional. Bolivia llegó a aceptar esta fórmula pero el retiro del Paraguay de Washington dió fin a esta última oportunidad de mantener la paz en el Chaco.

Para los que no son seguidores del doctor Saavedra, es desconcertante la serie de duros ataques que, desde "La República", dirige aquél al Presidente Salamanca. Lo menos que pide don Bautista es la renuncia del Primer Mandatario. Los ataques son "demoledores", según el comentario callejero. Hizo impacto en la opinión esta frase ciceroniana, usada en un artículo, por el ex- Presidente: "Hasta cuándo Salamanca abusará de nuestra paciencia!". No puede negarse que estas fuertes críticas, que parecen tocar a lo personal como reminiscencia de la ruptura de 1920, no son todas antojadizas, pues hay en muchos servicios militares y civiles fallas, hijas de la improvisación. Con todo, dichas críticas soliviantan las pasiones ya agudizadas, de un pueblo de suyo rebelde. Así se ha llegado a un acto bochornoso: el asalto a la residencia de don Ismael Montes. Recuerdo que a todo el frente de la casa se puso un letrero que decía: "Esta casa ha sido asaltada por orden de Salamanca!". Deplorable espectáculo que hizo daño al gobierno y a Bolivia en el exterior.

Igual extrañeza causan las actitudes de los partidos políticos de oposición y de gobierno que no parecen dispuestos o capaces de ponerse de acuerdo. Estas rivalidades son acaso más de hombres que de principios o programas, pues esos mismos partidos piden la formación de un Ministerio de concentración nacional y, llegado el momento de organizarlo, rehúsan su concurso por razones mal explicadas o que no convencen. La llegada del doctor José María Escalier, hombre de bien pero ineficaz por sus largos años de alejamiento y luego, su desconocimiento de hombres y cosas del país, no pudo resolver los entredichos partidistas. Los calificativos que muchos usan para señalar las diferencias políticas se resumen así: guerrista y no guerristas. Hay algo de verdad en esto pero no creo que pueda considerarse como una correcta definición.

Conformado un nuevo Gabinete con adherentes del partido de gobierno, don Franz Tamayo toma la cartera de Relaciones Exteriores. Poco después el Canciller me cita a su Despacho y me encarga organizar una Oficina de Informaciones de Prisioneros, de acuerdo con ciertas estipulaciones de La Haya, para atender casos paraguayos. Transformé la Oficina también para responder a encuestas sobre prisioneros bolivianos y me valí para ello de la buena voluntad de la Cancillería uruguaya. Acabo de entregar esa Oficina en vista de los preparativos de mi viaje al Segundo Cuerpo de Ejército.

La toma del fortín Bogado, ya en la zona del río en el norte, vino a infundir nuevos alientos y esperanzas. Se dice que es camino al río Paraguay; el mapa así lo muestra, y base para el

ataque a fondo. Pero el tiempo demostró que no había tal cosa. La zona es en extremo pantanoso y nuestra fuerza resultaron escasas ahí. Esta irrupción en Bogado y que no fue más, pero mayormente lo de Boquerón movió a un grupo de diputados en la Cámara Baja a pedir la venida del General Hans Kundt, antiguo Jefe del Estado Mayor y organizador del moderno ejército nacional. El asunto pasó a la calle y hubieron manifestaciones pidiendo igual cosa. Acaba de llegar el General y es recibido con grandes muestras de regocijo. No deja de percibirse cierto pesimismo —y me aseguran que también en el Presidente—, acerca de la capacidad del nuevo Comandante en Jefe para llevar a las tropas a la victoria en suelo chaqueño que, parece, él desconoce.

Con todo, la situación a pesar de los contrastes no es mala, dicen y afirman los entendidos. El descalabro de Boquerón y otros contrastes han sido contrarrestados por nuestra defensa en Campo Jordán. Hay equilibrio de fuerzas. Esto pudiera dar lugar a gestiones con probabilidades de éxito de parte de los Neutrales y vecinos, siempre que no salgan de términos reales y compatibles con la dignidad boliviana.

He causado profundo pesar el fallecimiento de Alfredo Otero a principios de octubre. Ya muy enfermo, buscó las aguas termales de Urmiri, dirigiéndose a este balneario en compañía del doctor David Capriles. Al empeorar su estado de salud, resolvieron el regreso. El dilecto amigo murió en el camino a la ciudad, poco antes de llegar a El Alto. Era un espíritu selecto, modelo de caballerosidad, de vasta cultura y de una honradez acrisolada, a quien todos respetaban por sus grandes virtudes ciudadanas. La pérdida para los que siempre estaban con él es irreparable.

Hace ya tres meses que el General Filiberto Osorio partió al Chaco; le reemplaza en el Estado Mayor el probo General Lanza, gran señor como el anterior. Osorio tomó el Comando del II Cuerpo, zona central. Me alegro que se me haya designado de Pagador en ese Cuerpo; pronto volveré a ver al noble amigo y respetado Jefe.

Jayucubás y Platanillos

1933

JAYUCUBAS

FEBRERO 25 DE 1933

En esta contienda del Chaco, se advierte el esfuerzo boliviana desde Villazón, pues dejando la riel, cómodo medio de transporte, iniciase el viaje por caminos interminables, en la Puna primero, en el valle después, para terminar en el llano.

La bajada de Sama, a Tarija, es espectacular. Tiene algo de La paz antigua vista desde El Alto. Falta, empero, la soberbia perspectiva de la alta Cordillera que ni el verde de los transfondos tarijeños puede reemplazar.

A Villa Montes se llega en un recorrido agobiador desde Tarija. Los caminos se tornan pesados; el barro es un tirano que otro, el chofer, pugna por vencer en cada enfangada. Ya es el bosque tupido, de pequeña estatura, de verdes distintos, por donde se desliza el camino o la picada, y sobre ellos avanza, dando tumbos hundiéndose en el barro aquí, en nauseabundos charcos más allá o en arenas de finísimo grano, el camión, señor esforzado de estas llanuras casi desconocidas por los bolivianos.

Espinosos, cactus, maderos blandos como corcho, toboroches de formas grotescas, y miles de alimañas, pequeñas y grandes, que viven y se escurren en el bosque chato que es el Chaco. Y también surgen otros hombres. De Villa Montes, tierra adentro, véñese los primeros aborígenes: matacos y chulupis. Mujeres de torsos desnudos, bronceas y fuertes, de risa pueril,

cara ancha y ojos vivaces. Vienen a los campamentos, se ofrecen y tratan, con raro empeño, en curarse de los males que el soldado les ha traído con esta guerra.

De noche, en la plazoleta de Tezén, lejos del Pilcomayo en ruta hacia Jayucubás, luz de luna húmeda, varios chulupis bailan, tentados por los cigarrillos que se les ofrecen. Danza primitiva, monótona y triste, y canto sin palabras donde gimen, tal vez, añoranzas de la raza que se extingue bajo la sombra del bosque omnipresente.

Siguen y aumentan los kilómetros. Diríase que el Chaco tiene secreto rencor por la osada penetración de su dueño y, no pudiendo quebrantar la voluntad del hombre, ataca, con perfidia, al medio que éste utiliza para avanzar: el camión. Arenas finísimas, fangos espesos y pegadizos, charcos de verdes sospechosos, motores que revientan yagua que hierve cada dos kilómetros, sacudidas que destrozan muelles y costillas, ramas que crecen con sorprendente rapidez y despedazan carga y ropas; sendas y desvíos cada día nuevos, y miles de moscas y mosquitos y toda suerte de alados enemigos puestos allí para martirizar al hombre. Y, sin embargo, el Chaco cede al empuje de un esfuerzo sin descanso, afirmación del carácter de una raza que quiere ser, a pesar de la sangre que va infiltrándose en estas tierras sedientas.

No hay obra grande sin sacrificios y no podría producirse la incorporación efectiva de un organismo a la masa común o su desprendimiento sin mutaciones o nuevos ritmos de vida. Y la guerra del Chaco es eso.

Ya cerca del lugar de nuestras funciones se oye el cañoneo de Toledo. Estamos atacando hace días.

Llegamos a Jayucubás, lugar de residencia del Comando del II Cuerpo de Ejército, el lunes 20 de febrero. Somos recibidos cordialmente por el caballeroso General Osorio y la oficialidad que le rodea. De inmediato incorporados a este Comando, en lo que interesa a nuestras labores parecemos al día siguiente que ha tiempo nos encontramos aquí, pues la aclimatación es rápida por lo grato de la acogida.

Vida de campaña. Campamento improvisado cerca a los campos de la muerte. Nos encontramos aquí por voluntad propia. No ha sido llamada toda la clase militar, pero hemos solicitado ocupar una de las Pagadurías de Guerra en la Zona de Operaciones. Roberto Bilbao La Vieja es el otro Pagador en Fortín Muñoz. Cuando nos designaron, alguien sugirió que se nos asimilara al grado de Coronel para darnos mayor autoridad. De nuestra parte nos opusimos, expresando que nuestra autoridad vendría de nuestra condición civil de representantes del Ministerio de Hacienda, al margen de la jerarquía militar o por encima de ella.

Jayucubás! dulce voz chulupi. Dicen que significa "aquí hay agua ". Llanura despejada, extensa cañada de agua turbia, pocos pahuiches y pocas carpas. Se nota la improvisación, la falta de materiales, la idea de la transitoriedad, la costumbre de vivir sin comodidades.

Aviones de Muñoz pasan rozando los árboles de la plazoleta. En un atado diminuto dejan caer los partes, sus observaciones y croquis y, como flechas, emprenden vuelo de regreso, después de sus incursiones sobre Toledo y la retaguardia paraguaya. No hay alas enemigas. El cielo chaqueño pertenece a Bolivia.

Ningún político, militar o técnico puede hablar del Chaco sin pensar en la construcción del puente sobre el Angosto en Villa Montes. Extraña que ni siquiera se haya hablado de ello en los reportajes de prensa de quienes, sin o con motivo, vinieron a estas llanuras. La falta de puente es una omisión inconcebible. Ministro de Estado hubo que prometió construirlo, expresando el deseo de que su nombre quedase estampado ahí para recuerdo perdurable. El Ministro se fue pero quedó el olvido, el cómodo refugio de los bolivianos.

Hemos cruzado el Pilcomayo, de San Antonio a Villa Montes, en un bote donde apenas cabíamos unos pocos. En igual forma, desde el amanecer, iba siendo transportado un destacamento de 400 hombres. Tenían para rato! Llevados por la corriente, como selváticos de otro mundo, se deslizaban veloces, a caballo sobre un tronco de árbol, chulupis ajenos a la guerra, a la nacionalidad, a cuanto nos traía a estas tierras. Nuestro diminuto grupo, diez personas, ha

tardado desde las ocho de la mañana hasta la una, después de tremenda espera, para llegar a Villa Montes! Esto da una idea de la estupidez del sistema.

Y el paso del Angosto, 13 kilómetros tallados en la roca. Lo cruzamos de noche, sin damos cuenta del peligro. Ibamos en un automóvil destartado, contratado por el Banco Central para el Agente Carlos Ascarrunz y sus remesas. El chófer, cochabambino que había vivido en las salitreras, nos trataba a la baqueta; se decía enfermo de paludismo y con ello se excusaba por su lenguaje salpicado de palabrotas a cual más expresiva.

Las innumerables fallas de motor y las enfangadas nos tomaron lo mejor del tiempo, aunque salimos temprano de Entre Ríos, vallecito delicioso. No había más remedio que proseguir el viaje de noche. El hombre nada nos dijo del Angosto de modo que nos metimos en él sin luz, el auto no la tenía. Por suerte, Alberto Nielsen Reyes llevaba una poderosa linterna de campaña. Inclinado a más no poder hacia el precipicio, que él y nosotros creíamos un simple declive del terreno, Nielsen alumbraba el borde del camino, permitiendo al conductor proseguir el viaje. En más de una ocasión, Nielsen recibió interpelaciones atrevidas del chófer por no mantener firme el rayo de luz, llegando un momento en que este excelente amigo, incorporándose, apagó su linterna y, protestando, dijo que otro hiciera de tonto. Paró el auto y vino una gritería general. Reprendimos al conductor e hicimos un pacto de silencio. Nos reíamos de buena gana por estas incidencias, ignorando el peligro del que nos hablaba nuestro hombre sin que le hiciéramos mayor caso. Ahí estaban el Padre Tapia, Roberto Bilbao La Vieja, Carlos Ascarrunz, Nielsen Reyes, Alberto Otero y yo.

Después del viaje, lleno de peripecias y de fatigas, desde La Paz hasta este modesto fortín de Jayucubás, es un descanso encontrarse en el lugar del destino asignado. Debemos acostumbrarnos y familiarizamos con los bichos y ruidos del Chaco, con esos enormes sapos (los rococos) que lloran como criaturas abandonadas o tabletean como ametralladoras, con toda suerte de insectos, tábanos, mosquitos, zancudos, anofeles, moscas de colores irisados, coleópteros polícromos, avispas vertiginosas, "nina-ninas" rojizas o verdosas, amigas del hombre, moscardones pesados, y la hormiga, la soberana hormiga que está en todas partes: en la comida, en la ropa, en la cama, en los papeles de trabajo.

Pero también hay belleza: las mariposillas de tonos infinitos, delicadas como pétalos y diminutos, o grandes como flores en vuelo. y cardenales empenachados y loros de todo tamaño y co- lorido y multitud de pajaritos que alegran con su algarabía sin sentido.

Jayucubás, lugar de mis funciones, te iré conociendo como amigo leal y tendrás, cualquiera que sea mi suerte, un recuerdo imborrable en mi vida. A través de tus espinos y de tu extraña vegetación; al borde de tu cañada salvadora, iré observando esta guerra de dramáticos contornos y serás centro de mis meditaciones, mi torre de marfil perdida en la inmensidad del Chaco ignorado por nuestra retaguardia y por nuestros políticos, por nuestra prensa y por muchos de nuestros militares.

Jayucubás, puntito geográfico de la cuenca chaquense, desconocido del resto del mundo, hablaré de ti y de la vida que se agita alrededor y de la esperanza de los hombres, en trance de guerra, que cobijas en medio del bosque que nunca acaba.

FEBRERO 26 DE 1933

Este Cuartel General del II Cuerpo de Ejército, que desde el 15 de enero empezó a poblarse de carpas, pahuiches y servicios, tiene una ancha explanada que, pomposamente, llaman Plaza de Armas. Está rodeada de las instalaciones de Abastecimientos, Cocinas y Panaderías, Transportes y dependencias, Correos, y algunas viviendas, la del General Osorio, pequeña y modesta, y la nuestra, que es Pagaduría y habitación a la vez. Al centro, aislado, un reducido edificio con las oficinas de radio y teléfonos, donde se trabaja noche y día. Hacia el N .E. de esta Plaza a poca distancia, se encuentra la cañada, dividida en dos por un dique de tierra: de un lado la reserva de agua para la vida del fortín; del otro, baño para tropas y oficiales.

La cañada es el todo del Fortín. Aunque su agua sea turbia y estancada, es preciosa y se la defiende con centinela a la vista. Donde no hay cañada no hay posibilidades de establecimiento permanente. A un costado de la Plaza existe un pozo de unos 18 metros de profundidad, cuyos

trabajos se han interrumpido por falta de medios. No tenemos máquinas perforadoras y tampoco bombas. Hay la seguridad de que a unos 60 metros se puede encontrar agua dulce.

Todos los alrededores de Jayucubás son bosques hermosos, el eterno verde enmarañado del Chaco. El bosque es aquí más alto que en las regiones del sur. Por estos lados, en la línea de Platanillos, Bolívar, Loa, Camacho, no hay, nos dicen, campamentos de indios bárbaros; son tierras nuevas, recién penetradas, donde campea el nombre del malogrado Capitán Ustares.

Todavía falta por completar la historia de la pacífica y legítima penetración boliviana en sus heredades del sudeste. Es una epopeya que no ha llegado al pueblo por falta de una recopilación inteligente de todos los informes, memorias y descripciones escritos al respecto.

Aún no se conoce, en el país, la travesía notable que, desde Puerto Suárez y Roboré, hizo la III División que ataca a Toledo, en este domingo de Carnaval de 1933. Ahí están los regimientos Ingavi, Colorados, Warnes, el célebre 40° del General González, de gente chiquitana que remata las acciones de armas. Y esta mañana ha entrado en combate el 40° en las puertas de Toledo. El cañoneo es intenso, sobre todo en la tarde. El tiempo magnífico; los partes buenos pero poco decisivos. Ansiedad en todos los rostros que se procura disimular. Osorio y sus oficiales ausentes. El Fortín está vacío. Esperemos con fe.

MARZO 5 DE 1933

Hoy estuvimos en Platanillos, a una hora de viaje de Jayucubás por un buen camino en medio de extensos pajonales. Con tiempo malo, el recorrido se hace en varias horas. Platanillos! nombre dado por la existencia, en la cañada, de unas pocas plantas silvestres parecidas al árbol del banano. Quedan aún ruinas de la precipitada desocupación boliviana después de Arce. El nuevo fortín de halla reconstruido en mejores condiciones que el anterior.

Cerca, a 6 y 12 kilómetros, encuéntrase nuestras avanzadas, sólidamente atrincheradas. El Paucarpata y el 20 de Infantería. Después de la maniobra sobre fortín Fernández, donde enganchamos al enemigo por 7 días, conforme instrucciones del Comando Superior, obligándole a traer refuerzos desde Nanawa, los destacamentos bolivianos, terminado el cometido, se replegaron a posiciones defensivas preparadas. Pero lo de Nanawa no parece definirse aún y se dice que algunos partes han llegado al Comando de Osorio sobre nuevos preparativos o nuevas operaciones. En Platanillos hay la sensación de que todo lo hecho deberá repetirse y que hemos perdido tiempo y oportunidades.

Subsisten en el fortín numerosos atrincheramientos cavados por los paraguayos. Son menos profundos que los nuestros. Afirman quienes dicen conocer al enemigo que éste es activísimo, inquieto, movedizo; recorre el monte por infinidad de sendas y jamás se pierde. Vive en el monte desde niño, y está hecho al clima tórrido. Enorme superioridad que será difícil compensar de nuestra parte, ya que el grueso de nuestras tropas vendrá de las regiones andinas.

Hay un magnífico pozo de agua en Platanillos. Los paraguayos al retirarse le pusieron una bomba. Tiene 40 metros de profundidad y se hacen esfuerzos por rehabilitarlo. Pero su agua es intomable por lo nauseabunda. Se ha extraído ya enorme cantidad de agua, es cristalina pero infecta, hedionda a curtiembre, a cueros podridos. Se espera el resultado de los análisis de Villa Montes.

Los alrededores de Platanillos no superan a los de Jayucubás. Hay aquí más pajonales, más aridez y la impresión es que hace más calor. Jayucubás es tierra de árboles grandes y claros de monte acogedores. Como sólo reside allí el Comando, algunos hospitales y nosotros, hay más quietud, más orden. No nos hallamos a gusto en Platanillos. Alberto Otero y yo nos sentimos jayucubeños y aflora en nosotros un leve menosprecio por el fortín de los falsos platanales.

MARZO 11 DE 1933

Ayer viernes lo visité nuestras posiciones de combate frente a Toledo; me acompañaron Luis Eduardo, Alberto Nielsen Reyes y Alberto Otero. El camino estaba transitable porque había llovido ligeramente. Primera etapa de nuestra curiosidad: Corrales. Una casucha de barro medio

destruida, trincheras y reductos a flor de tierra, eso es todo. Jamás se creería que lo que se vé ha sido un Fortín paraguayo, fundado hace más de dos años.

En un campo descubierto, hacia la aguada, se libró el combate más duro, (29 de enero a 1° de febrero). Tomado por segunda vez este Fortín, después de nuestra avanzada por Platanillos, Bolívar, Loa, Jayucubás, los paraguayos hicieron una desesperada resistencia y un contraataque a fondo con fuertes destacamentos. Aun llegaron a dar la noticia de su recaptura. La brega duró tres días; al final el paraguayo abandonó la partida y dejó en el campo sus muertos, a los que los nuestros debieron dar sepultura.

El "campo de los muertos" llaman ahora a ese extenso pajonal. Me dice el Suboficial que nos sirve de guía que ahí fueron aniquilados los restos del célebre regimiento "San Martín" y tomada la documentación de su jefe, el capitán argentino Aguirre: sus cuentas de pago a la tropa, préstamos a la oficialidad, órdenes de Comando y papeles privados donde campea un irigoyenismo exaltado. Se trata seguramente de un oficial exilado por motivos políticos.

Esa defensa heroica de Corrales, timbre de gloria para el General Osorio, sus oficiales y su tropa, determinó la retirada paraguaya hasta Toledo, abandonando también Fortín "Betty", una fuerte posición atrincherada, mejor que la de Corrales, donde hubo asimismo una porfiada y última resistencia. Hoy nuestras tropas se encuentran frente a las últimas líneas del enemigo —distancia de 80 a 250 metros— y fin algunos puntos han llegado a penetrar en Toledo mismo.

He visto un cadáver paraguayo en esta pampa verdosa de Corrales, a veinte metros del camino, tendido en la trinchera individual que cavara para defenderse, sin pensar que había cavado su propia fosa. Cara al suelo, leve tierra cubre la parte superior del cuerpo. Pantalones kaki, fuertes zapatones negros que —hecho inexplicable— nadie ha pretendido llevarse. Es ya una momia por acción solar; huesos amarillos a través del pantalón roído. Soldado anónimo al que nadie ha querido dar sepultura; seguirá donde ha caído hasta su total desintegración.

El agua se lleva a los nuestros desde la Aguada, distante 35 kilómetros. La 3a. División, hayal mando del Coronel José M. Quintela y hasta hace poco, del Coronel Luis Gamarra, necesita diariamente 40.000 litros de agua. Cuando uno piensa en las enormes dificultades que presenta esta campaña, en todo orden de cosas, no puede menos que admirar la obstinación de Bolivia y la voluntad de un pueblo que siempre hemos tenido por indolente. Pero la contraparte está en el desconocimiento tan general de esas dificultades por las autoridades superiores al no haberlas previsto.

Un principio táctico que consagra la ciencia militar —lo oigo decir a cada rato— expresa que un Ejército que opera a más de 100 kilómetros de sus ferrocarriles, es un Ejército perdido. Cómo se ríe el Chaco de ese principio y de muchos otros, pues la guerra aquí es sui generis; es una guerra ajena a tácticas de academia, ajena a teorías; es una guerra llena de recursos propios, de malicia criolla de dos razas que, sin odiarse, buscan exterminarse.

Un noticiero de Buenos Aires (radio Mundo) comenta que en Nanawa se libra un combate que interesa al orbe, pues se enfrentan dos estrategias, dos escuelas, dos filosofías militares: la alemana con Kundt y la francesa con Estigarribia, alumno de Saint Cyr. Me parece esto un tanto declamatorio. Kundt y Estigarribia luchan con los medios y recursos que el Chaco les permite aprovechar y con las limitaciones consiguientes, más duras para Bolivia que para el Paraguay.

Se ha probado, por las principales acciones de armas como las de Boquerón y hoy Nanawa y Toledo, que la guerra aquí es de estrangulación: —pequeños sitios o rodeos de posiciones fortificadas— pues en el Chaco, dada su naturaleza, sus distancias, su carencia de agua, no es posible suponer batallas campales de proporciones. Por lo menos esto queda fuera de la realidad con los escasos contingentes que uno y otro adversario lanzan a la lucha. Es guerra de guerrillas y de sorpresas, de cuatrerajes que, en nuestro frente de Toledo, tiene a Eugenio Ruiz de maestro.

Al atardecer, conversando con el Comando de Quintela, me cuentan que recién llegado este Jefe se mostraba completamente incrédulo de las hazañas del Mayor Eulogio Ruiz, en la retaguardia del enemigo. Hacía poco caso de sus partes, dice el Tcnl. Añez; dudaba de sus informaciones, agrega el Mayor Vidal. Mortificado por esta incredulidad que ponía en peligro a más

da un sector, resolvió Ruiz recurrir a un expediente desesperado. Ausente varios días en una de sus correctas con sus hombres de Macharetí, llegó al Comando a la hora de la cena, ya en sombras el bosque y prendidas las lámparas de luz vacilante. Pidió hablar inmediatamente con el Jefe; fue admitido a la carpa que servía de comedor y de oficina. Quintela estaba con sus oficiales. Eulogio Ruiz le da el parte de su encuentro con una patrulla paraguaya que sus hombres aniquilaron, detrás de las líneas enemigas. Como viera que no se le creía hizo un gesto a su asistente. Depositó éste un pequeño bulto sobre la mesa. Abierto, quedaron a la vista unas siete orejas. La prueba era concluyente. Desapareció la incredulidad de Quintela. No he podido comprobar la veracidad de esta singular anécdota del intrépido tarijeño.

MARZO 14 DE 1933

Una desgracia: el contador-cajero de la III División, un cruceño simpático, Pastor Ibañez, regresaba el 9, por la noche, de Toledo a Jayucubás y fue apresado por una patrulla enemiga. Venía con importantes documentos militares que le había confiado el Coronel Quintela para el General Osorio. Esos documentos, según me dicen al oído, contenían datos sobre nuestros dispositivos y planes de repliegue, ya acordados! Pero nuestra gente no perdió la cabeza e hizo una retirada relativamente ordenada, dadas las circunstancias. En efecto, a los tres días, los paraguayos, conocedores de la difícil situación en que se encontraba la División irrumpieron en ella, amagando el puesto mismo del Comando, pero faltos de audacia o de recursos, no transformaron en derrota una retirada ya iniciada por órdenes superiores aunque hubo de ser algo precipitada.

Terminó así este duro ataque sobre Toledo, y Toledo estuvo en nuestras manos! Centenares de bajas en varios días de combate heroico. Dicen que llegan al millar. En las carpas de hospitales de Jayucubás y alrededor de ellas, a la intemperie, están los heridos a los que procuramos llevar algún alivio, pero estamos carentes de muchos elementos. Apenas si podemos caminar en el reducido espacio libre. Los doctores Arana, Valda y Aparicio y sus ayudantes no dan abasto.

El General en Jefe, desde Muñoz, arremetía sus órdenes para que se presionara más y más sobre Toledo; de no abandonar la presa, de seguir atacando, a pesar de las representaciones de Osorio. Después del fracaso de la ofensiva y de constatar que el impulso del ataque se había agotado, tras 14 días en trincheras, a 100 metros del enemigo, sin poder avanzar uno más, sin esperanzas de refuerzo alguno, diezmados, sedientos y con escasa munición, hubo de ordenarse el repliegue. Y sobre todo esto, vino la emboscada a Pastor Ibañez y la captura de los planes militares que traía!

Recuerdo que en los días de Carnaval y del avance sobre Toledo, llegó a Jayucubás un grupo de ocho o diez subtenientes, recién egresados de la Escuela Militar. Arribaron estos muchachos a la hora del almuerzo y se sentaron a la mesa del Comando. El Coronel Rivera, Jefe de Estado Mayor del II Cuerpo, en ausencia del General Osorio hizo los honores de la modesta merienda. Hombre de pocas palabras y de vena humorística a veces desconcertante, juzgó del caso entretenernos con historias sombrías de esta guerra singular, en la que se moría sin saber cómo ni de dónde venía la bala. Dirigiéndose después a los jóvenes reclutas, dijoles el Coronel que frente a Toledo "el baile sería de primera ..." Se fueron estos mozos apenas terminado el rancho con el mote de "angelitos" que les pusiera Felipe Rivera. A los pocos días dos cayeron malamente heridos.

Volviendo a Pastor Ibañez, estuvo conmigo dos días en Jayucubás, arreglando cuentas de la III División y de los destacamentos que vinieron de Puerto Suárez y Robaré. Como no tenía consigo todos sus papeles, se convino en que iría a buscarlos. Es aprovechando su vuelta que le confiaron documentos de Estado Mayor. Los entendidos anotan lo siguiente: los paraguayos, hasta la fecha, no habían realizado correrías detrás de nuestras líneas, en este sector. Lo hicieron precisamente al atardecer del día 9, cuando Ibañez venía con recados de importancia. El viaje del emisario boliviano fue comunicado anticipadamente al Comando de Osorio, por teléfono, en español!

Para quien conoce, por poco que sea, la maraña del monte chaqueño, es fácil a la gente montaraz infiltrarse donde quiera y, mediante conexión alámbrica, interferir toda conversación telefónica. Los paraguayos emplean en sus comunicaciones habladas el guaraní; los nuestros el

quechua o el aymara. Esta vez, por hacerlo mejor, se conversó en español. A este tremendo descuido se atribuye el apresamiento de Pastor Ibáñez.

MARZO 20 DE 1933

¿Cuál es nuestra situación militar?

Estamos a la ofensiva desde que paramos en seco, con sólo 600 hombres, a la avalancha paraguaya que se nos venía encima después de la caída de Arce. Campo Jordán es ya una tierra legendaria de la historia militar de Bolivia, pues ahí probó el país su temple y su increíble poder de reacción, después del fracaso de Boquerón y del desastre de Arce.

Con sobrada razón el Comandante Guerrero, escritor peruano de fuste, juzgaba aquella reacción, hoy victoriosa, como una demostración, pocas veces vista, de la voluntad y del alma de un pueblo para el cual la primera derrota no importó aniquilamiento de fuerzas morales.

Hoy el frente boliviano se extiende desde Camacho por Loa, Bolívar, Corrales, Jayucubás, la avanzada sobre Fernández Alihuatá, Saavedra y nuestras líneas envolventes de Nanawa, para descender por Duarte, Mariscal López, Sorpresa a las márgenes del Pilcomayo. Extensión de varios grados geográficos donde cabe un ejército de decenas de miles de hombres y donde sólo actúan diez mil, con un esfuerzo que nadie sospecha ni supone si no ha estado en el Chaco.

En estas condiciones, lógico es pensar que siempre hay puntos débiles, resguardos poco guarnecidos, reservas diminutas, caminos escasamente controlados y avances un tanto a base de audacia y jamás libres de riesgos imprevisibles. El elemento sorpresa es, en esta guerra chaqueña, de la mayor importancia. Y la sorpresa es siempre posible.

De ahí también que una ofensiva solamente pueda surgir sobre un sector dado, donde se hace concentración de efectivos y pertrechos y provisión de agua. No se trata de un "frente" que presupone movimiento de ejércitos. Las tropas actuarán, primero, en un sector determinado, empleándose a fondo, y después de un duro combate, deberán ser trasladadas a otro sector, en la medida que se lo permitan los malos caminos y el deficiente transporte, para simular mayores efectivos y probar al enemigo, buscando su punto débil.

Todos los Comandos se quejan de falta de refuerzos y reemplazos. Hablan de la fatiga de sus hombres y citan casos y hechos que asombran por la resistencia y resignación que revela el soldado. Hay oficiales que muestran, sin quererlo, un cansancio enorme, sobre todo aquellos que, desde hace un par de años y más andan por estas tierras. Disimulan su agotamiento, le echan la culpa al paludismo, pero en el fondo están exhaustos. Zapador, constructor de fortificaciones, hombre de la patrulla, del cuatreraje y del reconocimiento, combatiente de todos los combates, es el mismo hombre que se mueve, desgastado, en perenne lucha contra el bosque y sus misterios, contra el invasor y sus tretas.

Y los refuerzos llegan, según una frase ya célebre, "a cuenta gotas", por lo menos en este II Cuerpo de Ejército. Un solo Regimiento es nuevo, el 115 traído de Charagua y hoy sobre Fernández. En Enero llegó el 23 de Challapata con su admirable Coman. dante, el Coronel José M. González, benemérito del Acre. En total: 800 hombres en tres meses. Sumadas las bajas, desde luego los evacuados por enfermedad, existe según los partes un déficit en los efectivos que desespera a los Jefes.

Cuando Kundt estuvo en Jayucubás, en enero, tuvo la peregrina idea de llevarse a uno de los más completos Regimientos, el 105, que actúa ahora sobre Nanawa. A principios de marzo, llegó a Platanillos la mitad del Pisagua, mas esta vez también fallaron las esperanzas, pues ese fuerte grupo de abusos recibió orden de regresar a Ballivián y, con la otra mitad, seguir camino de Muñoz y Nanawa.

La guerra del Chaco importa ya para Bolivia, según me aseguran, cien millones y cinco mil bajas. ¿Donde hemos llegado, militar y políticamente hablando?

A ninguno de los dos objetivos esenciales de este conflicto, pues no hemos aniquilado o rendido al Ejército paraguayo y nos hemos quedado a igual distancia del río, como antes, en cualquier dirección que se apunte.

La guerra, en consecuencia, parece haber sido precipitada por los acontecimientos, acaso con cierto fatalismo, y no desencadenada con antelada preparación. Nos hallamos imposibilitados de afrontarla ventajosamente en 10 meses de campaña. Esto significa improvisación. No hablemos de los múltiples errores de la iniciación armada, pero sí señalamos el primero de todos: desconocimiento o subestimación de la capacidad militar del Paraguay. Este error básico ha producido todos los otros; él importa un fracaso de nuestros servicios de inteligencia sobre este punto y más exactamente, un fracaso de los organismos que recibieron las informaciones pertinentes y no supieron coordinarlas, darles su valor real y adoptar las medidas correlativas.

Al recordar que uno de los objetivos del Ministro de Bolivia en Asunción —ños 1930 y parte de 1931—consistió en acopiar datos sobre el poder bélico del Paraguay, aparte de las usuales referencias acerca del Ejército, sus dotaciones y pertrechos, debo referirme a una información especial: en el Chaco ocupado por el adversario, trabajaban no menos de 10.000 obreros adultos, aptos para las armas, hombres de monte a quienes el fusil y la cartuchera transformarían en soldados de primer orden. Todo hace creer que este dato no fue tomado en cuenta. Sin embargo, de paso por Asunción, poco antes de la ruptura de relaciones, el Coronel Francisco Peña —que tomó después el Comando de la IV División— expresó su plena conformidad con esto de los 10.000 obreros-soldados, que coincidía con sus observaciones de Puerto Suárez. Más en su Comando de Muñoz, abiertas las hostilidades, olvidó este Jefe el dato que él mismo confirmara.

También supo el alto mando boliviano que a fines de junio de 1931, cuando se advertía ya una posible ruptura de relaciones el Mayor Estigarribia fue trasladado al Chaco con dos de los mejores regimientos. Desde julio de ese año en Estado Mayor paraguayo estaba ya sobre el terreno estudiando la futura guerra.

En estos tuscales faltos de agua, la guerra es una guerrilla, como la llama el Mayor Arandia, el infatigable Jefe de comunicaciones del II Cuerpo. Es un hostigamiento menudo pero continuo, donde se van las mejores energías. Los reemplazos deben ser frecuentes, por lo menos para mantener lo que se tiene o lo que se ha conquistado, ya que el avanzar a fondo, decisivamente, es cuestión que no me atrevo a analizar por temor de abatir mi optimismo, sin el cual no se podría vivir aquí.

MARZO 24 DE 1933

¿Y en el terreno diplomático, cómo andamos?

El 5 de diciembre de 1930, el entonces Ministro de Bolivia en Asunción, dirigió un extenso informe a su Gobierno, síntesis de sus observaciones e impresiones en torno al problema de soberanías en el Chaco.

En ese informe reservado, a más de las referencias comunes en esta clase de documentos, se exponía con absoluta sinceridad y sin tapujos el criterio que sustentaba aquel Plenipotenciario sobre el enmarañado problema chaqueño y la posible solución que cabía intentar.

Se descartaba, desde luego, toda idea de guerra o de solución mediante intervención bélica, y se aconsejaba las vías pacíficas, esto es la negociación internacional, con el fin de evitar "una situación de hecho, preñada de peligros y capaz de todas las sorpresas". Al decir esto había conciencia de cierta superioridad paraguaya por proximidad geográfica y dominio del terreno. Y había conciencia de que, si bien jurídicamente era de Bolivia la extensión total del Chaco, hasta la confluencia de los ríos freno te a Lambaré, prácticamente ni con un arbitraje le sería dado imponer su soberanía hasta esa confluencia, ya que la posesión de hecho, de que hacía alarde el Paraguay, habría necesariamente de pesar en el ánimo del árbitro o del amigable componedor.

Situado, pues, el entredicho, por un lado, entre extremos de interpretación puramente jurídica y, de otro, de realidades concretas o hechos tangibles como aquella posesión, era lógico basamentar la política boliviana sobre los puntos medios de aquellos extremos o, en otras palabras, buscar la justa medida entre los factores del gran problema.

De ahí que juzgaba aquel Plenipotenciario ser acaso nugatorios los esfuerzos de Bolivia por colocar la cuestión fuera de la realidad y exclusivamente en el campo del alegato histórico y jurídico. En este mismo sentido, consideraba la tesis paraguaya del **statu quo** de 1907 como un ardid sin mayores consecuencias, sin mayores proyecciones sobre el fondo mismo de la litis.

No queda, entonces, más que un camino: el arreglo a base de transacción, recordando el sentido de las proposiciones de Domínguez a Cano sobre necesidad boliviana de comunicación fluvial y necesidad paraguaya de cierta expansión territorial. Esos eran los extremos que el problema no debía menospreciar. En suma: Bolivia se retiraba del Pilcomayo en un grado y el Paraguay del río de su nombre en tres grados, quedando un "**glasis**" que cubría a Asunción en el interior del Chaco. Modus operandi: una preparación diplomática de Bolivia en América sobre bases ya definidas y una invitación pública al Paraguay, después, para zanjar amistosa y prácticamente el pleito. El continente se vería inclinado a apoyar la **démarche** boliviana porque sería lógica, cuerda y factible. Esto significaría media batalla ganada y no sería difícil, al amparo de fuerzas de opinión continentales, dar efectividad a hechos auspiciosos que asegurasen una paz y amistad duraderas entre los dos países mediterráneos de la América austral. Empero, las sugestiones del Plenipotenciario de marras quedaron encarpadas en los archivos de la Cancillería, pues otro pensamiento ocupaba la mente de los conductores de la nación.

Si se examina la situación boliviana en esta guerra y las perspectivas de soluciones integrales, confiadas hoy al azar de las armas en terreno poco explorado, debe uno preguntarse, con entera franqueza y honestidad, si tiene el país posibilidades de imponer avasalladoramente su voluntad, después de doblegar y aniquilar militarmente al Paraguay.

La respuesta a esta pregunta fundamental es la que puede señalar, mejor que todos los discursos y todas las ilusiones, cuál es el camino que deba seguirse. Este capítulo requiere un largo y cuidadoso estudio, pero no podríamos negar ahora que ciertos síntomas indican ya algunas fallas en el plan del integralismo cerrado que presupone una política de guerra.

Desde luego, se observa una tendencia de los países americanos y aun de las organizaciones internacionales a procurar localizar el conflicto, lo que indica tendencias ocultas hacia cierto bloqueo de nuestras comunicaciones. El apoyo que nuestra causa pudo despertar en naciones amigas no se ha producido en forma decisiva; en cambio, no es un secreto que el adversario cuenta con la ayuda franca de la Casa Rosada.

Aquí entre los jefes y civiles amigos, en este fortín perdido en el corazón del Chaco, hablamos del tema político-diplomático abiertamente. Aunque los militares muestran decisión firme de seguir en la lucha, admiten ya algunos que será menester pasar a la etapa de las negociaciones una vez que hayamos infligido una buena derrota a las fuerzas paraguayas. Mi buen amigo el General Osorio, más clarividente, cree que el Gobierno debería mover todas sus influencias, sin pérdida de tiempo, para lograr una mediación seria que ponga un fin decoroso a esta guerra "estancada", como él la llama.

Lo cierto es que en lo diplomático parecemos estar a la defensiva, sin que se divise en el horizonte un cielo de buenos augurios.

ABRIL 3 DE 1933

El 1° estuve en Corrales. Misión de pago individual a la tropa de la 3a. División. Varios días pesados por la tarea misma y por el calor, pero días inolvidables. Dormimos a cien metros de la línea de trincheras; algunos tiros aislados nos proporcionan un sueño a sobresaltos; para el soldado la noche fue ideal, como en retaguardia.

La posición parece magnífica: trincheras profundas, nidos esquinados de ametralladoras, troneras sólidas. Solamente hay que lamentar la poca gente puesta en línea, alrededor de 800 hombres que no pueden abarcar mucho terreno y que escasamente cubren sus alas. Las infiltraciones por retaguardia son el peligro.

A las 4 de la tarde, después de pagar al 33° de Infantería, fuimos hacia el 40°, de regreso. Nos encontramos con su simpático Comandante, el Mayor Moreno, quien nos dió la mala noticia de

la recuperación de Betty por los paraguayos, obligando un repliegue nuestro al Campo de los Muertos, como se denomina al extenso pajonal donde cayeron tantos enemigos, a principios de febrero. Ahora en abril nos encontramos en el mismo punto de partida, pero con el balance trágico de Toledo.

Esta guerra es así. Guerra de sorpresas, en la que los enemigos no se ven y la observación aérea es casi nula. Guerra a ciegas para nosotros que desconocemos el terreno y la naturaleza que nos rodea. Los avances son siempre precarios, las consolidaciones discutibles y, entre tanto, el desgaste sigue empuñando su taladro en la carne y el espíritu de nuestros combatientes.

En Fernández continuamos en posición de ataque detenidos por los fuertes atrincheramientos del adversario. Es otra brega dura, aunque se la conduce en forma más prudente, más cautelosa que en Toledo. ¿Acaso se deba esto a un menor entusiasmo, a un principio de aflojamiento de la moral de los hombres? Habría que hacer cálculos sobre la fecha de ingreso de estas tropas al Chaco, sus horas y días de combate, sus marchas y contra-marchas, sus contados descansos, y comparar sus tablas de alimentación, vitaminas y calorías, y el factor clima y el agua contaminada y la facilidad de los nuestros para contraer paludismo o sufrir de disenterías, para dar adecuada respuesta a esta pregunta.

Estamos atravesando un mal momento y todos se quejan de la falta de refuerzos. ¿Qué hacen los miles y miles de soldados en la retaguardia? La interrogación angustiada brota de todos los labios pero nadie atina con la respuesta.

ABRIL 10 DE 1933

Ha empezado la segunda retirada de Fernández; el Cuerpo de Ejército del General Osorio, en su 8ª División, sufre el segundo fracaso en el avance sobre el camino a Arce. No ha sido este nuevo contratiempo tan mortífero como el anterior y menos que el de Toledo, pues ni el ataque fue a fondo ni la resistencia paraguaya avivó se con una contraofensiva que, sin duda, hubiese ocasionado cierta perturbación en nuestro ordenado repliegue.

Lo evidente, en todo este extenso frente, que viene desde Camacho hasta Platanillos y sin mayores conexiones con el frente sur del Primer Cuerpo, es que falta gente y faltan municiones. En boca de Jefes, oficiales y soldados no se oye otra queja que una de angustia por este lento y doloroso "derretirse" de este Segundo Cuerpo. La crítica es abierta y dura contra el Jefe del Estado y el Comandante en Jefe del Ejército. Hay resentimiento y hay rebeldía en ciernes y, lo que es más grave, hay pérdida de confianza. en la conducción superior de la guerra, civil y militar.

Hemos recibido un fuerte golpe con la aparición de morteros de trinchera, llamados stoks, en las filas enemigas. Carecemos de esta arma mortífera. En Corrales, después de la brillante defensa boliviana, recogióse en el campo paraguayo abandonado cinco cajones de abuses de estos morteros. Tienen 30 cm. de largo y forma de torpedo, con una hélice que ayuda a la propulsión. Esa munición —caso curioso— presenta los colores de nuestra tricolor en la cabeza, perfectamente diseñados. ¿Error de fabricación checoeslovaca? Me dicen que los morteros encargados por Bolivia, después de varios meses de sufrir el castigo del obús paraguayo, son más grandes, pero el mal está en que no llegan.

Me aseguran que los paraguayos hacen derroche de munición pero que las bajas no son mayores, pues el enemigo dispara sin puntería, con el fusil a la altura del pecho como quien se prepara para una carga a la bayoneta. Casi todos sus tiros son altos. Sin embargo, el efecto moral es terrible, pues la tropa se siente atemorizada ante un adversario que dispara todo el tiempo, a veces más de noche que de día. Los nervios se ponen de punta y nuestros hombres, por contagio y exasperación. también se lanzan a disparar a locas con gasto injustificado de munición, en momentos en que nos encontramos bastante desprovistos de todo.

ABRIL 13 DE 1933

Jayucubás es un frente de primera línea y centro de comunicaciones entre las Divisiones 3a. y 8a. y algunos destacamentos que constituyen el II Cuerpo de Ejército. Frente a Jayucubás, hacia el enemigo, no hay protección alguna: Toledo o Corrales y la 3a. División están a la

izquierda; Fernández y Platanillos con la 8ª División se encuentran a la derecha. Nosotros nos hallamos al centro, un poco hacia atrás pero en descubierta. El ala derecha y el ala izquierda no tienen tiempo ni medios para cubrirnos. De noche hacen patrullaje los de Jayucubás: estafetas, servicios auxiliares y barchilones.

La guarnición de Jayucubás, ahora que de aquí se retiró el Comando del Cuerpo, se compone de 50 hombres de diferentes unidades. Recuperan la salud. Varios son desertores que se entregaron; pertenecen al célebre Warnes. En el concepto civil, no son criminales ni deben sufrir más castigo que el de su mísera condición de hoy.

El Warnes ha realizado proezas de andanza y de penetración en la selva chaqueña, desde hace dos años y su tropa, después de penalidades sin cuento, desnuda y sin paga, enferma de paludismo y disentería, ha marchado triunfante desde Camacho, Loa, Bolívar, Corrales, para estrellarse, siempre de avanzada, contra Toledo. Sus restos, aún con brío, regresaron a Corrales, diezmados. Esta retirada obligada acabó por desesperarlos, y aquellos hombres incansables y duros, creyeron llegado el momento del descanso y, sin amenazas, con esa tranquilidad de los hombres fuertes, dijeron que se iban a retaguardia y se fueron, sencillos, sin malicia. Ha sido la deserción sin rebeldía, la deserción del cansancio (*).

Hay determinación de salir victoriosos pero flota la acusación de que nuestros afanes guerreros son múltiples y los resultados empequeñecidos por esta dispersión de fuerzas. Los veteranos afirman que vamos marcando el paso sin avanzar.

ABRIL 14 DE 1933

Viernes Santo en el corazón del Chaco.

Tal vez como nunca, en pureza e intensidad, se eleve desde estas tierras ensangrentadas, hacia el Dios de la Misericordia, la plegaria humilde o la desesperada pregunta de bolivianos y paraguayos, enfrentados en aventura de muerte y de exterminio.

ABRIL 17 DE 1933

Trabajamos con tesón en esta Pagaduría del II Cuerpo de Ejército. Hemos liquidado haberes de cinco meses a la tropa de la 3a. División y hoy terminamos de faccionar los cuadros para su oficialidad, casi toda pagada, fragmentariamente, mediante buenas cuentas que siempre ha recibido de los Cajeros de Regimiento.

Presentados ya algunos presupuestos o listas de tropa, clases y oficiales de la 8a. División, faltan otros. Nunca nos llegan los documentos completos. Esperamos nivelar, a fin de mes, la situación de este grupo de fuerzas y normalizar así el servicio de esta Oficina, cuya labor mensual ha de ser más fácil, aunque entabada por el infinito detalle, por el número de individuos, por el ir y venir de estas gentes: heridos, evacuados, trasladados, y por el fiscalismo de la Contraloría, que exige el papeleo acostumbrado de retaguardia, con menosprecio de las realidades contundentes del Chaco, donde a veces falta papel!

No es grato hablar especialmente de estas labores de Pagador. Ello no lleva a ninguna parte y, por lo mismo que tienen directa y exclusiva atinencia con el dinero, en papel desvalorizado, están llenas de menudos incidentes y de pesadas responsabilidades.

Nada hay, ciertamente, más odioso que manejar fondos ajenos y peor aún, fondos fiscales. La maledicencia es tanta, la envidia moneda del diario vivir, que las precauciones no bastan. Vamos formando, con Oterito, un legajo especial para nosotros de todos los pagos, de todos los presupuestos, de todos los balances. Diariamente hacemos una minuciosa revisión de cuentas y, felizmente, hasta ahora todas las comprobaciones han resultado exactas.

(*). A propósito del Warnes recuerdo que el Coronel Rivera me llamó muy temprano la mañana de la desbandada de ese Regimiento y me pidió que la Pagaduría, sus fondos y personal partiera de inmediato a Ballivián. Respetuosamente observé la orden adviniendo que mi deber era quedarme cerca al Comando, pero que los señores Otero y Eduardo podían llevar los fondos de la Pagaduría a Ballivián. Así se hizo y nada pasó. Se nos distribuyó a los que no viajamos unos fusiles enmohecidos sin munición!

ABRIL 21 DE 1933

"Dios mío, qué solos se quedan los muertos!"

La exclamación desesperada del poeta, jamás me ha parecido tan cabal como frente a los cementerios de los fortines chaqueños.

El Campo Santo de Jayucubás, con extraña fascinación, atrae mis pasos y hacia él voy, casi todas las tardes, en caminata de descanso.

A 500 metros del Fortín, camino a El Cruce, al borde de la polvorienta ruta, perdidas en la maleza, surgen cruces toscas, unas poquísimas a nuestra llegada, hoy ya numerosas, que marcan el sitio del eterno reposo de aquellos soldados fallecidos en los hospitales de sangre.

Cuando vinimos, existían siete cruces, siete túmulos de esta tierra de tragedia, y una sola, en tablilla clavada en la conjunción de la cruz, ostentaba un nombre, apenas legible: "Manuel San... 31/1/33" Las demás, inclinadas ya hacia el suelo eran anónimas, invadidos los túmulos por la maleza soberana e invencible.

Recuerdo que frente al puesto de Comando de la 3a. División, en ataque sobre Toledo, existía una cruz, al borde mismo del camino, y en ella se leía: "Sargento D. Toledo —20 de febrero de 1933" Este sargento conducía la patrulla de avanzada en la exploración de ataque sobre el Fortín paraguayo. Cayó sobre la picada misma y, coincidencia extraña, fué nuestra primera baja de ese hecho de armas. El sargento Toledo murió frente al Fortín Toledo.

El cementerio de Jayucubás va creciendo diariamente. Es un cementerio anónimo, como anónimo es el esfuerzo de nuestras armas y anónimo el heroísmo de los humildes. Las cruces son para los que tienen un postrer amigo en los hospitales. Los que a nadie tienen y nadie conoce, son llevados por dos camilleros —enfermos convalecientes— sobre palos entrecruzados, medio desnudos, y son enterrados sin mortaja, sin plegarias, solitarios con Dios. La fosa es cavada con desgano —hace tanto calor— por sus dos sepultureros y a poca profundidad es depositado el mísero cuerpo que, cara al aire, recibe el leve peso de la tierra. Sobresale el túmulo que toma extraña forma humana.

Un atardecer de abril, hace pocos días, encontramos al grupo macabro en plena tarea. Hicimos de acompañantes y una plegaria improvisada, de labios adentro, fué nuestra despedida a este desconocido combatiente. Sus facciones eran la de nuestros indiecitos de la puna. Aparecía pequeñín, recogido en sí mismo, medio desnudo, huérfano hasta en la muerte.

La única tumba de relieve, con fuerte cruz y nombre grabado, es la del Sargento Zambrana, fallecido a consecuencia de heridas recibidas en el ataque a Toledo. La viuda mandó ruego al Comando suplicando se señalara y preservara el lugar donde descansan los restos para venir, después de la guerra, a llevárselos a Santa Cruz. La petición nos causó impresión penosísima: imposible preservar, en este fortín de avanzada, ninguna tumba: el bosque menudo, el pajonal, la maleza, todo lo cubren, todo lo borran. No pasaron quince días y la tumba del heroico Sargento estaba llena de espinos y hierbas. Aún se veía la cruz, firmemente clavada, pero las lluvias y el polvo empezaban a borrar la inscripción recordatoria. ¿Dentro de unos meses cuál será la suerte de este sitio que nadie cuida?

Esta tumba me atrae. Pienso, cada vez que la visito y trato de limpiarla, en la pobre viuda que aún sueña con recobrar- la de la invasión inatajable de la naturaleza. Pienso en su amor ingenuo que cree resguardar, a la distancia, ese pedacito de tierra que guarda los restos del que fué su ilusión.

¿Y las tumbas de primera línea? Filas de trincheras de la muerte. Se cavan fosas cuando se puede. Muchos caídos quedan en el monte; se pudren a pleno sol; se momifican o revientan como odres viejos.

Ah! ese Campo de los Muertos, frente a Corrales, con su montón de cadáveres paraguayos. Tres días duró el contraataque enemigo. Destrozado, se retiró hacia Betty, dejando sus muertos... Varios días duró la pestilencia.

Muertos del Chaco, habitantes de estos cementerios de triste rusticidad, qué solos os quedáis! Sin epitafio, sin flores, desnudos en vuestra humilde fosa, desamparados como nunca lo fuisteis, formáis jalones de sangre, de carne desgarrada, en la inmensidad del verde omniciente. Soldados ignorados, cuyo monumento está en el tremendo anonimato de vuestra muerte callada, seréis abandonados si los azares de la guerra obligan a repliegues.

Si las guerras pudieran empezar por un cementerio de primera línea amainaría la belicosidad del hombre, hecha de vanidad, de ignorancia y de egoísmo.

Oh! esos hospitales de sangre del Chaco! Antecámaras de la muerte donde reina la gangrena. Es curioso el parecido que toman los rostros: a los pocos días; el herido o el enfermo grave adquiere un tinte aceituna, se perfilan sus facciones, la protuberancia de los huesos es notoria, los ojos adquieren un brillo de fiebre, de angustia, os interrogan mudamente y hay en ellos un disimulado terror; el terror a la muerte desamparada, en estas lejanías abrasadas.

En el cementerio de Jayucubás he rendido mi callado homenaje a los caídos en el Chaco. Instintiva y cobardemente, he sentido la belleza y la fuerza de la vida después de mis visitas al Campo Santo.

MAYO 3 DE 1933

Tiempo en extremo frío. Se anticipan los vientos del sur con peligrosos descensos de temperatura, pues el cuerpo y el medio se han identificado con el intenso calor de todos los días. Además un "surazo" viene intempestivamente; en horas se pasa del trópico al clima frígido. Hemos tenido cuarentiocho horas de lluvias glaciales. Escasez de víveres pero agua en la cañada. Como vivimos sobre la buena tierra, apisonada y nada más, la humedad que nos rodea es penetrante. La delgada carpa poco protege y el viento helado se cala por todas las aberturas, y si la lluvia es torrencial, como suele acontecer, el piso se vuelve un lodazal.

En mis recorridos por el frente he podido constatar el padecimiento del soldado. Duerme a la intemperie, vive en el barro cuando no pertenece a las unidades de servicio que tienen relativa estabilidad, como la artillería, comunicaciones y otros. Pero es grande su ingenio para protegerse, para cavar su hueco salvador o levantar su techo en el bosque enmarañado. La calamidad llega con un surazo que, si bien en las primeras horas da la sensación de un alivio por todo el calor sufrido, si persiste trae la miseria total. Es el reinado de las bronco-neumonías; diariamente pasan sombras escuálidas camino de los hospitales.

Recuerdo que en abril, Osario y sus oficiales andaban seriamente preocupados por la falta de lluvias. El agua en la cañada, bajo una brisa persistente, bajaba por horas. Hubo necesidad de poner más de un centinela de vista. Las operaciones militares, los patrullajes, la llegada de víveres estaban relegados a segundo plano. Se corría el riesgo de quedar sin agua, y no había otra aguada en la vecindad, lo que equivaldría a desocupar el fortín! Súbitamente una media noche fuimos despertados por un diluvio que duró hasta el amanecer. Inundación general. El piso de nuestra carpa era un barreal de dos pulgadas de altura; corría el agua por todas partes y la cañada rebalsaba. Estábamos salvados!

Y para frío, nada como la noche que pasé en la carpa del General Osorio en Platanillos. Habíame dirigido al nuevo puesto de comando por asuntos de servicio, siendo invitado por el General a alojarme en su carpa. Ni frazadas de mi cama de campaña, ni un fuerte aguardiente que quemaba las tripas pudieron contra el frío intenso de uno de los surazos más duros de que se tenía memoria. No pude dormir. La carpa del General, tendida alta, dejaba un espacio de cuarenta centímetros al descubierto desde la base por donde penetraba todo el frío que había en la tierra! Al amanecer, como muchos, estábamos en pie en busca de calor fuera de la carpa.

A mi regreso a Jayucubás pasó el surazo y vino una ola de calor —la sentíamos espantosa— que nos hacía extrañar el frío de días anteriores. Y así vivimos, entre extremos, sin saber qué nos deparará el mañana.

MAYO 5 DE 1933

Hace una quincena, un Jefe amigo me prestó, por pocas horas, copia de un informe y declaraciones del Mayor Oscar Moscoso y oficiales sobre los sucesos de Laguna Chuquisaca (junio- julio, 1932) que según opinión general, dieron comienzo a la contienda bélica.

Apresuradamente hago un resumen de estos documentos que son de indudable interés. Aunque incompletos en cuanto al episodio mismo, sus antecedentes y derivaciones, contienen ciertos elementos que permiten establecer algunos puntos, a manera de conclusiones de momento, en espera de otros, ya definitivos, una vez que se tenga todo el material del caso.

Me llama la atención el sentido rotundo que da Moscoso al concepto de ocupación. A juicio de este Jefe es lo substancial de la orden recibida y de su marcha, desde Camacho a fines de mayo, hacia el Gran Lago visto en sus exploraciones aéreas. Ocupar la Laguna cuando el Estado Mayor sabía de la existencia de un puesto paraguayo, es para Moscoso atacar y desalojar al ocupante. Militarmente es posible que tal cosa sea inobjetable, pero bajo un criterio civil o político-diplomático hay campo, ciertamente, para discusión.

Recuerdo que en La Paz —y seguramente en otros centros— desde julio pasado y hasta la rehabilitación del Mayor Moscoso en diciembre, los más que hablaban de estos hechos de armas, echaban la culpa al citado militar, lo que era explicable, pues poco se había publicado sobre el particular por razones obvias de seguridad.

Cualquiera que lea el informe y las declaraciones de Moscoso y sus hombres, recibirá una gran sorpresa porque, en forma cruda, se revela la incompetencia y la desorganización de los Comandos del Chaco, casi se diría su desaprensión, y lo que es peor, la deserción de los oficiales en esta inicial aventura de guerra. Sólo se salvan de la afrenta Moscoso y sus 14 bravos, entre los cuales resalta la figura estupenda del Cabo Maceda. Y eran al principio 150 hombres!

En mis conversaciones con el General Osorio y algunos de sus oficiales sobre Laguna Chuquisaca y los documentos de Moscoso, encuentro opiniones contradictorias. Así, Osorio es severo al juzgar a Moscoso por su ocupación violenta de la Laguna, contrariando instrucciones impartidas al efecto. Sus Oficiales, en cambio, apoyan la resolución de Moscoso, basándose en dos consideraciones: el Chaco es boliviano y tenemos el derecho de desalojar al intruso; necesidad vital de unir la 4a. y la 3a. Divisiones, cerrando así el paso al invasor. El General admite que el punto de vista de sus oficiales es aceptable pero a una condición: una previa e intensa preparación militar que no se hizo porque nadie pensó que Moscoso usaría las armas para ocupar las orillas de la ya célebre Laguna, no logrando mantenerse allí.

El Mayor Hugo Ballivián me explica que un vuelo de Moscoso con Jordán, en abril, fué determinante; fué el vuelo que decidió la ocupación de Laguna Chuquisaca como única forma de ligar las fuerzas del norte y del sur, pues anteriores exploraciones terrestres, en línea recta desde Camacho, es decir hacia el noreste, habían fracasado. Si los paraguayos ocupaban ya la Laguna quería decir que, un día u otro, inevitablemente, hasta allí llegarían los nuestros y de la suerte o la prudencia dependería un conflicto.

En suma, el factor agua lanzó a bolivianos contra paraguayos en Pituantuta. El Mayor Ballivián no puede menos que confesarme que la preparación de nuestras tropas era deficiente; se confiaba más al heroísmo que a la eficiencia técnica. Y este veterano de las tomas de Corrales y Toledo, me comunica que esos oficiales se están rehabilitando bien en el frente de la 3a. División con Quintela.

Una opinión generalizada es la que atribuye el origen de nuestros males presentes, al abandono de Fortín Mariscal Santa Cruz por defección de sus defensores antes que por una victoria paraguaya. Dicen mis amigos que si hubiésemos logrado aferrarnos allí, reforzando nuestra defensa, el Paraguay habría vuelto a recurrir a las mediaciones.

En el mundo de las suposiciones podríamos discurrir hasta el cansancio. Lo cierto es que estamos viviendo una realidad que a ratos descorazona y amenaza abatirnos si no fuera el estoicismo de estos hombres del II Cuerpo.

Seguidamente va el resumen del informe y declaraciones del Mayor Moscoso y sus oficiales.

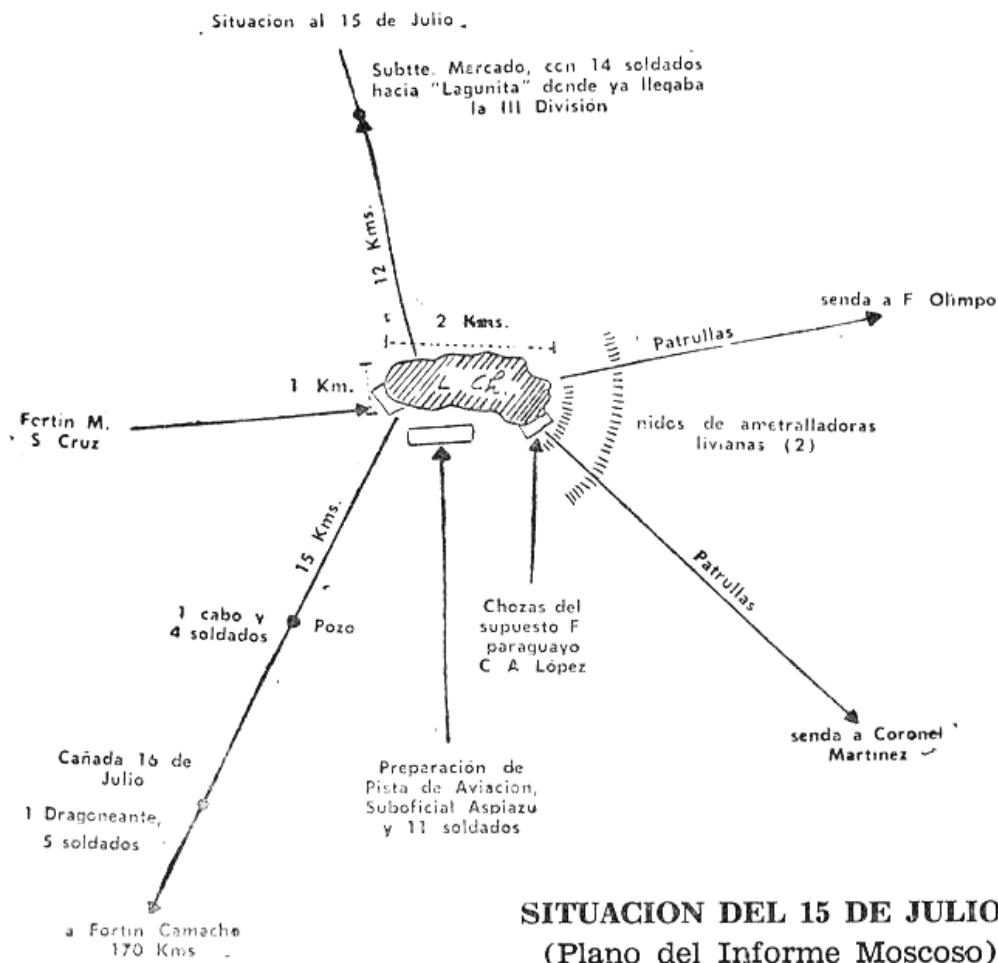
PROCESO DE LAGUNA Chuquisaca

I

Resumen sintético del informe presentado al Coronel Comandante de la IV División por el Mayor Oscar Moscoso Gutiérrez sobre las acciones de Laguna Chuquisaca —Fortín Muñoz— 26 de julio de 1932.

FUERZAS EN FORTIN MARISCAL SANTA CRUZ

El 2 de julio, llegó el Capitán Moisés Rodríguez con su Compañía del Campero. Había entonces dos Compañías, la del Capitán Urcullo (1a) y la de Rodríguez (2a.). La Compañía Urcullo que fue llegando desde el 24 de junio, tenía hombres del Loa, del Ayacucho, del Lanza y de la Batería Divisionaria, con un total, entre las dos Compañías, de 150 soldados.



Viveres. Existencia escasa; el 15 y el 16 de junio sólo pudo servirse una comida. El servicio de aprovisionamiento se hacía a mula desde Camacho en 7 u 8 días, con escasa agua en la ruta, lo que restaba campo para la carga.

Sanidad. El 26 de junio llegó el Capitán Sanitario Arturo Hoyos con un pequeño botiquín. Después del combate del 29 de junio, la atención de 3 heridos agotó lo que había de gases y de algodón. El soldado Yaguani murió de tétanos.

15 de Julio. A las diez y media de la mañana, el Mayor Moscoso con el Capitán Rodríguez se encontraban encaramados, en observación, sobre un árbol. Moscoso disparó un tiro para cazar un pato en la Laguna. Poco después respondieron tres cañonazos desde el sureste (tiros de mortero). Todos corrieron a sus posiciones; se enviaron patrullas al monte. Oyóse pitazos dentro del monte y la aproximación del enemigo.

Los nidos adelantados cambiaron tiros, pero batidos por ametralladoras pesadas, se replegaron a otros nidos. Parece que los paraguayos creyeron que acupábamos sus chozas o fortín, sobre la Laguna, y pretendían rodearlo. Desde el primer momento se avisó al Suboficial Aspiazu, en la pista, que se replegara si venía el enemigo y que hiciera cuidadosa vigilancia. Este contestó que estaba listo y alerta.

Aspiazu, a horas 12 fue sorprendido por ráfagas de ametralladora. Murieron 4 de sus hombres y él mismo fue herido. No había puesto ni siquiera un centinela. Los otros soldados se replegaron.

Desde las 14 horas empezó el bombardeo, hasta el anochecer, sobre el sector Rodríguez pero sin causar ni una baja. A horas 23.30 Moscoso mandó parte al Comando de la IV División sobre lo que venía sucediendo con dos estafetas escogidos, Gálvez y Aldana. Nunca más se supo de ellos! Y no había una radio.

16 de Julio. Desde el amanecer comenzó el bombardeo, siempre sobre el sector Rodríguez pero sin efecto. Los paraguayos hicieron incursiones de patrullas, siempre rechazadas. Un nido nuestro fue abandonado sin orden; inmediatamente Moscoso mandó fuera recuperado por el Dragoneante Baldivieso y así se hizo. El soldado Ortega "que iba adelante dió muerte a un oficial que escribía sobre nuestro nido (parapeto) abandonado momentos antes".

Los paraguayos merodeaban y seguían en su afán de envolvimiento. Había probabilidades de ataque al sector de Urcullo y a la sección Valdez, pero ambos estaban sobre aviso.

A las 15:30 hicieron un ataque a la sección Valdez, pero fueron rechazados. Sus ametralladoras pesadas dispararon sobre el sector Rodríguez pero el tiro era alto y no causó bajas. Durante este ataque Oscar Moscoso se hallaba en su puesto de comando con los Capitanes Hoyos y Urcullo y el Subtite. Cesarino, y corrió en dirección al ataque. Nuevas tentativas paraguayas, más débiles, volvieron a fracasar. Con gran gritería, con gran algazara —"parecían una tribu de chulupis", escribe Moscoso— gritaban: "a la derecha, a la derecha"... y esto orientaba el fuego boliviano.

Poco después, sin orden, la sección de Ametralladoras Pesadas se trasladó más atrás para batir al enemigo en el monte. Moscoso ordenó que una de las piezas (Teniente Eduardo) volviera a su anterior posición.

Pasados unos 20 minutos de esta nueva situación, oyéronse gritos de "a la izquierda" y órdenes de "a la derecha" y "al asalto", pero nada sucedió. Habíase paralizado ahí el ataque paraguayo. Oscar Moscoso, en carrera, pasó a otro sector. Las posiciones con frente al campo estaban abandonadas, vacías; la pieza de ametralladora pesada Maceda, descompuesta. Moscoso ordenó que los soldados hicieran fuego de fusilería y así batieron el campo donde los paraguayos pretendían incursionar.

Las ametralladoras pesadas y la artillería del enemigo seguían disparando; querían, sin duda, animar los ataques, pero éstos no se producían ya. Tampoco se oían los gritos paraguayos, pero no recibió Moscoso parte alguno de los sectores. Fue, pues, en busca del Capitán Rodríguez para preparar un contraataque. Dejando al cabo Maceda, fue hacia la sección Gutiérrez: nadie.

Llegó donde debía estar Rodríguez: nadie. Se veía que se habían retirado: cargadores abandonados, capotes y otros objetos botados. Regresó donde el cabo Maceda que seguía firme con sus 8 hombres.

¿Qué es lo que pasó? Al empezar el combate huyó la tropa de Rodríguez. Igualmente la de Gutiérrez. Cesarino, que estaba con Oscar Moscoso, corrió a su puesto cerca a Rodríguez —tardaría unos 2 minutos— y ya nadie había; vio a los últimos que se iban y se fue tras ellos. Rodríguez y sus hombres se retiraron sin combatir, sin enemigo al frente, sólo por el amago de la artillería y de ametralladora pesada, sin sufrir una baja.

En el sector Urcullo: este oficial dejó su puesto al empezar el combate, abandonando a su tropa. El Subtite. Valdez que rechazó el primer ataque, huyó también dejando a sus hombres. Gutiérrez lo encontró y Valdez le dijo que Oscar Moscoso había huido; entonces Gutiérrez se fue tras él con algunos soldados. Valdez arrastró en su retirada al Cabo Gareca con una ametralladora liviana y lo convenció diciéndole que los paraguayos ocupaban nuestro fortín. Otros soldados del sector Rodríguez, al verse sin apoyo, empezaron a huir. Quedaron frente al enemigo: el personal de ametralladoras pesadas, el Dragoneante Sarapura, el Teniente Eduardo y algo de la sección Valdez.

El Capitán Hoyos, al ver este abandono, recoge sus heridos y se va, avanzando lentamente. El Teniente Eduardo se va después. Oscar Moscoso se desespera; se dirige donde el cabo Maceda, sereno y firme éste, y le cuenta lo que vio.

—"Yo quería ir a buscar la muerte en las balas paraguayas" declara Moscoso. Y refiere lo siguiente: "Maceda me dijo que podríamos retirarnos. Les contesté que se salvaran ellos ya que nada había que hacer y, decidido a morir, tomé una toalla y salté nuestras posiciones, entrando en la lengua de campo frente al enemigo, que estaba allí posesionado a 200 o 300 metros. Avancé unos 100 metros hacia el enemigo y ví que varios soldados salieron frente a mí. Grité: "Yo soy el Comandante de las fuerzas". Mis soldados hicieron fuego sobre los paraguayos que salieron al campo. Volví a gritar: "Haga cesar el fuego", mientras Maceda y los otros seguían haciendo fuego. En ese instante comprendí que más valía morir combatiendo, y haciendo un ademán de insulto a los paraguayos que se encontraban a 100 metros de mí, corrí hacia mis posiciones, perseguido por un fuego intenso. Me tendí, me arrastré en zig-zag, sintiendo siempre el silbar de las balas sobre mí y caer a mi lado. Llegué al cerco y entré nuevamente a nuestras posiciones. Pedí un fusil al soldado Montero y en presencia de los que estaban conmigo, hice dos bajas paraguayas de entre los que, momentos antes, habían hecho fuego sobre mí. Los demás paraguayos comenzaron a correr nuevamente sobre sus posiciones del monte".

Moscoso prosigue su narración: —"Desde su fortín, siguiendo el mismo camino que en la mañana, los paraguayos comenzaron a avanzar sobre nuestras posiciones, aprovechando la maleza y gracias a nuestro fuego de pocos fusiles. Los más adelantados llegaron muy cerca de la posición ocupada por el soldado Salazar, del R. "Loa". El soldado Miranda recibió fuego de esas fracciones y contestó con un disparo que dió en blanco, originando la retirada de los demás paraguayos, que habían llegado a una distancia de asalto".

—"Cuando no había ningún paraguayo frente a nosotros, fui con el cabo Maceda y dos soldados más a recorrer las posiciones en la sección Valdez, donde encontré a los dos tiradores de Am. Livianas, soldados Céspedes y Jiménez, y 6 soldados más, cuyos nombres los conocen bien los que me acompañaron; aquellos estaban estoicos en sus posiciones; habían rechazado el ataque paraguayo, sin dirección, abandonados de su oficial. Reuní a estos soldados, pasé revista de las posiciones para ver que no quedara ningún otro y reconocer las bajas que hubieran podido producirse. Al caer la tarde del 16 de julio, abandoné el Fortín Mariscal Santa Cruz, seguido por 14 soldados, cuyos nombres deben ser conocidos y honrados como merecen".

—"Era tal la confianza y serenidad de estos pocos soldados que antes de retirarse pasaron por la cocina, se sirvieron el rancho que había sobrado del almuerzo, se proveyeron de azúcar y yerba; el cabo Maceda arreglo una mochila sanitaria. Deseo citar especialmente al Cabo Maceda, Cabo Choque, Dragoneante Sarapura, soldados Miranda, Aponte, Montero, Jiménez, Céspedes y Jurado por su conducta de ese día, que es un ejemplo de patriotismo, coraje y energía".

Al retirarse, el Mayor Moscoso encontró unos soldados dispersos. A hrs. 22 llegó al Pozo (15 kilómetros). Ahí encontró al Subtte. Mercado, quien le avisó que Rodríguez y sus hombres pasaron antes. No quiso (Rodríguez) aceptar quedarse y regresar, y díjole a Mercado que había sucedido una espantosa mortandad. El Mayor Moscoso reúne a todos; forma una retaguardia con Mercado y 8 hombres; el resto salió a hrs. 12 y él dos horas después.

Mientras estuvieron en el Pozo, oyeron disparos de artillería y ametralladora, y aún a hrs. 12 del día siguiente, se oía cañón pero de más grueso calibre. A las 17 llegan a Cañada 16 de Julio. Descansan el 18, prosiguen el 19 y arriban a Fortín Camacho el 22 en condiciones penosas, los soldados sin frazadas ni útiles de rancho. Cerca de la Cañada dieron con el Subtte. Pardo que traía agua; se le ordenó que se quedara en vigilancia hasta recibir órdenes de la División o del Reg. Loa.

Desde el primer momento, Moscoso calculó en 400 a 500 el número de enemigos, con artillería y bastante ametralladora. La situación era grave, aunque no desesperante, ya que las posiciones eran buenas y los paraguayos no avanzaron. Hubo una sola baja, el soldado Laime, por imprudencia, fuera de los cuatro hombres de Aspiazu, también por imprudencia.

El alejamiento de la base: 170 kilómetros, la falta de víveres y el hecho de que los que por agua debían mostrarse y recibían fuego enemigo, sin material de sanidad, sin noticias del Subtte. Mercado (a 12 kms. en el Pozo), "me indujeron a la retirada, en principio", escribe Moscoso. Y agrega que así lo hizo presente al Capitán Rodríguez a las 2 de la tarde del día 16 para que abriera la retirada a las 10 de la noche. "Para ello —añade— le dije que reconociera una senda que después de 500 metros en el monte iba a la principal de Camacho". Cuando empezó el combate —dice después— Rodríguez y su compañía se fueron por esa senda y no la protegieron, ni por compañerismo para los que quedaban, constándole que seguían combatiendo".

—"Yo estudié todas las situaciones" afirma el Mayor Moscoso. Declara que estaban resueltos a resistir y a vencer. Rodríguez y Urcullo conocían sus proyectos. Inspecciones, horarios, vigilancia de terreno y material, todo se hizo. Al iniciarse el ataque, todos debían mantenerse en sus puestos y después del rechazo recibir órdenes para ejecutar un contraataque. Nada se pudo hacer, pues todos se fueron. Una retirada ordenada por el Jefe, daba la responsabilidad sólo a éste, salvando el honor de oficiales y tropa y salvando armas y prendas que fueron abandonadas.

—El Informe que firma el Mayor Moscoso termina con este párrafo: —"Para concluir este Informe debo manifestar que he expresado todo aquello que me consta o me ha sido relatado públicamente; no se trata de buscar ni justificativos, ni atenuantes, ni agravantes; este Informe debe servir de base para el proceso que aclare todo y que establezca las verdaderas responsabilidades. Considero, señor Coronel, como militar y como boliviano, que todo el rigor de la sanción es necesario en este momento de angustia internacional y cuando el patriotismo boliviano se halla noblemente exaltado y estimulado. Me siento feliz de haber salvado milagrosamente de las balas paraguayas porque si tengo responsabilidad debo ser el primero en sufrir, y con la máxima energía, toda la sanción que me corresponde. Pero, al mismo tiempo, señor Coronel, debe hacerse resaltar la conducta de aquellos valientes que, abandonados de sus oficiales, se mantuvieron firmes en el puesto que se les había confiado".

El Mayor Moscoso y sus oficiales fueron "separados de sus cargos" hasta la terminación del proceso respectivo. (Orden General N° 306, La Paz, 22 de agosto de 1932).

PROCESO DE LAGUNA CHUQUISACA

II

Resumen de declaraciones
en el proceso sobre el
episodio de Laguna
Chuquisaca. Fortín Muñoz, 6
de Septiembre de 1932.

Oscar Moscoso Gutiérrez.— El 24 de abril hizo un vuelo con el Cnl. Jordán para ver mejor la ruta que convendría seguir con objeto de llegar a la 3a. División. Desde enero estaba ocupado en ir hacia el norte por donde bajaba el Ingavi. La falta de agua impidió ir más allá.

"Descubrimos la laguna a la que bauticé "Gran Lago" porque había otros pequeños en dirección a Fuerte Olimpo. Descubrimos, además, edificaciones y un corral en la orilla oriental. En un informe y carta levantada señalé esta particularidad. El Estado Mayor General editó la carta sin el Fortín por razones que se comprende, Era el F. Carlos López, distante en recta o vuelo 120 kms. más o menos de F. Camacho (1 hora y 10 m. de vuelo).

El 5 de Mayo recibí orden de avanzar: "Esmayoral ordena que Mayor Moscoso ocupe "Gran Lago". Saldría de Alihuatá día 7 de mayo y tomará fracción caballería que se encuentra en Cañada Cristina. Regimiento Loa le proporcionará elementos necesarios". "(f) Cnl. Peña"-.

Moscoso le confió al Dr. A. Ibáñez Benavente, cirujano del Ejército, que no tenía ninguna instrucción más, ni directiva. Con 30 hombres del Lanza, desde C. Cristina, empezó el avance y 3 días después se le ordenó que a fines de mayo ocupe Lago Grande. Se le transcribió un radio de Esmayoral (firmado Salinas) respecto a que negociaciones de Washington se encaminaban en tal forma que los Neutrales exigirían de Bolivia y del Paraguay la determinación precisa de sus posiciones adelantadas y que, por consiguiente, era urgente aquella ocupación.

Con rumbo más al Este, vistos anteriores fracasos por falta de agua con el Capitán Ustares, "avancé sin descanso y el 14 de junio llegué, después de 170 kilómetros de marcha. Descubrí la Laguna "16 de Julio" en el camino. Oí disparos de paraguayos cazando; ví su campamento y trece carpas grandes. La única solución para ocupar la Laguna era desalojar a los paraguayos, pues el querer ocuparla a vista del enemigo era exponer a mi tropa (20 hombres) y sufrir una sorpresa. Estaba seguro de que debía atacar y no recibí ninguna orden en contrario. Se me dió a conocer la orden de La paz de ocupar el Lago y se sabía que existía el fortín paraguayo.

"En la madrugada del 15 de junio tomé por asalto el fortín paraguayo; hice exploraciones de 25 kilómetros hacia Coronel Martínez y 15 hacia F. Olimpo por sendas existentes. Mandé estafetas con planos y croquis del Lago y pedí refuerzos para sostenerme. Por la importancia de la Laguna la llamé "Chuquisaca" por creer encontrarme en ese Departamento. Esmayoral publicó mis croquis".

(Declaraciones del 7 de septiembre, 1932) "Diez días después recibí refuerzos con el Subtte. Arévalo y el Tte. Eduardo. Ocupé la orilla oeste de la Laguna a 600 mts. del fortín paraguayo, separado por un campo de tiro. El Mayor Jordán voló sobre nosotros y dejó un mensaje para el Fortín Mariscal Santa Cruz, nombre con que bauticé el lugar en presencia de todos. Todos los días se hacía patrullaje avanzado; se construía una pista; se despejaba el campo de tiro; se cavaban posiciones."

Aspiazu quedó en su carpa; no estableció vigilancia. Cuando los soldados iban a descansar recibieron un nutrido fuego. Murieron 3; Aspiazu herido, se perdió en el monte y fue recogido por el Subtte. Mercado que abría senda hacia Madrejoncito.

"No ordené ninguna retirada aunque la preví, prueba es que fui en busca de Rodríguez para el contraataque, ya que el ata. que paraguayo parecía quebrantado. Las posiciones eran buenas; igualmente el emplazamiento de ametralladoras pesadas (2) y 11 livianas y de los hombres. La prueba es que los paraguayos fracasaron el 15 y el 16."

Los paraguayos iniciaron el ataque con stocks y 500 hombres. Así lo dice la documentación tomada en Toledo y en Boquerón. La compañía del Regimiento Campero (Cap. Rodríguez) no tenía ninguna instrucción ni había disparado en ninguna lección de tiro, según informe de su Capitán. Había muchos palúdicos. El 30 de junio dió parte Moscoso de que los paraguayos debían conocer su situación porque se apoderaron de papeles y documentos del Subtte. Arévalo. No recibió Moscoso ninguna nueva orden ni instrucción.

"En presencia de oficiales y soldados, quemé todos los papeles, planos etc., y aún cartas particulares. y ordené a todos que hicieran igual."

De otras declaraciones: El combate duró hasta las 6 de la tarde. Los paraguayos no atacaron a fondo porque no conocían nuestra ubicación precisa. Aspiazu fué sorprendido por imprudencia. El día 16 a la hora del almuerzo el Mayor Moscas') dijo que en la noche se haría el repliegue por falta de víveres, de agua cortada porque se estaba al descubierto para ir a buscarla,

sin medicamentos, sin posibilidad de refuerzos y con un comienzo de rodeo. (El soldado Gálvez que fué con el parte la noche del 15, regresó porque chocó con patrulla sobre la senda a Camacho). Todos los oficiales aprobaron esta medida.

Subtte. Jorge Gutiérrez.— Dice que al oír los disparos sobre el sector Valdez, corrió a su puesto (estaba con Moscoso) Hrs. 15.30 y encontró a sus hombres. Pasó al sector Rodríguez y no encontró a nadie! Se encontró con el Dr. Hoyos que se iba, le dijo que le siguiera; casi acepta, pero regresó. "Busqué a Oscar Moscoso y no lo hallé, topé con Valdez y sus hombres que retrocedían". Valdez añadió que Oscar Moscoso ya se había ido con Rodríguez. Salió con Valdez y la tropa de ambos. En el monte encontró al Capitán Urcullo y soldados. Más adelante dos soldados a caballo les dieron alcance y la noticia de que Oscar Moscoso había muerto y lo de la tohalla cuando salió de las posiciones. Todos desmoralizados siguieron adelante. En el Pozo hallaron a Mercado, quien les dijo que Rodríguez había pasado ya. El Dr. Hoyos llegó después y dijo que Oscar Moscoso venía detrás. La tropa estaba mal alimentada. Tan lejos de Camacho se desmoralizó por disparos de artillería. Los paraguayos tenían buen número de Am. Pesadas y Livianas.

Jorge Valdez.- El Capitán Urcullo le dijo el 15 que tranquilizara a la tropa por los tiros de artillería; la tropa al oírlos se asustaba, abandonaba sus posiciones y se metía al monte. Valdez se justifica: sus soldados empezaron a replegarse; él fue en busca de Moscoso y no lo halló; ahí en su campamento le dijeron que se había ido. Entonces él se fue con Gutiérrez y sus soldados. No hicieron ejercicios tácticos de defensa ni instrucción porque se hallaban, mañana y tarde, trabajando la defensa del fortín, lentamente por falta de herramientas.

Capitán Moisés Rodríguez.- Desde un árbol, a 1200 mts. sobre la senda a Cnl. Martínez, vió que se levantaba polvareda a cada cañonazo. El enemigo fué observado haciendo movimientos hacia el sur y sureste del fortín boliviano, seguramente para cortar la retirada. Explica su retiro porque su tropa fugó sin poder él contenerla, y creyó tomado el fortín y al Mayor Moscoso también en retirada.

Subtte. José Mercado.— Declara que se hacía patrullaje diario hacia Coronel Martínez y Fuerte Olimpo y que él practicó varios.

Cabo Cayetano Sarapura.- Declara que el Mayor Moscoso fue el último en retirarse con muy pocos soldados.

Soldado Juan Miranda.- Declara que el Mayor Moscoso les dijo: "no tengan cuidado hijos, yo los vaya salvar, entren en posición". Miranda dice de Moscoso: "estaba como loco, con los ojos colorados" al notar la fuga de las tropas. Confirma que Moscoso hizo dos bajas cuando regresó a la posición y que fué el último en salir.

Sargento Donato Maceda.— Oscar Moscoso les dijo: "Hijos míos, vaya salvar la vida de los pocos que quedan, ustedes, a costa de la mía". Añade Maceda: "para esto manifiesta que iría ante el enemigo, a lo que yo le contesté que en lugar de caer vivo a manos de los pilas, era preferible morir." "Entonces qué hacemos"? "Yo le dije: nos retiramos, mi Mayor", "a lo que ordenó comunicar a mi pieza la retirada; entonces yo ordené a mi pieza se proveyera de agua en sus caramañolas y bastante munición para las piezas; los de mi pieza salieron juntamente con el Mayor, quedándome yo para recoger de otra posición la carabina del soldado Luciano Álvarez y mi fusil, que habíamos dejado para cambiar rápidamente de posición. Teniendo estas armas en mi poder, fuí a incorporarme al puesto de guardia de la Sección del Tte. Eduardo, lugar donde se encontraban con el Mayor los de mi pieza. Preguntando yo por el Mayor, me lo mostraron en medio campo, habiendo yo visto que salieron del frente enemigo tres oficiales enemigos y el Mayor Moscoso dijo gritando: "Comandante de las fuerzas, vaya ordenar que cesen los fuegos", y gritó a nuestro lado: "Cesar el fuego", repitiendo nosotros la orden. En este momento, se oyeron disparos de ametralladora en el sector del Tte. Valdez; en ese momento el enemigo disparó contra el Mayor, creyendo que se trataba de una combinación; cayó luego el Mayor con fuerza como si lo hubieran herido; entonces agarré mi fusil y disparé sobre el que cría que era jefe enemigo por llevar casco; después ordené a mi pieza posicionarse, ayudar a que se venga el Mayor y continué haciendo fuego. El Mayor Moscoso se retiraba hacia nosotros, aprovechando el terreno, hasta que llegó a unos 20 metros delante del cerco, donde dió un grito de queja, y le pregunté si todavía estaba sano, habiéndome respondido que sí: abriéndoles el cerco para que entrara, una vez adentro me pidió agua que la bebió. Habiendo yo vuelto a mi posición, vi el reflejo de los cuchillos bayonetas

del enemigo y le comuniqué al Mayor. Estando acercándose, llegó el soldado Montero a quien el Mayor le pidió su fusil y entró en mi posición pidiendo al soldado Montero que le aprovisionara de munición, y juntamente conmigo hicimos fuego a la numerosa línea enemiga que pudimos contenerla en su avance, haciéndola retroceder."

Oscar Moscoso y Maceda salieron los últimos.

Ramiro Montero y Peregrino Salazar .— Ambos soldados declaran que Oscar Moscoso fue el último en salir, después de recorrer todas las posiciones para ver que nadie se quedaba. Montero ratifica las dos bajas que hizo Moscoso.

Subtte. Walter Cesarino.— Declara que todos los soldados paraguayos que salían a buscar agua a la Laguna (lo vió desde el atalaya de árboles con antejo) tenían en la espalda dispositivos de Am. Livianas, Explica su retirada porque los soldados, en confusión, abandonaron sus puestos cuando él volvía de don de el Mayor Moscoso, ya iniciado el fuego enemigo.

Requerimiento del Fiscal Militar (Resumen)

Fortín Muñoz, 25 de octubre de 1932 — El Tcnl, Eliodoro Carmona Rodo declara que "hay indicio de culpabilidad contra todos los sindicados" (Oscar Moscoso y sus oficiales) "por haber incurrido en la sanción del Tit. 5°. , Cap. 1°. y 7°. del Código Penal Militar, debiendo Ud., (Juez Instructor Militar, Tcnl. Carlos Barragán) en consecuencia, dictar el correspondiente informe y elevar los obrados ante la autoridad militar, para la formación del respectivo Consejo de Guerra, que debe juzgar en plenario."

Informe del Juez Instructor Militar.— Fortín Muñoz, 3 de noviembre de 1932 —El informe termina así: "Del examen y análisis del sumario, se comprueba: que existen suficientes indicios de culpabilidad y que los sumarios están incursos en las sanciones previstas por el Cap. 1° y 7°. del Tit. 5°. del Código Penal Militar."

El Juez llama "prudente retirada" la ordenada por Oscar Moscoso para la noche del 16. Las razones: "Superioridad numérica del enemigo y de su armamento, falta de medios defensa y del terreno inadecuado, la no posibilidad de recibir refuerzos, la de no contar con material sanitario y víveres suficientes para el caso de sostener un cerco o sitio del enemigo." El Juez agrega: "Nuestras tropas se mantuvieron con valentía, menos la Compañía del Capitán Rodríguez, que en los momentos precisos de defensa, abandonó sus posiciones".

Y termina: "El Mayor Oscar Moscoso fué el último en desocupar el Fortín, después de muchas contingencias que había soportado y de haberse visto completamente abandonado por sus oficiales y tropa. Al caer la tarde del prenotado día 16 de julio con este último detalle, terminó (sic) los sucesos del Fortín Mariscal Santa Cruz."

Bajas en las acciones de armas del 29 de junio y 15 de julio de 1932, en Laguna Chuquisaca:

Subtte.	Antonio Arévalo
Subof.	M. Aspiazu
Soldados:	Ricardo Acosta
	Carmelo Laura
	Juan de Dios Terán
	Daniel Sossa
	Valentín Talí
	Luis Zambrana
	Abraham Vargas
	Feliciano Laime
	Alejandro Coca
	Feliciano Hurtado
	imón Yaguaní (Jardaní)

MAYO 9 DE 1933

¡La infiel Betty! Hoy con los paraguayos, mañana con los nuestros. La posición de avanzada, establecida por los paraguayos como protección de Toledo, fué bautizada con el nombre de Puesto Betty por los bolivianos según cuenta el Mayor Arandia cuando ocuparon Corrales y avanzaron sobre Toledo por el hecho de haberse encontrado cartas, entre los papeles de un cadáver enemigo, firmadas por Betty.

En una de mis correrías de Pagador, llegué hasta Puesto Betty, nuevamente punto de avanzada de los nuestros. Allí encontré al Mayor Armando Sainz, Comandante accidental de un Regimiento, cuyo Jefe, el Cnl. Vásquez, acababa de ser evacuado con calambres al estómago. Pasé una noche con nuestros valientes muchachos, noche de poco dormir porque era menester estar alertas. Se hablaba de posibles ataques o infiltraciones enemigas; había cierta inquietud en el ambiente; las frases, los comentarios y el humorismo siempre presente se referían a ese peligro. Hube de admirar la indiferencia exterior de esos hombres, hija de la costumbre de cortejar el peligro. Tiros aislados en la noche y alguna ráfaga de ametralladora me hacían incorporar a medio dormir. La oscuridad total volvía más dura la espera del amanecer y las horas pasaban con una lentitud desesperante.

La lucha por Betty costó más esfuerzos que una empresa de envergadura, pues el duelo entre Corrales y Toledo fué encarnizado, con voluntad de no ceder. Si cayese Corrales en manos del adversario significaría para los nuestros un repliegue general desde Camacho hasta Platanillos, por el peligro de un flanqueo de fondo. Si Toledo fuese ocupado por los bolivianos, importaría para los contrarios un retroceso de magnitud que amenazaría toda su ala derecha. De ahí que Puesto Betty, posición defensiva bien acondicionada topográficamente entre esos dos Fortines venía a transformarse en una presa capital. Hubo un momento en que toda la III División estuvo en Betty. El camino directo a Platanillos, mandado construir por el Cnl. Rivera, Jefe de Estado Mayor de Osorio, ha de asegurar mejor la defensa de este discutido Puesto.

Sin embargo, la queja por falta de reemplazos es aquí más aguda. El Mayor Armando Sainz me da cifras que lo dejan a uno atónito. ¿Cómo es posible que estos hombres sigan meses y meses en la brega sin un descanso en retaguardia? El Mayor Sainz lleva en el Chaco más de un año y no es de los que hacen bulla y consiguen traslados. Su preocupación es por sus hombres, en buena parte agotados. Me pide que hable con Osorio e insista en el envío de reemplazos. Yo bien sé que la decisión no depende del Comandante del II Cuerpo de Ejército, sino del General Kundt y, más propiamente, de las autoridades de retaguardia. Gente hay, indudablemente, pero la lenta movilización obedece a razones que en estas lejanías chaqueñas no llegamos a comprender.

MAYO 17 DE 1933

Ayer el General Osario, en Platanillos, al atardecer como otras veces, me invita a caminar con él por la plazoleta del fortín. Son estos paseos un descanso del trabajo de mi Pagaduría y un agrado la conversación amena del General. Sé bastante de su vida y de sus ideales, de sus aciertos y de sus "muchos errores", como él dice. Un rasgo de su carácter me cautiva: la tolerancia. Aun de sus enemigos, políticos y militares, habla con mesura y procura comprender los motivos de su animadversión. Es admirador de un líder alemán, Hitler, que según él cree ha de levantar a Alemania de su postración.

Filiberto Osorio es contrario a Kundt. Juzga que no ha representado una ventaja su vuelta al país. Me expresa que el General no tiene ductilidad para una guerra en el Chaco, en la que domina el hombre del monte —de iniciativa propia acorde con la naturaleza del terreno y del medio— y no el guerrero de rígidas disciplinas. A propósito de las relaciones con Kundt, recuerdo que el Mayor Hugo Ballivián, vino a buscarme apresuradamente una tarde en Jayucubás, con la respuesta radial de Osorio a Kundt, tras una negativa de ayuda solicitada con urgencia, en la que aquél, lacónicamente a lo Cambronne, se dirigía al Comandante en Jefe. Por supuesto que el mensaje nunca fue despachado.

Sin que yo le preguntara aunque ganas las tenía, el General Osorio me habló sobre los primeros incidentes de la guerra de los cuales el público sólo tenía un conocimiento imperfecto y superficial. Tomando pie de nuestra charla de días pasados a raíz de mis preguntas sobre el

informe y declaraciones del Mayor Moscoso, en el proceso seguido en Muñoz, el General me sorprendió al decirme que esta guerra no debía haber estallado. Convine con él, lamentando que Moscoso hubiera desalojado a los paraguayos, pudiendo haberse establecido en lugar distinto.

El General Osorio me contradice. Para él no fue la violencia armada en Laguna Chuquisaca lo grave del **casus belli** aunque las hostilidades se iniciaron allí, sino las represalias tomadas por Bolivia. Moscoso no debió atacar, esto nadie lo discute, pero el mal, ya irreparable, a su juicio, estuvo en la toma de Toledo, Corrales y Boquerón.

A una observación mía, Osorio me explica que no cabe comparar los sucesos de 1928 con los del año pasado. En Vanguardia fuimos alevosamente atacados, hechos prisioneros nuestros hombres y quemado el fortín. En Laguna Chuquisaca atacamos nosotros y ocupamos el puesto paraguayo. Esta diferencia, según dice el General, es fundamental y debería haber pesado en las decisiones ulteriores.

Me refiere Filiberto Osorio, reservadamente, que el asunto se trató en sesiones con el Presidente de la República y me confiesa que él indicó que debían usarse los medios diplomáticos antes que las represalias. Me dice que el general Quintanilla pensó y dijo lo mismo y que el General Montes también se inclinaba por este temperamento de prudencia. Pero venció la voluntad del doctor Salamanca y sus órdenes hubieron de ser acatadas.

Y no es que el Comandante del II Cuerpo haya creído que la guerra podía evitarse. Me declara, con acento de convicción, que tarde o temprano la guerra debía estallar. Lo que en consecuencia, era menester, después de fortín Mariscal Santa Cruz, ganar tiempo para prepararnos en debida forma. Si Bolivia estaba o no lista para una guerra en estas latitudes, es indudable que lo sabría mejor el Jefe del Estado Mayor General, cuyo consejo, sin embargo, se pasó por alto.

Me permito expresar al General que en este punto existe una consideración que no podemos ignorar: el estado político y emocional de la opinión pública al conocer la retirada de la célebre Laguna y los muertos dejados allí. La reacción fue general al exigir el castigo contra lo que se creía una incalificable agresión. Agregó que tal vez para el Gobierno no era prudente o posible resistir a la demanda popular, y no debemos ocultar que en los comandos del Chaco hubo igual reacción.

El General Osorio responde que mi observación es exacta pero todo nace de la ignorancia en que se encontraba esa opinión sobre lo sucedido en Mariscal Santa Cruz. Cree él que el Gobierno no debió ocultar la verdad, única manera de aquietar al pueblo y dar campo a negociaciones en Washington.

En Osorio hay resentimiento contra el Presidente de la República, pero la caballerosidad de este soldado hace que calle su queja y reconozca las virtudes del primer mandatario y su genuina anhelo de paz. Juzga que anda mal aconsejado y que en materia militar está equivocado. Me habla de que nuestra ofensiva de fondo, pasadas las represalias, debió desencadenarse en el norte hacia el río y no en el sur donde los obstáculos serían mayores.

Ya en su carpa de campaña, después de nuestra caminata, el General me ofrece un pisco que quema la garganta. Seguimos conversando ya de generalidades de la contienda, que uno y otro vemos con cierta aprensión por los continuos contrastes sufridos y la lentitud de la movilización de destacamentos hacia este Sector. En el Segundo Cuerpo estamos abandonados y hasta víveres han faltado. De ahí el fastidio de Osorio contra Kundt que, según me dice, desvía hombres y pertrechos hacia Muñoz cuando su destino era Platanillos, faltando a sus promesas y malogrando, antes de empezar, los ataques sobre Toledo y Fernández.

MAYO 22 DE 1933

El 20 era el día señalado para el ataque a fondo sobre Fernández por la 8a. División de Rafael Morant. Por una picada nueva a Muñoz ha venido un destacamento de refuerzos y todo parece indicar que la operación será llevada a feliz término. El destacamento es del Tcnl. Felipe Arrieta que viene pechando monte para caer sobre la retaguardia de Dragoneante Fernández, cortando el camino a Arce. Se combate desde el 12.

El II Cuerpo necesita, más que el I, una victoria que sirva para neutralizar una especie de maleficio que le acompaña en sus operaciones últimas. Puede advertirse cierta desconfianza en las propias fuerzas, si bien en esta quincena algo se ha disipado por la llegada de nuevos contingentes, aunque reducidos, y sobre todo por la dotación de los tan esperados morteros.

Me dicen algunos Jefes que la toma de Fortín Fernández es capital para las operaciones del I Cuerpo sobre objetivos que, conquistados por los nuestros, pueden decidir de la suerte de la campaña. Es el flanco derecho del enemigo el que se vería destrozado, lo que le obligaría a un repliegue de proporciones. No dudamos que debe ser así, pero no es fácil imaginarse repliegue de tal importancia si nosotros contamos con tan pocas fuerzas y escasa movilidad para forzar tal retirada y siempre tropezamos con el terrible problema del agua. Cómo suponer victoriosos a dos o tres mil hombres —todo el II Cuerpo no tiene más—, avanzando con el brío por este monte inhóspito, con todos sus pertrechos y vituallas, pisando los talones al enemigo durante días y días, tragando leguas, sin agua! y si no hay semejante presión, no hay repliegue de proporciones.

Nuevamente nos azota una ola de frío. Surazo. El consumo de agua disminuye. Para el que ataca es una ventaja el frío. Todos pensamos en las penurias que debe soportar el soldado y el oficial que va con la tropa. Hemos tenido ya ocasión de conocer el desamparo en que combaten estos hombres, desamparo hecho, en buena parte, de imprevisión o desaprensión frente a una campaña en tierras desconocidas. Para los que hemos llegado hasta aquí, el Chaco es una sorpresa y muy pocos deben haber imaginado lo que es. Mirado estos llanos desde otro ángulo, es admirable el varonil esfuerzo del hombre de la puna en un medio tan distinto al suyo, lo que no quita el heroísmo de todos y la abnegación sin límites de los vallunos y de muchachos de los llanos.

Hace falta que vengan aquí los dirigentes del país. Políticos, hombres de empresa, periodistas, parlamentarios y otros debieran pasar unas semanas en el frente y recorrer las líneas. Acaso una confrontación objetiva con la realidad que se vive en estos arenales haría que las cosas cambiaran en la retaguardia y que el Ejército fuera atendido debidamente, reforzándolo con todo lo que Bolivia tiene de hombres hábiles. Sin conocer lo que es el Chaco parece absurdo exigir una dirección política eficiente de la guerra. Por no haberlo visitado antes, militares y políticos, estamos estancados en estos llanos y sólo Dios sabe cómo saldremos de aquí.

MAYO 26 DE 1933

El General Osorio, con su habitual gentileza, me manda decir que desea conversar conmigo. Estos recados son siempre gratos, pues con el General resulta para mí de provecho intercambiar ideas, ya que los temas, inspirados generalmente en las cosas de la guerra, son enfocados por el Comandante del II Cuerpo de Ejército con originalidad, ecuanimidad y conocimiento. A mi además, me halaga la confianza que este noble amigo me dispensa y el crédito que parece dar a mis opiniones.

Al verme, Osario me llama la atención sobre un punto que le viene preocupando: Bolivia cobró represalias a los 10 días del abandono de Pituantuta; el Paraguay pasado un mes, siendo, pues, superior su preparación y eso que tenía el respaldo del río. Ante el Gobierno, él pidió dos meses de plazo para operar en el Chaco y no fue escuchado. Para demostrarme lo que me dijo en anteriores conversaciones sobre nuestra situación, me facilita un manifiesto del General Carlos Quintanilla, que acaba de llegar a sus manos, emitido en Tarija en el mes de enero. Lo leo apresuradamente.

Es una copia a máquina en papel de oficio amarillo, semejante al que usamos aquí en el Chaco, lo que me hace suponer que algún original llegó al II Cuerpo o, tal vez, al I, y de él se obtuvieron copias que, sin duda, deben estar circulando en los comandos. En 14 páginas, el General Quintanilla expone su defensa por la caída de Boquerón. En una parte del manifiesto se inserta el texto de un radiograma, llamado sonoramente "Protesta del Ejército", dirigido al señor Presidente de la República, sin fecha, y en el cual, al pie, aparecen los nombres del General Carlos Quintanilla y del Teniente Coronel David Toro. En una apostilla dice el Comandante del Primer Cuerpo o, más propiamente, de todas las fuerzas armadas en campaña, que dejó el Chaco (fortín Muñoz) el 11 de octubre, por lo cual debe entenderse que la denominada "Protesta" debió ser despachada unos días antes. En ese extenso papel el General Quintanilla y el Tcnl. Toro declinan

toda responsabilidad por el duro contraste ocurrido en Boquerón y sus consecuencias, echándosela al Supremo Gobierno.

Con suma curiosidad leo estas declaraciones de los dos más altos Jefes en los primeros meses de la guerra, y me privo de devolverlas al General Osario, quien amablemente no pone reparos. Desea conocer mi opinión sobre el particular, a lo que no tengo inconveniente en dársela, pues, a mi vez, quiero dirigirle algunas preguntas sobre este caso tan inusitado y que sale de todos los cánones de la disciplina militar.

Lo primero que llama la atención, en este documento, es la enorme superioridad numérica paraguaya que cita. Uno a ocho combatientes afirma el General Quintanilla! ¿Cómo puede ser que en tan pocas semanas, después de las represalias, frente a fortín Boquerón y sus flancos, nos encontramos ante un ejército enemigo de 12.000 hombres que, sin embargo, tarda semanas en rendir a 600 bravos? Recuerdo a este propósito al General Osorio una información mía de Asunción —año 1930— dirigida precisa. mente a él cuando desempeñaba la cartera de Relaciones Exteriores de la Junta Militar, presidida por el General Blanco Galillo do, sobre la existencia de unos 10.000 trabajadores de los quebrachales, combatientes aptos al primer llamado y ya en el terreno y hombres de monte. Me dice Osorio que este dato se conocía" pero no se le daba mayor importancia porque se trataba de elementos ya de edad muchos de ellos, y sin la debida preparación militar. Agrega que, en realidad, la diferencia estuvo en que Bolivia paró la movilización por consideraciones a los Neutrales que así lo pedían, olvidando que la distancia era nuestra mayor desventaja. Hubo aquí manifiesta buena fe de parte de Bolivia pero también desconocimiento de las condiciones en las que íbamos a luchar. Sobre este punto, que ha de suscitar una serie de controversias, no me parece explicable la posición del Comando boliviano en Muñoz que conocía esas condiciones, adversas para nosotros y, sin embargo, se lanzó con resolución a la conquista y aun quería avanzar más allá de toda posibilidad. Existe aquí una incógnita que sólo el tiempo podrá aclarar y dar su parte de responsabilidad a cada cual según corresponda.

Expreso yo al General Osorio que Quintanilla tiene una opinión distinta a la suya sobre los sucesos de Laguna Chuquisaca, pues en su manifiesto habla del "alevoso ataque" del enemigo y del "ultraje inferido al honor nacional". ¿Desconocía entonces la verdad? Eso era aceptable en julio de 1932 cuando fue llamado a la sede del gobierno, apresuradamente, por el doctor Salamanca para hacerse cargo de la jefatura del Estado Mayor, pero no al escribir su memorial. Osorio explica que si bien los Comandos conocían la verdad de lo ocurrido, consideraron que la obligada retirada de Laguna Chuquisaca había sido una afrenta para el Ejército, una derrota inaceptable cualquiera que hubiera sido la causa. En el fondo la cuestión estaba entre precipitar la represalia o esperar un tiempo prudencial para prepararse.

Encuentro una contradicción en el manifiesto: Quintanilla, obedeciendo órdenes del Presidente, con las que no estaba de acuerdo por no contar con los elementos necesarios para las represalias, lamenta que creyéndose listo para atacar Nanawa, se le haya ordenado parar sus avances, vista la grave situación internacional. ¿Cómo puede pensarse en avanzar peligrosamente con los escasos recursos con que se contaba, si él mismo antes expresa que no estábamos preparados para ninguna represalia? Hay aquí, sin duda, un caso de euforia por las victorias obtenidas que movía a los nuestros hacia adelante, con excesiva confianza, buscando aprovechar el empuje del momento y, después, consolidar el frente.

El General me refiere que los destacamentos estaban el marcha pero se creyó que las hostilidades, en aquellos días, no proseguirían por acción de terceros. Hubo una evidente paralogización que fue grave para nosotros por las distancias a recorrer, pero que demostraba el espíritu pacifista de Bolivia.

La noche del 25 de julio, que Quintanilla llama "histórica" y, subraya, "por haber originado todas las emergencias sobrevenidas en el Chaco", el Presidente, al dar la orden de ataque, que el Ministro de Guerra don Julio Gutiérrez no observó, habiéndose comprometido a objetarla, díjole aquél a Quintanilla —vale la pena anotarlo— "Ejecute la orden, si hay en ello algún mérito será suyo, si surgen responsabilidades serán mías".

Las represalias, sin embargo, fueron ejecutadas sin Quintanilla! Cuando éste llegaba a Muñoz, el 27, el Coronel Peñaranda, Jefe de la 4a. Div., tomaba Toledo y uno o dos días después

caían Corrales y Boquerón, donde murió Aguirre. Tal era la urgencia de las órdenes presidenciales. Restaba prepararse para la reacción paraguaya.

El drama empieza aquí. Quintanilla dice: "Pedíamos todo y no recibíamos nada". Al explicar el fracaso de Boquerón, Quintanilla lo atribuye a tres factores: inferioridad numérica, deficiencia de pertrechos y abastecimiento impracticable al final. No eran más de 400 hombres; uno contra diez, escribe. Se decide evacuar Boquerón el 24 de septiembre, pero ese día llegan a Muñoz los Generales Montes y Osorio y parten al frente. Regresan y se encuentran con Blanco Galindo y Sanjinés. Reunidos resuelven: aplazar la evacuación por diez días, abastecer el fortín con 2 Junkers y, con refuerzos en camino, iniciar un ataque general y liberar Boquerón. El cálculo quedó largo: Boquerón se rindió 3 días después.

El manifiesto reproduce la llamada Protesta del Ejército, originada en rumores de que el Gobierno echa la culpa del desastre a la institución armada. Quintanilla y Toro firman el documento. Las acusaciones contra el Ejecutivo son varias: el Ejecutivo es guerrista sin preparar al país para la guerra; redujo los efectivos del Ejército; obligó a iniciar las represalias a des-tiempo y sólo con fines políticos; el Presidente asumió la dirección de las operaciones militares; por último, el Ejército rechaza la separación del General Osorio de la Jefatura del Estado Mayor General.

Con sorpresa y más, con inquietud, uno lee semejante protesta que, si contiene algunos puntos de verdad, revela algo grave: la hostilidad entre Ejecutivo y Ejército. Osorio me dice que no estuvo de acuerdo con este documento y menos con lo que se refiere a su persona, pues había venido al Chaco para quedarse. El General Montes, lo confiesa Quintanilla, reprochó a éste haber lanzado una protesta que bordea la insubordinación. Nadie que lea esa protesta podrá aprobar su lenguaje destemplado.

Llamado Quintanilla a La Paz, se queja de que no se le escucha, pues quiere justificarse. Su protesta, sin duda, le ha cerrado las puertas. No le queda sino el refugio de su retiro a Tarija. El manifiesto es interesante por los datos que contiene, pero en lo militar, aunque uno sea lego, no convence. Para el profano siempre queda la duda de por qué no pudo romperse el cerco de Boquerón, y una vez roto, por qué no salieron todos, pues Quintanilla refiere que salieron únicamente los que lograron entrar en una de las incursiones. Verdad es que había orden de resistir a todo trance vista la situación internacional. Osorio me manifiesta que en esto el Presidente interpretaba la voluntad del país, pero aclara y subraya que el juez de la situación era el General Quintanilla.

Mucho ha de escribirse sobre este hecho de armas, heroico en grado sumo, pero cuyas repercusiones pesan ya en el desenvolvimiento de esta guerra sui generis. Ya el General Osorio insinúa una tesis no exenta de fundamento: la detención de los destacamentos en marcha — 4.000 hombres sólo en Tarija— impidió salvar Boquerón; de lo contrario hubiera sido posible estabilizar las líneas y dar lugar a negociaciones diplomáticas con probabilidades de éxito.

JUNIO 24 DE 1933

Raúl Otero Reiche, muchacho alto, de pálido semblante y sencillas maneras, soldado de los tercios venidos del norte, escribe ágiles versos en momentos de reposo, a la sombra palpitante del bosque enano, en el corazón de nuestro Chaco, hoy en Corrales y Betty, mañana en Jayucubás y Platanillos.

¡Qué despreocupados son los poetas, cuando lo son de verdad! Indiferente al sonoro efectismo y receloso del "mundanal ruido", éste mi amigo Raúl opónese a entregar, para su publicación, lo que viene produciendo bajo el sol calcinante de estas tierras de Manso. Conseguimos, sin embargo, algunas de sus composiciones y, acopiar, subrepticamente, más de una. Llegado enfermo a este Comando acogedor, vive cerca al Hospital y allí se hace útil, pues es infinita su bondad hacia los heridos. Es el preferido de los doctores del Quirúrgico N° 1, Antonio Pizarra, Armando Aparicio y Dardo Arana, sobre todo de este último, espíritu superior y abierto.

Mi amigo tiene esbozado un pequeño gran poema que empieza con esta patética invocación: ""Me he de quejar a Dios de todo esto". Yace en su lecho de dolor un soldadito paraguayo, niño de quince años, recogido con solicitud por nuestros camineros después de la dura

brega. Hállase malamente herido y junto con el estertor de una agonía que se precipita, brota de sus exangües labios, una y otra vez, la plañidera frase: "Me he de quejar a Dios de todo esto...".

El soldadito aún conserva en el fondo de las pupilas el cuadro de los horrores sufridos. Hombres violentos le arrastraron, sacándole de sus juegos de adolescente, de su santa inocencia, del regazo materno. El pequeñuelo con voz apagada eleva su débil protesta que recoge el piadoso poeta. Esculpida en bellos versos, trócase en acusación contra los que impusieron la faena del guerrero a un adolescente que nada sabía de la muerte.

Otero ha vivido instantes de honda emoción al lado de este pequeño ser, lleno de amor cristiano y le asistió en los momentos supremos. Ha creído posible traducir al verso esta tragedia, pero no se encuentra satisfecho de su obra y la quiere perfecta, como ha sido en su amargura la agonía de aquel muchachito. Sólo conseguimos copiar la primera estrofa del pequeño poema inacabado:

"Me he de quejar a Dios de todo esto",
dijo al sentir el hierro en la garganta,
y hubo en su rostro inalterable el gesto
de una resignación serena y santa".

Algunas tardes, en la plazoleta del Fortín, aparece la figura larga y desgarrada de Otero Reiche. Le rodeamos., pues se le quiere y su charla es grata. Siempre tiene observaciones finas en las que se desliza la nota melancólica propia de su espíritu. Es un espíritu herido por la tragedia de la guerra, pero no es derrotista, ni mucho menos. Alguien me pasa una copia de versos de Otero sobre el Cementerio de los Héroe:

Hemos quebrado ramas
del bosque verde
jugando a la esperanza
que no se pierde.

Hoy ya tendrán las tumbas
por las mañanas
grandes ramos de brumas
y de esmeraldas.

El cementerio estaba
sin una flor
quemándose en llamas
rojas del sol.

Otro día, ante nuestra insistencia, nos lee un pequeño poema primaveral con acento de infinita tristeza. La primera estrofa, bellísima, dice:

Aquí, Abril, tu prestigio ya no existe.
El Chaco es negación de flor y aroma,
Brisas, fuentes, arrullos de paloma,
son sólo evocación lejana y triste.

Su espíritu conturbado por la hecatombe, inclinado hacia el dolor de los Hospitales, lanza su pregunta al Cielo en esta estrofa. fa que alguien le roba:

Señor, ¿hasta cuándo forjarán las manos
el hierro punzante de las bayonetas,
para que se sigan matando entre hermanos
en las selvas foscas, lóbregas y escuetas?

Como un hallazgo logramos conseguir, gracias al dilecto amigo Arana, una composición que nos parece la más bella de las leídas hasta ahora, Es un fuerte cuadro del Chaco, una interpretación maestra de estas tierras cálidas donde nos vamos desangrando lentamente en busca de la victoria.

"Tierra Sedienta

"Tierra seca y salobre retostada de ocasos
que atormentan las fiebres y enrojesen las savias
de los bosques enjutos, retorcidos de angustia;
silenciosos y tristes quebrachales oscuros.

"Sed profunda, insaciable, de las pampas estériles,
sin senderos, ni huellas, sin un surco de agua,
desoladas, inmóviles, grandes sabanas grises
que atirantan los vientos trasmontados del sur.

"Madre negra, de entrañas que fecundan la vida,
con la fuerza que afluye reventando en raíces,
voluntad triunfadora del vigor ascendente
que a los campos entrega la alegría del árbol.

"Y pues nunca supiste del abrazo del río
ni del cálido espejo de la fuente sonora,
tus pupilas empañadas en la ciénaga enferma
revolcando en la arena tus histéricas bravías.

"Torturada y quemada, pobre tierra sufrida
que ahora gimes y tiembles bajo el rudo dominio
del dolor, de la ira, de la envidia, del odio
y ante el rojo deshielo de las lunas de sangre.

"Al final, cuando el grito de amenazas se rompa
y el silencio derrame sus cascadas de estrellas,
tus boscajes, que hoy arden en el trágico incendio,
quedarán para siempre con sus ramas en cruz".

Llega a nuestras manos copia de una bella estrofa titulada "27 de mayo" que, parece haber sido escrita ese día, después de los infructuosos ataques a fortín Fernández:

"Las balas atraviesan corazones de madres,
por eso se lamenta la selva misteriosa,
los vientos claman, arden las pampas y enrojese
la tierra de las tumbas al amanecer".

Pero a mí me impresiona este verso que me trae Alberto Otero, primo de Raúl, que se llama "Retirada" y que acaba de escribir:

"Caravanas de sombras
cargadas de silencio,
surgían jadeantes del seno de la tierra
y se iban alejando bajo la media luna
por las ásperas grietas
del gran bosque de acero".

Cuadro patético de nuestros repliegues, después de Toledo y después de Fernández, caravanas de sombras dispersas pero no vencidas!

JULIO 2 DE 1933

En mayo se me preguntó si aceptaría hacerme cargo de una nueva y potente estación radiodifusora que se instalaba en La Paz. La oferta era tentadora. Mi primera consulta la dirigí al General Osorio quien, con su habitual gentileza, me dijo que lamentaría mi ausencia pero que, a su juicio, podría realizar una labor más útil en la emisora que en esta Pagaduría de guerra. Estuve vacilante unos días, pues esta vida de campaña de rusticidad sin afectaciones que nos lleva a

convivir con hombres de distintas procedencias, profesiones y mentalidad pero ligados por un esfuerzo común, tiene un poder de atracción difícil de romper. Y de por medio estaban mis buenos camaradas de trabajo. Ellos también, con fraternal generosidad, me aconsejaron como Osorio. Acabé por aceptar.

De La Paz se apuraba mi regreso pero era imposible dejar las cosas interminadas. Desde luego, debía esperar a mi sustituto don Benjamín Anaya y entregarle la Oficina con todos los requisitos de ley. Ha llegado y parece excelente persona, ya no tan joven pero animoso. Nuestros papeles, estados y comprobantes están en orden apesar de la constante lucha con los cajeros de Regimiento, que aún andan de un lado para el otro y que, por depender de las Jefaturas militares, no aceptan ser suprimidos. Para nuestra Pagaduría son simples auxiliares.

Tengo suerte. El Mayor Hugo Ballivián tiene que ir de inspección por el sector norte: Camacho-Picuiba y bajar a Villa Montes. Se convino que le acompañaría. Es un gran rodeo el que haremos por lugares casi desguarnecidos. Partiremos en cualquier momento.

LA PAZ

1933

AGOSTO 20 DE 1933

A mi regreso del Chaco encontré el cargo que se me ofreciera en la nueva emisora tomado por otra persona. Se me dijo que había tardado mucho en llegar. Contrariado por este fracaso hube de volver a mi puesto de secretario de la Recaudadora Nacional, pero todo se dispó con el afectuoso recibimiento de los Directores y particularmente del Gerente Federico Gutiérrez Granier. Se habla de un nuevo llamamiento a reservistas debido a insistentes quejas de los Comandos del sudeste. No queda otra cosa que esperar.

Desde mi arribo he estado ocupado en preparar mi informe sobre las labores de Pagador que debía presentar al Gobierno, acompañando todos los documentos y comprobantes del caso. Fuí minucioso con el fin de que las autoridades no tardaran en aprobar mis cuentas. Felizmente ayer he recibido un oficio del Ministro de Guerra, don Enrique Hertzog que da por terminada satisfactoriamente mi misión cerca al General Osorio. Transcribo tres párrafos de este oficio porque constituyen mi "certificado de buena conducta" como dice Ernesto Sanjinés, viejo amigo y Director de la Recaudadora.

(fecha 18 de agosto) "En su debida oportunidad recibí su apreciable oficio de 20 de julio último, en el que se sirve elevar un informe detallado, severo y lleno de indicaciones de importancia, acerca del desenvolvimiento de sus labores en el cargo de Pagador del Segundo Cuerpo de Ejército que el Supremo Gobierno le hubo confiado.

"Después de la atenta lectura de ese documento, que demuestra una verdadera dedicación de parte suya a la misión que se le encomendó, así como la honorabilidad y corrección de su trabajo funcionario, cumplo con el deber de justicia al felicitar a usted por el patriotismo y decisión con que ha llenado su cometido, mereciendo por ello el franco aplauso del Ministerio de Guerra.

"Sus atinadas indicaciones, en lo que se refiere a la puntualidad de pagos, la correcta administración de fondos de las unidades y reparticiones militares, a los procedimientos que se debe observar con los evacuados, al sostenimiento de cajeros pagadores en los regimientos, se tomarán muy en cuenta tanto para evitar irregularidades posteriores en el movimiento económico militar, cuanto para dictar las medidas consiguientes".

Al final el doctor Hertzog me informa que pasará copia de estos documentos al señor Presidente de la República, lo que me complace mucho. Por lo menos se ha reconocido un trabajo honestamente llevado a cabo apesar de mis deficiencias. Por ahora y hasta nuevos cambios, he de publicar algunas impresiones, no tanto sobre la campaña misma sino sobre el pleito territorial y sobre algunas notorias fallas que se observa en el sudeste, como la no existencia de un puente sobre el Pilcomayo frente a Villa Montes, que ya apareció en "El Diario" el 14.

SEPTIEMBRE 12, 1933

El 5 de agosto falleció en Buenos Aires, donde fuera en busca de alivio para su grave dolencia, don Daniel Sánchez Bustamante. El sentimiento nacional ha sido de unánime y hondo pesar al recibirse la infausta noticia que enlutaba al Estado y a los centros rectores de la República.

En 1927 fuí Secretario, en Chile, del ilustre pensador y pude apreciar y admirar la sagacidad con que manejaba nuestras relaciones con Chile, sin ofuscarse por soluciones mediatas del problema marítimo y, más bien, buscando cierto desenvolvimiento en sucesivas fases —empezando por la ferroviaria— que, a su juicio, nos llevaría necesariamente hacia el deseado regreso al mar. Su tesis de Tacna y Arica para Bolivia, planteada en su célebre Memorándum de 1910, estaba siempre presente en su espíritu. Fue Bustamante un maestro en el sentido noble de la palabra, y de él aprendí mucho.

Su hijo Daniel, a su regreso de la capital argentina, me dió a leer el último pensamiento de su padre, escrito en una pequeña hoja de papel, que el patricio escribiera poco antes de morir. Pude copiar el postrer mensaje del Maestro de la Juventud y lo publiqué en "El Diario" del día 9 con este breve comentario:

"El testamento de Bustamante"

"Vencido ya el cuerpo por la cruel dolencia y cerca a quedar exánime, en el segundo fatal que para todos existe, inconmensurable como la muerte misma, el espíritu excelso de Daniel Sánchez Bustamante, diáfano y clarividente como nunca lo fuera, quiso perpetuarse en postrer recuerdo de amor y de solicitud para la patria a la cual sirviera con ejemplar abnegación.

"Y trémula la mano que escribiera páginas de honda filosofía, nublada la vista, agitado el débil organismo por el trance de agonía, aún pudo elevarse, divinamente puro, el último destello de la privilegiada inteligencia; y, venció el espíritu a las ocultas fuerzas de la muerte. En breves palabras, apenas delineada, el patricio estampó su testamento cívico que debemos comprender y cumplir, religiosa y virilmente, y que hoy reproducimos con fidelidad:

"DESEO QUE SOBRE TODO, LA UNION DE LOS
BOLIVIANOS SEA COMPLETA PARA ARROSTRAR
CON EXITO LAS VICISITUDES ACTUALES, EXITO
QUE YO COLUMBRO DESDE MI LECHO DE AGONIA".

NOVIEMBRE 27 DE 1933

El día 23 recibí carta del señor Presidente de la República invitándome a ocupar la cartera de Fomento y Comunicaciones en un Gabinete que presidiría don Carlos Calvo, Ministro de Relaciones Exteriores y Culto. Aunque el doctor Salamanca me pedía "servir al país en las difíciles circunstancias de este momento", no pude convencerme a mí mismo que yo era precisamente la persona llamada a dar mayor prestigio y fuerza al nuevo ministerio "en las difíciles circunstancias del momento".

En mi respuesta al Primer Mandatario exterioricé este criterio en las siguientes frases:

"...en esta hora grave para la República, indúceme a juzgar de necesidad la organización de un gabinete que represente a las más altas capacidades del país por su probada experiencia, sus virtudes públicas y su prestigio, con el fin de precautelar eficazmente, bajo la sabia dirección de su ilustre Primer Mandatario, los sagrados intereses de Bolivia y alentar aún más la prosecución de sus nobles esfuerzos y la perseverancia en los sacrificios que, generosamente y sin vacilaciones, viene realizando en defensa de su integridad territorial".

Visité al señor Presidente ese mismo día 23 porque así me aconsejaron hacerlo y con profundo respeto repetí mis puntos de vista, agregando que en Fomento y Comunicaciones debería ir un técnico, un entendido en esta materia tan especializada. El doctor Salamanca, al aceptar mis excusas, me dijo que en Bolivia éramos muy pocos y que no podíamos pretender contar con capacidades especializadas para cada función. Tenía, sin duda, razón.

Era la segunda vez que rehusaba un cargo a don Daniel Salamanca, si recordaba que en 1931, antes de regresar al Paraguay, me había ofrecido la Prefectura de La Paz. No deseaba abandonar Asunción, pues creía sinceramente que mi labor ahí sería más útil que en el gobierno departamental que se quería confiarme.

Esto de los Gabinetes de unión nacional, era tema que se repetía a menudo pero que no se lograba constituir por culpa de pequeñas pasiones que anidaban en hombres de gobierno como en los de oposición. Pero yo creo que se debe insistir y presionar para que ahora se alcance este anhelo de toda la ciudadanía.

Fortín Ballivián y Samayhuate

1934

FORTIN BALLIVIÁN

ENERO 13 DE 1934

Me encuentro nuevamente en el Chaco, al año de haber llegado por vez primera a estas tierras. Arribé ayer en viaje que se juzga rápido para un reservista, pues salí de La Paz el viernes 5 del presente. Mi pasaporte militar, otorgado por el Estado Mayor de Retaguardia, dice que el reservista L.F.G. marcha a Fortín Ballivián a ponerse a disposición del Comando Superior.

He venido de soldado con paga de 8 bolivianos mensuales y rancho de Suboficial. Como no soy reservista instruído por haberme encontrado estudiando en el exterior el año de mi clase militar (1919), el Gobierno ha creído que podía ser útil cerca al Comando. Es posible. Soy el único plenipotenciario del servicio exterior movilizado que ingresa al Chaco de soldado y esto halaga mi pequeña vanidad.

Hago mi obligada visita al Comandante en Jefe. Peñaranda es un hombre de recia contextura física; parece tallado en madera. Tiene una sonrisa agradable. Cargado de espaldas, de frente baja, moreno, no ostenta ningún rasgo fisonómico prominente que dé personalidad definida a su rostro. Su personalidad está, sin duda, en su coraje de soldado.

Comprendido en el llamamiento de la clase militar de 1919, rehusé ser declarado en comisión para atender funciones diplomáticas cerca a la Comisión de la Liga de las Naciones, en Montevideo y Buenos Aires, a pesar de la bondadosa porfía del Canciller don Carlos Calvo, a quien serví con absoluta dedicación. Renuncié también al reconocimiento médico, alegando que ya había vivido en el Chaco el año anterior y que nunca me había sentido mejor. De puro entusiasmo así también resolvieron varios amigos: Roberto Tavolara, Ernesto Siles, Julio Galindo, Gastón Urioste, Mariano Deheza y otros.

Vencido don Carlos Calvo por mi resolución de regresar al Chaco, me expresó que con la venia del Presidente se me confiaba la misión de organizar, cerca al Comando en Campaña, un servicio de informaciones para la retaguardia. Honrado acepté el delicado cometido bajo expresa condición de que fuese plenamente del agrado del Comando Superior, pues mi destino debía ser la Batería Ríos, como se llamaba en el cuartel de Miraflores a la unidad que venía seleccionando el Mayor Ríos, artillero ya de renombre, con quien hice inmediata amistad.

Puse estos antecedentes en conocimiento del General Peñaranda, quien había recibido noticia sobre el particular del Estado Mayor. No hizo observación y tampoco pareció interesarse mayormente en los servicios informativos que pudieran establecerse. Al final me despidió con la orden de que me pusiera al habla con el Tcnl. Oscar Moscoso, Jefe de Estado Mayor en Campaña.

Primera impresión: un tanto desalentadora. Esto no es Jayucubás, bosque hermoso y tranquilidad de caserío perdido en la inmensidad del Chaco. Aquí fiebre de movimiento, jerarquías y vanidades que lastiman la convivencia, esa convivencia igualitaria del II Cuerpo de Ejército;

putrefacción de matadero cerca al Fortín que a ciertas horas hace pesada la respiración, hospitales, oficinas, etapas, correos, intendencia, comandos, comedores, barracones y casuchas, un mundo en actividad, calor sofocante cerca al río barroso. Arenales y charcos, ninguna vegetación digna de ese nombre.

Es preciso armarse de paciencia; no faltarán los amigos pero no conozco a los Jefes de este Cuartel General. Tengo buenas referencias de Oscar Moscoso. Ha vivido en Francia y en los Estados Unidos y creo que tiene amplitud de visión y comprensión humana.

Con Julio Galindo, con quien he llegado, no estamos aferrados a estos servicios informativos. No es idea nuestra ni hemos pedido organizarlos. El asunto es interesante y acaso urgente, pues la retaguardia vive a oscuras de lo que acontece en el Chaco y sólo se ilustra por los Comunicados propios del Comando en Campaña, a veces contradictorios, y en pugna constante con los Comunicados paraguayos. Se necesita la explicación, el comentario, la crónica. La tarea es importante y delicada y me parece que debería formarse un grupo de escritores cerca al Comando de Peñaranda y de las Divisiones. Pero, si los Jefes juzgan innecesario este servicio, estamos libres de compromiso para dirigimos a la Batería Ríos. Esa fue la condición que pusimos, en La Paz, Galindo y yo, para venir a disposición del Comando Superior. En cuanto a cierta labor diplomática de que me habló don Carlos Calvo, es cosa discutible, pues no sé hasta qué punto debe intervenir el Comando, a menos que se trate de informaciones periódicas sobre la situación militar y moral en el Chaco que sirva de orientación a la Cancillería. Me parece que con Moscoso hemos de poder entendernos.

ENERO 19 DE 1934

El Tcnl. Moscoso, con rapidez, acoge favorablemente la idea de crear una Oficina de Informaciones cerca al Comando. En dos entrevistas que tuve con él esboza el campo de las labores de esa Oficina, cuidando especialmente de que las informaciones no sean alteradas en La Paz.

De nuestras conversaciones infiero dos cosas: a) el Comando parece ver en la Oficina de Informaciones un medio de realzar los esfuerzos del Ejército en Campaña, cosa perfectamente natural. Esto puede tender a difundir cierta propaganda de algunos intereses políticos entre militares; b) se advierte el temor de que el Gobierno, corrigiendo las Informaciones del Comando, empequeñezca aquellos esfuerzos y haga, así indirectamente, su propia propaganda.

Oscar Moscoso me hace buena impresión. Es inteligente y es decidido y muy cordial. Creo que seremos buenos amigos. Elude mis preguntas cuando le hablo de Laguna Chuquisaca, pero se le ve dolido por las acusaciones que se le hicieron, culpándole de la guerra.

La tarea que me espera es delicada. Pienso en mi buen compañero de Asunción, Eduardo Anze Matienzo, ahora Secretario de Legación en Buenos Aires, indudablemente más útil en la gran urbe que en estos tuscales del Chaco. Más tarde, tal vez, pueda venir.

Convenimos con Moscoso en que mis informaciones tomarán la forma de crónicas de un corresponsal en campaña, de "El Diario" u otra agencia noticiosa. Me entrega copia de la carta que el General Peñaranda envía al Canciller, dándole cuenta de la creación de la "Oficina Especial de Informaciones de Prensa" dependiente de la Sección II del Comando Superior, cuya labor, "a más de otras funciones", será la de "redactar crónicas" para su publicación en la prensa y difusión por radio, según el caso.

Las crónicas han de ser enviadas al Departamento de Propaganda del Ministerio de Relaciones Exteriores. La nota a don Carlos Calvo agrega que "vería con agrado" que los trabajos de la Oficina de Informaciones "fuesen publicados sin modificaciones, una vez que pugnaré por interpretar el pensamiento del Ejército". Por último, la carta del General Peñaranda al Canciller recomienda que se guarde reserva en cuanto al origen de las crónicas e informaciones y que la prensa las publique como de su exclusividad, advirtiendo que este material será debidamente revisado por el Comando.

Veremos qué sale de todo esto. Lo evidente es que hay necesidad de hacer propaganda de las cosas del Chaco, hombres y sucesos, dentro de ciertas líneas acordes con los planes y objetivos del Comando Superior, lo que, desde luego, podrá no ser de acuerdo con mis propias

ideas. Esto, desde luego, no impedirá que aquí, como en Jayucubás, vaya llenando cuartillas de mis personales apuntes que, acaso más tarde, formarán un cuaderno de recuerdos.

Me parece que mi primera crónica debe ser un reportaje al Comandante en Jefe del Ejército en Campaña, que procuraré aderezar lo mejor posible.

ENERO 20 DE 1934

Con esta fecha entrego a la Sección II, para su envío a La Paz, mi reportaje al General Enrique Peñaranda. Es una pieza de sana propaganda que ensalza la figura del Comandante en Jefe del Ejército en Campaña y la presenta con vigor ante el público de retaguardia que no la conoce.

La publicación de esta crónica, como de otras que vendrán, corre a cargo del Ministerio de Relaciones Exteriores, según lo convenido. Yo preferiría enviarlas directamente a "El Diario"; no respondo, pues, si serán publicadas cumplidamente.

En la entrevista con el General Peñaranda, hay tres verdades que éste me dice y subraya con fuerza y que valen por todo el reportaje, necesariamente lleno de buenos elogios y de frases de circunstancia:

1) La naturaleza de la guerra chaqueña revela que Bolivia posee grandes recursos morales y materiales que no hubiésemos sospechado, y de ello debemos enorgullecemos por lo mismo que siempre hemos alimentado la idea de nuestras deficiencias.

2) ante las desgracias y los camaradas prisioneros, el General tiene un rasgo de nobleza cuando me declara que el Ejército no prejuzga sobre los hechos acaecidos y cree que en las camaradas vencidos por la adversidad hubo, en todo momento, abnegación y patriotismo y considera que la Nación piensa de igual modo, entre tanto no se haga la historia razonada y crítica de la campaña.

3) al final, reitera lo que ya me había dicho en anterior entrevista cuando me preguntara cómo andaba el ánimo en la retaguardia, y lo hace con vigor que me sorprende, pues parece que en el hombre hay una duda. Únicamente pedimos al pueblo boliviano —me repite una vez más— que no se arredre ante las variantes que ofrece la guerra, pues el valor así como el triunfo están en la perseverancia de todos y en la férrea voluntad de no ceder por duras que sean las exigencias y el sacrificio.

No sé si estoy equivocado, pero Peñaranda me parece la sencillez y la buena fe personificadas y un soldado de verdad por lo que de él me cuenta Oscar Moscoso.

FEBRERO 8 DE 1934

Pasajero en un camión, dando tumbos y avanzando penosamente por el arenal hacia el cercano hospital de sangre, viajé en compañía de un Subteniente recién ascendido, cuyo nombre por de pronto me es desconocido. Moreno de rostro, enjuto y alto, despierta mi curiosidad por algunas observaciones que hace sobre cosas del Chaco. La conversación se traba con aquella superficialidad propia de quienes hacen juntos una jornada y saben que después no volverán a encontrarse. De súbito, por unas palabras tuyas aprendo que mi acompañante estuvo en el cerco del Km. 31 y salió de él, luchando en el monte, con los bravos que conducía y alentaba el entonces Coronel Peñaranda. Estoy al lado de un héroe y me siento pequeño al verlo tan sencillo, casi desaprensivo como si la aventura vivida hace poco, no le hubiera afectado.

Afino el ingenio y me vuelvo inquisitorial y apuro el tren de confidencias de mi vecino que no es de los habladores ciertamente, pero siempre es grato para las almas simples decir lo que sienten de un trozo de su vida que las enorgullece. Sus facciones cobran animación, sin duda al recuerdo de aquellos álgidos momentos de la epopeya de diciembre. Me cuenta, pues, lo que su memoria ha retenido de aquella jornada. He procurado recordar cuidadosamente sus palabras que ahora resumo, aligerándolas de mis preguntas.

"Estaba en Muñoz —empieza mi confidente— a órdenes del Comando Superior, cuando recibí instrucciones de llegar hasta el Hospital Viejo, detrás de Alihuatá. Desgraciadamente no pude llegar hasta allí; el primer cerco paraguayo abarcaba ya una gran extensión y era fuertemente defendido.

"Desde la avanzada de observación en la que me encontraba se oía claramente el combate entre nuestras tropas encerradas y los sitiadores. Las fuerzas apostadas en el Km. 31, llenas de ardor, habríanse lanzado contra las líneas paraguayas de rodeo si a su vez, no se encontraran cercadas por gruesos núcleos de combatientes enemigos.

"Con mi fracción de la Guardia del Comando del I Cuerpo y una ametralladora pesada, se me ordenó que resbalase hacia el ala derecha del Km. 31. Retrocedí hasta el Km. 22 donde se hallaba mi Coronel Peñaranda, sereno como siempre, y de ahí, por una picada, pasé al puesto de Comando del Coronel Frías. Seguí con mis hombres hasta Campo Vía; allí encontré otras fracciones en lucha con los paraguayos. Nuestros esfuerzos tendían a neutralizar el avance flanqueante del enemigo, cuyo tercer cerco tomaba ya el Km. 22.

"En estas circunstancias, sólo cabía una resolución que el Comando adoptó de inmediato: romper el asedio paraguayo a costa de cualquier sacrificio. Así se hizo a Las fuerzas del Km. 31 se replegaron combatiendo y en orden, hasta el Km. 22 y, entretanto esto ocurría, nosotros, atrincherados en Campo Vía tratábamos de impedir que la maniobra envolvente del adversario, por nuestra derecha, llegase a su término.

"La sed era nuestro mayor tormento. Pero no desfallecimos y nos sostenía la palabra serena y alentadora del General Peñaranda y del Coronel Frías, infatigables en recorrer la picada que del Km. 22 va hasta Campo Vía. Muy largas horas pasaron en estos afanes.

"Organizada la retirada, a 7 kilómetros del Puesto de Comando del Cuerpo, iniciamos la maniobra decisiva, habiéndonos tocado marcar el rumbo por el tupido monte a los hombres de la Guardia del Comando. Íbamos por el flanco derecho del camino Saavedra-Alihuatá, abriendo senda a golpe de machete, "pecheando" como decimos. Después de la más dura caminata que me ha tocado hacer, chocamos con la tercera muralla paraguaya.

"Creímos advertir un pequeño claro en la línea de fuego del enemigo y, decididamente, avanzamos hacia él, seguros o por lo menos resueltos a abrir paso a los destacamentos que venían detrás. Esa era la orden expresa que habíamos recibido del General Peñaranda.

"Fue una suerte la nuestra de tropezar con dos grandes charcos de agua antes de dar el empuje final. Me metí de cabeza en el agua fangosa y bebimos todos hasta saciarnos. El General nos dió alcance. Iba a la cabeza de sus tropas, dando ejemplo de valor. Nunca, como entonces, pude apreciar mejor la fuerza de la serenidad. Nuestro General mantenía la moral de todos; parecía incansable y mucho bien nos hicieron sus palabras de aliento.

"El choque con la línea paraguaya no nos detuvo. Existía el claro que presintíamos, pero fuimos incesantemente hostigados por los flancos. Al fin salimos del cerco y seguimos nuestra marcha en grupos ordenados hasta el Kilómetro 7. El peligro inmediato había desaparecido. En este punto, el General Peñaranda, en camión, se fue en dirección a Saavedra y volvió poco después con víveres y agua".

—" ¿Cuántos soldados —indago— rompieron el cerco?".

—"No sabría decirle —me responde— porque se dan distintas cifras, pero creo que se salvaron unos dos mil hombres, aunque muchos en condiciones lastimosas y debieron ser evacuados".

Su elogio es para todos los Jefes y Oficiales, pero su admiración va hacia el General Peñaranda y el Coronel Frías. Me mira ahora con algún recelo, después de tantas preguntas y rodeos que hago para sacarle algo coherente. Su charla se vuelve llana cuando tocamos otros temas y tiene gracia cuando me cuenta las peripecias de los mostrencos o las sorpresas de la naturaleza chaqueña. El hombre es tupizeño y entró al Chaco hace más de un año; se siente contento porque ahora es "alguien", como él dice, con su grado de Subteniente, merecidamente

ganado. Pienso que de estas almas sencillas y firmes nacen los héroes de la guerra, pues el mundo de la duda y del pesimismo les son desconocidos.

Una última sacudida y estamos en Puesto F., pesados de tierra, con hambre y con sed. Mi Subteniente va a organizar un pequeño destacamento de patrulleros con muchachotes llegados del norte que conocen la selva. Nos hemos hecho amigos en la incomodidad de la cabina de un camión de municiones, junto a un volante impasible, aymara monosílabo —asido con furia al manubrio— cual condenado que pugna por liberarse, en cada enfangada y en cada arenal, de la tiranía de estos caminos chaqueños.

FEBRERO 16 DE 1934

EL HOMBRE EN LA GUERRA DEL CHACO

Un estudio de Lindolfo Collor

Alguna vez la prensa ha tratado, sin profundidad, el tema sobre el factor racial en la guerra del Chaco, anotando interesantes puntos de vista que se cree advertir en el choque de dos Ejércitos, diferenciados por factores étnicos.

El tema se presta, indudablemente, a los más variados comentarios y cabe volverlo ameno con un aderezo de imaginación un escritor brillante puede impresionar en favor de su tesis o, por lo menos, introducir la duda en quienes no conocen, en toda su objetividad, esta guerra chaqueña.

De otro lado, una cosa es elocubrar premisas y deducir aseveraciones a base de enunciados generales de sociología, en la tranquilidad del gabinete, lejos, muy lejos de la tragedia bélica, y otra, diametralmente opuesta, la de levantar una sumaria observación sobre el aspecto indicado, cerca al combatiente, frente al enemigo, en los trasfondos de este Chaco, tan vehementemente apetecido por la ambición ajena.

El ilustre escritor brasileño y político de nuevo cuño, Lindolfo Collor, a quien siempre hemos admirado en sus divagaciones por el terreno de la sociología política, ha fundamentado una tesis sobre las causas de la que llama "milagrosa resistencia paraguaya" en diferenciaciones etnogenéticas y de unidad racial que cree advertir entre los dos Ejércitos, enfrentados en estas llanuras del sudeste.

La debilidad boliviana proviene, a su entender, de la heterogeneidad racial existente en el país al lado de la "admirable" homogeneidad propia del Paraguay, y pone al elemento blanco —Olvidándose de que todos somos de sangre cruzada— como a un ser privilegiado, "entre los más inteligentes de América", al margen del marco social, cual semi-dios perdido en las nubes de su grandeza!

Collor ha estado en el Paraguay; de ahí se desprende más de una afirmación suya. Lástima es que no haya visitado Bolivia para completar el cuadro de sus estudios. No creemos que haya "parti pris" en este celebrado pensador; él está por encima de prejuicios, pero sí, indudablemente, carece de material suficiente de observación directa para barruntar una tesis que, luego, la apuntala en hechos falsos.

El corresponsal conoce a los guaraníes, ha convivido entre ellos, y no encuentra una razón de raza para explicar los éxitos de momento de las armas paraguayas. Hay en el guaraní un instinto de la selva, porque en ella vive, que le da superioridad sobre el hombre de los altiplanos, pero no es cuestión de raza sino de **habitat**, que no produce razas pero sí modos y formas de vida. Esa condición de selvático del guaraní le permite burlar la persecución y le guía por entre la maraña de maderos y espinos hacia las escondidas aguadas y hacia los rumbos de la salvación, en la fuga.

El Paraguay ha ido a fondo, desde el primer cañonazo, a la aventura bélica. No creyó, como Bolivia, que la acción mediadora tuviera éxito o no la deseó. Es decir, no la quiso porque tuvo alguna poderosa seguridad para eludirla y, desde la iniciación, confió a la fuerza la dilucidación de un pleito que Bolivia, en vano, buscaba someter a los procedimientos usuales del derecho.

Esta desigual manera de apreciar los alcances originales del conflicto, constituye el factor del éxito que obtuvo el Paraguay. No hay superioridad racial en la "milagrosa resistencia paraguaya", como cree Collor, ni la convivencia de quechuas, aymaras y cambas, en el Chaco, produce entorpecimientos en la acción militar boliviana.

El escritor brasileño, por mala información, afirma un dislate cuando anota que el Ejército de Bolivia mantuvo, en todo momento, enorme superioridad numérica y de fuego: Boquerón Kilómetro Siete, Toledo y Alihuatá, entre otros, le prueban lo contrario. Y esta inferioridad casi constante de los bolivianos frente a los paraguayos, explicable por imprevisión más que por logística, no es cuestión de raza sino de distancias y de conducción política.

La teoría biogenética de Collor no tiene aplicación en la guerra del Chaco. No pelean en el sudeste el incario contra el nomadismo guaraní. Factores extraños a la guerra misma, influencias y presiones económicas, tramoyas de la diplomacia secreta y su condición de penuria pudieron, en otros tiempos, reducir los derechos bolivianos, pero en sentido comparativo y estrictamente militar el país no es inferior a otros.

Lindolfo Collor, a base de observaciones erradas, se ha limitado al factor hombre en su análisis de esta guerra. Discretamente, como buen político, ha olvidado el enjambre de intereses, de crudo materialismo, de hegemonías veladas y de otras fuerzas que actúan en torno a un conflicto, cuya solución estaría ya alcanzada si sólo se tratase de enfrentar —sin ajenas intromisiones— a los dos Ejércitos que hoy combaten en el Chaco.

El Sargento de Ilabaya

MARZO 18 DE 1934

Viene a buscarme el Tcnl. Moscoso. He terminado mi correspondencia. Son las 6.30 de la tarde. Empieza un surazo. Salimos a caminar a la orilla del barroso Pilcomayo.

Me habla del momento grave que vivimos y de la penetración paraguaya entre el II Cuerpo y la 9a. División, por una picada que va hacia Villa Montes. Es todo un Cuerpo de Ejército enemigo, al mando del Tcnl. Rolón, el que viene a paso rápido por esa senda y tendremos que hacerle frente con sólo 2.000 hombres. Si la arremetida es fuerte, será menester ordenar un repliegue general hasta Cururenda!

El Comando estudia la posibilidad de un repliegue, desde ahora, ordenado y táctico, antes que dejar las cosas para hora undécima y exponer al Ejército a verse arrollado. Actualmente se cuenta ya con algo en hombres pero no todavía en armamentos. "Estamos luchando con pistolitas" exclama Moscoso. Dentro de unos dos meses recién estaremos armados.

El actual Comando ha recibido un Ejército de 6.000 hombres, deshecho, hambriento, sin armas. Hoy la reacción es admirable, pero materialmente aún no nos hemos repuesto del golpe de diciembre. Tenemos otros 25.000 soldados en preparación y suficiente armamento en camino. ¿Podemos arriesgarlo todo ahora, en pésimas condiciones? O tal vez, ¿no es mejor retroceder oportunamente para ganar tiempo y dar nuestros golpes certeros, en el momento propicio?

El repliegue de Muñoz pudo haberse llevado de golpe hasta Cururenda, pero el Paraguay hubiese avanzado muy rápido. En cambio, nuestras retiradas sucesivas han demorado dos meses la marcha del enemigo. Intentaremos ahora lo mismo, pues lo que hoy precisamos es ganar tiempo; tiempo para armarlos y para concluir el entrenamiento de los nuevos regimientos. Pero aquí viene la gran interrogante: el país, posiblemente, hubiese soportado un gran retroceso hasta Cururenda, pero la seguidilla de retrocesos parciales ha despertado su desconfianza; cada sucesiva retirada causa alarma. En consecuencia, lo que inquieta al Comando (Coronel Ángel Rodríguez y Tcnl. Moscoso) es la forma en que la retaguardia y el Gobierno recibirían la noticia de un nuevo y gran repliegue. Moscoso se pregunta si el Gobierno tendrá suficiente prestigio y autoridad para imponer confianza frente a un fuerte retroceso. Algunos Jefes temen revueltas o graves disturbios políticos. Yo expreso mis dudas de que Salamanca acepte esta nueva retirada.

Oscar Moscoso me declara que pedirán al Gobierno una orden expresa para aferrarse a las actuales posiciones donde el Ejército podría sufrir serios contrastes. La picada paraguaya prosigue rápidamente; está a igual distancia del camino a Camacho y a Tezen. Ochenta kilómetros

de bosque aún se interponen y no tenemos gente ni medios para interceptar; tan sólo la cortina de 2.000 soldados, la Brigada de Walter Méndez, que de Cururenda ha salido a su encuentro.

El país cree ya que el Ejército está repuesto y no comprenderá explicaciones técnicas que digan lo contrario. A esto agregó yo que no debe olvidarse que el país ha perdido mucho de su fe en el Ejército y en el Gobierno y que un serio contratiempo más puede producir desastrosas consecuencias, sobre todo en el orden moral, frustrada toda esperanza de victoria. Es, pues, preciso medir serenamente los pasos que se deba dar y no omitir sacrificios, siempre que éstos no se juzguen absolutamente estériles.

En cosas de estrategia y de logística no me toca a mí opinar. Indico sí la conveniencia de consultar el criterio de todos los Comandos y de conseguir la aprobación del Gobierno. La medida es demasiado grave para que descansa sobre las espaldas de dos o tres hombres por elevado que sea su rango. Contando con el punto de vista de los Comandos y la aquiescencia del Gobierno para el nuevo repliegue, es posible, y solamente así, efectuarlo sin grandes conmociones y lanzar sobre el país una activa campaña para mantener su moral y continuar la guerra sin desfallecimientos.

Me atrevo, sin embargo, a expresar mi hondo desengaño por no ser posible atajar el avance de los paraguayos y cortarles la retirada por Camacho o por Tezén. Pero parece que las distancias son enormes; que la 9a. División no está lista y que el II Cuerpo tiene que resguardar el camino a Ballivián, frente a otro Cuerpo paraguayo más numeroso.

Nuestro Mame será, pues, más atrás!

Quedamos en seguir conversando y, como es natural, me pongo enteramente a las órdenes del Jefe y amigo para todo trabajo que sea menester ejecutar, En la noche, el Coronel Rodríguez, Jefe de Operaciones, y el Tcnl. Moscoso celebrarán conferencia con el General Peñaranda. Hasta tanto, quedo yo a la expectativa y en tremenda desazón.

MARZO 28 DE 1934

Nos informó ayer el Jefe de Estado Mayor que el Regimiento 18° de Infantería, "Ismael Montes" ha sido copado en Cañada Tarija (Cañada Grande) a 120 kilómetros de Picuiba. Nos dice que tiene esta información por un parte del General Estigarribia, captado anoche por nuestro servicio de radio-comunicaciones. Habla ese parte de la captura de 950 hombres y del suicidio del TcnL Bavía, cuyo cadáver no ha sido hallado. Añadió Oscar Moscoso que a ese Regimiento estaba confiada única y exclusivamente la misión de observar los movimientos del enemigo y de replegarse al menor contacto con éste, sin ofrecer resistencia, debiendo tener listas, atrás, varias líneas defensivas, hasta llegar a 10 O 30 kilómetros de Picuiba donde harta, con otras unidades ya en preparación, la gran resistencia.

Estas órdenes no fueron cumplidas; el Regimiento 18° trabó combate durante dos días, sin retroceder y sin cuidar de sus alas seguramente. Estuvo allí, sin embargo, el Jefe de Estado Mayor de ese grupo de fuerzas (Mayor Belmonte) y todo parece indicar que alentó a Bavía en esa acción, imprudentemente comprometida, olvidándose del plan de operaciones acordado.

Más tarde Moscoso nos encargó a Villegas y a mí redactar el comunicado del Comando Superior sobre esta nueva desgracia, expresando la verdad de lo acontecido y terminando con un nuevo llamamiento al patriotismo del país.

En la noche hicimos el siguiente proyecto: (Principio del comunicado) "Fuerzas contingentes enemigas atacaron (fecha) al Regimiento 18° de Infantería, adelantado en observación en el sector de Cañada Tarija. Ante nuestra enérgica resistencia a los ataques frontales, el enemigo, apoyado en su superioridad numérica, logró rebasar nuestras alas, capturando a la mayoría de esa unidad".

(Punto de vista) "La explicación que el país exigirá "de este contraste, reñido con la más elemental previsión, no podrá en manera alguna, ser satisfecha con subterfugios, ni será posible, adoptando ese errado temperamento, pedir a la opinión nacional que mantenga inalterable su confianza y su apoyo al Ejército y al Comando Superior, en momentos en que se procede a nuevos

llamamientos militares y se proyectan operaciones de repliegue aconsejadas por motivos tácticos, no siempre fáciles de explicar.

"La responsabilidad de esta acción y la de futuras operaciones, recaerá sobre el Comando Superior si ahora se limita a dar una información escueta que no aclare las verdaderas razones de este ingrato suceso.

"Siendo evidente, como parece, que el Regimiento 18° de Infantería, fue destacado a Cañada Tarija en misión de observación, con instrucciones especiales de replegarse sin ofrecer combate, el hecho de haberse empeñado en una resistencia contraria a su cometido, indica, a nuestro criterio, que el Comando de la 9a. División no ha hecho cumplir las determinaciones tácticas del Comando Superior, exponiendo a esa unidad a ser copada.

"En consecuencia, juzgamos que la única explicación que debería darse al país, en esta oportunidad, es la que antecede, deslindando claramente las responsabilidades del fracaso acaecido. Solamente a continuación de una explicación basada en la fiel realidad del acontecimiento, puede el Comando Superior hacer un vibrante llamado al patriotismo boliviano que, sin lugar a dudas, responderá fervorosamente".

El Tcnl. Moscoso acepta nuestro "Punto de Vista" y nos dice que no cabe otra solución que, al deslindarse responsabilidades, se proceda al cambio de Comando de la Novena División. Queda, pues, aceptado el Comunicado en su primera parte, y el resto (la realidad y las responsabilidades) deberá ser examinado y consultado con el Ministro de Guerra (J. A. Quiroga) que se encuentra actualmente acá.

La mejor política es la que no oculta la verdad. Por otra parte, es infantil suponer que el Chaco es un cofre cerrado o hermético, como dice Villegas; las noticias se filtran o corren incontenibles del frente a la retaguardia, con rapidez sorprendente. Nada peor entonces que tapar lo ocurrido o desfigurarlo. Al poco tiempo se sabe la verdad y la opinión no perdona que se le haya engañado. Moscoso, que es más el amigo que el Jefe, comprende nuestro punto de vista. No sabemos, sin embargo, hasta qué grado podrá imponerse, pues en el Comando Superior hay diversidad de pareceres y, por qué no decirlo, de pasiones y de ambiciones, que no siempre facilitan los entendimientos y la exposición sencilla de la verdad, así como la adopción de sanciones por duras que sean.

MARZO 29 DE 1934

A primera hora en la mañana, el Tcnl. Moscoso nos devuelve nuestro proyecto y nos encarga redactarlo en forma de Comunicado del Comando Superior, sobre la base del cambio de Jefatura ; de la 9a. División (Coronel Francisco Peña y Mayor Belmonte). Poco después Alberto de Villegas y yo le presentamos el siguiente proyecto:

"Contraste experimentado por Regto. 18° de Infantería, sector Cañada Tarija, debió se a incumplimiento instrucciones expresas del Comando Superior sobre la misión fuele claramente señalada, evidenciándose que Comando 9a. Div. se apartó de las determinaciones tácticas de este Comando Superior, exponiendo imprudentemente a aquella unidad ante concentración de fuerzas superiores enemigas.

"En consecuencia, como primera medida, el Comando de la 9a. Div. acaba de ser cambiado.

"El Comando Supremo del Ejército en Campaña afirma su resolución de hacer cumplir sus directivas, procediendo con rigurosa severidad en caso de cualquier infracción a sus determinaciones, encaminadas a mantener la unidad de acción del Ejército.

"Ninguna adversidad podrá quebrantar la moral de Jefes y Oficiales y soldados, dispuestos como siempre a los mayores sacrificios en defensa de la Patria.

"El Ejército tiene la certeza de que toda la Nación sostiene y apoya resueltamente al noble empeño de sus armas, uniendo su fervoroso civismo al esfuerzo denodado del combatiente.

Convencido de esta identidad de sentimientos, su acción decidida impondrá al conflicto la solución de derecho y de honor que exige el pueblo boliviano".

Moscoso acepta nuestro proyecto después de un cambio de impresiones, y queda en someterlo a consideración del General Peñaranda. Nuestra tarea ha terminado con la presentación del proyecto. No nos incumbe la discusión de puntos de vista políticos o militares. No formamos parte de consejos o comisiones, pero debemos reconocer que la comprensión del Tcnl. Moscoso nos hace sentirnos útiles en este Comando por lo menos en el actual momento.

MARZO 30 DE 1934

Segundo Viernes Santo en el Chaco. Cuántos cambios desde el año pasado; cuántas esperanzas fallidas; cuantos caídos para siempre!

Los dos adversarios invocan al Dios de los Ejércitos. Hasta el Cielo lleval1 los hombres su querella!

Viento sur intenso, frío y llovizna, tristeza en el paisaje; soledad entre tantos.

ABRIL 15 DE 1934

Desde la madrugada del viernes 13, cobró intensidad inusitada el fuego de hostigamiento del enemigo contra nuestras fuerzas del sector Conchitas. Los encuentros de Patrullas de días anteriores denunciaban, por su frecuencia, la tenacidad con que el adversario probaría enfrentar la resistencia boliviana. La sospechosa calma de la noche del jueves 12 hacía aún más patente la intención del enemigo. Era un silencio tras el cual se preparaba la tormenta. Pero los nuestros esperaban.

En los primeros albores de aquel viernes 13, rompiendo la quietud del paisaje lleno de brumas de otoño, los cañones enemigos arrojaron, durante horas, su pesada carga sin que se moviese un solo de nuestros hombres ni se desviase su mirada escrutadora y vigilante. La preparación de artillería y de morteros llegaba a su término y vendría el ataque que los nuestros habían jurado recibir sin ceder un palmo de terreno.

Y así fue. Por tres veces consecutivas, durante el día, lanzóse la masa guaraní sobre nuestras bayonetas y por tres veces fue destrozada y barrida por el huracán de nuestros fuegos cruzados.

De inmediato, como siempre sucede en iguales trances, prodújose el pequeño "no man's land" entre unos y otros combatientes y ahí iban quedando, en montones informes, muertos y heridos paraguayos que nadie habría podido recoger. Un oficial paraguayo, en desesperada carrera, vino a morir muy cerca a una posición nuestra y ahí quedó, protegido su cadáver por una ametralladora enemiga que, por defenderlo, lo iba despedazando poco a poco en su empeño macabro de no dejar que se le acercasen los nuestros.

Los ataques paraguayos se renovaron en la noche del viernes. Dos embestidas violentas vinieron a estrellarse contra la inmovible resistencia boliviana. El "no man's land" aumentaba en trágicas dimensiones y sobre los caídos de la tarde tropezaban y rendían la vida las nuevas olas de asalto.

El fuego de armas automáticas y de morteros no cesó en el transcurso de esa noche. Con la claridad opaca del amanecer lluvioso del sábado 14, el enemigo se recogió a sus posiciones y hubo silencio en el frente.

Veinticuatro horas continuas de lucha, envueltas en el estruendo de artillería, morteros y ametralladoras, se apagaron con la derrota paraguaya, testimoniada por sus muertos abandonados en ese campo de exterminio. Pero aún volvería el enemigo a probar nuestra reacción violenta. En altas horas de la noche, escucháronse con nitidez el incesante ruido de camiones tras las líneas enemigas, lo que revelaba que ahí se agrupaban refuerzos.

Rehechos sus efectivos diezmados y tras breve descanso, sus cañones señalaron, de pronto, el galope de una nueva ofensiva, pero la preparación de artillería indicaba que la lucha se empeñaría en otro punto del frente. En nuestros puestos, todo estaba preparada y la moral combatiente florecía lozana como nunca.

Y vino la ofensiva. Los paraguayos efectuaron tres desesperados ataques en el punto previsto del sector Pilcomayo, con tan mortíferos resultados que hubieron de replegarse vencidos. Una compañía enemiga, deslizándose por una ala cayó sobre fracciones nuestras hábilmente emboscadas y fue aniquilada íntegramente. Algunos centenares de muertos costó al enemigo sus arremetidas infructuosas. Al cerrar la noche, disminuyeron sus fuegos y sólo a largos intervalos cruzaban sus roncadas voces los cañones. y después, antes de despuntar el nuevo día hízose el silencio absoluto.

Hoy amanece un domingo de fiesta para nuestros soldados de este frente. El enemigo ha enmudecido y hace, sin duda, un lúgubre recuento de sus caídos. El combate del frente Conchitas-Pilcomayo ha durado dos días y dos noches, con escasas bajas para los nuestros.

El héroe de esta ruda jornada es el Teniente Coronel René Pantoja, figura juvenil de la campaña, cuya modestia cubre, con una sonrisa de niño, las felicitaciones que recibe de sus camaradas. El sector puesto a su cuidado ha respondido con creces.

La victoria boliviana, indiscutible y rotunda, viene a señalar nuevos aspectos de esta guerra chaqueña, en la cual Bolivia ha demostrado un poder de reacción sorprendente, índice de la firme resolución de su Ejército y de su pueblo de imponer soluciones de derecho al conflicto bélico.

En todos los Comandos y en la línea, tan cerca de Fortín Ballivián que nos hemos sentido partícipes de la lucha, hay la satisfacción del deber cumplido y una emoción extraña nos embarga al contemplar nuestra bandera, recién izada frente al Comando Superior, y nos abrazamos los ahí presentes, invadidos nuestros corazones de una fe patriótica que nada podrá destruir.

ABRIL 18 DE 1934

Una pena y una alegría. Desde hace algunas semanas el buen amigo Villegas se encuentra delicado de salud. Últimamente su mal se ha agravado y va perdiendo peso. Su mal es estomacal y debe hospitalizarse en Cururenda o Villa Montes, pues él rehúsa ser evacuado al interior.

Lamento mucho verme privado de los trabajos de Villegas, más de crónicas que de comunicados. Los que envía a la prensa revelan, no sólo al fino hombre de letras de una extraordinaria cultura, sino al agudo observador de la naturaleza humana. Puede decirse que su tema es el hombre en la guerra, nuestro hombre de la puna, de los valles y de los llanos, sobre todo el primero que, a su juicio, es digno de todo elogio por su callado heroísmo en este infierno verde tan contrario a su habitat de cumbres y estepas.

La alegría nos viene de Eduardo Anze Matienzo, que acaba de llegar. Ha renunciado a la secretaría de la Legación en Buenos Aires para venirse a este Chaco, cuyas peculiaridades no parecen sorprenderle. El Comando le ha designado reemplazante de Villegas. Anze es el camarada afectuoso de los días de Asunción. En él bullen las ideas y no se extingue el entusiasmo inquieto y de una lealtad a toda prueba, es el colaborador perfecto en las condiciones en que vivimos aquí. Nadie mejor que él para servir en esta oficina de comunicados, informaciones de guerra y crónicas, soslayando pequeñas intrigas de este mundo donde afloran las rivalidades, única forma de laborar con honestidad y desinteresadamente.

ABRIL 20 DE 1934

Hablemos de nuestro repliegue. El Comando del General Estigarribia, durante los meses de enero a marzo, ha dado una serie de comunicados con el fin de convertir, en el papel, el repliegue estratégico de nuestro Ejército en una retirada, en una fuga, bajo presión de fuerzas enemigas. No hubo presión y lo demuestra el hecho de armas del día 15, que constituyó un rotundo desmentido al "desbande" boliviano. Los "restos perdidos en la selva" del que fuera Ejército nuestro, ese día pararon en seco a la tropa para guaya que avanzaba engañada.

Durante los meses de repliegue —desde diciembre— el alto mando boliviano tuvo la sabiduría de no entrar en el terreno de los desmentidos. Hizo gala de una serenidad y de una confianza en sí mismo admirables. Esta política, que Rodríguez llama del "silencio con fines de atracción", dió alas a la fantasía paraguaya. Esta sola experiencia es suficiente para proyectar sobre el repliegue una aureola heroica por la fe conservada en oficiales y soldados y por la firmeza con que fue ejecutado, gracias a un dispositivo de escalonamiento, pues en toda ocasión en que los paraguayos pretendieron batir a nuestra retaguardia, fueron rechazados.

El retroceso ha seguido un curso metódico; había una inteligencia directiva, obra de Oscar Moscoso principalmente, que veía más allá. No se trataba de romper fuegos en heroísmos estériles. El valor y la disciplina y la reciedumbre moral estaban en la silenciosa ejecución de las órdenes superiores.

Con este repliegue a la línea de Ballivián y dirección norte, se ha terminado una fase de la guerra y esto ha sido sellado con la acción victoriosa del 15 de abril. Abrese ahora un nuevo capítulo en la contienda del Chaco, en cuya página de fondo se lee el histórico nombre de Ballivián.

Sin embargo, durante la visita del Ministro de Guerra, José Antonio Quiroga, a principios de este mes, se habló de preparar una nueva retirada detrás de este Fortín, explicando Moscoso y Rodríguez que a ello conducía el debilitamiento de este frente y la amenaza paraguaya sobre el ala izquierda. Se impuso el Ministro, apoyado por el General Peñaranda y, particularmente, por el Coronel Toro.

ABRIL 24 DE 1934

El Presidente Salamanca ha llegado a Fortín Ballivián. Al fin! Era esperado hace tiempo en el Chaco y se criticaba su ausencia. Su visita es útil, necesaria, militar, política y Psicológicamente. Moralmente más que nada. Era imprescindible que, personalmente, se diera cuenta el Jefe del Estado de lo que es el Chaco. y de cómo se vive y se muere aquí. Lo que falta y también lo que sobra. Las visitas ministeriales no convencían a los Jefes y tampoco a la tropa, pues se sabía que las decisiones no las tomaban los Ministros. Deseaban que viniera el Presidente y, al efecto, hubo más de un pedido.

La gente, en este primer día de la visita presidencial, se siente confortada, diría alegre. Más aún porque sabe que el viaje es agobiador para la salud del Presidente, de este hombre encorvado, de aguda observación, parco e inflexible.

Los Comandos esperan mucho de sus visitas al frente mismo de batalla, pues ello facilitará el mejoramiento de las condiciones en que vive el soldado.

Los adversarios de Salamanca en este Comando confiesan que su llegada al Chaco ha borrado muchos de sus errores y que puede esperarse un mejor entendimiento entre Gobierno y Ejército. Y lo desean sinceramente y así todos lo esperan.

ABRIL 30 DE 1934

Todos estaban contentos con la visita del Presidente, mas el último día, viernes 27, por la mañana, don Daniel Salamanca se reunió con el General Peñaranda, el Ministro José Antonio Quiroga y el Teniente Coronel Oscar Moscoso y tal vez algún otro. En esa ocasión el Jefe del Estado anunció que el ex-Ministro Joaquín Espada —hombre de gran integridad— que vino en la comitiva del Presidente, quedaría en el Comando en calidad de Inspector General del Ejército con autoridad para intervenir en el aspecto táctico y operativo de la guerra, representando al Primer Mandatario y haciendo cumplir los puntos de vista de éste.

Según todas las versiones se produjo una discusión entre el doctor Salamanca y el Tcnl. Moscoso sobre esta designación sorpresiva, la que, como era de suponer por tantos antecedentes acerca de malos entendidos, habría de caer como agua fría a los Jefes y oficiales del Comando y de otras unidades.

La versión del final del entredicho —parece general la coincidencia— es ésta: en un momento culminante de la discusión, el doctor Salamanca preguntó: "Quiero saber quiénes se oponen a ese nombramiento?", dirigiéndose con la mirada a Oscar Moscoso. El Jefe de Estado Mayor se puso de pie y contestó: "Yo, señor Presidente soy el que me opongo". "Entonces renuncie usted" exclamó el Presidente. "Renuncio, señor" agregó el Tcnl. Moscoso y, cuadrándose, hizo el saludo militar y salió de la habitación.

El Presidente Salamanca viajó poco después en trimotor y Espada, que debía quedarse según lo planeado, subió a la nave y acompañó al Jefe del Estado, sin saberse con certeza si asumirá después la función político-militar señalada.

El General Peñaranda, que mucho aprecia a Oscar Moscoso como que durante un año lucharon juntos en la Cuarta División, la llamada "División de Hierro" dirige durante el día radiogramas cifrados al Presidente, quien de Villa Montes pasó directamente a Santa Cruz. El Comandante en Jefe creyó que debía también presentar su dimisión. Hay, pues, crisis de Comando frente al enemigo y el desconcierto es grande aunque muchos creen que todo es cuestión de no hacer caso al gobierno, así sencillamente!

Mi impresión, de la que comparten varios amigos, es que el General Peñaranda seguirá de Jefe del Ejército, pero no Moscoso de Jefe de Estado Mayor, y dudo que Joaquín Espada regrese. Lo cierto es que el doctor Salamanca no tiene confianza en este Comando. Los desengaños sufridos con Kundt el omnipotente y los descalabros producidos a lo largo de la campaña, han dejado profunda huella en el espíritu del Jefe del Estado, espíritu que hoy me ha parecido poco inclinado al optimismo sin que ello mengüe en nada la tenacidad con que insta a la lucha y es duro contra toda manifestación de flaqueza.

Salamanca juzga, sin duda, que su deber y su sentido de responsabilidad le imponen intervenir, en cierta forma, en la conducción de la guerra. Yo pienso que no hay aquí petulancia alguna sino el resultado de una determinación que él supone ineludible. En cuanto a críticas, no estoy con las exageraciones de aquellos que ven en todos los actos del Mandatario caprichos o deseos de humillar, pero la opinión adversa se generaliza. Así, entiendo que la medida fue referente al doctor Espada fue lanzada con precipitación, lo que constituyó un error, pues faltó el sondeo previo y consiguiente acuerdo. Es difícil suponer lo contrario vista la forma como se desarrollaron las cosas y la violencia de la reunión.

Buscando explicaciones o razones de todo esto, en el fondo, teóricamente, está en sus cabales el Presidente, mas en la cruda realidad que se vive en el Chaco con dos años de sangrienta brega y magros resultados, no es posible desconocérsela a los militares. Se está en un proceso donde se vuelve penoso conciliar los extremos, y en lugar de intentarlo se fue a un enfrentamiento estéril. En la política de los entendimientos se ha caído en un retroceso.

Es ya tema trillado el de la tirantez que existe entre Gobierno y Comando. Los que estamos aquí en Ballivián conocemos detalles de esta pugna que el país ignora. y si tal es la triste realidad, aparece incomprensible que hombres con mando y enormes responsabilidades susciten conflictos cuando todo aconseja prudencia. La gestión previa tiene, en estos casos, una importancia vital pero hacerla suele herir el amor propio.

El Presidente tiene un dominio incontestable sobre sus colaboradores. Con la frase "no se debe contrariar" se le obedece. Al decir de algunos, se halla en juego el principio de autoridad que, para ser tal, requiere rigidez y firmeza. Se me ocurre que ductilidad y tacto en el ejercicio de esa autoridad la tornan más humana y más apta para lograr sus fines.

MAYO 2 DE 1934

Anoche Oscar Moscoso me comunicó que se iba. Parte en uno o días más, a su casa, "a engrosar las filas del General Quintanilla", son sus palabras. El General Peñaranda, según muchos, no supo, en este ingrato asunto, hacer frente con toda su autoridad. Acaba de enviar su dimisión que, me dicen, es irrevocable. Estamos, pues, abocados a una grave crisis de Comando en vísperas de acontecimientos militares decisivos. Se cree que las operaciones que se preparan o que están en curso, tendrán influencia definida en el desarrollo de la guerra y sus resultados. Hay optimismo... pero ahora?

El Presidente, vale repetirlo, no tiene confianza en los Comandos. Atormentado por el temor de la patria en peligro, ha querido tomar los hilos de la conducción de la guerra; pero el Comando tiene su amor propio —y lo tiene a flor de piel— y, por lo que entiendo, aceptarían la colaboración de un civil calificado, y Espada es hombre inteligente y de entereza, pero no la preeminencia que se le quiere dar. Moscoso defiende esta posición y nadie ha de convencerle que no estuvo en sus cabales. Su franqueza es celebrada por sus camaradas aunque entre los civiles hay opiniones contradictorias, pues éstos no están hechos a las disciplinas castrenses.

El asunto podía haberse arreglado con diplomacia; faltó la forma y la diligencia previa; de ahí la respuesta violenta de Moscoso que hirió al ilustre político. La ruptura se hizo; el país es el que sufre, el Ejército se conmueve; el enemigo se regocija... y todo por qué? Una combinación política en medio de un Ejército en campaña! Espada habría sido —y pocos creen otra cosa— un agente político del señor Presidente en el seno del Ejército. ¿Desconfianza del futuro?

¿Quiénes vendrán? Se habla del General Lanza para Generalísimo y del Coronel Felipe Rivera para Jefe de Estado Mayor. El primero es un hidalgo y un gran Jefe pero con muchos enemigos cerrados entre sus camaradas, entre ellos el Coronel Toro, hábil Jefe del I Cuerpo. El segundo, hombre recto como pocos y ajeno a política, es más un técnico e ingeniero que un Jefe de Estado Mayor; yo estuve con él y Osorio en el II cuerpo y aprendí a estimarle. Pero se le achacan los fracasos de Toledo y de Fernández.

Después del desastre de Alihuatá, 11 de diciembre de 1933 y el alejamiento de Kundt, Peñaranda y Moscoso, viejos camaradas de armas de la "Brava Cuarta Div." han realizado una labor gigantesca. El Ejército ha sido rehecho y sobre mejores bases. El trabajo de Oscar Moscoso., en cuatro meses, es admirable. He tenido el privilegio de recibir algunas de sus confidencias y no puedo menos que darle mi sincero apoyo. Es, indudablemente, uno de los mejores conductores del Ejército.

Y después de tantos esfuerzos y afanes de estos meritorios Jefes, cuya constancia la tiene el propio Gobierno, he aquí que por un enfoque —acaso más político que otra cosa— todo se viene abajo. La Unión Sagrada, de que tanto se habló al principio de las hostilidades con el Paraguay, acaso no haya existido jamás entre los bolivianos! A esta conclusión parece que debemos llegar.

MAYO 7 DE 1934

Oscar Moscoso se va hoy. Rivera ha llegado ayer y ha tomado posesión de su nueva función de Jefe de Estado Mayor del Comando Supremo. La ola de descontento que amenazaba crecer en tempestad por causa de la especie de destitución de Moscoso, curioso es constatarlo, viene a morir calladamente a los pies del nuevo Jefe de Estado Mayor. Oscar Moscoso tiene amigos, esto es cierto, pero creo que ha descubierto que tiene enemigos.

Este frío que ahora rodea al que se va tiene una explicación: la guerra. La guerra parece atenuar toda manifestación de amistad y de solidaridad. Aquellos que Moscoso cree sus amigos y que, en verdad, lo son, así como sus enemigos o rivales, se excusan de toda ostentación de adhesión... y por causa, la guerra! y a esto nada cabe decir.

Para mis adentros tomo nota, en estos apuntes, que la indignación, entre civiles y militares, por el caso Moscoso, no fue asunto personal y sí cuestión mayor relacionada con la independencia de mando que el Ejército quiere mantener a toda costa, juzgándose disminuido y herido con el nombramiento de Espada en función militar.

Esto es perfectamente explicable y de ello hablo a Moscoso para atenuar en él cierto desengaño que advierto en sus comentarios al despedirse.

MAYO 13 DE 1934

En estas noches tempranas de otoño, la luz huye veloz hacia el oeste y sus postreros destellos salpican, fugaces, las aguas del Pilcomayo. Las sombras avanzan con avidez sobre la maraña boscosa y en minutos confunden cielo y tierra, hombres y cosas en densa opacidad, uniforme, aplastante, tangible. Nunca como en el Chaco he sentido la realidad de la noche negra,

de la lóbrega oscuridad de que hablan los marinos perdidos en alta mar. Y ella existe y surge tras breve crepúsculo de estupendo cromatismo.

La actividad del día, en el frente, ha terminado calmadamente y se emite el parte militar: "Sin novedad en todos los sectores". El enemigo, sin embargo, no está lejos. Se mantiene oculto y en silencio. Engañosa apariencia. Ese quietismo esconde preparativos de lucha, acopio de fuerzas y de elementos. El enemigo toma alientos antes del asalto.

De noche, al amparo de la oscuridad que confía al oído toda la vigilancia, el adversario despierta de su letargo y empieza un fuego de hostigamiento, agita la tierra y huronea en todos sentidos hasta las primeras claridades del alba, llenas de brumas, húmedas y frías.

Del lado boliviano se contesta al fuego de hostigamiento enemigo y las baterías desbaratan, noche a noche, los trabajos de zapa de los hombres que se encuentran al otro lado de la tierra de nadie. Tiros de fusil y de ametralladora, de uno y otro lado llenan las sombras de un fragor absurdo porque el daño es pequeño y grande el desvelo. La cadencia de segundos con segundos de espera, de las armas automáticas, desmenuzan la oscuridad. Locuaz y con garbo de ametralladora es burlona hasta en el sincopar intencionado de su lenguaje de tragedia. Se diría que los adversarios intercambian mensajes en un extraño código de señales. Hay virtuosos del tableteo de la ametralladora.

En la sombra se incuba la batalla cercana. Tal vez será mañana. El fuego de hostigamiento ha durado toda la noche. La luz llega lenta: un mundo verde, sin horizontes, surge una vez más ante la mirada indiferente del soldado y no le conmueve porque como los paisajes familiares, es monótona de tanto existir sin cambio. Y el soldado se pregunta: ¿cuántos hombres habrán sido despedazados en el campo enemigo, y cuántos camaradas habrán caído? En su mente, ahora despierta, registra cuidadosamente, tras un cálculo de probabilidades que ha perfeccionado su experiencia de veterano, este detalle de las bajas que interesa al guerrero más que ningún otro.

Es ya de día, luce un sol tibio de otoño. Calma absoluta, descanso del cuerpo, nervios en reposo. Sólo la imaginación afiebra da danza su ronda.

¡Cuán sugestivo es el **leit motiv** de tu libro de miseria y de muerte, José María Remarque! Fuego de hostigamiento que en la sombra cómplice destroza hombres y cosas, mesuradamente cada veinticuatro horas, y apenas escribe un renglón tinto en sangre en el libro de la guerra: "Sin novedad en el frente".

JUNIO 1° DE 1934

Entregado para su publicación,

PANORAMA DE UNA BATALLA

"Cañada Strongest"

El roído de armas que el Paraguay hizo alrededor de Ballivián, con inusitados desbordes de prensa, al extremo de que el Gobierno del doctor Ayala creyó útil expresar, ante ciertos sondeos diplomáticos, "no serle ya posible evitar la caída" del baluarte boliviano, ocultaba un plan estratégico de vastos alcances elaborado cuidadosamente por el Comando del General Estigarribia, cuya ejecución confiaba a las mejores unidades y a sus jefes más experimentados.

Un ataque frontal a las posiciones de Ballivián presentaba dificultades muy serias y, aunque los noticiosos de la Oficina de Informaciones de Asunción pugnaban por hacerlo verosímil con el estribillo de "metódicos avances", aún después de Conchitas, el juego se advertía de inmediato y mal podía engañar a un Comando avezado como el del General Peñaranda.

No era, pues, por el sector del Pilcomayo que las tropas paraguayas lanzarían su ofensiva; bastábale a su Comando situar allí a su Tercer Cuerpo de Ejército con el fin de amarrar a los bolivianos que guardaban el paso, haciéndoles consentir en un inminente asalto mediante fuegos de hostigamiento y reconocimientos de líneas de todos los días.

El curso de las operaciones ha demostrado que el Paraguay creyó haber burlado al Comando boliviano, obligándole a acumular en Ballivián el grueso de sus fuerzas y sus mejores elementos de combate. Afirmado en esta seguridad, empujó por el camino Jurado-Cañada Strongest a su Primer Cuerpo de Ejército, fuerte de Tres divisiones: Segunda, Séptima y Octava.

¿En qué consistía el plan del General Estigarribia?

Abrió un claro cómodo entre el ala izquierda de la defensa de Ballivián y el ala derecha de la Octava División boliviana, situada en aquel camino y, por esa abertura propicia, caer con todo su Segundo Cuerpo de Ejército y refuerzos del Primero, en apronte más al norte, sobre la retaguardia de Ballivián, en el Pilcomayo. Empero, para llegar a este fin, era menester desalojar de sus posiciones a la Octava División boliviana y aniquilarla. Esa fue la misión recibida por la Segunda y Séptima Divisiones paraguayas.

Desde el 9 de mayo, la Octava División boliviana constató la presencia de masas enemigas frente a sus líneas y no tardó en trabarse un combate que arreciaba en intensidad hora por hora.

Con la desesperación del que sabe que los minutos deciden una acción de armas, las fuerzas paraguayas golpeaban, sin descanso, sobre la inmovible muralla boliviana y buscaban rebasar sus alas. Esta División boliviana cumplía, entretanto, su misión, pues amarraba fuertemente a las unidades atacantes, sin darles respiro para darse cuenta del grave peligro que sobre ellas se cernía.

En efecto, en la madrugada del 19 de mayo, las unidades bolivianas de maniobra, con empuje y entusiasmo ejemplares, monte adentro, apuraban su marcha táctica y al anochecer del mismo día, sus avanzadas cortaban la Picada Medina o ruta de Jurado a Cañada Strongest. El Ejército boliviano dominaba, desde ese momento, la retaguardia enemiga y había logrado separar a la Octava División paraguaya, de reserva, de la Séptima y Segunda, embotelladas ahora frente a la Octava División boliviana.

Producida la irrupción en la Picada abierta previsora por el infatigable Mayor Medina, la Octava División boliviana empezó, lenta y metódicamente, a girar sobre su eje por su ala derecha hasta tomar contacto con las unidades de maniobra, aparecidas tan sorpresivamente detrás del enemigo. De otro lado, perpendicular al ala izquierda de esa misma Octava División otra tropa de maniobra boliviana operaba en igual sentido, dando la impresión de que el Ejército boliviano allí congregado ejecutaba movimientos tácticos impecables como si estuviesen convenidos con el enemigo.

Desde la madrugada del 20 la situación paraguaya se hizo grave. Varios Regimientos de la Segunda y Séptima Divisiones enemigas pretendieron limpiar de adversarios el camino de Jurado y, a su vez, la Octava División paraguaya, de reserva, lanzóse al ataque por el otro lado del mismo camino. Vano esfuerzo que costó cientos de vidas al contrario. Por el norte, la desesperación paraguaya fue a estrellarse sobre las unidades de maniobra allá situadas y regó también con su sangre los campos de Cañada Strongest, sin poder pasar.

Veinticuatro horas más tarde, el General Estigarribia, impotente ya para acudir en socorro de sus divisiones sorprendidas, dióles la orden de retirada, de salvarse como pudiesen, destruyendo su material.

La arremetida paraguaya quedaba deshecha; rendíanse sus tropas: soldados sin jefes, oficiales sin hombres, heridos abandonados y en el campo de esta brillante victoria boliviana, cientos y cientos de cadáveres enemigos atestiguaban la potencia de nuestros fuegos.

El Comando Superior del Ejército boliviano ha dado parte de los resultados de esas heroicas jornadas. Puede añadirse, en parsimoniosa apreciación, que el Segundo Cuerpo paraguayo ha sido destruido. Las cifras ya cotejadas de sus bajas y de sus prisioneros lo demuestran. ¿Cómo puede explicarse semejante descalabro de un Ejército que se decía invencible? Contestaremos a base de confesiones que hemos oído de labios de oficiales paraguayos prisioneros.

El Gobierno de don Eusebio Ayala, el General Estigarribia y sus hombres, abrigaban la certeza de que Bolivia andaba cerca a su total liquidación en el terreno militar y aún político. La nación boliviana, al decir de los conductores paraguayos, era ya incapaz de reacción. Faltaba un postrer empuje para aplastar definitivamente la resistencia de las tropas del General Peñaranda, cuyo repliegue estratégico tuvieron el error de considerar, cegados por humana vanidad, como retirada y fuga.

A nadie debe sorprender hoy que la propaganda paraguaya, aleccionada por el Comando del General Estigarribia, urda falsedades con el propósito de aminorar los efectos de la derrota sufrida. La simple lista de jefes, oficiales y tropa capturados por Bolivia, constituye un mentis rotundo a esa forzada propaganda.

Pero aún hay otra incidencia en este triunfo boliviano que merece comentario. Durante los días 20 a 25 de mayo, el Tercer Cuerpo de Ejército paraguayo hizo violentas demostraciones de fuerza frente a Ballivián, con el fin de obligar al Comando boliviano a debilitar su acción sobre el flanco y la retaguardia de aquel Primer Cuerpo, tan imprudentemente comprometido.

La eventualidad estaba prevista. Los paraguayos fueron rechazados en todos sus ataques, dejando muchos muertos en los campos del Pilcomayo y nuevamente de Conchitas. ¿Qué le quedaba al Paraguay? Dar un golpe de mano, por pequeño que fuese, para cantar victoria y adormecer la ansiedad de su pueblo con la inventiva de abultados comunicados.

A tal objeto, el General Estigarribia vióse compelido a usar las unidades del Cuerpo paraguayo del Coronel Franco, lanzándolas a fondo por el norte, seguro de que esa ruta se hallaba abandonada o guarnecida por débiles fracciones bolivianas.

Pero esta segunda eventualidad también estaba prevista. Las tropas del Coronel Franco tuvieron la sorpresa de chocar con la Tercera División boliviana, la que, hábilmente conducida, destrozó frente a sus posiciones al confiado adversario. La desorientación paraguaya llegaba al paroxismo: apenas en movimiento el Cuerpo del Coronel Franco, su propaganda fabricaba una victoria que, un día después, trocábase en nueva derrota.

En resumen: los últimos días de mayo han sido de resonantes triunfos para Bolivia. La acción bélica se ha desarrollado, en todo el frente, con intervención de tres Cuerpos de Ejército paraguayos, uno de los cuales ha sido destruído, en el centro de la batalla, y rechazados, con fuertes bajas, los otros dos que operaban en las alas de la magna acción.

Este balance, real y objetivo, es como una roca contra la cual se deshacen las fantasías de la propaganda paraguaya.

EL SARGENTO DE ILABAYA

"EN UN SECTOR DE LA BATALLA: CAMPO ROCHA"

Publicado en "El Diario"
edición del jueves 21 de
junio de 1934.

I

Nota de Redacción: En algunos artículos, el Sargento de Ilabaya nos describirá, con singular maestría, el desarrollo de la batalla de Campo Rocha. Estamos seguros de que ella ha de interesar profundamente a nuestro público en todo el país

SABADO, 19 DE MAYO. HORAS 11.30

El claro existente entre el ala izquierda de la defensa de Ballivián y la Octava División boliviana, que el enemigo proyecta agrandar para caer sobre la espalda de esa defensa, ha de

volverse pronto, estamos seguros de ello, punta de flecha clavada en la ruta Medina, que transitan sin desconfianza las tropas paraguayas.

Ideada la gran operación por el Comando, su éxito depende de la sorpresa; vale decir, de la rapidez de ejecución. Las unidades de maniobra inspiran plena confianza; de ahí que se deje toda la tarea para las últimas 24 horas, cuya cuenta ha empezado en la madrugada de hoy.

El avance de nuestros soldados se efectúa sin tropiezos aunque deben soportar las penurias de una marcha forzada, monte adentro, bajo una temperatura de fuego, muy rara en esta época. ¡Traidor viento Norte que agudiza la sed, cómo deseamos que vuelque Sur!

A horas 11.50 hemos llegado con el Comando de estas unidades de maniobra al punto elegido para acampar. Se diría que somos una caravana de épocas lejanas, si no fuera por la febril agitación que nos rodea y la destreza de ordenanzas y zapadores en levantar carpas e instalar otros servicios militares. Matemáticamente, 10 minutos después, queda establecido el contacto telefónico entre el puesto de Comando y las unidades en marcha. Hablo con el Jefe de Comunicaciones de este puesto, el Mayor Arandía viejo camarada mío del II Cuerpo de Ejército del General Osorio, quien me explica que, desde el amanecer con la fracción de su regimiento de comunicaciones, sigue paso a paso las incidencias del avance, manteniendo unidas todas las fuerzas de maniobra por la red telefónica. Tarea abnegada, dura como pocas, sin tregua ni descanso, llevada a la perfección. El Jefe se preocupa, con paternal solicitud, de sus hombres: "todo el mérito es de ellos" dice, pero yo sé y se lo digo que, sin su dinamismo y ejemplar conducta, nada se habría hecho, a lo cual responde que no merece ningún aplauso.

HORAS 23

La realidad ha superado el cálculo. En menos de 14 horas, partiendo de su base, la cabeza de las unidades de maniobra ha cortado (horas 19:40) el camino de Jurado, que los paraguayos llaman Prat Gill, en memoria del Teniente 1° de Marina caído en Campo Jurado. Momentos después nuestras fracciones avanzadas capturaron un camión enemigo que bajaba por el camino de Jurado. El conductor y su ayudante murieron por desconocer la voz de alto.

A horas 22 comunican desde un puesto de avanzada que un oficial paraguayo ha sido tomado prisionero, habiéndosele encontrado documentos de importancia. Hasta este momento son satisfactorios los resultados obtenidos. El cañoneo es intenso y persistente, dirección Oeste, lo que indica que todo va bien, pues la Octava División mantiene contacto con el enemigo; es decir, lo tiene "amarrado", para hablar en términos militares.

En esta noche tibia, que evoca la temperatura de fines de estío, prosigue nuestra silenciosa actividad en diversos sectores. El golpe está asegurado, pero algunos detalles quedan aún por ejecutar. Pienso, sin quererlo en la tela flexible y resistente que teje la araña calladamente, para atrapar a su presa.

DOMINGO, 20 DE MAYO; HORAS 13

Estuve en la línea muy temprano y llegué al camino Medina. Ví al destartado camión paraguayo; ostenta el número 300 en grandes cifras blancas, marcadas sobre fondo verde desteñido. Se puede constatar en el vidrio de la cabina un agujero perfecto, algunos centímetros más atrás del volante. Dos metros más allá, a la vera de la picada, dos tumbas frescas guardan los restos de sus anónimos conductores.

Un soldadito nuestro, arrodillado en tierra, se ocupa en levantar la cruz simbólica sobre los túmulos. Cuán grande, en su patética sencillez, se torna este acto cristiano pacientemente ejecutado. Veo en él la repetición milenaria de un rito que define toda una civilización, desde la llegada del Nazareno.

El primer prisionero, Teniente Mario Chelli, no sale de su sorpresa al verse rodeado por tropas bolivianas, en esta región. Me confiesa que sus compatriotas jamás pensaron, ni menos previeron, este golpe de parte nuestra. Hállase apesadumbrado y su juvenil inquietud le hace temer todavía alguna celada. Su estado de conciencia, en este orden de cosas, acusa claramente la

culpabilidad paraguaya en el mal trato dado a los prisioneros, pues su temor, que no alcanza a dominar, es un reflejo de lo que presume podría sucederle.

Chelli me manifiesta que en Isla Poí y sus alrededores trabajan prisioneros bolivianos. Nada me responde cuando le digo que esos prisioneros, como muchos otros, nunca han recibido la visita de ciertos personajes que en la prensa del Plata "certifican" el "humanitario trato" que les dispensa el Paraguay. Pero su forzada sonrisa es una tática y discreta aquiescencia.

El trabajo realizado por las unidades de maniobra ha sido sorprendente. Nada pudo detenerlas; su irrupción en la ruta de Jurado tiene el mérito de haberse consumado con precisión en el punto señalado por las directivas y el mapa.

El fuego de hostigamiento del lado de la 8a. División ha cesado al amanecer. El enemigo no podrá desprenderse sin sufrir fuerte bajas.

No hay esfuerzo sin sacrificios, ni triunfo militar sin dolorosas contribuciones de sangre. Acabamos de recibir la noticia de que el Capitán Rocha ha sido herido. El laconismo del parte produce general consternación. Recorro al teléfono en demanda de datos. Hablo con los puestos avanzados, ansioso de escuchar alguna palabra que coincida con nuestro vehemente anhelo de saber que Rocha sólo está levemente herido.

Las primeras informaciones son contradictorias. Únicamente sabemos, por ahora, que Rocha fue herido al comprobar, con la escrupulosidad que le caracterizaba, las posiciones de sus hombres e impartir sus instrucciones precisas en el terreno mismo del combate. Es traído en camilla, lentamente, por una senda, al Puesto de Socorro.

HORAS 22

Cortada la ruta Medina, a retaguardia de la Segunda y Séptima Divisiones paraguayas, aislándolas de sus reservas (8a. División enemiga), los nuestros se mantienen firmes y seguros en el punto ocupado. Empero, la maniobra envolvente arrastró tras sí a fracciones enemigas encerrándolas en un círculo de hierro, de tal suerte, que los afanes paraguayos de sus 2a., 7a. y 8a. Divisiones por abrirse paso, la última desde el noroeste, en socorro de las otras dos, se une, de pronto, con la desesperación enemiga por liberar a esas fracciones sitiadas. y los de los "corralitos", esperanzados por el fragor de la batalla que escuchan más allá de nuestra línea de asedio, golpean en uno y otro punto con singular brío, pero se desangran inútilmente.

Desde horas 15 el combate es general en todo el frente. Las reservas paraguayas, en masa, caen sobre nuestras posiciones del flanco derecho; y por el izquierdo, escapando de la persecución de nuestra Octava División, regimientos enteros vienen 9 destrozarse contra la cortina de nuestros fuegos cruzados. El combate arrecia en intensidad.

Un parte, en dos palabras, anuncia que Desiderio Rocha ha muerto. A las 17:30 el cadáver del malgrado Capitán, émulo de Castrillo, llega tendido sobre la plataforma de un camión, cubierto con la tosca frazada del soldado. "He ahí —me dice un oficial de servicio, con voz que anuda la emoción— lo que resta de ese mundo de energía y de valor que era Rocha". Crespo, su hombre de confianza, su fiel ordenanza, está junto al Jefe caído y aún le cuida después de muerto. Pide y obtiene acompañarle hasta Ballivián.

El heroico Capitán cayó mortalmente herido por una ráfaga de ametralladora. El pecho, un brazo y un muslo presentan huellas de sangre. La herida en el tórax fue la más grave y, tal vez dice alguien con esa inconformidad instintiva que tenemos ante la muerte, que una inmediata intervención quirúrgica le hubiera salvado la vida. Mas, la guerra no cuenta con providenciales auxilios.

Me toca presenciar el inventario de los efectos personales del gran Jefe: chamarra y colán ensangrentados; algunos papeles íntimos; algún dinero en billetera gastada por el uso; su revólver de campaña... El carro parte sin mayor demora. El calor apresura la descomposición. Va hacia Fortín Guachalla para luego tomar, sin detenerse, el camino a Ballivián, donde recibirá los honores de ordenanza y, tal vez, un avión pueda llevar los restos a su ciudad natal. Llenos todavía de profundo pesar, todos permanecemos silenciosos largo rato. Dirigiéndome, de pronto, a uno de

nuestros Jefes sugiero que el sector donde actuamos sea bautizado "Campo Rocha". Así queda consagrado el recuerdo del héroe.

LUNES, 21 DE MAYO - HORAS 13.30

Ha sido capturado, en la madrugada, un soldado de los de nuestro "corralito" que está herido en un brazo. Por él sabemos que se encuentra encerrado el primer batallón del "Mariscal López", 16° de Infantería, comandado por el Capitán Joel Estigarribia, 300 hombres con 12 piezas de ametralladoras, pero que cuenta con una pequeña aguada, abundante munición y algunos víveres. Ese regimiento pertenece a las reservas de la 8a. División enemiga. Los otros dos batallones de Mariscal López continúan el ataque del lado Este.

Epifanio Jiménez, el prisionero, me dice que los del "corralito" desearían rendirse pero que los oficiales aún tienen esperanza de salvarse. El cuenta ya con un año de campaña; la mayoría de sus compañeros ha entrado recién el 14 de abril a la línea. Dice que es la última leva. Me explica lo que les sucedió: estaban viajando para tomar contacto con la 7a. División, cuando en la noche del 19 chocaron con fracciones nuestras en el camino de Jurado. Supusieron que se trataba de un simple reconocimiento enemigo, compuesto por débiles efectivos. Entraron al monte para descansar, seguros de encontrar camino libre al amanecer, por lo menos hacia su base. Mas, al intentar regresar, volvieron a chocar con nuestras fuerzas y ..."ya estaba el corralito" dice, para advertirme que desde ese momento se sintieron perdidos.

El combate ha proseguido con intermitencias a ambos lados de la célebre Picada Medina, con fuertes bajas comprobadas para el enemigo. Frente a un sector donde estuve hace poco existe ya el pestilente olor a cuerpos en descomposición.

EL SARGENTO DE ILABAYA

"EN UN SECTOR DE LA BATALLA: CAMPO ROCHA"

(Publicado en "El Diario",
edición del viernes 22 de
junio de 1934)

II

Por un resquicio del matorral, un suboficial amigo me dice que puedo divisar tres cadáveres paraguayos que forman un solo montón. Me tiendo donde se me indica y busco en el pequeño campo de tiro, la mancha macabra. Algo distingo, en efecto; tal vez dos cuerpos de soldados enemigos abrazados en la agonía.

HORAS 24

En la tarde recibimos la buena noticia de que nuestras tropas, por el noroeste, cierran el paso a los regimientos paraguayos que buscan ya la retirada. Sorprendidos también en ese sector, han sufrido enormes bajas, dejando en nuestro poder grupos de prisioneros. Ya al anoecer, llega una fracción que el valeroso Capitán Rocha tuvo a sus órdenes durante largo tiempo. El Oficial que la comanda no puede sacudir la impresión que le produjo la desaparición del Jefe y me dice: "Fatal ha sido para todos la muerte del Capitán; estamos como abandonados".

Cuán grande fue Rocha! La tropa que supo educar y por la cual velaba con tanta solicitud, protesta por su muerte. Me acerco a los camiones donde ella se encuentra lista para seguir viaje a otro sector, y de unos y otros labios escucho la ruda queja: "Estamos huérfanos; hemos perdido a nuestro padre; le vengaremos" son las exclamaciones de estos soldados castigados por el destino.

MARTES, 22 DE MAYO. HORAS 14

Una nota clara y alegre en el ambiente de guerra: uno de los Jefes trajo consigo a su perra "Tita" y una gatita blanca, diminuta y juguetona. Esta va y viene a pequeños saltos, por el estrecho campamento. Tita es maternal y tolerante; acepta todas las travesuras de la gatita; pretende acariciarla con el hocico, lo que ofende la dignidad gatuna de "Monina". Pero Tita no se da por aludida y a la hora del rancho, trae invariablemente su pedazo de carne para la fina compañera que le espera con discretos maullidos de aprobación.

La estación de radio que la 2a. y 7a. Divisiones paraguayas tenían montada, después de lanzar numerosos llamados en guaraní, desesperados S.O.S., ha cesado repentinamente de funcionar. Partes llegados de otros sectores dan cuenta de la desordenada retirada de algunas unidades paraguayas, abandonadas por sus Comandos. Todo hace ver que la situación general ha de definirse a breve plazo, con resultados halagadores para las armas bolivianas.

En torno al camino de Jurado, donde son ya inexpugnables nuestras fuerzas, continúa la lucha por ambos lados. Las bajas paraguayas siguen y suman. En el "corralito" también subrepticios amagos de combate. Nuestras fracciones, seguras de vencer, tienen orden de no exponer vidas inútilmente. El cerco se estrecha hora por hora con terrible precisión.

HORAS 23

Esta tarde a horas 15, en cielo limpio, apareció de pronto un avión enemigo. Dejó la altura y como saeta rasgó el espacio en dirección a los del "corralito", alejándose luego a toda máquina. Seis paquetes fueron lanzados desde el aire; cuatro cayeron en nuestras líneas. Eran bloques de hielo; socorro inútil, pues los del Batallón sitiado están en posesión de una cañadita. El recuerdo de Boquerón revive unos segundos en el espíritu de los veteranos. Las alas paraguayas no han vuelto.

Las estadísticas de nuestras bajas, en cuatro días de acción, no son graves en este sector de Campo Rocha: el parte de los Comandos, a horas 19, certifica 8 muertos; 47 heridos; 32 enfermos evacuados; 2 desaparecidos.

El problema del agua es, sin duda, lo primordial en el Chaco, siempre. Durante el avance fulminante de nuestras tropas, tuvieron ellas que sufrir inevitablemente de sed. Sabían que esa penuria era momentánea y exigida para alcanzar la victoria. La deficiencia inicial fue subsanada poco después.

Hoy se nos informa que una fracción nuestra, más allá del camino de Jurado, ha encontrado una buena cañada! El hecho tiene importancia capital, pues disminuye en gran parte el acarreo de turriles del preciado líquido desde distancias que varían, según la posición de las tropas. Los aguateros son otra clase de héroes.

MIÉRCOLES, 23 DE MAYO. HORAS 14.30

Llegan noticias francamente satisfactorias. En uno de los sectores, los nuestros han capturado más de 150 prisioneros y entre ellos varios oficiales. La desbandada enemiga es ya evidente. Abandonando armas e impedimentas, los paraguayos son "arreados" monte adentro, lejos de sus bases. La Octava División boliviana inicia un movimiento del ala derecha para tomar contacto con nuestro sector. El campo de batalla se reduce en superficie pero crece en importancia, pues ha sido ya impuesta la supremacía de nuestras armas. Dos o tres días más y la acción estará totalmente liquidada en nuestro favor. En Campo Rocha hemos echado raíces de tal modo que la avalancha del pánico paraguayo vendrá a morir frente a nuestros fuegos. Desde luego, tal sucede con las reservas enemigas que aún pugnan por liberar a las dos Divisiones aprisionadas.

HORAS 23

Partes sucesivos, con el laconismo viril que hace de ellos piezas de una literatura única, comunican que la victoria boliviana asume caracteres ya definitivos. Los sectores del oeste han capturado más de 500 prisioneros y numerosos oficiales, habiendo comprobado las enormes pérdidas en hombres sufridas por las Divisiones paraguayas. En ciertas zonas hay hacinamiento de cadáveres insepultos, secciones enemigas enteras destrozadas por nuestra artillería; camiones, armas automáticas abandonadas, material sanitario y heridos dispersos en el monte cercano, que los propios prisioneros calculan en varios centenares.

En la tarde recorrí los puestos telefónicos del sector, acompañando al Jefe del servicio. El trabajo del telefonista y del telegrafista es, sencillamente, abrumador en días de combate. Desde la

retaguardia, la red se prolonga a todas partes, con admirable celeridad y a través de todos los peligros. Estos combatientes meritorios, cuya arma es el auricular, hacen posible la unidad de maniobra, el conjunto operatorio en todo un sector. Noche y día, con turnos que harían "reventar" a cualquiera, estos anónimos héroes reciben y transmiten órdenes, informaciones, consultas, siempre alertas, activos, infatigables. En los puestos avanzados el ruido del teléfono que llama se mezcla con el de las balas que silban. Agazapados tras un abrigo de ocasión, continúan impertérritos su tarea, sin emociones en la voz, como máquinas perfectas, igual que seres sin nervios!

Al pasar por Puesto Castillo, ví al Suboficial Hinojosa, cruceño con dos años de guerra, que conocí en aquellos tiempos inolvidables del II Cuerpo de Ejército del General Osorio. Fuerte, sano y risueño, con naturalidad de niño, acaba de atravesar el monte con su patrulla, desde el ala derecha de nuestra Octava División. El contacto de fuerzas está realizado. Unos minutos después, tras un sorbo de agua, algunos cigarrillos y sin pedir descanso, al que hace ya muchos meses ha renunciado, Hinojosa regresa monte adentro para señalar el derrotero a las fuerzas que se aproximan.

Estamos en condiciones de decir que nos hallamos cercados por cadáveres paraguayos. Los violentos ataques de izquierda y de derecha han arreciado hoy, con escasas bajas de nuestra parte. Los del "corralito" aún hacen amagos de defensa. Son presa segura que no justificaría en nosotros sacrificio de vidas.

JUEVES 24 DE MAYO. HORAS 13

La mañana ha sido tranquila y disparos aislados nos demostraron que asistíamos al epílogo de la batalla. Con qué alegría, henchida de entusiasmo patriótico, el Mayor Ichazo, una vez más, explica en la carta los resultados tácticos de la bella jornada! Su optimismo es tan grande que me siento inclinado hacia él por un movimiento de simpatía, pues he sido testigo de sus desvelos y de su vigoroso espíritu en medio de todo el barullo de un avance que más parecía una carrera hacia la gloria. La ofensiva paraguaya ha sido desbaratada. El golpe que iba a "asombrar a la América" ha quedado reducido a una desbandada a campo traviesa, de tropas sin comando y de oficiales sin rumbo.

La captura de prisioneros paraguayos es el lógico complemento de la victoria. Lo real es más efectivo aún: dos Divisiones del adversario han sido totalmente destruidas y empujados sus restos, sin recursos, hacia regiones inhóspitas; los campos de "Cañada Strongest" despejados, y la División paraguaya de reserva diezmada en Campo Rocha. El avance que el adversario soñaba realizar, con grandes contingentes, sobre el Pilcomayo a espaldas de la defensa de Ballivián, queda frustrado por nuestra maniobra de flanco y de retaguardia.

Esta es la finalidad táctica de la batalla, y cinco meses de preparativos enemigos, para llevar adelante su empeño, han sido destruidos, en cinco jornadas heroicas, por las armas bolivianas.

HORAS 22.30

A horas 15 nos dan aviso de que en el sector de la 8a. División han capitulado más de 600 enemigos, con algunos Jefes y oficiales. El número de cautivos ha sobrepasado el millar. Las bajas paraguayas calculadas por los nuestros y, en parte, confirmadas por los prisioneros, alcanzarían a 2.500, sumando muchos centenares de heridos y extraviados, diseminados en el monte.

Ha cesado todo ruido de combate en el oeste. Nuestro sector, asimismo, está en calma desde la mañana. Los hombres del Capitán Estigarribia se callan también. Están cercados tan estrechamente que peligran perecer por asfixia!

Mi memoria se ha enriquecido con un cuadro de guerra de contornos significativos: en la Picada Medina, a horas 19.30 presencié la reunión de seis Jefes, cuyos nombres daría gusto si no fuera la severa discreción a que nos obliga la censura militar. Tres de ellos llegaban de la Octava División, producido ya el contacto de líneas, con el fin de conferenciar con sus camaradas del sector "Rocha", sobre ulteriores eventualidades de la campaña.

Agrupados en la cabina de un camión, bajo la luz de linternas eléctricas, estudian el mapa, cambian impresiones, acuerdan puntos de vista, resumen situaciones y definen futuras posibilidades tácticas. La conferencia, militarmente sintética, es brevísima. El "hasta luego y buena suerte" lanzado en la noche oscura disuelve la reunión. Zumban los motores y el camión de los visitantes se aleja dando tumbos hacia su base, protegido por pequeña escolta, cuyos hombres saltan como muñecos sobre la plataforma del carro. En el camino, muévense secciones que pasan a ocupar nuevas posiciones: ruido de armas y de caramañolas, espeso hedor de tropa sudorosa, voces que llaman en la sombra, tierra y más tierra que envuelve como un sudario y penetra hasta los pulmones!

EL SARGENTO DE ILABAYA

"EN UN SECTOR DE LA BATALLA; CAMPO ROCHA"

(Publicado en "El Diario",
edición del sábado 23 de
junio de 1934)

III

VIERNES 25 DE MAYO - HORAS 23

A pesar del cansancio, antes de tenderme bajo el mosquitero, quiero reunir mis impresiones inolvidables de este día de fiesta en que se conmemora la fecha clásica de Chuquisaca.

Debí levantarme a las 4 de la madrugada, pues recién amanecía cuando llegamos a la línea con Carlos Dorado Chopitea, ayudante del Jefe de Estado Mayor, al cual estaba yo adscrito. Terminada la inspección del Jefe y dadas sus instrucciones, nos dejó en el Regimiento "Lanza", donde quedamos hasta el anoecer. Parte del "Lanza", con otras fracciones, hallábase a cargo del "corralito". Naturalmente todos ansiábamos que la rendición de los sitiados se produjera en este 25 de mayo; no podía ni debía pasar de este día.

El Mayor Paccieri, sentado en el suelo como todos, explica nuevamente la situación del momento. El cerco no tiene más que un kilómetro cuadrado desde el amanecer, siendo inminente la rendición. Hubiese podido apurarla, sin duda, pero a costa de vidas de sus soldados y eso le repugna.

Los hombres del Capitán Estigarribia aún se defienden con granadas de mano y ráfagas de ametralladora. De nuestra parte se dispone el reglaje de tiro de mortero, cuya precisión debe ser matemática, pues nuestras propias fracciones podrían ser alcanzadas. Las temibles granadas de forma ovalada explotan con su característico ruido ensordecedor de fierros viejos, después de la detonación de la cápsula, en el momento de la propulsión. Paccieri informa que nos encontramos a 150 metros de las posiciones paraguayas. La mañana es clarísima, primaveral.

En el resto del sector Rocha hay tranquilidad. La batalla de Cañada Strongest ha terminado victoriosamente para nuestras armas; sólo queda este capítulo, a manera de epílogo, en torno a los del "corralito". Por disposición del Mayor Paccieri, del lado en que nos encontramos, avanza ahora por el monte una fracción del "Lanza", con orden de aproximarse lo más posible a los paraguayos e intimarles rendición. Este movimiento empieza a horas 10.30 y se lo considera decisivo. Sesenta minutos después, la fracción comunica que ha llegado, en audaz penetración, a 15 metros del enemigo, desalojándolo de sus posiciones y obligándole a retroceder a los últimos reductos que le quedan. La cañada queda bajo nuestro fuego. Pero el avance nos ha producido algunas bajas: cinco heridos son traídos a nuestro lado. Uno solo es grave, espantosamente grave: una ráfaga de ametralladora le ha abierto el vientre y sus intestinos al aire rebasan el apósito provisional que lleva puesto; es más bien el pantalón el que sujeta ese estómago vaciado. Paccieri prendido de la mano del moribundo, le dice palabras que quieren llevar al mal herido un consuelo y le hace dar un fuerte trago de alcohol. El hombre no sufre mayormente y al ver a su Jefe le dice con orgullo: "yo también les he sonado", y repite estas palabras bravías, una y otra vez, hasta que su vida se extingue. El doctor Alcocer, cirujano del Regimiento, fuerte y activo y con serenidad total, hace las curaciones de primera urgencia, con la inmutabilidad del profesional habituado a tan ruda faena.

Paccieri se acerca a nuestro grupo. Le noto con el ceño fruncido y la mirada dura. Súbitamente toma una determinación: concentración de fuegos de piezas livianas sobre el sector donde han caído nuestros bravos, ya que ahí parecen más fuertes los sitiados. Apenas han transcurrido 10 minutos, cuando el aire es sacudido por un frenético martilleo, ininterrumpido, vibrante hasta la obsesión, que suspende todas las conversaciones, no oyéndose nada aparte de la infernal granizada de balas. Contestan los atrincherados: ahora el tiro enemigo viene hacia nuestro sector. Zumban al oído las balas que hacen bajar la cabeza instintivamente, azotan los árboles donde se incrustan, pasan de largo con su metálico rumor, silbido agudo, finísimo.

Tendidos, esperamos que pase la repentina tormenta. Ella no dura más de 15 minutos. Y después, un silencio total, absurdo. Nos incorporamos y alguien dice que el enemigo ha sido escarmentado para siempre. La frase se transforma en profecía. Llega en loca carrera un estafeta que comunica al Mayor Paccieri la rendición de los paraguayos, anunciando que uno de los oficiales viene a presentarse a su Comando. En mi reloj: las 12:15. Abraza a Paccieri y a dos o tres de sus oficiales que le rodean. Y convenimos en hacer firmar al enemigo un acta de rendición que recuerda la fecha histórica de Chuquisaca.

El Teniente Eugenio Quinteros, Ayudante del Capitán Estigarribia, saluda militarmente a Paccieri e informa que su Jefe ha resuelto capitular en vista de la inutilidad de un mayor sacrificio de sangre. Paccieri le alargó la mano, invitándole a sentarse a la sombra de su pequeña carpa. Inquire por su Jefe, pero en ese momento llega éste, acompañado de todos sus Oficiales. La tropa sale al camino, desarmada y permanece en muda expectativa. Estigarribia, delgado y alto, repite las palabras de su Ayudante y a continuación pregunta a qué unidad boliviana se ha rendido. Cuando sabe que está en el "Lanza", cree de su deber elogiar a este Regimiento que, entre los paraguayos, se tiene en alto concepto. Uno de los nuestros explica que en la noche del 19 chocaron ya contra el "Lanza", en el camino a Jurado. Estigarribia declara que está seguro de haber cumplido decorosamente su deber, reconociendo que tuvo al frente a un adversario que supo vencerle. Instantes después, sentados en rueda oficiales bolivianos y paraguayos, Estigarribia firma su capitulación, cuya copia guardo entre mis papeles.

Paccieri, con naturalidad y sencillez de gran señor, invita a los oficiales cautivos el clásico cocktail de campaña: alcohol mezclado con jarabe y un poco de agua. Circulan cigarrillos y la conversación se hace general, libre de la tirantez de los primeros momentos.

Y pienso que estos hombres, 30 minutos antes, estaban dispuestos a despedazarse los unos a los otros, en cumplimiento de una ley de honor tan vieja como el mundo...

Ahora, aunque enemigos por un concepto nacional, son seres entre los cuales emerge nuevamente la civilidad. El cocktail del Mayor Paccieri tiene para mí el simbolismo de un rito humano que ofrece la hospitalidad, la garantiza y la enaltece por encima de todos los rencores y de todas las afrentas. Los prisioneros paraguayos "son acreedores al trato que la hidalguía boliviana les reconoce" reza el acta por ellos firmada.

A las 13, con algunos camiones, llega el Comandante del sector. Presentación y saludos. Tras breves palabras, el Cnl. Alfredo Rivas, se lleva a los Oficiales prisioneros, mientras la tropa apresada se dirige hacia la próxima posta donde espera un convoy para conducirla. Aún no está satisfecha nuestra curiosidad. Visitamos las posiciones de Estigarribia, encontrando en ella apreciable cantidad de munición, especialmente de ametralladora. Los sitiados contaban con dos aguadas. Sus reductos eran excelentes y tenían tres o cuatro casamatas subterráneas, donde refugiaban a los heridos. Varias tumbas por uno y otro lado. Dorado me pregunta si no siento "el olor dulzón a cadáver". Tomamos por otra senda y tropezamos con el doctor Alcócer y tres soldaditos. En una lata de gasolina, la cabeza descarnada de una mula, comida hasta el último pedazo.

De vuelta al Comando, Paccieri nos convida el rancho que acaba de llegar. Masticar y engullir mecánicamente, por necesidad fisiológica pero con la mente adherida a los horrores vistos, es mi sufrimiento de esos instantes. Todos sentimos la necesidad del descanso. Los nervios sobreexcitados recobran su estado nor. mal bajo una extraña modorra que nos invade. Tendidos en la hierba conversamos. Al principio brotan anécdotas de la jornada que acabamos de vivir, pero después, insensiblemente, el espíritu se aleja del episodio guerrero y arde por descifrar la incógnita de esta contienda bélica que se alarga tremendamente.

Al atardecer, Carlos Dorado y yo nos despedimos del caballeroso Paccieri y de sus bravos muchachos. Toda palabra estaría demás, desfiguraría la realidad de estas últimas horas compartidas con el heroico "Lanza". Más vale, pues, callarla.

EL SARGENTO DE ILABAYA

JUNIO 10 DE 1934

Debo agregar dos notas a mi crónica sobre la victoria de Cañada Strongest, que acabo de enviar para su publicación:

Acta de Rendición: "CAMPO ROCHA —25 de mayo de 1934 horas 12.35 p.m.— El Capitán Joel Estigarribia, Comandante del 1° Batallón del R. I. 16°, "Mariscal López", del Ejército del Paraguay y los señores oficiales (nombres de 9 tenientes) y sus hombres de tropa, en número de 180, se rindieron incondicionalmente con todas sus armas y pertrechos al R. C. 5° "Lanza", Comando del Mayor Eduardo Paccieri Blanco, del Ejército de Bolivia, siendo acreedores, desde este momento, al trato que el Derecho de Gentes y la hidalguía boliviana reconocen a los prisioneros de guerra. En fe de lo cual firman: Cap. J. Estigarribia, Comandante del 1° Batallón del Reg. "Mariscal López" —My. Eduardo Paccieri B., Comandante del "Lanza".— Siguen las otras firmas de todos los presentes.

Los tenientes paraguayos prisioneros son:

Mareyriam Pérez, Juan B. Ortigosa Sánchez, Pedro Alley Mora, Julián Olmedo, Eugenio Quinteros, José Mujica, Pedro Báez, Leopoldo Brum, Florentino Benítez Ortíz. Suboficiales: Rogelio Ferreira, Patricio Perdomo, Irineo Collmann, Santiago Silvestre, Eusebio Báez, Sinesio Ayala.

JUNIO 16 DE 1934

"LAS GENERACIONES CRUELES" —Psicología de una guerra.

Enviado para su publicación.

—"Agradezco el buen trato recibido y sólo puedo formular un voto: que las generaciones futuras sean menos crueles que las de hoy, en ambos países".

Juan Plate, Teniente del Ejército paraguayo, después de pronunciar estas palabras estrecha la mano del oficial boliviano que le acompaña, y sube a la nave aérea que le conducirá a su nuevo destino de prisionero.

Plate no es oficial de línea. Ajeno a la carrera militar o, mejor, a la disciplina cerrada de una carrera, desconoce la limitación que coarta toda expansión en el oficial o en el diplomático, cuando juzga que asume función porque viste el uniforme o la casaca.

De ahí que la exclamación de Plate no es de un militar; tampoco de un patriota si damos a este vocablo el sentido pervertido de que Chauvin quiso imponer a un noble sentimiento. Pero sí es profundamente humana, ya que traduce un estado de alma y, por lo sincera, merece un comentario igualmente sincero.

La crueldad a que hace alusión Plate no es física, y si en final de cuentas él la enuncia como protesta ante la muerte injusta de tantos, entraña, sin duda, una apreciación acerca de posiciones ideológicas y políticas adoptadas por los dos países en conflicto. El pensamiento del prisionero importa, en consecuencia, la crítica de un sistema político-social y económico que en Bolivia y Paraguay, y en América, de consiguiente, ha permitido que surja la crisis bélica.

Puesto en este terreno de fecunda especulación el enunciado de Plate, gustosos dejamos de lado la trillada ruta de las disquisiciones histórico-jurídicas, recorrida ya por tantos e incansables peripatéticos del título colonial, y nos dejamos atraer, sin prejuicios, por el verdor y la frescura de alguna sombra que invita a la meditación, aunque la nuestra no busca profundizar para no obscurecer el tema y, antes bien, lo expone con la sola pretensión de aportar un grano de verdad a la exégesis del caso boliviano- paraguayo.

La crueldad apuntada por Plate prisionero, no era, no pudo ser crueldad para Plate combatiente. No individualizamos; generalizamos, pues de lo contrario el análisis no tendría razón de ser. Tomamos a Plate como tipo de su generación —y de los mejores— para el estudio anímico de su pueblo.

Esta crueldad que, como estribillo, regresa al final de cada período de nuestra exposición, aplicada a dos naciones en guerra, se explica mejor si le damos, forzando un poco la imaginación, su verdadero nombre: incompreensión. Incompreensión y desconocimiento de masas, de gobiernos, de propósitos y aun de hombres!

He ahí la tragedia del Chaco.

El proceso histórico y diplomático del litigio territorial, ayer como hoy, ha girado alrededor de una sola palabra: arbitraje. Es decir, formas de aplicarlo y no fondo del recurso jurídico por excelencia. Desde el binomio Quijarro-Decoud hasta el de Gutiérrez-Díaz León, con el aditamento de las conferencias bonaerenses de 1927-1928, la idea de arbitraje tomó amplitudes y sufrió cercenamientos notables, pero siempre subsistió como pieza de fondo, como puntal de acercamiento y de posibles conversaciones que el tiempo hubiera limado hasta concordar los extremos para común beneficio.

El arbitraje pudo ser factible hasta el día en que apareció en la Asunción un credo ultra-nacionalista. Desde ese instante la guerra existió en potencia, aunque nadie lo advirtiera, y marcados quedaron los que caerían "bajo el signo de Marte".

Adriano Irala, nieto espiritual de Gaspar Rodríguez de Francia y sombrío soñador de la grandeza guaraní, fundó, no ha muchos años, una agrupación que, por su influencia y calidad de sus componentes: catedráticos, escritores, universitarios, era más que un partido político, pues ajena a todo compromiso partidista, exenta de ambiciones de mando, guarda cabal, porque lo podía, su libertad de acción y de pensamiento.

La "Liga Nacional Independiente" montó luego una imprenta y desde las columnas de "La Nación", inició la prédica del credo ultra-nacionalista, combatiendo a Bolivia, al Brasil y a veces a la Argentina, bajo la inspiración de O'Leary, el panegerista de Solano López. ¿Qué se proponía Irala? Inculcar en la masa o, más propiamente hablando, en la burguesía influyente, la idea de "independencia paraguaya a base de retraimiento colectivo". No más compromisos con el Plata, ni con Río; no más relaciones con Bolivia!

El espíritu de Irala se hundía en la mística del martirologio y arrastraba a sus amigos y admiradores hacia una perversión de la realidad, como que para ellos la comunidad paraguaya era la "víctima expiatoria" del crudo materialismo continental. Caso típico de regresión espiritual; rancia emanación de la opresión gasparina que aún perdura en las viejas casonas de la Villa de Salazar .

Y de esta alucinación malsana, nació subrepticamente una fórmula en el programa del partido "colorado" opositor, comprimida en un frío y tajante laconismo: "oponerse a la cesión de un puerto soberano a Bolivia sobre el río Paraguay" como reza el voto del Directorio de julio de 1927.

Esta dura declaración pasaba por alto, y no ocultaba, el ex-tenso capítulo de los alegatos acumulados con tanta paciencia por Bolivia y montada sobre el anacronismo del pensamiento excluyente del misionero jesuita, daba espaldas al derecho, sembraba la incompreensión y abonaba el terreno para la guerra.

Con todo, pudo creerse en aquel entonces que la obsesión de Irala adueñábase únicamente de los hombres contrarios al régimen imperante. Pedro Peña, gran señor y nieto carnal de Francia, jefe de los "opositores abstencionistas", esgrimía la idea equivoca como arma de política interna. Era no conocer la gravitación del pasado.

Por vez primera en la historia diplomática del viejo pleito, Asunción adoptó tan extrema postura al comunicar, por boca del áspero Zubizarreta, a la Comisión de Ginebra (2 de marzo de 1934) que el Paraguay no aceptaría un arbitraje sobre el litoral del río ni su **hinterland** pero sí, tal vez, allá sobre los trasfondos chaqueños, de donde se divisa ya la serranía de los Chiriguano! Y

cual eco fiel, Efraím Cardozo, el mejor exponente de la joven inteligencia paraguaya, en polémica con Norberto Piñero, repite la incongruencia (6 de mayo de 1934), revistiéndola de cierta fraseología de moda al estilo de Lindolfo Collor.

Adriano Irala ha muerto por haber llegado hasta el Chaco en llamas (1933), pero la creación negativa del inquieto Auditor de Guerra vive aún en la mente de sus compatriotas. La interpretación nacionalista de Irala, sólo concebible en el campo de un capcioso diletantismo político, ha perdido su vigor original al trocarse en concreciones, como santo y seña del fanatismo guerrero del Paraguay.

En los hombres de la "Liga Nacional Independiente" y en la juventud de la que Plate forma parte, germinó el morbo del cerrado nacionalismo de post-guerra que rebrotó, sin justificarse, de la Europa desconfiada. Pero América, continente de espíritu y de tendencia unitarios por más que los hechos del momento parezcan desmentirlo no es tierra de arraigo para exóticas doctrinas que alimentan el antagonismo y levantan barreras artificiales donde reina la exuberancia de una naturaleza pródiga, cuya munificencia no verán nuestros ojos mientras los cubra el denso velo de los nacionalismos exacerbados y suicidas.

Juan Plate prisionero, es un destello de luz en la incomprensión paraguaya y si hemos de ser francos, agregaremos que del choque de armas en el Chaco morirá la "crueldad" ambiente de nuestro adversario de hoy. Y está en nuestra esperanza proclamar que con el postrer roído de guerra se despejarán, para las nuevas generaciones, las brumas que cubren el panorama de una América fuerte por su respeto al Derecho y grande por su culto a la Justicia.

Entre tanto, la tragedia se acerca, tal vez, a su punto álgido.

EL SARGENTO DE ILABAYA

JUNIO 24 DE 1934

La muerte del Tcnl. Francisco Manchego ha consternado a sus amigos y camaradas de armas. Durante esa larga batalla de Ballivián, fue necesario un día liquidar una arremetida paraguaya y el que fuera gran Comandante del "Florida" tomó el mando y barrió al enemigo, pero la bella hazaña costóle la vida.

Manchego hacía la guerra con profundo rencor por la muerte de su hermano Tomás en Boquerón. Era un guerrero impetuoso y de una temeridad poco común. En una inspección de avanzada por altos Jefes, a los que me cupo acompañar, le oí hablar con absoluta seguridad de la victoria de nuestras armas. Pocas veces he conocido un hombre tan sereno y tan querido de su tropa. Parecía no estar en la guerra y en su rostro moreno y expresivo la sonrisa le daba un aire de perenne juventud.

Cuando ordenó efectuar el contraataque, él se puso a la cabeza de sus Soldados. No dirigía a esa tropa, la llevaba él mismo al combate, a la carrera, hacia las posiciones enemigas y en forma tan estupenda, tan fiera, que sus hombres se enardecieron y arrasaron con todo lo que encontraban con vida a su paso. Pero el gran Manchego fue acribillado a balazos. De él se puede decir que hizo el voluntario sacrificio de su vida, conscientemente, por la patria. Manchego corría al frente de sus hombres, arrojando granadas que las tenía alrededor de su cintura y dando grandes voces para animar a su gente.

Este hecho de armas ha levantado mucho la moral de los nuestros. La violencia de los combates fue tremenda. Algunos prisioneros confiesan que sus Comandos nunca creyeron que Bolivia pudiera rehacerse tan pronto y en forma tan poderosa. Al hacer la limpieza de trincheras y reductos paraguayos, los nuestros han encontrado a pequeños grupos de enemigos, vagando por el campo de batalla, como atontados, perdidos, pues tal fue el fragor de la lucha.

Fuertemente impresionado por esta desgracia, con venia del Comando, transmití a retaguardia el siguiente Informativo de la Zona de Operaciones, fechado el 21, desde Samayhuate:

"—Cayó heroicamente Teniente Coronel Francisco Manchego, quien a la cabeza de sus tropas, asaltó posición ocupada por enemigo—".

"Con este viril laconismo militar, parco de elogios —ya que cada palabra busca con exactitud la expresión de la verdad— el General en Jefe del Ejército en Campaña ha dado parte al Capitán General de la muerte de un gran soldado.

"El Teniente Coronel Manchego, Comandante del legendario "Florida ", desde los épicos días de Bogado, vivió la guerra siempre junto al soldado, en el puesto del sacrificio, y de él puede decirse literalmente que estuvo en todo momento en posición de apronte frente al enemigo.

"Su bravura indiscutida parecía haber cansado a la muerte, y aunque herido en la arremetida sobre Bulla, no tardaba en regresar cerca a sus camaradas, con el grado ganado por auténticos méritos de guerra.

"Manchego dejó entonces el Comando de su viejo Regimiento y ocupó una jefatura de importancia. Pero el gran soldado añoraba el fragor de la batalla que, como infante, había dominado en 18 meses de campaña.

"Y el 20 de junio, día elegido por la gloria para inmortalizar a este guerrero, Manchego tomaba la conducción de nuestras tropas que, en rudo asalto, rubricarían la victoria sobre el invasor.

"Cayó como héroe, como sólo podía caer el Teniente Coronel Francisco Manchego, como cayera su hermano Tomás, a la cabeza de sus hombres, el primero en el terrible "asalto adelante" y su cuerpo exangüe quedó tendido en el campo del honor, donde cientos de cadáveres paraguayos rendíanle el más augusto homenaje que Jefe alguno haya recibido".

El Comando del I Cuerpo envió a Samayhuate el siguiente radio de agradecimiento:

"Ballivián, 21 de junio de 1934 —General en Jefe de Ejército en Campaña— Samayhuate —Después lectura comunicado 931 y 932 Primer Cuerpo de Ejército no puede menos que vibrar de emoción y reconocimiento a ese Comando por justo homenaje hácese memoria gran jefe caído. (f) Cnl. Toro".

JULIO 2 DE 1934

El Coronel Ángel Rodríguez me habló anoche de una peregrina idea: que el Comando Boliviano dirija un radio abierto al Comando Paraguay (previa anuencia del Gobierno), invitándole a parar fuegos y proceder a un arreglo transaccional en el Chaco. Paralelo 22°...

Regresaríamos al tratado Quijarro-Découd de 1879! Le discuto la idea. Hablo de atribuciones jerárquicas y si conciben lo que significa que un Comando militar en campaña pueda entablar negociaciones por sobre los órganos constitucionales, aparte del aspecto moral de pedir un cese de fuegos, repentino y para muchos inexplicable, después de dos años de dura contienda. Agregó que, a mi juicio, pero siempre por los conductos legales, sería preferible una invitación al arbitraje, entablandose las conversaciones de Gobierno a Gobierno y no de Comando a Comando; aún más, cabría adelantar discretas gestiones ante una Cancillería amiga para tal fin —desde luego la línea del Paralelo 22°— y esa podría ser la de Ytamaraty. Le digo que por mi propia experiencia, Salamanca, a mi entender, no ha de aceptar aquello de que los Comandos se metan a negociadores.

Rodríguez me dice que el Comando estudia seriamente la cuestión y que, seguramente, propondrá al Presidente un plan adecuado; agrega que no hay perspectiva alguna, tal cual andan las cosas, para que la guerra termine en una victoria indiscutida para nosotros ni para los adversarios. Tarde o temprano, subraya, llegaremos a un punto muerto, agotados y sin gloria.

No me sorprenden las reflexiones de Rodríguez, pues en mi labor de Jefe de los servicios de comunicaciones e informativos del Comando, es con él con quien más debo entenderme y hemos llegado a ser buenos amigos, habiéndome tocado escucharle, en momentos de expansión, opiniones pesimistas sobre el curso de la guerra. Su lenguaje, a veces, reflejaba crudas realidades. Sin embargo, a juicio de muchos y comulgo con ellos, Rodríguez es un magnífico Jefe de Operaciones y, desde luego, la victoria dj) Cañada Strongest como planeamiento se debe a él.

No dejo de señalarle que en mi informe de Asunción, de 5 de diciembre de 1930, coincidí con esta idea de transacción dejando de lado el fárrago de títulos y de cédulas reales, de una y otra parte. Después de dos años de tragedia, llegaríamos a ese punto de partida. Es cruel constatarlo y me invade cierta desesperanza porque si bien la desnuda realidad parece demostrarnos que no podemos esperar mucho de la suerte de las armas, un recóndito sentimiento de pudor patriótico y de dignidad nos empuja a seguir en la brega, sin rendirnos o aparentar rendirnos.

Políticamente, y así le señalo a mi jefe amigo, no veo cómo el Gobierno podría resolverse a dar por terminada la guerra, mediante una propia confesión de impotencia, al invitar directamente al adversario a cesar fuegos, y menos si esto debe hacerlo nuestro Comando en Campaña. Será preciso, agregó, que esto deba venir de fuera, a modo de llamada en nombre de la vocación pacifista del Continente. Conviene en que tengo razón, pero me dice que las cosas pueden siempre explicarse cuando la causa es buena.

El Coronel Rodríguez me informa que el Gobierno conoce ya esta idea de entablar negociaciones directas con el Paraguay y el señalamiento del Paralelo 22° como línea fronteriza entre los dos países pues él así lo propuso al Ministro de Guerra durante su última visita. Con este antecedente, cree el Jefe de Operaciones del Comando Superior que la sugestión no es aventurada.

JULIO 3 DE 1934

Ayer el Coronel Ángel Rodríguez me entregó un proyecto de radio, redactado de su puño y letra, que piensa remitir al Presidente de la República —en cifrado— con el fin de iniciar la ejecución del plan de negociaciones directas, de Comando a Comando, de que él me hablara la noche del 1°. A simple lectura hago algunas observaciones al Coronel Jefe de Operaciones, y como le veo sin deseos de discutir, quedamos en que le presentaré un proyecto sustitutivo que explique mejor sus intenciones y la realidad del momento militar que vivimos. El radio lo firmaría el General Peñaranda.

El papel que me da el Coronel Rodríguez dice textualmente: —A.I.C.— "Para los fines diplomáticos e impresionar la conciencia americana, propongo a V.E. autorizarme largar siguiente radio abierto a Gral. Estigarribia: "El sacrificio de nuestras tropas frente a Ballivián es estéril. Estamos dando un espectáculo triste a la América luchando y enlutando centenares de hogares por puntos sin importancia. Proponga Usted a su gobierno el Paralelo 22° que yo haré lo mismo y con ello habremos dado fin a esta guerra con la línea más equitativa, sin vencidos ni vencedores".

Espero presentar al Jefe de Operaciones mi proyecto antes de la cena. Reconozco la sana intención del proyectado gesto. Quizá de este movimiento inicial, carente de forma, salga alguna negociación útil.

JULIO 4 DE 1934

Entregué anoche mi proyecto al Coronel Rodríguez, insistiendo en que sea el gobierno nacional, mediante mensaje diplomático directo o por intermedio de algún neutral, el que se comunique con el gobierno paraguayo, proponiendo el Paralelo 22°. Al Coronel Rodríguez, según entiendo, no le hace mucha gracia la negociación por los medios usuales, tiene desconfianza, y se aferra a la idea de mensajes abiertos entre Peñaranda y Estigarribia, acaso más efectivos por su novedad y su nota de espontaneidad y sorpresa.

Este es mi proyecto de radio al Presidente:

"El Ejército nacional ha llegado hoy al máximo de su capacidad en hombres y pertrechos. Cada día que pasa, el natural y duro desgaste irá disminuyendo esa capacidad, aunque no el espíritu de sacrificio del soldado boliviano, apesar de su cansancio por dos años de campaña.

"Países neutrales, gobiernos vecinos de la América y organismos internacionales han fracasado en todos sus empeños por detener el curso de la guerra. Las fórmulas jurídicas, siempre aconsejables, cayeron esta vez en un terreno inculdo y prolongan la duración del conflicto, una vez

que cada beligerante busca, en la fuerza, la base de una posición de derecho que asegure mejor su punto de vista.

"Detenida con fuertes pérdidas para el enemigo y no pocas propias la ofensiva general que lanzó sobre el objetivo de Ballivián, y encontrándose en posición de apronte ambos Ejércitos, con el mayor acopio de elementos, no tardará la sangrienta lucha en reiniciarse alrededor del mismo Ballivián.

"El Ejército paraguayo será detenido nuevamente y si logra avanzar unos pocos kilómetros ha de ser bajo el control del Ejército boliviano.

"Existe, pues, la convicción de que las próximas acciones de armas no traerán ninguna ventaja para las negociaciones conciliadoras, pues no serán de naturaleza a dejar gravemente mermada la potencialidad enemiga y menos la nuestra.

"La guerra, en consecuencia, se prolongará indefinidamente y aunque nuestro patriotismo nos asegure triunfos en el campo militar, nuestra experiencia nos demuestra que ha pasado la hora de las soluciones impuestas por la fuerza de las armas.

"Estas reflexiones me mueven a proponer a V. E. la adopción de un temperamento transaccional para zanjar el pleito chaqueño, temperamento que ya existe, en principio, en la respuesta del gobierno de V. E. a la Sociedad de las Naciones.

"Por otra parte, el **modus operandi** que me permito señalar ofrece la ventaja de echar todo el peso de futuras responsabilidades sobre el enemigo y no compromete nuestra dignidad, ya que nada puede ser indigno cuando se obra a impulso de un hondo sentimiento de humanidad.

"La conciencia de América, para la cual nuestra tesis jurídica no ha interesado mayormente, aplaudirá nuestra actitud y, desde ese día, nos acompañará con sus simpatías.

"En esta virtud, solicito autorización de V. E. para dirigir un despacho abierto al General José Félix Estigarribia, concebido en los siguientes términos:- "El sacrificio de las tropas paraguayas en Ballivián es estéril y los dos Ejércitos frente a la América, al enlutar centenares de hogares, luchan por puntos geográficos, cuya posesión no decidirá la guerra en favor del que los tengan. En sus dos años de conflicto bélico y en medio siglo de negociaciones, las fórmulas jurídicas nada han podido contra la irreductibilidad de nuestras alegaciones. Un hondo sentimiento de humanidad me mueve a sugerir a usted que proponga a su gobierno, como limite entre los dos países, el Paralelo 22°, comprometiéndome a hacer lo propio con el mío, alentados por el espíritu que informó el pacto transaccional de 1879, dando fin así a esta guerra, sin vencidos ni vencedores, directa y virilmente, como un homenaje a nuestros muertos. La respuesta de usted dará el limite de la responsabilidad que querrá asumir ante la Historia".

A Rodríguez no le parece mal mi redacción aunque, con media sonrisa, me dice que yo empleo muchas palabras y muchos rodeos para algo que debe ser simple y directo. Queda en estudiar el texto y en revisar la idea, consultando con algunos de sus camaradas y llamarme el momento oportuno si se despacha el cifrado al Presidente Salamanca, cuya reacción yo anticipo de completo repudio a tal idea por lo que ella significa de desmedro de la autoridad civil.

JULIO 9 DE 1934

El Chaco visto desde mil quinientos metros de altura, en una mañana transparente, es una pampa motuda como la cabeza de un negro. Caminos, fortines y aguadas son líneas y claros diminutos, ridículos ante la enormidad verde que se extiende hasta el infinito.

El Pilcomayo corta, empero, la monotonía de la visión con el sinuoso curso de sus aguas y la extensión de sus playas, de formación periódica. La vista no se desprende del río; él es un remanso y una alegría; es la única señal aparente de vida en el conjunto panorámico de los llanos.

Y entre el infinito del cielo y el de esta superficie de heroicas recordaciones, vibra la potente máquina de bombardeo y vibra mi corazón con ritmo inusitado.

Hállome sojuzgado por la emoción de saberme un punto perdido en el espacio; una expresión negativa, si se quiere, frente al peligro; y a la vez encuentro un placer insospechado de comprobar esto mismo y de creer, alentado por mi ingenua vanidad, que venzo a la materia en la posición más audaz del pleno vuelo que el hombre haya logrado ante la naturaleza y la ley física.

Un metro de distancia me separa del piloto. Presiento su mano maestra empuñando el timón de profundidad cada vez que caemos en una bolsa de vacío. Le doy la espalda en incomoda postura en esta nave de bombardeo, y solo conmigo mismo, como pocas veces se suele estar en la vida, concibo, por unos segundos, la belleza de la soledad espiritual por poco que uno se eleve por encima de la tierra y de los hombres.

A mil quinientos metros escasos se agita un mundo en llamas desde hace dos años: la guerra destruye metódicamente vidas humanas con la misma paciencia con que el hombre tala estos bosques. Dos cicatrices paralelas, apenas perceptibles, separan a los Ejércitos en lucha: la trinchera es reducto, es vivienda, es hogar donde bulle la vitalidad juvenil del combatiente y donde se amasan lampos de gloria con barro y sangre. Hoy el silencio reina en la trinchera hasta el momento en que estalle en miles de fragmentos metálicos.

Los dos Ejércitos buscan destruirse, hoy cerca a aquella diminuta aguada, más tarde junto a ese rancho miserable que se disfraza con nombre de fortín, y mañana, quien sabe, a la orilla del río o muy lejos de él, en el corazón del monte. Entre tanto, la inmensidad del Chaco sigue recogiendo el eco de la batalla, mezcla de trueno y humana queja.

Quisiera insistir sobre mis impresiones de vuelo pero un trágico suceso me amarra a la tierra y al más allá.

El piloto que me lleva era Eleodoro Nery ...Fue su último vuelo de servicio. Dos días más tarde, en Villa Montes, caía al probar una máquina.

De pronto surge en mi mente la singular trama creada por Eça de Queiroz con Cánovas del Castillo y su asesino en aquella perdida estación de aguas termales. La muerte, que llamamos destino, estaba ya en Nery cuando volamos juntos; su pericia en ese día anticipaba la tragedia y, tal vez, no era más que una postrera afirmación de la vida ante la nada.

La sonrisa bondadosa, en cara de niño, de Nery disimulaba la mueca de la calavera y en sus ojos chispeantes de alegría jamás conturbada, oteaba la muerte irónica. A mil quinientos metros de altura vivía Nery en el apogeo de su gloria, ya que ese día de nuestro vuelo, en el Condado, recibió la insignia de Oficial de la Orden del Mérito Militar; pero en él estaba la muerte clavada como la roja cinta que el Generalísimo prendió en su pecho varonil.

|

JULIO 12 DE 1934

En tren de confidencias, el Coronel Ángel Rodríguez me cuenta, con algún detalle, el incidente de la misión checa. Me da lectura a un largo telegrama del Presidente de la República en el cual acusa de rebelión al General Peñaranda y a sus lugartenientes, y les invita a retirar el radio grama en el cual manifestaron no estar dispuestos a recibir a los oficiales checos.

El tono del despacho del doctor Salamanca, bajo el severo lenguaje muy propio de él, me parece que busca la conciliación o, por lo menos, creo advertir que no pretende imponer el destino mismo de los oficiales extranjeros por encima de la autoridad de los jefes bolivianos, ya que admite utilizar a aquellos en servicios de retaguardia cuando el Alto Mando en campaña haya visto, en el terreno, su capacidad y eficiencia.

La respuesta —cifrada— del General Peñaranda es dura. La forma y el fondo sólo buscan salvaguardar la "dignidad" del Ejército que se juzga menoscabada con la venida de la misión de Checoslovaquia, por no haber sido consultado previamente. Esta respuesta lleva el incidente a extremos que parecen cerrar toda posibilidad de avenimiento. Nuevamente debemos constatar aquí de parte del Gobierno —que es el superior jerárquico y debe dar la norma— carencia de ductilidad. Las cosas se hacen con tiesura que levanta polvareda sin motivo de fondo y, una vez suscitada la diferencia, hay porfías recíprocas que vuelven casi insalvable un entendimiento. La

mutua consulta, que a nadie disminuye, no existe! Voy convenciéndome que esta es una tradición boliviana.

Hablando con sinceridad —y así se lo digo a Rodríguez— paréceme que el Comando, en resguardo de su dignidad que, al final de cuentas, es la de todos los bolivianos movilizados, debía haber expuesto sus puntos de vista —cual lo hace— pero dejando abierta la puerta a posibles soluciones, como ser la venida de los checos a la zona de operaciones, primero de simples consejeros por un tiempo prudencial, hasta ver mejor qué destinos cabía dárselos, pues tal vez alguno podía tomar mandos en la línea de fuego con ventaja. También la retaguardia podría recibirlos, particularmente en servicios de Cuartel Maestre o en trabajos de entrenamiento superior de tropas seleccionadas. La nota de respuesta del Comando, me temo, es la ruptura. El Coronel Rodríguez, siempre socarrón, admite mis puntos de vista pero hace la salvedad de que, con antelación, este asunto debió ser acordado entre el Gobierno y Comando. Se muestra irritado ante las órdenes del Presidente de la República, dadas sin conocimiento del Ejército.

¡Todo esto ha quedado paralizado por la ofensiva paraguaya iniciada el sábado 7. El doctor Salamanca ha respondido al General Peñaranda que "se reserva, para unos días más, contestar a su extraño telegrama".

Y los paraguayos dicen haber encontrado en el cadáver de un combatiente boliviano, caído en el sector Ballivián, copia de la consulta del Comandante en Jefe a sus colaboradores y las opiniones de Toro y de Arrieta, contrarias a los checos. El Comando paraguayo, como era de suponerse y con tintes de escándalo, acaba de divulgar la nueva!

Al despedirme del Coronel Rodríguez le pregunto qué es del radio al Presidente sobre la comunicación directa del General Peñaranda al General Estigarribia sugiriendo bases de paz. Rodríguez, sonriendo, me dice que el asunto "todavía está en consulta ", por lo que concluyo yo que se halla archivado.

JULIO 21 DE 1934

La cuestión de quedarse en Ballivián tiene aquí dos fuertes partidarios: el Coronel Toro por su prestigio de Jefe del I Cuerpo, encargado de la defensa, y en estos pasados días gloriosa, y el General Peñaranda por amor propio de Comandante en Jefe. El gran partidario —y arrastra seguidores— de abandonar Ballivián es el Coronel Ángel Rodríguez quien, a ratos afirma que, de un golpe, hay que ir hasta Villa Montes para "reventar" a los paraguayos en el momento oportuno. Me hubiera gusta. do conocer la opinión de Oscar Moscoso.

En cuanto a los civiles, movilizados en este Fortín de Samayhuate, también hay criterios encontrados. La tesis del desgaste enemigo en continua ofensiva cuenta con fuertes adeptos, siempre que nuestras líneas resistan; y es ahí donde saltan los que abogan por la gran retirada, pues mapa en mano, arguyen que nuestro largo frente presenta varios puntos débiles. Y siempre se concluye por planear operaciones de fondo y pasar a la ofensiva.

La delicada cuestión, por el momento, ha sido dejada al estudio del Presidente de la República y su ulterior decisión.

En estos días el I Cuerpo o, más propiamente hablando, los defensores de Ballivián se han cubierto de laureles. La ofensiva paraguaya era esperada para el 10 (martes) pero se adelantó 3 días y se desencadenó el sábado 7, directamente sobre el fortín. Todo estaba previsto y los primeros ataques fueron rechazados con energía.

Las arremetidas paraguayas del sábado, domingo y lunes, sobre Ballivián primero y, después, sobre todo el frente del I Cuerpo (200 kilómetros) son tanteos sobre nuestra línea, forma usual de ocultar el punto escogido para el ataque de fondo.

Recién el martes, sobre Ballivián mismo y sobre nuestra Tercera División en el ala izquierda de nuestra extensa defensa, el enemigo se lanzó al asalto en masa, dispuesto a romper nuestro dispositivo. En todos sus ataques fue sangrientamente rechazado, como lo anunció oportunamente el Comando en sus Comunicados y yo en mis Informativos.

Tales acometidas se reprodujeron el miércoles con fuerte preparación de artillería y morteros, pero fueron igualmente rechazados. El jueves, con menos intensidad, volvió el enemigo a golpear nuestras líneas. El viernes 13 hubo relativa calma. Nuestra artillería, en el sector de "Cañada Chile", hizo fuego tan preciso que voló las posiciones paraguayas. El sábado, hasta horas 22, no ha habido novedad en el frente, salvo fuego de hostigamiento.

La ofensiva paraguaya, pregonada por el General Estigarribia desde el 8 de julio, en partes abiertos que anunciaban la "marcha precipitada" de sus tropas sobre Ballivián y el "avance resuelto" de las mismas sobre Fortín Guachalla, a la retaguardia de nuestro Primer Cuerpo, ha fracasado en todos los puntos donde tuvo lugar. Jamás, desde luego, los dos ejércitos han estado, como en esta oportunidad, frente a frente, en toda la extensión de la línea, con el máximo de sus elementos. Era una prueba decisiva para los contendores y hemos vencido.

El Paraguay ha golpeado particularmente en tres sectores: sector Ballivián (extrema derecha de nuestra línea); sector Cañada Chile (centro) y sector Campo Santa Cruz (extrema izquierda). En los tres ha sido rechazado vigorosamente. De ahí que en mis Informativos de la Zona de Operaciones (IZO) haya hablado de tres victorias. En Campo Santa Cruz la ofensiva paraguaya fue más violenta, pues la intención del enemigo —saltaba a la vista— era efectuar el envolvimiento de nuestra ala izquierda y penetrar en nuestra retaguardia.

Los paraguayos, desde el sábado 14, no han intentado ningún movimiento; han paralizado sus fuegos. Hay ahora calma en todo el frente. Lástima que no podamos arremeter con brío. Aquí es donde las discusiones, entre los nuestros, suben de punto. Ocho días de descanso que hemos dado al enemigo para que prepare su próxima ofensiva. La oficialidad joven de todos los sectores critica nuestro quietísimo y con ella, nosotros los civiles de este Fortín. La contraofensiva que, según muchos, era necesaria y obligada, no se produjo y sobre esto se aducen razones que para nosotros, profanos, son difíciles de comprobar: falta de hombres, camiones, municiones, armamentos, etc. Pero también es difícil insistir sobre el contraataque boliviano si el Jefe de Operaciones del Comando opina que hay que abandonar la plaza de Ballivián y que quedarse en ella es, militarmente hablando, un "error". De otra parte, las fuerzas que guarnecen Ballivián, después de la buena resistencia que hicieron, se encuentran resueltas a no retroceder y, por hoy, nadie podría obligarlas a un repliegue. Con franqueza he discutido lo de nuestra contraofensiva con el Coronel Rodríguez, más de una vez, como también lo hice después de la victoria de Cañada Strongest. Usa él a veces expresiones fuertes que, por la confianza que me ha dado, replico en igual forma. Al final él saca su lápiz y llena de cifras el papel, demostrándome —me convence a medias— todo lo que falta en reservas y pertrechos. Lo que más le preocupa es la escasez de camiones; a su juicio nuestra movilidad es deficiente y los paraguayos nos ganan en rapidez.

Parada sangrientamente la gran ofensiva enemiga, ¿qué podemos conjeturar? Que el descanso de estos días ha de permitir al Paraguay recontar sus muertos, recoger sus heridos, suma rehacerse, concentrar otra vez sus unidades y, sin atajo nuestro, desencadenar una segunda ofensiva en busca de definiciones. Estamos, pues, en víspera de acontecimientos decisivos. Estos son los momentos más críticos de la campaña. El nuevo Ejército de Bolivia ha dado pruebas de vigor poco comunes. El Comandante Guerrero, en "La Crónica" de Lima, según los noticieros de La Paz, acaba de escribir que nuestra reacción victoriosa, después de tantos contrastes, es pocas veces vista en la historia de los pueblos.

En el sector de Ballivián nuestro frente hace un ángulo en punta, peligroso. Dicen los de Rodríguez que al abandonar este fortín, sin perder un solo hombre, ganaremos 8.000 soldados, ahora clavados allí, para maniobrar libremente y empezar nuestra ofensiva, y que lo contrario significará que los dos ejércitos quedarán amarrados, uno frente al otro, en este sector del Pilcomayo, hasta agotarse y la guerra se prolongará indefinidamente. Pero el abandono de Ballivián es a condición de obtener seguros triunfos. Y la retaguardia ¿está moralmente decidida a aceptar la retirada de Ballivián? Esto preocupa al Comando. Mañana llega el Ministro de Guerra y con él debe resolverse este espinoso problema.

Los nervios están de punta, pues andamos confundidos por eso de irnos o quedarnos en Ballivián, ya que este repliegue obligaría a serias modificaciones en todo el frente del I Cuerpo.

JULIO 26 DE 1934

La calma más completa reina en las líneas. Esto sí que es "sin novedad en el frente". Según los agresivos, hemos dado 13 días de descanso al enemigo. Los del Comando Superior se disculpan de la crítica con el Gobierno, al cual acusan de no proveer al Ejército de todo lo que necesita para tomar la iniciativa.

Según las informaciones recibidas, y las de Buenos Aires son importantes; el Paraguay prepara una segunda ofensiva, ciertamente más violenta que la primera que acaba de fracasar. Para muchos, esta primera arremetida ha sido una fuerte operación de tanteo de líneas y puntos de resistencia. Luego, en todos los sectores se prepara la resistencia, que deberá ser decisiva, para darnos la oportunidad de iniciar nuestra contraofensiva... si estamos preparados!

En previsión de esto, el enemigo construye trincheras a todo lo largo del frente. Rodríguez me dice que Estigarribia ha de maniobrar con fuertes masas sobre nuestro flanco izquierdo, siendo éste el punto débil; o lanzará sus tropas de asalto en un punto preciso para romper la línea, y necesita que su defensa de otros sectores resulte inexpugnable. Sólo así podría aprovechar la brecha y seguir adelante. Nos encontramos, pues, en un momento de honda expectativa.

El Coronel Felipe Rivera me llama y me explica que el Comando, hace tiempo, encargó al Estado Mayor Auxiliar la compra de una imprenta para uso del ejército en campaña. Esa imprenta parece haberse perdido. "Es preciso encontrarla y traerla" subraya, y me ordena viajar a La Paz con este objeto. Debo partir de inmediato. "Es su orden" hubo de ser mi única respuesta.

Hace meses que se habla de la publicación de un diario en el frente; yo mismo anduve agitando esta idea. Los hay partidarios de que la imprenta funcione en la sede del Comando Superior y otros que prefieren que el diario se trabaje más atrás, en Villa Montes, para no estar bajo la influencia de dicho Comando. Pero lo importante es que la imprenta aparezca. A eso debo ir a La Paz y según me dice el Coronel Rivera yo voy como personero del Comando Superior y debo ordenar y mandar hasta conseguir mi objetivo y cumplir las órdenes recibidas. Se supone que unos quince días serán suficientes. Con Anze Matienzo discutimos, ya en detalle, lo que será este diario de campaña, que unos quieren llamar "La Trinchera" y otros "El Chaco boliviano".

Lo de la venida de Quiroga no resolvió nada. Sabemos que se ha mostrado de acuerdo con el repliegue de Ballivián, no precisamente a Villa Montes, pero que todo ha de ser decidido por el Jefe del Estado, pues en esta retirada entra más la política que lo militar, aunque debiera ser al revés.

Y a propósito del Coronel Rivera, hace un tiempo, poco después de la muerte del recordado Manchego, conversando sobre mis labores, me dijo que se pensaba condecorarme con la nueva Orden Militar. Debo confesar que me sentí pequeño ante tamaño honor y le respondí que esa condecoración debía ser únicamente para los combatientes. No sé si tomó esto como un rechazo inamistoso o una crítica impertinente.

La última recomendación del Jefe del Estado Mayor es: "No permita que le demoren". Trataré de cumplir.

LA PAZ

1934

AGOSTO 20 DE 1934

Escribo a Eduardo Anze, en respuesta a su carta del día 12, desde Samayhuate, contándole cómo José Antonio Quiroga, en nombre del Presidente, me pidió sustituirle en la cartera de Guerra.

Hace cuatro días me dirigí al General Peñaranda y en estos párrafos definí mi criterio sobre la situación en que me hallo:

"Puesto en la tarea, no le ocultaré que hay sinnúmero de dificultades por vencer, nacidas las más de ellas de ciertas incomprendiones y malentendidos que me esforzaré por anular con un solo propósito: el bien de la patria. Usted, mi General, sabe cuán ajeno soya los partidos políticos actuantes y cuánta repugnancia me causan el juego y la intriga políticos, propios de toda democracia criolla como la nuestra. De ahí que mi pensamiento, mis aspiraciones y mis afanes tengan un solo norte: servir a la patria en la noble acepción de la palabra servir, sin esperar recompensa ni honores".

Me encuentro en el Ministerio con viejas manos, lo que implica experiencia que yo no poseo: aquí están David Alvéstegui, Juan Manuel Sainz, Gustavo Carlos Otero, Joaquín Espada. Están también Ovidio Urioste y Ernesto Sanjinés, pero nuevos en estas lides.

Con Sanjinés pasó algo curioso: el 29 de julio me envió una larga carta a Samayhuate, lugar que dejé el día 28 en viaje a La Paz. A mi llegada me entregó copia de esa carta. En ella proponía esta fórmula política:

"El Gobierno, por su parte, no tiene interés ninguno en que se realicen elecciones, mucho menos en que tales elecciones pudieran favorecer a elementos del partido de gobierno..." Agregaba más lejos: "entonces sólo habría como situación salvadora que se convoque a una Convención para que ella designe un Gobierno provisorio, mientras concluya la guerra, así como para resolver la forma de elecciones del Senado, los problemas emergentes de la guerra misma y aun modificar la Constitución en algunos aspectos que, en virtud de las reformas últimas, han resultado absurdos". Me pedía, al final, que hiciera gestiones ante el Comando para que, como iniciativa propia, diera curso a esa sugestión.

Esto es, sin duda, interesante pero carece de consistencia, una vez que el Comando en Campaña desea que las elecciones se posterguen, lisa y llanamente. Por otro lado, Carlos Gustavo Otero me informa que el Presidente no ha de dar paso a una petición del General Peñaranda para que no se lleven a cabo los comicios sino terminada la guerra y que no es partidario de una Convención Nacional ni de la prórroga del mandato presidencial.

El Jefe del Estado y el Comando Superior se comunican directamente por radio grama y el Ministerio, en muchos casos, conoce estos mensajes a posteriori por la copia que le envía el Estado Mayor Auxiliar. Es difícil intervenir después!

SEPTIEMBRE 16 DE 1934

Durante la visita del Presidente a Samayhuate, el 28 de agosto, se trató, entre otras cosas, del traslado del Coronel Felipe Rivera, Jefe de Estado Mayor a la Jefatura del Estado Mayor Auxiliar, en La Paz. Todos los de la comitiva del primer Mandatario quedamos convencidos de que este cambio (reemplazo de Rivera por Bilbao Rioja) estaba resuelto sin inconvenientes. Las cosas, sin embargo, se fueron complicando y a un plazo, de pocos días, indicado por el General Peñaranda, vienen sumándose más plazos y estamos ahora sin saber a qué atenemos. El Presidente se impacienta y estoy empeñado en solucionar el incidente. Ya resolví bien lo de la misión de militares checos que el Comando, por fin, aceptó viajaran al Chaco. Creo que el contraste de Picuiba ha acentuado, en el doctor Salamanca, la idea de que el Coronel Rivera debe ser reemplazado.

Deseo aquí reproducir mi carta al General Peñaranda, de 13 del presente, sobre este asunto antes que hacer comentarios:

"Situación del Coronel Rivera —Puedo asegurarle que, en ningún momento, ha creído el señor Presidente de la República que el nuevo destino ofrecido al Coronel Rivera, pudiera ser interpretado por él y por sus camaradas del Ejército como una sanción o la prueba de una desaveniencia.

"Estando aún en Samayhuate, el propio Coronel Rivera, ha. blando sobre su traslado, me dijo textualmente que si no fuese por la gran amistad que le tiene a usted, ya habría renunciado al cargo de Jefe de Estado Mayor del Comando Superior, pues se hallaba con la salud quebrantada y, me agregó, que una estada de algún tiempo en La paz le serviría para restablecerse. Nuestro distinguido amigo aceptó, pues, con agrado, el nuevo cargo que, a mi juicio, le honra mucho.

"Usted, mi querido General, me sugirió sobre el particular la conveniencia de no apresurar, por unos días, este traslado para que no se creyese que era fruto de alguna desaveniencia. El señor Presidente, gustoso, accedió a su pedido, que usted mismo fijó para el sábado pasado.

"Entre los tres colaboradores que usted indicó al señor Presidente para reemplazar al Coronel Rivera, usted me dijo confidencialmente que el mejor sería el Coronel Bilbao. De ahí la designación que en él ha hecho el señor Presidente. El Coronel Rivera le ha expresado al Tcnl. Brito, mi Ayudante General, que no se produciría ningún inconveniente con el Coronel Toro por aquella designación, ya que la disciplina militar lo impedía y estaba la alta autoridad de usted para evitar cualquier reclamación.

"Con toda franqueza, mi querido General, es mi deber manifestarle que nos ha extrañado, al señor Presidente y a mi, el tenor de su cifrado pidiendo que el Coronel Rivera continúe en su cargo allá, ya que había total acuerdo para el cambio convenido y él era de plena aceptación del Coronel Rivera. Sobre todo, el hecho de que usted denuncia de que en el seno del Ejército parece levantarse alguna resistencia a este traslado y que se lo toma como una nueva prueba de malentendido entre el Gobierno y el Comando Superior, no ha dejado de alarmarme, pues usted tiene la evidencia de que esto no es así y corresponde a su innegable autoridad de Jefe desmentir tal especie, haciendo comprender a los señores Jefes y Oficiales la verdad de lo sucedido.

"Pierde usted en autoridad moral, mi querido General, al dar pábulo a esa especie, contraria a la verdad y peligrosa para la férrea disciplina que, en todo momento, debe reinar en el Ejército. Seguro estoy, por otra parte, que usted ya habrá empezado a desvirtuar el falso rumor, poniendo las cosas en su lugar.

"En otro sentido, la presencia del Coronel Rivera a la cabeza del Estado Mayor Auxiliar es urgente; nosotros conocemos las altas dotes de organizador, de trabajo y de talento del Coronel Rivera, y es precisamente por ello que el señor Presidente juzga indispensable que venga a reorganizar los servicios de retaguardia y ser el brazo derecho suyo y del Gobierno para secundar la acción de guerra que usted dirige en el Chaco.

"No creo que esa acción de guerra, interesante en estos momentos, pudiera entorpecerse con la presencia del Coronel Bilbao en el Comando Superior. Al contrario, el dinamismo probado de este meritorio Jefe es, precisamente, una prenda de garantía de que esa acción seguiría sin interrupción su curso y aun cabe suponer que cobraría mayor brío.

"Escribo estas aclaraciones para fijar con claridad el incidente del momento, pero estoy seguro que éste no habrá de agravarse. Conozco su hidalguía y su alto concepto del deber militar y me halaga la esperanza de que su amistosa representación quedará sin efecto ante una decisión tomada entre el señor Presidente y usted, cuyos alcances beneficiarán a nuestras operaciones de guerra, de retaguardia y del frente".

Comento este ingrato asunto, como otros, con Sanjinés. Me dice que la posición del Coronel Toro ha de embrollar las cosas, pues este Jefe es enemigo de Bilbao desde tiempos de la Junta de 1930. Con todo, ambos esperamos que este simple cambio de Jefaturas, rutinario en el fondo, no traiga nuevas dificultades en el trato Gobierno-Comando.

SEPTIEMBRE 18 DE 1934

Recibo carta de don Carlos Calvo, Ministro en Río, de fecha 10. Cariñosa por sus felicitaciones al haberme metido de Ministro. Esta carta es interesante y deseo reproducir sus principales párrafos en mis apuntes:

"La acción enemiga en el sector Picuiba-Carandaití nos ha mostrado que aún somos bastante miopes y nada previsores. Esa región que militar y políticamente tiene una importancia excepcional, que ya en febrero de este año parecía amagada por el enemigo y que dió justo motivo a nuestros temores y angustias, había estado poco menos que abandonada y así el enemigo ha podido a paso de vencedor avanzar y dominar y llegar junto a Carandaití y posiblemente acercarse a Charagua, es decir al corazón nuestro y a la zona en la que la mala semilla del patriotismo debilitado había llegado, al extremo que esa ofensiva casi me hace suponer en la posibilidad de un

plan de mayores proporciones. Felizmente parece esa ofensiva detenida, pero lo difícil será conseguir que los paraguayos se vean forzados a retirarse más al sud de Picuiba, cosa problemática y poco fácil si consultamos la historia de esta guerra que tantas cosas nos enseña aun cuando sus lecciones parece que poco nos aprovechan. y al mismo tiempo que se atiende la guerra, es urgente seguir preparando la paz; las negociaciones actuales que me inspiraban pesimismo, hoy me parecen más concretas, más positivas y también más posibles. Para que ellas nos lleven a la conclusión de la guerra, debemos ser prudentes en el pedir, debemos no olvidar que hasta ahora pasan ya dos años y dos meses, sólo hemos logrado éxitos en la defensiva, no sin antes contemplar con dolor y con furiosa impotencia los progresos del enemigo. Los civiles son los hombres encargados de hacer la paz y estudiar sus condiciones y sus posibilidades; que los civiles las estudien y obren consultando únicamente los intereses nacionales, los intereses bolivianos, sin escuchar las insinuaciones de los guerreros **a outrance** y de los que creen que se la debe proseguir en busca de laureles que hagan olvidar los pasados descalabros. La vida de un solo muchacho vale más que esos laureles y esas vanidades".

SEPTIEMBRE 20 DE 1934

A los pocos días de asumir la cartera, el Ayudante General del Ministerio, Tcnl. Melitón Brito, me mostró el Decreto por el cual se prejugaba sobre la conducta de los militares que caían prisioneros. Al leerlo convine con él en que la medida era injusta y merecía ser corregida. Este Decreto, en su artículo primero decía: "Los Jefes y Oficiales y tropa que caigan prisioneros en poder del enemigo en la actual campaña, quedarán provisoriamente separados por ese hecho de las filas del Ejército y, por consiguiente, no tendrán derecho a percibir ningún emolumento del Estado, sin perjuicio de seguirseles el respectivo juicio".

Me propuse sustituir el Decreto de 27 de noviembre de 1933, por otro que tuviera comprensión humana para los que sean tomados prisioneros, desgracia que no ha de tocarnos a los que estamos en retaguardia. Al hablar de este asunto con el señor Presidente de la República, encuentro en él una excelente disposición para modificar la situación de los rendidos, poniéndola en un pie de equidad. Es así que el 10 del mes, firmamos otro Decreto, cuyo artículo primero dice:

"Los Jefes, Oficiales y tropa que han caído en poder del enemigo y los que cayeren en lo sucesivo, en la actual campaña del Chaco, quedan en la obligación ineludible de evidenciar, tan luego como regresen al país, que ese hecho no dependió absolutamente de su voluntad y que agotaron todos los recursos de defensa antes de su captura". En el primer Decreto, además de separárseles a los prisioneros de sus grados, se les priva de emolumentos; en el segundo, no se les quita el haber de que gozan y sólo deben justificar, después, su conducta para ser reintegrados a su grado.

En mi carta de 13 último le digo al General Peñaranda lo que sigue:

"Había un Decreto que disponía que todos los oficiales y soldados que cayesen prisioneros, serían dados de baja y quedarían sin sueldo ni socorro. Esta disposición no se cumplía en la práctica, pero era una afrenta para nuestro querido Ejército. He conseguido, con otro Decreto, derogarlo, indicando que sólo después de la guerra esos oficiales y soldados comprobarían su situación de prisioneros para los fines del caso, evitándose el prejuzgamiento injusto del anterior Decreto".

Por todo lo que he oído en el Chaco, se hacen cargos a algunos Jefes capturados, cargos desde luego discutibles, pero no a la oficialidad en general y menos a la tropa. Y también se hacen cargos a las propias autoridades por negligencias en suministros y refuerzos, cargos que también alcanzan a ciertos Comandos estratégicos y de etapas. Las leyes militares, sin embargo, son bien severas. Así el artículo 169 del Código Penal Militar al decir que "Constituyen delitos contra el honor y la moralidad militar: (inciso 2°) Estando prisionero en poder del enemigo, empeñar palabra de honor para no volver a tomar las armas durante la guerra, con el fin de obtener su libertad, (inciso) 3° Entregarse prisioneros no habiendo caído legítimamente y pudiendo haberse evadido de esa afrenta". Y el artículo 171 expresa: "Los comprendidos en los incisos 2° y 3°, serán separados del servicio definitivamente como indignos de pertenecer a la carrera militar".

Con todo, creo que la equidad, en el caso de los prisioneros del Chaco, debe primar sobre la ley fría y escueta, que no se hizo, sin ninguna duda, pensando en la guerra del sudeste, en la cual están en desventaja nuestros abnegados hombres de las altiplanicies.

SEPTIEMBRE 30 DE 1934

LA ENTREVISTA DE TARIJA

23 de septiembre de 1934

En anterior visita al Gran Cuartel General (fines del mes de agosto) el Presidente Salamanca, a quién me cupo acompañar en calidad de Ministro de Guerra, había acordado con el General Peñaranda el traslado del Coronel Felipe Rivera, Jefe de Estado Mayor en Campaña, a La Paz, a la dirección del Estado Mayor Auxiliar. (El General Blanco Galindo regresaba enfermo de Chile). A una pregunta mía, el propio Coronel Rivera manifestó que sentía abandonar al General pero que le agradaba el cambio por motivos de salud y, a una duda del Tcnl. Brito, Ayudante de Guerra, sobre posibles reparos del Coronel Toro, Comandante del Primer Cuerpo de Ejército, por el hecho de que reemplazaría a Rivera el Tcnl. Bernardino Bilbao. contestó con su laconismo habitual: "El Coronel Toro tendrá que obedecer; el General manda".

La determinación del doctor Salamanca obedecía a la idea de que el Coronel Rivera, hombre a quien estimaba por su disciplina y dedicación, no respondía plenamente en el puesto clave de Jefe de Estado Mayor en Campaña. Esta idea cobró fuerza cuando en aquella visita de agosto, a petición del Presidente, el Coronel Rivera hizo una exposición sobre el curso de las operaciones, dando a conocer los planes del Comando, sus previsiones y cálculos. La exposición del Jefe del Estado Mayor fue muy escueta, duró pocos minutos y nos dejó algo desorientados acerca de la situación en el frente. Fue entonces que el Coronel Ángel Rodríguez, Jefe de Operaciones, ante el trance de su superior, tomó la palabra sin que nadie se la diera y, mapa en mano, estuvo largo rato discurriendo inteligentemente y con aplomo, dejándonos bien impresionados.

El Presidente Salamanca, después de esta reunión, no pudo ocultar a sus Ministros de Defensa y de Guerra su desilusión y su inquietud. El caso Rivera era para él un desengaño pero su inquietud provenía del derrotismo que, desde algún tiempo, creía advertir en el Coronel Rodríguez por sus referencias a la necesidad de acortar líneas, abandonando Ballivián y replegándonos hasta las cercanías de Villa Montes. Rodríguez hablaba bajo un punto de vista estrictamente militar; el Jefe del Estado juzgaba las cosas con criterio político. Todo abandono de líneas, para él, significaba una derrota y un debilitamiento en el campo internacional.

El Primer Mandatario no deseaba proceder con rudeza, no deseaba herir al Coronel Rivera. Buscaba tenerlo en La Paz, en el Estado Mayor Auxiliar, donde estaría en excelentes condiciones para respaldar al Ejército en Campaña. De ahí que, al día siguiente, el Presidente abordó el asunto sólo bajo aspectos de requerimientos de los servicios de retaguardia que urgía confiar a alguien capaz y amigo del Comando. Aceptada la proposición por el General Peñaranda y conseguida la aquiescencia del Coronel Rivera, el propio Comandante en Jefe, después de citar algunos nombres, sugirió el del Tcnl. Bilbao para su nuevo Jefe de Estado Mayor, recordando pasadas actuaciones en las que habían luchado juntos. El Presidente, que siempre guardara la mejor opinión de Bilbao, acogió su nombre con beneplácito y se mostró, como pocas veces, animoso y optimista.

A última hora surgió un inconveniente. El Comandante en Jefe solicitó que el Coronel Rivera quedara con él unos pocos días, alegando que no era prudente un viaje precipitado. El doctor Salamanca había indicado, incidentalmente, que quería llevarse, de vuelta a La Paz, al citado Coronel. El General Peñaranda insistió en que otros Jefes explotarán el hecho de un traslado repentino, a raíz de una nueva visita del Primer Mandatario, como un acto inamistoso hacia el Ejército, pues en una anterior visita se había producido otro cambio súbito, el del Tcnl. Moscoso por el propio Rivera.

Salamanca se sintió contrariado. Advertía tropiezos ocultos en esta dilación. Es que no abrigaba ya confianza en la palabra del Comando. Empero, como el General Peñaranda asegurara que la espera sería de una semana o poco más, el Presidente no quiso detenerse en este "aparente detalle", como algunos decían, y dió su venia a la breve postergación. Durante el viaje de regreso, el Primer Mandatario exteriorizó, más de una vez, su preocupación por el pequeño incidente y parecía molesto por haber cedido.

Transcurridos unos días, el doctor Salamanca, una mañana que ingresaba yo a su despacho, preguntóme si sabía algo del Coronel Rivera y si Bilbao estaría ya posesionado de su nuevo cargo. Como ninguna noticia hubiera llegado al Ministerio de Guerra por la obvia razón de que el Comando, en toda suerte de asuntos de importancia, se entendía directamente con el Jefe del Estado, pidióme éste hacer un cifrado a Samayhuate inquiriendo al efecto. Temía el Presidente una respuesta evasiva y acaso impertinente; por eso juzgaba prudente no dirigir él mismo la pregunta, aunque ordinariamente las hacía cada día y daba sus órdenes, con frecuencia, sin conocimiento previo de sus Ministros.

Sin pérdida de tiempo el General Peñaranda me contestó que todavía no era oportuno el viaje de Rivera, pues el impedimento subsistía y se había vuelto más grave. En vista de esta nueva dilación, convine con el Presidente en trasladarme de inmediato a la sede del Comando a objeto de informarme de lo que sucedía y apurar el viaje del Coronel Rivera. Partí con el Secretario del Despacho, César Adams Elío, inteligente colaborador. Desde Tarija proseguí en avión militar. El General Peñaranda me recibió con su acostumbrada cordialidad y me manifestó su agrado de verme solo, pues creía que así las cosas podrían arreglarse.

Mi primera sorpresa fue leer, a mi llegada a Samayhuate, un cambio de cifrados entre el doctor Salamanca y el General, ocurrido durante los dos días de mi viaje. El Presidente urgía que se procediera al cambio de Jefe de Estado Mayor, quebrantando mi autoridad y anulando, de hecho, el objeto de mi misión informativa. En sus despachos, el Jefe del Estado le hacía cargos al General Peñaranda por no cumplir su palabra de honor. El General había contestado en forma violenta (no era su estilo ni su costumbre), expresando que el Presidente podía tomar las medidas que quisiera pero que el Ejército asumía sus propias responsabilidades. El doctor Salamanca, por último, anunciaba que salía de La Paz, acompañado del Vice Presidente Tejada Sorzano, el Ministro de Defensa Ernesto Sanjinés, los Coroneles Ferrufino y Candia, su Secretario Rafael Salamanca, su oficial de clave Ramón Salinas y su Edecán Teniente Blanco.

Yo lamenté de verdad que el Presidente no hubiera esperado, como convinimos, alguna información preliminar mía que le diera una idea exacta del entredicho pendiente. No atiné a explicarme qué había empujado al Primer Mandatario a pasar por encima de uno de sus Ministros, desbaratando su misión que, discretamente ejercitada, podía talvez, zanjar el asunto Rivera en buena forma, sin escándalos y sin quiebras peligrosas.

El General Peñaranda, intranquilo ante la inminente llegada del doctor Salamanca, pasó a explicarme los motivos que impedían el viaje del Coronel Rivera. Desde luego, en principio, nadie se oponía al alejamiento de su Jefe de Estado Mayor, pero existían porfiadas resistencias a su reemplazo por el Tcnl. Bilbao Rioja. Este era el quid del asunto. Peñaranda no creía contar con suficiente autoridad (me lo decía con desnuda franqueza) para dominar esas sordas resistencias y por ello requería, muy junto a él, a Rivera, con el fin de preservar la unidad del Ejército, considerando además que este Jefe, por su repudio a mezquinas ambiciones políticas, no hacía sombra a ninguno de sus colegas.

La crítica del General parecía no exceptuar a ninguno de los Jefes de mayor jerarquía que le rodeaban. Era, pues, indispensable que Rivera, hombre de su plena confianza, siguiera en el Comando por un lapso prudencial, un mes según su cálculo, tiempo en el cual él se daría modos de calmar las rivalidades y proceder al cambio de jefaturas, sin tropiezos.

Aún más, díjome que él no respondía de la situación por la llegada del Presidente, conocida la firmeza (para muchos en el Ejército, capricho obstinado) con que solía llevar adelante sus propósitos. Agregó, con sencillez de buen soldado, que él, como Comandante en Jefe, se pondría del lado del Primer Mandatario, pero que no respondía de lo que sucediera...

Ante la gravedad de esta confesión y la insistencia de Peñaranda de hablar con el doctor Salamanca antes de su arribo a Samayhuate, nació la idea de ir a Tarija. Teníamos apenas tiempo para encontrarnos, a medio día, con el doctor Salamanca en la risueña ciudad del Guadalquivir. El plan era prudente y nada se perdía. El General se sentiría más libre para hablar sinceramente con el Presidente y convencerle de no precipitar el traslado de Rivera; además, según me confiaba, deseaba hablarle de muchas cosas, relacionadas todas con miserias nacidas de rivalidades entre Comandos.

En contacto con varios Jefes y amigos del Comando, en los pocos momentos que estuve en Samayhuate, advertí bastante animadversión contra la persona del Primer Mandatario, a quien se juzgaba con dureza y, desde luego, con incomprensión, pues de poco sirvió mi defensa de la posición del doctor Salamanca, particularmente en el plano moral y del principio de autoridad que, sin embargo, nadie desconocía aunque se resentían de las formas que usaba para imponer su voluntad.

Llegamos a Tarija en un Junkers pequeño, a mediodía. Recibimiento triunfal al General en Jefe; flores y discursos desde los balcones del Club, sobre la plaza. Informados de que el Presidente se acercaba a la ciudad, tratamos de ir a su encuentro pero hubimos de volver a la Prefectura donde le hallamos bajando de su automóvil. Sin quitarse el polvo del camino y apenas esbozados los saludos, pasamos a conversar en una habitación estrecha y larga que servía de despacho al Prefecto, Coronel José Manuel Gonzáles, amigo mío de los buenos tiempos del II C. de E., del General Osorio. Con el General vinieron los Tcnls. Tardío y Careaga y su Secretario del Castillo.

Después de diversos comentarios sobre la situación militar y las operaciones del Cuerpo del Cnl. Toro, en esos momentos empeñado en Algodonal, el Presidente, de sopetón, dirigiéndose al General Peñaranda le dijo: "General, tenía usted algo que conversar conmigo; deseo saber quiénes quiere usted que estén presentes en nuestra entrevista". El General contestó que, efectivamente, quería hablarle de asuntos de importancia, motivo por el cual se había adelantado hasta Tarija, y agregó que en esta entrevista deseaba estuvieran presentes el Ministro de Guerra, su Ayudante Tardío y su Secretario del Castillo. El Presidente manifestó que, de su parte, concurrirían el Tte. Salinas y su Edecán Teniente Blanco, si mal no recuerdo. Ante tan extraña limitación buscada por el Presidente, con manifiesto desaire al Vice Presidente de la República y al Ministro de Defensa, pretendí adelantar una observación que cayó en el vacío. En consecuencia, hubieron de salir de la sala el doctor Tejada Sorzano, don Ernesto Sanjinés, el Prefecto y los Coroneles Ferrufino y Candia y el Tcnl. Careaga.

Despejada así la sala, el doctor Salamanca se sentó en el extremo de un sofá de cuero, yo a su lado y el General Peñaranda en un sillón, al otro lado del Presidente. Las otras personas, de pie, se situaron discretamente al extremo opuesto de la larga sala, cerca a la puerta. El Presidente se limitó a decir: "Le escucho, General".

Peñaranda, que había porfiado conmigo en que a él le tocaba explicar la situación, deseando yo iniciar la conversación con el propósito de llevarla con ductilidad, empezó su exposición con estas sencillas palabras: "Señor Presidente, quiero hablarle con entera franqueza, como soldado; ese es mi deber...", mas, apenas dicha esta frase en tono algo golpeado por quien desea salir, una vez por todas, de un duro trance, el Presidente, que se encontraba, sin duda, molesto, le interrumpió y, poniéndose de pie, señalándole con el dedo amenazador, le espetó una severa reconvención, reprochándole su falta de palabra, sus tergiversaciones, su carencia de respeto hacia su Capitán General.

Este ex-abrupto malogró la inicial cordialidad. El Presidente comenzó a pasearse de un lado al otro de la larga sala. El General, también de pie, quedó paralizado cerca de su sillón; los otros concurrentes atónitos. Hubo entonces de acercarme al doctor Salamanca y rogarle tuviera calma y me escuchara. Como a mis instancias el Presidente se detuviera en un extremo de la habitación, cerca a la puerta, el General, suponiendo que la conversación iba a reanudarse, se acercó. El Presidente, al verle nuevamente a su lado, volvió a increparle por su falta de palabra y llegó a decirle esta frase incoherente: "Ha de saber usted que yo soy el Capitán General del Ejército. ..", a lo que el General, desconcertado, contestó en tono fuerte, golpeándose el pecho, esta otra incoherencia: "Y yo soy el Comandante en Jefe del Ejército..." Fue en este preciso momento que Rafael Salamanca, creyendo que la exclamación de Peñaranda, enorme en estatura

frente a su padre, anticipaba una amenaza de violencia, entró y sacó su revólver y alcanzó a levantar el brazo. El General me parece, no vió el gesto, pues daba la espalda a Rafael, pero como yo me encontraba de lado, lo ví y atiné a decir: "eso no Rafael.. ." El Presidente también advirtió el gesto y repitió: "eso nó. .." y agregó una orden para que su hijo se retirara de la sala. Rafael no hizo el menor movimiento, quedó cerca a la puerta, casi pegado a ella y no salió. El doctor Salamanca ordenó, además, que nadie saliera de la casa prefectural y que cerraran las puertas.

Como por ensalmo el Presidente recuperó la calma. Levantó la vista hacia mi que me hallaba entre él y el General, cual árbitro que separa a dos luchadores, y me hizo seña de que me escucharía. Lentamente volvimos a nuestro sofá, al otro extremo de la sala. Como Peñaranda quedara atrás, aún resentido, el Presidente con suave voz que revelaba un formidable dominio de sí mismo, le dijo: "Acérquese General" y le obligó a sentarse muy cerca a él.

Empecé entonces mi exposición, la que yo quería hacer al principio antes de que hablara el General, y con acento de profundo respeto hacia la persona del Primer Mandatario, midiendo mis frases pero marcando con exactitud todo lo que me confiara el General Peñaranda, evidenciando la buena fe de su viaje a Tarija, en cumplimiento de lo que él consideraba su deber y una adhesión hacia el Jefe del Estado, puse de manifiesto la situación que pedía un atento estudio antes de tomar resoluciones en uno u otro sentido, con el primordial objeto de no agravar la crisis, e hice algunas reflexiones obvias sobre la guerra misma.

Mi exposición tranquilizó al doctor Salamanca, pues apenas terminada exclamó quedamente: "Qué podríamos hacer". Y después, en tono amable, hablóle al General, confiándole que le tenía por hombre bueno, demasiado bueno, pues sus subalternos desobedecían sus órdenes, agregando que le consideraba hombre de buena fe y que le estimaba ahora como antes.

Peñaranda, tomado nuevamente de sorpresa por este cambio de actitud y conmovido por las palabras amables del doctor Salamanca, creyó llegado el momento de hacer su confesión y la hizo con voz que traducía total sinceridad. Declaró estar cansado con tantos años de campaña y de Chaco, cansado de un cargo que él no había ambicionado ni pedido, cansado de sus enormes responsabilidades que le quitaban el sueño y que, muchas veces, hubiera preferido le destinaran nuevamente a unidades de combate. Su queja se extendió al mundo de intrigas que creía advertir en torno al Comando, intrigas alimentadas por ciertas ambiciones y rivalidades de que eran culpables varios altos Jefes.

Convencido ya el Presidente de las razones que impedían el viaje del Coronel Rivera a La Paz, accedió a que continuara en su cargo y ni siquiera temporalmente sino como cosa definitiva. Juzgaba que Rivera era un sostén para Peñaranda en ese mar de intrigas y que nada cabía hacer, a menos de remover al propio Comandante en Jefe, idea que no era nueva en él. En la noche de ese día, don Daniel Salamanca me confió que esperaba que el General Peñaranda presentase su renuncia a la suprema Jefatura del Ejército como lógica conclusión de sus quejas, exteriorizadas en forma patética esa tarde, y que estaba listo a aceptar, en el acto, aquella dimisión que no se produjo.

Todo parecía ir sobre ruedas. La conferencia iba a terminar ya en tono menor, cuando el doctor Salamanca expresó el deseo de escuchar al Coronel Rivera. Peñaranda ordenó que un radio urgente le fuera enviado. Poco después el Jefe de Estado Mayor contestó que venía en avión. Levantóse entonces la primera reunión.

Pasé yo al salón de recepciones de la Prefectura donde nos esperaban el Vice Presidente con el Ministro de Defensa y los otros concurrentes y, en breves frases, les informé de lo sucedido. Todos aplaudieron la solución alcanzada, comprendiendo que a menos de una imposición u acto de fuerza que el Presidente no estaba en condiciones de ejercer, sólo cabía hacerse a las razones del General Peñaranda que, por cierto, no eran menudas. Estaban satisfechos y así entraron a manifestárselo al Presidente. El General Peñaranda, con esa sencillez muy suya, se mostraba igualmente satisfecho, olvidado del incidente, cordial como antes. El doctor Salamanca, dándose cuenta de que nadie había almorzado (eran más de las 3 de la tarde) ordenó que sirvieran algún alimento. Trajeron cerveza y emparedados. Algo comimos, trabados en una conversación general que todos pugnaban por hacerla intrascendente.

A las cinco de la tarde llegó el Coronel Rivera y fue inmediatamente introducido en el despacho de la Prefectura. Esta vez estaban presentes el doctor Tejada y el señor Sanjinés. Nuevamente se habló de las operaciones militares, de las acciones de Algodonal, dándonos el Coronel Rivera algunos pormenores que parecían indicar un estado de cosas satisfactorio. En ese preciso momento entregaron al General Peñaranda un radio grama del Coronel David Toro, en el que éste se quejaba de que el Comando Superior no realzaba, en sus comunicados, la importancia del sector a su cargo y de que se hacía preterición de su Cuerpo de Caballería. Toro terminaba su inesperado reproche con el anuncio de su renuncia. El Presidente, con alguna ironía, preguntó al General qué contestaría a tan inusitado mensaje. Este respondió: "Déjeme eso a mí", sin añadir lo que se proponía hacer. Este pequeño incidente marcaba el grado de anarquía que reinaba en los altos comandos. Creí de mi deber indicar al General que convenía una respuesta urgente que pusiera las cosas en su lugar, pues el radiograma del Coronel Toro y la contestación que se le diera serían conocidos por todo el Ejército y no debía darse pábulo a malévolos comentarios. Peñaranda asintió con un gesto a mi sugestión.

El doctor Salamanca, cortando el frío producido por el mensaje de Toro, invitó al Jefe de Estado Mayor a sentarse cerca a él, y maliciosa pero afectuosamente le dijo: "Había sido usted, Coronel, el de la discordia". El Coronel Rivera, sorprendido ante lo que creyó ser una pública inculpación, juzgó de su deber sincerarse y, con esa franqueza un poco ruda que le es característica, hizo su defensa, levantando severos cargos contra los Coroneles Toro, Bilbao y particularmente Rodríguez. Habló de los "militares que olvidan su deber ante mezquinas ambiciones". Oídas estas acusaciones, el Presidente, fuertemente impresionado, declaró que no cabía otro camino que la separación de Rodríguez, cuyo pesimismo siempre había caído mal. El General Peñaranda aceptó con facilidad el cambio y señaló como forma una Orden General a dictarse en Tarija. El Presidente pareció complacido por el expeditivo proceder propuesto. Me permití entonces decir que este cambio produciría tropiezos iguales a los que habíamos visto en el caso del Coronel Rivera y que más valía ir con cautela, pues creía conocer la trama de intereses que se tejía tras los Comandos. A esto el Presidente, con lógica, repuso que no habrían dificultades, pues el mismo General en Jefe aceptaba el traslado y proponía los medios de llevarlo a cabo, sin dilaciones.

Así fue decidida la remoción de Rodríguez. El doctor Salamanca expresó que no deseaba hacer afrenta alguna a este Jefe, cuya inteligencia reconocía, y concluyó diciendo que "para no herirle proponía su ascenso a General...", a lo cual, Peñaranda, interrumpiéndole, respondió: "No es necesario tanto".

Se resolvió que el Coronel Rodríguez asumiría el Comando de la II Zona Militar, con sede en La Paz, y barajados nombres para sustituirlo, el Primer Mandatario declaró que aún aceptaría al Tcnl. Moscoso, a pesar de la insubordinación de que se había hecho culpable cuando hubo de ser reemplazado por el Coronel Rivera. "Olvidaría esta afrenta, añadió el Doctor Salamanca, si a usted, General, le conviene ese Jefe". Peñaranda aceptó e hizo un cálido recuerdo de los heroicos tiempos de la famosa Cuarta Div. que tenía a Moscoso por Jefe de Estado Mayor.

Terminó así la segunda reunión y se acordó que a la mañana siguiente viajaríamos a Samayhuate, pues en el último instante, Peñaranda y sus Ayudantes sugirieron que la Orden General, en preparación, se firmara en el Cuartel General. El doctor Salamanca, que ya tenía experiencia en esta clase de dilaciones, quiso insistir en la formalización inmediata de la sustitución de Rodríguez por Moscoso; empero, su observación fue leve y, cansado sin duda, no hizo cuestión.

Despidiéndome del Primer Mandatario, que se alojaba en la Prefectura, fuimos al Club con el General Peñaranda. Después, ya solo, pasé a cenar donde mi compadre y viejo amigo Alfredo Pereira. Regresé a ver al Presidente. Estaba de sobremesa. Pude notar, con fastidio, cómo Ferrufino y Candía, en alarde de franqueza calentaban la cabeza al doctor Salamanca con ingratas referencias de sus colegas militares, cuando su obligación debió consistir en explicar las cosas, facilitar las soluciones y no agriar las diferencias entre Ejecutivo y Comando.

Llegado el día, arribamos sin contratiempos a Samayhuate. Otro capítulo de este ingrato peregrinaje fue la breve estada en el Cuartel General, donde habían convergido los Jefes de Cuerpo y de División. La cordialidad hacia el Presidente fue escasa. De esos altos Jefes pocos le visitaron, entre estos recuerdo al Coronel Bernardino Bilbao y su Jefe de Estado Mayor. Tcnl. Luis

Añez. Peñaranda, en cambio, se mostraba atento con su ilustre huésped y se afanaba, en lo posible, para subsanar las deficiencias naturales del alojamiento. Se complicó lo del traslado de Rodríguez como yo lo había previsto, quedando el asunto sin solución de momento aunque fue firmada la Orden General prometida. El inquieto Jefe de Operaciones del Comando Superior, calculadamente, se había ausentado ese día con pretexto de recorrer uno de los sectores del frente.

Esta visita a la sede del Comando sirvió para hacer más patente el distanciamiento entre el Palacio Quemado y Sarnayhuate. El distanciamiento podía ya calificarse de ruptura, pues ni las elocuentes instancias del Vice Presidente ni las palabras de los Ministros de Defensa y de Guerra pudieron vencer la cerrada resistencia al viaje del Coronel Rodríguez y, lo que era más grave, a la sorda hostilidad hacia el Jefe de Estado. En esta pugna, no se trataba de la persona de aquel militar, poco querido, sino del incidente en sí que, para muchos, constituía una prueba más del menosprecio presidencial hacia la jerarquía militar. Desde la salida de Kundt, dos eran los puntos controvertidos entre el Comando y el Ejecutivo: la dirección de las operaciones militares y la dictación de las Ordenes Generales.

En la entrevista de Tarija la controversia llegó al punto crítico de alzamiento abierto contra el principio de autoridad, fruto amargo de la frustración y de la derrota y de un cierto afán de eludir responsabilidades.

OCTUBRE 12 DE 1934

El 24, día de nuestro traslado a Samayhuate, hubo una última reunión, algo informal, en la que el General Peñaranda leyó el radiograma del Coronel Toro, de que se hizo referencia en la sesión vespertina del 23. La renuncia de este jefe, por cuestiones de susceptibilidad, según el Vice Presidente Tejada chocó a todos los presentes. Como el Comandante en Jefe había indicado que él arreglaría este asunto, el Presidente, fastidiado, sin duda, por tantos contratiempos, le dejó plena libertad para que hiciera lo que le conviniera. No se nos escapó a varios de nosotros que al Coronel David Toro no se le tocaba; se pasaba por alto sus actitudes bastante discutibles. Es que era el líder político del Ejército y había que contemporizar; de otro lado era optimista y animoso y esto complacía al Presidente.

Confidencialmente, en Samayhuate antes de partir para Tarija el General Peñaranda me mostró el cambio de cifrados entre el doctor Salamanca y él. Aparte de otros motivos, ese cambio de mensajes determinó la ida a Tarija. Cabía notar que los dos interlocutores tenían su parte de razón y esto provenía de la posición distinta en que se encontraban o se colocaban cada uno. Lo lógico era entonces procurar un avenimiento mediante la persuasión antes que la dura imposición. De buena fe se fue a Tarija a esto.

El Primer Mandatario traía consigo un gran fastidio por las resistencias que, a diario, hallaba al cumplimiento de sus órdenes o cosas acordadas. Su ánimo debió estar sobreexcitado; de ahí sus acusaciones de "insolente" y de "subversivo" dirigidas al Comandante de las fuerzas del Chaco. Un momento dado la violencia fue de los dos al pedir, cada uno, que se tuviera consideración a su alto rango, lo que nadie discutía siquiera! En verdad, el General Peñaranda cargaba con cierta responsabilidad ajena, pues no eran de él los cifrados altivos y aún irrespetuosos que se mandaban a la Presidencia, pero su firma los amparaba.

El traslado del Coronel Rivera a La paz se ha convertido en el traslado del Coronel Ángel Rodríguez, durante la segunda entrevista de Tarija del 23 y la del 24. Un problema por otro, siendo el último más complicado por las aristas del carácter de Rodríguez, más maniobrero que Rivera y de mayor influencia en los Comandos, particularmente por su capacidad profesional. No es menudo obstáculo a este traslado el hecho de que en Samayhuate, junto al General Peñaranda y su Estado Mayor se encontraban los Comandantes de las Grandes Unidades, convocadas al efecto ante el aviso de la llegada del Primer Mandatario. Recuerdo haber saludado al General Julio Sanjinés, al Coronel Toro, Coronel Moscoso y Tcnl. Rugo Ballivián y otros que no recuerdo. Moscoso fue quien recibió encargo de exponer, ante el Vice Presidente Tejada Sorzano, los puntos de vista o de queja del Ejército.

No habiendo yo concurrido a esta reunión, el doctor Tejada nos informó, después de su primera conversación con los altos jefes militares que éstos solicitaban su derecho de intervenir en

la dictación de las Ordenes Generales, punto de molestas discusiones desde el comienzo y, por último abogaban insistentemente en la permanencia del Coronel Rodríguez en su cargo de Jefe de Operaciones del Comando Superior. Las gestiones de don José Luis Tejada no tuvieron mayor resultado en Samayhuate ni después.

Mi carta anterior al General Peñaranda queda, pues, en nada y hay que volver a insistir en un caso análogo pero con relación a otra persona. Es evidente, de otro lado, que el Presidente, desde un tiempo atrás, se sentía contrariado por las ideas —que él consideraba derrotistas— de Angel Rodríguez, a quien, sin embargo, reconocía su preparación militar. La visita de fines de agosto del doctor Salamanca al Chaco le convenció —y no lo ocultaba— de que el Jefe de Operaciones debía ser sustituido, pues con franqueza este Jefe hizo una exposición que, al final, sugería el repliegue hasta Villa Montes y prolongación hacia el norte. El Coronel Toro en esa misma reunión, optimista, dió otra versión y, de consecuencia, la figura de Rodríguez desmereció a juicio del Primer Mandatario.

Estoy, pues, abocado ahora a buscar la forma de que Ángel Rodríguez obedezca y venga a La Paz, a su nuevo destino. Quiero consignar aquí lo que acabo de escribir al Comandante en Jefe (11 de octubre) y espero una respuesta favorable. Digo en lo referente a este asunto:

"Situación del Coronel Rodríguez -Jurídicamente, el Coronel Rodríguez sigue destinado al Comando de la II División. Entre tanto subsista legalmente la Orden General última, propuesta por usted, nada se puede hacer y debemos convenir en que el Presidente de la República no puede deshacer un acuerdo indicado por el propio Comando Superior. Caso contrario, ello implicaría restar autoridad a las Ordenes Generales, ley de nuestro Ejército.

"Yo juzgo honradamente que el caso no tiene inmediata solución y que para bien de la carrera del Coronel Rodríguez, es preferible que venga a hacerse cargo de su comando en esta ciudad. Este solo hecho le facultaría, poco después, a volver con un cargo de importancia al Chaco".

Lo sorprendente es que, empeñado en conseguir el retorno del Coronel Rodríguez, de acuerdo con indicaciones del señor Presidente, se me avisa de Palacio, confidencialmente, de que el doctor Salamanca no insiste, en que se cumpla lo acordado respecto a dicho Coronel. Está bien; pero creo que debo seguir ocupándome de este caso, pues me parece que, tarde o temprano, él volverá a la superficie y habrá que empezar de nuevo las gestiones que ahora parece que se quiere abandonar.

OCTUBRE 30 DE 1934

Con fecha 22 de este mes el General Peñaranda dió respuesta a mis cartas y sobre el caso Rodríguez, me dice lo siguiente:

"Situación del Coronel Rodríguez —Estoy de acuerdo con usted en lo que se refiere a la situación jurídica de este Jefe, por lo que toca a su último destino, creo yo que en aras a la Patria, es conveniente que alguna vez olvidemos procedimientos jurídicos y ese espíritu legista, a cuya sombra se han producido muchos de los males que lamentamos.

"En el caso concreto, las exigencias del momento son más grandes y más premiosas. Desgraciadamente, no contamos con muchos elementos para poder elegir Jefes a voluntad. Estamos, quizá, en las postrimerías de la campaña y creo que no hay razón verdadera alguna para que se resten a la defensa del país el concurso de los pocos buenos elementos que tenemos. El Coronel Rodríguez sabe de su profesión y no es posible que deje la zona de operaciones para ocupar un cargo que puede ser desempeñado hasta por un jubilado. En atención a estas razones, los altos Jefes han elaborado ante el Excmo. Señor Presidente una respetuosa solicitud para que reconsidere la Orden General a la que alude usted, en lo referente al cambio de Jefe de Operaciones del Comando. Pienso que los éxitos de los grandes estadistas se deben a la comprensión de sus espíritus y a la virtud de saber amoldarse a las realidades de la vida. No basta decir, he ordenado, he dispuesto, lo impongo. Más sabio, más moral, más patriótico, más enaltecedor es atender a quien ofrece razones de interés colectivo. El Ejército, concretamente el Comando, no tiene otro Norte ni otro fin que el de salvar a la Patria, contando con el concurso y la colaboración de todas las buenas voluntades, lejos de todo prejuicio y apasionamiento. En este

sentido, me creo con derecho a esperar de usted su eficaz y decidida ayuda. Los hombres son, en la vida de los pueblos, meros accidentes. Pasan como sombras, y solamente quedan, en poder de la Historia, sus actos que son juzgados severa e imparcialmente. Por suerte, el Excmo. señor Presidente, por radiograma cifrado N° 1200 de fecha 11 del presente, ha dejado en suspenso este asunto, que fuera del concurso que debemos todos a la Nación en guerra, no tiene mayor interés".

Esta carta del Comandante en Jefe, con sus brotes de filosofía del sentido común sin matices, se cruzó con mi carta del 25, en la cual, aunque el Presidente desistiera, por ahora, de tocar el caso Rodríguez. aclaraba mis puntos de vista con el fin de que, en su oportunidad, cuando se vuelva —como me parece— a ocuparse del destino del Jefe de Operaciones, el General Peñaranda conozca lo que yo pienso sobre el particular. Mi carta es extensa, pero para cerrar este cambio de correspondencia, que sobre el caso Rivera primero y después sobre el caso Rodríguez no nos ha llevado a parte alguna, deseo consignaría en estos apuntes. Dice así:

"Yo lamento profundamente no recibir respuesta suya a mis tres anteriores cartas, en las cuales tocaba algunos asuntos del servicio, en la forma confidencial y amistosa que le ofrecí hacerlo. Un cambio de correspondencia, ininterrumpida y leal, estoy seguro, puede salvar muchas dificultades y borrar malos entendidos. De ahí que me permita rogarle dar respuesta a dichos diversos puntos pendientes de mis anteriores misivas y de la presente.

"Usted sabe mejor que yo cuán difícil se ha tornado la situación entre el Supremo Gobierno y el Comando Superior, al extremo de que ya para nadie es un secreto, en el país, las grao ves repercusiones que ella puede acarrear al interés primordial de nuestra defensa.

"La situación, en estos momentos, es de **statu quo**; es decir, de hecho las cosas han quedado sin modificarse pero legalmente ellas debieran ser distintas. Este conflicto entre la realidad y la ley sólo puede dar lugar a profundos entredichos entre el Supremo Gobierno y el Comando Superior, con evidente perjuicio para la unidad de pensamiento y de acción de esos dos organismos que, lejos de presentar una coordinación de disciplina y de entendimiento, se levantan como antagónicos cuando por elemental lógica el Comando Superior no es más que un desdoblamiento y una delegación del Gobierno mismo en el aspecto técnico de la conducción de la guerra.

"Yo juzgo, con total independencia de criterio, que los hombres que se hallan en el Gobierno y en el Comando, están en la ineludible obligación de poner todo el contingente de su buena voluntad y de su patriotismo, ajeno a toda ambición, al servicio de la unidad y armonía nacionales, frente al conflicto armado. Es en este sentido que yo me dirijo a usted, mi General, permitiéndome remarcarle cuán grande es la responsabilidad de usted, en estos momentos, al no asumir toda la alta autoridad de su cargo para poner fin a la situación de desaveniencias producidas con motivo de la última Orden General.

"Me sitúo al margen de todo interés personal y sólo quiero contemplar el de nuestra pobre patria, agobiada por esta dura guerra. En esta virtud, lealmente hablando, no atino a explicarme *cómo* se puede desquiciar la unidad de pensamiento entre el Gobierno y el Comando por sostener, en un cargo determinado, a un Jefe. Mi convicción es que hay exceso de susceptibilidad entre algunos señores Jefes, los que han tomado un caso particular como una afrenta al Ejército, cuando en el punto de vista del Gobierno, como a usted le consta, no ha habido intención de agraviar a nadie y no podía haberla.

"¿Qué pretendió el señor Presidente de la República al dar nuevo y honroso destino al Coronel Rodríguez y aún ascenderlo al grado de General? Pues simplemente renovar la jefatura de una de las secciones del Comando, una vez que el propio Coronel Rodríguez manifestara a usted su deseo de descanso y de atender a su salud, como usted expresó al señor Presidente.

"El plazo señalado por usted para que el Coronel Rodríguez pudiese pedir este merecido descanso ha vencido ya y, en consecuencia, yo no veo obstáculo a que nuestro común amigo pudiera venir a ésta, con licencia y tal vez viajar al exterior, si ese es aún su deseo.

"Yo me esfuerzo, por todos los medios, por arreglar esta situación, pero me encuentro al frente de una Orden General propuesta por usted mismo, en sentido del cambio del Coronel Rodríguez. Ante este hecho legal, no es cuerdo ni prudente proponer transacciones; la seriedad

que debe revestir un documento como toda Orden General, se resentiría gravemente y de ello sufriría, ante todo, el propio Ejército, Cuya estabilidad, en sus elementos constitutivos, descansa precisamente en la autoridad de esas Ordenes Generales.

"Usted ha tenido la confianza de explicarme que su propia situación es en extremo molesta y que se halla usted cansado de allanar dificultades de todo género, inherentes a su alto mando. Aún más, en presencia del señor Ministro de Defensa expresó usted su deseo de renunciar. Yo no opino por su renuncia, pero considero que, tal vez, una licencia temporal pudiera permitirle, acá en la sede del Gobierno, ayudarnos a obviar las dificultades pendientes. Yo no veo ningún obstáculo a su venida y mas bien juzgo que, por muchos motivos, ella es aconsejable en estos momentos.

"No podríamos dejar subsistir la situación de **impasse** actual; ella ha durado ya demasiado con grave perjuicio de nuestra defensa. Y yo pienso en la responsabilidad de usted ante la historia, mi querido General, por haber llegado a temporizaciones contrarias a la disciplina militar y cuando en su fuero interno usted está de acuerdo con los cambios por usted mismo propuestos.

"Varios leales amigos, llegados del frente, me dan la noticia de que allá y también en el Comando se juzga que ya no soy un amigo del Ejército y que sirvo incondicionalmente los puntos de vista del Gobierno. La noticia me apena por lo que ella implica de mezquina preocupación, como si un ciudadano libre y de clara tradición, demostrada en varios años de servicios públicos, pudiera trocar esa independencia de criterio por adular a un Ejército o a un Gobierno. Mi pensamiento sólo está con la patria y, en esta hora de prueba, con la santa preocupación de salvarla; de ahí que me sea indiferente el aplauso o el vituperio de unos u otros, si tengo la conciencia limpia y la honrada convicción de haber cumplido mi deber, con deficiencias seguras por incapacidad, pero no con desdoblamientos de personalidad.

"Basta que usted me dispense su confianza de patriota y no simplemente de amigo, para que me sienta con fuerzas suficientes con objeto de llenar mi misión. Las impresiones pasajeras de unos cuantos amigos, desfavorables a mi lealtad patriótica, no pueden afectarme, ya que primero y sobre todo está el deber para con la patria antes que satisfacciones inaceptables con camaradas que, tal vez, sólo se fijan en sus propios intereses. En este sentido, nunca he estado por los desdorosos renunciamientos a la propia personalidad y a las convicciones íntimas. Si algo debe hacerse porque así lo dicte el deber y el supremo interés de la colectividad, puede usted estar seguro, mi querido General, que tal lo intentaré; y si mis fuerzas o mi influencia no alcanzan a coronar ese justo anhelo, en ningún momento ni por un instante seguiré disfrutando de una alta situación que nada tiene de halagadora y sí muchos sinsabores y desengaños.

"Usted es un hombre de limpia tradición y sé que me comprende. Mucho celebrarí que en los actuales momentos, se revistiera usted de fuerza y de autoridad suma para imponer su persona, sobre el Ejército y sobre algunos Jefes que pretenden gobernarle. Esto no es aceptable y mucho lamentaría que su bondad y su espíritu de conciliación no cedieran el paso a la dureza con que, en ciertos minutos de la vida, es preciso revestir nuestros actos.

"Temo que mis cartas queden un poco en el vacío ya que usted no les da respuesta; invoco su amistad para escucharme y tenga usted la seguridad que jamás he hecho juego de intrigas y que le hablo con la franqueza y la confianza que se dispensa al amigo leal y caballeroso.

"Está en sus manos resolver honorablemente el conflicto producido; va en ello su prestigio de hoy y la gloria de su nombre en el futuro.

"En espera de sus interesantes noticias, etc.—".

Fácil me hubiera sido callar ya que la Presidencia, desiste, por ahora, en remover el caso Rodríguez. Pero creo que estoy en lo cierto al insistir con el General Peñaranda sobre el particular. Es mejor dejar las cosas claras, por lo mismo que se juzga dubitativamente mi conducta. Hay un argumento falaz en la carta del Comandante en Jefe al referirse al Coronel Rodríguez como insustituible, pues éste iba a ser reemplazado por el Coronel Oscar Moscoso que vale tanto como el primero. Soy un poco pesimista sobre el efecto que se puede obtener de toda correspondencia, pero quizá mi insinuación al General para que tome un descanso y nos visite tenga buenos resultados. Insistiré en ello.

NOVIEMBRE 11 DE 1934

Acabo de recibir carta del General Peñaranda (fecha 6 del actual) en la que me dice: "Respecto a la sugerencia que usted hace, de que tal vez convenga mi viaje a ésa con una licencia temporal a fin de allanar allá los asuntos pendientes, creo que por el momento no me es posible trasladarme ésa, pues como usted bien sabe, estamos en momentos decisivos de las operaciones. Oportunamente haré uso de dicha licencia, lo que tendré el agrado de comunicarle".

Es lamentable esta respuesta. El Presidente de la República, aunque dudaba de los resultados de la visita, juzgaba que convenía el viaje del Comandante en Jefe a La Paz. El punto de vista del doctor Salamanca es que, en el Chaco, no manda el General Peñaranda, por lo cual, estando en la sede del Gobierno con sus Ayudantes, se podría limar algunas asperezas. Preocupa a todos las operaciones en el sector central, donde estuvo el General Peñaranda, tratando de enderezar las cosas. Los paraguayos amenazan con una embestida que, felizmente, se viene parando en esa zona.

No debemos, con todo, abandonar la idea de que el General en Jefe venga a La Paz, se vea rodeado del ambiente civil y legalista que aquí predomina y, lejos de ajenas influencias discutamos los problemas pendientes. Es, pues, necesario insistir pasado un corto espacio de tiempo.

NOVIEMBRE 17 DE 1934

Anoche viernes, a horas 19.30 el doctor Alvéstegui, Ministro de Relaciones Exteriores, me llama y me dice que tiene urgencia de hablarme. Voy a su Despacho en el Prado. Sin pronunciar palabra y la expresión estirada, don David pone en mis manos un parte abierto, captado por el servicio de radio de la Cancillería, en el cual el General Estigarribia da la noticia de haber destrozado nuestra División de Reserva en Cañada El Carmen, con la captura de 7.000 prisioneros!

La noticia es tan grave que me quedo mudo de sorpresa por más que sepa interiormente que la cifra de cautivos es intencionalmente abultada. Pero de pronto comprendo aún más la gravedad del suceso —que en su esencia no se presta a duda conociendo como conocemos cierta seriedad con que procede Estigarribia— ya que por él se derivará un forzoso repliegue de todas las fuerzas del sector Ballivián, frente a un enemigo que ha de entorpecer la retirada y amenazar un flanco a retaguardia.

Con el Canciller, creemos de nuestro deber ir inmediatamente a dar parte al Presidente de esta ingrata noticia, seguramente ya en sus manos por radiograma del Comando en Campaña. El Presidente Salamanca no conocía el parte del Comando paraguayo y le produce dolorosa impresión; sólo tenía un parte de Samayhuate, bastante lacónico, que hacía presagiar que no todo andaba bien del lado de El Carmen. Ordena el Presidente que se pidan noticias urgentes y claras al Comando.

Los primeros minutos nos quedamos los tres en silencio, tal es la magnitud del desastre que sospechamos, a pesar de todos nuestros deseos de no dar crédito al comunicado enemigo. Se insinúan algunas reflexiones pesimistas; hablamos a media voz. Yo respeto el mutismo de mis mayores. El Presidente, al agradecernos por nuestra visita y nuestra adhesión, nos pide que le visitemos temprano al día siguiente, pues cree que ya tendremos noticias exactas y podremos actuar conforme lo requieran las circunstancias.

Nuevamente solo con el doctor Alvéstegui, coincidimos en el siguiente planteamiento: 1) decreto de movilización general hasta la edad límite, aunque sólo fuere como objetivo moral; 2) conveniencia de convencer al Presidente de que logre unir a la nación, llamando en consulta a los Jefes políticos, Presidente y Vice electos y Vice actual; 3) renuncia del Gabinete, ya que un contraste militar de magnitud envolvía, en alguna forma, su fracaso, y organización de un Gabinete nacional con las más grandes figuras del país.

Temprano hoy estuvimos en Palacio. Consejo de Gabinete. El público sospecha algo pero nada sabe en concreto. El Presidente nos pide opinión sobre dos puntos: 1) medidas que deberían tomarse para sofocar una posible alteración del orden público; 2) cambio de Comando.

La opinión general, en resumen, es ésta: cambio de Comando sin que se haya indicado el nombre del nuevo Comandante en Jefe; renuncia del Gabinete para que sea posible organizar uno que reúna a los elementos más representativos y de confianza, tanto para el país como para el Ejército. Esto surgió espontáneamente, pues mi idea transmitida al doctor Alvéstegui la noche antes no pudo ser consultada a otros, excepción hecha de mi viejo amigo Ernesto Sanjinés Ministro de Defensa, con quien pude hablar unos minutos antes de la reunión.

Se resuelve que los Ministros aprueben sus puntos de vista para someterlos al Presidente en la tarde. Congregados en el Ministerio de Hacienda (titular don Joaquín Espada) todos convenimos en que es de nuestro deber facilitar al Presidente la búsqueda de mejores colaboradores; que habíamos moralmente perdido nuestro ascendiente; que lo lógico sería formar un Gabinete de unidad nacional y que, de todos modos, estábamos dispuestos a seguir prestando nuestro personal concurso al doctor Salamanca en cualquier esfera de actividad. Por último, coincidimos en que no había peligro de alteración del orden público. Formalizamos por escrito nuestra renuncia (texto de Espada) y Ovidio Urioste, Ministro de Gobierno, la llevo a Palacio a las 17 horas de hoy.

Las noticias del frente aclaran algo la situación y aminoran los alcances del revés. Las cifras son un tanto alentadoras. Con todo, estamos ciertos que el contraste debe servir para alcanzar la cohesión política de los bolivianos; en esto Sanjinés y yo insistimos una y otra vez. Quedamos en mantenernos en estrecho contacto y en espera del llamado del Presidente.

DICIEMBRE 18 DE 1934

Difícilmente se borrará de mi memoria la visita que David Alvéstegui y yo hicimos al doctor Salamanca el 16 de noviembre, al atardecer, para llevarle la noticia ingrata del duro contraste sufrido en El Carmen. Fue una entrevista de expectante silencio, silencio pesado y largo. El mismo Canciller, uno de los parciales más devotos del Presidente y hombre de su confianza, respetaba el mutismo de éste.

Esbozamos, con todo, el doctor Alvéstegui y yo, algunos comentarios sobre posibles repliegues, acaso de proporciones, pues parecía roto el centro de nuestro dispositivo general. Nos alentaban, sin embargo, las noticias, un tanto vagas, del Comando el cual aseguraba ser exagerados los comunicados paraguayos. Difícil era adivinar, en ese momento, lo que pensaba el Primer Mandatario, pues aunque se notaba su gran abatimiento, su semblante manteníase impasible, reflejo de su temperamento de introverso.

Después de despedirme del Canciller, busqué sin resultado a mi colega Ernesto Saniinés. En larga conversación con mi hermano Carlos, resolví insistir en que se organizase un Gabinete con lo mejor que tuviese el país, por encima de partidos. Al día siguiente esto fue resuelto, por lo menos en principio, por todos en una reunión en el Ministerio de Hacienda, y así lo hicimos presente al doctor Salamanca, quien no objetó la idea y me dejó la impresión, bastante nítida, de que la aceptaba.

Presentadas nuestras renuncias, me sorprendió la organización de un Ministerio de partido, lo que me pareció un error político en los días tan inciertos de la campaña militar. Y, sobre todo, en momentos en que el Gobierno del doctor Salamanca había perdido mucho de su ascendiente. Ayer escribí al doctor Carlos Calvo, Ministro en el Brasil, refiriéndole lo sucedido en estos párrafos:

"El doctor Salamanca llamó a Consejo al día siguiente. Sin habernos puesto de acuerdo entre los colegas, el doctor Espada planteó la crisis de Gabinete, siendo ella sostenida por todos, justamente para dejar al doctor Salamanca en condiciones de hacer un llamado a la unidad nacional. (Después en el Despacho de Hacienda se resolvió puntualizar esto en la renuncia). Nada nos dijo el Presidente en ese momento; cuatro días después supe de la formación de un nuevo Ministerio: los señores Urioste, Sanjinés y yo fuimos reemplazados por los señores Quiroga, Benavides y Canelas, respectivamente.

"Omisión grande fue la constitución de un Gabinete de unilateralidad política. Usted conoce ya los posteriores sucesos políticos y la ascensión al poder del doctor Tejada Sorzano. El Gobierno inspira plena confianza pero ya no el Comando, y todas nuestras esperanzas están en Ginebra, pendientes de la respuesta paraguaya".

Revisando algunos antecedentes del derrocamiento del Presidente Salamanca, llego a pensar que si el Primer Mandatario viaja a Villa Montes con el gran Gabinete nacional que le fue sugerido y opera a base de consultas para lograr el cambio de Comando, posiblemente hubiese alcanzado éxito su propósito.

Dos días después de organizado el nuevo Gabinete, con don Demetrio Canelas en la cartera de Guerra, recibí la visita de éste, acompañado del Ministro Juan Manuel Sainz, quien sustituiría al primero durante su anunciado viaje al Chaco. Mantuvimos una breve conversación de circunstancia. Súbitamente don Demetrio, amigo de muchos años, me pidió que le diera un ejemplar de las Ordenanzas Militares y, confidencialmente, llevándome hacia la ventana del Despacho, me preguntó qué consejo podía darle si llegara el momento de proceder al cambio de Comando. De inmediato le respondí que si se pensaba reemplazar al General Peñaranda, sería altamente conveniente que él hablara previamente con el Coronel Toro. El doctor Canelas, golpeando con los dedos el Código Militar que acababa de entregarle, me contestó que con la ley harían cumplir lo que ordenase el Gobierno. Así terminó nuestra entrevista, dejándome una seria duda sobre la bondad del procedimiento que invocaba don Demetrio.

Según se supo después el doctor Canelas viajó a Carandaiti a entrevistarse con el Coronel Toro. Debió, sin duda, hacerle alguna consulta sobre el cambio de Comandante en Jefe, pero ya Lanza estaba nombrado. Lo cierto es que David Toro no se presentó en Villa Montes, a pesar de haber sido llamado, y más bien recomendó prudencia. Todo parece indicar que no fue de los que prohicieron el golpe del 27 de noviembre. Tampoco estuvo presente Moscoso.

Para quien es ajeno a la pasión partidista, da pena ver cómo el país acogió con alivio el alejamiento del doctor Salamanca y su reemplazo por don José Luis Tejada Sorzano. Esta repulsa no es precisamente a la persona respetable del ilustre tribuno, sino a su grupo político y aparece como una esperanza de que el cambio significará, por fin, armonía y cohesión de esfuerzos entre el Gobierno y el Comando y un enderezamiento de la situación militar.

En círculo de amigos hemos discutido sobre lo que pudo haber llevado al doctor Salamanca a presentarse en Villa Montes con el propósito decidido de sustituir al General Peñaranda por el General Lanza, intempestivamente, sin preparación alguna. Desde luego, la entrevista de Tarija, tan reciente y poco conocida del público, no podía dejarle ilusiones de que, sin resistencia, se acataría sus órdenes de reemplazo en el Comando Superior, y él no podía ignorar que en la sede de este Comando no contaba con amigos decididos.

Algunos piensan que don Daniel Salamanca, sin desconocer el peligro que corría, en un gesto de admirable civismo, juzgó que su deber le imponía buscar el cambio de Comando, sin pérdida de tiempo, cualesquiera que fueran las consecuencias. Otros, más cínicos, creen que, al ir a Villa Montes, sabía ya que no regresaría de Presidente y que, voluntariamente, quiso la caída, amargado su espíritu y abatido su ánimo por la derrota ya indisimulada de Bolivia en el Chaco.

Más tarde, tal vez, se conocerá los entre telones del drama de Villa Montes.

Mi licencia, concedida por el General Blanco Galindo, termina a fin de mes. Aunque se me habla de quedarme adscrito a los servicios de Relaciones Exteriores, prefiero volver al Chaco, al destino que se quiera darme. Una cosa es cierta: No fui de los parciales del Gobierno y ahora me siento alejado de los hombres del Comando porque creyeron que debía servirles por encima de toda otra consideración. Uno llega a esta conclusión: obrar en conciencia es quedarse solo!

DICIEMBRE 20 DE 1934

Antes de regresar al Chaco deseo anotar, resumidamente, lo que sucedió con la única fórmula de paz que, durante mi Ministerio de Guerra, fue sometida al Gobierno. Se trata de la mediación argentina, apoyada por Estados Unidos y el Brasil, de 12 de julio.

Al constituirse el Gabinete en el que Sanjinés y yo ingresamos, el Canciller Alvéstegui proporcionó una amplia información sobre el curso de las negociaciones que, indudablemente, se movían lentamente. El doctor Alvéstegui sostuvo que las bases de la fórmula mediadora tenían origen paraguayo, dando al efecto datos y antecedentes que no ofrecían duda. Esta parte de las informaciones del Ministro de Relaciones produjo cierta desconfianza sobre la bondad del pliego de los mediadores.

Con todo, la objeción principal de don David Alvéstegui a las bases remitidas desde Buenos Aires, se centraba en aquella que establecía la cesación definitiva de las hostilidades sin acordar ninguna provisión, así concreta, sobre el conflicto mismo o sea la cuestión territorial. Se estaba, una vez más, en presencia de la vieja táctica paraguaya de la indefinición de la litis entre tanto aseguraba mayormente sus conquistas.

El Gabinete, en principio, aprobó la mediación argentina con la reserva de que se aclarase el punto del armisticio que debía ser simultáneo con el arreglo de fondo.

El Canciller informó, además, que se había pedido a los mediadores, como condición ineludible, que con anticipación se asegurase o concediese a Bolivia una "Zona Litoral" sobre el río Paraguay más allá de Bahía Negra.

Yo debo declarar aquí que dí mi plena conformidad a esta mediación porteña con la única salvedad de modificar la base del armisticio previo. El doctor Alvéstegui confiaba en despejar esta anormalidad, motivo por el cual se tenía la esperanza de que el arbitraje que mencionaba el pliego de los mediadores sena amplio ante la Corte de Justicia Internacional.

Personalmente, no creía oportuno adelantarse a pedir una zona litoral como condición para proseguir las negociaciones. En un arbitraje de derecho, las partes alegarían sobre la totalidad de sus pretensiones. La condición del doctor Alvéstegui, podía paralizar las negociaciones, una vez que el Paraguay había ya aceptado la proposición íntegra de la mediación tripartita.

Durante semanas, mi camarada Sanjinés y yo estuvimos pendientes de las gestiones que se desenvolvían en torno a la mediación sin que, lamentablemente, se viera un avance positivo hacia soluciones practicables. A este efecto, no puede desconocerse que la reapertura de sesiones de la Liga de Ginebra, a principios de septiembre, tuvo cierta influencia en la labor mediadora, una vez que la Liga también buscaba fórmulas de paz y, si bien no se sobreponía a la mediación en curso, introducía un elemento de confusión en todo el proceso.

Sinceramente sentí que la mediación argentina no hubiese prosperado. Mas la intransigencia de todos: mediadores que no parecían inclinados a usar, con fuerza, su poderosa influencia ante el Paraguay, ni deseaban reducir las demandas bolivianas y sumado a todo esto, las maniobras contradictorias del Ministro Saavedra Lamas, acabaron por llevar al archivo de las cosas olvidadas esa mediación que, si Estados Unidos y el Brasil le dan todo su apoyo, hubiera dado fin a la guerra.

**VILLA MONTES
Y
CUEVO**

1935

ENERO 14 DE 1935

He dejado La paz el viernes 4 de este mes, cuarenticinco días después de haber renunciado al Ministerio de Guerra, y por vez tercera ingreso al Chaco, siempre a principios de año, en 1933, en 1934 y ahora. Debo recibir mi destino del Gran Cuartel General.

En Tarija, mi viejo y leal amigo el General Osario —grato camarada del II Cuerpo de Jayucubás y Platanillos— me confía que existe cierta animosidad en contra mía en el Comando y que el quejoso es el Coronel Ángel Rodríguez, pero que el General Peñaranda sigue siendo mi amigo. Llego pues prevenido al Gran Cuartel General.

El General Peñaranda me recibe bien.

Mi camarada Eduardo Anze Matienzo, en cuyo pahuiche me alojo, me cuenta algunos pormenores de la animosidad de algunos Jefes en contra mía. ¿Qué es lo que sucede?

El Teniente Coronel Serrano se muestra furioso por creer que yo, siendo Ministro, me opuse a su ascenso al grado efectivo de Coronel. Nada supe del asunto y es primera noticia que tengo de su fracaso. Pero lo curioso del caso e ironía de las cosas es que ahora, con el Presidente Tejada Sorzano, caído Salamanca, y con otro Ministro de Guerra, nuevamente acaba de rechazarse su nominación de Coronel!

Los Coroneles Felipe Rivera y Ángel Rodríguez suponen que durante mi Ministerio he sido contrario al Ejército por haber accedido —o no haberme opuesto— a sus traslados a otras funciones para las cuales los creía más aptos el Capitán General del Ejército, con aprobación del Comandante en Jefe y sin intervención del Ministro. Como tal, me era vedado defender el pequeño interés personal por encima del interés general que, en el caso del Coronel Rodríguez mucho tenía que ver con la disciplina. Lo del Coronel Rivera se refiere a calificaciones para el delicadísimo cargo de Jefe de Estado Mayor del Ejército en Campaña, calificaciones negativas que no fueron dadas por mí. Pero reconozco que en este Jefe no ha habido intriga; estaba dispuesto a marcharse, mas lo necesitaba el General Peñaranda —era hombre de su entera confianza y la merecía—precisamente para contrarrestar las ambiciones y maniobras de otros Jefes. Fui yo el que apoyé y obtuve el que se quedara cerca al General en la entrevista de Tarija.

A esto se suma, según Eduardo, la serie de versiones y rumores sobre lo que hice y no hice, sobre lo que dije y no dije, en los contados días de mi Ministerio, existiendo contradictorias impresiones sobre mi persona. La muchachada está conmigo, así como la oficialidad joven; algunos Jefes me creen su enemigo. En cuanto a mí me siento tan alejado de estas pequeñas pasiones que he resuelto pasarlas por alto, pero sí agradecer la adhesión de viejos amigos y de hombres que no han perdido la fe en mi honestidad.

Tengo que presentarme al General Peñaranda en un momento más. No he de discutirle cosa alguna ni tratar de justificarme, pues no cabe. Sólo solicitaré que se me envíe lejos, pues no deseo permanecer en el Comando Supremo. Esta mañana pude saludarle rápidamente y encontré su sonrisa de hombre bueno y su fuerte apretón de manos. Me citó a las 7 p.m.

ENERO 15 DE 1935

He sostenido una larga y cordial conversación con el General Peñaranda. Nada me dijo de mi situación personal en el Comando y me pareció un tanto cohibido, hablándome sin mirarme de frente, cosa inusitada en él. El sabe de mi lealtad, pues recibí sus confidencias en horas difíciles de sus relaciones con el Gobierno, y le consta que jamás burlé su confianza. Acaso se siente disminuído al no poder darme su amparo en el trance en que me encuentro, o le mortifica no saber lo que yo pienso del golpe de Villa Montes.

De mi parte, no tuve ningún interés en explicar o aclarar actos de mi reciente Ministerio y tampoco creí oportuno referirme a errores de comprensión de algunos Jefes hacia mi persona. Juzgué que me bastaba conservar la estimación del General en Jefe, dejando al tiempo que disipe las dudas del momento.

El General Peñaranda me habló con cierto abatimiento de las operaciones militares de los últimos dos meses, después de El Carmen. Encontré cambiado su tono de voz y una sonrisa escéptica se dibujaba en sus carnosos labios. Su conversación era lenta, como siempre; el lenguaje sencillo. Me hizo sus confidencias, como en los buenos tiempos.

Me manifestó que el Comando difícilmente podía anticipar el resultado de las operaciones. El soldado, el oficial y aún algunos Jefes no daban más...Regimientos que durante la campaña mostraron su temple ante el enemigo, defecionaron en los últimos días... Cansancio, falta de confianza, carencia de adecuados pertrechos y armas y lo grave: el constante repliegue, desde hace dos meses, ha roto el brío y la fe de las tropas.

Una pesada fatiga parece extenderse sobre el Ejército y las palabras del Generalísimo pintan apenas la tragedia que amenaza a nuestros hombres, si en un plazo breve no se obtiene una victoria sobre los paraguayos.

En el mapa —prosigue el General— hemos trazado, después de El Carmen, más de un repliegue marcando una línea que el Comando creyó definitiva, pero siempre ha ocurrido un "incidente" o un "imprevisto" que nos ha obligado a retroceder. Tal sucedió en Cururenda, en Ibibobo, en Santa Fe, y esos repliegues sucesivos han minado la confianza. Puede, por ahora, —indica Peñaranda— asegurarse la defensa de Villa Montes, pero desde Tigüipa hasta Charagua, los paraguayos han llegado a los primeros contrafuertes de la Cordillera. Es decir, han ingresado a la periferia petrolífera, cerca a Machareti, Boyuibe, Charagua y Ñancorainza...

Nuestra nueva línea, la actual —me atrevo a preguntar al General— ¿será también amenazada por esos "imprevistos" o "incidentes" que ocurren tanta frecuencia? Su respuesta es más un gesto que palabras, y con inquietud advierto que este hombre, conocido por su serenidad y su valor, parece invadido por aquel espíritu fatalista que, meses atrás, influía en los planes de repliegue del Coronel Rodríguez, Jefe de Operaciones del Comando.

El General Peñaranda se explica: en Santa Fe, dos Regimientos de vieja y honrosa tradición, bajo el peso de excesivas fatigas, retrocedieron por sólo amargos paraguayos, obligando a un nuevo retiro en todos los sectores de ese frente, lo que motivó una general desconfianza acerca de nuestras efectivas posibilidades de resistencia.

Sigue explicándose: en Ibibobo, nuestra línea principal se consideraba fuerte, apoyada en una colina muy abrupta. El Comando estaba seguro de que el enemigo jamás podría romper esa línea, defendida por casi una División, apoyada además sobre el río. Pero una noche de tempestad, los paraguayos atacaron precisamente por la cumbre de las colinas, por donde no se pensó que vinieran y el resultado fue un nuevo repliegue.

En estos momentos nuestras defensas se consideran muy fuertes. Es curioso observar —por lo que he hablado con mis camaradas de Villa Montes, en particular Anze Matienzo— que existe un fuerte optimismo en medio de tantos contrastes sufridos, y así se lo digo al General, quien me contesta que los Comandos poco se afanan en estudiar las posibilidades de nuevos fracasos y tienen la tendencia a subestimar la acometividad del adversario.

Hemos llegado al límite, exclama Peñaranda. Una nueva retirada —prosigue— significaría el abandono de Villa Montes, la toma de Charagua, Machareti, Boyuibe y otros puntos vitales de nuestras defensas. Además, concluye el Comandante en Jefe, necesitamos aún dos meses para rehacernos en hombres y pertrechos; dos meses que pueden ser nuestra salvación si logramos resistir con éxito las arremetidas paraguayas. y pienso yo: dos meses que pueden significar —no quiero creerlo— el derrumbe de nuestras esperanzas. Dos meses!

Porque es mi deber y porque me embarga la emoción, expreso al General en Jefe todo lo que yo siento para darle ánimo y convencerle que no está solo. No le oculto que sus confianzas me sorprenden por venir de él, a quien siempre consideré el pilar de nuestra defensa; tampoco le oculto que la retaguardia siente cansancio de una guerra tan prolongada y que existe cierta desilusión del Gobierno y del Ejército, pero que el pueblo está detrás del combatiente abnegadamente y detrás de su Generalísimo. Le aseguro que a él se le quiere y se le respeta. Peñaranda agradece mis palabras y se ha cortado el frío que parecía ahogar nuestro coloquio.

Aunque físicamente el General parece íntegro, tienen su voz y sus gestos las huellas del cansancio. Tal vez en este soldado, auténtico combatiente, la pesadilla de los continuos repliegues, por leguas y más leguas, ha quebrantado la moral. Tal cual lo veo hoy, el guerrero vive una hora de amargura.

Reafirmada la cordialidad entre ambos después de esta conversación más larga que de costumbre entre un Comandante en Jefe y un simple Subteniente, al extremo de que el Coronel Rodríguez cruza la habitación un par de veces con sus cartapacios y se acerca a saludarme a regañadientes, me despido del General —hombre bueno, como le dijera Salamanca en la entrevista de Tarija— quien me anuncia que en dos días más recibiré mi nuevo destino. "Veré lo

que sea mejor para usted", concluye. Me apreta afectuosamente la mano y en su mirada brilla nuevamente esa llama de amistad y de confianza que me halaga y me conforta. En mi mano unida a la de él quiero transmitirle toda mi fe y mi optimismo, pero el silencio es acaso más elocuente.

Cuadrándome, me retiro con una leve inclinación de la cabeza.

CUEVO

ENERO 23 DE 1935

Anoche, o mas bien esta madrugada, horas 2.30 a.m., he llegado a Cuevo, Delegación Apostólica y antigua misión franciscana, donde acaba de establecerse, hace cinco días, el Cuartel General del Ejército del Centro al mando del General Carlos Quintanilla. Se me ha destinado a este Comando, dejando en manos del General Quintanilla escoger la función que crea del caso confiarme. No llevo recomendación alguna; un simple memorándum con el lugar de mi destino. Me parece correcto.

Arribado tardísimo con una columna de camiones cargada de víveres, encuentro Cueva a oscuras y en profundo silencio. Nadie diría que se trata de un Cuartel General de un Ejército en Campaña. Todos duermen! El conductor de mi camión, sin saber dónde dejarme y con apresuramiento del que busca su propio descanso, me hace bajar en la puerta de una casucha que resulta ser de oficinas del Comando. Tras mucho golpear me abre un soldadito, medio dormido, que en monosílabos me indica una habitación grande donde puedo tender mi catre de campaña y descansar dos o tres horas. Extiendo mi cama casi a oscuras y me echo a descansar, rendido por todo un día y noche de viaje zarandeado en camión desde Villa Montes. Estoy en la Oficina de la Sección II.

Duermo apenas; mi cuerpo se siente aún sacudido por el carro. La tirada fue larga; la columna no quiso pernoctar en Boyuibe, urgida a seguir adelante ante el temor de patrullas paraguayas que merodeaban por los alrededores. A mitad de camino, de unos matorrales, de improviso, salió un indio con su lanza y medio desnudo. Indiferente nos miró pasar. Tuve la impresión de que se trataba de un espía enemigo. El monte por estos lados es tan tupido que parece fácil cualquier emboscada, pero nuestra gente, por naturaleza confiada, olvida precauciones y previsiones. Y el calor era sencillamente atroz.

De pie muy temprano., las seis de la mañana, arreglo mis bártulos y salgo en busca de un lugar dónde lavarme y de algunos amigos que se encuentran aquí: Manuel Carrasco, Gastón Urioste y otros. Doy rápidamente con éstos. Viven en una casona de buena apariencia, donde mora el General Quintanilla. Alojan en una amplia habitación y aún se encuentran medio dormidos. Celebran mi interrupción. Tienen una ducha, lo que es un lujo. Poco rato después soy otro.

Me dan lugar en esta casa espaciosa. Ya de mañana saludo a muchos conocidos, algunos de los tiempos del II Cuerpo de Ejército de Osorio. Me satisface el ambiente, pues ya no se trata de esas carpas o pahuiches incómodos y los arenales del Chaco; estamos en un villorio simpático, con pequeño comercio, civilización rústica si se quiere pero civilización después de todo.

A mediodía me presento ante el General Quintanilla. Gran señor y antiguo amigo. Tiene formas de hablar y actitudes de aparato, pero es hombre sano y bondadoso. Me recibe cordialmente; sabía que iba a venir y conoce los "chismes", según su expresión, tejidos en mi contra. Me tiene ya un destino: la Jefatura de la Sección II de su Estado Mayor, tal vez por haber ascendido a Subtte. de Reserva por Orden de Ejército de 5 de julio de 1934, después de Cañada Cochabamba. Tras de mucho argüir con todo el respeto que debo a su jerarquía, quedamos en que el Capitán Villarreal, que atiende otra Sección, sería el Jefe de la II, pudiendo yo manejarla pero bajo la dirección de este meritorio oficial de línea, ya que lo contrario iría contra la jerarquía militar y causaría descontento entre sus leales oficiales. El .i General, que tiene sus originalidades, me dice que él prefiere a civiles en vez de militares en los puestos de mando... y quiere darnos, a Carrasco, a mí y a otros, puestos directivos en su Comando. El arreglo conmigo, al final, le satisface.

Quedo invitado a su mesa. Mesa grande donde se encuentran todos los hombres, civiles y militares, de su Comando. Tiene el General modos generosos, amplios, que conquistan. Oigo de él

cálidos elogios por su espíritu de justicia y su bondad para con todos. Es hombre que a las cinco de la mañana, casi todos los días, sale de inspección. Ya Carrasco y mis amigos conocen esta particularidad, pues cada mañana escoge a uno de ellos para sus largos recorridos del frente. Es admirable su diligencia ya que el General ha sido operado, hace poco, de un pulmón y aún, según me dicen, tiene unos emplastes, como que anda un poco encorvado.

Aunque algo cansado todavía, me hallo contento con mi nuevo destino y no tengo otra ambición que la de hacerme útil y merecer la confianza de mis Jefes.

ENERO 24 DE 1935

Capital de Delegación Apostólica, Obispado de esta tierra de tragedia: el Chaco, donde se destrozan, desde hace 30 meses, dos pueblos. Novecientos metros de altura; ya no es el llano secante y abrasador; es un pequeño valle lleno de savia, cruzado por un río barroso, pero río que trae vida y es higiene y fuente de verdes prados. El más eufórico es mi camarada del II Cuerpo de Jayucubás: Eduardo Reyes Ortiz.

El clima es agradable, un suave verano todo el año y días, no muchos, con más de 30 grados a la sombra. Vieja misión franciscana, en decadencia. Pero se advierte su obra: formación de un caserío limpio, de casitas blanqueadas a la cal, de tejas renegrecidas. En las tardes, en la puerta de las moradas aparecen sus sencillos dueños, aborígenes de estirpe chiriguana: chatos y de facciones aplastadas, fuertes como changadores, recios y de ojos vivísimos, fieros enemigos tradicionales de los guaraníes, desde tiempos inmemoriales, y del incario.

Puede uno no ser entusiasta por el dogma o no practicante en materia religiosa, mas es un deber reconocer que estos misioneros —con escasos medios y mucha abnegación— han hecho más que la administración civil, a menos costo, con tesón admirable y sin bulla. La Iglesia es colonizadora, no lo olvidemos. Tiene tradición secular y tiene, lo que es más, un fin y un camino trazados. No pierde su tiempo y sus energías en tanteos o en improvisaciones como el poder civil o el militar. No derrocha. Todas estas misiones, antaño más florecientes cuando no se entrababa su labor, de Cuevo, Tigüipa, Macharetí y otras, representan un esfuerzo loable; son núcleos de civilización que sólo esperan comprensión de los de arriba para renacer y crecer.

La guerra ahora se acerca a estos remansos de vida candorosa. En estos aborígenes no se observa sorpresa o temor; son acaso tan enigmáticos como el aymara de nuestras breñas.

Me dicen que el General Quintanilla es severísimo con la moral. Me citan algunos casos de castigos impuestos contra individuos que abusaron de la hospitalidad de estas gentes rústicas. Me refieren más de una anécdota de los originales modos de que se vale el General para ejercitar su vigilancia, de sus prédicas constantes, de sus afanes que aplauden calurosamente el Obispo Delegado y sus pocos franciscanos, así como el farmacéutico del pueblo, viejo paceño radicado aquí hace varios lustros y que no cambiaría su vida por ninguna otra.

Por obra del General e influencia ambiental del Obispado, en manos de un cordial alsaciano, la vida aquí tiene un cariz patriarcal auténtico. Todo parece moverse con calma y lentitud, que no es pereza ni indolencia, a un ritmo de parsimonia. Hay en el aire —como dice Antenor Ichazo, a quien vuelvo a encontrar de Jefe de Estado Mayor del General— "algo conventual". Sin duda, es el reverso del ambiente de guerra. Aquí parecen morir las impacencias y las desesperanzas. Aquí renace la serenidad. Y sin embargo la guerra acecha.

ENERO 25 DE 1935

¿Cuál es la situación militar?

Con estas o parecidas palabras iniciaba mis reflexiones, hace dos años, en el que fue Comando del II Cuerpo de Ejército del General Filiberto Osorio.

¿Cuáles fueron mis apreciaciones?

Aunque guardaba entonces un buen optimismo sobre nuestras posibilidades de victoria, advertía que las distancias y la falta de una sólida preparación antelada —y a veces esto es cuestión de años— se presentaba dudoso de que por las armas empujásemos a los paraguayos

hasta el río. Este criterio no era nuevo en mí; ya en un informe, desde Asunción, en 1930, aconsejaba la transacción sobre la base, que tampoco era cosa nueva, de territorio para el Paraguay y puertos para Bolivia. Mi informe cayó mal y hube de alejarme del servicio exterior. El Presidente Salamanca juzgaba que yo quería "regalar el Chaco al Paraguay", según confesión que me hizo Bailón Mercado, a la sazón Canciller interino (1931).

Hoy, después de 24 meses de guerra, cabe mayor angustia al renovar la pregunta. Ya en 1933 al encontrarme en Jayucubás, se veía que la aventura guerrera no presentaba claras soluciones del todo satisfactorias para el país, porque éste no tenía idea comprensiva de lo que significaba la guerra en los confines desconocidos de la patria. Guerra colonial, como solían decirlo algunos, sin pensar lo que tal concepto representaba en ignorancia, acaso en indiferencia... ¿Y los resultados?

Desde Nanawa y Gondra, desde Toledo, Florida y Bogado, hemos venido a parar a los primeros contrafuertes de la Cordillera, secular bastión de los Incas. Tres años de titánico esfuerzo, de callados sacrificios, de tremendas sorpresas, nos han llevado a una situación donde ya no caben las recuperaciones totales.

Según muchos Jefes, los paraguayos están agotados y muy lejos de sus bases de aprovisionamiento. Esto es una verdad. Pero también nosotros estamos agotados y, corresponde preguntar: ¿en quién es más alta la moral, en el que avanza o en el que retrocede? De otra parte, la retaguardia, políticamente hablando, viene mostrando síntomas de enervamiento, lo que hace que se aflojen muchos resortes y flaqueen las lealtades.

Teóricamente, debemos ofrecer una resistencia heroica que destruya al enemigo y, después, acometer un avance que restablezca el equilibrio y se transforme en una ofensiva arrolladora que nos lleve al histórico río. Eso aún lo dicen algunos oradores. La realidad es lo que está en boca de tantos, y en Tarija la oí hace pocos días: "resistencia a muerte y después paz honrosa". ¿Y el río? Muchos se alzan de hombros pero en su gesto hay desencanto.

Las confidencias del General Peñaranda en Villa Montes y algunas conversaciones ocasionales, que me afano en buscar con algunos Jefes, me convencen de que nuestra resistencia ha de ser fuerte y bien dirigida porque en el sector del sur están Bilbao y Moscoso, pero ir más allá del "glasis" de la defensa, es otra cosa. En el Cuerpo del General Quintanilla no se advierte la sombra de pesimismo que me impresionó en el General Peñaranda, acaso porque mucha de esta gente es nueva. Pero sí lo que existe es cierto escepticismo de que podamos aplastar al adversario, recuperar el terreno perdido y salir victoriosos allá lejos en los trasfondos del Chaco.

Pero es necesario callar estas dudas perturbadoras. Requerimos de todas nuestras energías para vencer, esto es, para que no vayamos a otra retirada en estos cerros precordilleranos. Esta es la tarea del momento y a ello debemos contraer nuestros esfuerzos y nuestra voluntad.

ENERO 27 DE 1935

El General Quintanilla, en un gesto de alta confianza y fiel a sus ideas sobre la capacidad militar del civil, nos hace conocer las directivas del Comando Superior, llegadas en la mañana.

Cree el Comando Superior que la profundidad y extensión de nuestro repliegue ha debido desorientar al enemigo. Este debe suponer, a juicio del Comando, que mantendremos nuestro punto de gravedad en el sector central o norte (Carandaití-Charagua) para amenazar su retaguardia. y luego, se apresurará en lanzar. se sobre Villa Montes, donde será poderosa nuestra defensa.

El sector del General Quintanilla debe cubrir todos los pasos de la Cordillera y, con tropas o grupos escogidos, debe continuamente hostigar al enemigo e infiltrarse en su retaguardia, amarrando al mayor número posible de tropas.

La defensa de Villa Montes o sector sur será "pasiva". Tal vez la 4a. Div., que se encuentra en la margen derecha del Pilcomayo hasta d'Orbigny, hará algunas incursiones audaces sobre el enemigo con ayuda de canoas...

Esta defensa "pasiva " en Villa Montes, donde está el grueso del Ejército, y "activa" en el sector central, donde hay apenas con qué cubrir las quebradas y ninguna reserva, tiende a desgastar al enemigo y permitirnos, oportunamente, con la llegada de nuevas tropas y pertrechos, pasar a la ofensiva.

El Comando Superior pide de todos el mayor esfuerzo y confía en la decisión patriótica de Jefes, Oficiales y tropa.

La defensa de Villa Montes es fuerte: no hay solución de continuidad de Tigüipa a Aguapinta. 51 bocas de fuego y 20 mil hombres.

La defensa del centro y norte es débil: sólo cuenta con la ayuda de la serranía y sus pocos regimientos están encargados de guardar puntos determinados: Nancorainza, Boyuibe, Charagua, Macharetí y otros, sin contacto entre ellos! Los claros existentes son faldas de monte y cerros; y surge la pregunta: ¿serán infranqueables estos obstáculos para avanzadas veteranas del enemigo? Pasadas experiencias parecen dar una respuesta negativa.

La aparición de patrullas paraguayas a retaguardia de esos resguardos puede producir un repentino repliegue, según unos; según otros, tales infiltraciones serían peligrosísimas para los paraguayos, pues entran en terreno desconocido que no es el llano y pueden verse, a su vez, fácilmente cortados si nuestros puestos se mantienen firmes. La moral del sector central, según su Comandante, es buena.

El General Quintanilla, al damos a conocer a Manuel Carrasco y a mí las directivas reservadas del Comando Superior, nos avisa que siempre nos comunicará todo documento de esta índole, para escuchar nuestra opinión, en la que confía, según declara. Además, parece desear que vayamos tomando nota de la conducción de la guerra, aquí en este sector, y de la parte que le cupo desenvolver a su Comando. La insinuación es muy tenue y no nos parece oportuno buscar aclaración. Agradecemos la confianza que se nos brinda y, llegado el caso, diremos nuestra pequeña verdad.

ENERO 29 DE 1935

El General se ha ausentado esta madrugada (horas 2 a.m.) en visita a Charagua y sus defensas y a las formaciones del grupo Blacutt, sobre el río Grande. Su programa contempla una ausencia de 4 días y un recorrido de 500 kilómetros.

A pesar de su reciente operación al pulmón tiene una resistencia a toda prueba. La disciplina que ha impuesto es severa pero es justa. Lo que le hace respetable, es la austeridad de su vida. No se imaginan los Jefes, civiles o militares, políticos o dirigentes, lo que influye en la tropa, en el ciudadano, en el pueblo, la austeridad de vida del conductor. La mitad del éxito en el mando se encuentra en esto. El General Quintanilla se asemeja al Coronel Bernardino Bilbao —y ni qué decir de Lanza— en esta simplicidad y austeridad de vida.

Como estrategia no podría decir cuáles son sus calificaciones, pero tiene a su lado al Tcnl. Ichazo, del Comando Superior, oficial de méritos y experiencia, que es responsable, prudente y sagaz.

FEBRERO 1° DE 1935

El Comando Superior, en información reservada, nos anuncia que todas sus Oficinas y Secciones —con excepción de la Sección Operaciones y de Estado Mayor propiamente— serán trasladadas a Entre Ríos, quedando el resto en San Antonio. Esto quiere decir que la Sección II del Comando Superior se irá también!

La Sección II del Comando en Jefe del Ejército tiene a su cargo la edición de un diario de guerra. En 1934 fui a La paz a exigir del Estado Mayor Auxiliar la pronta entrega de la imprenta de combate. Este diario, según mis informaciones, ha de ser "del combatiente y para el combatiente" y ha de llamarse "La Trinchera". No he sabido de sus actividades y ni un solo número ha llegado al Cuerpo de Ejército de Quintanilla!

Me parece contraproducente que un diario o semanario para el combatiente y que abriga la pretensión de ser editado en plena zona de operaciones, en la trinchera, se vaya a Entre Ríos, a 200 kilómetros a retaguardia.

Esta prensa debería quedar instalada en Villa Montes y no abandonar esta plaza sino en último extremo. Si bajo las balas enemigas fuese más tarde necesario abandonar la plaza, siempre habría tiempo para destruir la o hundirla en el Pilcomayo, y adquirir otra. Pero lo esencial, psicológicamente, es editar el diario de guerra, con desplante, frente al enemigo y bajo su fuego.

Nuestro carácter boliviano, nuestra modalidad intrínseca poco ha comprendido el valor de los grandes gestos. A través de nuestra historia, hay tragedia y sobriedad, hay pobreza y recogimiento, pero casi nunca esos gestos de pueblo señero, dueño de sus destinos, que se rifan una situación en aras de un gran principio. El aborígen americano —y todos tenemos algo o mucho de él— no es espectacular o rumboso; es mas bien reservado y reconcentrado y economiza energías, por obra del incario avasallador y de la Conquista.

Boquerón no fue comprendido por el pueblo boliviano en todo su significado, precisamente por aquella falta de penetración de los aspectos psicológicos del drama. Boquerón fue heroico en grado sumo porque no podía ser de otro modo y el pueblo, legítimamente se enorgullece de esos hombres que capitaneaba Marzana. Pero Boquerón no despertó la furia guerrera del boliviano de retaguardia y tampoco sacudió a los Comandos militares y a las autoridades civiles, responsables de la conducción de la guerra. Boquerón resultó ser un episodio aislado y su grandeza trágica acaso hizo más mal que bien a la moral del combatiente, de aquel que iba a entrar al Chaco. El abandono —militarmente hablando— en que quedaron nuestros hombres en Boquerón repercutió feamente en la retaguardia que se preparaba lentamente a intervenir en el conflicto. Nadie, por ignorancia de lo que era el Chaco, podía convencerse de la imposibilidad de socorrer a los sitiados; esto fue considerado una incapacidad de nuestros Comandos y la impresión adversa quedó.

El simple "paseo" de que hablaron algunos Jefes en los primeros días del conflicto, resultó un tremendo engaño. El Chaco era lo desconocido; los oficiales enviados allí antes de la guerra, iban a purgar faltas!

En esta etapa postrera de la guerra, que todos sin excepción juzgan cerca a su terminación, era urgente que un diario de trinchera estuviera cerca al combatiente. Se trata, según todos, del último año de guerra, y nuestra resistencia debe ser victoriosa al extremo de hacer ver al enemigo que los caminos del entendimiento honroso son mejores que estos de la destrucción estéril. y aquí puede jugar un papel decisivo un ágil y vibrante diario de campaña, editado a la vista del soldado, inspirado minuto a minuto en los hechos heroicos del día; un diario que trasunte la fiebre del combate, desaliñado si se quiere, pero valiente, incansable, alerta, audaz.

A todos nos ha sorprendido la decisión del Comando Superior con relación al traslado de la prensa, adquirida precisamente para "levantar la moral del soldado", según palabras que se repitieron hasta el cansancio. Es un error táctico que lamentamos.

FEBRERO 4 DE 1935

Ha llegado a este Comando un radio grama del General Peñaranda por el que informa que autoriza mi regreso a La Paz a pedido del Ministro de Relaciones Exteriores. A la vez he recibido un mensaje telegráfico del doctor Alvéstegui, invitándome a hacerme cargo de la jefatura del Departamento de Política Inter. nacional en su Despacho. La invitación y la orden no pueden ser objetadas y no me queda más que preparar, sin pérdida de tiempo, el viaje de retorno.

Es curioso que mis estadas en el Chaco han sido cortas; cada vez, a principios de año, entraba a la zona de operaciones y pocos meses después, en el presente caso apenas quince días, debía emprender el regreso y honesto es declararlo, contra mi voluntad. No busqué, en 1933, la dirección de la Radio Illimani; no pretendí ser Ministro de Guerra en 1934 cuando fui a La paz en busca de una imprenta y no se me ocurrió que pudieran necesitarme en la Cancillería, ahora en 1935, cuando me encuentro en este destino del Comando Quintanilla.

El General me habla, con su cordial elocuencia, de la importancia de los servicios exteriores del país y les da una primacía que uno creyera mayor que el de las operaciones de guerra. Tiene él una tendencia, que no disimula, en enaltecer la labor de los civiles en este Comando que, a veces, nos pone en situaciones embarazosas frente a nuestros jefes y amigos militares!

Mañana han quedado en darme mi pasaporte de ruta y no habría ya explicación posible para retardar la partida. Al atardecer mis buenos camaradas quieren ofrecerme una cariñosa despedida; sinceramente hubiera deseado que ella fuera para otro.

LA PAZ

1935 - 1936

MAYO 25 DE 1935

Publicado en "Ultima Hora", edición de 25 de mayo de 1935.

EL COKTAIL DEL MAYOR PACCIERI

Un Aguafuerte del Chaco

N.R. En el primer aniversario de la gran victoria de Cañada Strongest, el Sargento de Ilabaya pone en nuestras manos este interesante relato histórico que actualiza una fase episódica de ese glorioso hecho de armas.

El 25 de mayo de 1934, en una área de pocos metros cuadrados del raquíptico bosque de Campo Rocha y en pocos minutos, ocurrió un hecho de profunda significación. De él tengo guardado vívido recuerdo y es el que más honda huella dejara en mi espíritu de todo lo observado en tierras chaqueñas, apesar de lo mucho que una guerra golpea la imaginación y la sensibilidad del hombre.

A la diestra del mayor Paccieri, Comandante del "Lanza", en suelo raso, hállabase sentado el Capitán Joel Estigarribia y, entremezclados, codo con codo, acurrucados a la manera turca, estábamos bolivianos y paraguayos. Oficiales del "Lanza" y del "Mariscal López", menos dos: mi amigo el Teniente Carlos Dorado Ch., y yo, incorporados a la División de Maniobra por orden del Comando Superior.

Sudaban los cuerpos y en los rostros leíase la fatiga de cinco días de lucha mortal. En miradas de paraguayos traducíase alguna desconfianza: era el clásico malestar del prisionero puesto a merced del vencedor; algo más: la bestia humana, que todos llevamos dentro, emergía a flor de piel en los muchachos de Joel Estigarribia con aquella actitud medrosa y de sumisión del que se siente acorralado y vencido.

¡Cómo recuerdo la pregunta de un Teniente paraguayo, apoyado su cuerpo sobre el mío: "¿No pensaron ustedes lanzarse al asalto —díjome en voz queda— después del terrible fuego de ametralladoras que nos hicieron?".

"Hubiera sido un absurdo —contéstele— pues ustedes estaban obligados a rendirse hoyo mañana y para qué íbamos a sacrificar estérilmente un centenar de los nuestros, lanzándolos contra sus ametralladoras".

"Algunos de los nuestros —advirtióme mi inesperado interlocutor— así lo creían, pero otros suponían que tras aquel asalto y las bajas que fatalmente les produciríamos, ustedes nos acabarían a todos, a todos..."

Alguien recogió al vuelo estas últimas palabras y, durante unos instantes, se escucharon frases a medio decir sobre la dureza y las crueldades de la guerra.

Mas, aún subsistía el frío entre vencidos y vencedores y Joel Estigarribia, después de un breve elogio que juzgó hidalgo formular para el glorioso "Lanza", calló, sorprendido, quien sabe, de verse todavía sano y salvo después de un centenar de horas de combate y en una situación que nunca imaginara, allá en los días que partiera de Asunción a la conquista de la heredad boliviana.

De pronto el hielo queda roto: los estafetas del Mayor Paccieri trajeron, presurosos, cinco "tachitos" de metal (no tenía más la ruda oficialidad del Lanza) y en ellos rebalsaba un líquido de turbia claridad, tibio, pero infinitamente sabroso.

El cocktail del Mayor, mezcla heroica del alcohol puro, gotas de limón vertidas con parsimonia y esa agua que sólo han bebido los que "hicieron" el Chaco, circulaba de mano en mano y daba al extraño grupo allí formado, las apariencias de la civilidad; y el hombre urbano, de súbito, renacía en aquellos guerreros malolientes y desaliñados.

Ya no eran las miradas recelosas ni los gestos tímidamente esbozados; caras de niños curtidas por la campaña, sonrisas de profunda sinceridad, ojos llenos del dulce brillo de la esperanza...

Ah! es que renacía la vida y la fe al calor del tremendo brevaje y con él, surgía nuevamente, desde la sub conciencia, todo lo que el hombre tiene de bueno y de manso, a pesar de la furia homicida que habíale sacudido minutos antes, tras tantos días y tantas noches de recio combate.

El Capitán Estigarribia escucha cabeza baja el acta de rendición que lee el Teniente Dorado y, dirigiéndose al Mayor Paccieri le dice: "No hago observación alguna, no puedo hacerla, pero deseo saber el sentido de la palabra "incondicional" ... El Mayor, con la mirada, me ordena hablar y hube de explicar:

"En los usos y costumbres de la guerra hay rendiciones condicionales, con todos los honores militares; con el privilegio de guardar las armas; bajo palabra de honor de no volver a enfrentarse como enemigo, aún cabe la libertad... la palabra "incondicional", —agregué— implica un sentido contrario, pero usted, mi Capitán, y los suyos, se hallan garantidos por el derecho de gentes y la hidalguía boliviana, como expresamente lo reconoce el acta".

Mi vecino de azulina chamarra, locuaz por el largo sorbo que le tocara en suerte, trata ahora de explicarme cómo los médicos y farmacéuticos de su Ejército se ingenian para "fabricar" riquísimos cockteles, con toda clase de ingredientes...y la risa juvenil asoma a sus labios al recuerdo de momentos gratos, en lo inconmensurable de la vorágine.

En amistosa plática, comprobamos que los médicos y los farmacéuticos de todos los Ejércitos poseen iguales aptitudes envidiables y de ahí concluimos, con la mayor ingenuidad, que somos, los hombres de todas las latitudes, monótonamente idénticos e invariablemente los mismos, en nuestra pequeñez y en nuestros rarísimos segundos de grandeza.

En la inmensidad del Chaco en fuego, un grupo de hombres —no éramos más de veinte— cumplía con el rito sagrado de la hospitalidad y el Mayor Paccieri, en simbólico ademán, alcanzaba el vaso para calmar la sed del Capitán Estigarribia.

"Campo Rocha" tiene, pues, para mí ese poder de sugestión. Tras el sacrificio del héroe, Desiderio Rocha y con él un centenar de broncíneos e ignorados soldados, levántase impensadamente con gesto de máxima belleza por su simplicidad, la liturgia del rito hospitalario; y los toscos cubiletes de metal arden en las manos, bajo el sol rutilante del mediodía, cual cálices benditos que, por sobre los odios del hombre, edifican pacientemente la amistad de la raza...

El áspero brevaje quema la garganta pero apacigua y si no hubiera sido por el cocktail del Mayor Paccieri, la rendición del Capitán Joel Estigarribia y de sus hombres no merecería la pena de recordar la, pues sólo sería un episodio común de toda guerra.

El Sargento de Ilabaya.

JUNIO 23 DE 1935

Al día siguiente de firmado el Protocolo de Armisticio, la opinión pública empezó a inquietarse por la suerte de los prisioneros de guerra, instando al Gobierno a iniciar gestiones para el retorno de nuestros compatriotas. En estricta lógica no cabe aún gestión alguna en este sentido que no sea de estudio para la concertación de los convenios pertinentes. El Protocolo sólo dispone que, entre las Partes, se promoverá un acuerdo al respecto, pues estamos en una etapa preliminar de suspensión de fuegos y queda por definir el delicado asunto de la fijación de las líneas de separación de las fuerzas militares.

Sin embargo, es difícil acallar las demandas de familiares y ciudadanos con la simple lógica de la prioridad de materias que, en Buenos Aires, deben discutir y convenir los ex - beligerantes, cuando para todos —y también nosotros así lo entendemos— el Protocolo de 12 del mes es definitivo, es de paz, dada la desmovilización decretada y la presencia ya inalterable de los comisionados neutrales, militares y civiles. Es en esto que se apoya la opinión pública para insistir f;n sus peticiones, y no deja de tener, a su vez, su parte de lógica.

En el Ministerio nos ocupamos del problema que, en derecho, tiene señaladas sus pautas y normas generales, pero que, en verdad, depende de lo que los interesados convengan, pues hay matices y singularidades que escapan a las regulaciones formales y básicas de los textos. El problema en sí no es difícil de resolver y en el papel cabe señalar un plan adecuado al efecto, pero no se nos escapa que se presentarán tropiezos y exigencias suscitados por el Paraguay, y aquí también estamos en inferioridad de condiciones por la enorme diferencia de cifras de prisioneros bolivianos y paraguayos.

En ausencia de Arturo Pinto Escalier desempeño interina. mente la Subsecretaría, motivo por el cual se me pide un memorándum sobre el tema como primera orientación. Consigné en el informe, de modo sintético, lo principal del caso sobre prisioneros de guerra y su repatriación: oportunidad de la repatriación una vez firmado el tratado de paz pero que en el caso boliviano-paraguayo corresponde hacerla cuando la Conferencia de Paz declare terminada la guerra, concluída la desmovilización y ciertas medidas de seguridad; el canje mismo que, según tratadistas, debe efectuarse grado por grado de oficiales y número de tropa, pero que puede, conforme acuerdo, realizarse al margen de esta limitación, pues el Protocolo de Buenos Aires habla de repatriación y no de canje; el problema del transporte a cargo de la República argentina, según sea su capacidad ferrocarrilera; las indemnizaciones recíprocas por gastos de manutención de prisioneros que, sin embargo, el derecho de gentes moderno rechaza y los pone a cargo del país que retiene a esos prisioneros, pudiendo, al efecto, irse a un arbitraje; la documentación necesaria para la repatriación y los certificados de sanidad.

Este problema —todos lo dicen— ha de ser de los más engorrosos porque al lado de las inevitables regulaciones que deben ser acatadas está el drama de los hogares huérfanos y la impaciencia popular que no admite razones.

JULIO 25 DE 1935

Con el sensible fallecimiento de don Daniel Salamanca, cabe ahora un postrer comentario acerca de la llegada del ilustre tribuno a la presidencia de la República, consagración de su carrera de hombre público, y sobre el anverso de este triunfo: la guerra del Chaco o, más precisamente, la pérdida del Chaco.

Alejado en 1920 de una presidencia que parecía pertenecerle, dividido su partido y combatido por cohortes de correligionarios de la víspera, hubo de esperar diez años para alcanzar una cima, único abanderado en el mundo político de esos días.

Estaba, por fin, en la cumbre y llenada la máxima aspiración de una vida política ejemplar, proba, respetada. Se abría para él un horizonte de bellas perspectivas, de enderezamiento moral y de ordenamiento jurídico que devolverían a Bolivia el temple y las virtudes de tiempos mejores. El momento era de expectación optimista, de esperanzas lisonjeras, de fe en la patria que se encaminaba hacia una meta de auténtica libertad y de justicia.

Ignota es la suerte de los hombres, hecha de contrastes y altibajos insospechados. Un año duró la euforia ciudadana. Ya en junio de 1932 del Chaco subieron rumores sobre nuevos choques armados, y en julio se produjeron incidentes más graves que nos arrastrarían a la aventura bélica, Agazapadamente la guerra se insinuaba entre los dos países mediterráneos y preteridos de América.

El nombre del doctor Salamanca ha de estar, para siempre, asociado a la contienda del Sudeste. ¡Qué destino! Toda una vida de austeridad, de grandeza moral, de lucha por las libertades cívicas que termina frente a un conflicto armado de consecuencias incalculables!

Yo no fui de sus parciales. Sufrí de su criterio contrario en esta cuestión del Chaco por mi oposición a la ruptura de relaciones en 1931 y por mi informe, de diciembre de 1930, que buscaba una transacción en el territorio disputado, lo que determinó mi alejamiento del servicio, aunque poco después se me quiso llevar de nuevo a la función diplomática, que rehusé. Pero aunque opuesto a la política del integrismo que defendía el Presidente Salamanca, recibí de él muestras de benévola deferencia y en el hogar de mis mayores escuché siempre palabras de respeto hacia él porque estuvo más cerca de mi padre que algunos otros líderes liberales.

Con qué amargura debió ver el ilustre patricio el derrumbe de sus sueños de grandeza para Bolivia! La guerra le arrebató a uno de sus hijos. El doctor Salamanca daba la sensación de un gran solitario a quien un escepticismo pronunciado no le invitaba a cultivar la convivencia abierta con sus semejantes y, por ende, a confiar casi todo a su intuición y a su indiscutible talento.

Todavía no hay perspectiva histórica para juzgar al Presidente fallecido. Empero, la figura de don Daniel Salamanca será una de las más controvertidas de nuestra época y el peso del desastre del Chaco hará más difícil mantenerla en la cúspide en que estuvo al hacerse cargo de la primera magistratura, en marzo de 1931. Pero su espíritu selecto prevalecerá sobre los embates de la malquerencia.

AGOSTO 11-13 DE 1935

El hombre del "pisar fuerte en el Chaco" es pacifista. Su célebre frase, que muchos atribuyen a Salamanca, no tiene otro alcance que pedir la presencia de Bolivia en la heredad del sudeste con obra colonizadora y defensa militar. Iniciadas las hostilidades en junio de 1932, Jaime Mendoza, ilustre pensador chuquisaqueño, ante el dilema de la guerra o de la paz, se pronuncia claramente por esta última en una intervención en el Senado, abogando por el entendimiento mediante negociaciones.

Antes de la retoma de Boquerón por las tropas de Bray, Jaime Mendoza, en la Cámara Alta, planteó su tesis en esta forma: el regreso de Bolivia a las márgenes del río, a Puerto Pacheco y zona adyacente, devolviendo al Paraguay Toledo, Corrales, Boquerón y Huijay. Esto como base para el ingreso al campo de las negociaciones diplomáticas ante toda América. El trazo definitivo de la frontera vendría después.

Para Mendoza, las soluciones definitivas no las traería la guerra, como la guerra no las dió sobre el Pacífico. Su tesis pacifista descansa en la recuperación negociada de Puerto Pacheco, que él llama "el punto de mira central" en el pleito del Chaco, y considera toda desviación de este punto central como debilitamiento de la causa nacional y un error de proporciones.

Las palabras del autor de "El Mar del Sur" no tuvieron eco. La guerra pasó por encima de ellas sin detenerse a analizarlas. Los hombres de gobierno y los hombres de armas, bajo un sino adverso, siguieron empeñados en la aventura bélica. Tenaces a pesar de los reveses sufridos y con Una porfía digna de mejor suerte.

En otra intervención, hace poco, suscrito el Protocolo de junio e iniciadas las conversaciones de paz, el que escribiera "La tesis Andinista", insiste sobre lo dicho en ocasión pasada y pide que sus palabras sean transmitidas al Gobierno. Parece ya tarde porque la realidad surgida de la guerra hace ahora difícil dar aplicación a las ideas expuestas en 1932.

Me honro en mantener con el autor de "La Tragedia del Chaco" (1933), una amistad respetuosa. En ocasiones hemos valorado juntos nuestros pensamientos coincidentes sobre el

drama de la guerra y él conoce y aprueba mis planeamientos de Asunción, (1930) concordantes con los suyos.

Pero ahora son otros los tiempos.

La guerra ha aportado distintas premisas al problema del Chaco. Estamos en los alrededores de Villa Montes y cerca a los primeros contrafuertes de la Cordillera, verdes lomadas todavía. La inmensidad del Chaco Gualamba ha quedado atrás, ocupad!), por el adversario después de tres años —que parecieron una eternidad— de una lucha que no debió ser. La disparidad de posiciones entre los dos antagonistas no es ya la misma y los puntos de posibles entendimientos, como los sugeridos por Mendoza, son ahora dudosos. Se habla sin embargo, en las esferas de la Conferencia de Paz de actitudes genuinamente americanistas —previsores es mejor decir— que llevarían a las partes hacia un arreglo de equidad, contemplando sus básicas necesidades, con un realismo que iría más allá del resultado de la contienda misma. "La paz sin vencidos ni vencedores" sintetizaría esa actitud singular.

En suma, la pregunta es ésta: ¿podremos llegar a una definición del largo pleito, en Buenos Aires, haciendo abstracción de la guerra, como si el integrismo de soberanías cediese el paso a la política flexible de los arreglos por equivalencias territoriales?

Porque interesa no echar al olvido la opinión de Jaime Mendoza, pensador y estadista, parece oportuno transcribir a continuación un papel que el insigne escritor tuvo la bondad de hacer llegar a mis manos, hace poco, y que resume lo expuesto por él en el Senado, con una insistencia que conmueve:

"Fragmentos"

("De la petición de informe al Sr. Ministro de Guerra y al de Relaciones Exteriores, por el Senador por Chuquisaca. Dr. Mendoza en 1932").

"Bolivia se encuentra ante un dilema: la guerra o la paz.

"Tocante al primer término quiero suponer que Bolivia sea bastante fuerte para imponerse; que triunfe por completo, que se apodere de todo el Chaco; que aplaste al pequeño Paraguay e incluso vaya a plantar su estandarte en Asunción.

"Pero me pregunto ahora: ¿Y qué?

"Ahí está al frente la declaración de los neutrales, en el sentido de que no reconocerían adquisición alguna territorial por la fuerza.

"De manera, que en el hecho, aunque Bolivia triunfase a fuerza de torrentes de sangre derramada en el Chaco, de gastos ingentes de dinero y hasta con el agotamiento de todas las fuerzas vivas de la nación —¿qué habría ganado dentro del campo práctico? Nada. Su victoria quedará anulada ante la solidaridad continental.

"¿Y quién le resarcirá entonces por ese gasto inmenso de sangre, dinero y fuerzas? ¿Será el pobre Paraguay?

"Yo ruego en este punto a mis H. H. colegas del Parlamento se pongan la mano al pecho y respondan: ¿No es verdad que Bolivia, vencedora, quedaría prácticamente deshecha?

"Y vamos ahora al otro término del dilema.

"A mi juicio el actual momento internacional es muy propicio para una favorable paz. Quizás es uno de los más excepcionales que se presentan para Bolivia en su accidentada historia.

"Por todos lados resuena el grito de paz. Las cinco potencias representadas en Washington lo están proclamando sin cesar. Todos los vecinos de Bolivia, o sea la Argentina, o sea Chile, Perú y Brasil proceden igual. Es el A.B.C. antiguo al que para este fin se ha añadido el Perú. Y si a esto agregamos los demás estados americanos que han hecho análogas declaraciones

formando un haz de 19 países, tenemos que son las tres Américas que tratan de inducir ardientemente a Bolivia y Paraguay en el camino de la paz.

"Y en cuanto a la vieja Europa, también allí ha sonado la voz de la Liga de las Naciones que la representa, preconizando la misma doctrina.

"De suerte, pues, que Bolivia y el Paraguay en este orden se hallan envueltas por lo que pudiéramos decir: una atmósfera mundial.

"¿Y nuestro país se mantendrá sordo ante ese llamado?

"Yo opino que no. Yo creo que más bien, había que aprovechar de este ambiente universal para buscar en este gran pleito del Chaco las soluciones definitivas que seguramente no daría la guerra.

"Y en este sentido, ¿qué debería hacer Bolivia para ir a la paz?

"He aquí el meollo de la cuestión.

"De mi parte, hace muchos años, desde mis primeros ensayos de escritor sobre asuntos geográficos e históricos, señalaba la urgencia de que nuestro país abordase el asunto de sus comunicaciones con el sector del Paraguay. Quien haya leído mi libro "Figuras del Pasado" podrá comprobarlo (1924).

"En él hablo largo y tendido de aquel Presidente boliviano que con todo de ser considerado un personaje de inteligencia limitada, tuvo, sin embargo, la idea lúcida de ir hasta el Paraguay, abriendo audazmente una carretera al través del Chaco y sirviéndose en lugar de obreros del mismo ejército nacional para ese fin. (1885).

"Luego unos años después. cuando la cuestión del Chaco empezaba a agitarse de nuevo (1926) insistí sobre mis puntos de vista, y en cierta conferencia pública que dí aquí en La Paz a invitación del entonces Presidente de la República doctor Siles, hasta me atreví a proponer un arreglo directo con el Paraguay sobre la base de la cesión por éste a Bolivia del territorio que comprende Bahía Negra y zonas aledañas, recibiendo en cambio otra porción territorial en el Pilcomayo.

"Y un poco más tarde (1927), en una nota que aparece en el libro "La Ruta Atlántica", decía también estas palabras que hacen al caso transcribir: —"Y en este sentido hasta hemos llegado a decir que se podría hacer entre ambos países un canje de territorios, cediendo cada país al otro un grado geográfico desde los puntos más avanzados de su ocupación en el Paraguay y en el Pilcomayo. Así el Paraguay devolvería a Bolivia la zona comprendida entre el paralelo 20° y el 21° en el Paraguay donde está ubicado Puerto Pacheco. Y en cambio Bolivia cedería al Paraguay otro grado geográfico en el Pilcomayo, v. gr. la zona comprendida entre los paralelos 24° y 25°".—

"Todo eso, como se ve, lo hacía como simple escritor, desde el llano. Y ahora que, sin haberlo yo buscado, me hallo en esta alta tribuna, no hago sino volver a esa misma tesis que he llamado "el punto de mira central" para Bolivia en el pleito del Chaco.

"Bolivia debe aceptar el camino de la paz que le señala todo el mundo.

"Más, para hacerlo, debe imponer la condición expresa de su presencia firme y sólida sobre el río Paraguay.

"Es decir, según mi opinión, Bolivia debe tender por medio de su diplomacia, o si se quiere por las vías pacíficas, a recuperar su antiguo litoral de Bahía Negra, y por consiguiente su antiguo solar de Puerto Pacheco.

"Y al llegar a este punto, tengo que repetir lo mismo que ya dije a ese respecto del territorio chaqueño en general. Bolivia debe ir a pisar fuerte en el Chaco. Hoy para aclarar más ese concepto diría también: Bolivia debe ir a pisar en el margen del Paraguay.

"En esta virtud y dado el estado actual del conflicto del Chaco en el campo diplomático, el Senador que suscribe, por mucho que respecto de sus ideas quede completamente solo, deja por lo menos constancia de ellas ante el Senado y Supremo Gobierno en el sentido de aceptar las sugerencias de las potencias neutrales para una solución pacífica del pleito del Chaco, siempre que ella fuese dentro de las siguientes condiciones:

"1ra. La devolución por el Paraguay a Bolivia de su antiguo litoral de Bahía Negra, comprendiendo por el Norte los fortines paraguayos de Patria y Galpón y yendo por el sur hasta el paralelo 21°, o por lo menos a todas las zonas que comprenden a esa circunscripción.

"2da. Hecha esa restitución, Bolivia a su vez, restituirá al Paraguay los fortines Corrales, Toledo, Huijay y Boquerón, que le ha tomado últimamente en el sector del Pilcomayo en combate abierto.

3ra. Luego se convendría en un statu quo que, como cesación de hostilidades, manteniéndose los contendientes en sus posiciones ya conocidas en el interior del Chaco hasta que, ya por un arreglo directo o por el arbitraje se fijase allí la línea divisoria definitiva entre ellos.

"Estas proposiciones tendrían en su favor los antecedentes siguientes:

1ra. Fijar en el terreno diplomático ante las potencias neutrales un hecho que acaso no es conocido por ellos: la toma por la fuerza de Puerto Pacheco por el Paraguay en 1888, lo cual aunque pertenezca ya a un pasado relativamente alejado, sin embargo, en el fondo es la doctrina que proclaman los mismos neutrales, respecto a la invalidez de adquisiciones territoriales hechas por la fuerza.

"2da. Se halla también conforme estas proposiciones, a lo que puede decirse que está dentro del consenso universal, al proclamar la necesidad que tiene Bolivia, por su mediterraneidad, de un puerto en el Paraguay. Así lo ha dicho la prensa continental. De suerte que, añadiendo esta circunstancia al concepto jurídico del antiguo dominio que ejerció Bolivia en Bahía Negra, ganaría evidentemente la causa de nuestro país.

"3ra. En fin, conforma también al espíritu de esta tesis con la misma que sustenta el Gobierno boliviano respecto de un puerto en el Paraguay. Bien es verdad que al decir eso el Gobierno, o al hablar de una zona para varios puertos, emplea un concepto un tanto vago. Aceptándose mis opiniones no haría sino aclararse y fijarse ese concepto.

"Ese es en resumen mi opinión. Ahora si los neutrales, o si el Paraguay no aceptasen esta fórmula de arreglo, no queda sino mantenerse dentro de la actitud que ya ha asumido el Gobierno de Bolivia de conseguir en ir al arbitraje sobre la base de las posiciones que actualmente ocupamos en el Chaco, lo cual, no ha aceptado por su parte el Paraguay. Habría, pues, que saber también, caso de aceptarse la fórmula que indico, cuál sería el pensamiento de los neutrales sobre la misma".

En su segunda intervención en el Senado, en este año, el doctor Mendoza reiteró lo dicho en 1932, particularmente sobre su "punto de mira central", esto es la devolución de Puerto Pacheco por el Paraguay, a cuyo objeto, como él lo dice. "bien podría sacrificarse gran parte del mismo aspecto territorial". Reconoce, sin embargo, el celebrado escritor chuquisaqueño que "hoy, desgraciadamente, con el curso lamentable que ha seguido para Bolivia la guerra del Chaco, se han alejado mucho más que antes, las posibilidades de llegar al río Paraguay, muy especialmente en ciertos sectores como el indicado de Puerto Casado en que soñaban algunos bolivianos y la misma recuperación con las armas de Bahía Negra se ha hecho por demás dificultosa".

Volviendo a la frase de Jaime Mendoza vale darla completa. La repitió él en su obra "La Ruta Atlántica" (1927) en esta forma: "Bolivia debe pisar fuerte en el Chaco, pero no precisamente con el sable y el fusil sino con la picota y el riel". Y hablando de sus ideas arriba esbozadas, al final de una nota insertada en su citado libro, dice con cierta amargura: "Esa tesis no ha agradado en nuestro país. Ojalá los hombres de la diplomacia hagan algo mejor".

ABRIL 4 DE 1936

Asumí la cartera de Relaciones el 6 de marzo.

Con fecha 31 de ese mes, el Jefe de Estado Mayor, Coronel David Toro, me pidió con carácter de urgencia ciertas informaciones sobre el proceso del sudeste. Los datos y comentarios que consigno en mi respuesta del día siguiente 19 del presente, son un resumen de la actual relación boliviana-paraguaya, como ser el status jurídico después del Protocolo de 12 de junio y de la declaración de 25 de octubre sobre extinción de la guerra, el acuerdo sobre prisioneros, el compromiso de soluciones de derecho de la litis y otros puntos. Pero, más que noticias de las negociaciones prolijadas por la Conferencia de Paz, creí oportuno extenderme en algunos comentarios sobre otros aspectos del problema que nos preocupaba a todos.

La llegada al poder del Coronel Rafael Franco, mediante una cuartelada con sus veteranos del Chaco, echaba una nota de incertidumbre sobre los trabajos de los mediadores. Es esto lo que yo deseaba poner de relieve en mi contestación a Toro, precisamente porque vivíamos un momento, también de incertidumbre, en el campo de nuestra política interna. Un llamado a la conciencia de los Jefes militares puede considerarse mi citada respuesta, cuyos párrafos pertinentes me permito reproducir a continuación:

"Dos hechos de primera magnitud perfilan las conjeturas que cabe formular: 1) la ocupación militar paraguaya tal cual ha quedado establecida por la Comisión Militar Neutral y, 2) la revolución de 17 de febrero último. Estos hechos inducen a prever posibles complicaciones en la cuestión boliviano-paraguaya.

"El régimen político derrocado con el señor Eusebio Ayala, marcaba en el Paraguay una fuerza económica-social de importancia, sostenida por elementos de valía intelectual, íntimamente entroncados con las grandes empresas industriales del país.

"En el terreno internacional, esta fuerza estuvo inspirada por el irredentismo de hombres intransigentes como Domínguez, Moreno, O'Leary, Zubizarreta, Baez, Da Rosa, Artaza, Cardoso y aun el mismo Presidente Ayala, cuya tesis de franquicias portuarias para Bolivia en litoral paraguayo es de sobra conocida.

"Por otro lado, ese régimen, en lo internacional, seguía la tradición del Coloradismo, ahora en auge, pues subido al poder hace aproximadamente 30 años, mostróse tan irreductible como su antecesor en la pretensión de adueñarse del Chaco.

"De ahí que las perspectivas para definir la cuestión territorial con aquel régimen fuesen escasas y la aceptación, por unanimidad y aclamación de los Protocolos de Buenos Aires por el Congreso paraguayo, a pesar de que en ellos se pactaba el arbitraje de derecho sobre la totalidad del Chaco, implicaba a mi modo de ver, una segunda intención encaminada a quedarse con lo conquistado, pese a la declaración de 3 de agosto.

"Producida la revolución de 17 de febrero, pudo creerse —ya que la historia presenta casos— que el nuevo Gobierno ofreciese menor irreductibilidad que el anterior en el campo internacional. Sin embargo, diversos factores inducen a dudar también de aquél. La reacción encabezada por el Coronel Franco, si bien tiene fuertes puntales de política interna, anudados en promesas de justicia social, de lucha contra las grandes empresas absorcionistas, apareja muy particulares concomitancias de política externa.

"Basta recordar que el Coronel Franco fue el Jefe de las embestidas contra el sector central boliviano y que, en su criterio, la guerra terminó en el momento menos propicio a la fortuna de sus armas. No ha ocultado este Jefe su descontento por este hecho y algunas declaraciones suyas o pretendidas suyas, luego discretamente apagadas, dan suficiente luz sobre el particular.

"En consecuencia lógica, cabe suponer que el Coronel Franco, como Gobierno, no querrá trazar una política externa que, en cuanto a tradición integrista, le vaya en zaga a la del régimen por él anulado.

"Necesitaré, en este sentido, un justificativo más ante su pueblo y ello podría impulsarle a quedarse en el Chaco donde está, y aún ir más allá. Además, hay serias informaciones de que su Gobierno no ha logrado consolidarse. Luego, antes de verse en el trance de abandonar el poder, quizá fuese impelido a agitar la cuestión externa, la supuesta amenaza boliviana y aún llegase a provocar un incidente de hecho que le diese margen a denunciar, a gritos, la agresión boliviana y tentar, así, la nueva aventura bélica hacia los petróleos.

"Juzgo que en política internacional los pueblos obedecen a ciertas determinaciones marcadas por la economía de sus posibilidades y aún de su ambición. Las normativas políticas del Paraguay, antes del conflicto armado, eran claramente perceptibles en orden a conquistar el Chaco en su totalidad o, por lo menos, en su mayor parte. Ello obedecía, antes que a un simple designio de reintegración territorial —como allá se decía— a líneas económicas de conducta, una vez que la posesión totalitaria del Chaco importaba para las grandes empresas una mayor fuente de riqueza.

"Aún evidénciase otro aspecto: el de la propia conservación. Ningún paraguayo escapa a la obsesión de que una Bolivia ribereña del río histórico, transformárase, en rápido progreso, en potencia asfixiante para su pobre economía.

"Pues bien, esta trayectoria visible de política internacional, encuentra nuevos objetivos: esto es, desplázase en extensión por obra de la guerra apenas extinguida.

"Y entramos al segundo hecho de magnitud.

"El objetivo político-económico del Paraguay que en 1932 pudo ser parte principal del Chaco, y tal vez la preservación del litoral ante el mito de la prepotencia boliviana, no parece que haya de ser el mismo en 1936, cuando la fuerza paraguaya se encuentra a corta distancia, a las puertas, de la zona petrolífera boliviana.

"Ese objetivo se acrecenta en razón directa de la posibilidad que juzga poseer el Paraguay para alcanzarlo. Este solo enunciado, desnudo de todo eufemismo, plantea la incógnita de una segunda etapa del conflicto chaqueño. En mi concepto, Bolivia tropieza nuevamente con incompatibilidad de puntos de vista con el Paraguay; de ahí que su diplomacia deba encauzarse conforme a esa realidad.

"Ahora bien, se observa de parte de Paraguay alguna tendencia a destruir las grandes empresas —en su mayoría argentinas—, de buscar la aproximación al Brasil, de resistirse a la hegemonía del Plata... pero, ¿hasta qué punto tendrá capacidad de levantarse contra el amo de ayer?

"Juzgo que paulatinamente la revolución de 17 de febrero, tras diversas reformas efectistas de orden social, ha de entrar, cabeza gacha, por el camino de las influencias argentinas —capitalismo poderoso— y con ellas, y no sola, ha de preparar sus próximas ocurrencias internacionales con el aliciente de nuevas riquezas por conquistar.

"La seguridad boliviana descansa en la honestidad con que América, y con ella los mediadores, harán cumplir los Protocolos de Buenos Aires. Pero vuelve la interrogante, ¿hasta qué punto este deber de alta ética internacional coincidirá con los propios intereses de América, es decir de los seis mediadores?

"La diplomacia boliviana precisa, pues, moverse no sólo en el plano de la moral y del respeto a los tratados, pero sí, particularmente con los países vecinos, en el terreno de las negociaciones prácticas. El apotegma latino **do ut des** —doy para que des— acaso señala su camino. Pero si bien parece trazado el cauce de la diplomacia boliviana, no cabe desdeñar el que corresponde a la Fuerza Armada.

"Sobre este tópico paréceme innecesario adelantar cualquier sugestión, pues su reconocido patriotismo y su alta preparación militar indican ya a Ud., señor Coronel, cuál es la ruta, de estudio y de disciplina, que corresponde al Ejército. El país ha soportado ingentes sacrificios para salvar su patrimonio y su honor; seguro estoy de que seguirá aportando, con ejemplar generosidad, su decidido apoyo a la institución armada para dotarla de todos los medios que la hagan invulnerable.

"Como un antecedente de ciertas apreciaciones que me permito adelantar en este oficio, creo útil poner en sus manos copia de uno de mis informes enviado desde Asunción en 1930 (5 de diciembre)".

Cumplí mi deber al expresar al Estado Mayor mi pensamiento sobre la gravedad del momento y al hacer un llamado a su conciencia ciudadana, apoyando en esto la elocuente advertencia del señor Presidente de la República al alto mando militar en la recepción histórica del 29 de marzo recién pasado.

MAYO 30 - JUNIO 6 DE 1936

A MANERA DE EPILOGO

De vuelta de Buenos Aires, el Canciller doctor Tomás Manuel Elio renunció el 29 de febrero, ocupado como estaba, desde su llegada en enero, en reorganizar las filas de su partido que se encontraba en el poder. Se hablaba de su candidatura a la primera magistratura; también se hablaba de la de don Juan María Zalles, llegado en marzo de Santiago. Vacante el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores, el Presidente don José Luis Tejada cursó una primera invitación a don Enrique Finot, plenipotenciario en Washington, quien se excusó. Hizo después consulta al Ministro en Lima, don Alberto Ostría Gutiérrez, en esos días en La Paz. Encontrándome en la mañana del 4 de marzo, en la Subsecretaría con el Asesor General, don Eduardo Diez de Medina, entró Ostría, informándonos de que el Presidente de la República le había hecho llamar. Sabíamos de lo que se trataba y mucho le instamos a que aceptara el Ministerio. Seguros de que así lo haría, el Asesor General me indicó que preparara el Decreto de nominación de Alberto Ostría.

Media hora después se me avisó que fuera a Palacio. Llevé el Decreto confiado en que nuestro nuevo jefe sería el amigo de tantos años. Encontré al doctor Tejada de pie en su despacho, quejoso de los rechazos recibidos. Parece que hizo una consulta más con igual resultado. Como estaba yo con mi papel en la mano, acercándose el Presidente me dijo que debía modificarlo, pues yo sería el Ministro. Ante mi sorpresa e incredulidad me preguntó si no había él manejado las relaciones exteriores, durante la ausencia de Elio y los interinatos de Aramayo, Carrasco y Gutiérrez, conmigo de subsecretario? En consecuencia, —concluyó—, "seguiremos trabajando en igual forma". Como me permitiera indagar sobre rumores de un golpe militar, sonriente me dijo que los rumores eran muchos y, nuevamente me preguntó: "¿si caemos, Luis, no cree usted que caeríamos en buena compañía?" No cabía réplica alguna y es así que, de casualidad, me hice cargo de los servicios exteriores de la República.

En la tarde vino Ostría a felicitarme y me manifestó que, en pocos meses —el mandato del doctor Tejada fenecía el 15 de agosto— ninguna labor de fondo cabía desenvolver; además, él debía regresar al Perú para suscribir los acuerdos que veníamos estudiando con mucho interés, aprovechando de la presencia de don Alberto Ulloa en Torre Tagle.

Al día subsiguiente, 6 de marzo, juré el cargo. En su discurso el señor Presidente, aparte de las usuales referencias sobre política exterior, me instaba velar por que los pactos de Buenos Aires fuesen fielmente cumplidos frente al cambio inesperado de gobierno ocurrido en el Paraguay por la revolución febrerista del Coronel Rafael Franco. Empero, la preocupación del Jefe del Estado estaba en las próximas elecciones para la renovación del poder Ejecutivo y organización de una asamblea constituyente. A este efecto, expresó:

"Aunque por su naturaleza misma la cartera de Relaciones Exteriores y Culto, carece propiamente de carácter político y tiene un radio de acción eminentemente técnico, al llamaras al Gobierno en esta hora, he querido afirmar de mi parte ante el país un propósito relacionado con la política interna. El Gabinete actual está llamado a dirigir la marcha del país, presidiendo la elección a la cual ha sido convocado el electorado nacional, en cumplimiento de la ley. He deseado especialmente que los señores Ministros que integran el Gabinete, puedan llevar al país la convicción de una absoluta neutralidad electoral y, para ello, a más de las destacadas condiciones que os adornan para el desempeño del cargo que ahora confío a vuestro patriotismo, he tenido también muy en cuenta, que no habéis figurado hasta ahora en Bolivia como un político militante, y que vuestra presencia en el Gobierno será, no lo dudo, para el país, prenda de legalidad y corrección".

De mi parte, haciéndome eco de las palabras del doctor Tejada Sorzano sobre política externa y asegurándole que el cambio de gobierno en Asunción no podía afectar al recto cumplimiento de los acuerdos boliviano-paraguayos, debí referirme también al problema interno que a todos absorbía y lo hice en estos términos:

"Creo de mi deber dejar expresa constancia de la resolución de Vuestra Excelencia en orden a procurar que las elecciones de mayo próximo se desenvuelvan ajenas, por completo, a toda intervención del Gobierno. La circunstancia de no militar aún en partido político alguno es, tal vez, prenda de garantía y lo es también el compromiso de honor que, desde este instante, contraigo ante Vuestra Excelencia para ser fiel a sus patrióticos deseos".

En una ocasión hablé con don José Luis Tejada del ex-Presidente Montes y de su época, Constructiva y de mano fuerte. Recogí algunas enseñanzas de lo que me dijera el Presidente, quien tuvo palabras bondadosas para la labor política de mi padre. Me cupo felicitarle por su elocuente discurso en las exequias del ex-mandatario, fallecido el 18 de noviembre de 1933. Se había dispuesto que no hubiera más que una oración fúnebre, la de don José Luis Tejada Sorzano, Vice Presidente de la República. Huelga decir que la pieza oratoria que escuchamos fue bella por su sencillez y justa en el elogio.

Don Ismael Montes estuvo desahuciado por haberle sobrevenido complicaciones gangrenosas que obligaron a una dolorosa intervención quirúrgica. El hombre de las tres guerras: del Pacífico, del Acre y del Chaco, no podía escapar a su destino: fue la del Sudeste la que abatió sus energías y tronchó su vida.

Carácter era, sin duda, lo sobresaliente de la personalidad del ex-Presidente y en ello apoyaba su obra de caudillo, al principio indiscutible. Entre los dirigentes liberales de su tiempo, Montes era, tal vez, el que pisaba tierra con más firmeza.

Distanciado de mi padre en los últimos años de éste por cuestiones de interpretación de la realidad política, originada en los deseos de don Fernando Eloy de unir a la familia boliviana, llamando cerca al Gobierno a ciudadanos opositores eminentes de Sucre, a lo cual se oponían Montes y su grupo porque, a su juicio, el partido liberal no se encontraba aún sólidamente cohesionado. Para don Casto Rojas, quien me hablara de este antagonismo en 1928 (Legación de Bolivia en Chile). Pudo él haberse solucionado si no fuera el apasionamiento de estos dos líderes que hacía difícil un cordial entendimiento dadas las aristas del temperamento del uno y del otro.

Todo ha pasado ya y sólo queda el recuerdo de esos dos egregios inspiradores del liberalismo.

Desde que asumí la cartera tuve mayor conocimiento de los rumores sobre una subversión en marcha. Esto no era sorpresa para nadie, pues en el Chaco, desde tiempo atrás, se hablaba de la toma del poder por el Ejército y grupos de izquierda. El Coronel Toro era el líder de estas inquietudes. En rigor de verdad, el proceso institucional había sido quebrantado el 27 de noviembre de 1934 con el derrocamiento de don Daniel Salamanca, dejándose, como consecuencia, en suspenso la elección de don Franz Tamayo y don Rafael de Ugarte de 11 del mismo mes, lo que ni sus partidarios pudieron impedir ya que, por lo demás, no hicieron esfuerzo alguno para lograr ese fin.

Ante el peligro que se avecinaba, el Presidente de la República buscaba afanosamente dar una honorable salida al conflicto político y procuraba encontrar la fórmula adecuada. Es así que el 28 de marzo, don Hugo Montes, joven dirigente prestigioso del liberalismo, en carta dirigida al Jefe del Estado Mayor General, Coronel David Toro, recordándole conversaciones previas en las que alcanzaron algún acuerdo, le propuso este plan sobre la base de haber reconocido ambos de que Bolivia se hallaba al borde de la anarquía y que tocaba a sus conductores salvarla: unificación del Ejército como institución sólida; Gabinete militar para las elecciones; compromiso de los partidos políticos de concurrir a elecciones; pacto limitativo electoral entre los partidos con representación de todos en la Convención y elección de Presidente y Vice Presidente por la Convención.

Estas proposiciones, dadas a conocer por la prensa, suscitaron escepticismo. El doctor Saavedra dióles una aceptación en principio, pero pedía primeramente que se levantase el estado de sitio y que se prohibieran las llamadas candidaturas independientes. El Coronel Toro, en su respuesta del día 30, manifestó que él, personalmente, aceptaba con simpatía los planteamientos del doctor Montes y dejó bien en claro que el estado de anarquía subsistiría "si el Ejército, la más homogénea y cohesionada institución nacional, no se prestaba a salvar a Bolivia", pero —con alguna reticencia— agregaba que antes de someter este plan al Comandante en Jefe, debía ser aprobado por el Presidente de la República, subrayando que "el Ejército aceptaría intervenir en el rol de conciliador de la ciudadanía boliviana" que se le asignaba en el plan, "únicamente en caso de que así se lo soliciten todos los partidos políticos". Esta segunda carta fue recibida con mayor escepticismo aún, pues muchos opinaban que el resultado sería colocar todo el poder en manos de los militares; sin embargo, podía ser una fórmula salvadora si entre Ejército y Partidos garantizaban el orden y la correcta sucesión presidencial.

El Presidente de la República no se hacía ilusiones sobre el estado de cosas imperante, pero insistía en salvar el momento inquietante que se vivía. Con motivo del retorno del General Peñaranda al Chaco para preparar la llegada de los prisioneros de guerra, don José Luis Tejada, el 29 de marzo dió una recepción en honor del Comando y altos Jefes, y aprovechó la oportunidad para hacer un llamado a su patriotismo y, entre otras reflexiones sobre la situación económica del país y la situación internacional siempre delicada, les dirigió estas elocuentes palabras:

"Los países ricos y débiles están rodeados de acechanzas. Hay pues en nuestra vida actual, de un lado, un conjunto de problemas graves e intrincados, que requieren solución. Si es que queremos que el desarrollo futuro del país no se vea entorpecido seriamente, y existe otro, un conjunto de interesantes y promisoras expectativas que, de ser alcanzadas, definirían completamente la conformación integral de nuestro país con todo género de atributos y de medios para encarrilarse en un camino de rápidos y efectivos progresos, pero tanto resolver lo uno como alcanzar los otros, depende principalmente del mantenimiento del orden público y del imperio normal de las instituciones.

"Esta es pues la situación que he deseado presentar hoy día a consideración del ejército nacional, pidiéndole que reflexione serenamente acerca del presente y del porvenir de Bolivia, a fin de que, de su parte, contribuya, en cumplimiento de su deber primordial, al mantenimiento de esa situación de orden y de legalidad que diría ser la llave de nuestra vida, y la palanca de nuestro progreso. Este mi pedido se empequeñecería y perdería en importancia, si yo pidiera al ejército apoyo para el sostenimiento del orden en beneficio del actual gobierno. No deseo presentar ante él la situación mía como gobernante ni la de la administración que me ha tocado presidir. Fui llamado a este Palacio en hora difícil con el solo objeto de que escribiera una página de austeridad y de sacrificio. Esta página ya está escrita, y próxima a ser terminada. Cuando el último de nuestros cautivos retorne habré dado cumplimiento a mi deber y habré satisfecho mi compromiso con el país. No pido, pues, al ejército ser el guardián del orden en beneficio de un hombre o de un gobierno. No hay seguramente en la política de Bolivia, una figura más fugaz y pasajera que la mía. Lo que evoco para hacerles este llamado es la imagen de la patria, que es lo permanente y lo grande, y ante cuyas angustias y dolores, ante cuyas dificultades y esperanzas debemos todos aunarnos para hacerla feliz y grande.

"Los partidos políticos, representan en la lucha de sus ideales y de sus ambiciones la marea en eterno movimiento. Suben, bajan, se chocan y desaparecen. El ejército es la organización fuerte y elevada que la sociedad organiza para estar siempre por encima de ellos, defendiendo las condiciones esenciales de vida para la sociedad. El Ejército no debe, pues, parcializarse en política. Si lo hiciera abandonaría su más augusta misión, perdería el respeto de la sociedad y lejos de ser el parapeto grande, alto y sólido, encargado de evitar la furia de las tormentas, se tornaría en amenaza y elemento de destrucción de la sociedad misma. Yo deseo que el Ejército de Bolivia en esta hora de honda inquietud y de peligro, mantenga esa su situación elevada, por encima de los partidos y de los intereses ocasionales, prestando su apoyo a la nación en su conjunto, velando por su tranquilidad y estimulando de este modo el legítimo desarrollo de todas las actividades, sin dejarse dominar por la tormenta de las pasiones, sin dejarse tentar ni abatir por ellas".

Pocos días después, el 2 de abril, en carta al doctor Calvo, delegado en Buenos Aires, daba1e yo cierta información que revelaba la desorientación ambiente:

"La política boliviana, por obra de la guerra, parece entrar a un período agudo. La inquietud es general y con tendencia a cierto pesimismo que entraba las labores del gobierno.

"El doctor Juan María Zalles ha querido auspiciar la formación de un frente único ante las próximas elecciones, pero ha estado fuera de la realidad al limitar sus consultas con el doctor Saavedra, negándose terminantemente a conversar con algunos altos Jefes del Ejército, y menos con los núcleos juveniles que ya constituyen fuerza.

"El fracaso del doctor Zalles ha dado, pues, alas a los más variados comentarios, acrecentándose la inquietud general. Yo lamento profundamente este fracaso, pues la gestión era bien intencionada; tal vez ha faltado algún modus operandi adecuado al momento.

"Hasta hoy el Ejército ha dado pruebas y formulado declaraciones de su prescindencia política. Todo está en que perseverare por ese bello camino; empero, en este punto nadie puede profetizar".

En tal trance de preocupaciones e incertidumbre, me llegaba una voz del eminente servidor público, el doctor Carlos Calvo, Delegado y Ministro en la Argentina. Aunque separados por la edad y ciertos conceptos políticos sobre la realidad boliviana, nos ligaba una amistad, honrosa para mí, que justificaba la confidencia. En más de una carta, el doctor Calvo me daba a conocer sus impresiones y alarmas con palabras donde vibraba un intenso patriotismo. Es deber mío reproducir, a continuación, algunos párrafos de esas cartas, cuyo pesimismo no es más que un llamado angustioso a la cordura de los bolivianos. Dí a conocer esas cartas y otras más, a numerosos amigos y hombres que estaban en la palestra:

En carta de 21 de abril decía don Carlos Calvo:

"Bien sé que la solución del pleito es algo extraordinariamente difícil y que el Paraguay, gobernado por Franco o por Ayala, hará los mayores esfuerzos para quedarse donde está y establecer allí su frontera, pero creo también que todos los bolivianos, estamos resueltos a luchar sin tregua ni descanso para vencer esa resistencia, debiendo desde ahora dejar constancia que toda tentativa revolucionaria en Bolivia y toda idea de romper la constitucionalidad del país, servirá a maravilla el plan paraguayo que tiene inmensa fe en la ayuda que deba resultarle del colapso boliviano y del desencadenamiento de las pasiones políticas, de las ambiciones y de las impacencias de mucha juventud que, más por inexperiencia que por mala fe, cree que una revolución en estos momentos podrá llevarla al poder y a la riqueza, sin desmedro de la vida misma de la nación".

El 28 de abril, el Ministro doctor Calvo volvía sobre el tema y manifestaba:

"Lo urgente y lo indispensable es, señor Ministro y amigo, que la situación política no se complique y oscurezca. Precisamente, más que por razones de índole interna, por las de orden externo, demos muestras evidentes de buen sentido, de serenidad, de elevado espíritu jurídico, de apego a nuestra Constitución y a sus disposiciones. Así y sólo así podremos conducir por el buen camino nuestro pleito máximo con el Paraguay. Bien está que el Paraguay, empeñado en quedarse con lo ajeno, hubiera ingresado al periodo de las revoluciones y los cuartelazos; el desorden disculpa, hasta cierto punto, el desconocimiento de los compromisos contraídos legalmente y coloca las cosas en un terreno de hecho que sólo con otros hechos se puede contestar. Pero la fuerza de Bolivia está en el derecho estipulado y para exigir e imponer su respeto, debemos comenzar por respetarlo y no por conculcarlo, constituyendo conculcación toda propaganda revolucionaria y toda prédica izquierdista, que no es más que la negación del severo y estricto régimen jurídico. Cuando la vida de Bolivia está pendiente de la solución del pleito del Chaco y cuando la existencia misma de la República tiene que ser una consecuencia de obligar al Paraguaya retirarse muy lejos de Santa Cruz, Chuquisaca y Tarija, es absurdo inventar problemas de orden social y crear nuevas complicaciones. Por eso debemos decir que quienes las quieren crear no sirven a la nación, sino a su enemigo".

En esta carta, don Carlos Calvo sugería ciertas fórmulas políticas que, a su juicio, salvarían el momento difícil que vivíamos. Puse esta fórmula en conocimiento del señor Presidente de la República y de algunos connotados dirigentes sin haber recibido pronunciamiento alguno de importancia. En realidad, los dados estaban echados. La proposición del Ministro Calvo era la siguiente:

"Tan grave es el momento actual, que sería un deber llamar a todos los candidatos y aspirantes a la Presidencia de la República y pedirles una declaración concluyente y sin reservas en el sentido de que renuncian a toda idea que pueda llevarlos a encumbrarlos y que renuncian o, mejor aún, que declaran que no aceptarán candidatura alguna, aspirando solamente a unir a todos los bolivianos a la sombra de dos o tres principios básicos, sin complicarlos, con izquierdismos, con renovaciones totales, con modificaciones sustanciales de la vida económica. Cuando un hombre está al pie del sepulcro, no piensa ni puede pensar en trabajar su casa y su mobiliario, piensa sólo en no perder la vida, dejando todo lo demás para más tarde. Eso que lo hace todo el mundo, el sabio y el ignorante, los políticos jóvenes y los políticos viejos simulan desconocerlo y es necesario, Ministro, recordárselos. y no se me diga que yo doy esos consejos por que no soy un presunto candidato. Efectivamente no lo soy ni lo sería por mucho que me lo pidieran, pero soy un ciudadano que tiene tanto derecho como los aspirantes a la primera magistratura a decir las cosas dentro de la sinceridad y de la más completa honestidad, pudiendo agregar que quisiera invitar a esos aspirantes a firmar una escritura pública declarando que renuncian a toda expectativa presidencial, sin reserva alguna y yo, en verdad de escasa significación, quisiera tener el inmenso honor de comenzar o concluir con la firma de tal documento. Es que si en estos momentos no se extiende en el país una atmósfera de abnegación y de desinterés, la ruina de Bolivia estará consumada. Estoy seguro que el doctor Elío aceptaría este temperamento. Nunca he hablado de su posible candidatura en todo el tiempo que hemos convivido en Buenos Aires, pero lo considero un patriota y quien lo es no niega nada a la patria. Creo también que podría contarse con la aceptación sincera y austera del doctor Saavedra y los demás presuntos candidatos y que así, suprimidos los aspirantes, mayores obstáculos para el acuerdo, fácil sería organizar un poderoso movimiento de opinión nacional, dejando para el último momento la designación del candidato, con exclusión de los firmantes del compromiso. Sería un hermoso ejemplo de desinterés y de patriotismo y una muestra elocuente de una magnífica comprensión de la gravedad del momento actual".

Una tercera carta, de 12 de mayo, insistía acerca del problema político y traía algunas consideraciones sobre el pleito del Chaco. He aquí sus párrafos principales:

"Contesto su afectuosa carta de 7 del mes en curso y agradezco de todo corazón la oportunidad y gallardía con la que se lanzó usted a la palestra en defensa de mi insignificante persona duramente atacada y ofendida por los jóvenes y ya terribles socialistas-revolucionarios presididos por el señor Baldivieso y otros a quienes poco conozco y poco deseo conocer.

"La impaciencia domina a los políticos noveles y también a muchos que ya no lo son. Aquellos quieren ocupar el poder por vez primera y éstos quieren volver a él, recordando las fruiciones de los tiempos en los que gozaron de sus voluptuosidades y del placer inefable, en sentir de los mismos, de mandar y ser obedecidos.

"Mi más ardiente deseo es salir de las dos funciones públicas que tengo a mi cargo y si se cumplen las amenazas de los impacientes y de quienes, según ellos mismos, los robustecen y vigorizan con su situación y poder, muy pronto estaré en Buenos Aires sin otro título que el de mi propia persona, que para los modestos es bastante y es muy suficiente.

"El Embajador Braden tiene siempre el firme propósito de visitar La Paz y Asunción; irá seguramente acompañado por un delegado brasileño, tal vez sea éste Macedo Soares, hermano del Canciller y posiblemente de Nieto del Río que muchas veces nos ha dicho que tiene vivo deseo de visitar nuevamente esa ciudad.

"Justamente esa visita, que se considera con o sin razón indispensable, fue tomada en cuenta al acordar la especie de vacación de la Conferencia de Paz y su sustitución, provisional, por la Comisión Ejecutiva, que forzosamente dejará de funcionar por un mes o algo parecido, cuando esos delegados inician su visita a las dos capitales.

"Precisamente esto nos impedirá renovar inmediatamente la consideración del asunto de fondo, como se ha servido usted sugerirlo en una de sus últimas comunicaciones y nos obligará a esperar el mes de julio para hacerlo, pues sería un grave error volver al debate más difícil sin la presencia de Braden, cuya justificación, entereza y autoridad son una fuerza insustituible y cuando ese Delegado es quien estimula las energías del Embajador Rodríguez Alves, que es a su vez un valor de primer orden en los debates y en el curso de las conversaciones.

"El Mensaje del General Justo en la inauguración del Congreso, en lo que al Chaco se refiere, me ha causado bastante y justificada alarma. El Presidente argentino insiste, de oficio y con frecuencia poco común, en la idea de que la Conferencia no tiene sino autoridad moral y que no hará nada que pueda significar presión, empeño, insistencia para vencer la voluntad de cualquiera de las partes, siendo así que otro era el lenguaje cuando se discutía el Protocolo de 12 de junio y se decían los enardecidos discursos a raíz de él. Bolivia cuenta con la garantía del Brasil, de la Argentina y del Perú, expresamente acordadas al doctor Elfo en la noche memorable del nueve de junio. El doctor Saavedra Lamas nos dijo entonces y nos lo repitió más tarde que Argentina no permitiría que el arbitraje nos fuera escamoteado y a mí personalmente me tiene dicho y también se lo expresó al doctor Elfo que el Paraguay no se burlaría de la autoridad y de la dignidad de siete naciones fuertes y resueltas a exigir el cumplimiento honesto de los compromisos contraídos.

"Las declaraciones no pedidas del General Justo constituyen posiblemente para el concepto paraguayo una especie de estímulo o seguridad de que puede resistir el arreglo directo y el arbitraje y que la Conferencia, una vez agotadas sus reflexiones, se cruzará de brazos y se entregará al sueño. Eso necesitamos combatirlo, con mucha discreción, pero con mucha firmeza y de mi parte lo haré en cuantas oportunidades se me presenten".

En esta última misiva se lee el desencanto del doctor Calvo por la casi certidumbre del cambio violento que derrocaría al gobierno constitucional. Yo recibí esa carta pocos días después de la caída del Presidente Tejada Sorzano y mi dejación del Ministerio. Pero hasta la víspera del golpe militar el poder civil luchó por salvar el orden institucional. Así el sábado 16 de mayo, el Primer Mandatario reunió en Palacio a jefes de partido y personalidades políticas y les habló, con elocuente sinceridad, de los peligros que confrontaba el país a consecuencia de la revolución del Coronel Franco que amenazaba con reanudar las hostilidades y apoderarse de las petroleras; agregando que el nuevo dictador paraguayo esperaba se produjera en Bolivia un alzamiento que le permitiera dar su golpe. Hizo después referencia a la venida de los Embajadores Braden y Nieto del Río, cuya visita podía ser vital para lograr una paz honorable en el Chaco; abundó en razones sobre la situación económica, las deudas que nos abrumaban, la condición de los prisioneros de guerra y, después de estas y otras consideraciones de bien público, el doctor Tejada Sorzano habló de la necesidad primordial de producir una salida constitucional al problema político, correspondiendo a los líderes "imponer un gobierno constitucional" para alejar la amenaza de la anarquía. Al final informó que se iba a levantar el estado de sitio pero que la huelga de gráficos, con sus implicaciones, dificultaba tomar en el acto esa medida.

La palabra del doctor Tejada iba directa a los políticos presentes. Yo miraba con curiosidad a estos señores, entre los cuales se encontraba el doctor Bautista Saavedra: impasibilidad o indiferencia es lo que yo veía. Y como se hablaba, cada día con mayor insistencia, de la revolución de los hombres del Chaco, no podía menos que admirar lo absurdo de esta escena, la ironía del momento, al tener la certidumbre que varios de los presentes estaban ya comprometidos en el golpe que podía intentarse en cualquier momento. La prensa, días después, llamó a la exhortación patriótica del Jefe del Estado "el testamento político de Tejada Sorzano", y eso fue en verdad, pues dictado el Decreto de 27 de febrero, convocando a elecciones para Presidente y Vice Presidente y representantes a la Convención el 31 de mayo, el Primer Mandatario seguía insistiendo, hasta el último momento —que resultó ese 16 de mayo— en que se cumpliera la ley y Bolivia no saliera de la norma constitucional, más que todo por no debilitar la causa nacional en las deliberaciones de Buenos Aires.

A principios de mayo se produjo un incidente que parecía poner de lado toda posibilidad de llegar a las elecciones del 31. El líder socialista que se hallaba más vinculado al Comando del Coronel Toro, Enrique Baldivieso, hizo ciertas declaraciones llamando, lisa y llanamente al Ejército a entrar en la lucha política decisivamente. El párrafo principal de su manifestación fue el siguiente: "Creo sinceramente que el Ejército debe intervenir porque frente a la anarquía de los hombres y de

los partidos, se presenta como una institución solidaria, organizada, imparcial; institución que por los azares de la guerra ha logrado una notoria evolución cultural y política, que ha creado su aspiración de realizar en Bolivia la justicia social". Fácil es imaginar el revuelo que causaron estas palabras, no tanto porque predicaban algo que todos sospechaban, sino por la franqueza, que importaba una notificación pública de lo que iba avenir.

El jefe de los liberales, doctor Tomás Manuel Elio, recogió las palabras de Baldivieso y preguntó al Presidente doctor Tejada con qué recursos contaba para hacer cumplir el llamado a elecciones y respetar sus resultados. El Presidente contestó que sólo contaba con recursos morales. El doctor Elio, entonces, declaró por la prensa que el partido liberal no concurriría a las elecciones del 31 de mayo, ya que el señor Baldivieso y sus socialistas, unidos al Ejército, notificaban al país de que venía un gobierno sindicalista y colectivista. Al final de su declaración el jefe liberal pedía al Ejército que se definiera ante tal situación. La definición fue la toma del poder en la noche del 16 de mayo.

Se puede decir que pocas veces una revolución —como solemos llamar a las cuarteladas— fue más avisada y proclamada sin que despertara mayores resistencias. Es que lo que venía era una lit consecuencia de la guerra perdida. El Ejército o, mejor dicho, los altos mandos habían regresado del Chaco el 5 de octubre de , 1935 Y su entrada en La Paz tuvo un recibimiento frío aunque no hostil. De otra parte, elegidos en los comicios de 11 de noviembre de 1935, Presidente y Vice Presidente los señores Franz Tamayo y Rafael de Ugarte, respectivamente, se mostraron apáticos en la defensa de sus derechos y, como consecuencia, sus partidarios francamente abandonaron la lucha. Derrocado el doctor Salamanca, el Comando Superior declaró que el doctor Tejada Sorzano seguiría en la Presidencia hasta la terminación de la campaña, con lo cual quedó anulada la elección del binomio Tamayo-Ugarte. Aceptado este orden de cosas, no quedaban sino dos salidas: elecciones del Poder Ejecutivo el 31 de mayo o ingreso del Ejército al Palacio Quemado.

Y advino lo que se sabía. Muy temprano, el domingo 17, dimitió el Presidente de la República. Fuerzas que el Tcnl. Busch destacó ocuparon el Palacio, siendo cordialmente recibidas por la guardia. Este Jefe se hizo cargo de la situación y llamó al Coronel Toro que, días antes, se había dirigido al Chaco. Esa mañana del domingo 17, tuve el primer aviso de lo que sucedía por mi hermano Carlos. Poco después recibí la visita de mi buen amigo don Alfonso Rosenzweig Díaz, Ministro de México, quien quiso llevarme a su residencia. Me excusé de aceptar la bondadosa invitación. Impaciente por recoger mis papeles de la Cancillería, a eso de las 10 salí y a pie me encaminé al Ministerio. Había alboroto en el Club Anglo-Americano. Llegué al Despacho cruzando la plaza Murillo y en los balcones de Palacio me pareció ver la inconfundible figura de don Bautista Saavedra. Encontré en el edificio vacío a mi Secretario, Zegadita, fiel como pocos, recogiendo mis papeles privados. Estuve allí cerca a una hora, redactando unos apuntes de cosas pendientes para el que viniera a ocupar el cargo. Estaba por retirarme cuando entró Alberto Cortadellas, Subsecretario interino, quien traía un cable de Palacio separando de su puesto al doctor Calvo. Le aconsejé que esperara la renuncia del Ministro en Buenos Aires. Después supe que se le había pedido a nuestro representante ante la Conferencia de paz que esperara a su reemplazante. Regresé a casa a pie; varias personas me saludaron extrañadas al verme libre y no recluso.

Al día siguiente visité al doctor Tejada Sorzano en su domicilio de la calle Ayacucho. Rodeado de varios amigos, se comentaba el golpe militar. El señor Tejada se lamentaba, no por su persona, sino por el país, vaticinando días oscuros y difíciles para la patria. Admiré, como pocas veces, el señorío de un hombre superior, señorío que no da la fortuna ni la clase sino una innata grandeza de alma, mezcla de desprendimiento y estoicismo.

El 20 de mayo el Coronel David Toro, Jefe del Estado Mayor, se hizo cargo del Gobierno y el 23 constituyó su Gabinete con los siguientes políticos y militares: Enrique Baldivieso, Relaciones Exteriores; Tcnl. Julio Viera, Gobierno; Gabriel Gosálvez, Defensa; Tcnl. Antenor Ichazo, Minas y Petróleos; Fernando Campero, Hacienda; Tcnl. Oscar Moscoso, Educación; Pedro Zilveti Arce, Obras Públicas; Tcnl. Luis Añez, Agricultura; Tcnl. José Rivera, Industria y Comercio; Waldo Álvarez, Trabajo y Previsión Social. El programa básico, según se declaraba, era la implantación de un socialismo de Estado, aunque no se percibía claramente si habría estatización de las fuentes de producción.

No se puede ocultar que el derrocamiento del doctor Tejada Sorzano no produjo resistencias ni protestas. Estaba en la mente de muchos, particularmente de los ex-combatientes, la necesidad de un cambio de fondo en la vida política, económica y social de la nación. Y el Ejército no podía ser ignorado; su presencia, disimulaba apenas la ambición de algunos de sus Jefes. Y en este derrumbe del orden constitucional, no se trataba de la persona de don José Luis Tejada Sorzano, respetada por todos, sino de un fenómeno de contradicción entre la retaguardia y los combatientes habiendo recaído sobre éstos, físicamente, el peso de la derrota. De esta quiebra espiritual, que también era un conflicto de generaciones, difícilmente cabía esperar la continuidad de un proceso político racional, legalista y respetuoso de las formas si en el fondo bullían ansias de sacudirse de la vergüenza de haber sido batidos en los arenales del sudeste por culpa de otros. No había odio en este enfrentamiento, pero sí el germen de la frustración porque el sacrificio terminó con el fracaso. Y ahí estaba el peligro, pues de esa frustración podían nacer ambiciones bastardas que echaran al olvido el ideal de la generación del Chaco que buscaba hacer de Bolivia una patria justa al servicio de su pueblo. Y no se vea en mis palabras una defensa del golpe de 16 de mayo; son apenas una explicación.

Sucedió algo inusitado a mediados de mayo. El Ministro argentino, Juan Valenzuela, me visitó el día 13 y me dió a conocer una gestión que le había encomendado el Ministro Saavedra Lamas con el fin de hacer frente a ciertas intrigas políticas de la oposición contra su Canciller. En suma, pedía que Bolivia diera al Ministro de Relaciones porteño una especie de certificado de buena conducta por sus actuaciones en el conflicto del Chaco. Valenzuela, al solicitar este apoyo, se mostró un poco inseguro porque sabía que difícilmente podríamos satisfacer su petición. Juan Valenzuela está con nosotros hace varios años; nos estima y nos comprende y no es un devoto de Saavedra Lamas. De ahí que pude hablarle con franqueza, sin herirle.

Como era urgente que nuestro Ministro en Buenos Aires conociese lo que sugería el diplomático argentino en La Paz, me apresuré en comunicar a aquello ocurrido y mi respuesta negativa —no podía ser otra— al discreto requerimiento del señor Valenzuela. Mi oficio al doctor Calvo resume cabalmente lo tratado y el pensamiento de la Cancillería y no precisa de mayores comentarios. Dice así:

"La Paz, 14 de mayo de 1936 —

Reservada.

"Al señor doctor don Carlos Calvo, etc., etc.,

"Señor Ministro:

"El Ministro argentino en La Paz, señor Juan G. Valenzuela, ha informado a este Despacho, por especial encargo del Canciller, doctor Saavedra Lamas, que tiene éste recibidas diversas noticias de círculos políticos acerca de una probable Campaña parlamentaria que desenvolvería el senador De la Torre contra la acción y actividades de la Cancillería argentina.

"La gravedad de esta información —ha agregado el señor Valenzuela— está en que esa campaña tendería a producir dificultades entre Bolivia y Argentina, crear nuevamente un mundo de celos entre ambos países y despertar, de esta suerte, aquí, cierta desconfianza, si no gubernativa, por lo menos de la opinión, con relación a la obra internacional del doctor Saavedra Lamas en la liquidación diplomática de la cuestión chaqueña.

"El senador De la Torre tendría interés en demostrar que numerosas actitudes del actual Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina, siempre con relación al conflicto del Chaco, no han sido del todo inspiradas en el espíritu de neutralidad que debió informar la acción de esa Cancillería y, por este medio, buscaría tachar la presencia del doctor Saavedra Lamas en la presidencia de la Conferencia de Mediadores y aun a la cabeza de los negocios internacionales de esa nación.

"Parece, pues, evidenciarse que mediante una maniobra de aparente rectitud se trataría de inhabilitar al doctor Saavedra Lamas, con fines de política partidista.

"El Ministro Valenzuela ha informado, además, que el Canciller argentino le manifiesta sus temores de que el Paraguay las esferas paraguayófilas en Buenos Aires aprovechen aquella acción política para crear un estado de suspicacia entre Bolivia y la Argentina, con el fin visible de entorpecer las labores de la Conferencia del Chaco. Al respecto el doctor Saavedra Lamas recuerda que un ex-Ministro paraguayo (no indica el nombre) concebía la posibilidad de producir incidentes armados en el Chaco, en la debida oportunidad, siempre con el objeto de quebrantar la autoridad de la Medición y paralizar su obra.

"La información del representante argentino al recordar que S. E. el Presidente de la República habíale expresado, con motivo del asunto de Cusi Cusi, que Bolivia estaría dispuesta a prestar su colaboración al Canciller Saavedra Lamas para salvar su obra de paz y fomentar el acercamiento de los dos países, pedía un compromiso antelado del Gobierno nacional en sentido de manifestar, siempre que la acción parlamentaria del senador De la Torre se hiciera efectiva y tomara alcances de proporción, que la conducta argentina, la actitud del doctor Saavedra Lamas y, en una palabra, la política del vecino país, durante **la guerra del Chaco** y durante el período actual de la pacificación le merecía todo respeto y que en ella reconocía rectitud de procedimiento, lealtad internacional y amistoso interés por una nación hermana.

"Al decir del doctor Saavedra Lamas esta declaración de la Cancillería boliviana le serviría para anular los propósitos de la oposición en el Senado, afianzar su situación frente a la Conferencia del Chaco, cuya obra desea, ante todo, terminar y evitar, por otra parte, que en alguna forma sufriera el prestigio de la Conferencia Roosevelt, de trascendencia para la concordia interamericana.

"Para nosotros, señor Ministro, la petición argentina implica un certificado de buena conducta que se desea obtener de Bolivia por pasadas actuaciones muy discutibles, abultando, un poco, las proyecciones que pudiera tener la campaña parlamentaria del senador De la Torre.

"Ningún Canciller de Bolivia podría firmar o emitir la declaración que se pide sin contradecir expresiones oficiales de este mismo Despacho acerca de la irregular forma de neutralidad adoptada por la Argentina durante el conflicto chaqueño y, omitiendo detalles de ingrata recordación, sin herir el sentimiento y la convicción bolivianos acerca de la conducta argentina en favor del Paraguay y que la historia calificará a su debido tiempo.

"En consecuencia, me he limitado a expresar al Ministro Valenzuela que el Gobierno de Bolivia reitera su decisión amistosa de cooperar con el doctor Saavedra Lamas a la obra de paz en que ambos se encuentran empeñados y que, por lo tocante a la declaración solicitada, estudiará la forma de producir alguna manifestación que reconozca la labor de la Cancillería argentina en el proceso actual de pacificación. Más no cabe declarar.

"Es posible que el doctor Saavedra Lamas hable a usted de este asunto, por ello me apresuro a poner en su conocimiento la determinación tomada por el Despacho de mi cargo.

"Me complazco en reiterar a usted, señor Ministro, los sentimientos de mi muy distinguida consideración.

(f) Luis F. Guachalla".

Remitido este oficio con carácter de urgencia, dejé el Ministerio el sábado 16 y ya no supe si esta curiosa demanda tuvo **suite**.

Preocupaba hondamente al Gobierno el problema de la repatriación de los prisioneros de guerra que, a juicio de todos, tardaba demasiado en dársele curso. Con fecha 19 de junio de 1935 puse en manos del Ministro de Relaciones un memorándum sobre el tema de los cautivos de guerra y su repatriación acorde con las normas del Derecho Internacional. Largo sería reproducirlo aquí y huelga decir que contemplaba todos los aspectos del problema, teóricamente considerados, no siendo los desdoblamientos posteriores que hubo de aceptarse sino aplicaciones de detalle al caso peculiar que se confrontaba, suspendidas las hostilidades pero no firmada la paz entre los beligerantes.

El Protocolo de 12 de junio, en su cláusula primera, párrafo cuarto, estableció que la Conferencia deberá:

"Promover, cuando lo considere oportuno, el acuerdo entre las Partes con relación al canje y repatriación de prisioneros, teniendo presente los usos y principios del Derecho Internacional".

Recién el 21 de enero último, se suscribió este acuerdo, cuyo artículo IV expresa lo siguiente:

"Las Partes procederán a la devolución recíproca de los prisioneros de guerra, dando comienzo a ella dentro de los treinta días contados desde la fecha de la última aprobación legislativa del presente documento, comprometiéndose a proseguir aquella hasta la liberación total de los prisioneros de acuerdo con los plazos que fije la Conferencia de Paz, o la Comisión Ejecutiva constituida por la misma, en caso de suspender temporalmente sus labores, teniendo en cuenta las exigencias de la organización y ejecución del transporte, así como otras que considere atendibles. La concentración de los prisioneros y los preparativos para su devolución se comenzarán tan pronto como este documento sea firmado.

"Los prisioneros enfermos que no puedan ser trasladados de , inmediato serán, sin embargo, liberados y su traslado se hará tan pronto como sea posible".

A modo de indemnización de guerra, llamada "gastos realizados" por las Partes, se convino por el artículo VII del Acuerdo que Bolivia pagaría el saldo, a favor del Paraguay, que equivalía a £ 131.201-8-1 en letras bancarias sobre Londres a la vista, con lo que se extinguiría toda diferencia de presente y de futuro sobre esta materia. Las ratificaciones legislativas fueron dadas el 7 y 8 de febrero por Paraguay y Bolivia, respectivamente, y a los treinta días cumplidos Bolivia abonó el saldo de "gastos realizados" que le correspondía. Desde ese momento empezaron a concretarse, con mayor insistencia aún, las gestiones que se hallaban en trámite, tropezando, empero, con el obstáculo de la insuficiente movilización de los transportes ferroviarios argentinos, sea por imprevisión o dejadez de la administración del ramo.

Entre el 3 y 4 de abril, vía Formosa, arribaron a Villa Montes los primeros repatriados; eran pocos pero era un comienzo. También en abril llegó a La Paz el Coronel Manuel Marzana. Se le hizo, como era de justicia, un gran recibimiento popular. En Palacio, esa tarde, todos se empujaban para abrazarle. Se vivió momentos de intensa emoción. Lo que a mí me impresionó fue la sencillez y modestia de este auténtico héroe. Al darle yo mi abrazo me dijo sonriendo que en Asunción me recordaban las personas amigas.

Los tres hombres que, con acierto y dedicación manejaban en Buenos Aires la repatriación eran don Carlos Calvo, don Eduardo Diez de Medina y el Tcnl. Oscar Moscoso. En carta de 21 de abril el doctor Calvo me informó que la devolución de prisioneros tropezaba con obstáculos por divergencias de interpretaciones del Acuerdo y, ya lo sabíamos, por la mala organización de los transportes. Y agregaba:

"La cuestión de fondo del pleito del Chaco recién será posible volver a considerarla en el mes de julio. Esto lo desea ardientemente el Ministro señor Saavedra Lamas y le he dicho que si para facilitar a los Delegados Braden, Nieto del Río y un brasileño las visitas a Bolivia y Paraguay, en mayo y junio, Bolivia no se opondrá a condición de que se active la devolución de los prisioneros que camina con una lentitud desesperante y que una vez comenzada la nueva consideración del pleito territorial, no se lo abandone ni desatienda, continuándolo empeñosamente hasta llegar al desenlace final".

Como nos veíamos acosados, en La Paz, por las justas exigencias de la opinión pública en un problema que tocaba de cerca a los sentimientos familiares, difíciles de contentar con explicaciones técnicas sobre transportes u organización en los mismos campos de prisioneros, pensé en un recurso que, tal vez, movería los resortes que parecían entorpecer el retorno de nuestros compatriotas. Es así que con fecha 27 de abril dirigí al Ministro doctor Calvo un cablegrama que, ese mismo día, reproduje en un Memorandum que hice llegar a manos del plenipotenciario argentino, Valenzuela. Confieso que el documento era, protocolarmente hablando, poco usual, pero dados los apremios de esos días a mí me pareció oportuno.

"MEMORANDUM

"La Cancillería de Bolivia instruye hoy, por cable, al doctor Carlos Calvo para que presente, con carácter de urgencia, la siguiente moción ante la Comisión Ejecutiva:

"En vista de que la preparación del material rodante de los ferrocarriles argentinos sólo permitirá que el 12 de mayo pueda iniciarse la repatriación de prisioneros de conformidad al plan adoptado por la Comisión Ejecutiva el 24 del presente, la Cancillería de Bolivia pide que dicha Comisión adopte, hoy mismo, una resolución en el siguiente sentido: la repatriación de prisioneros se regularizará de conformidad al plan de 24 de abril, el día 12 de mayo; pero ella tendrá principio de ejecución en la presente semana, sin mayor postergación, con la cifra de hombres transportables de acuerdo a la capacidad ferroviaria actualmente existente en la línea Formosa - Embarcación-La Quiaca.

"El doctor Calvo tiene expresa instrucción de hacer presente ante la Comisión Ejecutiva que el Ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia subordinará su permanencia en el cargo a la aceptación o rechazo de la moción que ordena gestionar".

Fue grato recibir carta del Ministro Calvo, de respuesta a mi cable y fecha el 28 de abril, en la cual informaba:

"Al frente de su amenaza de renunciar su elevado cargo, la Comisión toda y su Presidente señor Saavedra Lamas, se puso en la mayor actividad y la ayer obtuve la seguridad de que en esta semana saldría el primer contingente de Formosa, vía Embarcación y Yacuiba y no vía La Quiaca como lo quería el Secretario General, señor Levillier. (Un primer grupo había llegado, en abril, a Villa Montes, en número reducido). Ha debido usted quedar satisfecho y espero que seguiremos con relativa normalidad, cosa siempre difícil tratándose de un elevado número de personas, que los paraguayos dijeron alcanzaban sólo a 15.000 y que hoy dicen que pasan de 16.000 debido seguramente al trabajo de investigación que están efectuando nuestro Mayor Rivera, secundado por el Capitán Parada y por muchos oficiales prisioneros que van con todo éxito cooperando desde Asunción".

En la misma carta don Carlos Calvo agregaba:

"Sus telegramas de los últimos días han traducido su ansiedad con motivo de las deplorables dilaciones en el retorno de los prisioneros. No se imagina usted el cúmulo de tropiezos y dificultades que a diario se han venido presentando y de una insensible morosidad en la preparación de los antecedentes".

Y terminaba el doctor Calvo, después de quejarse duramente contra los prisioneros que querían quedarse en el Paraguay y los que pretendían radicarse en la Argentina, con estas palabras de gratitud:

"En todo este trabajo cuento con la labor del Coronel Moscoso, que es un gran oficial y que trabaja admirablemente. Quisiera tener aquí a algunos Moscosos más para organizar y desarrollar la salida y el regreso de los prisioneros".

Así quedó encauzado el delicado problema del retorno de los prisioneros bajo el gobierno del Presidente Tejada Sorzano.

Vale anotar aquí un hecho curioso: mi primer contacto oficial con la guerra del Chaco tuvo relación con esta cuestión de prisioneros y mi última actuación funcionaria también resultó ligada a tal asunto. En noviembre de 1932, el Canciller Tamayo me invitó a organizar, dependiente de su Despacho, una Oficina de Información de Prisioneros. En enero de 1933 partí de Pagador al Chaco, dejando montada aquella Oficina que, después, tomó cuerpo.

Puedo decir que mi último pensamiento al dejar el Ministerio por obra y gracia del golpe militar de la madrugada del 17, estuvo con nuestros cautivos.